This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

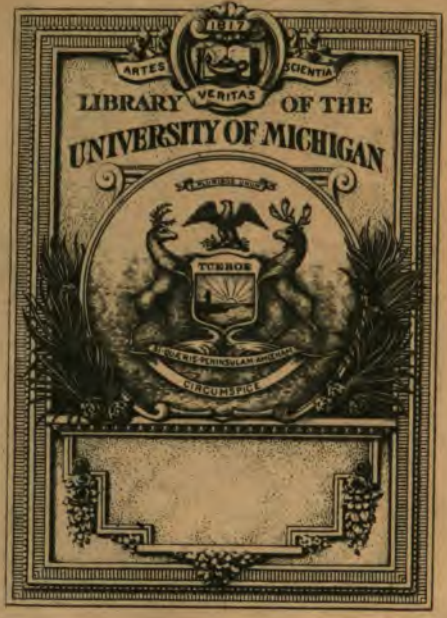
+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`



THE GIFT OF
Sociedad Española

860.8
T26

CON LA MÚSICA Á OTRA PARTE.

OBRAS DRAMÁTICAS DEL MISMO AUTOR.

BASTA DE MATEMÁTICAS! juguete cómico en un acto y en prosa, original.
EL PARIENTE DE TODOS, juguete cómico en un acto y en verso, original.
DESDE EL BALCON, juguete cómico en un acto y en verso, original.
LA VIUDA DEL SERRADOR, parodia en un acto y en verso, original (1).
EL AUTOR DEL CRÍMEN, juguete cómico en un acto y en prosa, original.
APROBADOS Y SUSPENSOS, pasillo cómico en un acto y en verso, original.
HORAS DE CONSULTA, sainete en un acto y en verso, original.
NOTICIA FRESCA, juguete cómico en un acto y en verso, escrito sobre el pensamiento de una obra francesa (2).
TRAS DEL PAVO, espropósito en dos actos y en prosa, original (3).
PACIENCIA Y BARAJAR, comedia en un acto y en prosa.
CALVO Y COMPAÑÍA, comedia de gracioso en dos actos y en prosa, original.
PEREZ Y QUIÑONES, comedia en un acto y en prosa, original.
CON LA MÚSICA Á OTRA PARTE, juguete cómico en dos actos, original.

---

(1) En colaboracion con el Sr. Remos Carrion.
(2) Id., id. Estremera.
(3) Id., id. Campo-Arana.

Teatro español 14

CON LA MÚSICA Á OTRA PARTE,

JUGUETE CÓMICO

EN DOS ACTOS Y EN VERSO,

ORIGINAL DE

VITAL AZA.

Estrenado en el Teatro de la COMEDIA la noche del 28 de Noviembre de 1878.

MADRID.
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ.—CALVARIO, 18.
1878.

PERSONAJES.	ACTORES.
ESTRELLA	SRTA. FERNANDEZ.
CASTORA	SRA. VALVERDE.
LOLA	SRTA. MENDOZA.
ALBERTO	SRES. MARIO.
DON CANUTO	BALLESTEROS.
LUIS	ROMEA.
UN CRIADO	LA HOZ.

Accion en Madrid.—Época actual.

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los paises con los cuales haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traduccion.

Los comisionados de la Administracion Lírico-Dramática de DON EDUARDO HIDALGO, son los exclusivamente encargados de conseder ó negar el permiso de representacion y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

Gift
Sociedad Española
L 26339
8-3-33

DEDICATORIA.

Á EUSEBIO BLASCO, al autor
más fecundo y de más sal,
su entusiasta admirador
y siempre amigo

VITAL.

ACTO PRIMERO.

Sala elegante.—Puerta al foro.—En segundo término derecha, (1) balcon.—Puertas en primer término derecha y segundo izquierda.—En primer término izquierda el piano.—En la derecha un velador con recado de escribir. Consola con reló en el foro.—Sobre la consola un canastillo con estambres de colores.—Encima del piano y en el musiquero, muchos libros y piezas de música.—Sillas, butacas, etc.

ESCENA PRIMERA.

ESTRELLA, bordando en un bastidor. CASTORA leyendo. Las dos sentadas al lado del velador. LOLA tocando el piano con bastante torpeza.—Breve pausa.

CAST. Vuelta otra vez? Qué mareo!
Dos horas la misma pieza!
EST. Pero, tia!
CAST. No hay cabeza
que sufra tanto tecleo.
Es mucha su terquedad!
EST. Si es empeño de Luisito.
CAST. Sabes que el tal señorito
es una calamidad?
Es insufrible ese amor!
Y ese ruido me asesina!

Por derecha é izquierda entiéndase la del actor.

Mujer, dile á la sobrina
que descanse, por favor!

EST. Lola, descansa un poquito.

LOLA. Tia, si estoy terminando. (Sigue tocando.)

CAST. Nada, se va á estar tocando
hasta que venga Luisito.

EST. Si es inútil que la riña!

LOLA. Ya la sé! (Levantándose.)

CAST. Gracias á Dios!

LOLA. Ay! ya van á dar las dos!
Debe venir... (Dirígese al balcon.)

EST. Pero, niña.
Oye!

LOLA. Me voy á asomar
á ver si Luisito viene.
Yo creo que esto no tiene
nada de particular.

EST. Mi tia tiene razon.
Te pasas el dia en vano,
desde el balcon al piano
y del piano al balcon.

LOLA. ¿Me vas á reñir ahora?
Corriente! Me sentaré!
(Se sienta al lado de Estrella.)
La culpa la tiene usté! (Á Cestora.)

EST. (Qué chica!)

CAST. Yo?

LOLA. Sí señora!

CAST. Si es que eres insoportable!
Ya estoy de Luis hasta aquí!

LOLA. (Lo ves?) (Ap. á Estrella.)

EST. No hable usted así!
Si es un chico muy amable!
Y rico!

LOLA. Vaya si es rico!
y rumboso sin igual!

EST. Si se gasta un dineral
en música el pobre chico.
Conociendo su aficion
le compra todos los dias
canciones y melodías
y piezas para salon!

CAST. Si no tocáras tan mal!
LOLA. Tia! (Á Estrella.)
EST. Déjala! (Á Lola.)
LOLA. No quiero!
CAST. Gastarse tanto dinero
en música celestial!
Qué lástima de papeles!
No he visto pasion más rara!
si al ménos te regalára
caramelos ó pasteles!
Pero ese niño...
LOLA. (Me altera!)
Pues con él me casaré!
No me pase lo que á usté,
que se ha quedado soltera!
EST. Lola!
CAST. Tuve mis razones
para no tomar estado;
no porque me hayan faltado
magníficas proporciones.
LOLA. En otros tiempos!
CAST. Y ahora!
El que te oiga, pensará
que soy una vieja.
EST. Quiá!
¿Usted vieja? No señora!
CAST. Si hoy mismo dijera yo:
me caso! no faltaría
quien quisiera...
LOLA. (Ave María!)
EST. Pues ya lo creo que no!
CAST. Más de uno se me presenta!
y aunque el caso lo merece,
yo, nada, firme en mis trece!
EST. (Es decir, en sus cincuenta.)
CAST. En vano en mi amor se abrasa
el que intente conquistarme.
Sé que no debo casarme
siendo el alma de esta casa.
EST. Sí, tia! Cásese usté!
LOLA. Cásese usted!
CAST. (Ojalá!)

EST. Con mi tutor!
CAST. Quita allá!
Ni me lo nombres!
EST. Por qué?
CAST. Porque hoy mismo se ha atrevido
á decirme—¡qué descaro!—
que pongas ó no reparo
él ha de ser tu marido!
LOLA. Tia! (Riéndose.)
EST. De veras?
CAST. Pues, vaya!
EST. Eso ha dicho?
CAST. Sí señor!
EST. Pues deje usted, que al tutor
pienso yo ponerle á raya.
LOLA. Él un viejo carcama!
y tú con esos encantos!... (Riéndose.)
¡Por Dios y todos los santos
de la córte celestial!
¡Fuera una boda bonita!
Quiérele, tia!
EST. Qué horror!
Le quiero como tutor,
pero como novio? ¡Quita!
LOLA. Qué novio!
EST. No hablemos más
de ese amor, porque me asusto.
Yo he de casarme á mi gusto
ó no me caso jamás.
CAST. Yo aconsejarte sabré!
No hagas caso de ese viejo!
EST. (Pues si aguardo tu consejo
con nadie me casaré.)
CAST. Desde el dia en que el Señor
llevó á la gloria á tu padre,
yo hago las veces...
EST. De madre!
CAST. No! de tu hermana mayor.
Por la edad, bien claro está,
sólo hermanas parecemos.
Aunque haya algunos tan memos
que me crean la mamá.

LOLA. Justo! Ayer mismo un cadete
lo creyó en la Castellana.
CAST. ¿Sí, eh? (De qué buena gana
le hubiera dado un cachete!)
EST. ¿Qué quiere usted? Son antojos!
CAST. Yo vuestra mamá? Por qué?
¡Hay hombres que yo no sé
en dónde tienen los ojos!
LOLA. (Las dos y cinco! (Mira el reloj.) ¡Qué modo
de tardar y de engañarme!
Estoy por incomodarme!...
Pero no! No me incomodo!
Voy á ver!...) (Se dirige al balcon.)
EST. (¿Vuelta al balcon?)
(Suena la campanilla.)
LOLA. (Ay! Es él! Él ha llamado!
La campanilla ha sonado
dentro de mi corazon!)

ESCENA II.

DICHAS y LUISITO, con varias piezas de música.

LUIS. Señoras!
EST. Hola, Luisito.
LUIS. Castora, tengo una dicha... (Saluda.)
CAST. Gracias.
LUIS. Estrella... (Saluda.)
EST. Ya estaba
impaciente mi sobrina.
LOLA. Y con razon. Son las dos
y cinco, y todos los dias
vienes á las dos en punto.
Conque ya ves...
LUIS. No me riñas.
(Van á sentarse los dos al piano.)
He tenido ocupaciones...
Fuí con mamá de visitas
y á comprarte estos papeles.
CAST. (Más papeles! Santa Rita!
Parece un repartidor
de entregas.)

LUIS. Tres sinfonías,
dos walses divinos, y estas
mazurkas, que son divinas.
EST. Todo es divino! (Á Castora.)
CAST. Pues claro!
Si es lo que yo te decía.
EST. ¿Qué?
CAST. Música celestial!
LOLA. ¿Cómo se titulan? (Á Luis.)
LUIS. Mira.
El suspiro del arroyo.
(Va colocándolas sobre el piano.)
La tórtola pensativa.
L'amour.
LOLA. ¿Qué es eso?
LUIS. El amor.
Tus ojos. Flores y espinas.
Adios.
CAST. Páselo usted bien.
LUIS. Si no me marcho, leía
el título de esta pieza.
LOLA. Qué bueno eres! (Con zalamería.)
LUIS. Remonísima!
¿Me quieres mucho?
LOLA. Muchísimo!
¿Y tú á mí?
LUIS. Más que á mi vida!
EST. (Á Castora.) (Mire usted qué almibarados!
CAST. Ya me carga tanto almíbar!)
LUIS. Déjame! (Á Lola cogiéndola una mano.)
LOLA. Que van á verte!
Por Dios!
LUIS. Si están distraidas!
Nada más que un beso.
(Va á besarla la mano, y Estrella que lo ha visto tose con intencion.)
EST. Ejem!
LOLA. (Á Luis.) Lo ves? Ya tose la tía!
LUIS. (Como siguiendo la conversacion interrumpida.)
Pues esta polka es preciosa?
LOLA. Es una polka lindísima!

ESCENA III.

DICHOS y D. CANUTO, puerta segunda izquierda.

CANUTO. (Ella!) (Viendo á Estrella.)
CAST. (Ya está aquí!)
EST. (El tutor.)
CANUTO. (Siempre á su lado esa arpía.)
(Alude á Castora.)
Hola, pollo! (Saludando á Luis.)
LUIS. Don Canuto! (Levantándose.)
CANUTO. Quieto, quieto en esa silla.
Y siga usted conjugando
el verbo amar. ¡Qué delicia!
¡Qué dichoso es el que ama!
LUIS. Sí señor que es una dicha!
CANUTO. Y más si tiene el amor
de aquella por quien suspira.
(Mirando á Estrella.)
CAST. (Á Estrella.) (Eso lo dice por tí!
EST. (Á Castora.) Déjele usted que lo diga!)
CANUTO. Sigan ustedes. No quiero
interrumpir. ¿Verdad, niña? (Á Lola.)
El onceno no estorbar!
Esa es la santa doctrina!
Por más que ciertas personas
tengan otras teorías. (Mirando á Castora.)
EST. (Á Castora.) (Eso por usted lo dice.
CAST. (Á Estrella.) Pues déjale que lo diga.)
CANUTO. (Se acerca á Estrella.)
(¡Qué candor y qué inocencia!)
CAST. (Ya se acerca!)
EST. (Ya se anima!)
CANUTO. Pupila! (Con mucho mimo.)
EST. Tutor!
CANUTO. (Con sequedad.) Señora! (Á Castora.)
CAST. (¡Qué espantajo!)
(Levantándose y yendo á sentarse en una butaca junto al piano.)
CANUTO. (Qué estantigua!)
(Y Estrella me ama; no hay duda,
me está mirando á hurtadillas.)

LOLA. (Á Luis.) (De veras me quieres?
LUIS. Mucho.)
CAST. (¿Vuelta otra vez?)
(Oyendo la conversacion de Luis y Lola.)
LUIS. Mi Lolita!
LOLA. ¿Y me querrás siempre?
LUIS. Siempre!
LOLA. ¿Siempre?
LUIS. Siempre! Mientras viva!
CAST. (Jesus! Pero qué cargantes!
Estas escenas me irritan!)
(Váse muy incomodada por la puerta segunda izquierda.)

ESCENA IV.

DICHOS, ménos CASTORA.

CANUTO. (¡Ay! Ya puedo respirar!
Anda! Y que el diablo te lleve!)
EST. (Si á hablarme de amor se atreve,
no le dejo terminar.)
CANUTO. ¡Hermosa labor! Soy franco!
(Sentándose al lado de Estrella.)
Vaya unas manos!...
EST. Tutor!
¿quiere usté hacerme el favor
de darme el estambre blanco?
CANUTO. ¿No he de querer, si por tí
soy yo capaz?...
EST. (Pobrecillo!)
CANUTO. Dónde?... (Levantándose.)
EST. En aquel canastillo.
(Le indica el canastillo con estambres de colores.)
CANUTO. Aquí?
EST. Sí, señor, ahí!
CANUTO. El blanco... (Busca la madeja.)
LUIS. Lola, por Dios!
EST. (Eh?) (Mirando á Luis y Lola.)
LUIS. Deja! (Cogiéndola una mano.)
LOLA. No!
LUIS ¡Vida mia! ((Yendo á besársela.)

EST. Ejem!
LOLA. Que tose la tia! (Á Luis.)
LUIS. (Carambita con la tos!)
CANUTO. Aquí está. (Dándole el estambre á Estrella.)
EST. Gracias!
CANUTO. (Vuelve á sentarse.) (Qué hermosa!)
Por tí!...
EST. (No me deja en paz!)
CANUTO. Por tí fuera yo capaz...
EST. De qué? (Con sonrisa burlona.)
CANUTO. De cualquiera cosa!
Con tu sonrisa me alegro,
que hallo ventura sin fin
si en tus labíos de carmin...
EST. Tutor, el estambre negro.
CANUTO. En seguida. (Va á la consola.) Tus antojos
son mandatos que yo acato.
Cumplido está tu mandato!
(Dándola al estambre.)
Es negro como tus ojos. (Se sienta.)
En tus pupilas, púpila,
mirando mi dicha estoy,
y en ellas veo que soy...
EST. El lila, tutor, el lila...
CANUTO. (Otra vez? Por Belcebú!)
Pero...
EST. Vamos!
CANUTO. (Va á la consola.) Voy corriendo.
Toma.—(Se sienta.) Como iba diciendo
todo mi afan lo eres tú.
Eres mi amor ideal!
Mi pasion al bien se ajusta!
No te engaño, á mí me gusta...
EST. El verde.
CANUTO. Cómo?
EST. Sí tal!
Son los colores mejores
para lo que estoy haciendo.
CANUTO. (Yo si que me estoy poniendo
de veinticinco colores.)
Hablando en plata...
EST. Tutor!

CANUTO. ¡Más estambre?
EST. El amarillo.
CONUTO. Mira, toma el canastillo (Lo coge.)
y será mucho mejor...
EST. ¡Hay, qué cabeza la mia!
(Deja la labor y se levanta.)
CANUTO. ¿Te marchas?
EST. Cuánto lo siento!
CANUTO. Óyeme, aguarda un momento.
EST. Me está esperando mi tia.
CANUTO. Pues déjala, aunque se enoje!
EST. Abur!
CANUTO. Y de lo que hablamos
en qué quedamos?
EST. Quedamos...
en lo que á usted se le antoje!
CANUTO. Sí? (Muy contento.)
EST. El rubor mi labio sella! (Con sorna.)
CANUTO. Dime una palabra sola!
EST. Pillin! (Dándole en la cara.)
CANUTO. Jé! jé!
EST. Vamos, Lola. Adios, Luis!
LUIS. Adios, Estrella!
(Vánse Estrella y Lola puerta segunda izquierda. Luis sigue haciendo zalamerías á Lola hasta la misma puerta.)

ESCENA V.

D. CANUTO y LUIS.

CANUTO. (¡Qué chica! Es encantadora!
Siempre de tan buen humor!
LUIS. Don Canuto, hasta despues.
CANUTO. ¿Se marcha usted?
LUIS. Sí, me voy
á ver si Romero tiene
unos walses de Schulof.
Recuerdos de Alejandría. (Tararea.)
¿Usted los conoce?
CANUTO. No.
LUIS. No le gusta á usted la música?

CANUTO. La música? No señor!
LUIS. Hombre! Parece increible!
CANUTO. Pues créalo usted!
LUIS. Yo soy
al contrario. No comprendo
sin la música el amor.
CANUTO. Es que usted ama por música,
y yo amo de aficion.
LUIS. Que usted ama?
CANUTO. Ya lo creo!
LUIS. Pero es cierto?
CANUTO. No que no!
Como que pienso casarme.
LUIS. ¿Y quién es?... Pero ya estoy!
Se casa usted con Castora!
CANUTO. Yo con Castora? Qué horror!
Á quien yo quiero es á Estrella!
LUIS. De veras! Qué tunanton!
CANUTO. ¿Verdad que es muy guapa!
LUIS. Vaya!
Y rica!
CANUTO. ¿Lo sabré yo?
LUIS. Pues le doy la enhorabuena
con todo mi corazon.
CANUTO. Gracias.—¿Y usted no se casa?
LUIS. Dentro de un año ó de dos.
CANUTO. ¿Al concluir su carrera?
LUIS. Ya la he concluido. Soy...
hijo único, y papá
está en buena posicion.
CANUTO. Ah! Vamos! Es usted rico!
Es la carrera mejor.
Cuente usted conmigo, pollo,
tiene usted mi proteccion!
LUIS. Y dígame usted, ¿es cierto
que mi suegra?....
(Indica que no está bien de la cabeza.)
CANUTO. Es un dolor!
La pobre estuvo muy mala!
La tienen en Badajoz
en una casa del campo,
y creo que su razon

está más cabal.

LUIS. Caramba!

CANUTO. Segun escribe el doctor,
antes de un año es segura
su completa curacion!

LUIS. Caramba!

CANUTO. Qué tiene usted?

LUIS. Pues que me asalta el temor...

CANUTO. De qué?

LUIS. De que acaso Lola
tenga predisposicion.

CANUTO. Puede usted estar tranquilo.

LUIS. Sí?

CANUTO. Se lo aseguro yo.
Que se vuelve tonta, es fácil,
pero loca, no señor.

LUIS. Ay! me ha quitado usté un peso
de encima del corazon!
Hasta luégo, don Canuto. (Váse foro.)

CANUTO. Pollo, vaya usted con Dios!

ESCENA VI.

D. CANUTO, solo.

Nada! lo dicho! Me caso!
Es una gran proporcion!
Estrella es la estrella fija
en el cielo de mi amor.
¡Lástima que en ese cielo
haya una constelacion!
Su tia! Doña Castora!
Esa es la osa mayor!
Si yo pudiera eclipsarla!
¡Magnífica inspiracion!
La busco un marido! Ella
me agradecerá el favor!
Como haya alguno que acepte,
la caso sin dilacion,
y así quedamos nosotros
en paz y en gracia de Dios.

ESCENA VII.

DICHO y ALBERTO con uniforme de capitan de húsares.

ALB. (Dentro.) Deja, yo le avisaré.
CANUTO. Eh? Preguntarán por mí?
ALB. (Presentándose y yendo á abrazar á D. Canuto.)
Tio!
CANUTO. Sobrino! ¿Tú aquí?
ALB. Otro abrazo! Apriete usté!
CANUTO. ¿Cómo había de pensar?...
Yo te creía en el Norte!
ALB. Pues no! ya estoy en la córte! (Abrazándole.)
CANUTO. Que me vas á estrangular!
ALB. Seis largos años de ausencia
y en contínua agitacion!
De Santander á Aragon
y de Aragon á Valencia!
Siempre en constante jaleo!
Siempre de acá para allá!
Dos meses en Alcalá,
otros dos en Rivadeo!
En seguida á Andalucía!
Mas tarde á Valladolid!
Pero ya estoy en Madrid.
¡Ay, Madrid del alma mia!
Sí! ¡io! Si quiere usté
vivir bien y descansar,
no sea usté militar!
CANUTO. Descuida! No lo seré!
ALB. Aquí es mi centro y mi norte!
Aquí mil goces recuerdo!
En fin, tio, si me pierdo
que me busquen en la córte!
CANUTO. ¿Y de dinero, qué tal?
¡Estarás bien!
ALB. Por favor!
¿Estar yo bien? No señor!
Rematadamente mal!
(Movimiento de D. Canuto.)
No me haga usté reflexiones,

pues se explica fácilmente!

CANUTO. Siendo ya todo un teniente!

ALB. Capitan! Son tres galones.

CANUTO. Pues más en mi apoyo.

ALB. No!

CANUTO. La paga de un capitan!...

ALB. Si hay brigadieres que están
tan tronados como yo!
Cobro la paga completa
casi siempre el dos ó el tres,
pero á mediados de mes
ya no tengo una peseta!
¿Hablarme á mí de dinero?
¿Estar yo bien de intereses?
Si fueran todos los meses
tan cortos como febrero!
Pero hacer economías
en treinta dias! Locura!
Hay mes que se me figura
que tiene cincuenta dias!
No es que lo pierda jugando
ni que mil diabluras haga.
Es que se me va la paga
sin saber cómo ni cuándo!
Y en tan triste situacion
siempre que asperges me hallo,
quien lo sufre es el caballo
pues le acorto la racion!
(Movimiento de D. Canuto.)
Es inútil que me arguya!
Tantas veces lo hice ya,
que el pobre caballo está
lo mismo que una aleluya!
Para amargar más aún
mi mal estado presente,
tengo, tio, un asistente
que es un pedazo de atun.
Aunque le digo que gaste
poco, y que compre barato,
al grandísimo pazguato
no hay dinero que le baste.
Le entregué para el puchero

un duro hace una semana,
y me dice esta mañana
que ya no tiene dinero!...
No se hace carrera de él!
Hace algun tiempo le dí
un real para obleas, y
dos duros para papel.
Y trocando las ideas
el grandísimo animal,
compró de papel un real
y los dos duros de obleas!
Abultaban tanto así!
¡Qué paquete!

CANUTO. Claro está!
¿Las devolverías?

ALB. Quiá!
No señor! Me las comí!

CANUTO. Pero, hombre!

ALB. No hay quien arrostre
como yo tales reveses!
Estuve más de dos meses
comiendo obleas de postre.
En fin, tio, me encocora
esta vida, no le asombre!

CANUTO. (Oh qué idea! Este es mi hombre!
Le casaré con Castora.)
Dices la pura verdad.
Esa vida es aburrida
y debes cambiar de vida,
es una necesidad!
Te hablo formal y de veras.

ALB. (Sí! Yo le pido dinero!)

CANUTO. Ya sabes que yo te quiero
y haré por ti lo que quieras.
(Son consejos oportunos!)
Tú tendrás, es de rigor,
algun *inglés*.

ALB. No señor!
No tengo algun, tengo algunos.

CANUTO. Es natural! Un soltero!
gasta y derrocha sin tino.
Asi no estás bien, sobrino.

Tú necesitas dinero!

ALB. Ay, tio! Venga un abrazo! (Le abraza.)

CANUTO. No es verdad?

ALB. Qué tontería!
Claro! Como que venía
á darle á usted un sablazo!

CANUTO. Caracoles! Quita allá! (Separándose.)

ALB. Hombre, me hace usté reir!
Dar un sablazo es pedir
dinero prestado!

CANUTO. Ah!
Ya varía la cuestion!

ALB. Usted dichoso me hace!
Déjeme usted que le abrace
con todo mi corazon!
Tio mejor y más rico
no existió en la raza humana
desde la era cristiana...
hasta la era del Mico.
Qué hermoso es usted. (Es atroz!)
Y qué frescote!

CANUTO. Sí, eh?

ALB. Si nadie dirá que usté
tiene ya...

CANUTO. (Le tapa la boca.) Baja la voz.

ALB. ¿Qué es eso? Hay enfermos graves?

CANUTO. Pudiera oirlo...

ALB. ¿Qué pasa?
¡Á quién tiene usted en casa?...

CANUTO. Pero cómo? Tú no sabes?...

ALB. Ni una palabra siquiera...

CANUTO. No sabes que soy tutor?

ALB. Usté tutor?

CANUTO. Sí señor!
De una pupila hechicera!

ALB. Guapa? Preséntemé usté.
Yo soy un hombre muy fino.

CANUTO. Ten calma, por Dios, sobrino.
Luégo te presentaré.

ALB. ¿Con que es tanta su hermosura?

CANUTO. Bah! Y ademas es la chica
por añadidura rica!

ALB. Me gusta la añadidura!
CANUTO. Muy pronto el dulce himeneo
me ha de unir á ella.
AAB. Qué?
CANUTO. Me caso!
ALB. Se casa usté?
CANUTO. No hago bien?
ALB. Pues ya lo creo!
Yo con usted no discuto!
CANUTO. (Bravo! Aceptará mi plan!)
Oígame usted, capitan.
ALB. Dígame usted, don Canuto!
CANUTO. Un consejo voy á darte.
ALB. (Dinero es lo que yo quiero.)
CANUTO. Tú debes...
ALB. Poco dinero.
CANUTO. Digo que debes casarte.
ALB. ¿Casarme?
CANUTO. Por interés!
ALÉ. Y sin amor?
CANUTO. Es la moda!
Primero se hace la boda:
El amor se hace despues.
Los hombres de inteligencia
nunca amando se propasan.
Hacen lo que yo, se casan
tan sólo por conveniencia.
—Hubo un tiempo en que Cupido
ciego y desnudo vivia,
pero el amor en el dia
ve claro y anda vestido.
Ya su ceguedad es cuento,
pues Cupido en la contienda
tuvo á bien cambiar la venda
por unos vidrios de aumento.
El interés es su blanco,
y si pretende hacer brechas
entónces en vez de flechas
usa billetes de Banco.
ALB. Ay tio! Mi frente humillo!
Con flechas de ese papel
sea usted Guillermo Tell

y apúnteme usté al bolsillo.

CANUTO. Ella querrá!

ALB. (Vaya un paso!)
Ella?

CANUTO. Sí!

ALB. Pero, señor!
¿quiere usté hacerme el favor
de decir con quién me caso?

CANUTO. (Explicaré... lo explicable!)
Pues es la que te propongo
una mujer...

ALB. Lo supongo!

CANUTO. Una mujer... aceptable.
(No conviene exagerar.)

ALB. Guapa?

CANUTO. Regular!

ALB. Figura?

CANUTO. Regular!

ALB. Bien!... ¿Estatura?

CANUTO. Estatura... regular.

ALB. Y es jóven?

CANUTO. (Gran Dios!) Su edad?
Regular! Bien conservada!

ALB. Pues señor...

CANUTO. Qué?

ALB. Que me agrada
tanta regularidad.
Y tendrá, se me figura?... (Indica dinero.)

CANUTO. Vaya!

ALB. Pues acepto!

CANUTO. Sí?

ALB. ¿En dónde está?

CANUTO. Vive aquí.
Es tia de mi futura.

ALB. (Santo Dios!)

CANUTO. Hazle la rosca
y ya verás tú!...

ALB. Corriente!
(Aquí lo más conveniente
es que me suelte la mosca.)

CANUTO. ¿Conque consientes?

ALB. Consiento

si usted me saca de apuros!
CANUTO. Sí señor! (Con cinco duros
se quedará tan contento!)
Tendrás fortuna no escasa!
feliz seré con la mia!
te casas tú con la tia
y todo se queda en casa.
¡De hacerte feliz me encargo!
ALB. Haga usted lo que usted quiera!
CANUTO. (Salga el sol por Antequera!
ALB. (Si no me gusta me largo!)

ESCENA VIII.

DICHOS y LOLA.

CANUTO. (Punto en boca!)
LOLA. (Un caballero!
Ay! no! Que es un militar!) (Con alegría.)
ALB. (La pupila!)
LOLA. Si es que estorbo...
ALB. (Es bonita!)
CANUTO. Ven acá!
Te presento á mi sobrino
Alberto de Salazar.
LOLA. Tengo muchísimo gusto...
ALB. Y yo un placer especial
en ofrecer mis respetos
á una niña, que á juzgar
por su rostro, debe ser
todo un ángel de bondad.
LOLA. (Ay! qué frases tan bonitas
me dice este capitan!)
CANUTO. (Pues digo, si oye Castora
un piropo así no más!)
Hoy comerás con nosotros.
ALB. No sé si debo abusar...
CANUTO. (Así te presento á ella
con más franca intimidad.)
ALB. (Corriente! Pero el dinero...
CANUTO. En seguida lo tendrás.
ALB. Sí, démelo usté en seguida.

No se le vaya á olvidar.)

CANUTO. (Voy á cambiar un billete.)
Ya lo sabes, aquí estás
en tu casa.
(Se dirige al foro y toma el sombrero.)

ALB. (Gracias, tio.)

LOLA. ¿Se queda usté, no es verdad? (Á Alberto.)
Me alegro mucho.

ALB. De veras?

LOLA. Vaya! no me he de alegrar.

CANUTO. (Esto marcha viento en popa!
Lo que fuere sonará.) (Váse foro.)

ALB. (Y que esta niña se case
con un hombre de esa edad!)
(Mirándola fijamente.)

LOLA. (Qué manera de mirarme!
Ay! se me va á declarar!)

ALB. (Si al ménos fuese su tia
tan hermosa, pero ¡quiá!)

LOLA. (Y es más guapo que Luisito!
Pero muchísimo más!)

ALB. De modo que usted...

LOLA. Yo...

ESCENA IX.

DICHOS y CASTORA.

CAST. Niña!

LOLA. (Á qué tiempo!)

CAST. (¿Un militar?)
Caballero!...

ALB. (Vaya un tipo!)

CAST. (Á Lola.) (¿Quién es este capitan?)

LOLA. Sobrino de don Canuto.

ALB. (Ay, Dios mio! Si será?)

CAST. Tengo muchísimo gusto...

ALB. Servidor. (Y capellan.)

CAST. Pero tome usted asiento.

ALB. (Lo que yo voy á tomar
es la puerta, si eres tú
la novia que á mí me dan.)

LOLA. Hoy va á comer con nosotros
el señor de Salazar. (Á Castora.)
CAST. Hija, por qué no avisaste?
ALB. (Hija? Vamos! la mamá!
Me tranquilizo!) Yo siento
en el alma molestar.
CAST. (Qué fino!) De ningun modo!
(Lola se dirige al piano.)
Vaya! No faltaba más!
Voy á dar algunas órdenes.
Usted me dispensará.
Como llevo todo el peso
de la casa!
ALB. (Ya es llevar!)
CAST. (Haré algun plato escogido.)
¿Le gusta á usted el timbal?
ALB. ¿El timbal?
CAST. De macarrones.
ALB. (Ah!) Mucho!
CAST. Pues lo tendrá.
Hasta luégo.
ALB. Muchas gracias
por tanta amabilidad.
CAST. (No se parece á su tio!
Me gusta este capitan.)
(Váse puerta segunda izquierda.)

ESCENA X.

DICHOS, ménos CASTORA.

LOLA. (Esta sí que es ocasion
de lucir mi habilidad.) (Sentada al piano.)
¿Usté no toca el piano?
ALB. Toco la marcha real
y el himno de Riego, pero
con un dedo nada más.
Usted será profesora?
LOLA. No tanto! Usted juzgará.
Tocaré cualquiera cosa.
(Se dispone á tocar.)
ALB. ¿El piano es de Reynard?

LOLA. No señor, es de alquiler.
ALB. Ah! Vamos! (Qué atrocidad!)
(Lola toca un vals detestablemente.)
(Madre mia del Amparo!
Qué manera de tocar!)
LOLA. Le gusta á usted?
ALB. Ya lo creo!
Me admira esa agilidad!
Y esa polca es muy bonita.
LOLA. ¿Cómo polca, si es un vals?
ALB. Tiene usted razon; lo dije
sín fijarme en el compás.
Pero no hay duda, es usted
una notabilidad.
Ejecuta usted de un modo...
con una destreza tan...
y en fin, con un sentimiento...
(que da ganas de llorar.)
Y hace mucho que usted toca?
LOLA. No! Cinco años nada más.
ALB. Pues para tan poco tiempo.
toca usted bastante... (mal!)
LOLA. Oiga usted esta otra pieza.
(Cogiendo otro papel.)
ALB. No, mil gracias. Basta ya!
(Pero, señor! Y mi tio
que no acaba de llegar.)
LOLA. Es de Chopin. (Como está escrito.)
ALB. (Caracoles!)
¿Conque de Chopin?
LOLA. Sí tal!
Dura más de media hora.
ALB. (Gran Dios! Y la va á tocar!)
(Lola se dispone á tocar, cuando se oye la voz de Estrella.)
EST. Lola! (Dentro.)
LOLA. Creo que me llaman.
EST. Lola! (Dentro.)
ALB. Vaya usted allá.
LOLA. Yo siento...
ALB. Por culpa mia
no la haga usted esperar.

LOLA. ¿Hasta luégo?
ALB. Sí! Hasta luégo.
pianista sin rival!
LOLA. (Ay, Luisito! Me parece
que éste te va á desbancar!) (Váse.)

ESCENA XI.

ALBERTO solo.

Pero ¿y mi tio, Dios mio?
¿Dónde estará? Caracoles!
Que tiene cuatro bemoles
la pretension de mi tio.
Hacer el amor ahora
á una señora... ¡Qué apuro!
Vamos; que no! De seguro
que es horrible esa señora!
Casarme así? No por cierto!
Primero me pego un tiro!

ESCENA XII.

DICHO y ESTRELLA.

EST. (¿Quién será? Pero ¡qué miro!
No hay duda! Es él! Es Alberto!)
ALB. Nada! Nada! Lo he pensado!
Me voy para no volver!
EST. (Siento al verle renacer
un amor casi olvidado!)
ALB. Busque quien cargue con ella
y guárdese su dinero!
Vaya! Abur!
(Al dar la vuelta se encuentra con Estrella.)
(¡Eh!)
EST. Caballero!
ALB. (Santo Dios! ¡Qué miro! Estrella!)
EST. (Qué apuro!)
ALB. Estrella! ¿Tú aquí?
¡Oh fortuna inesperada!
Pero... ¿no me dices nada?

¿Te has olvidado de mí?
EST. (Ay! Si le ve mi tutor!)
ALB. (Debo ponerme sensible.)
Pero, señor, ¿es posible?
Pero ¿es posible, señor?
Estrella, por compasion!
¿no te acuerdas del cadete
que hace seis años ó siete
te entregó su corazon?
¿De aquel amante sincero
que pasaba horas enteras
debajo de tus vidrieras
y á seis grados bajo cero!
De aquel que como un tomate
se ponía si te hablaba!
De aquel que te regalaba
pastillas de chocolate!
De aquel que con fe sencilla
se postraba á tu albedrío!
¿Ya no te acuerdas, Dios mio?
EST. (Dios mio! Qué taravilla!)
ALB. ¡No me reconoces? Dí!
(Debo ser más expresivo.)
No sabes que por tí vivo!
Que sólo vivo por tí!
Por tí en la ruda pelea
buscaba con ansiedad
la gloria. (Esto no es verdad,
pero puede que lo crea.)
Por tí padecí una anemia
que me tuvo casi muerto!
Por tí (y esto sí que es cierto)
perdí un año en la academia!
(Creo que se ablanda al fin.)
Olvidas tiempos mejores!
Ingrata! *Oh témpora! Oh mores!*
EST. (Malo! Ya me habla en latin!)
(Se rie y oculta la cara con el pañuelo.)
ALB. Habla y tu rostro no escondas!
Ese silencio me mata!
¿No me respondes, ingrata?
(Movimiento de Estrella.)

Pero no! No me respondas!
Pero sí! Yo quiero oir
tu dulce acento un momento!
(Idem, idem.)
Pero no! Porque tu acento
temo que me haga sufrir!
(Estrella se rie.)
Y te ries de ese modo?
Nada á responder te obliga?

EST. Y qué quieres que te diga
si tú te lo dices todo?

ALB. Ay! Al fin! Tienes razon!
(Qué miradas! Yo me muero!)

EST. (La verdad es que le quiero
con todo mi corazon.)

ALB. (Alberto va á cogerla una mano. Estrella le rechaza.)
Estrella, por caridad!
No me rechaces así!
Que yo no me voy de aquí
con esta intranquilidad!
Yo no vivo sin amarte!

EST. Basta de exageraciones!
¡Por Dios! Busca otras razones
con que poder disculparte!

ALB. Disculparme?

EST. Sí señor!

ALB. (Justo! He sido un mentecato!)

EST. ¡Y me jurabas, ingrato
ser muy constante en tu amor!

ALB. (Me ha cogido en el garlito!)

EST. Mucha pasion en Madrid!
Marchas á Valladolid,
y allí...

ALB. Desde allí te he escrito
diez cartas.

EST. Sí? Qué tontuna!
Nunca de mentir te hartas!

ALB. Mujer, que han sido diez cartas!
¿No has recibido ninguna?

EST. Se habrán perdido!

ALB. Es probable,

porque el correo...

EST. Lo creo!
¡Siempre ha de ser el correo
el editor responsable!

ALB. (Si discuto más me pierdo!)

EST. Seis años sin que escribieses!

ALB. Seis años y cuatro meses,
ya ves tú si yo me acuerdo!

EST. ¿Lo ves?

ALB. Sí. Tienes razon!
Pero mi edad... Hoy lo siento...
Te juro que me arrepiento
con todo mi corazon.
¡Vuelva la dulce alegría
á hallar en mi pecho abrigo!
De mi conducta contigo
no toda la culpa es mia.
Tu padre nos ha estorbado...
(Que era muy bruto por cierto.)

EST. ¡Pobre papá! Ya se ha muerto!

ALB. Sí? Dios le haya perdonado
y quiera el consuelo darte.
(Cómo le perdono yo
el puntapié que me dió
cierto dia en cierta parte.)

EST. Déjame, no quiero verte!

ALB. Y el amor que me has tenido?

EST. Yace en mi pecho dormido!

ALB. Pues dile que se despierte!

EST. (Conviene ponerle á raya.)

ALB. Estrella!

EST. Inútil capricho!

ALB. Pero, mujer!

EST. Ya te he dicho
que te vayas.

ALB. ¿Que me vaya?

EST. Sí!

ALB. (Que no en sus ojos leo!)

EST. Vete, y que yo no te vea!
(Dios mio! Que no me crea!)

ALB. Ya que es ese tu deseo,
dispuesto á servirte estoy.

Me voy! (Con gravedad cómica.)

EST. (¡Se va!)

ALB. ¿No he de irme?
(Cogiéndola de las manos y mirándola á la cara.)
Á ver! Vuelve á despedirme!

EST. Vete! (Con marcado temor.)

ALB. Sí? Ya no me voy!
Leyendo estoy mis antojos
en tus ojos, y me alegro,
que no me estorba lo negro
en lo negro de tus ojos.
Mas como tú nò te esplayas
la duda me compromete,
pues tu boca dice: vete!
y tus ojos: no te vayas!
Y temiendo tus enojos
no sé lo que hacer me toca:
si obedecer á tu boca,
ó hacer caso de tus ojos.

EST. (Y qué le voy á decir?
Al cabo habré de ceder!
Los impulsos del querer
no se pueden resistir.)

ALB. ¿Me quieres?

EST. Hombre, me asedias
de un modo...

ALB. Á ver si te humillas!
Lo rogaré de rodillas
como hacen en las comedias! (Se arrodilla.)
¿Perdona al galan la dama?

EST. Levántate! Por favor!
Puede llegar el traidor
y empezar el melodrama. (Se levanta.)
(Veré si escuchando están!)
(Mira sigilosamente en todas las puertas.)

ALB. (Ay, tio del alma mia!
Busque usté un novio á la tia.
que aquí cayó un capitan.)

EST. (No está el tutor.)

ALB. (Se acobarda!
Táctica de las mujeres!)
Por última vez! ¿Me quieres?

EST. Yo...
ALB. No? Pues me voy! (Decidido.)
EST. Aguarda...
ALB. Hasta nunca! Así soy yo! (Hace medio mútis.)
EST. Hombre, no seas así!
Yo no te he dicho que sí,
pero tampoco que no.
ALB. ¿Me quieres?
EST. Yo!... Te diré...
ALB. ¿Me quieres? (¡Has de rendirte!)
EST. Habla bajo; puede oirte
mi sobrina.
ALB. ¿Cómo? Qué?
¿Sobrina has dicho?
EST. Sí tal!
ALB. ¿Conque eres?... ¡Vírgen divina!
EST. Soy tia de mi sobrina!
La cosa es muy natural
ALB. (Oh fortuna!)
EST. Vive aquí
porque su pobre mamá
hace algun tiempo está
demente.
ALB. ¿Demente?
EST. Sí.
Está loca rematada,
aunque dicen que mejora.
ALB. Qué lástima de señora!
(Pues yo no he notado nada.)
¿Con que eres tú... la... ¡me rio!
Soy feliz!
EST. ¿Cómo?
ALB. Que veo
cumplido así mi deseo
y el deseo de mi tio.
Y yo, tonto, sin saber!...
¡Qué casualidad, verdad?
EST. ¿Cuál es la casualidad?
ALB. Toma! pues cuál ha de ser?
Que mi tio...
EST. Quién?
ALB. Hay tal?

Don Canuto!

EST. Eres?... ¡Dios mio!

ALB. Soy sobrino de mi tio,
la cosa es muy natural.

EST. Qué es lo que desea? Dí!

ALB. Pues figúrate que lance!
Desea que á todo trance
me case contigo.

EST. Sí?
Eso ha dicho?

ALB. Sí señor.
Como él casarse imagina!...

EST. Sí? Con quién?

ALB. Con tu sobrina.

EST. ¿Cómo?

ALB. Como es su tutor
abusa, no es el primero....

EST. (Ah! Comprendo su intencion!).

ALB. Va á tener un alegron
cuando sepa que te quiero.
Si no hay tio como el mio!
Nadie en bondad le aventaja!
Un tio así es una alhaja!

EST. Sí! (Buena alhaja es tu tio!)

ALB. ¿Y aún vas á hacerme sufrir?

EST. Ya puedo hablar sin temor.
Se ha despertado mi amor!

ALB. Que no se vuelva á dormir!
Si de cadete, en mi afan,
ser tuyo siempre he jurado;
hoy mi amor subió de grado,
que es amor de capitan!

EST. Que nada variarlo pueda!

ALB. Mi amor es firme y seguro!

EST. Me lo juras?

ALB. Te lo juro.

EST. ¿Suceda lo que suceda?

ALB. ¡Nada temas! En mi fía!

EST. Silencio!

ALB. Sé mis deberes!

EST. Gracias! (Tendiéndole la mano.)

ALB. Dime que me quieres!

EST. ¡Lo preguntas todavía!
ALB. Perdona! (Yendo á besar la mano.)
EST. Deja!
ALB. Si es...
por la dicha de los dos! (Se la besa.)
EST. Álguien viene. Adios!
ALB. Adios!
EST. Hasta luégo.
ALB. Hasta despues!
(Váse Estrella puerta segunda izquierda.)

ESCENA XIII.

ALBERTO solo.

ALB. ¿Guardar silencio profundo
amando de esta manera?
Imposible! Si quisiera
decírselo á todo el mundo!

ESCENA XIV.

DICHO y D. CANUTO, por el foro.

CANUTO. (Creí que no conseguía
cambiar...)
ALB. Venga usted acá!
Estoy loco de alegría
Yo no sé lo que me dá!
CANUTO. Te doy cinco duros.
ALB. ¡Soy
feliz! Abráceme usté!
CANUTO. (Se alegra por que le doy
cinco duros! Si lo sé
con ménos salgo del paso!)
ALB. ¡Hoy me ha dado usté la vida!
Me caso, tio, me caso!
CANUTO. Bueno, pues toma en seguida.
ALB. No me hable usted de dinero!
CANUTO. Corriente! Nada te digo! (Va á guardárselo.)
ALB. Pero, en fin, venga; no quiero

que se enfade usted conmigo!
(Lo toma y se lo guarda.)
Ay tio! La he visto!

CANUTO. Qué?

ALB. Que ya he visto á mi futura!

CANUTO. (Gran Dios!)

ALB. La idolatro!

CANUTO. Eh?

ALB. Que la quiero con locura!

CANUTO. ¿De veras?

ALB. Es hermosísima!
¡Qué inocencia! ¡Qué candor!

CANUTO. (Ave María Purísima!
¡Se necesita valor!)

ALB. Por ella mi mente loca
sufre de amor los antojos!
¡Qué boca! tio!

CANUTO. Ah! la boca!...

ALB. Y qué ojos!

CANUTO. Ah! Los ojos!...

ALB. Hay el fuego en su mirada
que la juventud les da!

CANUTO. ¡Si está muy bien conservada!

ALB. Ya lo creo que lo está!

CANUTO. (Claro! Hay hombres para todo!)

ALB. No hay en su belleza engaños!

CANUTO. Quiérela así! De ese modo!

ALB. Si la quiero hace seis años!

CANUTO. ¿De veras?

CANUTO. De tal manera
que yo su esposo he de ser
aun cuando usted se opusiera!

CANUTO. Hombre! ¿Qué me he de oponer?
Si al indicarte esa union
sólo por tu bien lo hacía.

ALB. Tio de mi corazon!

CANUTO. Sobrino del alma mia!
(Se abrazan con efusion.)

ALB. Adios!

CANUTO. Qué aguardando están!
Ven pronto!

ALB. Estoy impaciente!

ALB. Adelante, capitan!
ALB. Adios, tio!
CANUTO. Adios, valiente!
Que no tardes!
ALB. (Desde el foro.) Vuelvo al punto! (Váse.)
CANUTO. ¡Já! já! Su amor me horripila!
Ya está arreglado el asunto!
Me caso con mi pupila!
(Telon rápido.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

La misma decoracion del acto anterior.

ESCENA PRIMERA.

D. CANUTO y CASTORA.

CAST. Vamos! No sea usted posma!
CANUTO. Repito la enhorabuena!
CAST. Acabe usted de una vez!
CANUTO. No tenga usted impaciencia.
Lo sé todo!
CAST. Dale bola!
¿Y qué es todo?
CANUTO. Friolera!
CAST. (Jesus! Qué hombre tan cargante!)
Vaya, abur! (Medio mutis.)
CANUTO. Bien! Si se empeña
en que ese amor quede oculto!
CAST. Dice usté amor? (Volviendo.)
CANUTO. (Ya se queda!)
CAST. No comprendo!...
CANUTO. Picarona!
No se me haga usted de nuevas.
Me refiero á mi sobrino.
CAST. (Qué dice?)
CANUTO. Aplaudo su idea!

CAST. ¿Cuál? ¿la de comer aquí?
CANUTO. Castora, vamos á cuentas.
¿Qué tiene de extraño?...
CAST. El qué?
CANUTO. El que ustedes dos se quieran.
CAST. (Pero ¿qué dice este hombre?)
CANUTO. ¿Á qué viene esa reserva
si sé que Alberto la adora?
CAST. ¿De veras?
CANUTO. ¡Y tan de veras!
¡Pues si él mismo me lo ha dicho!
CAST. ¿Qué le ha dicho? Con franqueza.
CANUTO. Pues que se casa si usted
no le opone resistencia.
CAST. (Ay, Dios mio!)
CANUTO. Usted querrá...
CAST. Perdone usted mi extrañeza...
porque... la verdad... yo... vamos!
no sospechaba...
CANUTO. Pamemas!
¿No se han visto ustedes?
CAST. Sí!
CANUTO. ¿Y no se han hablado?
CAST. Apenas!
Dos palabras solamente.
CANUTO. Basta! Hay palabras que encierran
un mundo de poesía!
CAST. (Pues yo no he notado en ellas...
¿Si me habrá hablado de amor
sin que yo le comprendiera?)
CANUTO. ¿Y no se han cruzado ustedes
alguna mirada tierna?
CAST. Sí!... La verdad!... Me ha mirado
así, de cierta manera!...
CANUTO. ¿La miraba á usted así?
Basta! Hay miradas que encierran
un mundo de poesía!
CAST. Y cree usted que él se atreva?...
CANUTO. Á todo! Es hombre que tiene
muchísimas tragaderas!
CAST. Eh?
CANUTO. Lo que digo... es decir...

que es hombre que si se empeña
en alcanzar cualquier cosa,
hasta lograrla no ceja.

CAST. ¿Y no teme usted que intente
burlarse de mi inocencia?

CANUTO. Señora! De ningun modo!
Su amor no es amor de pega!

CAST. Es que así... tan de repente...

CANUTO. Si trae cola!

CAST. ¿Es de veras?

CANUTO. La quiere á usté hace seis años!

CAST. Seis años!

CANUTO. Esa es la fecha!

CAST. (Dios mio! ¿Será posible?)
No recuerdo...

CANUTO. ¿No recuerda?

CAST. Por más que pienso... Seis años...
Espere usted! Quizá sea!...
¿Sabe usted si Alberto estaba
el setenta y dos en Cuenca?

CANUTO. Él ha estado en todas partes!

CAST. Sí! Pues entónces... Él era...

CANUTO. Claro!

CAST. En un baile de trajes
en casa de la marquesa
del Arrope, un arlequin
me tuvo la noche entera
mareada con sus bromas.
Si viera usted qué agudezas!

CANUTO. Si es muy listo!

CAST. Al retirarse
pidióme una flor en prenda
de mi amor!

CANUTO. Y usted...

CAST. Le dí
confiando en sus promesas,
un clavel que de seguro
todavía lo conserva.

CANUTO. Señora, se habrá secado
en los seis años de ausencia!

CAST. Al dia siguiente supe
con una alegría inmensa,

que el máscara era un teniente
de caballería.

CANUTO. Él era!

CAST. Mas ¡ay! á las pocas horas
marchó el escuadron de Cuenca,
y desde entónces no he vuelto
á verle una vez siquiera!
Pero ya no dudo! Es él!

CANUTO. Pues claro!

CAST. Qué noche aquella!
¡Ay qué baile! Estaba yo
vestida de primavera!

CANUTO. ¿De primavera?

CAST. Era un traje
de capricho!

CANUTO. (Zapateta!)

CAST. Muchas guirnaldas de flores;
corpiño verde ciruela,
tonelete azul muy corto.

CANUTO. Muy corto?

CAST. Así! (Mercando media pierna.)

CANUTO. Friolera!
Basta! Un traje así es capaz
de trastornar la cabeza,
no digo á un teniente,
á todos los tenientes de la tierra!

CAST. Vamos! Señor don Canuto...
Tiene usté unas ocurrencias...
(Qué simpático es este hombre!)

CANUTO. Nada! Ya es cosa resuelta!
Á fines de mes, la boda!

CAST. Justo!

CANUTO. Y en seguida, á América!

CAST. ¿Á América?

CANUTO. Pues es claro!

CAST. Qué miedo!

CANUTO. Usted se marea?

CAST. Muchísimo!

CANUTO. Pues mejor!
Es una medida higiénica.

CAST. Pasar el mar!

CANUTO. Es el modo

de que Alberto haga carrera.
En cuanto llegue á la Habana,
paf! comandante por fuerza!
Ántes de dos años, paf!
coronel; y si se mezcla
en cualquiera movimiento,
paf! brigadier; y á la vuelta
paf! general, y en seguida,
paf! ministro de la guerra!

CAST. Muchos *pafes* me parecen.

CANUTO. Todo es fácil que suceda!
¡Quién la verá á usted los dias
que salgan en carretela!
Así, los dos muy juntitos,
diciéndose mil ternezas,
y delante un chiquitin
en brazos de una pasiega!

CAST. No me diga usté esas cosas,
que me da mucha vergüenza!

CANUTO. Bueno, pues no hablemos más.
(Soy un tuno en toda regla!)
Hasta luégo, capitana,
comandanta, ¡coronela!
(Váse muy contento puerta primera derecha.)

ESCENA II.

CASTORA, sola.

¡Si hay para perder la calma!
¡Cesa al fin mi soltería!
Gracias á Dios! Ya temía
que me enterrasen con palma!
¡Y es un partido excelente!
¡Un capitan adorarme!
Si yo por tal de casarme
aunque fuera subteniente!

ESCENA III.

DICHA y ALBERTO.

CAST. (Ay, aquí está! Vírgen santa!)

ALB. (La mamá de Lola.)
CAST. (Es él!
Creo que se ha emocionado.)
(Se sienta en la butaca de la izquierda.)
ALB. Señora...
CAST. (Qué guapo es!)
ALB. (¡Qué manera de mirar!
Estrella dice muy bien!
Está loca rematada!)
Con el permiso de usted.
(Va á sentarse á alguna distancia.)
CAST. Siéntese usté aquí! Más cerca!
ALB. Corriente! Me sentaré.
(Si es manía...)
(Se sienta al lado de Castora.—Breve pausa.—Castora suspira.)
CAST. ¡Ay!
ALB. (Caracoles!)
CAST. (Me explico su timidez!
Será preciso animarle!)
ALB. (Pues señor, procuraré
no llevarle la contraria,
no se vaya á enfurecer!)
(Castora le mira con coquetería y se sonrie.)
Vamos! le da por reirse!
Me reiré yo tambien!) (Se rien los dos.)
CAST. Verdad que parece un sueño?
Si creo que ha sido ayer
cuando usted...
ALB. (Pobre señora!)
CAST. ¡Pero qué malo es usted!
Por supuesto, yo en seguida
le he conocido!
ALB. Sí, eh?
CAST. Es usted el arlequin!
ALB. Señora!
CAST. Si ya lo sé!
ALB. (Me llama arlequin! Yo creo
que me debía ofender!)
CAST. ¡Qué recuerdos! Cuenca, siempre
será para mí un eden!
ALB. Ah! Claro!... ¡Cuenca! Pues digo!...

¡Un paraiso! ¡Un vergel!

CAST. Fué la cuna de mi dicha!

ALB. (Comprendo!) ¿Ha nacido usted
en Cuenca?

CAST. No: yo he nacido
en Villahermosa...

ALB. Sí, eh?
(Pues su cara es un mentís
al pueblo que le dió el ser.)

CAST. ¡Qué noche aquella!

ALB. (Eh?)

CAST. Qué baile!

ALB. Ah! Justo! qué baile aquel!

CAST. Si es usted lo más tunante!
¡Bien me decía el marqués!
Cuidadito, primavera!

ALB. (¡Qué lástima de mujer!)

CAST. Ya sabe usted que yo iba
de primavera.

ALB. Ya sé.
(Querrá decir de entretiempo.)

CAST. Mucho cuidado con él!
Ese chico es un lagarto!
Y vaya si lo es usted!
No lo recuerda?...

ALB. Muchísimo.

CAST. Yo nunca lo olvidaré!

ALB. Eso prueba que los dos
somos de igual parecer.

CAST. Si cuando dos corazones
laten unísonos!...

ALB. (Qué?)

CAST. Para el amor no hay distancia.

ALB. No señora. Qué ha de haber!

CAST. Ay Alberto! (Suspira.)

ALB. (¡Vaya, vaya!)
(Retirándose. Castora acerca su butaca.)

CAST. Yo estoy loca!

ALB. Ya lo sé.
Digo...

CAST. Loca de alegría!
Creí no volverle á ver.

Iremos juntos á donde
usted quiera!

ALB. (Á Leganés
es á dónde debes ir.)

CAST. Pero si pudiera ser (Con mimo.)
yo no quisiera embarcarme.

ALB. Bueno. No se embarque usted.

CAST. Tengo horror al agua!

ALB. Cielos! Será rabia!
(Retirándose. Castora se aproxima.)

CAST. ¡Qué placer!
Yo temía que mi edad...
es decir, mi edad no es
tanta, pero represento...

ALB. Muy poca.

CAST. De veras, eh?

ALB. Representa usted... treinta años.

CAST. Pues ya tengo treinta y tres.

ALB. (Atiza!)

CAST. (No me he quitado
nada más que diez y seis!)
¿Conque soy tan jóven?

ALB. Vaya!
Si nadie dirá que usted
tiene una hija.

CAST. Dios mio! (Se levantan.)
¿Qué escucho!

ALB. (La eché á perder!
Le dá el acceso.)

CAST. Una hija!
Yo no tengo!

ALB. Ya lo sé! (Tranquilizándola.)
Por eso digo que nadie
dirá que la tiene usted!

CAST. Ay! creí que usted dudaba!

ALB. (Por fin la tranquilicé.)

CAST. Ay! Alberto!

ALB. (Vaya! Abur!) (Medio mutis.)

CAST. ¿No se queda usté á comer?

ALB. Vuelvo!

CAST. Todo está dispuesto
por mí.

ALB. (Pues estará bien!)
CAST. ¡Qué timbal! Va usté á chuparse
los dedos de gusto!
ALB. Eh!
(Chupar los dedos!) Señora!
Yo nunca acostumbro hacer
esas cosas!
CAST. ¿Quién me habia
de decir?...
ALB. (Qué pesadez!)
CAST. Soy feliz!
ALB. (Olfateando.) Sí! Yo lo noto!
Tengo buen olfato!
CAST. Qué?
ALB. Huele á quemado! El timbal!
CAST. Es cierto?
ALB. Vaya usté á ver!
CAST. Ay! Voy corriendo!
ALB. (Qué mosca!)
CAST. En seguida volveré!
Ya hablaremos!
ALB. Bueno, sí!
CAST. Hasta luégo! (Con mucho mimo.)
ALB. Hasta despues!
(Váse Castora puerta foro izquierda.)
Yo no sé cómo permiten
que ande suelta esta mujer!

ESCENA IV.

ALBERTO y LUIS, con algunos papeles de música.

LUIS. Buenas tardes.
ALB. Servidor.
(¿Quién será?)
LUIS. (Se sienta al piano.) (La esperaré.)
Con el permiso de usté.
(Hace algunas escalas en el piano.)
ALB. (Vamos! El afinador!)
LUIS. Si estorbo... (Toca un momento.)
ALB. Toque á destajo,
que yo con placer le escucho.

—¿Qué tal? Se trabaja mucho?

LUIS. ¿Quién, yo? Si yo no trabajo!

ALB. Digo si en su profesion...

LUIS. ¿Mi profesion? Si soy rico! (Se levanta.)

ALB. Ya! ¿Conque usted?... (No me explico...)

LUIS. Soy músico de aficion.
Ah! La música me excita!
¡Qué quiere usted!

ALB. Es muy justo!

LUIS. Si viera usted con qué gusto
toca el piano Lolita!

ALB. Ah! Con un gusto especial! (Con sorna.)
¿Es usted su profesor?

LUIS. Yo soy profesor de amor!
(Con aire pedantesco.)

ALB. ¿De amor dice usted?

LUIS. Sí tal!

ALB. (Qué es esto?)

LUIS. ¡No he de decirlo
cuando es mi vida y mi ser!

ALB. (Y mi tio sin saber!...
Yo no debo consentirlo!
Qué escándalo!)

LUIS. Son dos soles
sus ojos! Me vuelven loco!

ALB. Señor mio! Poco á poco!

LUIS. Eh?

ALB. Silencio!

LUIS. (Caracoles!)
¿Qué pasa?

ALB. Usted se propasa
en esta casa!

LUIS. Yo?

ALB. Sí!

LUIS. Hombre! Pues si yo entro aquí
como Pedro por su casa!

ALB. Pedro entrará como quiera,
eso no me importa un bledo;
pero á usted no le concedo
que entre aquí de esta manera.

LUIS. (Quién será este hombre! Me asusto!)

ALB. Sépalo usted, señor mio.

Soy sobrino de mi tio!

LUIS. Ah! Ya! Tengo mucho gusto!
(Tendiéndole la mano.)

ALB. (Será torpeza ó descaro?)
¿Ignora usted el amor
de mi tio?

LUIS. No señor!

ALB. Luégo sabe?...

LUIS. Pues es claro!

ALB. Sabe usted que su pupila
será pronto su futura,
y no obstante, usted procura
desbancarle!

LUIS. Yo? (Que lila!)
Está usted en un error!

ALB. En un error?

LUIS. Ya se ve!

ALB. ¿Entónces á quién da usté
esas lecciones de amor?

LUIS. Si es á la otra á quien quiero!

ALB. Á la otra?

LUIS. Sí!

ALB. (Qué escucho?)

LUIS. Estrella me aprecia mucho!
Es mi ángel...

ALB. Caballero!

LUIS. (Gran Dios!)

ALB. (Me engaña la ingrata?)
Conque usted la quiere?...

LUIS. Yo...

ALB. Y ella? diga usted que no!

LUIS. Pues... no!

ALB. Conque no?

LUIS. (Me mata!)

ALB. La verdad! Saberla debo!

LUIS. Pues me quiere, ¿á qué ocultarlo?

ALB. ¡Y se atreve á confesarlo!

LUIS. No señor, si no me atrevo!

ALB. (Si esto es horrible! Es atroz!)

LUIS. (No digo esta boca es mia!
Estos de caballería
tienen un genio feroz!)

ALB. Cómo! ¡Y su estancia prolonga!
¡Que si se me pone aquí
va usté á salir por allí! (El balcon.)
LUIS. No! pues que no se le ponga!
Si ya me voy!
ALB. (¡Engañarme
de ese modo!)
LUIS. (Qué tendrá?) (Medio mútis.)
ALB. Pero, no! Venga usté acá!
(Necesito cerciorarme!)
LUIS. Mándeme usted!
ALB. (Tendré calma.)
¿Conque es decir que los dos
somos rivales?
LUIS. (Gran Dios!
Un rival! Me rompe el alma!)
Dice usted... que...
ALB. Sí señor!
LUIS. (Un rival! Vírgen bendita!
¡Y me decía Lolita
que era su primer amor!)
¡Es una infamia!
ALB. Sí á fé!
LUIS. Y yo que á darle venía
Recuerdos de Alejandría!
ALB. Devuélvaselos usté.
(Y es un niño, un inocente...
Ella es la culpable! Justo!)
Caballero! (Dándole en el hombro.)
LUIS. (Volviéndose asustado.) (Ay! Vaya un susto!)
ALB. Hablemos tranquilamente.
LUIS. (De fijo! Un lance de honor!
Pero yo no aceptaré!)
ALB. Con franqueza! Diga usté.
¿De cuándo data su amor?
LUIS. (Siempre diré un desatino.)
ALB. La verdad!
LUIS. Pues hace ya
siete meses!
ALB. (Claro está!
Un amor sietemesino!)
LUIS. No conocí sus engaños!

Perdone usted si atrevido!...
Usted será el preferido!

ALB. Yo la quiero hace seis años!

LUIS. (Seis años! Esto me irrita!
¡Es mucha precocidad!
Á los nueve años de edad
pensaba en novios Lolita!)

ALB. Está usted como asustado!
No tiemble usted.

LUIS. Si yo no...

ALB. Más calma!

LUIS. ¿Temblaba yo?...
Pues no lo había notado!

ALB. Venga esa mano de amigo!
(Le da la mano.)

LUIS. (Amigo!) Luis Perulero,
Preciados, quince, tercero...

ALB. Gracias! (Apretándole la mano.)

LUIS. (Uy!)

ALB. Qué? (Apretando más.)

LUIS. (Gesticulando.) Que me obligo....

ALB. Los dos estamos iguales!
Nada de lances de honor!

LUIS. Dice usted bien! Sí señor!
Los duelos son inmorales!

ALB. Ya que sin temor á Dios
á los dos así nos trata,
quédese la muy ingrata
sin ninguno de los dos!

LUIS. Mucho que sí! Yo jamás
perdonaré lo que ha hecho!

ALB. (Es el caso que sospecho
que la quiero mucho más!)
Pero al pensar de qué modo!...
un castigo necesita!

LUIS. (Es el caso que á Lolita
la quiero á pesar de todo!)

ALB. (Fuera una leccion bien dada!)
Pensemos los dos aquí...
(Dándole en el hombro.)

LUIS. Piénselo usted, porque á mí
nunca se me ocurre nada!

ALB. Justo! Ya está decidido!
(Vuelve á darle en el hombro.)
La escribiremos los dos
aquí mismo.

LUIS. (Santo Dios!
¿Para qué lo habré sabido?)

ALB. Aquí hay papel. Tome usté.
(En el velador. Se sientan uno en frente de otro.)
Muy poco, cuatro renglones.
Nada de contemplaciones.
Vamos, hombre!

LUIS. Así lo haré.

ALB. (Escribe y de pronto se detiene.)
(Voy á reñir y me asusto!
Mas su proceder me humilla.
Es preciso!) (Sigue escribiendo.)

LUIS. (Escribiendo.) (Pobrecilla!
Le voy á dar un disgusto!)

ALB. (Es justo que me desmande
tratándome de esta suerte...)

LUIS. «¡Ingrata!» (Escribiendo.)

ALB. ¡Fuerte!

LUIS. Más fuerte?
(Lo pondré con letra grande.)
(Sigue escribiendo.)

ALB. (Escribiendo.) («Desde hoy reniego de tí,
»pues de tal modo me quieres.»)
(Nada! Nada! Á las mujeres
hay que tratarlas así!)

LUIS. ¿Cómo es su gracia de usté?

ALB. «Aleve!» (Escribiendo.)

LUIS. ¿Aleve? No acierto...
Pregunto su nombre...

ALB. Alberto.

LUIS. Gracias. (Sigue escribiendo.)

ALB. (Bien! La cerraré. (Pone el sobre.)
El sobre. ¡Perfectamente!)
(Al cerrar la carta pega un puñetazo en el velador. Luis se asusta.)

LUIS. Ya he terminado.

ALB. Ajajá!
Ponga usté el sobre.

LUIS. Ya está.
ALB. Bravo! Es usted un valiente!
LUIS. Sí! (Valiente desazon
es esta que tú me has dado!)
ALB. ¿En dónde estará el criado?
LUIS. Yo le llamaré. (Va al foro.) ¡Ramon!
Ya viene.
ALB. Pues se propasa
en su amor y así lo quiso,
dado este paso, es preciso
no volver por esta casa.
LUIS. Eso debemos hacer!
ALB. Que pene la fementida!
LUIS. Justo! (Yo vuelvo en seguida!)
ALB. (Yo necesito volver.)

ESCENA V.

DICHOS y el CRIADO.

CRIADO. ¿Llamaba usted, señorito?
LUIS. Acércate!
ALB. Pronto! Ven!
Toma! (Le da su carta.)
LUIS. Toma. (Le da la suya.)
CRIADO. Está muy bién.
ALB. Dáselas y cuidadito!
CRIADO. Corriente!
ALB. Pues eres fiel,
toma. (Llevándose la mano al bolsillo.)
LUIS. Toma! (Id.)
CRIADO. Bien está.
ALB. (Viendo la accion de Luis.)
(Ah! Vamos! Él se la da!)
LUIS. (Viendo la accion de Alberto.)
(Ah! Vamos! Se la da él!)
(Los dos se dirigen al foro.)
ALB. (Me vuelvo desde la esquina.)
Pase usted! (En la puerta.)
LUIS. Usted!
ALB. (Vánse los dos.) Los dos!
CRIADO. Vayan ustedes con Dios!

(Y gracias por la propina!)

ESCENA VI.

EL CRIADO, luégo ESTRELLA.

CRIADO. ¡Se burlaron! Cosa cierta!
No ha estado mala la broma!
Éste, toma, el otro, toma,
¡y al fin tomaron la puerta! (Sale Estrella.)
EST. (No está.)
CRIADO. Señorita!
EST. Qué?
CRIADO. De don Luis y un capitan. (Le da las cartas.)
No sé para quién serán,
pero tómelas usté. (Váse por el foro.)

ESCENA VII.

ESTRELLA y luégo LOLA.

EST. (Leyendo los sobres.)
«Para Estrella,» y «Para Lola.»
Y son de Alberto y de Luis...
No me explico...
(Á Lola.) Toma.
LOLA. Qué?
EST. Una carta para tí.
LOLA. ¿Una carta?
EST. De Luisito. (Dándole la carta.)
LOLA. (Vamos! No podrá venir
esta noche, y me lo advierte.
¡Si es más bueno para mí!) (Abre la carta.)
EST. (Veremos lo que me dice
mi enamorado Amadís.) (Abre la carta.)
LOLA. (Lee.) («Ingrata!» ¡Me llama ingrata!
¿Qué es esto?—«Jamás creí
»que me engañaras» ¡Dios mio!
Yo no me atrevo á seguir!)
EST. (Lee.) («Estrella! en mi larga ausencia
»no he pensado más que en tí...»
Siempre con sus tonterías!

No le puedo corregir!)

LOLA. («Adios, ingrata!» ¡Me llama
ingrata tres veces!... ¡Sí!... (Lloriqueando.)
¡Se ha incomodado conmigo!...
¡Ay! Yo me voy á morir!)

EST. («De tu imágen el recuerdo
»siempre lo he llevado aquí!...»
Aquí!—Será el corazon!)

LOLA. («Por qué has ocultado, dí.
»tus amores... (Transicion.) con Alberto...»
—¿Qué dice?...)

EST. (Transicion.) (¡Pero, Dios mio!
Es posible!) (Sigue leyendo.)

LOLA. (Muy alegre.) («Supe al fin
»que él te quiere...» ¡Que él me quiere?)

EST. («Aleve! Perjura! Vil!»)

LOLA. (Así está escrito! Qué gusto!)

EST. («Desde hoy reniego de tí!»
Pero ¡si no puede ser!
Si él no ha podido escribir!)

LOLA. (Ha desbancado á Luisito!
salió lo que presumí!) (Muy contenta.)
¡Ay, tia! Dame un abrazo!

EST. Déjame en paz!

LOLA. ¡Soy feliz!

EST. ¡Y yo soy muy desgraciada!

LOLA. He terminado con Luis!

EST. Déjame! (Sin escucharla.)

LOLA. ¡Si es un chiquillo!

EST. (Preocupada.) ¡Desde hoy reniego de tí!

LOLA. ¿Reniegas de mí?

EST. No es eso!
Es que... no sé qué decir.

LOLA. No es culpa mia si Alberto
se ha enamorado de mí!

EST. ¡Eh! ¿Qué dices?

LOLA. ¿Tú no sabes?
¡Pues por eso soy feliz!

EST. Dices que Alberto?... (Dios mio!)

LOLA. Yo, la verdad, no creí...
pero cuando Luis lo dice...

EST. ¿Pero qué te dice Luis?

Acabá!

LOLA. Aquí está bien claro! (Le da la carta.)

EST. A ver, á ver!

LOLA. Lee aquí! (Indica el párrafo.)

EST. (Lee.) «Tus amores con Alberto...»
¡Lola!

LOLA. Sigue!

EST. «Supe al fin
»que él te quiere...» Es imposible!
(Le devuelve la carta.)

LOLA. Dices imposible?

EST. Sí!

LOLA. ¿Acaso soy yo tan fea
para no hacerle tilin?
Y á mí me gusta! Es muy guapo!

EST. (Vírgen santa!)

LOLA. Tiene un *chic*!...

EST. Ya te he dicho que me dejes!

LOLA. ¿Pero me vas á reñir?

EST. Esa carta es una burla!

LOLA. ¿Cómo burla?

EST. Burla, sí!
Ese amor es un engaño! (Irritada.)

LOLA. No señora!

EST. Es un ardid!

LOLA. Pues yo te digo que no.

EST. Pues yo te digo que sí!

ESCENA VIII.

DICHAS y CASTORA.

CAST. Pero chicas! ¿Qué sucede?
Qué es eso? Por qué reñís?

EST. Que esta chica...

LOLA. Que mi tia...

EST. Se empeña...

LOLA. Ha dado en decir...

EST. En que es cierto...

LOLA. En que no es cierto...

EST. Que una carta...

LOLA. Que está aquí...

EST. Dice que él...
LOLA. Me quiere mucho..
EST. Pero yo...
LOLA. ¡Por san Fermin!
No me hableis las dos á un tiempo
que me voy á confundir!
EST. Bueno, pues díselo tú.
LOLA. No! díselo tú, que á tí
te corresponde.
EST. No! Quiá!
Tú se lo debes decir!
LOLA. No! Tú!
EST. Tú!
LOLA. Tú!
CAST. Tururú!
¿En qué quedamos al fin?
LOLA. Pues que mi tia se obstina
en no creer lo que Luis
dice en esta carta.
CAST. Qué?
LOLA. Que Alberto viene por mí!
CAST. Que Alberto viene?...
LOLA. Pues claro!
Pero se empeña en decir
mi tia, que no es posible!
CAST. Dice muy bien! ¡Qué infeliz!
(Estrella asiente á lo que dice Castora.)
LOLA. ¿Por qué?
CAST. Porque Alberto está
enamorado de mí!
EST. y LOLA. ¡De usted!
CAST. De mí!
EST. (Somos tres!)
CAST. Me hizo el amor de arlequin.
EST. Señora!
CAST. Y hoy sin careta
me lo ha vuelto á repetir!
¡Nos casamos!—Ya lo sabe
su tio! (Marcándolo mucho.)
EST. (¡Necia de mí!
(Comprendiendo el error.)
¡Gracias á Dios!)

LOLA. (Qué ilusiones!)
CAST. (Hizo efecto el retintin.)
EST. (Y yo creía... ¡qué tonta!
Al cabo he dado en el quid! (Riéndose.)
Alberto sospecha que...
Vamos! Y yo que creí!...)
¿Conque se casan ustedes?
(Riéndose sin poder contenerse.)
¿Conque usted se casa al fin?...
CAST. Oye! ¿Á qué viene esa risa?
LOLA. Tia! No me he de reir!
Si esa noticia me alegra!
Y me la ha dado usté así,
vamos! tan de sopeton!... (Sigue riéndose.)
CAST. (Incomodada.) Sopeton ó sopetin,
es lo cierto que me caso,
y que me marcho de aquí,
porque con esa risita
me va á dar un berrinchin,
y no quiero disgustarme
ni que me pongas febril! (Váse.)
EST. Pero tia!...
CAST. (Todo eso
es envidia! ¡Qué infeliz!)
(Váse foro izquierda.)
LOLA. (Por más que digan las dos,
Alberto me quiere á mí!)
(Váse segunda izquierda.)

ESCENA IX.

ESTRELLA..

Y este... tonto que me llama
(Mira la carta.)
aleve, perjura y vil!
Aleve, yo que le quiero!
Perjura, amándole así!
¡Vamos! Si se necesita
haber perdido el magin!
Mas yo le prometo darle
una leccion.—Ya está ahí! (Aparece Alberto.)

ESCENA X.

ESTRELLA Y ALBERTO.

ALB. (Casi estoy arrepentido!
Y cómo no? Si es tan bella!
Si no puede ser!) Estrella!
(Estrella hace como que no le oye.)
Estrella! ¿No me has oido?
EST. (Con gravedad cómica.)
¿Ha escrito usted esta carta?
ALB. (Malo! me trata de usté!)
Sí, pero yo te diré...
EST. Nada escucho!
ALB. Óyeme!
EST. Aparta!
¡Confiesa ser el autor
de esto que miro y que toco,
el que aquí mismo, hace poco,
me hizo protestas de amor!
El que con ansia febril
me juró cariño fiel,
me llama en este papel
aleve, perjura y víl?
El que ántes...
ALB. Yo explicaré...
EST. El que ántes por mí muriera,
me trata de esta manera
y escribe aleve con b?
Y eres tú?...
ALB. Por Belcebú!
Mujer! Óyeme si quieres!
EST. Insisto en que tú no eres!
Digo que tú no eres tú!
ALB. Que yo no soy?...
EST. No!
ALB. Mujer!
EST. Hay razon para dudar!
ALB. Si no me dejas hablar
no nos vamos á entender!
EST. Y no se baja tu frente!

ALB. Pero, óyeme!
EST. Y no te humillas!
ALB. Te lo pido de rodillas! (Se arrodilla.)
EST. Así te quiero! ¡Inocente!
(Váse puerta segunda izquierda riéndose.)

ESCENA XI.

ALBERTO, solo.

Y se rie! Cielo santo!
Y me ha llamado inocente!
¡Inocente! Francamente,
lo que es eso no lo aguanto!
Comprendo que en su falsía
sin respuesta me dejara,
y hasta que me echase en cara
las faltas de ortografía.
¿Pero quedarme tan fresco
tal insulto al inferirme?
Eso no! Porque es decirme
que no sé lo que me pesco.
Y yo lo sé! Sí señor!
No necesito más prueba!
Don Luisito es quien se lleva
la preferencia en su amor.
¡Querer á ese monigote!
Y yo que habia creido!...
Pues tiene razon! He sido
un tonto de capirote!
Nada! Me marcho de aquí!

ESCENA XII.

DICHO y D. CANUTO.

ALB. Adios, tio!
CANUTO. Qué te pasa!
ALB. Que me marcho de esta casa!
Que se han burlado de mí!
Que mi amor no se concilia!
CANUTO. ¿Cómo?

ALB. Que soy un camueso!
CANUTO. Sobrino! No digas eso
por respeto á la familia!
ALB Me voy!
CANUTO. ¡Pero estás resuelto
á no casarte?
ALB. Jamás!
CANUTO. (Gran Dios!) ¿Te vuelves atrás?
ALB. Es ella la que se ha vuelto.
CANUTO. Ella! (Y decía hace poco!...)
ALB. Me ha desbancado un tipite!
CANUTO. ¡Qué me cuentas!
ALB. Don Luisito!
CANUTO. Pero, muchacho, ¿estás loco?
Si Luis...
ALB. Nadie me lo quita
de la cabeza! Los dos
se entienden!
CANUTO. Hombre, por Dios!
Si puede ser su abuelita!
ALB. ¿Cómo abuelita?
CANUTO. Es decir...
ALB. Me consta que ella le adora!
CANUTO. (Mire usté á doña Castora...
No me queda más que oir!)
Vamos! Si no puede ser!
No puede ser! Lo répito!
Si ella ha querido á Luisito,
habrá sido... sin querer!
Si há poco me dijo aquí
que te idolatraba!
ALB. ¿Es cierto?
CANUTO. Pues si te llama «¡su Alberto!»
ALB. ¿Es de veras?
CANUTO. Hombre, sí!
No tengas ningun cuidado!
Me voy á hablarla en seguida!
ALB. Tio! Me da usted la vida! (Le abraza.)
CANUTO. (Digo, si está enamorado!)
Nada! que será tu esposa!
Te casarás y tres más!
Vaya si te casarás!

Pues no faltaba otra cosa!
(Vase foro izquierda.)

ESCENA XIII.

ALBERTO, luégo LOLA.

ALB. ¡Un tio así, no hay dinero
que lo pague! No señor!
Por mi dicha se desvive!
LOLA. (Ay! Alberto!—¡Qué emocion!
Este es un novio, Luisito
es un muñeco de Scrok.)
ALB. (Y es que yo á Estrella la quiero
con todo mi corazon!)
LOLA. (Habla á solas. De seguro
que está pensando en mi amor!)
Ejem! (Nada! No me oye!
Le llamaré la atencion!)
(Se sienta al piano y toca.)
ALB. Cómo? ¿Estaba usted ahí?...
LOLA. Hace ya rato que estoy.
ALB. Perdone usted... Yo no había
notado... Una distraccion...
(Nada! la maldita duda!) (Sigue preocupado.)
LOLA. (Otra vez se ensimismó!)
¿Quiere usté oir este wals?
ALB. (Ay Dios mio!) ¡Por favor!
No toque usted, se lo ruego!
(Para walses estoy yo!)
LOLA. Si usted no quiere...
ALB. Estoy malo:
tengo una jaqueca atroz!
LOLA. De veras? Está usté enfermo!
Pobrecillo! Al punto voy...
ALB. No! no se moleste usted.
No es nada! Ya me pasó!
Esto es nervioso! El piano
me causa una excitacion!
Y usted lo toca de un modo!
LOLA. Muchas gracias! (Ya empezó!)
ALB. (Nada! Que yo no me explico!)

(Breve pausa.)

LOLA. (Se calla! ¡Pero señor!
¿qué hace que no se declara?
Habrá que darle ocasion!)
¿Sabe usted que sin ser médico
sé lo que usted tiene?

ALB. Yo?

LOLA. No es la cabeza la enferma!

ALB. (¿Qué dice?)

LOLA. Es el corazon!

ALB. De veras?

LOLA. Esas dolencias
las conocemos mejor
que los médicos, nosotras!

ALB. Tiene usted mucha razon.
Mas no todas las conocen!

LOLA. No todas! Pues lo que es yo
lo he conocido en seguida!

ESCENA XIV.

BICHOS y LUISITO. Al entrar se sorprende viéndolos juntos.

LUIS. (Dios mio! Juntos los dos!)

ALB. Pues bien, sí! Yo estoy enfermo!

LOLA. Pero enfermo de aprension!

ALB. Es que la aprension á veces
suele matar!

LOLA. No señor!
Siendo usted el aprensivo
es fácil la curacion! (Con coquetería.)

ALB. ¿De veras?

LOLA. (Ay! qué vergüenza!)

LUIS. (Bonito papel estoy
haciendo!)
(Se dirige hácia el piano procurando que no le vean.)

ALB. Usted me asegura
que me quiere?

LUIS. (Santo Dios!)

LOLA. (No me atrevo...)

ALB. Usted lo sabe!

LOLA. (Pues claro que lo sé yo!)
ALB. Comprenda usted mi impaciencia!
Dígame usted!
LOLA. (Con resolucion.) ¡Sí señor!
ALB. (Cogiéndole una mano.)
Ay, Lolita de mi alma!
Me ha dado usté un alegron!
LOLA. (Ay! Al fin!...)
LUIS. (Sí! Yo me llevo
estos papeles!)
(Se mete debajo del brazo algunos papeles de música.)
ALB. Y yo
que creía!... Si merezco
por lo torpe un bofeton!
LUIS. (Yo sí que te lo daría
si tuviera más valor!) (Coge otro tomo.)
ALB. De manera que Luisito... (Se rie.)
¡Pobre chico!
LUIS. (Aquí entro yo!)
LOLA. Es un niño todavía!
LUIS. (¡Ingrata!) (Coge otro tomo.)
ALB. ¡Un bobalicon!
LUIS. (Muchas gracias.—¡Cuatro tomos!
(Coge más libros.)
LOLA. Ya ve usted! Entre los dos...
Francamente...
ALB. Diga usted!
LOLA. No es dudosa la eleccion!
LUIS. (Me llevo hasta el musiquero!)
(Coge el musiquero.)
ALB. (Qué delicioso candor!)
¡Pobre Estrella!
LOLA. ¿Quién? ¿Mi tia?
Mi tia se enfureció!
ALB. (Con la carta. Lo comprendo!
Hice mal!)
LOLA. Se puso atroz!
ALB. (Pobrecilla!)
LOLA. Pues no dice
que es imposible este amor?
ALB. Cuál?

LOLA. El nuestro!
ALB. (Caracoles!)
LOLA. Ya ve usted! Como si yo
no pudiera tener novio!
ALB. (Qué dice?)
LOLA. ¡Qué obstinacion!
Pues luégo vino su tia!
ALB. Quién? Su tia?...
LOLA. Sí señor!
Y entre las dos se empeñaban
en quitarme la razon!
ALB. (Ay Dios mio! Está lo mismo
que su madre! ¡Es un dolor!)
LOLA. Por supuesto no hice caso,
y en queriéndonos los dos...
ALB. (Vamos! Habla de mi tio!)
Es natural! Un tutor
tan bueno!
LOLA. No! Don Canuto
no sabe nada!
ALB. Que no?
¿Pero no la quiere á usted?
LOLA. Muchísimo, sí señor!
De fijo que él no se opone!
Tiene muy buen corazon!
¿Verdad que no se opondrá?
ALB. No, hija mia! (Si es atroz!)
LOLA. Ya le enseñaré la carta.
ALB. ¿Qué carta?
LUIS. (La mia! ¡Horror!)
(Se dirige de puntillas, cargado con todos los papeles hácia la puerta del foro.)
LOLA. Toma! ¿Cuál ha de ser? Esta
que Luisito me escribió.
ALB. Qué Luisito!...
LOLA. (Le da la carta.) Mire usted!
ALB. (¿Qué veo?) Aquí hay un error!
Esto no es cierto!
LUIS y LOLA. (Eh!)
ALB. Pues claro!
Es una equivocacion!
Si á quien yo quiero es á Estrella!

LOLA. (Ay Dios mio!)
LUIS. (¡Santo Dios!)
(Deja caer el musiquero y todos los volúmenes. Al ruido vuelven la vista Alberto y Lola.)
ALB. Don Luisito!
LOLA. (Qué vergüenza!)
LUIS. ¿Conque ustedes?... ¿Conque yo?...
Déjeme usted que le abrace!
(Abraza á Alberto.)
Si yo no sé cómo estoy!
Ay, Lolita de mi vida!
Bendito sea el error!
Si hay para volverse loco!.
Hasta luégo. Adios! Adios!
(Me voy á comprarla todas
las óperas de Gounod!)
(Váse corriendo por el foro.)

ESCENA XV.

ALBERTO y LOLA.

LOLA. (Y se marcha tan contento!
Pobrecillo! Y yo... ¡qué rabia!)
ALB. (Pues señor! Estoy en babia!)
LOLA. (Nada! Pues ya no lo siento!)
(Se sienta al piano.)
ALB. ¡Oh, yo á comprender no atino
ó aquí nadie tiene cura!)

ESCENA XVI.

DICHOS, D. CANUTO y CASTORA, aparecen en el foro izquierda. Vienen como disputando.

CAST. (Es que esa es una impostura!) (Á Canuto.)
CANUTO. Déjeme usté á mí!...
(Castora se oculta de Alberto; D. Canuto baja y le toca en el hombro.)
(Muy contento.) Sobrino!
ALB. ¿Qué?

CANUTO. Ves cómo tu malicia
te engañaba! Es natural!
ALB. Ya lo sé!
CANUTO. No hay tal rival!
ALB. Ya lo sé!
CAST. (Me hace justicia!)
CANUTO. Cuando dije que te adora!
ALB. Ya lo sé!
CANUTO. ¿Seré yo ducho?
Castora te quiere mucho!
ALB. Castora! ¿Y quién es Castora?
CAST. (Qué dice!)
CANUTO. No te atortoles.
¿Quién ha de ser, criatura?
Tu futura!
ALB. Mi futura!
CANUTO. Tonto! Mira!
(Le vuelve hácia donde está Castora que ha ido acercándose.)
ALB. Caracoles!
(Retrocede asustado.)
CAST. Me rechaza usted ahora
cuando á disculparle vengo!
CANUTO. Dice bien!
ALB. (Á Canuto.) ¿Y yo qué tengo
que ver con esta señora?
CANUTO. Pero muchacho, ¿no ves?...
ALB. Nada veo!
CAST. Y no se alegra!
ALB. Tio! Encierre usté á su suegra,
ó mándela á Leganés!
CANUTO. (Á mi suegra!)
CAST. (Que descaro!)
CANUTO. Pero qué me hablaste de ella?
ALB. Si yo le hablaba de Estrella!
CAST. Eh!
CANUTO. (Santo Dios!)
ALB. Pues es claro!
CANUTO. De Estrella! ¿Y eres capaz?...
CAST. Y lo confiesa!
ALB. (Qué lio!)
CANUTO. Sobrino! Sobrino! (Furioso.)

ALB Tio!
¡Déjenme ustedes en paz!
(Se dirige hácia Estrella que un momento antes ha salido.—Canuto y Castora siguen disputando.)

ESCENA ÚLTIMA.

DICHOS, ESTRELLA, LOLA y mas tarde LUIS.

ALB. Estrella!
EST. Alberto!
ALB. Te pido
que me perdones...
EST. Ya sé!
(Siguen hablando.)
CAST. La culpa ha sido de usté! (Á Canuto.)
CANUTO. Usted la culpa ha tenido. (Á Castora.)
CAST. Me quedo sin matrimonio!
CANUTO. Y yo tambien me he quedado!
EST. (Les está bien empleado!)
(Á Alberto aludiendo á Castora y Canuto.)
CAST. Don Canuto!
CANUTO. (Don demonio!)
CAST. Es que usted!...
EST. (Acercándose.) ¡Qué algarabía!
No se ha convencido usté
todavía! (Á Canuto.)
CANUTO. Yo! De qué?
EST. De que le quiere mi tia!
CANUTO. Eh?
CAST. Qué dices?
EST. Sí señor!
¿Á qué callar? Ya no puedo!
Todo esto ha sido un enredo
forjado por mi tutor!
CANUTO y CAST. Eh?
EST. La quiso someter
á una prueba, y esta ha sido!
Pero ya se ha convencido!
CAST. Es cierto?
EST. Pues no ha de ser!
Si es una pasion antigua!

¿No es verdad? (Á D. Canuto.)

CANUTO. Mujer, si yo!...

EST. (No me diga usted que no,
porque si Alberto averigua...) (Á Canuto.)
Tia, que usted le convenza!
(Váse al lado de Alberto.)

CANUTO. (¡Gran Dios!)

CAST. (Á Canuto.) Me quería usté,
y se callaba? ¿Por qué?

CANUTO. Porque... me daba vergüenza.

CAST. (No es gran cosa, pero en fin!)
Soy dichosa!

CANUTO. Yo tambien!
(Esta noche tomo el tren
y no paro hasta Pekin.)

ALB. Y mi tio ¡qué insolencia! (Á Estrella.)
mi enlace había tratado!...

EST. Pobrecillo! En el pecado
se lleva la penitencia!

LUIS. (Que entra cargado con varios libros de música.
Se dirige á Lola que está sentada junto al piano.
Toma! Todo para tí!

LOLA. Déjame! Estoy enfadada!

LUIS. Por qué? Si no ha sido nada!

LOLA. Porque has dudado de mí!
(Siguen hablando.)

CANUTO. (No quiero verlos casados!)

ALB. Estrella! (Estrechando la mano de Estrella.)

CANUTO. (Y se va con ella!
Unos nacen con estrella,
y otros nacen estrellados!)
(Mirando á Castora.)

ALB. Al fin, puedo llamar mia
esta mano encantadora! (Se la besa.)

LOLA. (Á Luis, dándole á besar la mano.)
Anda, tonto! Besa ahora
que ya no tose la tia.

LUIS. Ya no dejaré de amarte! (Á Lola.)
Y pues todos nos casamos,
mañana mismo nos vamos

CON LA MÚSICA Á OTRA PARTE.

EST. (Al público.)

El autor, que ahora someto
á tu fallo que yo acato,
me ha confesado en secreto
que sólo ha sido su objeto
hacerte pasar el rato.
Si ahuyentó tu mal humor
y hemos sabido agradarte,
concédenos tu favor
y no mandes al autor
CON LA MÚSICA Á OTRA PARTE.

FIN.

NOTA.

En la escena VI del primer acto, donde dice

LOLA. ¡Ay! no! que es un militar!

debe decir

¡Qué gusto! Es un militar!

CON MI NOMBRE Y APELLIDO

CON MI NOMBRE Y APELLIDO

JUGUETE CÓMICO-LIRICO EN UN ACTO

original de

D. VICENTE GARCÍA VALERO

música del maestro

DON TOMÁS REIG

Estrenado con aplauso en Madrid, en el Teatro FELIPE la noche del 7 de Setiembre de 1885.

MADRID: 1885
ESTABLECIMIENTO TIPOGRAFICO
DE M. P. MONTOYA Y COMPAÑÍA
Caños, 1.

PERSONAJES	ACTORES
DOÑA VALERIANA.....	Sra. D.ª Concepción Rodríguez.
MARIANA.....	Srta. D.ª Mercedes Vivero.
SABINA.....	Sra. D.ª Adelina Rubio.
DON PRUDENCIO.....	Sr. Don José Rochel.
DON LEÓN.....	» José Portes.
FERNANDO.....	» Manuel Muñoz.
UN SERENO	» Eduardo Sánchez.

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los países con los cuales haya celebrado ó se celebren en adelante, tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traducción.

Los señores comisionados de la Administración Lírico-Dramática, perteneciente á. D. Eduardo Hidalgo, son los encargados de conceder ó negar el permiso de representacion y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

AL APLAUDIDO Y DISTINGUIDO PRIMER ACTOR CÓMICO

SEÑOR DON JOSÉ RUBIO

Su compañero y amigo,

El Autor.

Madrid 10 de Setiembre de 1885.

ACTO UNICO.

Sala, puerta al foro y dos laterales; en segundo término, izquierda (la del actor), otra puerta.—Alfombra, dos consolas con espejos; en una de las consolas, floreros y reloj, en la otra quinqué grande con luz.—A la derecha, y junto al proscenio, velador, y en él recado de escribir y tarjetero con tarjetas.—En segundo término de la derecha chimenea y varios frascos.—A la izquierda sofá, butacas, cortinajes, etcétera.

ESCENA PRIMERA.

MARIANA.

(Mirando al reloj.) Las diez ménos cuarto y ya lo tengo todo dispuesto; nada me resta que hacer, y como los señores no vendrán hasta las doce ó doce y media, me voy á aburrir de lo lindo. Lo más agradable que me ocurre, es bajar á la tienda de al lado; los dependientes son jóvenes muy amables y simpáticos; en cuanto me ven entrar se disputan el despacharme, y me dicen unos piropos, unas lindezas... que á mí no me disgusta el oirlas. El otro día me dijo el más joven, el moreno: «Escuche usted, parroquiana: en cuanto complete una pequeña cantidad que estoy reuniendo la voy á emplear en poner tienda de ultramarinos, y si usted fuera tan amable que quisiera favorecerme...»

—Sepamos de qué se trata.—«Poca cosa,» me contestó, «lo que yo deseo, es que usted se preste á que un pintor me haga su retrato de usted.»—Ay, qué gracia! Y para qué quiere usted mi retrato?—«Para ponerlo en la muestra, pues quiero que mi tienda se titule de la hermosura.»—Valgo yo mucho para estar de muestra.—«Y para estar en el mostrador?»—Cómo! «Qué, cómo, dice usted? Siendo reina absoluta de mi alma y de mis comestibles.»—Yo le contesté que eran cuestiones para arreglarlas en la parroquia. Lo cierto es que desde entónces me hace el amor en sério. Todos me quieren y me requiebran. Uno me llama cara de cielo, otro... qué sé yo! En fin, *ná*; música que suena muy bien al oido; pero que no me entusiasma.

MÚSICA.

El hombre que quiera hablarme
de su amor y su pasión,
es preciso que al Vicario
le haga exacta relación.

Pues es lo seguro
y gran verdad es,
que con sus embustes
nos engañan bien.

Con falda de lana
y buen guardapiés
me marcho á la calle
y luzco mi *aquel*.
Y hay quien al mirarme
se viene detrás
y elogia mi garbo,
mi gracia y mi sal.
Yo entónces le digo:
que no quiera Dios
que para dar *coba*
me componga yo.

No puedo ni me es posible
á los rubios rechazar,
y menos á los morenos
pues es fuego su mirar.

Pero reflexiono
después de pensar,
que si Pedro es malo
será peor Juan.

Las hembras de España
para el hombre son
lo que *pá* las flores
los rayos del sol.
Tenemos gracejo,
sabemos querer,
y no hay quien resista
á nuestro poder.
Y si hay algún soso
que diga que no,
con dos miraditas
me lo atraigo yo.

(Hablado.) Con una miradita provocativa, al señor de Colón, el de la Castellana, á pesar de estar tan alto...

(Cantado.)

Me lo atraigo yo.

HABLADO.

Calla! Dónde he puesto la llave? (Buscándola en el velador.) La habrá tomado el señorito Fernando, en cuyo caso no puedo marcharme. Oigo abrir la puerta. Quién es?

ESCENA II.

DICHA.—FERNANDO, por el foro derecha, viene muy agitado.

FERN. Yo, Mariana.
MAR. Tomó usted la llave de la habitación?
FERN. Aquí la tienes.

MAR. Qué le pasa! Se halla usted pálido, desencajado! Le han dado á usted algún susto?

FERN. Sí, digo, no. Mariana... tú me quieres mucho, y te creo capaz de guardar un secreto.

MAR. Puede confiarme lo que guste.

FERN. Mis tíos han ido al Real?

MAR. Sí señor.

FERN. Es preciso ignoren que he salido. Toma esta levita, es de mi tío; toma el sombrero, coloca ambas cosas en su cuarto y su sitio, que no estén muy á la vista.

MAR. El sombrero está hecho una tortilla.

FERN. Sí; me he caído.

MAR. Jesús! Ha caido usted de cabeza! De algún balcón?

FERN. No; de un nido.

MAR. De un nido?

FERN. Mujer, no me preguntes. Mañana, sin que se entere mi tío, haré que lo planchen. Dame mi americana, y coloca eso como te he dicho. (Mariana hace mútis por la primera puerta izquierda.) Dios mío, qué susto he llevado! Al cabo de siete meses, siete!... que, apreciados comercialmente, dán por resultado doscientos diez días. Cuatrocientas veinte poesías; la he escrito dos por día, justo! sin contar alguna cartita extraordinaria en prosa. Ay, si mis tíos lo supieran! tan buen concepto como les merezco! Ya me temía algo desagradable, desde la maldita casualidad de venir á vivir esa mujer al cuarto tercero de esta casa. Pero lo más grave ha sido lo ocurrido esta noche: llego á la puerta de la habitación; según costumbre, doy tres golpecitos en la mirilla, el ventanillo se abre y la doy la salutación de siempre, una tarjeta que contenía una quintilla de primera fuerza; la toma; pero no era ella, sino un energúmeno que abrió la puerta y me dió tal puntapié, que he bajado rodando las escaleras, hecho una pelota... El corría detrás de mí; pero iba tan ciego, que, en una de mis caidas, tomó la delantera, y, creyendo que me había escapado, salió hasta la calle; yo

aproveché mi feliz previsión... la llave! y abriendo rápidamente, me he puesto en salvo. Mañana les digo á mis tíos que he resuelto marcharme al pueblo y me voy; vaya si me marcho.... afortunadamente, esa mujer no sabe que somos vecinos, y también ignora mi verdadero nombre. Caramba! siento haber tomado el de mi tío!... No importa, véame libre, y suceda lo que quiera. Pero, quién será ese hombre! Tal vez su hermano?... Recuerdo que ella me ha hablado de un hermano que estaba para llegar...

ESCENA III.

DICHO.—MARIANA.

MAR. Ya queda hecho su encargo.

FERN. Acércame una silla.

MAR. Pero, qué le pasa á usted, señorito!

FERN. Me pasa... ay! ay! no puedo estar sentado. (Animal! Qué fuerza tiene en la punta del pié.)

MAR. Ha tenido usted algún lance desagradable? Cuéntemelo. Porque, la verdad, le quiero á usted bien, y me duele muchísimo!...

FERN. A mí me duele muchísimo más. (Ay!)

MAR. El qué, señorito?

FERN. El... el .. nada, no puedo decírtelo.

MAR. Habrá usted recibido un gran golpe en la caida?

FERN. En la caida, no; en lo que me ha hecho caer, sí.

MAR. Cayó usted de plano?

FERN. Sí; pero me dieron de punta.

MAR. Jesús! y en la cabeza! Me hago cargo de lo que habrá usted sufrido; bien claro lo manifiesta el sombrero.

FERN. Pues mira, no es el sombrero quien mejor puede imponerte de lo que ha pasado.

MAR. Los golpes en la cabeza son temibles.

FERN. Los hay que sin ser en la cabeza hacen mucho daño. (Campanillazos continuados en el foro.)

MAR. Llaman. Serán los señores? Me parece pronto!

FERN. No les digas que he salido; si te preguntan por mí, contesta que me acosté temprano; que

estoy malo, lo que quieras. (Se va por la puerta segunda de la izquierda.)

ESCENA IV.

DOÑA VALERIANA, apoyada en el brazo de DON PRUDENCIO. —Les siguen MARIANA y UN SERENO, con capote y farol encendido.

(Preludio en la orquesta de la introducción del cuarto acto de «La Traviata.»)

PRUD. Animo, Valeriana!

SER. Tranquilícese la señora. (Sientan á doña Valeriana en el sofá.)

MAR. Pobrecita ama! Pero, qué ha sido esto?

PRUD. Un síncope. Su afición favorita que la trastorna. Ella no puede ir al teatro, y mucho ménos á ver *La Traviata*.

SER. Yo tampocu puedo ir al teatro, enseguida me duermu.

VAL. Ay, me ahogo!

PRUD. Valor, Valeriana, valor.

VAL. Quiero llorar!

PRUD. Llora, hija.

VAL. Y no puedo!

PRUD. Pues no llores entonces.

VAL. Tengo el corazón oprimido!

PRUD. A ver si hay medio de aflojarla.

SER. Sí, señur; sí que lu hay.

MAR. Quite usted, hombre.

PRUD. Mire usted, Ramón, acompañe usted á la chica; Mariana, anda por un médico, por el que viva más cerca.

SER. Anoche vinieron á llamar á uno que está en el pisu de arriba.

PRUD. Qué feliz casualidad, no lo sabíamos. Mariana, sube; hazlo bajar inmediatamente. Usted, Ramón, puede retirarse. Tome, para refrescar. (Mariana se va foro derecha.)

SER. Gracias; que pase usted buena noche y que se alivien todus y lu mesmu á la señora.

PRUD. Se agradece. Ah! Dios mío, qué cabeza tengo!

Ahora me acuerdo que no he despedido al cochero. Tome, Ramón, páguele y dígale que se retire.

SER. Sí, señor, sí. Cunque lo dichu, celebraré que dentru de unos cuantus días ya esté buena la señora.

PRUD. Bueno, Ramón, bueno.

SER. (Volviendo desde el foro.) Ah! ya sabe usted que si algu le ocurre, conque se asome al balcón y me llame once ú doce veces, enseguida estoy aquí.

PRUD. Bien, hombre, bien. Buenas noches.

SER. Adios!

ESCENA V.

VALERIANA.—PRUDENCIO.

PRUD. Valeriana, se te va pasando?

VAL. Me encuentro mejor; pero es muy cruel... muy cruel...

PRUD. El qué, hija?

VAL. La pobre Violeta, perseguida por la fatalidad, abandonada de todo el mundo!

PRUD. Hasta del abono; menuda grita le han largado.

VAL. La pobre estaba ronca.

PRUD. Por eso tú debiste hacerte cargo, y no haberte impresionado.

VAL. Quita! Quien, como yo, tiene el alma tierna, no puede ser indiferente á la acción que en la ópera se desarrolla. Aquel padre cruel, que la obliga al sacrificio de separarse de Alfredo!... *Dil suo amatisimo... amatisimo...*

PRUD. *Alfreti.*

VAL. Qué profieres?

PRUD. Sí, mujer! *Alfreti*; te he ayudado á buscar la frase.

VAL. Aquél es un padre tirano; es un padre...

PRUD. De guardaropía.

VAL. Y para dorar la píldora, le dice á Alfredo: (Cantando de «La Traviata» segundo acto.)

Ah! il tuo vechío genitor,
tú non sai cuanto soffrí...

(Prudencio, mientras canta Valeriana, lleva el compás con el brazo, como si tocara un organillo de manubrio, y termina la frase, como burlándose de su mujer.)

PRUD. (Cantando.)
Te lontano, di squallor.
(Hablado) Ahora sube la mona al balcón. (Imitando tirar del cordel, como lo hacen los de organillo ambulante que llevan dicho animalito.)

VAL. Profano! No sabes apreciar el sabor musical.

PRUD. Mujer, no parece sino que la música sea un merengue.

VAL. Ignorante! no tienes paladar artístico.

PRUD. Lo tengo de nacimiento.

ESCENA VI.

DICHOS.—MARIANA y DON LEON, foro derecha; éste viene de batín y en chinelas.

MAR. Pase usted, caballero.

LEON. Dónde está la enferma?

PRUD. Aquí la tiene usted. Yo le suplico nos dispense le hayamos molestado.

LEON. Nada de eso: en casa nos acostamos tarde, y además mi profesión me pone en el deber... (Se ha sentado en el sofá al lado de Valeriana y se halla pulsándola.) Ha sufrido algún disgusto esta señora? Alguna emoción fuerte?

VAL. Sí señor; la pobre Violeta...

LEON. Alguna amiga.

PRUD. Amiga precisamonte, no; pero que... vamos... con franqueza; hemos ido al teatro Real, cantaban *La Traviata* y esta... pues... se ha puesto... *impresionata.*

LEON. Comprendido.

PRUD. Como tiene mucha gola artística, digo, paladar...

LEON. (Pulsándola.) Excitación nerviosa. Dónde puedo recetar?

MAR. Aquí. (Indicándole el velador; León pasa receta y deja el papel sobre el velador.)

LEON. Esto que la prescribo es un calmante; como noto que se halla algo débil...

MAR. Hoy ha comido muy poco...

LEON. Perfectamente; trascurridas dos horas en que haya tomado el medicamento, puede muy bien alimentarse y dormir sosegadamente... esto no tiene importancia.

PRUD. Gracias, querido vecino.

LEON. León Filipino, en el cuarto tercero, me tienen ustedes á su disposición.

PRUD. Se agradece, doctor. (Tomándola del tarjetero.) Aquí tiene usted mi tarjeta. (León guarda la tarjeta en la mano sin mirarla.)

LEON. Les mandaré á ustedes la mía. Señora, que usted descanse.

VAL. Gracias, caballero.

LEON. Buenas noches.

PRUD. Mariana, acompaña al señor. Adios, vecino.

ESCENA VII.

VALERIANA.—PRUDENCIO y á poco MARIANA por el foro derecha.

PRUD. Tranquilízate, Valeriana. Tomarás el calmante y luego cenarás. Aunque nos acostemos tarde no importa.

VAL. Dices bien.

PRUD. Mariana, acompaña á tu señora á su habitación. Allí se está más abrigado.

VAL. Yo iré sola. Me recostaré un poquito.

PRUD. Sí! Corre, pichoncito mío: flor sensible, que te tronchas al soplo ronco de una traviata!

VAL. No te burles, Prudencio. (Incomodada.)

PRUD. No, mujer! Son bromitas. Adios. (Prudencio acompaña á Valeriana hasta la primera puerta de la derecha.)

ESCENA VIII.

DICHOS, menos VALERIANA.

PRUD. Dónde está Fernando?
MAR. Se acostó temprano, se sentía enfermo.
PRUD. Milagro! Siempre que se le necesita, no parece.
MAR. Yo iré á la botica.
PRUD. Cómo has de ir tú sola!
MAR. Llame usted á Ramón.
PRUD. A Ramón? Buen refuerzo! Me ha dicho que hay que darle doce voces, para que conteste. Iré yo.
MAR. Llaman? Quién será á estas horas!
PRUD. Anda á ver.

ESCENA VIII.

PRUDENCIO, y á poco DON LEON.

PRUD. Abrigándome bien... La botica no está léjos...
LEON. (Quédase mirando durante una pequeña pausa á Prudencio.) Caballero!...
PRUD. Querido vecino, usted!...
LEON. (Incomodado.) Suprima las frases cariñosas y...
PRUD. Por qué!...
LEON. Nada se me oculta. Se halla usted descubierto.
PRUD. Y qué tiene de particular?
LEON. Repito, (Muy incomodado.) que se halla usted descubierto.
PRUD. Bueno, no hay que alterarse; me pondré el sombrero.
LEON. Ménos disimulo. Lo sé todo!
PRUD. Señor mío...
LEON. Vengo á romperle á usted un hueso.
PRUD. Un hueso? Es que le hace á usted falta?
LEON. Me es indispensable para vengarme de sus insolencias; de la perturbación que ha tratado usted de llevar á mi casa.
PRUD. Cómo! qué! no comprendo!...
LEON. Señor don Prudencio, yo me llamo León.
PRUD. Africano?

LEON. (Alzando la voz.) Filipino.

PRUD. Recuerdo que me lo dijo usted antes.

LEON. Prosigo. Cuando un mequetrefe como usted...

PRUD. Poco á poco; yo no tengo nada de mequetrefe.

LEON. Usted tiene mucho de mequetrefe, está dicho, y no me retracto.

PRUD. Convenido; no se retrate usted.

LEON. (Con reprimido coraje.) Pullitas á mi? Miserable, zascandil!

PRUD. Zascandil! Caballero, á mi edad...

LEON. Su edad de usted es una mentira.

PRUD. Qué es eso de mentira!

LEON. Sus hechos de usted la ponen en ridículo. Cuál es el estado de usted? Confiéseme la verdad. Es usted casado? (Amenazándole con la acción.) Dígame que sí y le aplasto de un puñetazo.

PRUD. (Con miedo.) Entonces, quiere usted le diga que no.

LEON. (Amenazándole.) Es usted casado?

PRUD. No, señor.

LEON. Perfectamente. Quién es esa señora?... la enferma... la que se hallaba antes aquí.

PRUD. Esa señora es mi... suegra.

LEON. Qué!

PRUD. Sí, señor; mi suegra, soy viudo.

LEON. Ah!

PRUD. Pero, podrá usted explicarme...

LEON. Y qué haría usted si hubiese imprudentes que tratasen de mofarse de la buena fe de su suegra?

PRUD. Me haría el distraido.

LEON. (Con desprecio.) Porque no tiene usted sangre.

PRUD. En este momento, ni gota.

LEON. Yo, por el contrario, tengo mucho corazón, soy médico militar...

PRUD. (Ya se te conoce la costumbre de alternar con los soldados.)

LEON. Pues bien: señor don Prudencio.

PRUD. (Con naturalidad.) Señor Habano.

LEON. Filipino! caballero. Y, no me cambie el nombre, porque le acogoto. A mí me supone usted muy poco, tanto... como un mosquito.

PRUD. (Si yo fuera mosquito, ya te había dado un picotazo en las narices.)

LEON. Espero que cumplirá como bueno.

PRUD. Necesito explicaciones para saber lo que debo hacer.

LEON. (Gritando.) No me irrite...

PRUD. Pero hombre de Dios, no chille usted. Si se entera mi mu... mi suegra, mi mamá política; ya comprende usted que en el estado que se halla...

LEON. Por mí, que reviente.

PRUD. Hombre! no.

LEON. Estamos perdiendo mucho tiempo. Olvida usted mi carácter; olvida usted el puntapié que le dí no ha mucho.

PRUD. Que usted me ha dado un puntapié?

LEON. Sí señor, aunque no había luz en la escalera, comprendí perfectamente que le había alcanzado.

PRUD. A mí un puntapié! Cómo?

LEON. Como este. (Le dá un puntapié.)

PRUD. Ay! Ay!

LEON. Niegue usted que se lo he dado.

PRUD. Ahora sí que no me cabe la menor duda. Lleva usted razón y una suela muy fuerte. (Este tio es un hipopótamo.) Debe usted conocer que aquí hay error. Usted confiesa que lo ocurrido ha sido en la oscuridad.

LEON. Sí, eh! Le haré ver claramente quien soy yo. Puesto que usted necesita las cosas con cuchara.

PRUD. No señor; no necesito las cosas con cuchara.

LEON. Yo le digo á usted que con cuchara y con tenedor también.

PRUD. Bueno, acepto el cubierto y pase usted adelante.

LEON. Oiga usted. (Saca una tarjeta igual á la que le entregó Prudencio, y lée en el dorso:)

Sabina del corazón,
siempre al llegar á tu puerta
en alas de mi pasión,
se aumenta más mi emoción
y mi cariño se aumenta.

Qué quintilla más ramplona!

PRUD. Sí que me ha parecido endeble.
LEON. No se la dé usted de modesto.
PRUD. Yo! pero qué geroglíficos son estos?
LEON. Se atreverá á negar que estos versos son suyos.
Querrá ocultarme que pretende á mi hermana.
PRUD. Señor de Virginia!
LEON. Filipino. Desgraciado, mire usted la tarjeta,
exactamente igual á la que antes me dió.
PRUD. (Leyendo en la tarjeta que le presenta León.) Prudencio Impertinencias, comerciante!
LEON. Niéguelo usted ahora.
PRUD. ¡¡Cielos!!

MÚSICA.

LEON. Claro se vé.
No hay que negar
que esta es la prueba
de su maldad.
PRUD. Confuso estoy!
juro por Dios
que cuanto pasa
ignoro yo.

LEON. Con torpe pretexto
no me ha de burlar,
que sé por mi vida
morir ó matar.
PRUD. Ni quiero matarle,
ni quiero morir,
pues solo deseo
comer y dormir.
LEON. Valiente cobarde,
por Cristo! será,
si no viene al campo
su furia á mostrar.
PRUD. El campo me gusta,
y suelo ir allá;
mas yo voy tan sólo
para merendar.
LEON. No irrite mi sangre;
confiéseme ya
que usted á mi hermana

pretende engañar.
Pues esta tarjeta
la prueba me dió,
á qué me desmiente
si llevo razón?

PRUD. Ni sé de su hermana
ni quiero saber.
Valiente jaqueca
la que me dá usted!
Respecto á la prueba,
no sé qué decir;
yo solo preveo
que enredo hay aquí.

LEON. Pues ya que no hay modo
me dé explicación,
me temo que al cabo
lo mato...

PRUD. Ay! no! no!

LEON. Pues sea usted franco,
y dígame aquí
todo cuanto ocurra,
mas todo...

PRUD. Ay! sí! sí!

HABLADO.

LEON. Veamos qué razones tiene que alegar para desmentir los hechos.

PRUD. Yo estoy aturdido! La tarjeta es mía, sí señor.

LEON. Prudencio Impertinencias, comerciante.

PRUD. De fideos, exactamente, no hace mucho me retiré, pero no alcanzo quién tiene facilidad para usar mis tarjetas.

LEON. Por manera que no ha escrito usted esto?

PRUD. En mi vida he entendido de poesía.

LEON. Pues, amiguito, yo conozco que estos versos son de usted.

PRUD. (Valiente penetración!) En qué? Sepamos.

LEON. En lo macarrónicos.

PRUD. Niego. Yo hubiera podido hacerlos con fideos; pero de macarrones no entiendo.

LEON. Fideos serán los que voy á hacer de usted.

PRUD. Sosiéguese, amigo mío. Calma, señor de Peninsular.

LEON. Qué?

PRUD. Digo, Filipino.

LEON. Voy por mi hermana; bajaremos ambos, quiero ponerle enfrente á su víctima, y hay de usted si se niega al casamiento.

PRUD. Pues no he de querer?... Que baje la hermanita, que baje; verá usted como no me conoce.

LEON. Hasta dentro de poco, señor don Prudencio.

PRUD. Aquí aguardo señor de... cocodrilo.

ESCENA IX.

DON PRUDENCIO.

Caracoles! Vaya un lance, y un lance que no me explico. Por fortuna, en cuanto baje la hermana de ese energúmeno, todo se aclarará. A todo esto la pobre Valeriana sin tomar la medicina. Voy á la botica y vuelvo á escape. Vaya... que no comprendo... (Se vá llevándose la receta y un frasco de los que hay en la chimenea.)

ESCENA XI.

FERNANDO, por la segunda izquierda.—A poco VALERIANA.

Dios mio, que lío tan horroroso! Yo me voy á la calle. Si pudiera ver á Sabina trataría de convencerla para que calmase á su hermano, y por este medio ganar tiempo... me decido... voy á subir... pero y si me encuentro con el bárbaro del hermanito y me sacude otro puntapié? Qué demontre! Ahora ya me hallo prevenido y no será fácil se repita el encuentro. Probemos. (Se vá de puntillas por el foro derecha.)

VAL. Prudencio! (Viene con gorro de dormir. Saca una lamparilla encendida que deja encima del velador.) Mariana! Por dónde andarán? Habrán ido á la botica? Pero me parece que tardan mucho! Muchacha...

ESCENA XII.

DOÑA VALERIANA.—DON LEON, viene por el foro derecha.

LEON. Señora.

VAL. Quién es usted?

LEON. Se halla usted más aliviada?

VAL. Ah! Usted es el médico! Para qué se ha molestado en volver á bajar. (A indicación de doña Valeriana, se sientan.)

LEON. Me trae un asunto de mucha importancia, el cual he de tratar con su yerno.

VAL. Yerno! Yo no tengo ningún yerno.

LEON. Cómo, no!

VAL. (Sin duda se refiere á Fernando.) Es mi sobrino.

LEON. Sobrino? Pues si él me dijo...

VAL. El! Entendería usted mal.

LEON. No, señora, estoy muy cierto; hijo político de usted.

VAL. (Incomodada) Vaya! pues usted lo sabrá mejor que yo. Y qué es ello?

LEON. Nada de particular. Dígame usted, señora... le tiene usted mucho tiempo á su lado?

VAL. A quién?

LEON. A su... sobrino.

VAL. Siete meses. El tiempo que está cesante. Ha venido á Madrid para ver si consigue se le reponga en su empleo.

LEON. Ya! En su fábrica de fideos.

VAL. Qué fideos son esos? (Este hombre está tocado.)

LEON. Me dice usted que quiere volver á su empleo, y como está retirado...

VAL. Retirado, de dónde?

LEON. De dónde ha de ser? De la fabricación de fideos.

VAL. Y vuelta con los fideos! Me está usted mareando, caballero.

LEON. Su yerno de usted me dijo...

VAL. Y dale con los yernos! Sobrino, es sobrino, como también sus pobrecitos hijos son sobrinos míos.

LEON. Ah! pero tiene hijos!

VAL. Siete, caballero.

LEON. Ignoraba que hubiera tenido familia. Por manera que no tiene bienes.

VAL. Ninguno.

LEON. Yo le creí rico.

VAL. No sé por qué.

LEON. Me decía que se había retirado del comercio.

VAL. De qué comercio?

LEON. Del de fideos, señora.

VAL. Uf! qué empacho de fideos me está usted dando!

LEON. Señora, dijiéralos usted, porque á mí me interesa mucho el hablar de ellos.

VAL. Pero, hombre de Dios, si está usted trascordado; si quien ha tenido esa fabricación he sido yo; yo que la heredé de mis padres.

LEON. Pues él me había dicho... y como en las tarjetas pone; comerciante.

VAL. Comerciante en qué!...

LEON. En... eso, que usted no quiere que la nombre.

VAL. Pero de quién me habla usted!

LEON. De don Prudencio Impertinencias, sobrino de usted.

VAL. Sobrino! Ese que usted dice es mi esposo.

LEON. (Se levantan.) Su esposo!! Mentira.

VAL. Desvergonzado.

LEON. Usted no tiene cara de ser su mujer.

VAL. Que no! Pues de qué tengo yo cara, sepamos.

LEON. De lo que él me ha dicho, y en vano se empeña usted en ocultar. Usted es su suegra.

VAL. Un demonio! Soy su mujer, su esposa ante Dios.

LEON. Pero es cierto que se halla casado?

VAL. Y tan cierto. Yo creí que hablaba usted de mi sobrino.

LEON. No sé quien es; no conozco más que á ese infame marido de usted, á quien he de hacer pisto.

VAL. Explíqueme usted...

LEON. Silencio! Mi hermana.

ESCENA XIII.

DICHOS.—SABINA, por el foro derecha.

SAB. Buenas noches, señora. León sube á casa. Cálmate, y mañana yo te prometo que todo se arreglará felizmente.

LEON. No hay arreglo posible, querida Sabina. Tú ignoras!...

SAB. No ignoro nada.

LEON. Sí, desventurada.

SAB. Te digo que no, por que acabo de hablar con él.

LEON. Con quién?

SAB. Con Prudencio.

VAL. Mi marido!

SAB. Qué dice esta mujer?

LEON. Nada. El esposo de esta señora se llama también Prudencio... (Aparte á doña Valeriana.) Cállese usted, yo se lo suplico.

VAL. Ne me da la gana.

SAB. Pero qué pasa, hermano mío?

LEON. Sabe que esta señora es tía de Prudencio, se halla enferma y he venido ..

SAB. Ah! usted es la enferma? Pero si me acaba de de decir Prudencio que su tía había muerto de repente hace poco.

VAL. Un demonio!

SAB. Y que esto le impedía el poderte ver esta noche, pero que mañana hablaría contigo y...

VAL. Le he de sacar los ojos.

LEON. Mira, Sabina, vete arriba, reune cuantos escritos tengas de ese caballero y vuelve.

SAB. Más!...

LEON. Luego te impondré de todo; hay que devolverle sus cartas. Ese hombre no puede convenirte.

SAB. No creas que me inspiraba mucha confianza; así que no lo sentiré gran cosa.

VAL. Es que aun cuando lo sintiera usted...

LEON. (Aparte á Valeriana.) Por favor, señora.

SAB. Hermano mío, dime lo que ocurre.

LEON. Luego lo sabrás; Sabina, obedéceme, no te detengas.

SAB. Voy. (Se va foro derecha.)

ESCENA XIV.

DICHOS, menos SABINA.

(Doña Valeriana se pasea agitada, haciéndose aire con el pañuelo. León se cruza de brazos mirándola.)

LEON. (Después de una pausa y con ira reconcentrada.) Qué me dice usted del comerciante de fideos?

VAL. Que lo voy á hacer sémola. Ah! pillo, libertino, viejo verde. Y parece mentira que una muchacha joven, como lo es su hermana de usted, haya hecho caso de ese carcamal.

LEON. Apenas se han visto. En el poco tiempo que ese infame la ha pretendido, le ha hecho el amor por medio de cartas.

VAL. Cartas!

LEON. Sí, señora, en verso.

VAL. En verso! y á mí en su vida me ha dedicado una aleluya... oh! ya me las pagará. Creo que viene; sí, sí, es él. Ocúltese usted en mi cuarto y no salga hasta el momento oportuno. Antes de sacrificarlo, quiero atormentarle. Disimulemos. (Leon entra en el cuarto de la primera puerta derecha.)

ESCENA XV.

VALERIANA.—DON PRUDENCIO.

PRUD. (La botella que llevó la deja en el velador.) Cielos, mi mujer! (Si habrá bajado ese hotentote!)

VAL. (Con alegría y amabilidad aparentes.) Hola, Prudencio, hijo mío, has ido tú á la botica?

PRUD. Era tarde y no he querido que fuera la chica. Cómo te encuentras?

VAL. Divinamente. Tanto es así, que no quiero tomar la medicina.

PRUD. Valeriana! Haces mal, la prudencia aconseja...

VAL. Mira, déjame de prudencias; yo sólo quiero á mi Prudencio, á mi maridito.

PRUD. (Qué cariño tan estemporáneo!)

VAL. Ven, siéntate á mi lado. (Con mucho mimo.) Eres feliz?

PRUD. Mucho, tórtola mía.

VAL. Así me gusta, que me llames tórtola y yo te llamaré jilguerito de mi vida, y tú me dirás...

PRUD. Pamplina para los canarios, digo, no, mía! mía!...

VAL. Eso, eso. Te acuerdas de nuestra boda?

PRUD. Mucho tiempo hace; pero sí me acuerdo.

VAL. Cómo nos envidiaban todos. La comida fué escelente! Luego hubo baile, concierto... recuerdas aquellas canciones que tanto te aplaudieron?

PRUD. Sí; creo hacer memoria.

VAL. Y la letra era tuya.

PRUD. Sí, yo la improvisé.

VAL. Concédeme un pequeño favor; aquí tienes la guitarra. (Cogiéndola de encima de algún mueble.) Recuérdame aquellos cantos.

PRUD. Pero mujer, á estas horas!

VAL. Qué importa!

PRUD. (De todo tiene la culpa el haber ido al Real, de lo contrario estaríamos durmiendo.)

VAL. (Haciéndole mimos.) Vamos... anda.

PRUD. Voy á cantarte.

VAL. (Con zalamería.) Y mírame con amor, con entusiasmo, como lo hacías entónces.

PRUD. Me va á faltar expresión.

MÚSICA.

El amor en los amantes,
es cohete volador,
que con muy poquita lumbre
te le ves que hace *chis... pon...*
Pero así que se han unido
la pasión está en un tris,
y el cohete no hace *pún*,
pues que solo hace *chis... chis.*
Desde nuestra boda
era de esperar,

que los artificios
se acabaran ya.
Pero soy feliz
á la vez que tú,
con el *chis... chis... chis*,
aunque no haga *pún*.

—

Es amor en las doncellas
dinamita superior
y no hay hombre que resista
el disparo de un *chis... pón*.
El amor de las casadas
bien se puede resistir,
pues con pólvora tan solo...
el disparo hace *chis... chis*.
Tú, querida esposa,
en tiempo mejor,
no hay duda que vences
al rey que rabió.
Pero soy feliz
á la vez que tú,
con el *chis... chis... chis*
aunque no haga *pún*.

VAL. (Abrazándole entusiasmada.) Sublime, Prudencio mío!

PRUD. Celebro el éxito.

VAL. Tu garganta conserva la frescura de cuando nos casamos.

PRUD. (Con desaliento.) Sí, la garganta, sí.

VAL. Paréceme que fué ayer, y sin embargo hace muchos años que nos une la dulce cadena...

PRUD. Veinte y cuatro eslabones tiene la cadena.

VAL. Veinte y cuatro años! Llevas la cuenta muy exactamente.

PRUD. No tengo nada que hacer, y es natural que me entretenga...

VAL. Para distraer tus ratos de ocio, debías cultivar algún arte.

PRUD. Bueno! Me prestas el tuyo de cocina y lo estudiaré.

VAL. Me refiero á las bellas artes. La música, la poesía...

PRUD. La poesía?

VAL. (Le ha hecho efecto.) No te gustan los versos... se expresan tantas cosas con ellos, sobre todo para el amor...

PRUD. El amor! Valeriana, no sé qué noto en tí.

VAL. (Con amabilidad.) Qué notas? Pues nada! Lo que pasa es, (Estallando.) que te hallas descubierto. He sabido que eres un infame, un viejo baba... con pretensiones de seductor.

PRUD. Yo! (Ya pareció aquello.)

VAL. Atreverte á hacer el amor á una muchacha soltera, escribirla cartitas en verso. Te voy á sacar los ojos. (Arremetiéndole.)

PRUD. Ea! ya me voy amostazando. No consiento que se me insulte cuando en nada he delinquido.

VAL. Te atreverías á negarlo?

PRUD. Nada niego, ni nada sé; nquí no hay más que tú has hablado con ese novillo suelto, que anda por aquí disfrazado de médico y él ha sido el que te ha hecho creer tales patrañas. A mí al principio logró infundirme miedo; pero ya no le temo; ya no le huyo, y en prueba de ello voy por mi estoque y donde quiera que lo encuentre, lo perforo.

VAL. Tú?

PRUD. Yo. Ya verás. De seis pinchazos lo convierto en colador.

VAL. Eres culpable y no te atreverás.

PRUD. Te juro que en cuanto se me presente ese fanfarrón embustero, me lo meriendo.

LEON. Aquí estoy yo.

ESCENA XVI.

DICHOS.—DON LEON.

PRUD. (Huyendo sin saber por donde.) (Ave María Purísima!)

VAL. (En el centro de los dos.) Aquí le tienes; veamos tu valor.

PRUD. (Dios mío! qué he hecho yo!)

VAL. Anda, atrévete.

PRUD. Valeriana, por Dios! soy inocente.

LEON. Inocente? y ha tenido usted la audacia de hablar á mi hermana y decirla que mañana se arreglaría todo.

PRUD. Yo!

VAL. Sí, tú. Y la has dicho que yo había muerto de repente.

PRUD. Qué barbaridad! Pero cuándo ha sido eso?

VAL. Al ir á la botica. En la escalera.

PRUD. Pero si no he visto á nadie, ni conozco á la hermana del señor. Esto es incomprensible!

LEON. Basta de razones; sígame usted.

PRUD. (Dejándose llevar.) Dónde vamos?

LEON, A la calle.

PRUD. Yo no voy. (Escapándose.)

LEON. Se me va acabando la paciencia; voy á no hacer caso de que está usted en su casa, y á matarlo como á un perro.

VAL. Ande usted con él, León, á él.

PRUD. (Y mi mujer lo achucha como si fuera un mastín.)

VAL. Cuanto más pronto me lo mate usted, mejor.

PRUD. (Parapetándose detrás de una butaca.) Asesino hembra! Mira que te arrepentirás de haberme causado daño.

VAL. Nunca.

PRUD. Valeriana, acuérdate que mi mejor recomendación, es que jamás hemos tenido disgustos.

VAL. No me persuades.

PRUD. Acuérdate de los veinticuatro eslabones que nos unen.

LEON. Basta de palabrería; sígame usted. (Agarrándolo.)

PRUD. Favor! socorro!

LEON. Ménos gritos.

ESCENA ÚLTIMA.

DICHOS.—SABINA.—MARIANA, por el foro derecha.—Sabina trae una caja que figura contener cartas.

SAB. León, qué pasa aquí?

LEON. Que voy á matar á ese vil.

SAB. Por qué? (Sabina queda á la derecha del actor, á la izquierda de ésta León, luego sigue Valeriana y luego Prudencio.)

VAL. (Cojiéndole por la oreja.) Ven aquí, libertino, *ven* ante la que querías engañar.

LEON. Sabina, este miserable pretendía reirse de tí.

SAB. Quién?

PRUD. (Como conformado.) Yo, señorita.

SAB. No entiendo! Dice mi hermano que usted quería reirse de mí!

PRUD. Soy muy bromista.

SAB. Yo no conozco á usted, caballero!

LEON. Que no lo conoces!

SAB. En mi vida le he visto.

VAL. Será verdad!

PRUD. Gracias á Dios! Vamos, lo ven ustedes. (Queriendo pegar á don León.) Qué me dice usted ahora, señor Entrefuerte.

LEON. Que no veo claro.

PRUD. Traerán más luz. Y usted, doña Valeriana, tendrá que pedirme perdón.

VAL. Mas por qué te acusan.

LEON. Las apariencias le condenan.

SAB. He traido las cartas.

LEON. Venga una de ellas, salgamos de dudas; conoce usted este escrito? (Sabina habrá dejado la caja encima del velador.)

PRUD. (Acercándose para leer á la lamparilla del velador.) A ver; creo que no me engaño. Ah! Ya caigo por qué firma con mi nombre y apellido y por qué usaba mis tarjetas. Esta letra es de mi sobrino.

LEON. y SAB. Su sobrino!!

MAR. (Tiró el diablo de la manta.)

VAL. Jesús, qué escándalo!

LEON. Y dónde está ese hombre; necesito su sangre...

SAB. Hermano mío, no te acalores; estos señores se encargarán de devolverle las cartas, no des importancia á ese embustero, del cual no volveré á acordarme.

LEON. Tienes razón, Sabina, vámonos á casa... Buenas noches.

VAL. Vayan ustedes con Dios.

PRUD. (Mirando á Valeriana.) Qué te parece de Fernandito?

VAL. Nunca lo hubiera creido.

LEON. (Entra rápidamente por el foro, sin su hermana, y se coloca entre los dos.) Una palabra... (A Prudencio.) Cree usted que su sobrino se casará con mi hermana?

PRUD. Por qué no? En cuanto enviude...

LEON. (A Valeriana.) No me dijo usted que ya lo estaba?

VAL. No, señor! Yo dije que tenía hijos; mas no hablamos de su estado.

LEON. (Dá una fuerte patada que alcanza á don Prudencio y sale escapado por el foro derecha.) Rayos y truenos!

PRUD. Ay! Ay! Hasta última hora me ha sido molesto este hombre.

VAL. No me guardas rencor, Prudencio mío, por haber dudado de tí injustamente?

PRUD. Todo pasó, y en prueba de ello... Mariana, pon la cena y si viniera mi sobrino que se lleve su baul y díle que no quiero verle. (Mariana hace mútis por el foro izquierda.)

VAL. Ya que volvemos á disfrutar de paz y de tranquilidad, mañana iremos al teatro.

PRUD. Siempre y cuando no hagan *La Traviata*, pues temo á alguna impresión.

(Al público.)

Ahora suplica el autor,
que al formar tus opiniones,

le dispenseis el favor
de suprimir el rigor
y otorgarle mil perdones.

(Música en la orquesta.)

FIN DEL JUGUETE.

CON RAZON Y SIN DERECHO.

Al Señor Tárrago

Tiene el gusto de dedicar
te recuerdo de amistad
consideracion su affmo.

Jose Llorens

CON RAZON Y SIN DERECHO,

COMEDIA EN TRES ACTOS Y EN VERSO,

ORIGINAL DE

D. JOSÉ LLORET Y YEPES.

Estrenada con aplauso en el Teatro Principal de Granada, en la noche del 9 de Diciembre de 1882.

MADRID:
IMPRENTA DE JOSÉ M. DUCAZCAL,
Plaza de Isabel II, núm. 6.

1883.

REPARTO.

PERSONAJES.		ACTORES.
MAGDALENA.....	D.ª	AMALIA LOSADA.
ADELINA.....	Srta.	CÁRMEN VALERO.
GABRIEL, Marqués de Peña del Mar.	D.	ENRIQUE F. JÁUREGUI.
ALFREDO.....	»	RAFAEL BARCELÓ.
VENTURA, Notario.....	»	ANTONIO BONÉ.
BALTASAR, jardinero.....	»	BERNARDO MARTINEZ.
TERESA,.....	Sra.	ANTONIA MUÑOZ.
MAYORDOMO.....		N. N.
DOS CRIADOS.....		N. N.

La escena en Madrid, época actual.

ACTO PRIMERO.

La escena, en un salon de la casa del Marqués. Tiene puerta al foro, y dos á cada lado. En segundo término derecha, una mesa con recado de escribir. Muebles y colgaduras de lujo.

ESCENA PRIMERA.

VENTURA y BALTASAR.

VENT. (Dejando una escritura de varios fólios sobre la mesa.)
Puesto que ya te he leido
la escritura, solo falta
hacerte una observacion:
que tengas de ello enterada
á Teresa tu mujer,
que tambien ha de firmarla.

BALT. Ya sabe ella que este acuerdo
era cosa proyectada
desde que mandó el Marqués
traer la niña á esta casa.

VENT. Pero lo que no sabrá
es que tu amo hoy os prepara
un regalo de los buenos.

BALT. Eso ya me lo esperaba;
porque es él tan generoso
que nadie con él se iguala.
Le he sido fiel como un perro,
le he obedecido sin calma,
y para mí siempre ha sido
su voluntad muy sagrada.
Yo era un pobre jardinero
que ni el sustento ganaba;
y al traerme á su servicio

para cuidar de las plantas
de ese jardin, al instante
vi mi suerte asegurada;
y así fué. Pasó algun tiempo
y me llamó una mañana
para hablarme... del asunto
de la niña... no esperaba
tal confianza inspirarle.
Allí usted tambien se hallaba.

VENT. ¡Qué noche la de aquel dia!

BALT. Noche de mayor borrasca
no he vuelto á verla en mi vida;
creí que me amenazaba
el cielo en ira espantosa
por la parte que tomaba,
obedeciendo al Marqués
en aquel asunto.

VENT. ¡Vaya!...
Aquella niña inocente
estaba predestinada
á vivir en la miseria
si con su madre quedaba.

BALT. De eso ya no me preocupo;
á mí el Marqués me mandaba,
yo le obedecia á ciegas,
que era mi deber; pasada
la ocasion de aquel suceso,
ya no he vuelto á recordarla;
que no es de guardar secretos
memoria que esté muy clara,
porque lo que está en la mente
pasa á la lengua y se escapa.

VENT. Dices muy bien, Baltasar;
es una prudente máxima
muy natural en tus años,
y por mi fé que me agrada.
Principió en noche de truenos
aquella empresa y acaba
en el pleno medio dia
con luz esplendente y clara;
todo fué obra de un momento;
nacer la niña y en marcha,

resolviendo así un problema
que tanto el Marqués ansiaba;
mucho costó hallar la forma;
pero una vez acordada,
ya viste cuán fácilmente
la pusimos luego en práctica.

BALT. No sé lo que sucedió
cuando yo á usted esperaba
y me entregó á mí la niña
tan tierna y tan delicada,
que no se oyó ni una voz,
ni un grito; como si nada
ocurriera.

VENT. Es que estas cosas
deben hacerse con maña.
Ahora todo es regocijo;
ya obra el Marqués á sus anchas
y podrá llamarla su hija.

BALT. Como lo es, y muy amada;
si mucho puede el amor
de padre para estimarla,
yo creo que más se esmera
por encubrir la desgracia
de que el amor de su madre
desde el principio le falta;
y con tal idolatría
él la mima y la regala,
que es el asombro de todos;
hace poco, no faltaba
quien al ver tantos extremos
por su hija la titulaba.

VENT. Pero tú al punto hablarías.

BALT. Es claro, justificaba
que era su amor de padrino,
y no de padre.

VENT. Hoy acaban
apuros y fingimientos,
porque ya está terminada
tu mision, que de la niña
desde este dia él se encarga.
Pero... alguien viene.

BALT. Me marcho.

VENT. ¡Eh! Que anuncies sin tardanza,
sin detenerte un momento,
de Adelina la llegada. (Váse Baltasar.)

ESCENA II.

GABRIEL y VENTURA.

GABRIEL. Ventura, amigo, perdona
por lo que te he hecho esperar.
VENT. Hoy no es dia de pensar
en nadie... ni en tu persona;
ya lo conozco.
GABRIEL. ¡Qué grato
es para mí este momento!
¿Está ya ese documento?
VENT. Aquí tienes el contrato. (Le enseña.)
GABRIEL. Al fin voy á realizar
mi más vehemente deseo.
VENT. Suerte ha sido.
GABRIEL. ¡Ya lo creo!
VENT. Y sin el más leve azár.
GABRIEL. Hoy á la niña aquí espero
con deseo de abrazarla.
VENT. ¿Y quién ha ido á buscarla?
GABRIEL. La mujer del jardinero.
¡Si vieras con qué fruicion,
dichoso en ella pensando
le he venido preparando
yo mismo su habitacion;
yo he colocado las flores,
yo las telas he escogido,
y el buen gusto he consumido
en la eleccion de colores;
pues quiero que cuanto vea
en torno suyo, la encante,
y que no haya ni un instante
que para ella triste sea!
VENT. (Con indiferencia.)
¿Y su madre?
GABRIEL. ¡Magdalena! (Reconociéndole tristemente.)
¿A qué traer á la memoria
el recuerdo de una historia

que me causa tanta pena?
Que siempre un triste pasado
abre en el alma un abismo,
quizás por el fatalismo
á que se está condenado;
mas si logramos cambiar
el destino, y se le olvida,
es renovarnos la herida
hacérnosle recordar.

VENT. Lejos de mi pensamiento
el querer mortificarte;
pues no juzgué que al hablarte
de ella, con tal sentimiento
la recordaras.

GABRIEL. No á fé;
ella es para mí un pasado
que, aunque pesar me ha costado,
al cabo olvidar logré.
¿Es mi culpa, por ventura,
el hallarme en esta esfera?
Yo soy Marqués; y ella, ¿qué era?
ella... una mujer oscura.
Yo nó podia salvar
la distancia que mediaba
entre los dos; la llevaba
su suerte á siempre llorar.
Pero pase el que llorara
mi abandono, lo que amarga
mi vida entera y me embarga,
es que esa prenda tan cara,
esa niña, de ella aumente
el amargo sufrimiento,
sin tener en su tormento
ni esperanza que la aliente.
Mas yá no tiene remedio;
no puedo retroceder.

VENT. Y aun queriendo, yo, á mi ver,
no creo que hallaras medio.
Podrán en tus sentimientos
tener natural cabida
los pesares de su vida,
sus quejas y sus lamentos:

mas no puedes confesar
lo que hiciste... porque es grave,
y si lo dices... ¡quién sabe
lo que te puede costar!
Por fortuna se dio el paso
sin que nadie lo supiera,
y sin que te sucediera
ni aun el más leve fracaso;
y salvado aquel momento,
estás libre de asechanzas;
si ella alimenta esperanzas,
no tengas tú sufrimiento.

GABRIEL. Es cierto; á vivir tranquilo
con Adelina me entrego.

VENT. Ten calma y mucho sosiego.
¿Vacilarás?

GABRIEL. No vacilo.
Que yo me debo á mi clase,
á mi rango y á mi altura.
¿No es esto cierto, Ventura?

VENT. Así es lógico que pase.

GABRIEL. Yo sé bien que Magdalena
me amaba con fé sincera;
mas no es ella la primera
á quien amor enajena,
y que se entrega dichosa
confiando en ir al altar;
pero una cosa es amar,
y el casarse es otra cosa.
Es verdad que ya mediaba
el próximo nacimiento
de Adelina, y sentimiento
dejarla así me causaba;
mas gracias á tí, mi amigo,
que con ingenio sagáz
ideaste un proyecto audáz
que realizaste conmigo:
del compromiso salí
á gusto.

VENT. Y ruede la bola.

GABRIEL. ¡Magdalena quedó sola!

VENT. Y la niña para tí.

ESCENA III.

Dichos y ALFREDO.

ALFR. (Al Marqués.) Tío, muy felices dias.
Don Ventura...
VENT. ¡Alfredo amigo!
GABRIEL. Ya contaba yo contigo
y con que no faltarias
á la cita que te dí.
ALFR. Y aquí me tienen ustedes
(Al Marqués.)
á confirmar que no puedes
dudar un punto de mí.
GABRIEL. Alfredo... mi predilecto
sobrino te considero,
y pruebas de que te quiero
tienes.
ALFR. Así es en efecto.
GABRIEL. Voy una noticia á darte
porque el momento ha llegado,
y por eso te he llamado
para yo mismo enterarte.
Pero antes creo preciso
que hables con sinceridad,
y respondas con verdad
y libre de compromiso
á una pregunta concreta.
¿Qué te parece, Adelina?
ALFR. Angelical... es divina,
muy graciosa y muy discreta.
GABRIEL. Siempre hácia ella sentiste
un afecto verdadero,
y ahora yo la prueba quiero.
ALFR. ¿Quién á darla se resiste?
Porque es tal la simpatía
que por esa niña siento,
que embargando el pensamiento
la quiero más cada dia.
¡Cuánto me halaga el que de ella
me hables hoy, querido tío,

porque yo tambien ansío
hablar de niña tan bella.

GABRIEL. Tienes razon, sí; es hermosa,
y hace tiempo que pensando
he estado y reflexionando
que ella puede hacer dichosa
esta solitaria vida
que con tal monotonía
paso un día y otro día
tan triste y tan aburrida,
porque puede embellecer
esta casa y mi existencia
con su constante presencia.

ALFR. ¿Y qué es lo que vas á hacer?

GABRIEL. Es que quiero prohijarla
y tu concurso reclamo.

ALFR. ¡Oh, dicha! Si yo la amo,
¡cómo podré rechazarla!

GABRIEL. ¿La amas tú?

ALFR. Sí, tío mío;
revelártelo pensaba;
decirte que yo la amaba,
que es dueña de mi albedrío;
que en su célica hermosura
feliz mi alma se esclaviza;
que es ángel que simboliza
mi ilusion y mi ventura.

VENT. (Aparte.) Hé aquí un lance inesperado.

GABRIEL. Pero ese amor tan vehemente
no puede ser consistente;
tú estás solo impresionado
de su belleza.

ALFR. No, tío;
contigo fuí á visitarla
y fué el verla, el adorarla;
le declaré el amor mío,
un medio fácil buscando,
que las amorosas quejas
hasta el hierro de las rejas
ductilizan y hacen blando.
Y ella con gran discrecion,
que á su edad ninguno alcanza,

me concedió una esperanza
de darme su corazon.
Si tú vas á prohijarla,
á tí ahora te la pido.

GABRIEL. Alfredo... Me has sorprendido;
es jóven para casarla.
No es que tú no la merezcas;
que la ames tú, me es muy grato;
quiero que despues del trato
tu mano otra vez le ofrezcas;
estais bajo la impresion
de fantásticos amores;
yo quiero que tú la adores,
pero con gran reflexion;
y ya que al fin he logrado
mi hija poder llamarla,
no quieras arrebatarla
de repente de mi lado;
que aunque en distinto sentido
sabes que tambien la amo,
y mis derechos reclamo
ya que los he conseguido.

ALFR. Gracias mil, por verte así;
la esperanza que me dás
para mi amor, vale más
que cuanto lograr creí:
y yo comprendo tambien
tu deseo natural,
aunque me haga mucho mal
que dilates tanto bien.

GABRIEL. Hoy aquí á Adelina espero.

ALFR. Lo sé.

GABRIEL. Y sin más dilacion
tendré la satisfaccion
de hacerla mi hija.

ALFR. Así quiero.

ESCENA IV.

Dichos y BALTASAR.

BALT. ¡Señor Marqués!

GABRIEL. ¡Baltasar!

BALT. Que Adelina ahora ha llegado.
GABRIEL. (¡Oh, momento deseado!)
Pues hazla al punto pasar.
VENT. (A Baltasar.)
Y ven tú con tu mujer,
el mayordomo y dos más,
porque ya enterado estás
de lo que vamos á hacer.

ESCENA V.

Dichos; ADELINA, BALTASAR, TERESA, MAYORDOMO y dos criados.

ALFR. (Aparte.) Al cabo va á ser un hecho
tan halagüeña esperanza.
GABRIEL. (Aparte.) Cuando tal dicha se alcanza,
salta el corazon del pecho.
(En este momento aparecen todos los personajes, ménos Magdalena. A la derecha, y junto á la mesa, se colocan Baltasar y Teresa, y detrás de ellos el Mayordomo y los dos criados. Ventura continúa sentado y les lee á estos la escritura en voz baja.)
GABRIEL. (Cogiendo á Adelina de la mano.)
Adelina... hermosa mia,
la delicia de mi alma,
concediéndome la calma
felíz el cielo te envía.
No bastaba á mi razon
con el alma entera amarte,
si no podia llamarte
hija de mi corazon.
Llámame, tú, padre yá,
para labrar mi ventura,
que hoy se otorga la escritura
segun convenido está;
todo sonríe al destello
de tu gracia encantadora;
todo es dicha desde ahora...
desde ahora todo es bello.
ADEL. No puede serme violento,
y sí me será muy grato,
el darte siempre en mi trato
el nombre de padre... siento

un placer tan sin igual,
una dicha no sentida
al transformarse mi vida
en lo que fué mi ideal.
De niña quizá estos lazos
presintiendo, tu embeleso
era, me dabas un beso
y te tendia mis brazos;
y mi mente siempre fija
en tu afecto, comprendía
lo dichosa que sería
si pudiera ser tu hija.
Ideal que en mi inocencia
de cariño nació lleno...
á la vanidad ajeno
y del afecto evidencia;
que á tí me siento atraida
como á irresistible imán
y enlazadas creo que están
mi vida y tambien tu vida;
por tí en el amor sincero,
por mí en gratitud profunda.

GABRIEL. Dices bien; así se funda
el cariño verdadero;
aquí tú el angel serás
que embellezca mi existencia
con la purísima esencia
feliz que exhalando estás...
Ya eres mi hija; el aislamiento
de tu padre haces dichoso
con tu semblante gozoso,
con tu angelical acento;
dueña ya de todo eres
en mi casa desde ahora,
y como dueña y señora
mandarás como quisieres.

ALFR. (Aparte.) ¡Qué emocion hay en su acento,
en sus frases qué ternura!...

(Alfredo se dirige á Adelina, y Gabriel se separa para hablar al Notario. Gabriel permanece al lado de éste y continúa la lectura de la escritura.)

Adelina, á tal ventura

deja añadir mi contento.

ADEL. Alfredo...

ALFR. Dulce amor mío,
esperanza seductora
del corazon que te adora
rindiéndote mi albedrío;
no busques la soledad
ni el sigilo para hablarme...
porque ya puedes amarme...
decirlo con libertad.

ADEL. ¿Y el Marqués?

ALFR. Hoy le he enterado;
para tanto amor... estrecho
recinto era ya mi pecho.

ADEL. ¿Y qué dice?

ALFR. Lo ha probado.

ADEL. Ahora me dá más temor...
dirá que sin su permiso...

ALFR. Que estés tranquila es preciso,
que él protege nuestro amor;
esta ilusion celestial
llena de tanta ventura
que me inspira tu hermosura...
tu belleza angelical;
este afan que en mí sentí,
des que llegué á conocerte,
y decidiendo mi suerte
para amarte, vive en mí;
ya no impiden los temores
del misterio... el que te cuente
la dicha que el alma siente
con tan felices amores;
y obtenido este favor
que me tenía sin calma,
podré grabar en el alma
tus juramentos de amor,
tus miradas, tus sonrisas,
el purísimo destello
del sol esplendente y bello
que en tu frente se divisa.

ADEL. ¡Alfredo!... turbados siento
la mente y el corazón,

y no explica mi razón
si es rubor, ó es de contento.
Aquí esperaba encontrarte,
y al pensarlo lo temía,
y aunque siento una alegría
no me atrevo ahora á mirarte.

ALFR. ¡Adelina!

ADEL. ¿Me perdonas?
No lo tomes á desvío.

ALFR. Eso nunca, cielo mío.

ADEL. Espera.

ALFR. ¿Ya me abandonas?

ADEL. (A Baltasar y á Teresa, con ternura.)
¡Padre! Mi madre... llegad,
abrazadme en este instante.
¿No venís? Ved que anhelante
os lo suplico...

GABRIEL. ¡Avanzad!

(Baltasar y Teresa se unen á Adelina, que queda en el centro.)

ADEL. Al veros tristes, así,
comprendo que en vuestro amor
os causará gran dolor
el separarnos de mí;
pero nó, no os apeneis;
yo soy vuestra hija amante,
y en mi cariño constante;
siempre á mi lado estareis.
Tambien á mí me es sensible
de vosotros separarme...
mas no dejareis de amarme.
¿No es verdad que es imposible?

BALT. (Con frio aturdimiento.)
Nosotros obedecemos
al señor Marqués... estamos...

TERESA. Ya sabes que te estimamos
y que siempre te queremos.

BALT. Y mi respeto será.

TERESA. Y ya no podré decirte...

GABRIEL. (Á Baltasar aparte y con energía.)
¿A qué viene el aturdirte?
(Separándolos cariñosamente y alto.)
Ea, vamos... basta ya...

(Sigue con ellos y se dirige á Ventura.)
Ahora, mi amigo Ventura,
aprovechando este rato,
acaba ya del contrato
la comenzada lectura.

VENT. (Como siguiendo.)
Y como queda expresado,
Don Gabriel de Montemar,
Marqués de Peña del Mar,
por derecho y libre estado,
declara solemnemente
que desde ahora prohija
á Adelina Ruiz, que es hija
de Baltasar Ruiz Clemente
y de su esposa Teresa;
que así lo dan hoy por hecho
renunciando á su derecho
como cada uno confiesa;
y de todo yo, fé dando,
con los testigos lo firmo.

GABRIEL. (Aparte.) ¡Y mis derechos afirmo!

VENT. Vayan ustedes firmando.

GABRIEL. (Mientras firman los demás.)
Está la obra consumada;
Magdalena oscurecida;
de su hija, desconocida
y para siempre alejada.
Ya no importa la razón
que pueda guardar en sí;
que la niña es para mí,
como anhela el corazón.
Y del afán satisfecho
la dulce calma gozando,
los instantes voy contando
en que pierde su derecho.

ALFR. A los dos os felicito
con satisfaccion sincera.

VENT. Con amistad verdadera
lo mismo yo les repito.

GABRIEL. (Dando el brazo á Adelina.)
A tu habitacion pasemos
á descansar un instante.

ALFR. Don Ventura, usted delante.
VENT. Los dos juntos entraremos.
(Vánse derecha. Teresa y criados foro.)

ESCENA VI.

MAGDALENA acompañada de un criado, que la deja en la puerta y entra sola.

Al fin en su casa estoy
junto á mi hija, junto á él;
¡qué poco espera Gabriel
lo que va á suceder hoy!
Pero su poder me espanta
y mi valor desfallece,
y el corazon se estremece
al hallar soberbia tanta.
¿A quién le hablaré, Dios mío?
quizá de mí todos huyan,
y al oirme... me atribuyan
que padezco un extravío
en mi razón. ¡Oh tormento!
Si aquí no llegara á haber
quien pudiera comprender
el tristísimo lamento
de esta madre desdichada...
mas nó... que aún hay almas buenas
que saben sentir las penas
de la que es tan desgraciada;
y el Cielo que ha permitido
que yo llegara hasta aquí,
piedad teniendo de mí
por mi incesante gemido,
que me depare yo espero
quien me escuche, quien me atienda,
y bondadoso comprenda
la amargura en que me muero.

ESCENA VII.

MAGDALENA y BALTASAR.

BALT. (Entrando.) Señora, ¿no han anunciado
su visita aún?
MAGD. Lo ignoro...

BALT. Que esté esperando deploro
por culpa de ese criado.
Yo lo haré. Ruego me diga
á quién anuncio.

MAGD. No es
conocido del Marqués
mi nombre; tan solo amiga
de Adelina... y verla quiero,
y que aquí la encontraría
há un instante, me decía
la mujer del jardinero.

BALT. Pues usted sin duda ignora
lo que á todos regocija;
desde hoy Adelina es hija
del señor Marqués, señora.
Acaba de prohijarla,
y yo su padre he cedido
mis derechos, convencido
que perderla así, es ganarla.

MAGD. A ese modo de pensar
solo un motivo conduce
que bien pronto se trasluce.
¿Luego usted es Baltasar?

BALT. Sí.

MAGD. ¡Estará uste triste! (Con ironía.)

BALT. ¡Nó!

MAGD. Que extraño lo considere
no le choque...

BALT. Lo que quiere
siempre el Marqués, quiero yo.

MAGD. Muy grato le debe ser
el que usted tan ciegamente
le obedezca.

BALT. Francamente,
no sé más que obedecer.

MAGD. Usted ya debe llevar
mucho tiempo á su servicio,
porque es usté hombre de juicio.

BALT. Diez y seis años...

MAGD. Contar
pueden muy pocos criados
en los tiempos que corremos

y tantas traiciones vemos
servicios tan prolongados;
y á cualquiera se le alcanza
que en la casa del Marqués,
ustéd, de seguro que es
el hombre de confianza.

BALT. ¡Desde luego!...

MAGD. Mas la niña...

BALT. (Aparte.) ¿Qué pretende esta mujer?

MAGD. ¿Puede usté acaso temer
que el señor Marqués le riña
si hablamos de ella? Yo soy
su buena amiga y la quiero...
su padre usté... y considero
que debe ocuparnos hoy
la suerte que le ha cabido
en legitimo interés...

BALT. Ella es hija del Marqués,
y yo aquí ya he concluido.

MAGD. (Aparte y transicion.)
(Este es el vil instrumento
que en sus crímenes le ayuda.)
No saldrás; tengo una duda
que has de aclarar al momento. (Deteniendo á Baltasar.)

BALT. Señora... tal violencia...

MAGD. (Aparte.) Basta de vacilaciones
é inútiles digresiones,
que me ahoga la impaciencia.
Baltasar, en mí te fija.
(Baltasar quiere marcharse, y Magdalena le coge una mano.)
No trates de huir; detente;
mírame bien, frente á frente;
que Adelina no es tu hija.

BALT. (Aterrado.) Es del Marqués.

MAGD. (Acosándole.) Eso... así.

BALT. (Reponiéndose.) Pero ahora.

MAGD. Nó, nó; desde antes.
De siempre.

BALT. (Aparte.) ¡Horror, qué instantes!

MAGD. ¿Por qué tiemblas ante mi?

BALT. (Airado.) ¡Señora!

MAGD. ¿Tú amenazarme?

BALT. (Con serenidad afectada.)
Señora, yo no amenazo;
cuanto usted dice rechazo.
MAGD. ¿Pretendes desorientarme?
Pero no lo has de lograr;
porque en este mismo instante
tu actitud y tu semblante
te acaban de delatar.
No creas que mi impaciencia
de madre aquí se equivoca;
que cuanto dice tu boca
negando está tu conciencia;
que ella es juez y delator
que en los semblantes expresa
el crímen, y le confiesa
por una ley superior.
BALT. Pero... sufrir ya no puedo...
MAGD. Confiesa pronto...
BALT. (Aparte.) ¡Eso es!
(Alto.) Voy á llamar al Marqués.
MAGD. ¿Por qué? ¿Luego tienes miedo?
Si existe en tu corazon
alguna fibra sensible;
si hay algun medio posible
de romper un eslabon
siquiera... de esa cadena
que al Marqués así te enlaza,
y si tu alma no rechaza
del afán que me enajena
la amargura dolorosa
que me está martirizando
y en mis penas va tomando
una parte... generosa;
si el recuerdo del pasado
que en tí yo misma disculpo
de obediente, y no te culpo,
aunque estarás bien pagado,
te mueven á la piedad
de esta madre sin ventura
que tiene el alma en tortura
y á decirle la verdad;
rompa el silencio tu boca

y mi pecho no taladre,
que te lo ruega una madre...
¡una mujer que está loca!

BALT. Señora, no puedo oír
delirios de su razón.

MAGD. Lo dice mi corazón,
que de angustia va á morir.

BALT. Pues al Marqués se lo cuenta
á ver si atiende...

MAGD. Te pido...

BALT. Señora, yo he concluido.
(Aparte.) Que amenaza la tormenta.

MAGD. ¡Oh! detente.

BALT. ¡Basta ya!

MAGD. De rodillas te lo ruego...
¡Soy su madre!

BALT. Yo lo niego;
¡por fuerza que loca está! (Váse.)

ESCENA VIII.

MAGDALENA.

Loca, sí, en mi triste amor;
loca de tanto sufrir...
no sé cómo sin morir
resisto ya mi dolor.
¿Estaré yo en un error?
¿Tendrá razon Baltasar,
tan firme siempre en negar?
¡Ah! nó, nó! miente su boca:
una madre, aunque esté loca
no se puede equivocar.
Que es el amor maternal
tan superior en su esencia,
que ha puesto la Providencia
algo en él de celestial;
algo sobrenatural
que nos queda aquí en el suelo
como divino consuelo
en nuestra insegura calma,

cuando pasan por el alma
esos ángeles del Cielo;
pero yo voy desolada
con la idea siempre fija
de recobrar á mi hija
desde que me fué robada.
¿Seré tan desventurada
que cuando hasta ella yo llegue,
y á sus plantas yo le ruegue...
el rostro anegado en llanto,
desoyendo mi quebranto,
que soy su madre me niegue?

ESCENA IX.

MAGDALENA, ADELINA y GABRIEL.

MAGD. Pero... ¡ah!

(Dando unos pasos hácia ellos. Gabriel y Adelina salen juntos por la primera puerta derecha y se detienen á los primeros pasos.)

¡Gabriel! ¡Madre mia!

GABRIEL. (Aparte.) ¡Magdalena! (Coge espantado á Adelina de la mano.)

ADEL. Esta señora
es mi amiga.

GABRIEL. (Aparte.) ¡Y en tal hora
el infierno me la envía!
(Alto á Adelina.) Sal al momento de aquí;
vámonos al punto... ¡vamos!
Deja á esta mujer... ¡huyamos!

(Gabriel va acercándose con Adelina á la puerta del lado opuesto al de que han salido, con espanto, y desaparecen antes de decir Magdalena el último verso.)

MAGD. (Aparte.) ¿Qué es lo que dice? ¡Ay de mí!
(Alto.) ¡Por Dios! un punto de calma...
de piedad... ¡yo te lo ruego!
¿Serás á mi llanto ciego?
¡Por mi hija de mi alma!

(Magdalena cae de rodillas anegada en llanto.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Salon contiguo al anterior en la casa del Marqués.

ESCENA PRIMERA.

ADELINA y GABRIEL. Los dos en pié.

GABRIEL. Déjame; deja que salga...
ADEL. Pero padre, esa señora
sé que es de la directora
muy amiga...
GABRIEL. (Aparte.) ¡Dios me valga!
ADEL. Y lo es mia.
GABRIEL. ¿Tambien tuya?
ADEL. Desde que la conocí,
con gran frecuencia la ví.
¿Cómo quieres que ahora huya
al verla, sin un motivo
poderoso?...
GABRIEL. Lo es, y grande,
el que yo ahora te lo mande
y ya el verla te prohibo.
ADEL. Un gran cariño nos liga.
GABRIEL. Puerilidades no más.
ADEL. Oye un instante, verás
como es una buena amiga:
en las horas del reposo
muchos dias la veía,
y su bondad me ofrecía
hacer un bien muy hermoso;
traia ropas de niño,
que por caridad las daba,
y á coserlas me invitaba
con el más tierno cariño;

y yo, llena de alegría,
deseosa de hacer el bien,
y la caridad tambien,
la abrazaba y las cosía.
Si la debo este placer,
tan dulce para mi alma,
¡cómo olvidarla con calma!
¡cómo la he de aborrecer!

GABRIEL. Así es que siempre á tu lado
estaba...

ADEL. A menudo, sí.

GABRIEL. ¿Te ha contado algo de mí?

ADEL. Jamás de tí se ha ocupado;
y aunque de tí yo le hablaba,
por tierno interés movida,
siempre le hallé enmudecida
y su silencio acataba.

GABRIEL. ¡Qué notable discrecion!
¡Oh! ven á los brazos míos;
no escuches los extravíos
que de su imaginacion
en tu alma podrá verter;
acaso, sin fundamento,
(Con marcada emocion de temor y ansiedad.)
aprovechando un momento
de descuido, esa mujer,
pruebas tiénes de mi amor...
debes creer solo en mí,
que soy el que adora en tí,
tu padre... tu protector...
Deséchala de tu mente,
que no se merece tu alma
que te hagan perder la calma
por un afecto inocente;
que hay séres que se complacen
en destruir dichas ajenas...
sorprenden las almas buenas
y sus delicias deshacen.
No la escuches... no la atiendas;
si acude á tí con gemidos,
de ella aparta los oidos,
porque no quiero que entiendas

los sucesos á tí extraños,
si es que llega á pretender
hacerte á tí comprender
lo que no pueden tus años.

ADEL. Me vas haciendo creer,
por lo que está sucediendo,
que á todo lo que estoy viendo
extraña no debo ser.
Padre mio, abre tu pecho
al afecto de tu hija;
no pienses que es que yo exija
contra tu propio derecho;
que tu silencio quebrantes
por mera curiosidad;
que si sentia ansiedad,
ahora tengo más que antes.
Quiero tu consuelo ser;
la razon de mi venida
no quiero ver destruida,
ni desconfianza en tí ver.
Que no me es fácil mostrarme
pasiva ni indiferente
á lo que tu pecho siente,
porque debe interesarme;
no extrañes, pues, que te pida
que me abras tu corazon,
á no ser que haya razon
poderosa que lo impida.

GABRIEL. Adelina, está tranquila
y tu espíritu sosiega;
deja al mio si se entrega
al sufrimiento y vacila.
No temas nada por mí,
que esto no tiene importancia;
espérame en esa estancia,
que luego vuelvo por tí.

(Gabriel dá dos pasos acompañando á Adelina, y se retira al dejarla próxima á su cuarto. Adelina dice este aparte dirigiéndose á la primera puerta de la izquierda. Entre tanto váse Gabriel y sale Alfredo, que le llama y se detiene.

ADEL. (Aparte.) Su pensamiento concreto
es que yo lo ignoro todo.

¿De saberlo no habrá modo?
¿Qué encerrará este secreto?

ADELINA y ALFREDO.

ALFR. ¡Adelina!
ADEL. (Deteniéndose.) ¡Alfredo!
ALFR. Vengo
á invitarte á que bajemos
al jardin y paseemos
por él un rato, pues tengo
la conviccion que has de hallar
novedades de tu agrado;
está todo trasformado
y sé que te ha de gustar.
Pero te hallo preocupada;
apenas á cuanto dije
prestaste atencion. ¿Te aflige
un pesar?
ADEL. No tengo nada...
ALFR. No me lo ocultes; no niegues
lo que á mi amor no se esconde;
dime, Adelina... responde,
y al disgusto no me entregues
con tu silencio...
ADEL. Pues bien;
mi padre hoy tiene un pesar,
que yo no acierto á explicar,
y á mí me aflige tambien.
ALFR. Al sensible corazon
concede calma cumplida;
tú ignoras lo que es la vida
de negocios; tu razon
se alarma solo de ver
que está preocupado...
ADEL. Nó;
negocios, ya sé ahora yó
que no son.
ALFR. ¿Pues qué ha de ser?
ADEL. Es un hecho incomprensible;

hace apenas media hora
que al ver ahí á una señora
se alteró de un modo horrible,
y de ella á mí me apartaba
entre asombrado é iracundo,
y yo, al verlo, me confundo
sin comprender...

ALFR. Sigue... acaba...

ADEL. Si lo que pasa no sé.
Algo quisiera aclarar...
pero él ya no quiso hablar
y nada le pregunté.
Él está muy caviloso,
cabizbajo y pensativo,
y yo, triste, me desvivo
y no tengo ya reposo.
Y lo notable aquí es,
que ella es muy amiga mía.

ALFR. ¿Pues acaso no sabía,
que era tu amiga, el Marqués?

ADEL. Lo ignoraba. Mas ¿por qué
me separa de su lado?

ALFR. (Aparte.) Cuando está tan reservado,
que aquí hay misterio, se vé.

ADEL. Dí si puedes entender
lo que está ocurriendo aquí:
ella, mirándose en mí,
segun pronto lo has de ver;
y el Marqués, como parece,
cuando al verla se demuda
y la desvía, no hay duda
que es mujer que él aborrece.

ALFR. Es bastante singular
que tanto te haya alterado
encuentro tan impensado.
¿Nunca á ella la oiste hablar
de tu padre?

ADEL. No; en la vida;
desde que me conoció,
tanto afecto me cobró,
que yo era su preferida.
Y aunque sus deseos fueran

de saber, los refrenó,
y solo me preguntó
que mis padres quiénes eran;
al punto le contesté;
y como se sorprendía,
dije que me protegía
el Marqués, y de él le hablé;
entonces palideció...
y recuerdo que al instante,
por su lívido semblante
una lágrima cayó;
me interesé en su emocion,
guardó reserva completa,
y por no ser indiscreta
me callé; mas su afliccion,
que yo creia calmar
con un beso, se aumentó,
y cuando ella me besó
más triste volvió á llorar.

ALFR. ¡Qué misterios de la vida!
¡Cuánto dirá en su mutismo!
Cada sér es un abismo
en cuyo fondo se anida
un invisible dolor.
Quisiera hablarla.

ADEL. No sé
qué hacer...

ALFR. Yo la llamaré.

ADEL. Yo no puedo...

ALFR. Es lo mejor.
(Se dirige á la puerta lateral derecha.)
¡Señora!
Allí viene ya.

ADEL. (Aparte.) ¡Siento una pena al mirarla!
Yo no puedo rechazarla
de mí así.

ALFR. ¡Qué triste está!

ESCENA III.

Dichos y MAGDALENA.

MAGD. (Saluda á Alfredo.)
¡Adelina!

ADEL. ¡Magdalena!...
Sin comprender lo que pasa,
siento mucho que en mi casa
esté de disgusto llena;
no pretendo descifrar
el misterio que se encubre;
mi padre no lo descubre
y yo me debo callar.
Pero estoy entristecida;
no puede ménos de ser
sensible para mí, el ver
que cuando todo convida
á la dicha en este día
porque se ve realizado
tanto proyecto anhelado,
huya de aquí la alegría.

MAGD. Yo de ello la causa soy,
y ese es mi mayor pesar;
mas no lo puedo evitar;
comprendo que siendo estoy
un enigma para usted
que yo no debo aclarar;
que usted me ha de rechazar
puesta en su padre su fé;
que aquel afecto tan puro
que nos creó dulces lazos
cuando la estreché en mis brazos,
escudo de paz seguro,
se ha de extinguir y borrar;
que no podrá usted tener
quien disfrute en su placer,
quien la acompañe á llorar.

ADEL. Magdalena... de un error
la víctima siendo está

mi padre, creo, y quizá
lo ponga en claro mi amor;
que si á él le amo y le venero,
fuerza es que yo considere
lo mucho que usted me quiere,
y que yo tambien la quiero;
y aunque debo respetar
su voluntad sin protesta,
y que debo estar dispuesta
á obedecer y callar,
espero á oir la razon,
porque el verla me ha prohibido,
y entonces ya convencido
decidirá el corazon.

MAGD. Adelina, lo que ofende
y al Marqués le hiere tanto,
es el tristísimo llanto
que en mis ojos mi afán vende;
que hay lágrimas que al caer
no se evaporan sin ir
otro corazon á herir
para hacerle padecer.

ADEL. ¡Oh! Siga usted, Magdalena.

MAGD. No puedo.

ALFR. Sí; por favor.

MAGD. Me reprime mi dolor.

ADEL. ¡Que de ansiedad estoy llena!

ALFR. Ya que este velo, señora,
á descorrer ha empezado;
ya que á hablar ha comenzado,
acuda usted al anhelo
de Adelina; al ruego mío.

MAGD. ¡Es imposible!

ALFR. ¡Señora!...

ADEL. ¿Consentirá usted ahora
tratarme con tal desvío?

MAGD. Eso, nunca: á mi pesar,
hiriendo á mi propio amor,
conmigo empleo el rigor
de tenerme que callar;
quisiera expansiva ser
y no en silencio sufrir;

quisiera poder decir
cuánto me hace padecer;
pero no es este el momento;
dentro de breves instantes
lo sabrá usted, quizás antes
que crea su pensamiento;
entre tanto, á este dolor
no le preste usted ayuda
poniendo mi afecto en duda,
que fuera mucho rigor.

ADEL. En su promesa confío.

MAGD. Y en mi cariño sincero.

ALFR. En él yo tambien espero.

ADEL. Que llegue ese instante ansío.

(Váse Adelina á la derecha.)

ESCENA III.

MAGDALENA y ALFREDO.

ALFR. Señora... participando
del afecto que Adelina
á usted profesa... se inclina
mi corazon, que tomando
va una parte en sus dolores,
á calmar su triste anhelo,
si es que hay posible consuelo
de su suerte en los rigores.

MAGD. Conozco, Alfredo, su amor
á Adelina, por quien sé
cuán bondadoso es usté
y un cumplido hombre de honor;
por eso no me sorprende
verle generoso ahora,
con una mujer que llora
y á mis pesares atiende;
y aunque parezca indiscreto
el paso que voy á dar,
yo le voy á revelar,
con mi historia, mi secreto.
Mas ante todo pretendo
el que usted no se lastime,

si á alguno que usted estime
yo con mi relato ofendo.

ALFR. Señora, yo á la razon
jamás negué su derecho,
y sabré ahogar en el pecho
los gritos del corazon.

MAGD. Quince años hace vivía
en su casa humildemente
una jóven inocente
á quien todo sonreía;
y ajena á las ambiciones
del mundo, solo aspiraba
á un ideal que soñaba
en sus dulces ilusiones.
Fijar logró su atencion,
sus grandezas ocultando
y modestia aparentando,
un jóven de distincion;
y venciendo sus rigores,
su hermosura celebrando,
el amor los fué enlazando
con sus cadenas de flores,
más hermosas cada dia;
pues su ilusion celestial,
tomó despues forma real
en un sér, que ya sentía
aquella niña en su seno,
de su amor prenda segura;
un ángel que de ventura
dejaria el pecho lleno;
y terminando su anhelo,
daba á luz, de amor dichosa,
una niña tan hermosa
cual los ángeles del cielo;
pero apenas la besó
llena de dicha su madre,
con engaño vil, el padre
á la niña se llevó;
y aquella madre afligida,
herida en su corazon,
ya perdiendo la razon,
ya expuesta á perder la vida,

no sucumbe al desaliento,
y á buscar su bien se lanza,
poniendo en Dios su esperanza
y en su hija su pensamiento.
Cerca ya del padre está
por la justicia del cielo,
y pronto rasgado el velo
de sus infamias verá.
¡Oh!... sí... yo soy
aquella madre que fija
la mente siempre en mi hija,
tras ella anhelante voy.
Yo supe al fin que vivia
en un colegio escondida
una niña protegida
del Marqués; amiga mia
la directora era... fuí
y así las dos me estimaron
y los cielos nos juntaron
porque á los cielos pedí.

ALFR. ¿Y es Adelina?

MAGD. No hay duda;
cuanto hoy hace por mi mal
es una farsa legal
con la que el Marqués se escuda.

ALFR. Si lo que dice es verdad,
yo de esa infamia protesto
y ayudar á usted me presto.
¡Una prueba por piedad!

MAGD. Si pruebas de mi razon
fuera preciso enseñar
para poderlo probar,
me arrancara el corazon:
quisiera por suerte mía
el alma poder mostrar,
y á la suya cotejar,
y su igualdad se vería...

ALFR. Señora, usted reflexione
que todo eso no es bastante;
que no sirve que anhelante
y llorosa lo razone;
una prueba... algun objeto

(Magdalena se afana por recordar.)
un recuerdo, una memoria,
repase usted de su historia
hasta el más hondo secreto.

MAGD. No hay pruebas. (Acongojada.)

ALFR. Siquiera un dato
es fuerza que prevengamos.

MAGD. Tome usted; juntos estamos
los dos en este retrato.

ALFR. Esto es tan poco... no es nada
para un asunto tan sério.

MAGD. Por eso envuelve el mistério
á esta pobre abandonada.

ALFR. En fin, preciso es callar
sobre esto; haya esperanza;
tenga usté en mí confianza,
que por usté he de velar.

MAGD. Deje usté Alfredo que bese
sus manos agradecida,
y que esta madre afligida
de vendecirle no cese.

ALFR. Basta; vámonos de aquí;
porque si acaso nos viera
el Marqués juntos, pudiera
desconfiar ya de mí.
Mas ¿quién viene? (Se detienen.)

ESCENA IV.

MAGDALENA, ALFREDO y VENTURA.

ALFR. ¡Don Ventura!

VENT. Alfredo, venga esa mano.

ALFR. Es mi amigo el escribano (A Magdalena.)
que ha otorgadado la escritura.
Esta señora es amiga (A Ventura.)
de Adelina...

MAGD. Servidora.

VENT. Estoy á sus piés, señora.

MAGD. ¡Le hablaré, y Dios me bendiga! (Aparte á Alfredo.)

ALFR. Ahora la estaba diciendo (A Ventura.)
como Adelina ya es hija

del Marqués.

VENT. Él la prohija.

ALFR. Y le estaba refiriendo
la escena conmovedora
que el Marqués nos ha ofrecido
con todo lo sucedido.

VENT. Apenas hará una hora.

ALFR. Yo estoy lleno de alegría.

MAGD. Lo creo; yo venturosa
soy al verla tan dichosa
y que ha llegado este día;
felíz ella que señala,
segura de ser querida,
tan dulce fecha en su vida.
¡Que no halle nunca otra mala!

ALFR. Usted me va á permitir, (A Magdalena.)
aunque yo mucho lo siento,
que aquí los deje un momento,
porque tengo que salir.
Luégo saldrán. (Vase)

ESCENA V.

MAGDALENA y VENTURA.

MAGD. Caballero,
me va usted á dispensar
si le llego á molestar
con una pregunta.

VENT. Espero,
deseoso de complacerla,
que usted me mande.

MAGD. ¿Cómo es
ahora padre el Marqués
de Adelina? ¿Es que á perderla
quedan por siempre obligados
los que le dieron el sér?

VENT. Sí; ahora acaban de perder
sus derechos más sagrados;
porque se halla establecido
el derecho de prohijar

los padres, de renunciar
á los suyos, y concluido.
Es muy sencillo.

MAGD. ¡Es verdad!
Así, sin molestia alguna,
se borra todo... la cuna...
la madre... hasta su bondad.

VENT. Su madre es indiferente,
como á su hija le convenga.

MAGD. ¡Su madre! (Aparte.) ¡Dios me contenga!

VENT. Como es cosa tan corriente,
ella ve que le conviene
esa cesion, á su hija;
pues el Marqués la prohija,
su afán satisfecho tiene;
las bases ella estipula
y la entrega confiada:
como madre, interesada,
y como mujer, calcula.

MAGD. Notable caso á fé mía;
yo nunca pude creer
que pudiera haber mujer
con tan grande sangre fría;
que en todo tiempo se vió,
por artes y por amaños,
vender los hijos extraños.
¡Ah! pero los propios, ¡nó!
Que la mujer que en su seno
sintió, para su ventura,
de ser madre, la dulzura,
solo su amor halla bueno;
y sorprende el encontrar
quien renuncie á la delicia
de madre, por la codicia,
que á tanto puede arrastrar.
Así es, que á dudar se inclina
mi mente, que pueda ser,
no ya madre esa mujer,
sino nada, de Adelina..

VENT. La causa, no se comprende
de expresarse en tal sentido.

MAGD. Que el caso me ha conmovido

más que á esa madre que vende
á su hija...

VENT. Hay su razon.

MAGD. Y hay cálculo de otro padre;
lo que aquí no existe es madre,
ni sangre, ni corazon.

VENT. Señora, me asombro ya
de sus juicios temerarios.
¿Piensa usted que son falsarios?

MAGD. Eso en mi conciencia está;
que ni la que vende es madre,
ni el que compra es generoso.
¡Qué mérito tan honroso!
¡qué satisfaccion de padre!...

VENT. ¿Luego supone que existe
un plan indigno por medio
para este fin?

MAGD. ¿Qué remedio?...
¿Quién á creerlo se resiste?

VENT. Pues yo, en nombre del Marqués,
protesto de su decoro;
y haber hablado deploro
con quien yo no sé quién és.

MAGD. Una amiga que la adora
y por su bien me intereso.

VENT. Pues no entiendo, lo confieso,
que á tanto llegue, señora.

MAGD. Creencias del alma son
que con la ocasion se exaltan.

VENT. Perdone usted, pero faltan
ahora, en ésta, á la razon,
y á esa mujer...

MAGD. Que le cuadre
ese nombre, á usted parece...
la que es madre se merece
tan solo el nombre de madre.

VENT. ¿Lo es usted?

MAGD. (Aparte.) ¡Ah!

VENT. (Aparte.) ¡Se enmudece!
Que sospecha...

MAGD. (Aparte.) ¡Cielo santo!

VENT. (Aparte.) Su vista la nubla el llanto

y su rostro palidece.
¿Será ella? ¡Magdalena! (Gritando.)
(Magdalena se estremece, pero no cambia de actitud ni de lugar.

MAGD. (Aparte.) ¡Eh!
VENT. (Aparte.) ¡No es... no sé lo que digo!
MAGD. (Aparte.) ¡Dios mio, cuánto enemigo!
VENT. (Aparte.) La duda de espanto llena.
(Alto.) Quede la amiga en buen hora
cuyo corazon admiro.
MAGD. (Aparte.) ¡Qué cinismo!
VENT. Me retiro...
Usté dispense, señora. (Váse.)
(Al retirarse Ventura, sale Alfredo, y Magdalena se arroja en sus brazos acongojada.)

ESCENA VII.

MAGDALENA y ALFREDO.

MAGD. Alfredo, no hay esperanza.
ALFR. Todo lo oí. Magdalena:
aunque esté de dolor llena,
tenga usté en mí confianza.
(Se vá Alfredo derecha y Magdalena.)

ESCENA VIII.

GABRIEL.

Magdalena... Magdalena,
en tan especial momento...
se ofusca mi pensamiento
y mi razon se enajena.
¿Qué es lo que busca? ¿A qué viene?
Viene á ser un torcedor
que vuelva el goce en dolor
como á sus planes conviene;

y la mal cerrada herida
de mi pecho, con su llanto
abrir quiere en mi quebranto
con su queja dolorida.
Y no puedo desechar
del fondo de mi conciencia
recuerdos que su presencia
ha venido á despertar;
pero me haré superior
á todo, con calma fría:
si el infierno me la envía,
contra él saldré vencedor:
que á mí me asiste el derecho,
las leyes á mí me abonan
é implacables la abandonan
á sufrir en su despecho.
Que no es posible torcer
mi camino y confesar
que me lancé á ejecutar
lo que no he de deshacer.
(Transicion.)
Horas hay que dirigiendo
hácia mi hija la vista,
el corazon se contrista
de ver su madre sufriendo;
y un impulso generoso
dentro del alma me dice,
que deshaga el daño que hice,
y que seré más dichoso;
pero no hay medio posible;
yo no empaño de mi cuna
el brillo, y ya no hay ninguna
razon que lo haga factible.
Tener no puedo un momento
dudas ni vacilaciones;
venceré las emociones
que dentro del alma siento;
y aunque al tener en mis brazos
á ese ángel de amor querido
sienta, de dolor, partido
el corazon en pedazos,
sufriré á solas conmigo

con rigor propio é inhumano;
mas no por extraña mano
mi merecido castigo.
Ahora, con calma serena,
quiero su anhelo afrontar;
y pues que viene á luchar,
luchemos, pues. ¡Magdalena!
Aquí está.

ESCENA VII.

MAGDALENA y GABRIEL.

MAGD. ¡Gabriel, Gabriel!
acudo á tu llamamiento,
que dá á mi esperanza aliento
en mi infortunio cruel;
sin duda te han conmovido
mi dolor y mi amargura,
y la inmensa desventura
que tanto tiempo he sufrido;
y en tu corazon hallando
un eco el triste lamento
de esta madre... el sentimiento
de piedad vas abrigando;
que no has podido olvidar,
que por ser mi dolor tanto
habré regado con llanto
mi camino sin cesar,
buscando al bien de mi vida,
el ángel de mis amores,
luchando con los rigores
de mi suerte, ya vencida.
¡Oh, Gabriel! no más dilates
con tu silencio mi dicha;
si concluye mi desdicha,
de aplazarlo ya no trates.
¿Dónde está mi hija inocente,
el sol de mis ilusiones,
que de nuestros corazones

es un pedazo viviente?

GABRIEL. Magdalena... aquí no está.

MAGD. ¡Dios mio! ¿tan friamente
lo dices? ¿Tan cruelmente
tratarme tu alma podrá?
¿Es posible que taladre
tu inaudito ensañamiento
con tal modo y tal tormento
el corazon de una madre?
Nó, Gabriel; es que á tí mismo
te engaña tu injusto olvido;
es que te hallas poseido
del más horrible egoismo.

GABRIEL. ¿A qué traer los extraños
recuerdos á la memoria
de aquella pasada historia
ya despues de tantos años?

MAGD. Gabriel... mi calma no alteres.

GABRIEL. Ten prudencia y discrecion.

MAGD. No comprendes mi afliccion.

GABRIEL. Aquí no está lo que quieres.
Yo no he vuelto á saber más
de la niña ni de tí
desde el punto en que salí
de tu casa.

MAGD. ¿Negarás
con tal audacia? ¡Oh, yo muero!
¿Cómo pudiste creer
que robándome al nacer
la prenda que yo más quiero
un dia llegar podría,
en que ante mí te encontraras,
y solo porque negaras
esta madre dudaría?
Si sé quien es, lo adivina
en tu extraviada razon
el amante corazon...
que mi hija es Adelina.

GABRIEL. Es falso.

MAGD. ¡Oh! nó, nó, confiesa.

GABRIEL. Estás loca ó delirante.

MAGD. Me lo probó hace un instante

tu emocion, y tu sorpresa
te delató por tu mal,
descubriendo tu delito,
que se halla en tu rostro escrito
como en todo criminal.

GABRIEL. Desprecio tu torpe ofensa
y rechazo tu argumento.

MAGD. ¡Ni se atiende mi lamento,
ni mi dolor se compensa!
(Alto.) ¿Por qué á Adelina apartabas
de mi vista en tal momento?
Fué tu único pensamiento
cuando al verme te espantabas;
es que al momento creiste,
te llegaste á figurar,
que te la vengo á robar,
como tú conmigo hiciste;
pero la duda no quiero;
no me importan tus agravios;
el que me digan tus labios
su nombre... su nombre espero.

GABRIEL. Con tu pesada insistencia
la calma entera se agota.

MAGD. De mi llanto, cada gota
pesa un mundo en tu conciencia.

GABRIEL. Magdalena, yo no puedo
satisfacer tu esperanza.

MAGD. Porque al mal tu alma se lanza
y para el bien tienes miedo.

GABRIEL. No es posible que resista
por más tiempo... terminemos;
preciso es que ya acabemos
esta enojosa entrevista.

MAGD. Si á mí me puedes tratar
con frase tan torpe y dura...
¿Cómo hay en tu alma ternura
cuando á mi hija vas á hablar?
¿Cómo es que no se levanta
y se interpone mi sombra,
y ante tu crímen, que asombra,
tu corazon no se espanta?
Es que ella tus timbres tiene

y un blason le das por honra
con reverso de deshonra
que tu infamia vil mantiene.

GABRIEL. ¿Callarás?

MAGD. No he de callar;
que te tengo que decir
lo que no quieras oir,
Marqués de Peña del Mar.
Tú, dejando tu grandeza,
tu ilustre alcurnia olvidando
y modestia aparentando,
te igualaste á mi llaneza;
y ocultando tus blasones
fuiste mi amor despertando,
una máscara tomando
que es lo que hacen los ladrones.

GABRIEL. Ya sufrir no puedo más;
sal al momento de aquí,
que ya estoy fuera de mí;
mi calma agotando estás;
sal al punto, antes que estalle
en ira... que por mi fé
que á mis criados mandaré
que te arrojen á la calle.

MAGD. ¡Oh! nó, Gabriel de mi vida;
perdona si te ofendí.

GABRIEL. ¡Jamás!...

MAGD. Ten piedad de mí,
por nuestra hija querida.
Y aunque rompas en pedazos
mi alma con tu desvío,
devuélveme el ángel mío
que lo estreche entre mis brazos.

GABRIEL. ¡Imposible!... Cesa ya
en inútiles lamentos.

MAGD. ¡Por los últimos momentos
de tu madre, que ya está
en el cielo!

GABRIEL. ¡Qué locura!
Terminemos: ¡fuera, fuera!

MAGD. ¡Madre mia, que yo muera
y termine mi amargura!

GABRIEL. ¡Magdalena! (Gritando.)

MAGD. (Aparece Adelina) ¡Mi hija! ¡Ah!
(Magdalena se desmaya.)

ADEL. ¡Padre!
(Aparece Alfredo por otro lado.)
¡Pobre señora! ¿qué ha sido?

GABRIEL. Nada: que le dió un baído...

ADEL. ¡Pobre mujer!

ALFR. (Aparte.) ¡Pobre madre!

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

La misma decoracion del acto anterior.

ESCENA PRIMERA.

ALFREDO y BALTASAR.

BALT. ¿Con que ha sido un accidente?
ALFR. No es grave.
BALT. No es cosa rara...
Ya de enferma tiene cara,
y lo está seguramente.
ALFR. Yo lamento este suceso,
porque Adelina, mi prima,
me ha dicho cuánto la estima,
y yo tambien me intereso
por ella. Oye, Baltasar;
(Cambiando de entonacion.)
mi tio no te ha enterado
de que estoy enamorado,
y que me quiero casar
con Adelina.
BALT. Señor...
ALFR. Nó... Así... No te ha referido
que su mano le he pedido,
y que apreciando este amor,
por mi lealtad y firmeza
en mi carácter probado,
al instante lo ha aprobado
con expresiva franqueza;
verdad es que ha comprendido,
y es natural y corriente,
que ya en el caso presente

tu mision ha concluido.
(Con marcada intencion.)
Hemos hablado de todo.

BALT. (Aparte.) Quizá se lo habrá contado.

ALFR. Así es que estoy enterado...
(Aparte.) A ver si por este modo
aprovecho esta ocasion
y puedo al fin obtener
que este hombre me llegue á hacer
del hecho la confesion.

BALT. Entonces ya sabrá usté...

ALFR. Tu lealtad me ha referido
y lo bien que le has servido
en su capricho; y á fé,
que así los hombres me gustan;
en su palabra formales,
para todo serviciales
y que al mandato se ajustan;
y ya desde hoy, como es claro,
sin que peques de indiscreto,
pues que estoy en el secreto,
puedes hablar sin reparo.

BALT. ¿Pero Adelina lo sabe?

ALFR. Nó, porque no es prudente;
y es para hombres solamente
el saberlo... que no cabe
en su tierna juventud,
ni en su mucha inexperiencia
comprender que en la conciencia
pueda faltar la virtud.
Nosotros ya es diferente...
(Aparte.) (En el lazo va cayendo.)
(Alto.) Es un hecho que comprendo
que es la cosa más corriente.

BALT. (Aparte.) Todo lo sabe, no hay duda;
negar fuera un desatino.

ALFR. Mas lo notable fué el tino
en valerse de tu ayuda,
que es difícil encontrar,
al llegar un lance dado,
tan excelente criado
de quien poderse fiar.

¡Oh! desde ahora te prometo
que en mi casa has de servir
cuanto tengas que vivir,
pues te estimo por discreto.

BALT. Gracias, señor don Alfredo.

ALFR. Nó, porque mereces bien
que el Marqués, y yo tambien,
te queramos.

BALT. Yo no puedo
mostrar mi agradecimiento
con extremos más seguros...
¡Si usted supiera qué apuros
he pasado hace un momento!
Hoy su madre ha aparecido.

ALFR. ¡Habrás soñado tal vez!...

BALT. ¡No era mal sueño, pardiez!
(Baja la voz.)
Esa mujer que ha venido
á verla, y que dice ser
su amiga, esa es su madre.

ALFR. Y mi tio, que es su padre,
¿qué es lo que ahora piensa hacer?
Como tiempo no he tenido
de hablarle, no me he enterado...

BALT. Que negara me ha encargado
y á hacerlo estoy decidido.

ALFR. Hasta que ella no se aleje
no habrá aquí tranquilidad.
Ten mucha serenidad,
que acaso pronto nos deje.

BALT. Yo á mi cuarto me retiro.

ALFR. Y yo aquí á Adelina espero.
Ya sabes que yo te quiero.

BALT. Señor, es á lo que aspiro. (Váse.)

ESCENA II.

ALFREDO. Transicion.

Vencer mi asombro no puedo...
si no cabe en mi cabeza...

he adquirido la certeza
y pensarlo me da miedo.
Hasta ahora la duda fría
alguna calma me daba
y sin esfuerzos ahogaba
los gritos del alma mía;
que rechaza con terror
maldad que tanto contrista,
de cuyo cuadro la vista
apártase con horror.
Aquí una madre llorando
el bien de su alma perdido;
allí el amante escondido
con su conciencia luchando;
y entre ambos con su hermosura
esa niña encantadora,
que ignora por qué se llora,
¡por qué hay tanta desventura!
Inmenso, profundo abismo
entre todos está abierto,
cada uno está en un desierto
que ha creado el egoismo;
el egoismo de un padre,
que en su hija solo se fija,
que es todo para su hija
y nada para su madre:
y esto no puede seguir;
que de los dos el lamento
aumenta á cada momento
que pasa... y lo he de impedir.

ESCENA III.

GABRIEL y ALFREDO.

GABRIEL. Alfredo... ya te esperaba
con deseo... y escribirte
queria para decirte
lo que yo ahora proyectaba. (Se sienta.)
Ya ves que la educacion
de Adelina, aunque es completa

y en su juicio es muy discreta,
le falta una perfeccion
que en nuestro mundo se exige:
cierto tinte parisien...
que como tú sabes bien
por esa moda se rige...

ALFR. ¿De modo que á viajar
te la llevas?

GABRIEL. Ahora iremos
á Francia; despues veremos.

ALFR. ¿Y no os podré acompañar?
(Aparte.) Esto es que pierde el valor.

GABRIEL. Sí... ¿mas con qué condiciones?...

ALFR. No me hagas observaciones,
porque es honrado mi amor.
Os haré alguna visita...

GABRIEL. Es lo mejor; me parece...

ALFR. Que Adelina se merece
la atencion más exquisita.

GABRIEL. Mucho te agradezco, Alfredo...

ALFR. Me reprimo... por quererla,
aunque estar mucho sin verla,
querido tio... no puedo.

GABRIEL. Pues ya muy pronto ha de ser:
mañana...

ALFR. ¡Y así dejarme!
(Aparte.) Ya no puedo descuidarme
si mi obra he de emprender.
(Alto.) ¡Me disgustas!

GABRIEL. No te alteres,
ni pases por ello pena.

ALFR. ¡Si tengo de su amor llena
toda el alma!... ¿Cómo quieres
que mire con sangre fría
que tan pronto nos separas?

GABRIEL. Es que á verlo no te paras
con reflexion; cada día
podrás verla, si es que vienes
á vernos al extranjero;
y que yo tambien lo quiero.

ALFR. Allí en seguida me tienes,
como el que su dicha espera.

Voy á tu cuarto.

GABRIEL. Adelante,
aguarda en él un instante.

ALFR. (Aparte.) Verla un momento quisiera.

ESCENA IV.

GABRIEL.

Ni yo puedo calcular
lo que por mí está pasando;
que para poder luchar,
voy sintiendo á mi pesar
que el valor me va faltando.
¿Qué es la vida? Un loco afán
de vanidades nutrido
en que los goces se ván,
y las desdichas están
perennes con su gemido.
Que va el hombre á la ventura
entre un mundo que envanece,
y otro mundo que censura
con saña, tanto más dura
cuanto aquel más enloquece.
¡Mundos que en todos ó en uno
se condensan; y en union
se escucha el eco importuno
del falso aplauso del uno,
del otro la maldicion!
Así grita sin piedad
aumentando mi impaciencia
esta triste realidad;
y aun más que el grito verdad
siento yo el de mi conciencia.
¡Ah! ¿Por qué ensoberbecido
de infames proyectos lleno,
destrocé aquel dulce nido
y de muerte dejé herido
aquel corazon tan bueno?
¡Solo estoy en mi amargura!
¿Donde está ahora ese mundo,

por quien necio en mi locura,
labré tanta desventura
y abrí abismo tan profundo?
¿Dónde está? ¿Por qué no viene
á suavizar mis dolores
y mi conciencia entretiene?...
¡Ay, triste del que no tiene
ni fé, ni virtud, ni amores!

ESCENA V.

ADELINA y GABRIEL.

ADEL. ¡Oh, qué mal rato ha pasado!
GABRIEL. Adelina... ¿cómo está?
ADEL. Bastante mal... pero ya
está fuera de cuidado.
Te veo triste y lo llora
mi corazon afligido;
gritas y estás conmovido
cuando ves á esa señora;
si le hablo á ella, enmudece;
tú callas si te pregunto;
y mi afan sube de punto,
y así mi impaciencia crece.
GABRIEL. No es oportuna ocasion
ésta, y á fé que lo siento,
de calmar tu sentimiento;
pero ten más reflexion,
más calma y más sangre fría,
que cada sér en el mundo
lleva un abismo profundo
dentro del alma, hija mía,
en cuyo fondo insondable
amargo mar forma el llanto,
y lo cubre con el manto
de un silencio impenetrable.
Tu sencilla inexperiencia
aún no alcanza á conocer
que el sufrir y el padecer
son propios de la existencia,

y á nadie se le divisa
si tiene en el alma heridas,
porque las lleva escondidas
con máscara de sonrisa.

ADEL. Si yo pudiera poner
un término á tu pesar;
si yo pudiera evitar
el verte así padecer...
¿No conoces, padre mio,
que en mi alma se reproduce
la pena que se trasluce
en tu semblante... y que ansío,
por instantes y momentos,
verte más que antes, dichoso,
disfrutar blando reposo,
gozar de dulces contentos?
Porque así vivo sin calma,
infelíz y entristecida;
que solo es grata la vida
cuando está tranquila el alma.

GABRIEL. No aumentes con tu dolor
mis pesares, hija mia,
que entonces me faltaria
para luchar el valor.

ADEL. ¡Si en lucha no quiero verte!

GABRIEL. ¡Si me impulsa mi destino!

ADEL. Yo quiero verte en camino
de la paz... eso es quererte.

GABRIEL. ¡Jamás!

ADEL. Ten fé decidida.
La lucha el dolor aumenta.

GABRIEL. Do la desdicha se asienta
no tiene la paz cabida.

ADEL. Nó; que es de las almas buenas
la paz, el bien más preciado;
y el felíz que la ha alcanzado
halla un término á sus penas.

GABRIEL. Mas para mí, ¿dónde está,
si siento la lucha aquí...
dentro... muy dentro de mí?...
¿Quién aplacarla podrá?
Vive una idea en mi mente,

poderosa, dominante,
que se impone á cada instante
con firmeza prepotente;
y el corazon, rechazando
al tirano pensamiento,
generoso el sentimiento,
palpitante está luchando;
y para hallar en razon
la paz para mi existencia,
me sobra la inteligencia,
ó me sobra el corazon.

ADEL. Alienta los generosos
sentimientos de tu alma;
corre en busca de la calma
por los caminos hermosos
que nos abre la virtud;
cede un poco de tu empeño,
y como al dejar un sueño,
pasado habrá tu inquietud.
Hazlo así como te digo;
pon término á tu quebranto;
si no, con eterno llanto,
me verás sufrir contigo.
(Pausa. Transicion.)

GABRIEL. Adelina... partiremos
lejos... muy lejos de aquí,
donde no sufras por mí
y paz y sosiego hallemos.

ADEL. Respeto tu voluntad;
pero eso no es suficiente
para apagar el candente
fuego de intranquilidad
que así el alma te devora.

GABRIEL. ¡Oh! sí, sí; en el extranjero
la calma que busco espero.

ADEL. ¿Y si allí va esa señora?

GABRIEL. ¡Imposible! Puedes ir
ya la marcha previniendo,
que á nuestro bien atendiendo
vamos al punto á partir. (Váse.)

ESCENA VI.

ADELINA.

No es ya la curiosidad
que pudiera ser pueril;
no es capricho femenil
lo que causa mi ansiedad;
es el legítimo afán
de filial correspondencia;
que la mia y su existencia
por siempre unidas están:
que al sufrir su corazon
afanosa me desvivo,
y que sepa yo el motivo
está muy puesto en razon.
¡Quizá Alfredo me dirá!...
El la historia de su tío
conoce... y al ruego mío
todo me le contará.

ESCENA VII.

MAGDALENA y ADELINA.

MAGD. ¡Adelina!
ADEL. ¡Oh! ¿Cómo está?
MAGD. Estoy algo más tranquila,
mas mi cabeza vacila.
ADEL. Ya pronto se pasará; (Con interés.)
fué un vahido solamente,
y no es de importancia creo;
si solo ha sido un mareo,
eso pasa fácilmente
y cesa el mal, me parece...
MAGD. Bien puede sufrirse un mal (Tristemente.)
si solo en lo material
es el cuerpo el que padece...
que del alma los dolores
son crueles, son muy duros,
sin que haya medios seguros

de suavizar sus rigores.

ADEL. ¡Magdalena!

MAGD. ¡Oh, Adelina!
Voy sin consuelo llorando
mi perdido bien buscando
como errante peregrina.
Si llegada una ocasion
usté un dia ver pudiera
un cielo feliz, que fuera
su más hermosa ilusion;
y sus manos le alcanzaran
su alegría disfrutando
y que al estarle besando...
sin piedad se lo robaran;
y si perdida la calma
con un dolor tan cruél
se la llevaran con él
algun pedazo del alma...
por tanta dicha perdida
clamaria usté en su anhelo
buscando siempre aquel cielo
con el alma dolorida.

ADEL. De ese enigma, ¡por piedad!
la solucion, Magdalena;
que si al Marqués se encadena,
quiero saber la verdad...

MAGD. (Aparte.) Quisiera hablar y no puedo.
No tengo derecho á tanto.
Moriré anegada en llanto.

ADEL. ¡Tal silencio me dá miedo!
Es que seguir no podemos
así mucho tiempo; ya...
por última vez quizá,
en este instante nos vemos.

MAGD. ¡Cómo!

ADEL. Vamos á partir
no sé á dónde.

MAGD. (Aparte.) ¡Oh crueldad!
¡Es su última iniquidad
que me condena á morir!
(Alto.) Si separarnos debemos,
en gracia de la amargura

de esta mujer sin ventura
perdone usted mis extremos;
tuve una hija y la perdí;
tal fué á usted su parecido,
que el corazon conmovido
tengo desde que la ví:
su voz semeja su acento,
sus bondades, su ternura;
su belleza, su hermosura,
que vive en mi pensamiento;
y el recuerdo acariciando
del bien del alma perdido,
constantemente he vivido
á mi Adelina adorando,
como se quiere la vida
cuando es grata y lisonjera,
como se ama la primera
ilusion apetecida.

ADEL. ¿Y esa niña?

MAGD. Nada sé.

ADEL. ¿Qué fué de ella?

MAGD. La perdí.

ADEL. ¿Vive?

MAGD. Mas no para mí...

ADEL. ¿No la busca?

MAGD. Con gran fé;
mas no la podré encontrar.

ADEL. (Aparte.) Incomprensibles arcanos.

MAGD. Quiero, Adelina, en sus manos
un beso depositar...

ADEL. (Aparte.) ¡Pobrecita!... ¡está llorando! (Llora.)

MAGD. Adelina... aquí en mis brazos,
deseo estrechar los lazos
de nuestro cariño... y cuando
nuestras almas divididas
estén... calmen el afán
estas lágrimas que están
en nuestros rostros unidas;
y en el corazon opreso
por el más triste quebranto,
hará dulce hasta mi llanto
la armonía de este beso,

que yo llevaré en memoria
dentro del alma guardado,
y no me será arrancado
como lo ha sido mi gloria;
mi bien, mi felicidad...
y quiero un recuerdo grato
tambien... quiero su retrato,
en prueba de su amistad,
ahora... ¿podrá usté dármele?

ADEL. Sí; con el alma y la vida.
Vamos por él en seguida.

MAGD. ¡Oh, sí! que quiero llevármele.
(Vánse las dos abrazadas besándose.)

ESCENA VIII.

ALFREDO.

¡Cómo cumplir el deber
de devolverle á su madre
y de calmar á su padre!
¿Cómo lo podré yo hacer?
pues todos sufren ahora...
(Vé á Magdalena y Adelina en su cuarto.)
¡Ellas! Llorando allí están:
¡quizá el Marqués en su afán
tambien á sus solas llora!

ESCENA IX.

ALFREDO y ADELINA.

ADEL. ¿Me esperabas?

ALFR. Anhelando
verte estaba... hermosa mia;
que es fuerza que en este dia
sepas...

ADEL. ¡Me estás alarmando!

ALFR. Adelina... hoy á mi alma
le preocupa un sentimiento
por un extraño lamento
que llega á turbar mi calma.

ADEL. ¿Quizá algun nuevo pesar?
ALFR. Nó, Adelina, no te alteres;
oye un instante si quieres,
porque te tengo que hablar.
Adelina... con frecuencia
por solo una obstinacion
la humana preocupacion
abusa de la inocencia,
y viene á ser instrumento
de insoportables dolores,
que acrecienta los rigores
del más terrible tormento,
sin saber que hace morir
á algun corazon sincero,
como no sabe el acero
el daño que hace al herir.
Si á tu lado alguien se hallara
que, presa de un fatalismo,
por un extraño egoismo
á su pesar te engañara,
y convirtiera tu sér,
tu purísimo candor,
en arma de su rigor,
haciendo el llanto vertér;
dime, angel mio, ¿qué harias?
ADEL. Rechazarlo... ¡Oh, sí, sí, Alfredo!...
Pero habla... que me das miedo...
ALFR. ¿Verdad que lo impedirias?
Quizá la ocasion se acerca.
ADEL. ¿Es posible? ¿Acaso estoy?...
ALFR. ¡Quién sabe, Adelina, si hoy
estarás de ello muy cerca!
¿No te chocó la frialdad
de Baltasar?... ¿su tibieza?...
y ¿no te causó extrañeza
que tan sin dificultad
por siempre se separara
sin darte un beso siquiera,
ni una lágrima vertiera
y ni un suspiro exhalara?
ADEL. Sí, es verdad; mas no comprendo...
ALFR. ¿Y el Marqués, dando expansion

libre, á su tierna pasion,
nos estaba conmoviendo?

ADEL. Es cierto...

ALFR. . Vino después
á turbar la paz serena
el hallarse Magdalena
en presencia del Marqués;
y desde aquel punto y hora
la dicha aquí ya no existe...
el Marqués allí está triste...
y allí Magdalena llora.

ADEL. Pero, Alfredo... ¡por piedad!
que me estás martirizando...
¿qué papel estoy jugando
en esa intranquilidad?

ALFR. Vas á saberlo al instante,
pues de ocultarlo no trato;
escucha un breve relato
y en él te digo bastante.
Oyendo un triste gemido,
vago acento misterioso,
de un corazon, que angustioso
le exhalaba dolorido;
ví una mujer que lloraba
con tan inmensa amargura,
que la mayor desventura
á no dudar le pesaba:
la mano le dí, temblando,
por su llanto conmovido;
dió treguas á su gemido
y me dijo sollozando:
«¡Yo soy una triste madre,
»que en infortunios prolija,
»buscando voy una hija,
»que me ha robado su padre!»
Pintó mi rostro el terror
con las tintas del espanto;
la mujer... volvió á su llanto
y á sus quejas de dolor...
¡Me asombró el considerar
de su alma la cruel tortura,
y no medí su amargura

como no se mide el mar!
Por impulso generoso,
casi llorando tambien,
para buscar yo á su bien
me ofrezco al punto gustoso;
dió un beso en la mano mía,
y reanimada exclamaba:
«En usted yo confiaba
»y al fin el cielo le envía...
»ya estoy cerca de su padre...
»á mi hija ya estoy viendo...
»lloro, y me estoy reprimiendo
»de decir que soy su madre:
»no tengo pruebas, no sé
»si la podré convencer
»ó me va á desconocer...
»pero ¡ay! entréguela usté
»mi retrato y el de aquel
»que así de dolor me llena.»

ADEL. ¡Cielo santo! ¡Magdalena
y mi padre!

ALFR. ¡El tio Gabriel

ADEL. Alfredo... la claridad,
la luz que yo necesito
dame, que yo te invito
á decirme la verdad
entera...

ALFR. Mi tio es tu padre;
y esa mujer angustiada
que vive tan desgraciada,
es Magdalena... ¡tu madre!
Me reveló su secreto
con su profundo pesar,
y há un instante Baltasar
lo ha confirmado indiscreto.

ADEL. ¡Corro á sus brazos!...

ALFR. ¡Oh! No és
hora aún; pues considero
que debes hablar primero
de todo con el Marqués;
convencerte por él mismo,
de que no son ilusiones;

vencer sus preocupaciones
y que deje su egoismo.
Yo al lado de Magdalena
me voy para prepararla,
y procurar consolarla,
que estará llena de pena.

ADEL. ¡Oh, sí, Alfredo; hazlo por Dios!
¡Por mí, que tambien me afano!

ALFR. Tú tienes hoy en tu mano
el destino de los dos. (Váse.)

(Adelina acompaña á Alfredo hasta la puerta del cuarto, donde se halla Magdalena, y al volverse entra Gabriel por el foro.)

ESCENA X.

ADELINA y GABRIEL.

ADEL. (Aparte.) ¡Mi padre!

GABRIEL. Dime, querida,
¿y la enferma?

ADEL. Regular.

GABRIEL. ¿No le acabó de pasar?

ADEL. Se encuentra muy conmovida;
pasó un rato muy cruel,
y creí que deliraba,
y al tiempo que sollozaba
solia decir: «¡Gabriel!»

GABRIEL. ¿Y qué añadió?

ADEL. Nada más;
pero de ella ahora no hablemos;
de otra cosa hablar debemos,
si á oirme dispuesto estás.

GABRIEL. Y con gusto.

ADEL. Padre mio:
yo no te debo ocultar
que tengo un nuevo pesar;
que siente el alma un vacío
en donde encuentran cabida
las dudas y las tristezas,
sin poder las sútilezas
del exámen dar cumplida
satisfaccion al deseo
que me está martirizando.

¡Yo busco una madre!

GABRIEL. ¡Eh!

ADEL. Cuando
niña, la lloraba, creo...
por mi natural instinto;
pero ahora... es de amor santo
el inagotable llanto...
¡ahora es otro distinto!
que á medida que la mente
aumenta su comprension
y muestra al mal repulsion,
y por el bien afán siente,
ha visto mi fé sincera,
aunque así al mal no le cuadre,
que el bien tiene en una madre
la más dulce compañera.
Yo esta mañana le daba
ese nombre á una mujer,
que indiferente á mi ver,
á perderme se mostraba;
secos sus ojos al llanto,
ni una lágrima vertía;
con tibieza extraña y fría,
que al pensarlo me dá espanto,
alejarse tú la viste,
tan inmutable en su calma,
dejando dentro del alma
aquella impresion tan triste
que preocupa mi razon.
Responde, que así lo ansío,
poniendo tú, padre mío,
la mano en tu corazon;
tú que mi orígen conoces,
dime, que quiero saber,
si es mi madre esa mujer
y el corazon no destroces.

GABRIEL. (Angustiado.) Cesa, Adelina, en tu anhelo
y dá esa pena al olvido.

ADEL. ¡Padre!... ¡Si no he concluido!
¡responde, dame el consuelo
de que yo te pueda oir
lo que ha sido de mi vida!...

GABRIEL. ¡Adelina!... ¡hija querida!
¡Si no lo puedo decir!
¿No ves cómo estoy sufriendo
des que te estoy escuchando;
y conforme vas hablando,
de angustia me estoy muriendo?

ADEL. Pues habla: yo te lo ruego;
¡ábreme tu corazon!...

GABRIEL. (Aparte.) ¡Se trastorna mi razon!

ADEL. ¿Serás á mi llanto ciego?
(Pausa breve.—Adelina se enjuga el llanto, se repone rápidamente y sigue.)
Buscando la realidad
por conocer el secreto,
yo me he encontrado un objeto
que ha de aclarar la verdad;
y apenas le he descubierto,
al mirar su contenido,
asombrada, he conocido
que hay un misterio encubierto,
en que se juega conmigo,
que se refiere al pasado,
y que está relacionado
con Magdalena y contigo.

GABRIEL. ¿Con Magdalena dijiste?

ADEL. Sí: mira y templa tu afán;
dos retratos; aqui están...
(Gabriel aparta la vista de ellos. Magdalena y Alfredo, llenos de ansiedad, se asoman á la puerta.)
¿Por qué á verlos te resistes?
Uno es tuyo; el otro llena
de asombro con su hermosura,
es la que está sin ventura:
es la pobre Magdalena.
¿Que destino os une á mí?
Como tú, que eres mi padre,
¿es Magdalena mi madre?

GABRIEL. (Abrazándola.) ¡Hija de mi alma, sí!

ESCENA XI.

Dichos; MAGDALENA y ALFREDO.

GABRIEL. ¡Madgdalena! (Llamándola.)
ADEL. ¡Madre mia!
GABRIEL. ¡Magdalena!
MAGD. ¡Hija del alma!
ALFR. ¡Tuya es del triunfo la palma!
MAGD. ¡Cuánta dicha!
ADEL. ¡Qué alegría!
GABRIEL. Magdalena... el extravío
de mi mente irreflexiva
haciendo pedazos iba
tu corazon con el mío.
Ya más no puedo sufrir
el martirio que yo mismo
me creé con mi egoismo
y que me hacía morir.
Esta es tu hija: cobra calma;
á gritos os lo confieso
para arrancarme este peso
que tengo dentro del alma.
MAGD. ¡Oh! Gabriel... bendito sea
este instante de alegría...
al fin puede el alma mía
verte como lo desea...
y aún con el alma en pedazos
te bendice agradecida
esta madre.
(Se inclina á besarla las manos y Gabriel la levanta.)
GABRIEL. ¡Oh, mi querida
Magdalena!... ¡aquí, en mis brazos!
¡Hijos mios, escuchad!
El inhumano egoismo
hunde el alma en el abismo
de la propia crueldad.
Así, el que en el egoismo
se inspira, mal advertido,

ve que el dolor ha vertido
en los demás y en sí mismo.
Vosotros, que bondadosos
dísteis fin á esta amargura,
llevad doquier la ventura;
sed siempre tan generosos;
y como premio seguro,
vuestra dicha deseando,
quiero uniros adorando
vuestro santo amor tan puro;
y sed, desde ahora, en mi pecho,
símbolo en mi corazon,
de que triunfa la *razon*,
cuando es injusto el *derecho*.

FIN.

LA CONSOLA Y EL ESPEJO,

COMEDIA ORIGINAL EN TRES ACTOS,

POR

DON ILDEFONSO ANTONIO BERMEJO.

N.° 202.

MADRID.
IMPRENTA Á CARGO DE C. GONZALEZ: CALLE DEL RUBIO NÚM. 14.
1853.

Esta obra es propiedad del CIRCULO LITERARIO COMERCIAL, que perseguirá ante la ley al que sin su permiso la reimprima, varíe el título, ó represente en algun teatro del reino, ó en alguna sociedad de las formadas por acciones, suscriciones ó cualquiera otra denominacion, con arreglo á lo prevenido en las Reales órdenes de 8 de Abril de 1839, 4 de Marzo de 1844, y 5 de Mayo de 1847, relativas á la propiedad de obras dramáticas.

Se considerarán reimpresos furtivamente todos los ejemplares que carezcan de la contraseña reservada que se estampará en cada uno de los legítimos.

PERSONAS.	ACTORES.
CANDIDA.	Sra. Pastor.
BALTASARA. . . .	Sra. Lopez. (D.ª Josefa.)
INÉS.	Sra. Lopez. (D.ª Inocencia.)
DON ANTONIO. . . .	Sr. Vivancos.
DON DIEGO.	Sr. Lavalle.
ALEJANDRO. . . .	Sr. Serra.
ROSQUETE.	Sr. Pardiñas.
VENTURA.	Sr. Pasca.
PORTERO.	Sr. Sobrado.
Serenos.	
Mozos de cordel.	

La accion pasa en Madrid año de 184...

ACTO PRIMERO.

Sala medianamente adornada. A la derecha, en primer término, una puerta que guia á las habitaciones interiores de la casa; en segundo término, una puerta que conduce á una alcoba. A la izquierda otra puerta para salir á la calle. De frente una consola embutida en la pared, sobre la cual se apoya un espejo grande; y estas dos piezas estarán unidas de modo, que puedan girar á un tiempo y hacer oficio de puerta, que dé paso á un gabinete sin salida.

ESCENA PRIMERA.

CÁNDIDA.—DIEGO.

(Este aparece escribiendo, aquella de pié al lado de la mesa.)

DIEGO. En vano te obstinas, querida esposa; mi resolucion está tomada y jamás accederé á tu loca pretension. Ya basta de compromisos.

CÁNDIDA. Pero, Diego, es posible?

DIEGO. Y tan posible.

CÁNDIDA. ¿De esa manera respetas los vínculos sagrados que te unen á mi familia?

DIEGO. Cándida, no argumentes, y déjame terminar esta cuenta.

CANDIDA. Eso es una tiranía. Yo no puedo consentir que un miembro de la familia, un sobrino carnal, ande errante y perseguido, sin que sus tios le amparen.

DIEGO. *(Se pone de pié.)* Y es mia la culpa? Por qué es tan tronera? Por qué no se mantiene fiel y subordinado á sus banderas? Quién le manda pronunciarse y acogerse á cualquier bando revolucionario que se pronuncia contra el gobierno constituido? Esa no es la obligacion del militar.

CANDIDA. Discúlpele al menos su juventud.

DIEGO. No es tan jóven: tiene veinte y cinco años y á esa edad se debe tener juicio. Ademas, mi posicion es harto comprometida; hace quince dias que estoy cesante, y aspiro á que vuelvan á emplearme; y si se enteran por cualquier incidente que amparo á un enemigo del gobierno, será eterna mi cesantía.

CANDIDA. No seas egoista.

DIEGO. Eso es lo mismo que decirme: »muérete de hambre.» Bastantes pruebas tengo dadas para desmentir el egoismo que supones. Demasiado te consta que son infinitas las veces que me he visto comprometido por su causa. Por qué no emigra?

CANDIDA. Y tiene recursos para ello? *(Con mimo.)* Vamos, Diego, Dieguito; no abrirás tus puertas á un desgraciado fugitivo?

DIEGO. No me disuaden tus halagos, amada esposa: en mi casa no puede esconderse nuestro sobrino Alejandro. *(Sale Inés.)*

ESCENA II.

CÁNDIDA.—DIEGO.—INÉS.

INES. Señor?

DIEGO. Qué ocurre?

INES. Fuera espera un caballero que dice tiene preci-

sion de hablar con usted; añade que usted le ha citado.

DIEGO. Ah! Ya sé quien es; don Antonio. Dile que pase adelante. (*Vase Inés.*)

ESCENA III.

DIEGO.—CÁNDIDA.

DIEGO. Ten la bondad de dejarnos solos, y disimula...

CANDIDA. Por última vez... no accedes?

DIEGO. No; no accedo.

CANDIDA. Qué inhumano eres! No tienes corazon.

DIEGO. Dí lo que se te antoje.

CANDIDA. (*Yéndose.*) (Pues yo he de llevar adelante mi plan á pesar de tu inesperada venida.)

ESCENA IV.

DIEGO.—*Luego* ANTONIO.

DIEGO. Aquí se acerca don Antonio.

ANTONIO. Felices, amigo mio.

DIEGO. Bien venido, caballero don Antonio. Hace pocos instantes que me ocupaba en arreglar las cuentas, y el recibo...

ANTONIO. Mucho me agrada esa exactitud. Supongo que hoy mismo podré disponer del cuarto.

DIEGO. Dentro de una hora puede usted venir á ocuparle: yo no falto jamás á mi palabra.

ANTONIO. Disimule usted el recuerdo; pero tengo una esposa demasiado exigente, é ignoro de lo que seria capaz si no tomara hoy mismo posesion de su nuevo domicilio.

DIEGO. Y qué mujer no es exigente, amigo mio?... En fin, puede usted repasar las cuentas, y hacerse cargo de los muebles. (*Coje las cuentas de la mesa.*)

ANTONIO. Y para qué? Es una operacion que no hay necesidad de repetir.

DIEGO. Como usted guste.

ANTONIO. Ayer lo dejamos todo terminado, y creo que desde entonces no habrá usted variado de parecer.

DIEGO. De ninguna manera.

ANTONIO. En ese caso, sírvase usted tomarse la molestia de pasarse por mi casa, y le entregaré el importe del traspaso.

DIEGO. Dentro de breves instantes seré con usted, señor don Antonio. Quiero antes arreglar cierto negocio para que luego la mudanza se verifique con mas presteza, y quede usted mas pronto complacido.

ANTONIO. Estimo mucho el favor que usted me dispensa. Hasta luego, señor don Diego.

DIEGO. Hasta despues, señor don Antonio.

ESCENA V.

DIEGO.—*Luego* CÁNDIDA.

DIEGO. Ahora, dispongámonos á revelar á Cándida lo que ha estado ignorando tanto tiempo; porque conociendo su genio, y su inclinacion á oponerse á todo cuanto yo determino, no he querido decirle nada hasta que ya no hubiera remedio. Pero aquí se acerca. *(Sale Cándida.)*

CANDIDA. Se ausentó ya ese caballero?

DIEGO. En este momento.

CANDIDA. Y puedo saber quién es ese caballero?

DIEGO. Ese caballero es un empleado en el ministerio de Estado, y el que dentro de algunas horas vendrá á tomar posesion de este cuarto.

CANDIDA. Qué dices?

DIEGO. Quieres que lo repita? He traspasado, con anuencia del casero, el cuarto á ese caballero, y juntamente los enseres que contiene.

CANDIDA. Me lo dices de veras?

DIEGO. Hace tiempo que me conoces para suponer que acostumbro á chancearme.

CANDIDA. Pues hoy te hago la justicia de suponer que te chanceas.

DIEGO. Estás en un error; hoy menos que nunca.

CANDIDA. Y á donde vamos?

DIEGO. A una casa de huéspedes.

CANDIDA. Y dime, querido esposo, para eso has venido de Toledo?

DIEGO. Sí, querida esposa; para eso, y para otras muchas cosas que irás viendo poco á poco. Estoy cesante, y he determinado que esperimente mi casa una reforma radical; y el cimiento sobre que debe basar mi nuevo plan de reforma, tiene que ser la economía.

CANDILA. Protesto solemnemente: yo no puedo aprobar un arranque de esa naturaleza.

DIEGO. Pues, hija mia, apesar de tu solemne protesta, me veo en la precision de manifestarte que mi determinacion no puede revocarse.

CANDIDA. Cómo!

DIEGO. Dentro de poco tiempo será otra nuestra residencia... y no hay que dar vueltas al asunto. Tengo firmado el contrato, y el negocio no admite ningun género de composicion.

CANDIDA. De esa manera me haces descender?

DIEGO. Observa de la manera que el gobierno lo ha verificado conmigo. Todo es menester que armonice con mi nueva posicion.

CANDIDA. Te desconozco, amigo mio: en un principio consultabas conmigo todas tus operaciones; mas ahora reparo en tí una criminal espontaneidad que te convierte en un absoluto señor de la casa.

DIEGO. Con efecto, es un cambio el que se ha verificado en mí, que no puedo menos de aplaudir á pesar de tu estrañeza.

CANDIDA. Y te parece laudable semejante conducta?

DIEGO. Laudable, plausible, justa, equitativa, conveniente, oportuna...

CANDIDA. No prosigas, esposo mal aconsejado.

DIEGO. No, no: aqui no existe ninguna estraña sujestion. Mi nueva conducta es hija del convencimiento... Con que no hay que andar con dimes

y diretes. Voy á ver á don Antonio, y á mi regreso espero que tendrás hechos los cofres y dispuesto el equipaje, que yo procuraré venir con los mozos que han de conducirlo todo á la nueva morada.

CANDIDA. No lo verán tus ojos.

DIEGO. Espero, querida esposa, que no darás lugar á comprometerme y á que yo me enfade. La paz doméstica, es el principal elemento que constituye la felicidad de los matrimonios. *(Cogiendo el sombrero y el baston.)*

CANDIDA. Pero tú eres el que te propones quebrantarla.

DIEGO. Nunca la hemos tenido, y esta conducta mia que tanto vituperas, es la que pretende establecer el sosiego de que hasta aquí hemos carecido. *(Despidiéndose.)* Pronto estaré de vuelta con los mozos.

ESCENA VI.

CÁNDIDA.—*Luego* INÉS.

CANDIDA. Qué metamorfosis, Dios mio! De dónde procederá este cambio tan repentino, tan inesperado? Y mi sobrino, que á estas horas habrá ya penetrado por las puertas de Madrid... Yo que contaba con la ausencia de mi marido para protejerle... Qué hago, Dios mio, en tan crítica y apurada situacion. *(Llamando.)* Inés... Y será preciso obedecerle! *(Sale Inés.)*

INES. Señora?

CANDIDA. Es menester que en este momento te ocupes en arreglar los cofres, encerrando en ellos todos mis trajes.

INES. Pues cómo?

CANDIDA. Hoy mismo tenemos que dejar el cuarto, porque dentro de pocos instantes viene á ocuparle un nuevo inquilino.

INES. Luego nuestro plan se lo llevó la trampa?

CANDIDA. Sí, hija mia, soy muy desgraciada!

INES. Tal vez alguna determinacion de su esposo de usted.

CANDIDA. No te has equivocado. Pero no perdamos el tiempo. Toma estas llaves y vé sacando mi ropa de la cómoda, en tanto que yo escribo á mi prima, manifestándola lo que ocurre, para que mi sobrino halle al menos en ella una protectora (*La dá un manojo de llaves.*)

INES. Con mucho gusto, señora, es decir, la serviré á usted con mucho gusto; aun cuando siento la causa que origina este género de servicio que la presto.

CANDIDA. No te detengas. *(Vásé.)*

INES. Vaya usted descuidada.

ESCENA VII.

INÉS.

(Abriendo la cómoda y sacando ropa blanca y algunos trajes que irá colocando sobre una silla.) Pobre señora! ella que delira por su sobrino; que le quiere tanto como si fuera su hijo. De qué ha servido á la pobre señora haber estado meditando tanto tiempo la manera de traer á casa á su sobrino? De nada. *(Aparece Rosquete en la puerta en traje de licenciado de ejército.)*

ESCENA VIII.

INÉS.—ROSQUETE.

ROSQ. Asína me gustan á mí las niñas, hasendosas y...

INES. Rosquete!.. mi licenciado!

ROSQ. *(Acercándose.)* Inesiya de mis entrañas! no me esperabas quisás.

INES. No por mi vida, ni que fueras tan determinado que te atrevieras á subir, sin que yo te lo avisara.

ROSQ. Y qué quieres? El amor es siego y no sabe nunca lo que jase. Ya me dolian las piernas de andar caye arriba, caye abajo, y como no te

veia salir á la ventana, dije, pues señor, me cuelo y Cristo con todos; porque esa cara de sielo me dá á mí való pa to en este mundo: lo que te digo es la verdad, y sin costura.

INES. Pues la causa de no haber salido á la ventana á la hora de costumbre, ha sido porque el amo vino ayer de Toledo, y porque la señorano ha salido.

ROSQ. Hola! hola! Conque tienes al amo en casa?

INES. Ni mas ni menos. Pero aunque no hubiese venido nunca, maldita la falta que hacia.

ROSQ. Supongo por lo que lo dises... Tal ves ahora no nos veremos con tanta frecuensia.

INES. No es solamente por eso, sino por que ha venido á desbaratar los mejores planes de mi señora.

ROSQ. Ya... entiendo: tu señora tendria entre manos argun negosio, y la ausensia de su mario la favoresia, y... pues... ahora el mario ha llegado y... vamos...

INES. Rosquete, no seas malicioso.

ROSQ. Como que uno conose el mundo... ni... pues

INES. No pienses nada malo de mi señora.

ROSQ. Quita ayá, mujé: habia yo de pensá naá malo? Pero quieres desirme, por qué la venida de su mario la ha jecho tan mala obra?

INES. Vas á saberlo. Mi ama tiene un sobrino, te enteras?

ROSQ. Me entero.

INES. Este sobrino anda fugitivo por esos mundos de Dios, porque le persigue el gobierno.

ROSQ. Pues qué ha jecho?

INES. Es un oficial de ejército y se pronunció el año pasado en Cataluña, y se batió contra las tropas del gobierno.

ROSQ. Ya; y juye porque le güele á pórvora la cabesa?

INES. Mi ama, con intento de ampararle, creyéndole mas seguro teniéndole en su propia casa, y aprovechándose de la ausencia de su marido, dejó la habitacion que tenia, y alquiló este cuarto.

ROSQ. No adivino la rason.

INES. Déjame terminar. ¿Ves esa consola, y ese espejo?

ROSQ. Lo veo.

INES. Pues cuando nos mudamos, habia en ese mismo sitio una puerta que dabe paso á un gabinete;

pero mi señora mandó sustituir las puertas vidrieras con esa consola y ese espejo, cuyas piezas unidas y trabajadas con cierta intencion hacen el mismo oficio que una puerta, y sin embargo, nadie la reconoce por tal; y como la habitacion está empapelada...

ROSQ. De modo que en ese gabinete queria la señora que se escondiera er sobrino?

INES. Cabales.

ROSQ. ¡Qué invension tan pelegrina! Vamos, el mismo diablo no es capaz de discurrir lo que discurre una mujer. A ver.... ¿quieres enseñarme ese cuarto?

INES. Temo que se acerque la señora... pero aproxímate. *(Se llega á la consola, que gira á la par que el espejo, y se deja ver un gabinete amueblado.)*

ROSQ. Calla! Qué cosa tan prodigiosa! Veo que es un cuarto con todos sus menesteres. Cama, mesa, sillas...

INES. Y todo muy decente.

ROSQ. Ya lo creo. Ya quisiera yo ese ajuar para er dia en que nos echaran er garabato... ¿eh, Inesilla!

CANDIDA. *(Dentro.)* Inés?

INES. Mi señora! Vete!

DIEGO. *(Dentro.)* Cándida!

INES. El amo! No salgas!

ROSQ. El enemigo por vanguardia y retaguardia? Pues á la emboscada. Aqui me meto.

INES. No hay otro remedio. *(Se esconde en el gabinete y cierra Inés.)*

ESCENA IX.

INÉS.—CÁNDIDA.—*Luego* DIEGO.

CANDIDA. No oyes que te llamo?

INES. Es que al mismo tiempo oí la voz del amo... Pero aquí le tiene usted. *(Cándida guarda un papel que traia en la mano. Sale Diego.)*

CANDIDA. (Pronto ha venido.)

DIEGO. Se me olvidó recoger la escritura del casero. *(Rebuscando en la mesa.)* Aqui está. Hola! os

ocupais ya en despojar los muebles... Asi me gusta.

CANDIDA. No me hables, hombre fatal, inconsiderado. *(Inés sigue sacando ropa.)*

DIEGO. No hay que enfadarse: algun dia te alegrarás. Para recompensarte de este disgusto, te llevaré esta noche á las máscaras.

CANDIDA. Muchas gracias; no tengo humor.

DIEGO. Me lisonjeo con la idea de que á la noche habrás variado de pensamiento.

CANDIDA. No lo creas.

DIEGO. *(Sonriendo.)* Hasta luego que vuelva con los mozos. *(Vase.)*

ESCENA X.

CÁNDIDA.—INÉS.

CANDIDA. Ves qué testarudo? Ves qué obstinado?

INES. Al fin, es hombre, señora.

CANDIDA. Pero qué desconocido está. Creo que los malditos aires de Toledo le han transformado.

INES. Y escribió usted ya la carta á su primo?

CANDIDA. *(Sacando un papel.)* Sí, ya la he concluido. Habia pensado que fueses tú la conductora.

INES. (No lo permita el cielo.)

CANDIDA. Pero he variado de pensar. Mejor será que la lleve el hijo del portero. Voy á llamarle desde el corredor.

INES. No es mala idea, señorita. Contamos con tan poco tiempo para el arreglo de los cofres.

CANDIDA. Sí, voy á llamarle. *(Vase y sale Rosquete del escondite.)*

ESCENA XI.

INÉS.—ROSQUETE.

ROSQ. Puedo tomar las de Villadiego?
INES. Tengo miedo de que te vea. El corredor está muy cerca de la puerta, y...
ROSQ. Pues es presiso que sarga, pichona.
INES. Espera... *(Mirando hácia dentro.)* No hay nadie por los pasillos.
ROSQ. Bueno: aprovecha la ocasion.
INES. Sígueme... no tengas miedo.
ROSQ. Yo miedo, chiquilla! Apuradamente yo me pinto solo para estos lanses.
INES. *(Asustada.)* Ay!
ROSQ. *(Retrocede asustado.)* Qué es eso?
INES. Me pareció que venia.
ROSQ. Pues no eres tú poco medrosa, que digamos. Ten corason; como yo.
INES. Se conoce... sígueme.
ROSQ. Sígote.
INES. *(Retrocede.)* Aguarda.
ROSQ. *(Retrocede.)* Aguardo.
INES. Continúa.
ROSQ. Continúo.
INES. *(Retrocede.)* Espera.
ROSQ. *(Retrocede.)* Espero.
INES. Escóndete!
ROSQ. Escóndome! *(Se esconde donde antes.)*
INES. Es mi señora... si le habrá visto?

ESCENA XII.

INÉS.—CÁNDIDA.

(La primera sigue arreglando la ropa.)

CANDIDA. Estaba jugando en el patio el chico del portero. Le he tirado la carta, y le he dicho que la lleve

á donde indica el sobre, ofreciéndole una buena propina si está pronto de vuelta.

INES. Sí que lo hará, porque el hijo del portero es listo... es una pólvora.

CANDIDA. Voy á sacar toda la ropa que tengo en mi tocador.

INES. Muy bien hecho. (Asi le dejo escapar.)

CANDIDA. Pero mejor será ayudarte...

INES. Usted me ofende, señorita.

CANDIDA. Como veo que has adelantado tan poco.

INES. Yo me daré prisa; descuide usted... como hemos estado hablando.

CANDIDA. Con que no te ayudo?

INES. Pues no faltaba otra cosa; ó soy ó no su sirvienta de usted.

CANDIDA. Pues voy corriendo á mi tocador. (*Vase.*)

INES. Sabe Dios lo que te lo agradezco.

ESCENA XIII.

INÉS.—ROSQUETE.

ROSQ. Ahora no habrá nada que temer por los pasiyos.

INES. Nada... pero inspeccionaré primero.

ROSQ. Mira, Inesiya; no me dejes solo: detras de tí me voy.

INES. Un hombre se acerca! Escóndete!

ROSQ. Por vida del diablo! Me vas á tener entrando y saliendo todo er dia?

INES. Escóndete y no me comprometas.

ROSQ. Mira que va oscuresiendo, y no tengo ganas de quedarme aquí esta noche.

INES. Escóndete por Dios, que llega.

ROSQ. *(Entrando.)* Maldito sea er demonio y la consola y el espejo... y yo. (*Se esconde y sale Alejandro.)*

ESCENA XIV.

INÉS.—ALEJANDRO.

INES. (Quién será este caballero?)

ALEJ. (*Entra sin saludar, se quita la capa y se sienta.*) ¿Quién eres tú?

INES. Yo? No lo está usted viendo?

ALEJ. Ya lo veo, eres una mujer.

INES. Y usted quién es?

ALEJ. Yo?.. un hombre.

INES. Ya lo veo; pero un hombre á quien no conozco.

ALEJ. Yo tampoco te conozco á ti; estamos iguales. (*Mirando á todos lados.*)

INES. Y qué se le ofrece á usted?

ALEJ. A mí?.. un vaso de agua.

INES. Pero á quién busca usted?

ALEJ. A una mujer que no es la que miro... Pero no se te olvide traerme un vaso de agua.

INES. Yo no puedo moverme de la sala sin que sepa quien es usted.

ALEJ. Dile á doña Cándida que aquí la espera un caballero.

INES. Dios mio!... Si será!..

ALEJ. No te has equivocado: es el mismo que presumes. Juzgo que estás en antecedentes.

INES. Será posible? Es usted tal vez?...

ALEJ. Don Alejandro de Quiñones, teniente de ejército...

INES. Ay! santa Leocadia! voy á avisarla ahora mismo... Pero mejor será que vaya usted allá dentro; será una agradable sorpresa. (Y asi dejo escapar á Rosquete.) No acepta usted mi opinion?

ALEJ. No dices mal. Corro á dar un abrazo á mi tia, á mi buena protectora. (*Váse.*)

ESCENA XV.

INÉS.—ROSQUETE.

INES. Ahora es la ocasion, sal volando y escapa.
ROSQ. Grasias sean dadas á la Providensia.
CANDIDA. (*Dentro.*) Sobrino de mi corazon!
ALEJ. (*Dentro.*) Tia de mis entrañas!
INES. Vuelve á esconderte.
ROSQ. Carambano!
INES. Se la encontró en el camino... que ya están en la sala.
ROSQ. Pero hasta cuando me vas á tener metido aquí? Te has figurado que soy conejo?
INES. Adentro, que me comprometes.

ESCENA XVI.

INÉS.—CÁNDIDA.—ALEJANDRO.

CANDIDA. Sobrino de mi vida... el gozo no me deja articular una palabra.
ALEJ. Pues tranquilícese usted, querida tia.
CANDIDA. Hoy es el dia mas venturoso de mi vida... No; miento, el dia mas desgraciado.
ALEJ. No comprendo.
CANDIDA. Sí, Alejandro de mi vida: mis planes han fracasado. Ya es imposible que puedas permanecer en casa.
ALEJ. Pues cómo? Qué sucede?
CANDIDA. Tu tio ha llegado de Toledo; pero no es eso lo peor, sino que hoy mismo nos tenemos que mudar.
INES. Señorita, dispénseme usted si la interrumpo. Aquí en la sala están ustedes muy mal. Puede llegar de pronto el amo...
ALEJ. Y qué importa?
INES. Pues no ha de importar?
CANDIDA. Dice muy bien: seria capaz de delatarte, de entregarte á la justicia.

INES. Lo vé usted, señor don Alejandro? Nada, lo mejor será que pasen ustedes allá dentro.

ALEJ. Y cuál es el escondite de que usted me hablaba en sus cartas?

INES. (Soy perdida.)

CANDIDA. No lo adivinas? en la sala está, á ver si aciertas cuál es. *(Alejandro mirando á todos lados.)*

INES. (*Apurada.*) Señorita, usted quiere comprometerse... Que puede llegar el amo.

CANDIDA. No puede venir tan pronto.

INES. (Voy á ser descubierta.)

CANDIDA. Lo adivinas?

ALEJ. No es fácil adivinar...

INES. Ni conviene que usted lo adivine.

CANDIDA. Y por qué?

INES. Por una razon muy sencilla; porque le vendrán ganas de penetrar en el escondite para inspeccionarle, y porque puede llegar el amo mientras tanto y quedarse encerrado hasta Dios sabe cuando: lo mejor es que se vayan ustedes allá dentro...

CANDIDA. Qué obstinacion!

INES. Yo lo digo porque me intereso mucho por usted.

ALEJ. Pues yo no salgo de aquí hasta que haya visto mi guarida.

CANDIDA. Sí, hijo mio, ven, que quiero complacerte.

INES. Yo abriré.(*Se dirige con prontitud á la consola, entreabre y dice á media voz.)* (Escóndete debajo de la cama.) (*A Alejandro.*) Lo está usted viendo?

ALEJ. Déjame penetrar. (*Entra é Inés se viene al proscenio.*)

CANDIDA. Qué te parece?

INES. Cierre usted que está aqui su marido de usted!

CANDIDA. Dios mio!.. No salgas.

ALEJ. Pero tia!

CANDIDA. No me pierdas y obedece. (*Cierra.*)

ESCENA XVII.

DIEGO.—CÁNDIDA.—INÉS.—MOZOS.

DIEGO. Por lo que veo está ya todo á la vela; me alegro. Yo tampoco he sido menos preventivo.

INES. (*A Cándida.*) Sucedió lo que pensaba que sucederia.

CANDIDA. (*A Inés.*) Qué haremos!

DIEGO. Inés, y tú Candida, pasad á dentro con estos muchachos y que carguen con los baules y demas utensilios que han de conducir á nuestro nuevo alojamiento. (*Se sienta á escribir.*)

CANDIDA. Y por qué no pasas tú con ellos?

DIEGO. Y yo qué entiendo de esas cosas? Cómo quieres tú que yo sepa lo que han de llevarse y lo que han de dejar?

INES. (*A Cándida.*) Puede usted entrar con el amo; yo mientras acabaré de sacar todo lo que está en la cómoda.

DIEGO. Pero si tengo que poner cuatro letras al casero, y el tiempo urge. Y ademas, repito que no hago falta allá dentro.

CANDIDA. No, pues yo no voy sin que tú me acompañes.

DIEGO. Estraña mania por cierto. Qué temes?

CANDIDA. Cuando yo me obstino en que me acompañes, por algo será.

DIEGO. (Si querrá decirme alguna cosa en secreto?) Voy á complacerte, querida. (*A los mozos.*) Venid, muchachos.

ESCENA XVIII.

INÉS.—*Luego* PORTERO.

INES. (*Mirando alejarse á los amos.*) Esta vez de seguro se escapan. (*Alejandro y Rosquete asoman la cabeza.*)

ROSQ. Salimos?

ALEJ. Podemos escapar?

INES. Sí. (*De pronto.*) No! Que se acerca el portero. (*Se esconden y sale el portero.*)

PORTERO. Felices.

INES. Bien venido. Qué se ofrece?

PORTERO. Es el nuevo inquilino, que usando de sus amplificaciones y facultades, me ha dado el encargo especial de que sea yo el recogedor de las llaves del cuarto.

INES. Todavia no nos hemos mudado. Descuide usted, las llaves se le bajarán á usted á la portería.

PORTERO. Y á dónde se mudan ustedes?

INES. No se lo puedo decir á usted porque lo ignoro.

PORTERO. Ya... Pues no tengo nada que decir á ustedes. Aun cuando no hace mas que doce dias que soy portero de esta casa, ya ustedes habrán conocido por mis modales y comportamiento, que siempre he deseado servirlos, y sin interés.

INES. Lo agradecemos.

PORTERO. No se olvide usted recordar al amo mi asignacion de doce dias por el barrido de la escalera y el alumbrado.

INES. Nada olvidaré de cuanto usted me dice; pero tenga usted la bondad de no entretenerme. Por otra parte, pueden salir los señores y no serian gustosos de ver al portero en la sala.

PORTERO. Usted ya sabe á lo que he venido. He sido mandado por don Antonio, que sabe quien soy y conoce mi insuficiencia.

INES. Bien, vaya usted con Dios.

PORTERO. Y digale usted á sus amos, que estoy acostumbrado á ser bien recibido de personajes tan categóricos como ellos.

INES. Y á mí qué me dice usted!

PORTERO. Y que he sido cabo segundo del ejército. Saludo á usted como debo. (*Váse.*)

INES. Creí que se eternizaba aquí. (*Se dirige hácia la consola y sale Diego.*) Vírgen santa! Está de Dios que no han de salir...

ESCENA XIX.

INÉS.—DIEGO.

DIEGO. Lo mismo que me pensé. Me llama con tanto misterio para decirme una simpleza. (*A Inés.*) Despacha, recoge esa ropa y llévala á dentro.

INES. Voy al instante. (Presumo que se van á quedar encerrados.) (*Recoje la ropa y váse. Diego se pone á escribir.*)

DIEGO. Concluyamos la carta que le dirigia al casero. (*Sale el portero con un pliego en la mano.*)

ESCENA XX.

DIEGO.—PORTERO.

PORTERO. Estoy á la disposicion de usted, señor don Diego.

DIEGO. Qué se le ofrece á usted?

PORTERO. Mi consorte me ha dado esta carta que han dejado en la portería para usted. (*Se la dá y don Diego lee.*)

DIEGO. »Amigo mio: cumpliendo con mi promesa, puede usted, cuando guste, pasar á mi casa y recoger el nombramiento de comisario de policía. Simon Sampelayo.» (*Habla.*) Ya he dejado de ser cesante. (*Se levanta.*)

PORTERO. Le doy á usted la enhorabuena, caballero.

DIEGO. Gracias, gracias, amigo.

PORTERO. Que lo disfrute usted con salud muchos años.

DIEGO. Gracias, gracias, amigo.

PORTERO. Que lo disfrute usted con salud muchos años.

DIEGO. Gracias. Cándida! Inés! A ver si se alijeran.

PORTERO. (Otro en su lugar me daria propina por la infausta nueva.)

DIEGO. No responden.

PORTERO. Que sea para bien de todos.

ESCENA XXI.

DIEGO.—PORTERO.—CÁNDIDA.

CANDIDA. Qué sucede?
DIEGO. Deseo que despachemos, tengo que pasar á casa de don Simon á recoger el nombramiento de comisario de policía.
PORTERO. Que sea para muchos años.
CANDIDA. Entonces ¿para qué nos mudamos? Puede un comisario habitar una casa de huéspedes?
DIEGO. Buscaremos cuarto.
CANDIDA. Pues y este?
DIEGO. Es imposible volverme atrás. Tengo firmado el traspaso. Pero ¿ves cómo al fin don Simon cumplió su palabra? No ha parado hasta que me ha hecho comisario.
PORTERO. Reciba usted mi parabien.
DIEGO. Ya lo he oido, hombre.
PORTERO. Como usted no se daba por entendido... *(Salen los mozos con baules, maletas y otros trastos, precedidos de Inés.)*

ESCENA XXII.

DIEGO.—CÁNDIDA.—PORTERO.—INÉS.—MOZOS.—

DIEGO. No queda nada por allá dentro?
INES. Nada, todo se ha recogido.
CÁNDIDA. *(A Inés.)* Somos perdidas!
DIEGO. *(A los mozos.)* En esta misma calle, número veinte y seis, cuarto principal. *(Vánse los mozos.)*

ESCENA XXIII.

DIEGO.—CÁNDIDA.—INÉS.—PORTERO.

DIEGO. Vamos, ponéos las mantillas y á la calle, que el nuevo inquilino espera las llaves.
CANDIDA. *(Poniéndose la mantilla.)* Vé delante, que nosotras te seguiremos.
DIEGO. Qué manía! Y á qué viene esa nueva detencion?
INES. Es preciso hacer una nueva revista por si dejamos olvidado algo que nos pertenezca.
CANDIDA. Dice bien.
DIEGO. Corriente; me adelantaré; pero no espero mas que diez minutos.
CANDIDA. (Nos hemos salvado.) Descuida.
DIEGO. Alijeraos. (*Váse, y el portero detrás diciendo.)*
PORTERO. Que sea por muchos años.

ESCENA XXIV.

CÁNDIDA.—INÉS.

CANDIDA. *(Gozosa.)* Abrázame, Inés!
INES. Sí, señora. *(Se abrazan.)* Somos felices!
CANDIDA. Bendigamos á la Providencia! *(Alejandro y Rosquete asoman la cabeza.)*
ALEJ. Llegó la hora?
ROSQ. Es tiempo de salir?
CANDIDA. Otro hombre!
INES. Pues no se lo dije á usted allá dentro? Es mi novio.
ROSQ. Sí, señora...
CANDIDA. Mi marido otra vez, y el nuevo inquilino! Escondéos!
INES. Qué fatalidad!
ROSQ. A que escandaliso?
ALEJ. Adentro, calla! *(Se esconden.)*

ESCENA XXV.

DIEGO.—CÁNDIDA.—INÉS.—ANTONIO.—BALTASARA.—PORTERO.—VENTURA.

DIEGO. El asunto no admite ya ningun género de dilacion. Los nuevos inquilinos vienen á tomar posesion de su prometida residencia.
ANTONIO. Con efecto; si usted nos hace favor de las llaves...
DIEGO. *(Cojiéndolas de encima de la mesa.)* Aqui las tiene usted. *(Se las dá.)*
ANTONIO. Mil gracias. *(Se las da á Ventura.)*
BALTAS. Y el cuarto es bonito.
INES. Muy lindo.
ANTONIO. *(A Diego.)* Con que es usted comisario de policia?
DIEGO. Si señor.
PORTERO. Que sea para muchos años.
DIEGO. *(Dándole dinero.)* Hombre, tome usted y déjeme en paz.
PORTERO. *(Tomando el dinero.)* Si no lo decia por eso, señor don Diego.
BALTAS. Pasaremos adentro.
DIEGO. Y nosotros á fuera. Vamos, Cándida. Servidor de usted, señora; adios don Antonio.
ANTONIO. Mil felicidades.
CANDIDA. Saludo á usted, señora.
BALTAS. Vaya usted enhorabuena.
CANDIDA. (El cielo me favorezca.)
INES. (Pobre Rosquete!)
PORTERO. *(A Antonio.)* Si á usted se le ofrece alguna cosa, no tiene mas que mandar: soy el portero. (Ahora alcanzaré á don Diego para que me dé mi asignacion de doce dias.

ESCENA XXVI.

ANTONIO.—BALTASARA.—VENTURA.

BALTAS. Tiene buen interior la casa?
ANTONIO. Escelente.

BALTAS. Le veremos; y despachemos que no quiero faltar á las máscaras.

ANTONIO. Como gustes. (*Entran y Ventura echa la llave á la puerta y se la guarda.*)

VENT. Yo mientras tanto veré en qué disposicion se halla la cocina para que todo esté listo en el momento de recibir criada. Hola! Una alcoba... veremos si es bastante capaz... (*Entra, y salen Alejandro y Rosquete.*)

ESCENA XXVII.

ALEJANDRO.—ROSQUETE.—VENTURA.

ROSQ. Ahora es la ocasion.

ALEJ. Cierto! (*Sale Ventura y se queda sorprendido.*)

VENT. Quiénes son ustedes? Por dónde han entrado?

ALEJ. Por la puerta.

VENT. Si acabo de cerrarla con llave.

ROSQ. Ya lo vimos nosotros; y á la verdá que nos queamos sorprendios...

ALEJ. Con efecto; nos reimos y dejamos que usted concluyera.

VENT. Pues no los ví... pero á quién buscan ustedes?

ALEJ. Diga usted á sus amos que les espera una visita.

VENT. (No me gusta mucho la facha de estos nenes... Estarian escondidos en la alcoba ?)

ALEJ. Despache usted, que tenemos prisa.

VENT. Voy. (Nos prevendremos. Saldremos juntos los tres por si es necesario...)

ESCENA XXXVIII.

ALEJANDRO.—ROSQUETE.

ALEJ. Ya te he dicho que estoy proscripto, que no puedo presentarme á nadie, y menos á una persona que no conozco, y que no sé qué decirle.

ROSQ. Pu señó, en ese caso, á la conejera!

ALEJ. No queda otro remedio. Conque te resuelves á ser mi fiel compañero de infortunios?

ROSQ. Lo dicho, dicho, mi tiniente. Osté ha servio en

mi rigimiento y eso me basta.—¡Que vienen!

ALEJ. Adentro.

ROSQ. Marcha apresurá! *(Se esconden.)*

ESCENA XXIX.

ANTONIO.—BALTASARA.—VENTURA.

ANTONIO. A dónde están esos señores?

VENT. Aquí los dejé; en la sala.

BALTAS. Se habrán marchado.

VENT. Cómo, si tengo la llave de la puerta en mi poder? Estarán en la alcoba. *(Entra en ella.)*

ANTONIO. Hay alguien?

VENT. *(Saliendo)* Nadie! *(Se dirige á la puerta y la examina.)* Cerrada!

BALTAS. Ventura, tú sueñas.

VENT. No señora: estoy despierto: yo mismo los he hablado.

ANTONIO. Pero por dónde se han ido?

VENT. Yo qué sé? Por el ojo de la llave.

ANTONIO. Sigamos viendo la casa y examinando los muebles.

BALTAS. Sí, sí; no hagamos caso de este majadero. *(Vánse.)*

ESCENA XXX.

VENTURA.

Si los acabo de hablar!
Señor, si me saludaron!
Cáspita! si hasta me hablaron!
Me he podido fascinar?
Esto algun misterio encierra:
pero misterio no cabe...
ó es que tienen otra llave,
ó se los tragó la tierra.
(Mira á todos lados y cae el telon.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

La misma decoracion del anterior.

ESCENA PRIMERA.

ALEJANDRO.—ROSQUETE.

(*Aparecen sentados cada uno á un estremo lateral del teatro. Rosquete durmiendo.*)

ALEJ. No parece sino que el mismo diablo se esfuerza para que yo no pueda salir nunca de esta maldita casa. Cuando mas seguro veo el medio de escapar, viene un incidente inesperado y destruye nuestros mejores planes. (*Mira el relój.*) Son cerca de las nueve; la casa completamente deshabitada, nadie parece, y mi conflicto se eterniza. (*Rosquete ronca.*) Rosquete! Muchacho! Rosquete!!

ROSQ. (*Se pone de pié y dice alto cuadrándose.*) Presente!

ALEJ. Modera el tímpano, que no estás en la lista.

ROSQ. Qué se ofrese mi tiniente?

ALEJ. (*Se pone de pié.*) Nada. Te he despertado para que no roncaras.

ROSQ. Pus sepa osté que no acostumbro yo á roncá; pero la carpanta que tengo me obliga á jaser cosas estraordinarias. Mientras que osté dormia ayá dentro, salí y me puse en observasion. Me dirigí á la cosina, y despues de haber jecho un reconosimiento generá por fogones, despensa, cajones y demás, me retiré der campo con er arma á discresion. Er enemigo abandonó la trinchera sin dejar munisiones de boca.

ALEJ. Tú solo piensas en comer; y yo en escapar.

ROSQ. Desengáñese osté, mi tiniente, un estógamo lleno es mas fuerte en la retirada que un estógamo vasío.

ALEJ. Pero discurre un medio...

ROSQ. No pueo. Cuando no como, se me seca er majin.

ALEJ. Pues esta noche salgo yo de aquí á todo trance.

ROSQ. No me disgusta la resolusion.

ALEJ. Aun cuando sepa armar un escándalo.

ROSQ. Bien jecho: á la bayoneta.

ALEJ. Aunque me conozcan.

ROSQ. Paso de ataque.

ALEJ. Aunque me prendan y luego me fusilen.

ROSQ. Arto er fuego! Esas son palabras mayores, mi tiniente. Yo no quiero ver fusilao á un melitá tan bisarro como osté. (*Se oye ruido en la cerradura de la puerta.*)

ALEJ. Oyes? Abren la puerta.

ROSQ. A la conejera. (*Se esconden.*)

Claro.

ESCENA II.

VENTURA, *que sale con una cesta en el brazo y una palmatoria.*

Ya llegamos. (*Poniendo la luz encima de la mesa.*) Me parece que ya no quedará en la otra casa ningun chirimbolo. (*Registrando la cesta y sacando lo que vá diciendo.*) Mientras los amos se divierten, bueno será que yo tambien dé un grato egercicio á mis mandíbulas. Pan, y de la tahona del Mico, y calentito. Un plato con un

magnífico trozo de jamon cocido. Vino de Jerez; el que sobró hoy en la mesa. Nada de esto echarán de menos mis amos, máxime en un dia de mudanza y trastorno. Me falta vaso para echar el vino... Voy á la cocina por uno. (*Vase con la luz.*)

Oro

ESCENA III.

ROSQUETE.

Hé aquí una manífica ocasion pa tomá las de Viyadiego; pero dije antes que la mejor retirá es la que se jase con el estógamo yeno, y en su consecuensia, no digo á mi tiniente lo que pasa y me yevo *(Cogiendo lo que dice.)* er pan, er vino y er jamon.—A la gasapera! *(Vase y sale Ventura con un vaso y una servilleta.)*

Claro.

ESCENA IV.

VENTURA.

He querido traer de paso una servilleta para comer, ó mejor dicho, para cenar, con decencia y... *(Reparando en la mesa.)* Calla! Pues y la cena, dónde se halla? Me parece que lo saqué todo. *(Mirando la cesta.)* Sí; aquí no hay mas que trastos de cocina que he traido.... Pero esto ha sido obra de un momento. *(Mirando en derredor.)* No veo á nadie. *(Coge la luz y se dirige á la alcoba.)* Nadie. Pero quién es entonces el mal intencionado que se atreve á dejarme sin cenar? El plato, la botella... todo ha desaparecido. Si yo supiera quién es el que me condena á esta forzosa abstinencia, le... le... le ahogaba. Yo que desde esta tarde he estado gozando con la idea de cenar esta noche como

nunca he cenado... tan opiparamente. Pero ahora reflexiono... ahora recuerdo que me dejé abierta la puerta... Mas quién puede haber entrado? *(Sale el portero escarbándose los dientes.)*

ESCENA V.

VENTURA.—PORTERO.

PORTERO. Buenas noches, señor Ventura.
VENT. Felices las tenga usted. (Si habrá sido este...)
PORTERO. Conque los amos, segun parece, se distraen, no es esto?
VENT. Sí, señor, asi parece. Me queria usted para alguna cosa?
PORTERO. Para nada: no tenia que hacer en este momento y dije: subamos á ver al señor Ventura, y tendremos un rato de circunferencia.
VENT. Ya: de conferencia.
PORTERO. Para hacer la indigestion de la cena.
VENT. Ah! Se ha cenado mucho!
PORTERO. Mucho no, pero cosa buena!
VENT. Hombre, sí?
PORTERO. Me he comido una escelente tajada de jamon.
VENT. (Ya pareció el ladron.) Y le ha sabido á usted bien?
PORTERO. Me ha sabido á poco.
VENT. Qué lástima!
PORTERO. De estas ocasiones se presentan pocas.
VENT. Yo lo creo.
PORTERO. Como tengo este genio, todos me quieren en la vecindad: entro, salgo, miro, y...
VENT. Ya, ya... (Se echa el guante. Habráse visto ladron mas descarado?)
PORTERO. Ah! tambien he tenido vino.
VENT. De Jerez?
PORTERO. No, señor, de Cariñena.
VENT. Usted padece una equivocacion.
PORTERO. Me lo querrá usted decir á mí que lo he bebido?
VENT. Me lo querrá usted decir á mí que lo he comprado?

PORTERO. Que usted lo ha comprado?

VENT. En fin, no tengo ganas de conversacion; buen provecho, y súbame usted el plato y la botella, si es que no se ha cenado tambien ambas cosas.

PORTERO. (Este hombre no está en su juicio.) Señor Ventura, yo no como vidrios, ni pedernales, ni nengun otro género de combustible.

VENT. Poca broma. El plato y la botella.

PORTERO. (Está loco.) Señor Ventura, me parece que le falta á usted algun miembro en la cabeza.

VENT. Lo que me falta es la paciencia: se entera usted? Ya que ha tenido usted la humorada de cenar á mis espensas, y puesto que vé que no ignoro que es usted el robador de mi cena, déjeme usted en paz, y súbame el plato y la botella. Lo ha comprendido usted? El plato y la botella.

PORTERO. Escúcheme usted, señor Ventura. Usted se ha formalizado, y eso quiere decir que usted... se ha puesto formal... Bien, en ese sentido, puesto que usted se ha puesto sério, le diré á usted una cosa, y esta cosa es, que yo soy el portero de esta casa y... que he sido cabo segundo del ejército, y en mi compañia nadie ha tenido que decir nada de mi conducta, presente, venidera y futura...

VENT. Bien, y qué?

PORTERO. No he concluido.

VENT. Pues avise usted.

PORTERO. Usted me ha dicho, que yo he cometido la calumniosa idea de comerme un plato y una botella.

VENT. Acabó usted ya?

PORTERO. No, señor. A mí me gusta dilucidir las cuestiones con órden y filosofía, que aqui donde usted me vé, se me ha caido el pelo de estudiar leyendo, y sé las vueltas que dá el mundo al cabo de una hora...

VENT. Bien: estoy plenamente convencido. Nada reclamo, nada quiero, nada pido, sino que se vaya usted y me deje en paz.

PORTERO. Ya eso varia de aspeuto. Doña Ramona, la viuda del intendente, es la que me ha dado el jamon y...

VENT. Que me deje usted en paz.

PORTERO. Usted disimule, pero á mí me gustan las cosas breves y clarificadas... Buenas noches. Me voy á la cama para acostarme, para dormir en la cama.

ESCENA VI.

VENTURA.

VENT. Creí que no cesaba de charlar en toda la noche. Cáspita con el hombre. Pero lo mas chistoso del caso es que me ha dejado sin cenar. No permitiera el cielo que le diese un cólico esta noche Y luego me sale con que ha sido cabo segundo del ejército, como si á mí me importara algo... Pero aquí vienen mis amos.

ESCENA VII.

VENTURA.—ANTONIO.—BALTASARA. *Los dos últimos disfrazados con dominós.*

ANTONIO. No, Baltasara; una y no mas. Estos jaleos no son para hombres de mi edad; y tú deberias tener presente la tuya para pensar otro tanto. (*Se quita el dominó y suelta la careta.*)

BALTAS. No empecemos, Antonio. (*Se quita el dominó y suelta le careta.*)

ANTONIO. Pero, mujer, no quieres que me desespere? A qué haberme traido toda la tarde y toda la noche como un zarandillo, recorriendo calles y casas y embromando al prójimo, para que despues se burlen de nosotros?

BALTAS. Y por qué han de burlarse?

ANTONIO. Por qué han de burlarse? Porque nosotros lo autorizamos; porque hacemos cosas impropias de nuestra edad y de nuestra posicion.

BALTAS. Siempre á vueltas con la edad: siempre consultando la partida de bautismo. Bien sabe Dios que me pesa haber contado contigo para esta diversion: por causa tuya me han conocido en todas partes.

ANTONIO. Y si me obligas á finjir la voz, cosa que yo no puedo hacer... Ventura!

VENT. Señor.

ANTONIO. Hay alguna novedad?

VENT. (*Suspirando.*) Ninguna.

ANTONIO. Por qué suspiras?

VENT. Por nada, señor. Son cosas mias. Un recuerdo gastronómico.

ANTONIO. No te entiendo. Has comido?

VENT. Sí, señor.

ANTONIO. Nosotros tambien; pero en la fonda. *(A Baltasara.)* Preciso será que nos dispongamos para descansar.

BALTAS. Yo no estoy cansada. Nada me importaria ir esta noche á Villahermosa.

ANTONIO. Lo creo, pero en otra ocasion trataremos ese asunto. Ahora véte con Ventura allá dentro y que te dé las cuentas...

VENT. Cuando ustedes gusten.

BALTAS. Te quedas aquí?

ANTONIO. Sí, quiero sentarme en esta butaca, hasta que hayas terminado: estoy rendido.

BALTAS. Qué hombres! No son para nada. Sígueme, Ventura.

VENT. No hay inconveniente. *(Se lleva la cesta.)*

ESCENA VIII.

ANTONIO.

(Se sienta en la butaca.) Estoy molido. Pero, señor, es posible que yo acceda á los caprichos turbulentos de mi mujer? No parece sino que disfruta hoy de los primeros albores de su juventud, teniendo nada menos que cuarenta y seis años. Y yo con los cincuenta muy corridos

me doblego á sus pretensiones, y voy por ese Prado con mi tafetan en la cara, y mi sayal: (*Remedando.*) Me conoces? Pues es una lástima. Quién eres? Eso es lo que tú quisieras saber. Tú eres fulano. No, te engañas. Y mi mujer, toda una doña Baltasara, parando á todo el que conoce y... (*Voces dentro.*) Pero qué ruido es ese! Es en la puerta de la escalera. Veamos.

ESCENA IX.

ROSQUETE.—ALEJANDRO.

ROSQ. Osté lo verá, mi tiniente. (*Cogiendo uno de los dominós y una careta.*) Con este trapo de sea y esta carantoña, escapo, y fíese osté de mi, que á eso de media noche traigo una escala, la tiro ar barcon y se descuerga osté mu fásilmente.

ALEJ. Pero escapemos ahora que está la puerta abierta.

ROSQ. Si presisamente ha salio por ahí er gaché... y que ya le tenemos ensima.

ALEJ. Huyamos.

ROSQ. Adentro me vestiré. (*Se esconden.*)

ESCENA X.

ANTONIO.—CÁNDIDA, *que sale con careta y dominó.*

ANTONIO. No haga usted caso, señora: todos los porteros son lo mismo.

CANDIDA. Pero qué obstinado: por mas que le decia que buscaba al dueño del cuarto principal.

ANTONIO. Y para qué me quiere usted? En qué puedo yo complacerla?

CANDIDA. Vengo á exijir de usted un gran favor; me hallo en un grave conflicto, y usted que es un caballero...

ANTONIO. Gracias por el cumplimiento; pero sírvase usted decirme lo que solicita.

CANDIDA. Yo salí á Villa-hermosa con una amiga, y esta amiga vió á no se quien en la calle. El resultado es que echó á correr y me dejó sola. Dos hombres me han venido siguiendo; se determinaron á dirigirme la palabra, y por último llegaron á ser tan importunos y molestos que me vi precisada á entrar en esta casa. Pero dudo que á pesar de mi estrategia se hayan marchado. ¿Quiere usted tener la bondad de salir fuera y verlo?

ANTONIO. No tengo inconveniente alguno en complacerla. Sírvase usted esperarme. Disimule usted si me llevo la luz: no conozco la casa, pues hoy es el primer dia que la habito.

CANDIDA. Es usted muy dueño. *(Vase Antonio con la luz.)*

Oro

ESCENA X.

CÁNDIDA.—*Luego* ROSQUETE.

CANDIDA. Este es el momento de entrar y dar á mi sobrino la llave con que ha de fugarse. *(Se dirige á la consola y sale Rosquete disfrazado.)*

ROSQ. Hola! Esta habitasion está tan alumbrá como la nuestra.

CANDIDA. Hácia aqui se dirige un bulto. Me esconderé en la alcoba hasta que desaparezca. *(Entra en la alcoba.)*

ROSQ. Creo haber oío pisás, y habé destenguio... pero no. El mieo me jase ve lo que no hay. *(Sale Antonio sin luz.)*

ESCENA XI.

ANTONIO.—ROSQUETE.—CÁNDIDA.

ANTONIO. No hay nadie; pero la acompañaré á usted hasta la esquina. Dónde está usted?

CANDIDA. *(Desde la puerta de la alcoba.)* Aquí. (No me ha dado tiempo.) ¿Pero lo ha visto usted bien?

ANTONIO. Perfectamente. No tema usted nada. Venga usted. He dejado fuera la luz para que veamos salir. *(Cándida se dirige hácia Antonio; pero Rosquete se interpone, y Antonio le conduce de la mano.)*

ROSQ. (Jesú me varga.)

ANTONIO. No tiemble usted, hija mia: tenga usted resolucion. Yo la protejo.

ROSQ. (Dios te lo pague.)

ESCENA XII.

CÁNDIDA.—*Luego* ALEJANDRO.

CANDIDA. *(Andando á tientas.)* Pero yo no encuentro á usted, caballero. Alargue usted el brazo, como yo alargo el mio. *(Sale Alejandro.)*

ALEJ. Creo haber escuchado la voz de mi tia.

CANDIDA. No me responde usted? *(Tropieza con Alejandro.)* Gracias á Dios. Ya estoy á las órdenes de usted.

ALEJ. Pero, tia, ¿qué está usted diciendo?

CANDIDA. Qué es esto? Pues no me hablaba don Antonio? Pensé haber escuchado su voz.

ALEJ. No, tia; era yo el que le hablaba; yo que me alegro de hallarla aquí, pues desde luego presumo que será para proporcionarme la fuga.

CANDIDA. Si, con efecto. Toma esta llave. Con ella puedes esta misma noche lograr tu deseo. *(Le dá una llave.)*

ALEJ. Gracias; gracias. Esta madrugada; cuando todos estén entregados al sueño mas profundo me escaparé.

CANDIDA. Y seguidamente te diriges á casa de mi prima. Ya está enterada del asunto y me ha prometido esconderte. Y dónde se halla tu compañero?

ALEJ. Ha salido disfrazado con un dominó, y segun creo ha conseguido escapar. Pero tal vez, nosotros podamos ahora hacer otro tanto.

CANDIDA. Imposible. Don Antonio anda por allá fuera; pu-

diera sorprendernos y nuestro compromiso seria mas grande. Aquí se acerca.—Huye!

ALEJ. Adios, querida tia. *(Se esconde y sale Antonio con una luz.)*

Claro.

ESCENA XIII.

ANTONIO.—CÁNDIDA.

ANTONIO. Ya dejo terminada mi buena obra. Pobre señora: ni una palabra me ha dicho: hasta para despedirse se contentó con hacerme una profunda cortesia. Temeria que la oyesen hablar...

CANDIDA. Y bien, caballero, qué me dice usted?

ANTONIO. *(Sorprendido.)* Cómo? Qué?

CANDIDA. Hay alguien esperándome en la puerta?

ANTONIO. Canastas! Señora, pues no acabo de dejar á usted en la puerta de la calle?

CANDIDA. A mí? Usted sueña, caballero.

ANTONIO. Pues á quién he acompañado entonces?

CANDIDA. A mí no ha sido.

ANTONIO. Se ha subido usted detras de mí?

CANDIDA. Si no me he movido de esta sala. Si oí su voz de usted hace poco; oí que me pidió usted la mano: yo la alargué; pero nadie me la cogió.

ANTONIO. Pues yo puedo asegurar que cogí una mano, y que esta mano no se ha despegado de la mia hasta que la solté en la puerta de la calle.

CANDIDA. Caballero, no comprendo ese enredo.

ANTONIO. Ni yo tampoco.

CANDIDA. Pero mientras tanto perdemos tiempo; y yo necesito salir de aquí; y si usted se sirviera acompañarme hasta la puerta.

ANTONIO. Pues no es mala ocupacion! Puedo estar toda la noche llevando enmascaradas de la mano.

CANDIDA. Suplico á usted, caballero, me acompañe, que no puedo dilatar mas tiempo mi permanencia aquí: sírvase usted acceder.

ANTONIO. Accedo con mucho gusto, y pronto, antes que mi mujer salga y se entere de este laberinto. *(Sale Baltasara.)*

ESCENA XIV.

ANTONIO.—CÁNDIDA.—BALTASARA.

BALTAS. Tarde acudes á remediar el daño.
ANTONIO. Mi mujer!
CANDIDA. Virgen santa!
BALTAS. Y quién es esta señora?
ANTONIO. Quién es?... Lo ignoro.
BALTAS. Señor esposo, esto pasa de la raya: usted hace traicion á su esposa. Usted me ha faltado, y Dios sabe con quién. Qué mujer será ella, cuando se determina á buscarle á usted en mi misma casa y disfrazada.
CANDIDA. Señora, puede usted estar tranquila; su marido de usted no la falta en nada. La culpada aqui soy yo, que he venido á pedirle...
BALTAS. No prosiga usted. Qué escucho? Luego usted ha venido á incitarle? Luego usted ha venido á turbar la paz de un matrimonio feliz?
CANDIDA. Si usted se lo dice todo y no deja que me esplique.
ANTONIO. Tiene razon; déjala que se esplique.
BALTAS. Silencio, mal esposo; hombre injusto y desnaturalizado. Señora incógnita, quítese usted el antifáz: quiero conocer...
CANDIDA. La careta no puedo quitármela.
BALTAS. Pues yo se la quitaré. *(Se adelanta.)*
CANDIDA. Deténgase usted. Soy una señora, y merezco que se me respete.
ANTONIO. Pero, Baltasara, me supones capaz de accion tan abominable? Y además, hija mia, qué mujer quieres que haga caso de mí? No sabes la edad que tengo?
BALTAS. Calla, hipócrita. No te salvará el ardid á que apelas. En cuanto á usted, señora, no cometeré ninguna violencia. Usted no quiere darse á conocer, pues bien, frente de casa vive el comisario. Es amigo nuestro... el que nos ha cedido este cuarto.

CANDIDA. (Mi marido!)

BALTAS. Vamos á buscarle y á referirle lo que pasa.

ANTONIO. Pero, Baltasara, estás en tu juicio? Si yo no conozco á esta señora... Si entró aquí...

BALTAS. No admito esplicaciones. Delante del comisario los escucharé á ustedes.

CANDIDA. Permita usted que la diga...

BALTAS. Entre usted en esa alcoba.

CANDIDA. Y he de consentir?...

BALTAS. No hay mas remedio.

ANTONIO. Mujer, mira bien lo que haces.

CANDIDA. Consiento, pero aténgase usted á los resultados.

BALTAS. Me atendré á los resultados; sí señora. No piense usted que me acobardo por lo que usted me dice. Entre usted en la alcoba.

CANDIDA. Entro en la alcoba, puesto que usted se empeña. (*Entra en la alcoba y Baltasara echa el cerrojo por fuera.*)

ANTONIO. Y debo yo permitirlo? Mal haya sea el primer marido complaciente y benévolo que vino al mundo.

BALTAS. Nosotros á casa del comisario.

ANTONIO. Y qué falta hago yo en casa del comisario?

BALTAS. Consentirás que vaya sola? Además, quieres que te deje aquí con ella para que la pongas en libertad? No, hijo mio. (*Coge la mantilla de encima de una silla y se la pone.*) Ponte el sombrero y sígueme.

ANTONIO. Me ha venido Dios á ver con la dichosa enmascarada! (*Se pone el sombrero.*)

BALTAS. Estás ya listo?

ANONNIO. Estoy á tus órdenes.

BALTAS. Y la llave de esta puerta? (*Examinándola.*)

ANTONIO. Y á mí que me preguntas?

BALTAS. Qué dicha! no hay que buscarla. Está puesta. Cerraré por fuera, y veremos por dónde se escapa. Vamos andando.

ANTONIO. Vamos andando. (*Vanse y sale Ventura.*)

ESCENA X.

VENTURA.—*Luego* ALEJANDRO.—CÁNDIDA.

VENT. Se van y me dejan encerrado. Y á lo que he podido entender se van regañando. Bien pudieran haberme dicho que me acostára, que estoy cansado de resultas del batiboleo de la mudanza. *(Se sienta en la butaca y sale Alejandro sigilosamente.)* El criado siempre es el último. Para el pobre criado nunca hay consideracion, ni... *(Viendo delante á Alejandro.)* Qué miro? Calla, la visita de esta tarde.

ALEJ. Buenas noches, señor Ventura.

VENT. Buenas noches. Por dónde ha entrado usted?

ALEJ. Por allí. *(Señalando á la puerta.)*

VENT. Por allí?

ALEJ. Por allí.

VENT. Por allí!!

ALEJ. Por allí.

VENT. Y quién es usted?

ALEJ. El demonio.

VENT. *(Santigüándose.* Ave María purisima! *(Se retira.)*

ALEJ. *(Con imperio.)* Aquí se vé, se oye y se calla.

VENT. *(Temblando.)* Bien, señor... demonio.

ALEJ. Si dices una palabra de lo que vas á presenciar, esta misma noche mueres degollado.

VENT. Seré mudo.

ALEJ. Así me conviene. *(Abre la puerta de la alcoba y sale Cándida.)*

VENT. Una máscara! Hay duendes en esta casa?

ALEJ. *(A Ventura.)* Ventura.

VENT. Señor.

ALEJ. Dirás algo de lo que ves?

VENT. Señor, ni una palabra.

ALEJ. *(Bajo á Cándida.)* Nunca mejor que ahora puede servirnos la llave que usted me ha dado.

CANDIDA. *(Bajo á Alejandro.)* Estás en un error; la llave que te he dado es la de la puerta de la calle.

ALEJ. Esto mas, hados crueles! Luego es preciso que nos volvamos á esconder?

CANDIDA. No hay otro remedio.

ALEJ. Qué desgraciado soy!

VENT. Qué se estarán diciendo?

ALEJ. Ventura!

VENT. Señor.

ALEJ. Tienes que entrar en esa alcoba.

VENT. (*Con miedo.*) No hay reparo.

ALEJ. Y cuenta con lo prometido, que aun cuando no me halle en tu presencia, te veo y te escucho, y si dices una palabra de lo que has presenciado... Comprendes?

VENT. Sí, señor; corre peligro mi gaznate. Viva usted descuidado, señor demonio, que no diré una palabra. Conque puedo pasar?

ALEJ. Entra.

VENT. Con permiso. Pues señor, en esta casa habita el diablo. *(Entra en la alcoba y Alejandro cierra por fuera.)*

ALEJ. Cuándo terminará este laberinto, querida tia?

CANDIDA. Lo ignoro, sobrino mio. Lo único que puedo decirte es que mi compromiso es casi tan grande como el tuyo. Que mi esposo es comisario de esta demarcacion, que han ido en su busca, que vendrá... *(Ruido en la puerta.)*

ALEJ. Y que no la hallarán á usted porque se encierra conmigo.

CANDIDA. Entremos, que llegan.

ALEJ. Entremos. *(Se esconden.)*

ESCENA XVI.

ANTONIO.—DIEGO.—BALTASARA.

BALTAS. Sírvase usted pasar adelante, señor comisario.

DIEGO. Bien puedo decir que ustedes me hacen dar el primer paso en mi nuevo empleo.

BALTAS. Quiero que obre usted con justicia, con imparcialidad.

ANTONIO. Sí, amigo mio, imparcialidad sobre todo.

DIEGO. Lo prometo. Adónde está esa señora enmascarada?

BALTAS. Encerrada en aquella alcoba. *(Se dirige á la alcoba y Diego la detiene.)*

DIEGO. Alto, señora mia. Usted dice que está en esa alcoba, no es esto?

BALTAS. Sí, señor.

DIEGO. Yo la mandaré salir; ese proceder es de la incumbencia de mi autoridad. *(Abre la puerta.)*

ANTONIO. En qué pararán estas misas?

DIEGO. Tenga usted la bondad de salir. Sin cuidado, que la autoridad la proteje á usted. *(Sale Ventura.)*

ESCENA XVII.

ANTONIO.—DIEGO.—BALTASARA.—VENTURA.

ANTONIO. }
BALTAS. } Cielos!

DIEGO. Señora, despójese usted del disfraz que la hace cambiar de sexo.

ANTONIO. Señor, si es mi criado.

BALTAS. Pero no hay nadie dentro de la alcoba? *(Registrando.)*

ANTONIO. Qué diablos pasa esta noche en mi casa?

BALTAS. No hay nadie; nadie.

DIEGO. Que no hay nadie? Pues y la mujer enmascacarada de que me hablaron ustedes?

BALTAS. Ventura dirá donde se encuentra. Responde, Ventura: qué ha pasado? *(Ventura se encoje de hombros.)*

BALTAS. Qué modo de contestar es ese? *(Ventura dice por señas que no puede hacer otra cosa.)*

DIEGO. Es usted mudo? *(Ventura dice que no con la cabeza.)*—Pues por qué no habla usted? *(Ventura dice por señas que peligra su pescuezo si menea la lengua.)*—Qué, tiene usted malo el pescuezo y la lengua? *(Ventura dice por señas que no.)*

ANTONIO. Si se habrá vuelto mudo mi criado?

BALTAS. Hombre, cuenta lo que ha pasado. Cómo has entrado en esa habitacion? Qué has visto en ella? *(Ventura dice por señas que no habla.)*

ANTONIO. Se ha propuesto no decir una palabra.

DIEGO. Se lo ha propuesto? Pues yo le haré cambiar de propósito. *(Le coge del brazo.)* Atienda us-

ted, señor mio. Quiero que comprenda usted que se halla en presencia de un comisario; de todo un comisario de policia. Y quiero además que sepa usted que si no declara, va usted ahora mismo á dormir al Saladero. (*Movimiento de espanto en Ventura.*) Escoja usted, ó declarar, ó ir á la cárcel.

BALTAS. No hay mas alternativa.

ANTONIO. Pobre Ventura.

VENT. (*Con solemnidad ridícula.*) Pues señor, hablaré; pero en declarando, salgo al punto de esta casa, porque me encuentro amenazado.

DIEGO. Diga usted. (*Todos le oyen con atencion.*)

VENT. No habian ustedes hecho mas que salir; cuando vine á esta sala, y apenas... (*Estrepitoso ruido dentro. Todos se asustan y corren por la sala.*)

BALTAS. Ladrones! Ladrones!

ANTONIO. Socorro!

DIEGO. Favor á la Reina!

VENT. Perdon, perdon, señor demonio, que no diré una palabra. (*Confúndense repitiéndose los gritos de estos cuatro interlocutores, que no cesan de gritar hasta que salen dos serenos.*)

ESCENA XVIII.

ANTONIO.—DIEGO.—VENTURA.—BALTASARA.—SERENOS.—*Luego* PORTERO.

DIEGO. Hola! serenos: llegan ustedes muy á propósito.

BALTAS. Que se registre la casa.

ANTONIO. Sí, sí que se registre. (*Sale el portero en calzoncillos blancos con una bota puesta y descalzo del otro pié, con las fornituras y calando bayoneta con un fusil.*)

PORTERO. Adónde están los raptores?

BALTAS. Yo no quiero vivir en esta casa.

VENT. Ni yo tampoco.

DIEGO. Procedamos al registro.

PORTERO. Vayan ustedes delante de vanguardia, que yo iré detrás de retaguardia.

ESCENA XIX.

VENTURA.

Soy un hablador bergante;
no me pude contener;
diablo, temo tu poder;
no prosigas adelante,
que prometo enmudecer.
(Vanse todos por la puerta de la alcoba, menos Ventura.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

La misma decoracion.

(*La escena está á oscuras.*)

Oro

ESCENA PRIMERA.

CÁNDIDA.—ALEJANDRO.

ALEJ. Anímese usted. Reflexione usted que nunca puede presentarse una ocasion mas propicia para nuestra proyectada evasion.

CANDIDA. No puedo; me siento muy mala.

ALEJ. Pero, qué indisposicion tan repentina! Y en qué momento!

CANDIDA. Y lo estrañas?—No puedo tenerme. (*Se sienta en la butaca.*) No has presenciado tú mismo lo mucho que he sufrido esta noche? El disgusto que tuve esta tarde con tu tio; lo inesperado de la mudanza; la mudanza misma; despues no he comido; la agitacion de mi ánimo hasta que pude hallar este dominó: luego los peligros á que me he visto espuesta en esta casa, todo, en fin, ha contribuido poderosamente para que mi naturaleza se resienta de este mal.

ALEJ. Pero qué es lo que usted siente?

CANDIDA. Un desvanecimiento... un disgusto general... el

estómago, la cabeza... en fin, no puedo dar un paso; no puedo, no me determino á salir.

ALEJ. Entonces, me parece lo mas acertado buscar un coche de alquiler. Todavia no son las doce; creo que habrá tiempo para todo. La Puerta del Sol no está muy distante, y acaso sea posible hallar un carruaje cualquiera. Tengo llave para abrir la puerta de la calle sin molestar al portero y...

CANDIDA. No has pensado mal. Corre; busca un coche; aquí te espero. Los inquilinos de este cuarto duermen sosegados, y me parece que no pensarán en interrumpir nuestra fuga.

ALEJ. Sí, ya creo que se han tranquilizado. Ya era tiempo. Registraron la casa, nada vieron... Pero no quiero detenerme: parto en busca del carruaje.

CANDIDA. Sí, corre; no te detengas.

ALEJ. Hasta despues, querida tia. *(Registrándose.)* Llevo la llave?.. Sí; aquí vá; en el bolsillo la llevo.

ESCENA II.

CÁNDIDA.

Cuanto apuro! Cuanto trastorno! Y afortunadamente mi marido me cree en los bailes de Villahermosa con mi prima; pues de otra manera, cómo podria ponerme en su presencia á horas tan descompasadas? A cuantas cosas me determina el cariño que profeso á este muchacho! No es estraño. Le conocí pequeñuelo; huérfano, sin proteccion de ninguna clase; le puse en el colegio militar, yo he hecho su carrera, le he mirado como á un hijo... No me pesa nada de cuanto haga por él. Qué mala me siento, Dios mio!

ANTONIO. *(Dentro.)* Que te sufra Barrabás!

BALTAS. *(Dentro.)* Has de oirme, sí; has de oirme aunque no quieras.

CANDIDA. Cielos! El matrimonio vuelve á regañar. *(Se levanta.)*

BALTAS. *(Dentro.)* Pero, á dónde vas?

ANTONIO. (*Dentro.*) A los infiernos!

CANDIDA. Creo que se aproximan. Me esconderé antes que me vean. Quiera el cielo que acierte á dar con la guarida. (*Camina á tientas.*) Por aquí, sí; por aquí... ya di con la consola. (*Se esconde y sale Antonio en mangas de camisa con la levita colgada del brazo y una luz en la mano. Baltasara le sigue.*)

ESCENA III.

ANTONIO.—BALTASARA.

BALTAS. Lo digo, y lo repito: esa mujer no ha entrado aquí para nada bueno. (*Antonio se pone la levita.*)

ANTONIO. Mira, Baltasara, no puedo soportar por mas tiempo tus celos infundados y... ridículos. Hasta que me has hecho estallar no has parado. Me voy á la calle.

BALTAS. Y con quién vas á dormir?

ANTONIO. Con el sereno.

BALTAS. Te prohibo que salgas.

ANTONIO. A dónde está mi sombrero?

BALTAS. Oyes, que no quiero que salgas.

ANTONIO. Pues yo he resuelto salir, y saldré, que no me encuentro en el caso de estar toda la noche oyendo tus necedades.

BALTAS. Necedades? No, hijo mio. Yo no soy nécia. No he nacido ayer.

ANTONIO. Ya sé que tienes...

BALTAS. Vuelta con la fé de bautismo! Nadie te pregunta la edad que tengo.

ANTONIO. Bien; pues déjame en paz.

BALTAS. Qué poco ingenioso es el medio que empleas para evadirte de la cuestion!

ANTONIO. No será el mas ingenioso; pero sí el que produzca mejores resultados.

BALTAS. No hay raciocinio?...

ANTONIO. Raciocinio contigo? No estoy para disputar; por otra parte, es absolutamente imposible que yo

pueda convencerte. Sí, porque sustentas una quimera.

BALTAS. Yo he visto en mi casa una mujer, y segun todas las apariencias, venia en tu busca.

ANTONIO. Otra vez? No sufro mas. (*Se pone el sombrero y quiere irse.*)

BALTAS. (*Sugetándole.*) Pero ¿á dónde vas? Aguarda; no quiero que salgas: hace mucho frio; te puedes constipar.

ANTONIO. Mejor; asi como asi, si permanezco á tu lado creo que me dará una pulmonia. (*Llaman á la puerta de la sala muy quedito.*) Pero ¿quién llama?

BALTAS. Quién? (*Repiten los golpes.*)

ANTONIO. Cielos! Si será la enmascarada?

BALTAS. Luego la esperas? Adelante quien sea. (*Sale el portero.*)

ESCENA IV.

ANTONIO.—BALTASARA.—PORTERO.

ANTONIO. Es el portero.

BALTAS. Qué se le ofrece á usted?

PORTERO. Pero, señor, es posible? Todavia están ustedes riñendo. Y por qué? Todo ello es por una frutesa; vamos al decir.

BALTAS. Y á usted qué le importa?

PORTERO. A mí? Nada.

ANTONIO. Pues escusa usted venir...

PORTERO. Poco á poco, señor don Antonio. Hágame usted el gusto de no sobrepujarse, que cuando yo entro aquí, es porque la vecindad se ha quejado. Por lo demas, aunque me esté mal el decirlo, á mí siempre me ha gustado meterme donde no me llaman.

ANTONIO. (*A Baltasara.*) Lo oyes? La vecindad se ha quejado.

BALTAS. Que se queje, nada me importa.

PORTERO. Mi señora doña Baltasara, permita usted que la diga que habla usted en sentido muy disoluto.

ANTONIO. Sabe usted lo que dice, cristiano?

PORTERO. Sí, señor. Aqui donde usted me vé, es decir, portero de la portería de la puerta de esta casa, tengo una mediana estruccion, y he sido cabo segundo del ejército.

ANTONIO. Bien, pues vaya usted con Dios á su portería y déjenos en paz.

BALTAS. Sí, salga usted pronto de mi sala.

PORTERO. Ya eso es otra cosa: yo siempre soy obediente cuando me despiden con buenos modos. Buenas noches.

ANTONIO. Y yo detras.

BALTAS. No salgas.

ANTONIO. No quiero mas escándalos. Adios. *(Váse.)*

ESCENA V.

BALTASARA.—*Luego* VENTURA.

BALTAS. Espera, aguarda, Antonio. No me hace caso... y me deja sola. Nunca le he visto tan resuelto. Bueno será cortarle las alas, pues si se acostumbra á estas desobediencias, soy perdida. Llamaremos á Ventura, veremos si á mí sola me revela algo. (*Llamando.*) Ventura, Ventura. (*Sale Ventura.*)

VENT. Señora. (*Se sienta Baltasara.*)

BALTAS. Ven acá... (*Con bondad.*) Acércate.

VENT. Acércome.

BALTAS. Tu amo ha salido á la calle; me hallo sola contigo y... me comprendes?

VENT. (Qué dulzura tan estraña.)

BALTAS. Conque, Venturita, no seas tímido.

VENT. Señora, me habla usted de una manera, que verdaderamente me confunde.

BALTAS. Pues me parece que no doy motivos para que te confundas, y en prueba de ello, ya ves como te precedo; ya ves como predispongo tu ánimo para que te resuelvas á hacerme una confesion que deseo, que anhelo... Qué dices?

VENT. Que qué digo?.. yo digo... que bien.

BALTAS. Ah! qué bueno eres! La ocasion no puede ser

mas oportuna; mi marido no está en casa... qué respondes?

VENT. Yo?.. (*Sonriendo.*) que bien.

BALTAS. Si no diçes otra cosa! Ya sabes que siempre te he distinguido en casa; que he hecho por tí cuanto he podido, y te he dispensado cosas que no te las hubiera dispensado mi esposo. Eso en mi concepto, quiere decir algo. No vaciles, dispuesta me tienes... Qué contestas?

VENT. Yo? (*Riéndose.*) Que bien.

BALTAS. Pues empieza.

VENT. Que empiece?.. (*Con gazmoñería.*) Empiece usted primero.

BALTAS. Hombre, no seas estúpido. Me encuentro en tu caso por ventura? Eso te pertenece á tí.

VENT. En eso tiene usted razon. Y por dónde quiere usted que empiece?

BALTAS. Qué martirio! Debo yo decírtelo? Y despacha, que puede venir el amo...

VENT. El amo! Dios mio! Esa palabra me aterroriza. El amo! á quien debo el pan que como. Señora, yo no hago traicion á mi amo.

BALTAS. Bribon, luego eres cómplice en sus infamias? luego estás en el secreto, y no me lo quieres revelar? Pues si debes el pan á tu amo, tambien me lo debes á mí. Mañana mismo saldrás de mi casa.

VENT. Yo cómplice?.. no comprendo... Pero qué es lo que usted solicita de mí?

BALTAS. Que me reveles lo que sepas de esa mujer enmascarada. Que me digas á mí sola, puesto que no está aqui tu amo, lo que ibas á declarar cuando se oyó aquel ruido.

VENT. Ahhh! Yo habia pensado otra cosa. Ya decia yo...

BALTAS. Pues entonces, dí lo que sepas.

VENT. De aquel asunto? Disimule usted, señora. En todo será obedecida menos en eso.

BALTAS. Nada me dices?

VENT. Nada; prefiero que me lleven á la cárcel.

BALTAS. Quítate de mi presencia, infiel criado.

VENT. En eso sí la obedeceré. (*Váse.*)

ESCENA VI.

BALTASARA.—*Luego* ALEJANDRO.

BALTAS. Es inútil insistir. Conozco su carácter y sé que no dirá una palabra, aunque le maten. Es muy testarudo. (*Se sienta en la butaca.*) Qué noche! Dios mio, qué noche! Pero es posible que no pueda yo averiguar?.. Estoy envuelta en un mar de confusiones, esto es atroz, desesperante. Si sale cierta mi sospecha! si llego á descubrir que mi esposo me hace una villania!.. (*Sale Alejandro.*)

ALEJ. Ya está el coche prevenido.

BALTAS. (*Se levanta.*) Dios mio!

ALEJ. Qué miro?

BALTAS. (*Corriendo.*) Ladrones!

ALEJ. (*Sujetándola.*) Por la Vírgen, señora, no comprometa usted á un desgraciado tránsfuga.

BALTAS. Usted me sujeta? A mí me vá á dar un accidente.

ALEJ. No tema usted nada; soy un caballero, y he venido á esta casa para impetrar auxilio y nada mas. Sosiéguese usted. Si usted grita, soy perdido.

BALTAS. Si señor, que gritaré; yo á usted no le conozco; y la hora en que entra usted en mi casa... todo me induce á sospechar.

ALEJ. Si fuesen mis intentos los que usted supone, piensa usted que en lugar de pedir su proteccion no le hubiese puesto un dogal en la garganta para que no gritara? El ladron viene siempre preparado, y egecuta su designio á todo trance. Repito á usted que soy un caballero, un militar perseguido y víctima del encarnizamiento de mis enemigos políticos. Si usted alborota, si usted dá lugar á que me prendan, acaso á las veinte y cuatro horas sea pasado por las armas; y no puedo creer que usted sea capaz de contribuir á semejante desgracia.

BALTAS. Pero, es verdad cuanto usted me dice?

ALEJ. Se lo juro á usted por la salvacion de mis padres. No puedo hacer mas; he jurado como buen hijo y como caballero. Ahora disponga usted de mi suerte, lleve usted á cabo su plan si no he tenido la fortuna de vencer su obstinacion con las armas que he empleado para mi defensa.

BALTAS. No, caballero; en todo cuanto me dice usted escuchó el acento de la verdad. No gritaré, pero tampoco me encuentro en el caso de concederle la proteccion que solicita de mí.

ALEJ. Cómo! Se negará usted?...

BALTAS. Si en este momento se vé usted perseguido, yo le esconderé á usted, pero por pocos instantes; hasta que tengamos la seguridad de que nádie le sigue, en cuyo caso tendrá usted la bondad de partir y buscar otro refugio donde esté menos comprometido que en mi casa.

ALEJ. De todas maneras es de agradecer. (Estoy por revelárselo todo; pero no sé si mi tia estará aqui ó se habrá marchado.)

BALTAS. Y dónde le escondo á usted?

ALEJ. Usted, mejor que yo puede saberlo.

BALTAS. Le han visto entrar en mi casa? (*Ruido de voces dentro.*) Oigo voces... Alguien llega. Sígame usted y le esconderé en mi alcoba.

ALEJ. Iré donde usted me lleve. (*Vanse.*)

ESCENA VII.

ANTONIO.—ROSQUETE.—*Luego* BALTASARA.

ANTONIO. (*Que trae á Rosquete cogido del brazo.*) Baltasara, Baltasara! Ya pienso haber dado con el hilo principal de la trama. Baltasara!

ROSQ. Pero no apriete osté tanto, que me duele.

ANTONIO. Bueno; pero responda usted categóricamente á todo cuanto yo le pregunte. (*Sale Baltasara.*) Qué á propósito llegas.

BALTAS. Quién es ese hombre?

ANTONIO. Lo ignoro; pero lo que puedo decirte es que lo he encontrado encaramándose por las ventanas

de nuestra casa, con una escala en la mano que ha tirado no sé dónde.

BALTAS. Qué laberinto, padre mio! Nunca nos hubiéramos mudado á este cuarto.

ANTONIO. Qué hacia usted á esta hora por la calle?

ROSQ. Yo?... Y á osté qué le importa?

ANTONIO. Responda usted con ingenuidad.

ROSQ. Con ingenuidad?

ANTONIO. Si señor. Porqué se paseaba usted á estas horas por esta calle?

ROSQ. Toma... me paseaba... porque me daba la gana.

ANTONIO. Con qué intento?

ROSQ. Con el intento de tomar el fresco.

BALTAS. Qué desvergüenza?

ANTONIO. Ese no es modo de contestar, señor mio. Sea usted franco y le perdonaré.

ROSQ. Y yo, qué delito he cometio pa que osté me perdone?

ANTONIO. Para qué se encaramaba usted por los hierros de mis ventanas?

ROSQ. Pa qué?... Toma pa cogé un nio de golondrinas.

ANTONIO. Se está usted burlando de mí?

ROSQ. A osté qué le parese?

ANTONIO. Me parece que esta noche duerme usted en la cárcel.

ROSQ. Too pue se.

BALTAS. Pero responda usted como se debe, cristiano.

ROSQ. (*Con enfado.*) Pues eso es lo que estoy jasiendo!

ANTONIO. Déjalo; la justicia le hará cantar. A ver... dónde está Ventura? Ventura!

BALTAS. Para qué le llamas?

ANTONIO. Para que vaya en busca del comisario y le diga que venga. (*Sale Ventura.*)

ESCENA VIII.

ANTONIO.—BALTASARA.—ROSQUETE.—VENTURA.

VENT. Me llamaba usted, señor?

ANTONIO. Sí, te llamaba... O si no, déjalo; he variado de

parecer, yo mismo iré en persona á buscarle, porque si vas tú solo, no querrá dar crédito á lo que digas, imaginando que será un lance semejante al anterior. Cierra aquella puerta con llave, Ventura. *(Ventura cierra la puerta de la derecha.)* Tú, Baltasara, coge esa luz. *(Baltasara coge la luz.)*

BALTAS. Pero qué vas á hacer?

ANTONIO. A dejar encerrado á este gandul. Y ustedes me esperarán en el recibimiento. Dáme la llave.

VENT. Tómela usted. *(Se la dá.)*

ANTONIO. Has cerrado bien?

VENT. Perfectamente.

ANTONIO. *(A Rosquete.)* Cómo se llama usted?

ROSQ. Pa qué lo quié osté sabé?

ANTONIO. No me dice usted su nombre y su apellido?

ROSQ. Argun dia lo sabrá osté, lo que es ahora no lo igo.

ANTONIO. Haga usted lo que guste. Salgamos. Y la llave de esa otra puerta tambien me la llevo. *(A Rosquete.)* Voy en casa del comisario.

ROSQ. Si? Déle osté un besito de mi parte.

VENT. Pues el nene no es descarado que digamos.

ANTONIO. Yo le aseguro á usted que dentro de poco no tendrá usted ganas de chanzas. Reflexione usted bien lo que hace. Marchemos. Esta vez no hay escapatoria.

BALTAS. Si acabarán alguna vez todos estos enredos?

ESCENA IX.

ROSQUETE.—*Luego* CÁNDIDA.

ROSQ. Mu bien. Van á casa der comisario. Pues yo voy á la gasapera á disir á mi tiniente que too se lo ha llevao la trampa. Yo que lo tenia too tan bien arreglao, que de too di parte á mi querida Inés. *(Sale Cándida.)* Vamos ver si damos con el escondite. *(Caminando á tientas.)*

CANDIDA. Le han dejado á oscuras. Rosquete!

ROSQ. Quién me yama?

ALEJ. *(Dentro.)* Rosquete!

ROSQ. Señó.

CANDIDA. Esa es la voz de Alejandro. Rosquete!

ROSQ. Vamos con tanto Rosquete. A ónde acúo?

CANDIDA. Has hablado con Inés?

ROSQ. He hablao con Inés; pero quién es osté?

CANDIDA. La tia de Alejandro; el ama de Inés.

ROSQ. Osté po aqui tambien, señorita.

ALEJ. (*Dentro.*) Rosquete! No me oyes?

ROSQ. Sí, señó, pero no le veo. Arrímese osté jásia aqui, déme osté la mano.

ALEJ. Has visto á mi tia?

CANDIDA. Aquí estoy, sobrino.

ROSQ. Pero dónde está osté, mi tiniente?

ALEJ. Me han dejado encerrado.

ROSQ. Entonses difisilmente nos escaparemos. Volvimos á enchironarnos, como disen en mi tierra.

ALEJ. Tia.

CANDIDA. Sobrino. (*Se aproximan á la puerta.*)

ALEJ. Cuánto siento lo que padece usted por causa mia!

CANDIDA. No sientas lo que ha sucedido, sino lo que tiene que suceder todavía. No tengo esperanzas de volver á casa en mucho tiempo. Qué dirá mi esposo!

ALEJ. Se siente usted mejor?

CANDIDA. Sí, un poco mejor me siento. Pero Rosquete, qué hacemos?

ROSQ. Lo que estamos jasiendo. Entrá en la gasapera cuando hay gente; salí de ella cuando no hay naide; golvé á entrá cuando se siente ruio; salí despues; andá á tientas si es de noche, de puntiyas si es de dia; hablase sin verse, y esperá yenos de pasensia una hora venturosa pára estos probes encarselaos.

CANDIDA. Pues es preciso salir de aquí.

ROSQ. Lo mesmo digo yo. Por mi parte, buenos puños tengo, y no me costará mucho trabajo derribá esa puerta, y esta...

CANDIDA. Y qué conseguiríamos? Escandalizar, y tener precision de pasar por el recibimiento donde está la esposa y el criado de don Antonio.

ROSQ. Eso importaba poco: el asunto era salí de cualquier manera.

CANDIDA. Sí, pero gritarian, vendria gente, conocerian á mi sobrino y le prenderian...

ROSQ. Es verdá, no me acordaba que á mi tiniente le güele la cabesa á plomo. No hay mas que tené resignasion y esperá que una nueva estratagema nos saque de este encarselamiento.

CANDIDA. Siento ruido.

ROSQ. Creo que no se equivoca osté.

CANDIDA. Escóndete, Alejandro, que llegan. (*Rosquete se dirige á la consola.*)

ALEJ. Escóndase usted tambien.

CANDIDA. Rosquete.

ROSQ. Señora.

CANDIDA. Dónde estás? He perdido el tino y no acierto á dar con la consola. (*Anda en direccion opuesta.*)

ROSQ. Por aqui: alijérese osté que llegan. (*Suena la cerradura.*)

CANDIDA. Dios mio, he perdido el tino! Qué apuro!

ROSQ. Que abren; yo me escondo. (*Se esconde.*)

CANDIDA. Espera, aguarda; no me comprometas. Ya no es posible. (*Abren la puerta y Cándida se pone el antifaz. Entran Antonio, Baltasara, Ventura con una luz, Diego, Portero.*)

Claro

ESCENA X.

ANTONIO.—BALTASARA.—VENTURA.—DIEGO.—PORTERO. CÁNDIDA.

ANTONIO. Esta vez no dirá usted que le llamo inútilmente. Aquí tiene usted al... al... al... (*Mirando á Cándida estupefacto.*)

DIEGO. A quién?

ANTONIO. Esta es la enmascarada.

BALTAS. Qué le parece á usted?

VENT. Cuando yo digo que en esta casa habita el diablo?

BALTAS. Qué dices ahora?

ANTONIO. Quién, yo? No digo nada.

DIEGO. Lo ve usted, señor don Antonio? No le dige á usted que sucederia una cosa igual á la anterior? Si tengo un tacto!

ANTONIO. Pues señor, yo he dejado encerrado aqui un hombre, y de apariencia sospechosa. Mi mujer lo ha visto, mi criado, el señor. *(Señala al portero.)*

PORTERO. Sirvase usted ramificar esa preposicion. Yo no era comparecido aqui cuando sucedió ese suceso.

ANTONIO. Tiene usted razon. Usted no estaba... Yo estoy loco. ¿Hay alguien en la alcoba? *(Baltasara registra con la luz.)* Míralo bien, esposa mia.

DIEGO. O ustedes están locos, ó se burlan de mí.

BALTAS. No hay nadie. Pero bueno seria conocer á esta señora puesto que la tenemos en presencia de la autoridad.

CANDIDA. Soy perdida!

DIEGO. Oh! sí; eso es preciso.

ANTONIO. Ventura, házme un poco de tila, me siento algo malo. *(Le da la llave, vase Ventura.)*

ESCENA XI.

ANTONIO.—BALTASARA.—DIEGO.—PORTERO.—CÁNDIDA.

VENT. Voy al momento.

BALTAS. Sí, señora, es preciso que sepamos quién es usted, los derechos que tiene para venir á mi casa á tales horas, y de entrar por partes donde no se la vé.

DIEGO. Es preciso.

PORTERO. Sí, señora, es preciso que usted despoje la incógnita.

DIEGO. Usted se calla la boca.

PORTERO. Obedece al que manda, dice el apóstol San Rafael en la sagrada Blibia.

DIEGO. Conque, señora, hágame usted el gusto de quitarse la careta y decirnos á qué ha venido á esta morada.

ANTONIO. Disimule usted, hija mia. Me encuentro en el caso de no poder ser galante. Yo la acompañé á usted hasta la puerta, cuando solicitó mi proteccion. Subí, y reapareció en mi sala; despues desapareció usted otra vez como por encanto; dejo

encerrado aqui á un hombre; vengo, no le veo, y en su lugar me encuentro á usted. Comprenda usted mi posicion, y vea si me hallo autorizado para exigirla que se dé á conocer.

CANDIDA. (*Bajo á Antonio.*) Caballero, el comisario es mi marido: comprenda usted el compromiso en que estoy.

BALTAS. Qué te ha dicho?

ANTONIO. Qué?.. nada que... vamos... yo no puedo consentir que esta señora se quite la careta! yo la protejo.

BALTAS. Cómo!

DIEGO. Qué dice usted?

PORTERO. Qué cosas suceden aqui tan incorrectas.

BALTAS. Conque te declaras protector de esta señora? Eso es que te ha reconvenido por lo que ibas á hacer, y te arrepientes: no quieres ponerla en el caso...

ANTONIO. Baltasara, no me desesperes; no pongas á prueba mi paciencia.

DIEGO. Su esposa de usted no deja de tener razon.

BALTAS. Y tanta razon como tengo.

PORTERO. (Esta señora debe ser de categórica posicion, y por eso no quiere desataparse.)

BALTAS. Y ya que mi señor esposo la protege, yo quiero conocer quién es la protegida, y yo misma la arrancaré la careta. (*Se dirige á Cándida y esta la habla por lo bajo.*)

ANTONIO. (Cielos! la va á comprometer.)

DIEGO. No me opongo, y creo que cumplo con mi deber.

BALTAS. (*Bajo á Cándida.*) De veras?

CANDIDA. (*Bajo á Baltasara.*) Si, señora, y ademas soy tia carnal del desgraciado tránsfuga que tiene usted escondido allá dentro.

DIEGO. Qué hace usted parada, doña Baltasara?

BALTAS. Yo no puedo consentir que esta señora se quite la careta; yo la protejo.

DIEGO. Quiere decir que esa señora no puede estar sin careta delante de nosotros?

PORTERO. Qué cosas suceden aqui tan estrajudiciales!

DIEGO. Pues señor, en ese caso, apelando al derecho que la ley me concede, yo seré, es decir, será

mi autoridad la que la obligue á despojarse de su misterioso antifaz. *(Sale Ventura asustado y corriendo.)*

ESCENA XII.

ANTONIO.—BALTASARA.—DIEGO.—CANDIDA.—PORTERO.—VENTURA.

VENT. Socorro! favor!
TODOS. Qué es eso?
VENT. Yo me voy de esta casa.
DIEGO. Pero, qué sucede?
VENT. He visto un hombre en la alcoba de la señora.
ANTONIO. Santos cielos! en la alcoba de mi mujer.
BALTAS. No sospeches nada malo.
ANTONIO. Aparta de aquí! *(Todos hablan á un tiempo. Antonio reconviniendo á Baltasara, esta disculpándose; Cándida tranquilizando al matrimonio. Ventura diciendo que se va de la casa; el portero logra imponer silencio y dice.)*
PORTERO. Señores, tengan ustedes la bondad de tener una poca de conscupicencia! *(Comienza de nuevo la algazara.)*
DIEGO. Señores, silencio! Silencio digo, señores! No oyen ustedes que silencio? Haya respeto á la autoridad! *(Todos se callan.)*
BALTAS. Señor comisario, soy inocente.
ANTONIO. Dice Ventura que estaba en tu alcoba.
DIEGO. Pasemos á buscarle.
BALTAS. No puede ser; yo le protejo.
ANTONIO. Cáscaras! Tú le proteges? Yo entraré. *(Baltasara le sujeta y le dice por lo bajo.)*
BALTAS. Es el sobrino de la enmascarada, y está perseguido por opiniones políticas.
DIEGO. Vamos, don Antonio; entremos.
ANTONIO. No puede ser; yo *(Se interpone.)* le protejo.
DIEGO. Esta es casa de proteccion, por lo que veo.
PORTERO. *(A Ventura.)* Le vió usted la fisomonía?
VENT. Déjeme usted en paz.
DIEGO. La curiosidad por un lado, y por otro mi deber,

me aconsejan que sea yo el que descifre tanto enigma, y en su consecuencia doy principio á mi obra entrando dentro y buscando al encubierto.

ESCENA XIII.

BALTASARA.—DIEGO.—CÁNDIDA.—PORTERO.—VENTURA. ALEJANDRO.

ALEJ. No es necesario que usted se moleste.
DIEGO. Qué veo? Mi sobrino!
VENT. El demonio!
DIEGO. Y quién es esta señora?
CANDIDA. *(Quitándose la careta.)* Tu esposa.
ANTONIO. Todo se comprende ahora.
CANDIDA. Quise esconderle en casa, y cuando nos mudamos estaba ya metido en el escondite, y no le pude salvar, y me fué preciso valerme de este disfraz y otras estratagemas, para sacarle de aquí. Pero todo se ha perdido, él se ha presentado y.....
DIEGO. Y yo como autoridad me veo en el caso de prenderle y entregarle como rebelde.....
ANTONIO. Es acaso el señor uno de los que se pronunciaron en Cataluña hace poco?
ALEJ. Muy cierto. Mi suerte no es dudosa; y por lo tanto dispuesto estoy á todo y que terminen de una vez los afanes de mi querida tia.
ANTONIO. Sosiéguese usted, caballero; pasado mañana sale en la Gaceta un decreto de indulto para todos los revolucionarios de Cataluña. Me consta; estoy empleado en el ministerio de Estado, y yo mismo he redactado la minuta de ese decreto.
CANDIDA. Será posible?
PORTERO. No hay bien que por mal no venga.
DIEGO. Con que cesaron los compromisos.
CANDIDA. Abrázame. *(Se abrazan.)*
ANTONIO. Pero, á dónde está el escondite?.... *(Rosquete asoma la cabeza por detras de la consola y sale. Todos se asustan.)*

ROSQ. Aqui he quedao yo pa desirlo.
ANTONIO. Mi prisionero! Ahora comprendo tanta aparicion y tanta desaparicion.
DIEGO. Y quién es ese hombre?
ROSQ. Yo me llamo Rosquete; bonito nombre, no es verdá? Soy lisensiao y novio de su criada de osté.... de Inesiya, y á la que amo pa casarme con eya, se entiende; pero cuando haiga trigo.
ALEJ. Yo me encargo de ese asunto; de alguna manera he de recompensar tus buenos servicios.
CANDIDA. Yo tambien le protejo.
DIEGO. Y yo tambien, puesto que todos esta noche nos hemos dado de ojo para proteger.
VENT. *(A Rosquete.)* Fué usted quizás el que me robó el...
ROSQ. Chipé.
VENT. No señor, no era chipé, era jamon!
ROSQ. Yo me lo jamé.
PORTERO. Buen provecho.
VENT. Pues á usted le eché la culpa.
DIEGO. Señores, es muy tarde y es preciso recogerse.
ANTONIO. Lo mismo digo.
CANDIDA. Todo al fin se ha descifrado.
BALTAS. De lo cual yo me consuelo.
ALEJ. Qué haremos en tal estado?
ROSQ. Qué? dormir.
PORTERO. Muy bien pensado.
Cada olivo á su mochuelo.

FIN DE LA COMEDIA.

GOBIERNO POLITICO DE LA PROVINCIA DE MADRID.

Madrid 23 de Diciembre de 1852.

Examinada por el Censor de turno, y de conformidad con su dictámen puede representarse.

Diaz.

CONSOLAR AL TRISTE.

CONSOLAR AL TRISTE,

COMEDIA EN TRES ACTOS Y EN VERSO,

IMITACION DE PONSARD,

POR

D. JOSÉ MARIA GUTIERREZ DE ALBA.

Representada por primera vez en Madrid, con gran aplauso, en el teatro de Novedades el 6 de Noviembre de 1868.

MADRID:
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ, CALVARIO, 18.
1868.

PERSONAJES.	ACTORES.
LA MARQUESA, viuda jóven.	Doña Rosa Tenorio.
LUISA, costurera.....	Elisa Mendoza.
LA TIA LORETO, prendera.	Micaela Roca.
JUANA, criada de la marquesa.....	Guerra.
D. RAFAEL, ingeniero civil.	Don Segismundo Cervi.
EL BARON.....	Ramon Benedí.
EL CONDE.....	Juan Mela.
D. EDUARDO, banquero....	Ricardo Guerra.
EL TIO SIMON, portero....	Acensio Mora.
PRÓSPERO, mayordomo del Conde.....	N. Córcoles.
UN NIÑO de 5 á 6 años....	Royo.
UNA NIÑA de 10 id.....	

Señoras, caballeros, criados, varios personajes mitológicos.

La accion en Madrid: en nuestros dias.

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los paises con quienes haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria

El autor se reserva el derecho de traduccion.

Los comisionados de las Galerías Dramáticas y Líricas de los *Sres. Gullon e Hidalgo*, son los exclusivos encargados del cobro de los derechos de representacion y de la venta de ejemplares.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

EL ELOCUENTE ORADOR DE LA DEMOCRACIA

SEÑOR DON CRISTINO MARTOS.

Queridísimo amigó: Cuando á principios de este año me fué prohibida por la censura borbónica la representacion de mi revista *Las aleluyas vivientes*, V., expatriado y fugitivo en territorio lusitano, hizo cuanto pudo por sacar allí á luz el desgraciado hijo de mi pobre inteligencia. Desde aquel dia me propuse dedicar á V. mi primera obra, como un testimonio de gratitud, y un recuerdo afectuoso de nuestra antigua y buena amistad. El condenado á diez años de presidio por revolucionario en 1857, tiene el derecho de llamar hermano al condenado á pena capital en 1866.

Reciba V., pues, esta dedicatoria como una prenda del fraternal cariño de su entusiasta admirador

José M. Gutierrez de Alba.

CUATRO PALABRAS DEL AUTOR

Á LOS ACTORES QUE HAN ESTRENADO ESTA OBRA.

Á pesar de las muchas contrariedades con que hemos tenido que luchar para poner esta obra en escena, el triunfo ha sido completo. Gracias, amigos mios: tambien los artistas modestos, cuando tienen fe, verdadera aplicacion, docilidad y buen deseo, superan las mayores dificultades.

Nada digo de la primera y distinguida actriz Doña Rosa Tenorio, porque, ocupando su puesto natural, lo ha llenado dignísimamente, así como D. Acensio Mora, Doña Micaela Roca y demas artistas que desempeñaban papeles proporcionados ó inferiores á sus fuerzas. No ha sucedido lo mismo con D. Segismundo Cerví y la Sta. Doña Elisa Mendoza: el primero, que no habia ejecutado nunca un papel de galan en los teatros de Madrid, dudando de sí mismo, lo tomó con desconfianza, lo estudió con afan, y el público con sus aplausos desvaneció sus temores. Pero la verdadera heroina de la funcion, fué la Sta. Elisa Mendoza, digna hija de la Sra. Tenorio, que por primera vez pisaba la escena, y salió con un papel para el cual se necesitan gran corazon y clarísima inteligencia. Poseedora de estas dotes, con su rostro angelical y su voz penetrante y simpática, se apoderó del público é hizo derramar lágrimas hasta á las personas que más alarde hacian de no haber llorado nunca en el teatro.

En otras circunstancias la obra se hubiera sostenido en la escena por muchos dias; hoy todo cede al gran interés

que con razon inspiran los asuntos políticos; ante ellos todo palidece, todo es efímero y pequeño; sin embargo, la obra tendrá vida, porque encierra un pensamiento, encarnado en la parte honrada de nuestra sociedad, que vosotros habeis interpretado fielmente. Gracias, pues, y adelante, que el talento y la aplicacion hacen verdaderos milagros.

El Autor.

ACTO PRIMERO.

Sala de confianza elegantemente adornada, en casa de la Marquesa. Puerta al foro; puertas laterales. Chimenea á la izquierda, balcon á la derecha.

ESCENA PRIMERA.

El TIO SIMON, LUISA, luego JUANA.

SIMON. Bah! no te aflijas por eso,
que Dios, es verdad que aprieta,
pero no ahoga. Mi chica,
ya sabes tú que no es lerda,
y hará que te dé trabajo
la señora.

LUISA. Dios lo quiera,
al ménos por mi hermanita,
que hace un mes la tengo enferma,
y no alcanzan para nada
los tres reales que en la tienda
me pagan por la costura,
que un dia entero me cuesta.

SIMON. Pobre!... Aquí sale ya Juana.
¿Qué ha dicho? (Á Juana.)

JUANA. En mal dia llega.
Hoy está mal de los nervios;
le ha echado á mi compañera

un regaño de lo lindo.

SIMON. ¿Por qué?

JUANA. No sé; porque reina,
como don Rafael dice,
mal aire. Si álguien se acerca
á hablarle, cuando se halla
de mal humor, no contesta,
ó manda que una se quite
al punto de su presencia.

LUISA. ¡Cómo ha de ser! otro dia
quizás...

JUANA. Cuando esté de buenas,
le hablaré, y estoy segura
de que algo ha de hacer por ella.

SIMON. No lo olvides, que á la pobre
la van faltando las fuerzas.

JUANA. No lo olvidaré.

LUISA. Mil gracias.

SIMON. Yo, siempre que venga á verla...

LUISA. Lo sé, y agradezco mucho
su buena intencion. ¿Se queda
usted, tio Simon?

SIMON. Un rato.

LUISA. Yo vuelvo á casa, no sea
que mi hermana se despierte;
que, cuando la voz esfuerza
en llamarme, tose mucho.
Adios, Juana. (Dándole la mano.)

JUANA. Adios. Quisiera...

LUISA. Ya lo sé. Dios te lo pague.

SIMON. No hay que perder la paciencia.
Ánimo, que la fortuna
la pintan sobre una rueda.
Ni el bien ni el mal son eternos,
como decia mi abuela,
y no siempre estará el diablo
metido tras de la puerta.
(Acompaña á Luisa hasta la del foro y vuelve. Vá-se Luisa.)

ESCENA II.

JUANA, el TIO SIMON.

SIMON. ¿Conque estás bien, hija mia,
en casa de la Marquesa?
JUANA. Sí, señor.
SIMON. Me alegro mucho.
Tu madre, como es tan terca,
cree que hay mucho trabajo...
JUANA. No, señor. Y aunque así fuera,
sabe usted que viuda y sola
es el ama, y para ella
somos, de escalera arriba,
tres criadas y dos doncellas.
No, el trabajo no nos mata.
SIMON. ¿Y el genio?
JUANA. Si se le lleva,
y amen se le dice á todo,
es... como el de otra cualquiera.
Hay dias que se levanta
de mal humor, y la pega
con todo el que va encontrando,
tenga motivo ó no tenga;
otros dias, de su estancia
no sale; y allí se emperra
y llora, y no hay quien la sufra;
viene el médico, la observa,
y dice que son los nervios;
y cuando va por la puerta,
exclama así, por lo bajo:
«caprichos! está tan buena
como yo!» Y como le pagan,
las visitas menudea.
Por lo demas, es un ángel;
va á pedir á las iglesias
limosna para los pobres...
y, en fin, tiene muchas prendas
que hace que todos la estimen.
SIMON. ¿Y siendo tan rica y bella
y tan jóven, en casarse

de nuevo cómo no piensa?

JUANA. No sé; pero no es por falta
de novios que la pretendan.

SIMON. ¡Hola!

JUANA. Un conde y un banquero
y un baron andan que vuelan
por adivinarle el gusto;
pero, á mi ver, no le petan.
Si hay alguno que le agrade,
segun tengo acá sospechas,
es un señor, primo suyo,
que ha poco llegó de América,
y se llama... no me acuerdo...
Sí, don Rafael de Saavedra.

SIMON. ¿Alto? buen mozo?... de algunos
veinte y ocho años ó treinta?

JUANA. Sí, señor.

SIMON. ¿Que es ingeniero?

JUANA. Creo que sí.

SIMON. ¡No me queda
duda; el hijo de don Plácido!

JUANA. ¿Le conoce usted?

SIMON. Ya hay fecha.
Nació estando yo en su casa
sirviendo, y aun estuviera,
si no me hubiese casado
con tu madre. Una docena
de años hay que no le he visto;
le apuntaba el bozo apenas,
y era ya un mozo que daba
gusto el verle. Cuando venga,
le dices: don Rafael,
mi padre es Simon Rivera,
el que, siendo usté chiquito,
en sus brazos á la escuela
lo llevaba... Ya verás,
ya verás cómo se acuerda.
É irá á verme, no lo dudes.
¡Caramba! ¡quien lo creyera,
que al cabo de tantos años...
¿Se lo dirás?

JUANA. De muy buena

gana; mas como es tan sério...
vamos, me dará vergüenza.

SIMON. ¿Sério él? Pues si cuando niño
estaba siempre de fiesta.

JUANA. Mucho debe haber cambiado,
porque ahora, cuando aquí entra. .
hasta á su prima regaña.

SIMON. Será en broma.

JUANA. Muy de veras.
(Se oye llamar.)
Llamando están. ¿Son las doce?
Mire usted, puede que sea...
Á esta hora todos los dias
suele venir. (Escuchando.)

SIMON. Dios lo quiera.
Le voy á dar un abrazo...

JUANA. Él es!

SIMON. Ya verás qué escena.

ESCENA III.

DICHOS, D. RAFAEL.

RAFAEL. (Entrando.) Buenos dias. ¿La señora
marquesa se ha levantado?

JUANA. Sí, señor.

SIMON. (Ap.) No se ha fijado.
¡Ah! qué buen mozo es ahora!
(Alto.) Señorito...

RAFAEL. ¿Qué se ofrece?

SIMON. Usted perdone si yo...
(Ap.) Y no tengo duda, no;
todo al padre se parece.
Le voy á hablar y enmudezco.
(Alto.) Como estoy ya viejo... ¿hen?
vamos, míreme usted bien,
á ver á quién me parezco.
¡Caramba, y qué moceton!
Y era usted tan chiquitito!...

RAFAEL. Esa cara...

SIMON. Señorito:
esta cara es de...

RAFAEL. (Abrazándole.) Ah! Simon!

SIMON. (Fuera de sí.) Claro, yo bien lo sabia.
¡Pues no habia de conocer
á quien le ha visto nacer!
(Enjugándose los ojos.)
Llorando estoy de alegría.
RAFAEL. ¡Quién se habia de figurar!
SIMON. (Á Juana.) Ya lo ves, no me ha olvidado;
y veinte años de casado
hacen á un hombre cambiar.
RAFAEL. ¡Veinte años ya! ¡Cómo pasa
el tiempo!
SIMON. Como una nube.
Cuando yo bajo, usted sube.
RAFAEL. ¿Y qué haces en esta casa?
SIMON. Á la señora Marquesa
mi chica (Señalando á Juana.) sirviendo está,
y vengo á verla, y me da
tan agradable sorpresa.
RAFAEL. ¿Conque es tu hija?...
SIMON. Sí, señor.
JUANA. Servidora...
SIMON. Y otros tres
que me han nacido despues.
Esta es Juana, la mayor.
RAFAEL. ¿Y en qué te ocupas?
SIMON. En nada,
si he de decir la verdad.
Llegando un hombre á mi edad,
en todas partes enfada.
Un brazo se me rompió,
trabajando de albañil,
y como hay cuarenta mil
que son más fuertes que yo,
y tengo ya el pelo cano,
y la vista no muy buena,
y para cualquier faena
casi me falta una mano,
adonde quiera que llego
á pedir trabajo y pan,
dicen que no me lo dan
por ser viejo, y manco... y ciego
Viéndome en esta agonía,

con cinco á quien mantener,
y sin tener que comer,
pretendí una portería;
y fué en tan buena ocasion,
que me la otorgó el casero.
Y aquí tiene usté un portero
que está á su disposicion,

RAFAEL. Veo que el humor conservas.

SIMON. ¿Qué he de hacer? ¿Me he de morir?
El hombre debe vivir,
aunque sea comiendo yerbas.
¿Hemos de pedir jamones
y faisanes y perdices,
si andan tantos infelices
con el hambre á bofetones?
Algunos conozco yo...
Pero eso no viene á cuento;
con pan estoy yo contento,
y mi familia. ¡Pues no!

RAFAEL. Contento está con su suerte!

SIMON. El mal tiempo pronto pasa.

RAFAEL. Dime donde está tu casa...

SIMON. Señor!...

RAFAEL. Que quiero ir á verte.

SIMON. (Á Juana.) En sabiéndolo tu madre
se vuelve loca, de fijo.
(Besando la mano á Rafael.)
¡Señor, Dios bendiga al hijo
que se parece á su padre!

RAFAEL. ¿Dónde vives? (Sacando su libro de memorias.)

SIMON. Yo no puedo
consentir...

RAFAEL. Dime dónde es.

SIMON. Bien, número ciento tres
de la calle de Toledo.
Es casa de vecindad.

RAFAEL. No importa.

SIMON. (Ap.) ¡Bendito sea!
Cuando mi esposa lo vea...
¡Jesus, qué felicidad!

RAFAEL. En la fonda de Madrid
vivo; esas mis señas son.

(Le da una tarjeta.)
Si hay un apuro, Simon,
allá al momento acudid.

SIMON. Iré.

RAFAEL. Fuera en tí un delito...

SIMON. Bah! le digo á usted que iré.
¿Me deja usted que le dé
otro abrazo, señorito?

RAFAEL. Y un ciento. (Lo abraza.)

SIMON. Juro á mi nombre
que esta prueba de cariño... (Llorando.)
El que es bueno cuando niño
¿no lo ha de ser cuando hombre?
(Ruido fuera hácia la puerta derecha.)

JUANA. Ah! la señora Marquesa.

SIMON. Señorito, hasta otro dia.

RAFAEL. Adios.

JUANA. Vamos.
(Empujándole suavemente hácia la puerta del foro)

SIMON. (Que vuelve varias veces la cabeza.)
Sí, hija mia.
(Al salir.) Vale más oro... que pesa!
(Váse con Juana.)

ESCENA IV.

RAFAEL, la MARQUESA.

MARQ. Buenos dias, Rafael.

RAFAEL. Muy buenos. ¿Qué tal?

MARQ. Estoy...
así...

RAFAEL. Mira que me voy,
si hay nervios.

MARQ. Eres cruel!

RAFAEL. El verte de mal humor
ya sabes que no me agrada.

MARQ. Si soy lo más desgraciada!...

RAFAEL. ¿Por qué? dilo, hazme el favor.

MARQ. ¡Por qué! ¿Y tú me lo preguntas?

RAFAEL. Claro, porque no lo sé.

MARQ. Yo sola sufro más que

todas las mujeres juntas.

RAFAEL. (Riendo.) Estás ofendiendo á Dios
con tan infundada queja.
Di, ¿qué desgracia te aqueja?
Solos estamos los dos.
Permíteme aconsejarte
como pariente y amigo,
ó al ménos llorar contigo,
si es que no puedo aliviarte.

MARQ. Te ries de mi dolor,
porque tú no lo comprendes.

RAFAEL. Si tú misma no te entiendes!

MARQ. Si no me entiendo, mejor!
La cosa más irritante
y que más me mortifica,
es cuando se me predica
un sermon extravagante!

RAFAEL. No fué enojarte mi intento.

MARQ. Si fué ese tu intento ó no,
¿quién sabrá mejor que yo
lo que sufro y lo que siento?

RAFAEL. Vamos, hoy sopla mal aire.
(Tomando el sombrero.)
Mañana, luego quizás...

MARQ. Mira, Rafael, si te vas,
voy á tomarlo á desaire!

RAFAEL. (Soltando el sombrero.)
Me quedaré, si lo exiges;
satisfaré tus deseos;
pero dime, sin rodeos,
¿qué tienes? por qué te afliges?
Vamos. (Se sientan.)

MARQ. Tengo mil razones
para estar desesperada.

RAFAEL. Primera?

MARQ. Nádie hace nada
más que darme desazones.
Desde que me he levantado,
dió principio mi doncella.

RAFAEL. Vamos, dime: ¿qué ha hecho ella?

MARQ. Ya ves, cómo me ha peinado!

RAFAEL. Primer motivo. ¿El segundo?

MARQ. Que esperaba hoy un sombrero...
RAFAEL. Y no ha venido. ¿Tercero?
Ese será más profundo.
MARQ. ¿Te burlas?
RAFAEL. Hablo formal.
Tercero?
MARQ. Me han roto el coche,
y no puedo ir esta noche...
RAFAEL. ¿Adónde?
MARQ. Al teatro Real.
RAFAEL. ¿Cuarto?
MARQ. Que un capricho leve,
que tengo desde anteayer,
lo quiero satisfacer,
y no hay medio.
RAFAEL. ¿Quién se atreve?...
MARQ. Mi... torpe administrador:
dice que mi renta baja,
y que no hay dinero en caja
más que el preciso.
RAFAEL. ¡Qué horror!
MARQ. Yo de convencerle trato,
porque otros no lleguen ántes:
es un collar de brillantes,
¡y me lo dan tan barato!
RAFAEL. ¿Qué vale?
MARQ. Una pequeñez;
cuarenta y dos mil y pico.
RAFAEL. Mucho siento no ser rico,
siquiera por esta vez.
MARQ. Porque sé que no lo eres,
delante de tí me quejo.
RAFAEL. Quieres que te dé un consejo?
Oye y no te desesperes.
MARQ. No quiero consejos, no;
pues de nada han de servirme.
Lo que quisiera es... morirme!
RAFAEL. Mucho lo sintiera yo.
MARQ. Luego, no ver á mi lado
más que gentes que me enojan
y objetos que me acongojan.
¡Qué mundo tan condenado!

Hasta ese viento maldito,
que los cristales conmueve,
los nervios me crispa! Y llueve!

RAFAEL. Sí.

MARQ. De ver llover me irrito!

RAFAEL. Felizmente el aguacero
no debe dar pesadumbre
á quien calienta esa lumbre.
(Señalando á la chimenea.)
En la calle estará á cero.

MARQ. Que fuera haga mucho frio
ó poco, nada me importa.

RAFAEL. (Levantándose.) Esta atmósfera conforta.
Voy á ver... (Asomándose al balcon.)

MARQ. Sigue?

RAFAEL. ¡Dios mio!

MARQ. Hasta el tiempo es ruin y aleve!
¡Qué invierno!

RAFAEL. Aquí no se nota.
Ven, asómate, Carlota.
Ahora lo que cae es nieve.

MARQ. Me es igual.

RAFAEL. Deja el *esplin*
y asómate á esta ventana.
Verás cómo se engalana
con la nieve tu jardin.

MARQ. Ya lo he visto.

RAFAEL. ¿Y no te gusta?

MARQ. Sí tal.

RAFAEL. Ven. ¡Cuánta belleza
tiene la naturaleza!
(La Marquesa se acerca al balcon.)
Ese manto...

MARQ. Á mí me asusta.
(Vuelve á la chimenea.)

RAFAEL. (Volviendo al lado de la Marquesa.)
Di. El ver tu jardin nevado,
¿qué ideas despierta en tí?

MARQ. Ninguna.

RAFAEL. Tú hablas así,
porque no has reflexionado.
Al mirar cómo blanquea

el suelo, apuesto á que dices:
«¡No tienen los infelices
butacas ni chimenea.»
Si el más rigoroso invierno
tiene sus goces aquí,
lo que es gloria para mí,
es para otros un infierno.

MARQ. Rafael, que estás imagino
burlándote...

RAFAEL. No, á mi fé.
Oye, y te presentaré
un contraste peregrino.
Cuando en pieles perfumadas
ocultas tus manos bellas,
hay quien no puede usar de ellas
por el frio agarrotadas.
Cuando cruzas en tu coche
por las calles de la villa,
hay quien gime en su buhardilla
velando toda la noche,
sin dar treguas á su afan,
con el corazon deshecho,
sin un abrigo, sin lecho,
y á veces hasta sin pan.
Mientras tú inventas pesares,
tan frívolos como vanos,
rompen otras con sus manos
los hielos del Manzanares.
De un pobre salario en pos
van, por tí, ¡míseros séres!
Carlota, y esas mujeres
son tambien hijas de Dios!
Ahora tu talento arguya,
y en tu posicion repara.
Si eres infeliz, compara
tu desgracia con la suya. (Pausa.)

MARQ. De darme así pesadumbre
tratas con tanta dureza.
Distinta naturaleza
forma en ellas la costumbre.

RAFAEL. Á lo bueno, yo lo fio,
muy fácil es amoldarse;

mas ¿quién puede acostumbrarse
á tener hambre ni frio?

MARQ. Yo deploro y con razon
que haya suertes tan distintas,
pero ese cuadro que pintas
es una exageracion.
Así está la sociedad;
pero en cambio de esos males,
hay las juntas parroquiales
que ejercen la caridad.
Aunque á los ricos les sobre,
¿nosotras no les pedimos?
¿Presurosas no acudimos
siempre al socorro del pobre?
Para el enfermo hay consulta;
para todos hay piedad...

RAFAEL. La mayor necesidad
es la que está más oculta!
¿Cómo quereis descubrir
la verdadera afliccion,
si hay quien muere en un rincon
sin atreverse á pedir?
Santo y noble es el deber
que esa asociacion se impone;
pero ¿quién remedio pone
á un mal que no alcanza á ver?

MARQ. Y bien; ó yo no me explico
lo que tú quieres decir,
ó es preciso repartir
al pobre lo que es del rico.

RAFAEL. De lo que es preciso hacer,
si hablara yo, fuera en vano.
Dios ha dejado al cristiano
un libro donde aprender.

MARQ. Mira, Rafael, esas son
vulgares declaraciones,
que suelen en ocasiones
tener visos de razon.
Pero, si el mundo es así,
¿qué le hemos de remediar?
¿Nos es dado variar
sus formas á tí ni á mí?

Que el pobre gana á destajo
su vida; y eso qué importa,
si á la larga ó á la corta
paga el rico su trabajo?

RAFAEL. (Con amargura.)
Dices muy bien, prima mia...

MARQ. Tú con tu buen corazon
aplicas á esa cuestion
la moderna algarabía.
Y aunque talento te sobre,
das un valor ideal
á esa lucha artificial
que hay entre el rico y el pobre.

RAFAEL. Lo que me ha hecho comprender
mi experiencia, poca ó mucha,
que obra mal el que no escucha
los gritos de su deber.

MARQ. ¿Y hay más?

RAFAEL. Que la indiferencia
por los agenos dolores
suele cubrirlos de flores
para negar su existencia.
Prima... doy por acabado
mi sermon serio y profundo.
No sé si el que así ve el mundo
es dichoso ó desdichado.
Volvamos á la cuestion
sobre tu destino esquivo,
á ver si hay otro motivo
que agrave tu situacion.

MARQ. Te parecerán extraños;
pero hay otro... muy cruel.

RAFAEL. Veamos cuál.

MARQ. Hoy, Rafael,
cumplo veintisiete años!

RAFAEL. ¿Y qué?

MARQ. ¿Y qué? que esta mañana,
al peinarme mi doncella...
de mi edad la triste huella...
encontró...

RAFAEL. ¿En qué?

MARQ. En una cana!

Ya ves si fundo mi queja,
pues mi juventud va en fuga:
hoy, cana; mañana, arruga;
dentro de poco, una vieja!

RAFAEL. ¿Y en qué te puede afectar
que obre así el tiempo importuno,
si tú dices que á ninguno
te propones agradar?
¿Qué te asusta en la vejez
para abrigar pena tanta?

MARQ. Es que, jóven, no me espanta
mi estado de viudez;
pero si miro á lo lejos,
me asusta la soledad.
Cual de una calamidad
huyen todos de los viejos!

RAFAEL. Tu confesion, prima mia,
manifiesta claramente
que ese temor se resiente
de algo de coquetería. (Se oye llamar.)
¿Me he equivocado?

MARQ. Tal vez.
No sé si en eso consiste;
pero debe ser muy triste
verse sola en la vejez.

RAFAEL. Parece que siento hablar...
Álguien entra en el salon.

MARQ. Ya lo oigo, si; es el Baron,
á quien envié á llamar.

ESCENA IV.

DICHOS, el BARON.

BARON. Á los pies de usted, Marquesa.
Amigo don Rafael!

RAFAEL. Señor Baron!...

MARQ. Buenos dias.

BARON. ¡Qué manera de llover!
Están las calles que asustan.
(Á la Marquesa.)
No habrá usted salido, ¿eh?

MARQ. Ayer se me ha roto el coche.

BARON. El mio le dejaré.
MARQ. Gracias Si lo necesito
tomaré uno de alquiler.
Lázaro los tiene buenos.
BARON. Nunca lo consentiré.
RAFAEL. ¡Qué tiempo!
BARON. Hace mucho frio.
RAFAEL. Mucho.
BARON. Á pesar de la piel
lo he notado, sobre todo
en las manos y en los piés.
Aunque uno es todavía jóven...
RAFAEL. ¿Por qué no se acerca usted?
MARQ. ¿Le dieron á usted mi carta?
BARON. Por ella me levanté
más temprano; y he venido
su mandato á obedecer.
Voy á sentarme un momento...
MARQ. No.
BARON. Pues no me sentaré.
MARQ. (Dirigiéndose á un secreter y sacando una carta.)
Necesito que esta carta
vaya al momento á Aranjuez.
BARON. La dejaré en el correo
yo mismo, si es menester.
MARQ. Para eso no me valdria
de su amistad.
BARON. Ya, ya.
MARQ. Es que...
lleva una sortija dentro
que es necesario poner
en manos del individuo
que indica el sobre.
BARON. Conque es...
para un...
MARQ. ¿Pues hablo yo en griego?
Allí le encontrará usted.
BARON. ¿Y no es igual que la envie
por una persona fiel?...
MARQ. Baron: usted tiene hoy
la inteligencia al revés.
BARON. Como está el tiempo tan malo!...

Es lo más fácil coger
un reuma, una pulmonía...

MARQ. Galante está usted á fe.
Para servir á una dama
hay que consultar ¡par diez!
el termómetro? Bien veo
que á su edad es menester
guardar ciertas precauciones...
Vaya usté á tomar un té
y á arroparse, hasta que deje
de nevar ó de llover.
Hoy para enviar mi carta
un jóven encontraré,
á quien el reuma no asuste.
Si tiene usté algo que hacer...

BARON. Nada más que complacerla;
y en ello le probaré...
Venga la carta. Yo mismo...

MARQ. Es que á las dos sale el tren.

BARON. Tirana! ¿Quién se resiste?...
Pero es usted tan cruel!

MARQ. Que está usted perdiendo el tiempo!

BARON. ¿Y á mi vuelta encontraré?...

MARQ. Mi enojo, si más se tarda.

BARON. ¡Ay, Marquesa, qué papel
hace quien ama de veras!
En sabiendo una mujer
que el hombre tierno la adora,
se hace implacable con él.
Yo conozco que me humillo;
pero por hacerle ver
lo mucho que la idolatro,
cuanto usted me mande haré.

MARQ. Que faltan veinte minutos!

BARON. Ya corro. (Saludando.) Don Rafael...

RAFAEL. Buen viaje!

BARON. La primita
abusa de su poder.
Señora...

MARQ. Está usted buscando
que algun sofocon me dé!

BARON. No, no; el esclavo obedece

y cumple con su deber.
(Hace que se va y vuelve.)
Adios, Marquesa!

MARQ. (Ap.) ¡Qué posma!

BARON. Adios! (Ap.) Me arroparé bien. (Vase.)

ESCENA VI.

DICHOS, ménos el BARON.

RAFAEL. Dura y cruel has estado
con ese pobre Baron.

MARQ. Por él conocí á mi esposo,
que en gloria le tenga Dios,
y él paga las amarguras
que el difunto me causó.

RAFAEL. El lazo del matrimonio
no debe, esta es mi opinion,
echársele nadie al cuello,
sin que acompañe al amor
una esperanza fundada
de ser dichosos los dos.
Por eso el hombre no debe
hacer su declaracion,
hasta haber hecho un estudio
de la mujer.

MARQ. Eso no
es tan fácil. Cuando se ama...

RAFAEL. Se ahoga en el pecho la voz
que quiere salir; se espera
hasta hallar la conviccion;
y si esto no se consigue,
se busca el medio mejor
de evitar el precipicio.

MARQ. ¿Quién puede hacer eso?

RAFAEL. Yo.

MARQ. ¿Tú?

RAFAEL. Yo. Nadie en este mundo
abrigó en su corazon
un cariño más intenso
que el mio; nadie sintió
más penas al separarse
del objeto de su amor;

y sin embargo, Carlota,
busqué en extraña region
remedio contra mí mismo
y la ausencia me le dió.
Ella era rica; yo pobre;
niños ambos; mi aficíon
crecia; acaso ella misma
más de una vez lo notó;
y callé y sufrí, sin darle
á conocer mi dolor.

MARQ. Rafael!...

RAFAEL. Si vas á casarte...

MARQ. No lo pienso.

RAFAEL. ¿Por qué no?

MARQ. Porque temo que me salga
tan mal como el anterior.

RAFAEL. Estudia ántes...

MARQ. No es posible.

RAFAEL. ¿Cuántos pretendientes son
los que aspiran á tu mano?

MARQ. Tres, sin contar el Baron.

RAFAEL. Tres?

MARQ. Don Eduardo, el Conde...
y tú.

RAFAEL. ¡Yo!

MARQ. Tú.

RAFAEL. Por favor!
Yo te quiero... como prima.

MARQ. Mientes.

RAFAEL. ¡Chistosa aprension!

MARQ. Lo sé, pero no te ensanches;
lo conozco; sí señor;
pero no quiero quererte,
porque eres muy regañon
y reservado, y de mí
tienes muy mala opinion.

RAFAEL. Eso tal vez será cierto.

MARQ. Mi carácter es feroz!

RAFAEL Tú lo dices.

MARQ. Soy violenta!...
Tengo siempre mal humor!...

RAFAEL. Si te casas, es posible

que mudes de condicion,
si eliges bien.

MARQ. ¿Cuál de todos
te parece á tí mejor?

RAFAEL. El que mejor te comprenda.

MARQ. ¿Cómo lo averiguo yo?

RAFAEL. Hay un medio muy sencillo.

MARQ. ¿Cuál?

RAFAEL. Concede sin temor
un dia á cada uno de ellos,
que en ese dia los dos
procuren de mil maneras
cautivar tu corazon;
y al que adivine tus gustos
y te comprenda mejor,
hazle dueño de tu mano.

MARQ. Aunque me digan que soy
extravagante, el recurso
acepto, con condicion
de que has de estar á mi lado.

RAFAEL. Conforme.

MARQ. ¡Extraña invencion! (Llaman.)
¿Y si ninguno consigue
agradarme? ¿Qué haré yo?

RAFAEL. Entónces... quedarte libre
y viuda cual lo eres hoy.

MARQ. ¿Y tú no entras en la prueba?

RAFAEL. Si es tu gusto...

MARQ. ¿Por qué no?

RAFAEL. Pues bien, acepto mi turno
para despues...

MARQ. Ellos son.

ESCENA VII.

DICHOS, D. EDUARDO, el CONDE.

EDUAR. (Saludando.) ¡Oh! bellísima Marquesa!...

CONDE. Señora!...

MARQ. Muy bien venidos.

CONDE. Amigo Saavedra!

RAFAEL. Conde!

EDUAR. Servidor... (Ap.) Me carga el primo.

CONDE. (Á la Marquesa.)
¿Y qué tal hoy de los nervios?
EDUAR. Con un tiempo tan inícuo,
supongo...
MARQ. Hace ya unos dias
que no descanso ni vivo.
Á este (Por Rafael,) le estaba diciendo,
cuando ustedes han venido,
que estoy por marcharme á Italia,
á ver si allí encuentro alivio.
CONDE. Pero dejarnos!
EDUAR. Dejarnos!
RAFAEL. Eso es lo que yo le digo.
Si aquí distraccion no halla,
teniendo tantos amigos,
posible es que en suelo extraño
cobre su mal nuevos bríos.
CONDE. Sí, señor; es muy posible.
EDUAR. Ah! yo así lo pronostico.
MARQ. Aquí el invierno es tan largo!
RAFAEL. El tiempo siempre es larguísimo
para quien lleva una vida...
así... sin objeto fijo.
Pero es forzoso animarse,
y... mira, un medio imagino...
un poco excéntrico acaso,
pero nuevo, y á más, digno
de tí y de cuantas personas
hoy constituyen tu círculo.
MARQ. No comprendo...
RAFAEL. Allá, en América,
hay un recurso magnífico,
que las damas de buen tono
ponen siempre en ejercicio
con un éxito admirable,
aunque es con otro motivo.
CONDE. Hable usted.
RAFAEL. Allí el talento
de invencion hace prodigios.
El ingenio es apreciado
más que en nuestro mundo antiguo,
y tanto ó más que el dinero,

presta al hombre sus servicios.
Siempre que á una dama bella,
cual satélites sumisos,
varios caballeros siguen
con amorosos designios,
la dama, ántes de inclinarse
al uno por más rendido,
al otro por más apuesto,
ó como aquí, al que es más rico,
pone de todos á prueba
ingenio y afecto unidos..

CONDE. ¿De qué modo?

EDUAR. ¿De qué modo?

MARQ. De curiosidad me pico.

RAFAEL. Allá va. La dama dice
á los dos, ó tres, ó cinco
que tratan de cortejarla
y esperan ser preferidos:
«Á cada uno de vosotros
un dia entero dedico,
para admitir sus obsequios,
en ese dia, exclusivos.»
Y ya el dia señalado,
por honor ó por cariño,
estudia el galan los medios
con que ha de abrirse el camino
al corazon de la dama,
ya sirviendo á sus caprichos,
ya hablando á su inteligencia,
ya halagando sus instintos.

CONDE. El medio es muy ingenioso.

EDUAR. Más que ingenioso, es divino.

MARQ. Sí; pero aquí no se trata...

RAFAEL. Si el objeto no es el mismo,
puede servir á lo ménos
de un agradable ejercicio
para distraer tus penas.

MARQ. Es verdad.

CONDE. (Á la Marquesa.) Yo le suplico
que acepte el plan.

EDUAR. (Id.) Yo, señora,
de su bondad solicito

mi puesto en ese certámen.
MARQ. Por mi parte, concedido.
CONDE. (Ap.) ¡Ah!
EDUAR. (Id.) ¡Ah!
CONDE. (Id.) Haré por deslumbrarla!
EDUAR. (Id.) Oro tengo; el triunfo es mio!

ESCENA VIII.

DICHOS, JUANA.

JUANA. Señora...
MARQ. ¿Qué hay?
JUANA La modista
espera allí. ¿Qué le digo?
MARQ. Que voy allá. (Váse Juana.) Caballeros,
me ausento con su permiso,
no sé si por breve rato...
CONDE. Mas quede ántes convenido...
¿Cuál es mi dia, Marquesa?
MARQ. El lunes.
EDUAR. ¿Cuál es el mio?
MARQ. El martes, si á usted le agrada.
EDUAR. El martes... Es mal indicio...
MARQ. ¡Ah! que es usted fatalista.
EDUAR. Un poco.
MARQ. Lo diferimos
al miércoles.
EDUAR. Me acomoda.
MARQ. Para que malos juicios
nadie forme, en ambos dias
me acompañará mi primo.
RAFAEL. Con mucho gusto, aunque debo
ser sólo mudo testigo.
MARQ. Por si adentro me detienen,
desde ahora me despido.
(Da la mano á los caballeros.)
CONDE. Conque... hasta el lunes.
MARQ. Conforme.
EDUAR. Y yo... hasta...
MARQ. Lo dicho, dicho.
Adios. (Á Rafael.) Si no tienes prisa,

quédate á almorzar conmigo.
(Váse la Marquesa.)

ESCENA IX.

RAFAEL, EDUARDO, el CONDE.

CONDE. ¿Y usted, señor ingeniero,
no aspira?...
RAFAEL. Pobre de mí!
Tiene poco ingenio aquí
quien tiene poco dinero.
Él es la única palanca
en que uno puede apoyar...
No me propongo luchar
con la grandeza y la banca.
CONDE. (Llevando ap. á Rafael.)
Segun eso, usted no tiene
interés en preferir...
RAFAEL. Ella, que lo ha de elegir,
verá el que más le conviene.
CONDE. Usted sabe que le estimo...
RAFAEL. Gracias.
CONDE. Es la simpatía.
Fuera yo feliz, si un dia
pudiera llamarle primo.
RAFAEL. Es mucho honor...
EDUAR. (Ap.) ¿Qué hablarán?
CONDE. Á usted, que tiene talento,
voy á decirle mi intento,
á ver si aprueba mi plan.
Es arriesgada la empresa,
y aconsejarme querria
de usted. ¿Qué la causaria
más asombro á la Marquesa?
Usted, que sabe su gusto,
puede mis planes guiar.
RAFAEL. Si usted la quiere asombrar,
lo mejor es darla un susto.
CONDE. Es decir, una impresion
fuerte.
RAFAEL. Me parece bien.

CONDE. Ochenta músicos! cien!
que al entrar en el salon...
Será una cosa ideal.
RAFAEL. De seguro eso alborota.
CONDE. Y si cantantes de nota
llevo del Teatro Real...
RAFAEL. Sí, por el canto se muere.
CONDE. (Estrechándole la mano.)
Gracias! voy lleno de ardor...
(Va y vuelve.)
Hágame usted el favor
de que el otro no se entere.
RAFAEL. Por mí... pierda usted cuidado.
CONDE. Adios. (Ap.) Es tan natural
que triunfe de mi rival...
(Á Eduardo, dándole la mano.)
El reto queda entablado! (Váse.)

ESCENA IX.

RAFAEL, EDUARDO.

EDUAR. (Con desden.)
Muchos sueñan, y sus sueños
realidades suponen!
¡Qué en ridículo se ponen
grandes que son tan pequeños!
(Á Rafael.)
¿Espera el triunfo?
RAFAEL. Sí tal.
El Conde es mal enemigo.
EDUAR. ¡Quiá! Para luchar conmigo
tiene poco capital.
RAFAEL. Empeño grande ha formado...
EDUAR. Es lo que le corresponde.
Harto se sabe que el Conde
está en extremo empeñado.
RAFAEL. El epígrama es sangriento.
EDUAR. Él lo ha hecho y yo lo he dicho.
Es un extraño capricho
verter el agua un sediento.
(Transicion.)

Mas no me gusta en el ocio
el tiempo desperdiciar.
(Con familiaridad.)
¿Me quiere usted ayudar
francamente en mi negocio?

RAFAEL. ¿Me dice usted... que si quiero...

EDUAR. Ayudarme francamente.
Para asegurar mi puente,
necesito un ingeniero.
El momento se aproxima,
y pues á tratar se va,
el ingeniero tendrá
veinte mil duros de prima.

RAFAEL. De prima dice usted?

EDUAR. Sí.

RAFAEL. De mi prima.

EDUAR. Usted no entiende...

RAFAEL. Sí; usted el negocio emprende
con ganancias para mí.

EDUAR. Será favor por favor.

RAFAEL. (Ap.) No sé cómo no le mato!
(Alto.) Pero usted... busca en el trato
ingeniero ó corredor?

EDUAR. Uno y otro, si acomoda.

RAFAEL. (Ap.) Voy á llegar hasta el fin.

EDUAR. No soy un hombre ruin,
y me conviene esa boda.

RAFAEL. Ya veo que usted se explica.

EDUAR. Así la verdad se expresa.
Amo mucho á la Marquesa,
porque es jóven, bella...

EDUAR. Y rica.

EDUAR. Si he de decir la verdad,
ni á mí ni á ninguno amarga,
que en vez de ser una carga,
la adorne esa cualidad.

RAFAEL. Y bien; ¿qué puedo hacer yo
para que mi prima acceda?...

EDUAR. Ayudarme en lo que pueda,
y decir claro, sí, ó no.

RAFAEL. No tengo de ella poderes,
ni creo que los dará.

EDUAR. Su prima de usted será
como todas las mujeres.
Unas á otras se asemejan;
y si no hay un gran cariño,
son dóciles como el niño,
que obra segun le aconsejan. (Pausa.)
Si un regalo de entidad
le hago, ¿lo llevará á bien?
Porque ella tendrá tambien
su poco de vanidad.

RAFAEL. Es posible.

EDUAR. Es cosa llana
darle yo, si ella lo quiere,
un tren, que á todos supere
en la Fuente Castellana.
Á todo estoy decidido;
y en nada la ofende un hombre
si ofrece un regalo en nombre
del que ha de ser su marido. (Pausa.)
Conque... el puente es de los dos?
¿Qué contesta mi ingeniero?

RAFAEL. (Conteniendo apenas su indignacion, tomando el sombrero de Eduardo, entregándoselo y señalándole imperiosamente la puerta.)
Que tome usted su sombrero...
y que vaya usted con Dios!
(Eduardo, humillado, se dirige hácia la puerta y cae el telon.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.[1]

Salon elegante y ricamente adornado en el palacio del Conde. Chimeneas encendidas, jarrones de flores, macetas con plantas exóticas, profusion de luces, grandes espejos y cuantos muebles puedan colocarse, sin que interrumpan el movimiento escénico, ni hagan degenerar el lujo y esplendidez en una confusion recargada y de mal gusto. En el fondo habrá tres arcos que dan á una galería cerrada de cristales y adornada con arbustos y flores. Al través de los cristales de la galería se vé una calle de árboles del jardin iluminada profusamente. En el salon, en segundo término, puertas laterales. Al levantarse el telon atraviesan varios criados de librea en distintas direcciones.

ESCENA PRIMERA.

D. PRÓSPERO, CRIADOS.

PRÓSP. (Á los criados, que se detienen á escucharle.)
Mucho cuidado, y que nada
falte en su tiempo y lugar.
Ya debe haber comprendido

1 Véase la advertencia puesta al final.

su obligacion cada cuál,
y no habrá que repetirla.

CRIADOS. No, señor.

PRÓSP. Muy bien está.
¿Vinieron todos los músicos?

CRIADOS. Sí, señor.

PRÓSP. Pues idos ya.
No hay que descuidar las luces
ni me dejeis apagar
los pebeteros. (Vánse los criados.)
Muy pronto.
á venir empezarán
los convidados, y el Conde
impaciente se hallará.
Si su objeto no consigue,
y se le llega á escapar
la mano de la Marquesa,
queda por siempre jamás
arruinado. Este alarde
de su grandeza, que ya
está próxima á su ocaso,
lo ménos le va á costar...
(Calculando.) Sí, le cuesta un disparate!
y como su caja está
agotada, y de pecunia
ha tiempo estamos tan mal,
á un empréstito oneroso
ha tenido que apelar.
Seis mil duros ha pedido:
añada usté al capital,
de réditos... diez por ciento...
al mes; dos que á mí me dan
por mi comision, y suma...
suma una barbaridad!
Ni con catorce mil duros
podrá esta deuda pagar. (Sacando un papel.)
Aquí tengo ya la lista,
por si, como es natural,
viene á pedírmela luego.
(Leyendo.) Lista en que se hace constar
el empleo de los fondos
que ha tomado en calidad

de préstamo su excelencia
el Conde del Vendabal
para la fiesta del lunes.
Aquí por órden están
las partidas, y aún me quedan
algunas por apuntar.

ESCENA II.

D. PRÓSPERO, D. EDUARDO.

EDUAR. Poca gente hay todavía
en los salones de afuera.
PRÓSP. (Guardando el papel.) ¿Usted aquí, señorito?
EDUAR. Hola! ¿qué tal, buena pieza?
PRÓSP. Vamos pasando.
EDUAR. Esta casa
debe ser ganga, y muy buena,
para tí.
PRÓSP. Señor...
EDUAR. La mia
abandonaste por ella...
No me ofendo; cada uno
atiende á su conveniencia. (Pausa.)
Y están muy bien los salones.
¿De quién ha sido la idea?
PRÓSP. De su servidor humilde.
(Haciendo una reverencia.)
EDUAR. Tienes talento; y si fueras
honrado, como eres listo...
PRÓSP. Señor...
EDUAR. No por eso temas
que aquí tus... debilidades
vaya á descubrir mi lengua;
tiempo ha que te he perdonado...
PRÓSP. Mi gratitud es inmensa.
EDUAR. Dí. ¿Dónde ha buscado el Conde
recursos para esta fiesta?
Porque él, segun se asegura...
PRÓSP. (Confidencialmente.)
No hay en caja una peseta.
Se han tomado seis mil duros

á rédito, y aún no llega
para el gasto de esta noche.

EDUAR. ¿Y encontró quien se los diera?

PRÓSP. Á un doce por ciento.

EDUAR. ¿Al año?

PRÓSP. Al mes, y con hipoteca...

EDUAR. ¿De qué?

PRÓSP. Hipoteca futura
de lo que tener espera,
si alcanza, como presume,
la mano de la Marquesa.

EDUAR. (Riendo.) ¡Já! ¡já! Pobre prestamista!

PRÓSP. Segun eso, usted no piensa
que alcance...

EDUAR. No; ántes tocára
con las manos las estrellas.
Dime: ¿qué papel es ese
que guardabas...

PRÓSP. (Sacándolo.) Es la cuenta
de gastos...

EDUAR. ¿Á ver? (Despues de leer.)
¿Qué objeto
tiene?...

PRÓSP. Sólo el que la vea
el Conde, si me la pide.

EDUAR. Sácame una copia de ella,
y búscame para dármela.

PRÓSP. Señor... (Dudando.)

EDUAR. (Con autoridad.) Cópiala, y no pierdas
un momento. ¿Has entendido?
Como está; al pié de la letra.

PRÓSP. Voy... (Vase.)

EDUAR. ¡Pobre Conde! No sabe
que ademas de las sorpresas
que por sí mismo prépara,
he de dar á la Marquesa
otra, que por lo imprevista,
será la más estupenda.

ESCENA III.

D. EDUARDO, el CONDE, señoras y caballeros.

CONDE. Todo lo más agradable
para recrear la vista.
Como tengo algo de artista...
EDUAR. (Volviéndose.)
¡Oh, Conde: esto es admirable!
CONDE. Lo cree usted?...
EDUAR. Sí en verdad;
todo cuanto he visto es bello;
todo tiene el mismo sello
de buen gusto y novedad.
CONDE. El tiempo ha sido tan corto
para hacer preparativos...
EDUAR. Esos son nuevos motivos...
CONDE. (Ap.) Le voy á dejar absorto.
EDUAR. Esto revela en el dueño ..
CONDE. Que hay empeño en agradar.
EDUAR. (Con intencion.) Mucho debe usted cuidar
que no descubra el empeño.
CONDE. Al contrario; si en su honor
se ha organizado la fiesta,
la intencion es manifiesta,
y puede agradar mejor.
EDUAR. Yo, aunque rival, le prometo,
si me es posible, ayudar...
¿Qué carácter va uste á dar...
baile? ambigú?
CONDE. Es un secreto.
EDUAR. He visto llegar tres coches
cerrados con precaucion.
CONDE. Va á ser un cuento en accion...
EDUAR, ¿Sí?
CONDE. De las mil y una noches.
EDUAR. ¿De veras?
CONDE. Como lo digo.
EDUAR. ¿Una tras de otra sorpresa?
Me desanima en la empresa
luchar con tal enemigo.

CONDE. Un Creso! no, por merced.
Seguro el triunfo contára,
si el rival que me depara
la suerte no fuese usted.
EDUAR. Yo el triunfo alcanzar no espero.
CONDE. Ó usted ó yo.
EDUAR. Por mi vida,
no sé cómo usted se olvida
del primito, el ingeniero.
CONDE. El primo! ¡qué disparate!
Conoce su posicion;
es modesto, y con razon
nos abandona el combate.
En empresas amorosas
en vano fortuna prueba
el pobre.
EDUAR. Las hijas de Eva
suelen ser muy caprichosas.
CONDE. Teniendo un poco de aplomo,
no es temible ese enemigo.
EDUAR. Yo no las tengo conmigo. (Entra Próspero.)
CONDE. Aquí está mi mayordomo.
(Á los caballeros y señoras.)

ESCENA IV.

DICHOS, PRÓSPERO.

CONDE. Sírvanse ustedes pasar
al inmediato salon, (Mirando el reloj.)
que muy pronto la funcion
allí fuera ha de empezar.
(Vánse todos hácia el foro izquierda.)
EDUAR. (Ap. á Próspero.)
¿Tienes la copia?
PRÓSP. (Dándole un papel con disimulo.) Esta es.
EDUAR. (Á los caballeros y señoras.)
Vamos, señoras, señores,
y admiremos los primores...
Señor Conde, hasta despues.
(Váse con ellos por el foro.)

ESCENA V.

PRÓSPERO, el CONDE.

CONDE. ¿Está todo?
PRÓSP. Sí, señor.
CONDE. ¿Los músicos?
PRÓSP. Cada cual,
esperando la señal,
guarda su puesto de honor.
CONDE. *¿Hará efecto?
PRÓSP. *Muy profundo.
CONDE. *Mira que confio en tí
PRÓSP. *Dispuestas están allí
*las cuatro partes del mundo.
CONDE. *¿Y el baile?
PRÓSP. *Las mas galanas,
*que existen de polo á polo,
*están allí con Apolo.
(Señalando á la izquierda.)
CONDE. *¿Cuántas son?
PRÓSP. *Las nueve hermanas.
*Una escena peregrina,
*y que la va á sorprender.
*Ya se han ensayado ayer.
*Terpsícore está divina.
CONDE. *¿Y qué tal está la Aurora?
PRÓSP. *Celestial; parece un sol.
*Entre nubes de arrebol
*recibirá á la señora.
CONDE. Muy bien, Próspero, muy bien.
¿Y han compuesto las poesías?
PRÓSP. Hay tres agenas, dos mias.
CONDE. ¡Tuyas!
PRÓSP. Yo escribo tambien.
CONDE. ¿Y crees que han de llamar
la atencion?...
PRÓSP. Seguro estoy.
Peores se leen hoy,
no una ni dos, un millar;
y tienen por recompensa,

entre bravos y palmadas,
ser á otro dia citadas
con encomio por la prensa.
De eso yo me encargaré,
al hacer la descripcion
de esta admirable reunion,
y algun trozo copiaré.

CONDE. ¿Y han venido los autores?...

PRÓSP. ¿Para leerlas? No, señor.
Las leerá por favor
cualquiera de esos señores.
Y si el anfitrion lo ruega,
demostrando cierto afan...
de vuecencia las creerán...
Nadie á leerlas se niega.
(D. Eduardo al paño.)

CONDE. ¡Ah! no sin razon te estimo. (Breve pausa.)
Tú, que eres inteligente,
dame la más... elocuente,
la haré leer á su primo

PRÓSP. (Sacando varios papeles y examinándolos con rapidez.)
La más inspirada es esa.
(Dándole un pliego.)
Está escrita con primor.
Celebra en ella el autor
los ojos... de la Marquesa.

CONDE. (Disponiéndose á leerla.)
Bravo! y es corta.

PRÓSP. Sí; en ménos
versos no se escribe igual.

CONDE. Hola, que es un madrigal.
Dice: «Ojos claros, serenos,
»si de dulce mirar son alabados...»
(Sigue leyendo para sí, y al acabar dice con asombro:)
Es una cosa divina!
¡Qué concepciones tan altas!

PRÓSP. Ya! ya! (Ap.) Que le pongan faltas
á Gutierre de Cetina.

CONDE. Aquí la voy á poner;
(Coloca el pliego detrás de un espejo de los que e

tán sobre las chimenea.)
y cuando la ocasion vea,
ruego al primo que la lea.
¡Qué papel le obligo á hacer!
(D. Eduardo desaparece.)
Mi mayor venganza es esa.
(Á Próspero.)
Nadie en talento te iguala!
(Se oye fuera una música estrepitosa, y aparece el jardin iluminado con una luz rojiza.)
La música! la bengala!
Ahí está ya la Marquesa!
(Váse corriendo por el foro derecha, seguido de Próspero. Continúa la música en el jardin. Apenas desaparecen, entra D. Eduardo por el foro izquierda.)

ESCENA VI.

D. EDUARDO.

Buscando andaba un recurso
para poder publicar
lo que este papel contiene,
y ¡oh feliz casualidad!
me lo presenta admirable
este bello madrigal.
(Saca el papel de detrás del espejo.)
Quiere que lo lea el primo,
y hé aquí lo que leerá.
No es mucha la diferencia.
(Saca el papel que le ha dado Próspero y lee.)
«Lista en que se hace constar
»el empleo de los fondos
»que ha tomado en calidad
»de préstamo, su excelencia
»el Conde del Vendabal
»para la fiesta del lunes.»
(Coloca el papel detrás del espejo.)
Esta, esta sí que será
la verdadera sorpresa
de la noche. ¡Triste afan!
Este rasgo, de seguro,

va á hacer al Conde inmortal.
(Escuchando.)
Se acercan. Que aquí me encuentren
es necesario evitar.
(Váse por el foro izquierda.)

ESCENA VII.

La MARQUESA, el CONDE, D. RAFAEL, caballeros y señoras, que entran por el foro derecha, precedidos de una jóven con el traje mitológico de la Aurora, y que lleva en la mano una antorcha de luz rojiza. Esta, desaparece luego por el foro izquierda, y cesa la música. D. EDUARDO entra despues, incorporándose al grupo de los caballeros. Al final de la escena, varios Niños, Apolo y las Musas. [1]

RAFAEL. Esto, Conde, me presagia
ya la derrota funesta
de su rival.
MARQ. Pèro ¿es fiesta
esto, ó comedia de magia?
La Aurora con su arrebol
me ha deslumbrado.
CONDE. Señora,
nadie, no siendo la Aurora,
puede recibir al sol.
MARQ. Donosa galantería.
(Buscando con la vista.)
¿Qué ha sido de ella?
CONDE. Se va.
Estando el sol aquí ya,
estamos en pleno dia.
MARQ. Gracias.
CONDE. Su bondad sin tasa
probar hoy mi ingenio quiso...
MARQ. Y ha hecho usted un paraiso
de su jardin y su casa.
CONDE. Donde los ángeles entran

1 En los teatros donde no salgan á escena los personajes mitológicos, tampoco saldrá la Aurora á la vista del público.

no hay fealdad que subsista,
pues convierten con su vista
en un Eden cuanto encuentran.

MARQ. Me llena usted de inquietud.
Con galanteo tan vario
se apura el vocabulario,
Conde, de mi gratitud.

CONDE. No es mérito el ser galante.

MARQ. Si á mis impresiones cedo,
voy á tomarle á usted miedo,
creyéndole nigromante.

CONDE. Por más que le cause enojos
el orígen de mi magia,
¿quién de ella no se contagia
con la magia de sus ojos?

MARQ. Le suplico en caridad
que mire que soy mujer,
y que va usted á poner
á prueba mi vanidad.

CONDE. Ese mi intento no ha sido.

MARQ. Cada palabra es un dardo.
¿Qué dirá don Eduardo?
y ¿cómo es que no ha venido?

EDUAR. (Adelantándose.) Oh, señora, estoy aquí.

MARQ. ¡Tan callado!

EDUAR. ¿Cómo no?
si el Conde ya no dejó
ni una frase para mí.
Soy algo corto de genio,
y no hago más que admirar...
No pude aquí sospechar
tanta riqueza... de ingenio.

MARQ. Esto es una maravilla;
es un sueño realizado.

EDUAR. Es que el Conde se ha empeñado...
en que ha de brillar, y brilla!

CONDE. *Siéntense ustedes. (Á la Marquesa y señoras.)

MARQ. *(Al ver que no hay asientos.) ¿En dónde?

CONDE. *(Señalando al arco central del foro, donde aparece un escaño semicircular de forma bella y fantástica con un sillon dorado en medio, y sobre él la figura del Amor en actitud de disparar una flecha.)

*Allí.

TODOS. *¡Ah!

MARQ. *Un nuevo primor!

CONDE. *Ese trono del amor,
*señora, á usted corresponde.

MARQ. *Es mi asombro tan profundo...

(Las señoras se sientan, dejando á la Marquesa el sillon dorado. Se abre la puerta de la derecha, y aparecen cuatro parejas de niños simbolizando el Asia, el África, la América y la Oceania, que se acercan á los piés de la Marquesa y doblan una rodilla. Música en la orquesta, muy piano. El niño que representa el varon en la pareja del Asia, se levanta ántes que los otros, y dice, dirigiéndose á la Marquesa, acompañando la orquesta en sordina su declamacion.)

NIÑO.

*Recibe, señora nuestra,
*esta humilde y pobre muestra
*de la adoracion del mundo.
*Entre nosotros no está
*la Europa representada,
*porque, al mirarte, extasiada,
*mil veces te adoró ya.

—

MARQ. (Sentándose y abrazando al niño.)
*Celestial adulador!
*Ven, ven! ¿Me quieres decir
*quién te ha enseñado á mentir
*con tanto aplomo?

NIÑO.

*El amor.
*Y si creerlo rehusas,
*aunque es sincero mi afan,
*á probártelo vendrán
*Apolo y las nueve Musas.

—

(Se abre la puerta de la izquierda y aparecen Apolo y las nueve Musas.)

BAILE.

(Durante el cual, los caballeros se colocan detrás de las señoras, y delante de ellas se sientan los niños.) (Concluido el baile, los Niños, las Musas y Apolo se retiran por el foro derecha.)

ESCENA VIII.

DICHOS, ménos los NIÑOS, APOLO y las MUSAS.

MARQ. (Levantándose y tendiendo la mano al Conde.)
Conde, con sinceridad
doy á usted mi enhorabuena.
Ha sido una noche llena
de encanto y de novedad.

RAFAEL. Tambien yo, á fe de hombre honrado,
con placer le felicito.

EDUAR. Y yo... por más que mèdito,
me juzgo ya derrotado.
(Los caballeros y las señoras felicitan al Conde.)

MARQ. ¿Hay sorpresas todavía?

EDUAR. Tengo por cosa segura
que aún nos queda la lectura
de alguna bella poesía.

CONDE. En efecto: tengo aquí...
(Sacando el papel que está detrás del espejo.)
Aunque breve es compendiosa.
Yo ambicionara otra cosa,
pero no consiste en mí...
Es sólo un retrato fiel...

MARQ. Léala usted...

CONDE. Yo... no puedo.

EDUAR. Si es que el autor tiene miedo,
la leerá don Rafael.
(Toma el papel de manos del Conde y lo entrega á don Rafael.)

RAFAEL. Pero yo!... no estoy muy ducho...

EDUAR. Estúdiela usted primero...

CONDE. Yo de su bondad espero...

RAFAEL. En fin, voy á ver...

MARQ. Ya escucho. (Pausa.)

RAFAEL. (Despues de leer para sí, dando muestras de profunda indignacion.)
¡Qué horror!

MARQ. (Impaciente.) ¿Qué dicen? ¡Responde!

RAFAEL. (Ap. dirigiendo una mirada á Eduardo.)
Sólo su instinto perverso!...

VARIOS. ¿Qué dice?

RAFAEL. No entiendo un verso...
Á ver si lo entiende el Conde.
(Lo lleva un poco aparte.)
(Con viveza.) ¿Quién ha escrito este papel?

CONDE. (Despues de pasarlo por la vista, lanza un grito ahogado; lleva la mano al corazon, y dejando caer el papel, se apoya vacilante en la chimenea.)
Ah!

EDUAR. (Cogiendo el papel y disponiéndose á leerlo.)
Ah!

RAFAEL. (Con imperio.) Prohibo que se lea!

EDUAR. Es que... yo...

RAFAEL. (Arrancándoselo.) Á la chimenea! (Lo arroja.)

CONDE. (Estrechando con efusion las manos de D. Rafael y dirigiendo una mirada amenazadora á D. Eduardo.)
¡Oh! gracias, don Rafael!
(Cuadro general de sorpresa. Telon rápido.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

El teatro representa una buhardilla miserable y desmantelada, sin más muebles que dos sillas toscas, un velador de pino, y sobre él un candelero de barro ó lata, sin vela. Cerca del velador un barreño con ceniza y sobre ella un puchero. Puerta única á la derecha; y entrando por ella, á la izquierda, un biombo agujereado ó una cortina vieja, que oculta en parte un pobre y mezquino lecho. Esta buhardilla, de techo sumamente bajo, se supone que no recibe la luz sino por el respirador del centro, cuya ventana carece de cristales. Al levantarse el telon, la tarde empieza á declinar, y aparece sentada junto al velador Luisa, en actitud de coser una prenda de tela blanca y muy ordinaria.

ESCENA PRIMERA.

LUISA.

Válgame Dios! Es tan tarde,
que casi á coser no veo,
y si esta prenda no acabo,
ya ningun recurso tengo.
Es claro; como los dias
son tan cortos en invierno,

y aquí es la luz tan escasa...
á las tres va oscureciendo.
Y hoy, con estar tan nublado...
Pero, Señor, vaya un tiempo!,
Hace con hoy nueve dias
que está nevando ó lloviendo.
Y esa ventana sin vidrios
deja penetrar un viento
que hiela. Tengo las manos
tan frias, que de los dedos
se me escapa ya la aguja.
Y si tuviera á lo ménos
cisco para calentarme!
El último que trajeron
se me acabó esta mañana
con hacer el cocimiento
para la niña.
(Removiendo la ceniza del barreño con una llave.)
Ni rastro!
Ceniza pura! Probemos,
á ver si entran un poquito
en calor con el aliento.
(Ahueca las manos y echa el aliento en ellas.)

VOZ. (De la niña, detrás del biombo.)
Luisa! Luisa!

LUISA. ¿Qué, hija mia?

VOZ. Tengo sed.

LUISA. Voy, voy corriendo.
Espera, y no te destapes.
(Deja la labor y toma el puchero.)
Y está frio como el hielo!...
y así frio le hace daño.
Mira, espérate un momento,
que voy luego á encender lumbre,
porque así, frio, no quiero
que lo bebas. Pronto acabo.

VOZ. Siempre me dices que luego.

LUISA. Voy á aprovechar la luz,
que ya queda poco tiempo,
y despues cierran la tienda
y no tendremos dinero.

VOZ. Pues despáchate.

LUISA. Procura
llamar un ratito el sueño.
VOZ. Ojalá que me durmiera.
LUISA. Pues duérmete.
VOZ. Si no puedo.
LUISA. ¿Por qué?
VOZ. Tengo mucho frio
en los pies.
LUISA. Muy pronto cierro
ya la ventana. Entre tanto,
voy allá y con mi pañuelo
verás cuál te los abrigo.
(Quitándose el pañuelo del cuello y dirigiéndose hácia el biombo.)
VOZ. Pero y tú?
LUISA. Si yo no tengo
frio. Está tan templado...
Ya te lo pediré luego
para salir á la calle.
(Se oculta detrás del biombo algunos momentos y vuelve luego á su sitio ya sin el pañuelo y dando muestras involuntarias del gran frio que experimenta.)
¿Estás bien?
VOZ. Sí.
LUISA. Dame un beso
y á dormir.
(Se oyen dos besos detrás del biombo.)
Pobre hermanita! (Pausa.)
Me ha dado así... como... Tiemblo...
Estoy tan desabrigada!
No importa; ella es lo primero.
(Vuelve á coser.)
Vamos, que ya falta poco,
y me animo cuando pienso
en tomar mis tres rëales.
Gran cosa! pero con ellos
de hambre no nos morimos,
que es todo lo que deseo. (Llaman.)
¿Quién llamará aquí á estas horas?
¿Quién es? ¡Ah! será el mancebo
de la tienda. Me alegrara,

por no tener que ir tan lejos.
(Levantándose.)
¿Quién es?

VOZ. (Fuera.) Ábreme, Luisita.

LUISA. Me he engañado, es el portero. (Ab

ESCENA II.

LUISA, el TIO SIMON.

SIMON. Hola, hijita, buenas tardes.

LUISA. Buenas, tio Simon.

SIMON. ¿Qué hacemos?

LUISA. Ya lo ve usted, trabajando.

SIMON. El que no tiene otro empleo...
¿Y qué tal está la niña?

LUISA. No tose tanto.

SIMON. Me alegro.

LUISA. ¿Qué trae usted por aquí
á estas horas?

SIMON. Nada. Vengo...
Es decir, no, sí, venia...
porque...

LUISA. Tome usted asiento.

SIMON. Voy á encender un cigarro,
y me marcho en encendiéndolo.
(Saca la petaca y hace uno de papel.)

LUISA. Yo mientras, con su permiso,
voy á seguir... (Vuelve á coser.)

SIMON. Á ello! á ello!
que trabajo que se para,
dura más, y eso no es bueno.

LUISA. Hay que entregarlo esta noche
ántes que cierren.

SIMON. Comprendo.
Voy á encender mi cigarro.
(Se levanta y va á buscar fuego al barreño de la ceniza.)
Pero... calla! si no hay fuego!

LUISA. No, señor; se ha concluido.

SIMON. Habrá un fósforo á lo ménos.

LUISA. Mire usted, no lo hay tampoco;

porque... con el aguacero
de anoche, se me han mojado.
Dejé la caja en el suelo,
y como hay tantas goteras...
Para encender el brasero
esta mañana temprano,
la mujer del señor Pedro
tuvo que darme una ascuita;
si no es así, no lo enciendo.

SIMON. (Poniéndose el cigarro detrás de la oreja.)
Pues, señor; ya que no hay lumbre,
lo dejaré para luego. (Pausa.)
Y... ¿cómo andamos de cuartos?

LUISA. ¿De cuartos?

SIMON. Sí, de dinero.

LUISA. Muy mal. Como ahora soy sóla
para el trabajo, y no cuento
con la ayuda de mi hermana,
no es posible ahorrar ni un céntimo.
¡Los tres reales dan tan poco
de sí!...

SIMON. Ya lo considero;
pero... el amo de la casa
dice que no entiende de eso;
y como al fin ha gastado
en ella muy buenos pesos,
y entre reparos y andróminas
y lo que saca el gobierno,
se le va todos los años
un dineral de dinero,
me dijo ayer: á esas chicas
sube y dales un recuerdo.
Yo... la verdad, no queria;
porque como uno está viendo
las cosas, y sabe uno
que con el mejor deseo
muchas veces no se puede
cumplir, por falta de medios,
dije: cuando ellas no pagan,
es que no tienen.

LUISA. Es cierto.
Á fe que usté es buen testigo.

SIMON. Pero el hombre forma empeño,
y dice que al que no pague
no va á consentirlo dentro
de su casa.

LUISA. ¿Y dónde vamos,
si nos echan? ¡Dios eterno! (Llora.)

SIMON. Si en mi covacha cupiera
álguien más de los que *semos*,
ahora mismo le diria:
no hay que apurarse por eso;
pero como estamos cinco,
y hay dos palmos de terreno,
es imposible.

LUISA. (Llorando.) ¡Y mi hermana!
Dios mio!...

SIMON. Voto al infierno!
No hay que llorar, Luisita;
yo veré si lo convenzo;
y si no... (Ap.) Pobres muchachas!
Me voy, porque si no suelto
el trapo, y está un hombre
muy mal haciendo pucheros.
(Se dispone á salir.)
¿Se ofrece alguna otra cosa
en que yo... sin cumplimientos.
Soy pobre como las ratas;
pero un castellano viejo
no envida jamás en falso
al que puede decir: quiero.
Conque... ¿nada?

LUISA. Muchas gracias,
tio Simon; yo le agradezco...

SIMON. Pues que la chica se alivie,
y con Dios.

LUISA. Ah!... (El tio Simon se detiene.)
(Ap.) No me atrevo...

SIMON. Vaya, si se ofrece algo,
hija, dilo sin rodeos.

LUISA. (Despues de vacilar.)
Mire usted, yo no quisiera
abusar, pero estoy viendo
que se va la luz del dia

y no puedo acabar esto. (Por la costura.)
Si usted quisiera prestarme
sólo una vela de sebo
hasta mañana...

SIMON. ¿Una sola?

LUISA. Es bastante.

SIMON. Cuatro tengo,
y á mí me sobra con una.
¿Traigo las tres?

LUISA. No por cierto;
con una hay lo suficiente.

SIMON. Es que no soy yo de aquellos
que ofrecen... Voy por la vela.

LUISA. Dios le dará á usted el premio. (Váse Simon.)

ESCENA III.

LUISA, luego una PRENDERA.

LUISA. ¡Luego dicen que los pobres!
¿Quién mejor se portaria
que ese infeliz, que no tiene
casi para su familia?
Oh! fuera yo tan dichosa
si pagar pudiera un dia
los infinitos cuidados
que su afecto nos prodiga!
Desde que murió mi madre,
como nos dejó tan niñas,
él y su esposa nos quieren
cual si fuéramos sus hijas;
y ¡ay! si más hacer pudieran
más por nosotras harian.

PREND. (Entrando. Ap.) Me alegro de que esté sola.
(Alto.) Buenas tardes, Luisita.

LUISA. Buenas, señora Loreto.

PREND. ¿Trabajando todavía?

LUISA. ¡Qué quiere usted! la que es pobre...

PREND. Va usté á matarse en dos dias.

LUISA. Es preciso.

PREND. ¿Y hoy no hay nada?...

LUISA. ¿Que vender? Eso querria;

pero no hay más que lo puesto.

PREND. ¡Cómo ha de ser! ¿Y la chica?

LUISA. Está algo mas aliviada
desde que tomó las píldoras.

PREND. Bien caras que le costaron
á usted!

LUISA. Como eran precisas...

PREND. Ni dos cuartos de ganancia
tuve en aquellas cosillas
que usted me vendió.

LUISA. Lo siento.

PREND. Puse una peseta encima.
Váyase por la ganancia
que otra deja. Esa es la vida. (Pausa.)
Pero .. está esto casi á oscuras.
¿Ve usté á coser todavía?

LUISA. Gracias á Dios, sí, señora;
tengo muy buena la vista.

PREND. Dios se la conserve.

LUISA. Gracias.

PREND. Debe usté estar arrecida
junto á esa ventana abierta.
Yo, un pañolon me pondria.

LUISA. He tenido que envolverlo
á los pies de mi hermanita
que estaban como la nieve.

PREND. Vaya! esto es una desdicha! (Se sienta.)
Cada vez que considero
que está usté así, pobrecita,
por el qué dirán, pregunto:
Señor! ¿es tonta esta niña?
Con esa cara de un ángel,
que sólo el mirarla hechiza,
y esa boca y esos ojos
que al mismo sól dan envidia. .
Le digo que es una lástima
el estar aquí metida,
arrostrando la miseria
y sin ventaja maldita.
Si alguno, que yo conozco,
pudiera lograr la dicha
de que usted le dirigiera

solamente una sonrisa,
á sus pies, para adorarla,
como esclavo caeria. (Con mucha intencion)
Y estuviera usted, como otras,
que son mucho ménos lindas,
con su casa muy bien puesta,
sin cuidados ni fatigas,
buena mesa, buena cama,
vestidos de telas ricas,
y con dinero sobrado
y joyas de pedrería.
Y todo ¿por qué? Tan sólo
por aceptar las caricias
de un hombre, que, muchas veces,
si la mujer es ladina,
suele acabar por casarse,
y entónces todo se olvida.

LUISA. Calle usted, por Dios, y déjeme;
que prefiero mi desdicha
á esa... brillante deshonra
que sus palabras me pintan.
¡Oh! si mi madre viviera,
de dolor se moriria!
Mi madre fué siempre honrada,
y desde el cielo me mira
para alentarme en la senda
que me enseñó por sí misma.
Si alguna vez la desgracia
de su amor me hiciera indigna,
¿cómo, adonde está mi madre
los ojos alzar podria
para rezar como rezo
por ella todos los dias?
Déjeme usted!

PREND. No te asustes,
y óyeme como á una amiga.
Perdona que así te hable;
mi edad á ello me autoriza.
¿Piensas pasar de este modo
sufriendo toda la vida?

LUISA. No sé.

PREND. Pero estás helada

de frio. ¿Ves cuál tiritas?
Ponte este manton siquiera,
que el verte así me fatiga.
(Le pone uno que lleva en el brazo.)

LUISA. Estoy bien. (Queriendo quitárselo.)

PREND. (Insistiendo.) No lo consiento.
Déjalo, que eso no quita...

LUISA. Es que no puedo comprarlo.

PREND. No importa; ténlo, hija mia,
un rato sobre los hombros,
ya verás cómo te abriga.

LUISA. Sí; pero...

PREND. ¡Qué bien te sienta!
¡Ah! si estuvieras vestida,
como van esas señoras,
de seda, ¡qué bien irias!
Mejor que ellas. Y tu hermana,
¡qué pronto se curaria!
Teniendo buen alimento...
y el médico y la botica...
Pero tú eres una tonta!
Si alguna vez lo meditas
mejor, con una palabra
sóla labrarás tu dicha.
No exijo en este momento
que mis ruegos te decidan;
mas piensa que de esta suerte,
(Simon al paño.)
trabajando noche y dia,
vendrá la vejez muy pronto,
se arrugarán tus mejillas,
y entónces no habrá remedio.
La que es pobre, necesita
buscar recursos, y el hombre
á la vejez no se inclina. (Pausa.)
¿Lloras? Por tu bien te hablo.
¿No me respondes? Tontilla! (Acariciándola.)

LUISA. (Levantándose con resolucion, arrancando el pañuelo de sus hombros y arrojándolo á la Prendera.)
Salga usted de aquí al instante;
porque mi madre nos mira!
Si el hambre mata mi cuerpo,

el alma quedará limpia!
Salga usted!

PREND. Pues tú lo quieres...

LUISA. Lo mando!

ESCENA IV.

DICHAS, SIMON.

SIMON. ¡Bien, hija mia!
(Á la Prendera.)
Baje usted ya la escalera,
y bájela usted de prisa.
Como usted vuelva á esta casa
le rompo veinte costillas.
(Váse la Prendera.)
Estas ratas!. . Luego dicen
que en Madrid hay policía!

ESCENA V.

LUISA, SIMON.

SIMON. Aquí tienes ya la vela.
Mucho ojo con esas pícaras.
Si esa vuelve, ó viene otra,
no hay que escucharlas. ¡Por vida!
Así andan por esas calles
tantas mujeres perdidas!
Nada, hija mia, el trabajo
y la concencia tranquila;
que esto de acá dura poco,
y es muy largo lo de arriba.
(Señalando al cielo.)

LUISA. Gracias, tio Simon!

SIMON. ¡Caramba!
El padre que tiene chicas...
tiene que andar con más ojo...
Está la cosa bonita!
¡Luego dicen que en Madrid
hay... Hasta luego, Luisa.

LUISA. Vaya usted con Dios. Mañana

le devolveré...

SIMON. No sigas,
que aunque pobres, te daremos
otras, si las necesitas. (Váse.)

ESCENA VI.

LUISA.

Protégeme desde el cielo,
madre mia de mi alma,
y ruega á Dios que tu hija,
huérfana y desamparada,
no tenga que avergonzarse
ante tu memoria santa.
(Pausa, reflexiva.)
Pero ¿qué veneno encierran
de esa mujer las palabras,
que en mi oido las repite
un eco que horror me causa?
«En esta cárcel sombría
la vida es triste y amarga!»
«El trabajo de tus manos
para vivir no te alcanza;
y la miseria y la muerte,
lívidas y descarnadas,
sin piedad tienden sus brazos
hácia el lecho de tu hermana!»
Y yo... salvarla podria!...
(Pausa. Transicion.)
Jamás! muramos entrambas!
Muramos!... Horrible suerte!
Morir... del mundo olvidadas,
mientras que otras, sin angustias,
felices la vida pasan.
¡Qué hermosa será la vida
con placer y en la abundancia! (Pausa.)
¡Qué suplicio! ¡Qué confusas
ideas cruzando pasan
por mi mente! ¡Madre! madre!
Mi frente oprimida estalla!
tengo frio! tengo miedo!

(Cae de rodillas.)
Vírgen pura, inmaculada,
consuelo del afligido,
estrella de la mañana,
ampárame, madre mia,
y por tu divina gracia
haz que de mi mente borre
de esa mujer las palabras,
y que una mano propicia
fortalezca mi esperanza!
(Se deja caer abatida sobre la silla.)

ESCENA VII.

DICHA, la MARQUESA y D. RAFAEL, seguidos del TIO SIMON, que se queda á la puerta.

MARQ. ¿Á qué me traes aquí?
RAFAEL. Es en vano tu porfía.
Hoy dispongo yo del dia,
pues lo consagras á mí.
Aunque es martes, satisfago
tu gusto, pese al banquero.
Para el bien, probarte espero
que no existe dia aciago.
LUISA. (Levantándose y dirigiéndose á ellos.)
Ah! Caballero... Señora...
MARQ. Me ha hecho mal tanta escalera.
RAFAEL. Y qué, si el premio te espera
de consolar al que llora!
MARQ. ¿No sabe ella mi morada?
Allí fuera recibida...
RAFAEL. La proteccion ofrecida
vale más que la implorada.
LUISA. (Ap.) Es tanta mi confusion,
que ya mi mente no acierta
si estoy dormida ó despierta.
Oyó el cielo mi oracion!
RAFAEL. (Á Luisa.)
Jóven, esta noble dama,
de los pobres protectora,
ofrece á usted desde ahora

lo que su estado reclama.
Trabajo digno y honroso
por ella le sobrará.
Por ella salir podrá
de su estado lastimoso.

SIMON. (Ap.) Hará que mi gozo estalle,
oyéndole hablar así.

MARQ. (Á Rafael.)
Sabes que se siente aquí
aún más frio que en la calle?
(Acercándose al barreño de la ceniza.)
¡Esta atmósfera es mortal!
¡Si está la lumbre extinguida!
¿Y es posible aquí la vida,
sin fuego... y sin un cristal?...

LUISA. Suele entrar algo de viento;
pero importa poco ó nada
á quien está acostumbrada.
Sólo por usted lo siento.

MARQ. ¿Y no hay otra habitacion
más resguardada?

LUISA. Ninguna.
Y tuviera á gran fortuna
hallar esta proporcion,
si á tenerla que dejar
la suerte no me obligára;
porque... aunque no está muy cara,
no siempre puedo pagar.

SIMON. Que me lo digan á mí!

MARQ. ¡Oh suerte dura y funesta!
¡Es inconcebible! ¿Y cuesta
dinero el vivir aquí?

LUISA. Trece rëales al mes.

SIMON. Cuatro cuartos cada dia.

MARQ. Y... diga usted, hija mia:
su jornal, de cuánto es?

LUISA. Cuando no falta trabajo,
tres reales suelo ganar;
pero es preciso velar,
porque como es á destajo...
En los dias que están buenos
no sale muy mal la cuenta;

y al fin, no estoy descontenta,
que hay otras que ganan ménos.

MARQ. ¡Ménos que usted!

LUISA. Claro está,
porque no les cunde tanto.

MARQ. Y viven! Oh! cielo santo!

RAFAEL. ¡Qué tal su vida será!

LUISA. Cuando no hay otro remedio...
Á veces tambien estriba
en el gasto.

MARQ. ¡Y hay quien viva...
con dos rëales y medio!

LUISA. Y gracias que esos sean fijos.

SIMON. Ocho gana un jornalero,
y con tan poco dinero
hay quien mantiene ocho hijos.

MARQ. ¡Ocho! y con eso!...

RAFAEL. Sí tal.

SIMON. Y la casa, y la mujer.
Eche usted la cuenta, á ver;
no salen ni aún á rëal.

MARQ. Y ese germen de dolores
hasta ahora no he comprendido!

RAFAEL. No; porque no has descendido
jamás á estos pormenores.
Para ejercitar el bien,
el mal ha de estar presente;
porque el corazon no siente,
cuando los ojos no ven.

MARQ. (Á Luisa.)
Y usted, que es jóven y bella
y de habilidad no escasa,
¿cómo no buscó una casa
donde servir de doncella?

LUISA. Porque Dios me quiso dar,
para aumentar mi dolor,
una hermanita menor
á quien tengo que cuidar.

MARQ. ¿Y para aliviar sus males,
y no pasar hambre y sed,
por qué no ha acudido usted
á las juntas parroquiales?

LUISA. Porque, teniendo mis manos,
esa limosna no es mia.
Pidiendo, la robaria
á los enfermos y ancianos.

MARQ. (Á Rafael.)
Nobleza más singular!

LUISA. Á mi madre oí decir,
que sólo debe pedir
quien no puede trabajar.

MARQ. (Á Rafael.)
¡Es mi dolor tan profundo,
me encuentro tan conmovida!...

RAFAEL. Esta del pobre es la vida;
aquí se conoce el mundo!
En el brillante salon,
donde una sociedad loca
ó tiene siempre en la boca
palabras de adulacion,
ó en la crítica mordaz
su ingenio mezquino esprime,
creyéndose más sublime
el que es más necio y locuaz;
se evapora la cabeza,
el sentimiento se trunca,
y allí no penetran nunca
los ayes de la pobreza.

VOZ. (De la niña detrás del biombo.)
Hermana! Luisa!

MARQ. ¿Quién llama?

LUISA. Espera. (Á la Marquesa.) Mi hermana es;
la pobre niña hace un mes
que no sale de la cama.

MARQ. ¿Qué padece?

LUISA. Calenturas.

MARQ. Y está aquí, al aire y al frio,
en ese rincon... Dios mio!
pobres! pobres criaturas!

VOZ. Luisa! que estoy como el hielo!
Ven y acuéstate, por Dios!
(Va Luisa y vuelve.)

MARQ. ¡Qué! duermen juntas las dos!

SIMON. Y en un jergon! y en el suelo!

MARQ. (Á Luisa, que vuelve, dándole algunas monedas de oro.)
Venga usted acá, hija mia;
tome usted, y ahora, al momento,
compre usted ropa, alimento
y camas...

LUISA. (Fuera de sí.) Vírgen María!

MARQ. ¡Oh! corra usted! por favor!

LUISA. Pero esto es oro! y hay tanto!...

RAFAEL. Eso es... sólo un adelanto
á cuenta de su labor.

LUISA. Pero... yo estoy asombrada...
Nunca le podré pagar...

MARQ. Vaya usté al punto á comprar...
y no escasee usted nada.
Que un médico en el momento
venga, y mañana en el dia
busque usted por cuenta mia
otro mejor aposento.
Corra usted sin dilacion,
que no puedo sosegar!...
¡oh! quisiera desahogar
llorando mi corazon! (Llora.)

SIMON. Yo lloro ya como un chico!
(Se enjuga las lágrimas.)

RAFAEL. (Á Simon.) Vé con ella.

SIMON. Es mi deber,
aunque tenga que volver
cargado como un borrico!

LUISA. (Aturdida.) Tiene la niña el pañuelo,
y para salir de casa...

SIMON. Tomas el de mi Tomasa.

MARQ. (Dándole su manton.)
No, el mio. (Se lo hace poner.)

SIMON. Prémiela el cielo!

LUISA. Señora...

MARQ. (Señalando al bombo.) Si necesita
algo, yo se lo daré.

LUISA. Oh! gracias! (Besándole la mano.)

MARQ. Yo cuidaré
en tanto de su hermanita.
(Vánse Luisa y Simon.)

ESCENA VIII

D. RAFAEL y la MARQUESA.

MARQ. Rafael! (Llorando.)
RAFAEL. (Ap.) Estoy conmovido!
(Alto.) Oh! cuánto mérito tienen
lágrimas que á enjugar vienen
los ojos del desvalido!
Hasta la divinidad
el grato perfume llega,
cuando con llanto se riega
la flor de la caridad!
Ese torrente que brota
de tus ojos, me hace ver
que detrás de la mujer
estaba el ángel, Carlota!
MARQ. Siento de placer aquí (Señalando al corazon.)
un germen desconocido.
RAFAEL. Es que hasta ahora no has vivido
sino por tí y para tí.
Desde hoy comprender podrás
que no hay gozo tan profundo
cómo vivir en el mundo
para el bien de los demas.
Por eso quiso el Señor
que el hombre, al placer propicio,
en el mayor beneficio
hallase dicha mayor.
Por eso tú, que eres buena,
el mal ageno sentiste.
Todo el que consuela al triste
endulza su propia pena.
MARQ. Los rayos de un nuevo sol
el alma inundan de gloria.
RAFAEL. Porque has dejado la escoria
de la vida en el crisol.
La belleza y juventud,
la fortuna y el talento
son prendas que lleva el viento;
la mejor es la virtud.

Y esa noble cualidad
no existe sobre la tierra,
cuando en sí misma no encierra
fe, esperanza y caridad.

MARQ. Si Dios á un nuevo destino
me llama!

RAFAEL. Otra me pareces!

MARQ. Bendito sea mil veces
quien me ha enseñado el camino! (Pausa.)
Y yo buena me creia
y de virtud un ejemplo,
porque á la puerta del templo
para los pobres pedia!
Y en vez de la caridad,
con sólo Dios por testigo,
llevaba á pedir conmigo
mi orgullo y mi vanidad!
Hoy que mi razon consulto,
sé que se ejerce mejor,
yendo á buscar el dolor
que está de vergüenza oculto.
Perdóname, Rafael,
conozco ahora lo que he sido...

RAFAEL. Calla!

MARQ. Te habré parecido
necia, egoista y cruel.
Llamaba yo desventuras
á mis pueriles antojos,
y no fijaba mis ojos
del pobre en las amarguras.
¡Cuántas lágrimas hubiera
yo por mi mano enjugado,
si hubiese sacrificado
un vestido, una pulsera!

RAFAEL. No es tuyo el delito, no;
culpa á quien desde la cuna
á emplear bien tu fortuna
con afan no te enseñó.
Culpa de ese mundo necio
el refinado egoismo,
que, por amor de sí mismo,
trata al pobre con desprecio.

Culpa á esa turba, que inciensa
al ídolo que destroza,
y á la mujer dice: goza,
en vez de decirle: piensa!
Y en fin, á esa sociedad
de alma y cuerpo corrompida,
que está ya de muerte herida
por su propia iniquidad!

ESCENA IX.

DICHOS, el BARON.

BARON. ¡Ah! gracias á Dios, Marquesa,
sin mi actividad y celo...
creí subir hasta el cielo!
¿Cumple usté alguna promesa?
MARQ. Tal vez.
BARON. ¿Qué ha pasado aquí?
¿Qué extraña conflagracion
ha turbado la razon
de mis amigos así?
Llego á Madrid con anhelo;
buenas noticias aguardo,
y sé que don Eduardo
y el Conde han tenido un duelo.
Yo no sé por qué ni en dónde.
Alguna causa imprevista...
Dicen que al capitalista
un brazo le ha roto el Conde.
Me alegro por el desden
y el tono de autoridad...
MARQ.} El Conde! qué atrocidad!
RALAEL. Carlota: el Conde hizo bien.
BARON. Me alegro que en ese punto
usted y yo concordemos;
pero... eso á aun lado dejemos,
para tratar de mi asunto.
No bien me puse en estado
de presentarme ante usted,
tomé un coche y á la Red
de San Luis fuí trasportado.

Bajé y pregunté al portero;
que habia usted salido, dijo,
y á buscarla me dirijo
como un perro perdiguero.
Sí, busca! Ya, la verdad,
de hallarla desconfié,
cuando á un amigo encontré
por una casualidad.
—¿Á dónde se va? me grita.
—No sé, le digo de pronto.
Buscando voy como un tonto...
—¿Á quién?—Á la Marquesita.
—Donde está decirle puedo.
—¿De veras?—Hablo formal,
su coche he visto al final
de la calle de Toledo.
—Adios! Y tomo carrera,
llego, á la portera hablo,
y subo aquí, dando al diablo
esa maldita escalera.

MARQ. Siento que mi indiscrecion
haya podido cansarle.

BARON. Estoy ansioso por darle
cuenta de mi comision.

MARQ. Pero aliente usted primero.

BARON. Con un afan sin segundo
he corrido medio mundo
buscando á ese caballero.
Llegué á Aranjuez aquel dia,
y para hallar á mi hombre,
fuí con las señas y el nombre
derecho á la policía.
—¿Don Fulano de tal, puedo
saber en qué casa mora?
—Antes de ayer, á esta hora,
tomó el tren para Toledo.
—Pues aunque un rayo me parta,
dije, es fuerza que me porte:
yo no me vuelvo á la córte
sin entregarle la carta.
Dicho y hecho: pasa el tren;
tomo asiento de primera,

y quiera usted ó no quiera,
llego á Toledo tambien.
Por no trabajar en vano,
salgo del ferro-carril,
y en el gobierno civil
pregunto por don Fulano.
Y en esto un caballerete
me dice, haciendo un cumplido:
—Ese señor ha salido
anteayer para Albacete.
—Pues á Albacete, y paciencia!
y en Albacete me planto,
y allí dícenme otro tanto:
—Salió ayer para Valencia,
—¿Qué hago? ¿Me vuelvo á Madrid?
se enfadará la Marquesa;
y por dar cima á mi empresa,
vuelo á la ciudad del Cid.
Al gobierno! Aquí estoy yo!
—¿Don Fulano?—Esta mañana
se embarcó para la Habana.
—¿Y el buque?—Ha poco salió.
Y aunque con dolor profundo
tengo al fin que desistir,
si no me manda usted ir
á buscarle al otro mundo.
(Le entrega la carta.)

MARQ. De ningun modo, Baron;
y de mi exigencia loca
arrepentida, me toca
pedirle humilde perdon.

BARON. Señora! No sé en verdad
la causa que lo motiva...

MARQ. Franca y leal, mientras viva,
cuente usted con mi amistad.
(Dándole la mano.)

BARON. Gracias. Yo tambien me ofrezco...
Pero la hallo á usted tan grave!

MARQ. ¡Ay, Baron! usted no sabe...
No soy ya lo que parezco.
Su paciencia ha sido harta;
y pues lo he de descubrir,

voy al instante á decir
el objeto de esta carta.
Á un grabador en metales
enviaba este papel,
(Rompiéndolo y sacando una sortija.)
por el capricho de que él
grabara mis iniciales.
Quien de ese capricho vano,
y otros, me supo alejar, (Á Rafael.)
¿podrá negarse á aceptar
esta sortija... y mi mano?

RAFAEL. (Estrechándosela.) Con el gozo más profundo
por ser de tu amor un gaje!

BARON. (Ap.) Si lo sé, tomo pasaje,
y me voy al otro mundo.

ESCENA ÚLTIMA.

DICHOS, LUISA y el TIO SIMON, cargados con diferentes objetos, que depositan en un rincon de la buhardilla.

MARQ. Aquí están! Gracias á Dios!

SIMON. Los mozos vendrán despues.

BARON. Qué es eso?

MARQ. Un tesoro es,
que hemos hallado los dos.
(Señalando á Rafael.)
Hay muchos que descubrir,
Baron, por este camino.
Usted, que tiene buen tino,
me ayudará?

BARON. Hasta morir.

MARQ. Á un hombre rico y soltero,
que tiene buen corazon,
¿no agradará una ocasion
de emplear bien su dinero?
(Señal afirmativa del Baron.)
Dos jóvenes hay aquí
huérfanas y sin fortuna.
Nosotros dotamos una.

BARON. Pues la otra me toca á mí.

LUISA. (Besándole la mano.)

¡Señora, cuánta bondad!

BARON. Ahora comprendo el tesoro!

MARQ. Lo que Dios recibe en oro,
lo paga en felicidad.

RAFAEL. (Á Simon, que le besa las manos y le abraza con gran efusion, sin dejar de llorar.)
Desde hoy te quiero tener
á mi lado. ¡Á trabajar!

SIMON. Yo!...

RAFAEL. Sí; tú irás á buscar,
nosotros á socorrer.

BARON. (Á D. Rafael, estrechándole la mano.)
¡Qué provechosa leccion!

RAFAEL. Si esas gentes orgullosas,
que gastan sumas cuantiosas
en lujo y disipacion,
vieran cómo en la indigencia
lucha un dia y otro dia
el pobre con la agonía
de su azarosa existencia;
si una vez como cristianos
llegáran á comprender
que el rico tiene el deber
de amparar á sus hermanos,
y que no hay dicha mayor
que la que derrama el cielo
sobre el que lleva un consuelo
al mísero en su dolor;
siquiera por disfrutar
una vez de esa ventura,
las lágrimas de amargura
fueran del pobre á enjugar.
Entónces, á la opulencia
el pobre bendeciria,
y al ver á un rico, diria:
¡Ese es nuestra providencia!
(Cuadro. Cae el telon.)

FIN DE LA COMEDIA.

ADVERTENCIA

PARA LA REPRESENTACION DE ESTA OBRA EN ALGUNOS TEATROS DE PROVINCIAS.

Siendo difícil el aparato escénico del acto segundo para algunos teatros, pueden suprimirse las figuras mitológicas y simbólicas, y por consiguiente, los versos que hablan de ellas; para lo cual, van marcados con esta señal * al márgen.

En la escena del mismo acto segundo, despues de estos versos:

EDUAR. Es que el Conde se ha empeñado
en que ha de brillar, y brilla.

se dirán los siguientes.

CONDE. Dígnense ustedes tomar
asiento.
MARQ. Con gran placer.
(Se sientan todos.)
CONDE. Voy al punto á disponer...
(Viendo á Próspero.)
El baile puede empezar...
(Entran las bailarinas y empieza el baile, que será de corta duracion. Concluido este, se retiran por el foro y se pasa á la escena VIII, tal como está.)

OBRAS DRAMÁTICAS DEL MISMO AUTOR.

La eleccion de un diputado, com..	1	acto, verso
Diego Corrientes (primitivo.) drá.	3	v.
Id. zarzuela.....	3	v.
—Id. refundido (el 3.º nuevo).....	5	v.
Hombre tiple y mujer tenor, c....	3	v.
Empeños de honra y amor, drama.	3	v.
El zapatero de Jerez, d.....	3	v.
Una mujer literata, comedia.....	3	v.
La Roca encantada, melodrama...	4	p. y v.
Un club revolucionario, comedia..	1	p.
Un infierno ó la casa de huésp. c.	3	p.
Aventura de un cantante, z	1	v.
La flor de la serrania, z.....	1	v.
—Un auto de prision, z.....	1	v.
—Un jaleo en Triana, z.....	1	v.
Remedio para una quiebra, c.. ..	1	v.
El tio Zaratan, parodia.....	1	v.
La mujer de dos maridos, c.....	1	p.
—Un dia de prueba, d.....	3	v.
—Un verso de Virgilio, c	3	p.
—El hijo de la Caridad, c.....	3	v.
—Vanidad y pobreza, d.....	3	v.
—Los españoles en Méjico, d.....	3	v.
—Un recluta en Tetuan, c.....	1	v.
—1864 y 1865, Revista	1	v.
—La dote de Patricia, fábula lírico-dramática.....	1	v.
—Revista de un muerto, juicio del año 1865.....	1	v.
—Por amor al arte ó la escuela de declamacion.....	1	p.
—Enfermedades secretas, c.	1	v.
—La Estrella de Belen.....	3	v.
—1866 y 1867, revista.....	1	v.
—D. Carnaval y D.ª Cuaresma, z....	1	v.
—El café de Venecia, z.....	1	v.

—Los farsantes.....	1	v.
—Consolar al triste.....	3	v.
—¿Quién será el rey? ó Los pretendientes.....	1	v.
—Las aleluyas vivientes, revista de 1867, prohibida por la censura borbónica.....	1	v.
—El Castillo del Fantasma.....m.	6	p.

NOTA. La propiedad de las obras marcadas con este— signo al márgen, pertenece al autor y las administra el editor de la galeria titulada El Teatro. Las que no lleven el mismo signo han sido enagenadas, y su propiedad pertenece á distintas empresas.

CONSPIRAR

CON BUENA SUERTE.

Comedia original en tres actos y en verso.

POR

D. Juan Rico y Amat.

MADRID.
Imprenta que fué de Operarios á cargo de D. F. R. del Castillo.
Calle del Factor, núm. 9.

1852.

PERSONAS.

EL REY FELIPE IV.
D. LUIS.
EL CONDE-DUQUE.
D. ENRIQUE.
D. FERNARDO.
BERNARDO.
DOÑA INES.
BRIGIDA.
UN SOLDADO.

Varios soldados y gentes de distintas clases.

Esta comedia es propiedad de la Galería titulada, EL TEATRO, *cuyo dueño perseguirá ante la ley al que la reimprima ó represente en algun teatro del reino sin su consentimiento.*

ACTO PRIMERO.

El teatro representa uno de los paseos ocultos del Buen Retiro. Varias gentes paseando por entre los árboles. A lo lejos se distingue el palacio.

ESCENA PRIMERA.

DOÑA INES *y* BRIGIDA, *llegando y desenvolviéndose.*

BRIG. Por mas que intento indagar
de vuestra pena el motivo,
os juro que no concibo
en qué se puede fundar.
Toda hermosura se humilla
ante la vuestra estremada,
y sois la mas obsequiada
de las damas de Castilla.
Mil amorosos afanes
por todas partes sembrais,
y á vuestras plantas mirais
los mas bizarros galanes.
La Reina, desde el instante
que camarista os nombró,
todo su favor os dió,
favor que vale bastante.

Qué os falta para gozar
de una venturosa vida?

INES. Lo que tu memoria olvida,
y yo no puedo olvidar.
No es fácil de alguna historia
borrar hechos halagüeños,
que cual mágicos ensueños
deleitan nuestra memoria.
Quien una fuerte pasion
supo en su pecho abrigar,
nunca la puede olvidar
mientras tenga corazon.

BRIG. No sé por quién lo decís?

INES. Ya lo hubieras acertado,
si cual yo hubieses pensado
en el proscrito D. Luis.

BRIG. Gentil locura á fé mia
es pensar en un ausente,
teniendo amante presente
de tan alta gerarquía.
Nunca os tuvo mucha ley,
y habrá podido olvidaros;
y así, podeis consolaros
con las visitas del Rey.

INES. El Rey! Acaso has creido
que de amarle soy capaz?
Yo sabré ser pertinaz
en cumplir lo prometido.
Escucha; cuando á mi amante
el Monarca desterró,
juramento le hice yo
de serle siempre constante.
El tambien igual promesa
hízome antes de marchar;
y bien puedo asegurar
que ni á él, ni á mí nos pesa.
Del Monarca, favorito,
cayó en desgracia con él,
y lo castigó cruel
por un supuesto delito.
A instancia del de Olivares,
que su lugar ocupó,

su Majestad le envió
al castillo de Vallares.
Pero poco he de poder,
ó ese ambicioso traidor,
de nuestro Rey el favor
bien pronto habrá de perder.
Cuando una mujer se empeña,
todo lo puede alcanzar.

BRIG. Mas yo os debo aconsejar...

INES. No quiero consejos, dueña.
El plan que he pensado, quiero
poner en ejecucion,
aunque arriesgue mi opinion
por el triunfo venidero.

BRIG. Mirad, señora; uno viene.

INES. Tal vez mi plan empezó.

BRIG. Debemos marcharnos.

INES. No,
que esperarle me conviene.

ESCENA II.

DOÑA INES *tapada*, DON ENRIQUE *y* BRIGIDA *que se separa á un lado. Al principio de esta escena, atraviesan por el teatro el* REY *y* OLIVARES; *y á poco aparece entre los árboles* D. LUIS, *permaneciendo en el mismo sitio hasta la conclusion de ella.*

ENR. Por fin, señora, he podido
encontraros otra vez
creyendo haberos perdido;
deponed esa esquivez
con que habeis mi amor herido.
Dejad que el semblante os vea,
que debe ser hechicero
y verlo mi amor desea.

INES. No puede ser, caballero.

ENR. Por qué?..

INES. Porque soy muy fea.

ENR. Malamente os escusais;
dejad, pues, esa modestia:
pero si os incomodais,
disimulad mi molestia.

INES. En nada me molestais.

ENR. Pues bien, tened compasion
de quien ya ciego os adora,
y ese velo de traicion
alzadlo por Dios, señora,
y alegrad mi corazon.

INES. Por vuestras palabras veo...

ENR. Qué?

INES. Que amais con ligereza.

ENR. Por eso veros deseo
con tanto anhelo, aunque creo
que es mucha vuestra belleza.

INES. Galante sois, caballero.

ENR. Cómo no serlo, por Cristo,
viendo ese rostro hechicero?

INES. Pues si no me lo habeis visto...

ENR. Es verdad; pero lo infiero.
Yo me figuro mirar
el semblante de una diosa,
y no me pienso engañar.

INES. Pues si me juzgais hermosa,
gran chasco os vais á llevar.

ENR. Engañarme no recelo;
que ahora he visto dos centellas
por entre el espeso velo;
y no hay duda que es buen cielo
si son claras las estrellas.
Permitid á mi amor fiel
que os levante el antifaz,
pues me haceis penar con él.
(Trata de descubrirla.)

INES. Sois...

ENR. Qué soy?

INES. Bastante audaz.
(Con dulzura.)

ENR. Y vos...

INES. Qué soy?

ENR. Muy cruel.

INES. Pues os empeñais, mirad.
Qué decís? *(Se descubre.)*
ENR. Que sois muy bella.
INES. Adulaciones dejad.
LUIS. (No me engañaba, era ella;
Qué buena fidelidad!
Creyéndome desterrado,
de mi amor se burla así;
mas quisiera haber estado
en el castillo encerrado,
que mirarme libre aquí!)
BRIG. (Por lo que mirando estoy,
aparenta mucho afan;
D. Luis y el Rey, por quien soy,
el pleito han perdido hoy
con este nuevo galan.)
INES. Decís que sois estudiante?
ENR. Con grado de bachiller;
mas desde hoy en adelante,
tan solamente he de ser
de vuestra beldad, amante.
INES. Es valiente quien me adora?
ENR. Altas pruebas tengo dadas;
y por vuestro amor ahora
anduviera á cuchilladas
con el mismo Cid, señora.
INES. (Que es valiente, bien se vé.)
Sois resuelto?
ENR. Ya os he dicho
que por vos todo seré,
y mi vida arriesgaré
por el mas leve capricho.
INES. Teneis amigos?
ENR. No sé,
qué objeto llevais, por Dios,
con tales preguntas.
INES. Fué,
porque acaso me valdré
pronto de ellos, y de vos.
ENR. Pues para cualquier intento
ya mi vida os ofrecí;
y contad con mas de ciento

que en valor y atrevimiento
pueden igualarse á mí.

INES. (Para consumar mi plan
el cielo me ha deparado
tan atrevido galan.)

ENR. Calmad por Dios este afan
que vuestro amor me ha inspirado.
Decid, me amais?

INES. Pruebas doy
de que os amo.

ENR. Sois tan bella
como amable! loco estoy!
Y en la córte sois?...

INES. Doncella
de una camarista soy.

ENR. Y cómo os llamais?

INES. María.

ENR. Perdonad mi atrevimiento,
que estoy loco de alegría.
(Le besa la mano.)

INES. Sed cuerdo en este momento,
que no es tiempo todavía.

ENR. Dónde nos veremos?

INES. Veis
una ventana cerrada?
Pues cuando anochezca, ireis,
y como en señal, dareis
bajo de ella una palmada.
A Dios, y no me sigais.
(Vánse seguidas de D. Luis.)

ESCENA III.

D. ENRIQUE *y á poco el* REY *embozado.*

ENR. No acabo de comprender
lo raro de esta aventura,
que por cierto rara es.
Yo al principio me creia
por su porte y esquivez
que era dama principal;

y luego salió con ser
doncella de camarista:
pero nada importa á fé.
Ella es linda como un sol,
y pues se presta tan bien,
seguiremos la aventura
yendo á la cita despues.
Hoy me proteje la suerte. (*Marchándose.*)

REY. Caballero, detened.

ENR. Qué pretendeis? Acabad.

REY. Pretendo que me escucheis,
en asunto que á los dos
nos tiene mucho interés.

ENR. Ya os escucho.

REY. Hace un momento
en este sitio tambien,
con una dama que ignoro,
aunque sospecho quien es,
os ví departir amores:
de vos pretendo saber
cuál es su nombre.

ENR. Es inútil,
porque yo no lo diré.

REY. Quiero daros un consejo
que bien lo habeis menester.
Cuando á una dama sigais
y luego de amor le hableis,
tened cuidado en mirar
si otro la sigue tambien.

ENR. Segun eso sois...

REY. Su amante.

ENR. Pues decidlo de una vez,
y preguntad con la espada
lo que pretendeis saber.

REY. Ignorais quién soy?

ENR. Lo ignoro.

REY. Bien á las claras se vé;
pues si supieseis mi nombre
ya os hallárais á mis piés.
Yo puedo en este momento
obligaros á que hableis;
mas no quiero que digais

que el secreto os arranqué,
valiéndome para ello
de mi nombre y mi poder.

ENR. Seais quien fueseis, con la vida
esto secreto os daré.

REY. Por Dios que sois muy valiente,
pues conmigo os atreveis.
Pensad que ese amor, la vida
os ha de costar tal vez;
ó cuando menos pensad
que un destierro vá con él.

ENR. Dejad esas amenazas
porque nada lograreis;
y si no quereis batiros,
el cielo os guarde.

REY. Tened:
ya que es fuerza, con la espada
las preguntas os haré.

ENR. Me place.

ESCENA IV.

DICHOS *y* OLIVARES *que entra por la izquierda y se coloca al lado del* REY, *y* D. LUIS *por la derecha en defensa de* D. ENRIQUE.

OLIVAR. Soltad, villano.

ENR. Atrás los dos.

OLIVAR. Que os perdeis.

LUIS. No se pierde, que yo aquí
de vos le defenderé.

OLIVAR. Soltad la espada, insensato;
(A D. Enrique.)
que es inútil contra el Rey.

ENR. Perdonad, señor, mi agravio.
(Se arrodilla.)

LUIS. (Soy perdido, si me ven.)

REY. Ya os dije que en conociéndome
os veríais á mis piés.
Pero alzad, que sois valiente
y mi perdon mereceis;

á pesar que no hay ofensa;
que en el duelo que acepté,
reñí como enamorado,
y no reñí como Rey.
Vos, quién sois que recatado
el rostro ante mí teneis?

LUIS. Un desgraciado, que aquí
su rostro debe esconder.

REY. Pues marchad, y atad la lengua
en este asunto.

LUIS. Está bien. (*Váse.*)

OLIVAR. Es sospechoso.

REY. Dejadle;
que harto temor lleva él.
Si vuestra espada Olivares,
no lo pudo conocer,
la culpa es vuestra y no mia
de que ignoremos quien es.
Hidalgo aguárdame fuera,
(*A D. Enrique.*)
que os tengo de menester.

ESCENA V.

EL REY y OLIVARES.

REY. Por Dios que es hombre valiente
quien resiste mis combates,
y ese mancebo lo ha hecho
porque es su valor muy grande.

OLIVAR. Y cual, señor, fué la causa
de pendencia semejante?

REY. Habeis visto hace un momento
al pasar entre los árboles,
una dama y un galan
que hablaban en esta parte?
Pues sabed que la tapada
era Doña Inés.

OLIVAR. Es fácil
que la confundais con otra.

REY. No es posible equivocarme.

Ese hidalgo no ha querido
ni por promesas ni ultrajes
desvanecer mis sospechas,
y me ha sido indispensable
echar mano de la espada
para poder obligarle.
Lo demás vos lo sabeis.

OLIVAR. Yo dudo que en este lance
haya sido Doña Inés
la que al duelo ha dado márgen.

REY. No lo dudeis; era ella.
Y si es cierto tal desaire,
no ha de quedar sin venganza.

OLIVAR. Hareis muy bien en vengarle.

REY Esta noche pienso verla
y del todo asegurarme;
y os juro que si descubro
que es ingrata á mis afanes,
ya que su amor no consiga,
no ha de conseguirlo nadie.

OLIVAR. Pero, tánto se resiste
todavía?

REY. Como antes.
Desde que á vuestras instancias
le dí un destierro á su amante,
está mas dura conmigo.

OLIVAR. Dejad que el tiempo la ablande,
pues viéndose abandonada
habrá por fin de entregarse.
Pero si sale verdad
lo que he sabido esta tarde...

REY. Y qué es ello?

OLIVAR. Que D. Luis
se ha fugado de Vallares.

REY. Y se sabe dónde está?

OLIVAR. Eso es lo que no se sabe.
Yo pienso que habrá venido
á la córte, á rebelarse
contra vos.

REY. Pues es preciso
sin perder tiempo acecharle,
y dar con él; que os prometó

que ya no podrá fugarse.
Mas ella vuelve; veremos
si ha sido error lo de antes.

ESCENA VI.

DOÑA INES, BRIGIDA, *el* REY *y* OLIVARES, *pasean*.

REY. Me estraña veros tan sola
retirada del paseo,
y presumo que aguardais
algun amante secreto
á quien habreis dado cita
en este sitio.
INES. No es cierto.
Hace tiempo que estoy triste
y del bullicio me alejo.
BRIG. (Qué hipócrita! Yo bien sé
que aquí no viene por eso,
si no porque es este sitio
propio para galanteos.)
REY. Que causa vuestra tristeza?
INES. Revelároslo no puedo.
REY. La causa infiero.
INES. Cuál es?
REY. De algun amante el recuerdo;
aunque creo que hace poco
otro amante os dió consuelo.
INES. Me conoceis? (*Sobresaltada.*)
REY. (Ella es,
no me engañaron mis celos.)
INES. De que ignorais quien soy yo,
da muestras vuestro silencio.
REY. Os conozco.
INES. Y bien, quién soy?
REY. Sois Doña Inés Escobedo,
camarista de la Reina.
Qué decís?
INES Que todo es cierto.
Le conoces? (*A Brígida*

BRIG. Yo no sé (*A Doña Inés.*)
si será el Rey; mas sospecho.
INES. (Veremos.) Y vos, quién sois
que hablais con tanto misterio?
Pues que ya sabeis mi nombre,
decirme debeis el vuestro.
REY. Es ignorado de todos,
y por lo mismo...
INES. Yo creo
que vuestro nombre será
conocido en todo el Reino.
REY. (Tambien acertó conmigo:
hablemos ya sin rodeos.)
Teneis razon; no habrá uno
en todo nuestro hemisferio
que del Rey Felipe Cuarto
el nombre ignore. (*Se descubre.*)
INES. Qué veo!
con que sois vos? (Bien dijiste.)
BRIG. (Tengo un olfato muy bueno.)
REY. Te molesta mi presencia
Inés, por lo que estoy viendo;
pues acaso esperarás...
INES. A nadie, señor, espero.
Por Dios no me atormenteis
con vuestras quejas y celos.
REY. No tengo razon sobrada
para todo, cuando veo
que despreciando mi amor
otro acoges en tu pecho?
INES. Las apariencias, señor,
os engañan.
REY. Pues no es cierto
que hablando estabas no há mucho
con un galan?
INES. No lo niego,
pero es un pariente mio
y no debe dar recelo.
BRIG. (Por descendiente de Adan
sin duda que hay parentesco.)
REY. Me engañas?
INES. La verdad digo.

REY. Pues por lo mismo te advierto,
que bien pariente ó amante
yo tus acciones observo,
y si llego á descubrir
que al fin mi amor has pospuesto;
al amante que antepongas
yo sabré darle su premio,
asi como á D. Luis
lo premié con un destierro.
A Dios Inés. (*Vase el Rey.*)

INES. Id con él.

ESCENA VII.

DOÑA INES Y BRIGIDA.

INES. Qué dices Brigida de esto?

BRIG. Qué digo? Que en este asunto
maldito lo que comprendo,
vos suspirais por D. Luis,
al Rey le fingís afecto,
y á mas de estos dos amantes
cita le dais á un tercero.

INES. Todo conviene á mi plan,
y aun faltan otros enredos.

BRIG. Pues señor, si salís bien,
por un milagro lo tengo.

INES. Para una mujer que ama
hay pocos impedimentos.

BRIG. Pero vos amais? Y á quién?

INES. A D. Luis.

BRIG. Menos lo entiendo.
Ya os dijo el Rey que os observa.

INES. Por Dios que es fuerte su empeño
de obligar mi corazon
por tan rigorosos medios,
pretendiendo que le ame
cuando tanto le aborrezco.

BRIG. Aquel que nos perseguia
viene hácia aquí.

INES. Ya lo veo.

Observa si vuelve el Rey.
BRIG. (Otro pariente tenemos.)

ESCENA VIII.

DONA INES, D. FERNANDO *y* BRIGIDA *á un lado.*

FERN. Con que al fin os empeñais
en que el rostro no he de ver?
INES. Para hablar á una mujer
no es fuerza que la veais.
FERN. Por esa contestacion
manifestais claramente
que en vos estan juntamente
la belleza y discrecion.
INES. Algunos antes que vos
me han dicho lisonja igual.
FERN. Pues si otros han dicho tal,
lo acertaron, vive Dios.
INES. No sé si discreta soy.
FERN. Pues yo bien lo conocí.
INES. Y á cuántas antes que á mí
habeis adulado hoy?
FERN. Jamás adula un soldado.
INES. Con que vos sois...
FERN. Capitan.
INES. (Tambien conviene á mi plan
tener este enamorado.)
BRIG. (El demonio que comprenda
los planes de esta mujer,
pues ya son cuatro á mi ver
en la amorosa contienda.)
INES. Hace mucho habeis venido
á la córte?
FERN. Poco á fé;
aun no hace un mes que llegué
de Flandes, donde he servido.
Seis años estuve allí
haciendo dura campaña,
hasta que por fin á España
dar la vuelta conseguí.

A pretender he venido;
que ya se encuentra mi espada
de tanta muerte cansada;
y grata les habrá sido
mi ausencia á aquellos zopencos.

INES. Cobarde alguno os juzgara.

FERN. Cobarde? Por vos correra
con un tercio de Flamencos:
Y si alguno duda, en fin,
yo le sabré convencer.

INES. (Con este y el bachiller
sobra ya para el motin.)

FERN. Pero dejemos, señora,
esta cuestion del valor,
y hablemos solo de amor
que es lo que interesa ahora.

INES. Muy pronto sois en amar.

FERN. Como soldado que soy,
no quiero si puedo hoy
hasta mañana esperar.

INES. Y si luego lo sentís
cuando sepais quien soy yo?

BRIG. (Viendo estoy que me engañó
al hablarme de D. Luis.)

FERN. Sin desperdiciar momento
decid por fin si me amais,
y quien quiera que seais
ya vereis si me arrepiento.

INES. Pues bien, os amo.

FERN. Oh fortuna!
Dejadme un beso estampar,
porque os tengo de adorar
como no adoré á ninguna.

BRIG. (No piensan que estoy presente
y que es un beso importuno;
bien que entre amantes, no hay uno
que en las citas sea prudente.)

FERN. De saber ansioso estoy
quién sois y cómo os llamais.

INES. Y de callarlo me dais
vuestra palabra?

FERN. La doy.

INES. Pues bien, mi nombre mirad
en esta prenda.
(*Enseñándole un brazalete.*)
FERN. Me engaño?
Sois la Reina!
INES. Y qué hay de estraño?
FERN. Mi audacia disimulad.
INES. Con que ya os arrepentís
de todo cuanto habeis dicho?
Bien se vé que fué un capricho.
FERN. Un capricho! Qué decís?
Si amarme fué vuestro intento
al hacerme tal favor,
os repito que en mi amor
no cabe arrepentimiento.
INES. Pues en mí desde este instante,
si como creo me amais,
vuestra Reina no veais;
si no solo vuestra amante.
FERN. Con que os dignais...
INES. Por discreto
mi cariño mereceis;
á ninguno reveleis
por vuestro bien, el secreto.
FERN. Todo lo sabré callar,
pues lo que me importa sé.
INES. Venid, y el sitio os diré
donde me podeis hablar. (*Váse.*)

ESCENA IX.

D. LUIS *y á poco* D. ENRIQUE.

LUIS. No sé si despierto estoy
ó si todo un sueño ha sido;
por Dios, que me han sucedido
muchas aventuras hoy.
A no haberlo presenciado
su inconstancia no creeria;
mas mi amor en este dia
buen desengaño ha llevado.

Mis ojos la han visto, sí,
llena de amoroso afan
hablando con un galan
sin acordarse de mí.
Cuánto me cuesta creer
su manifiesta traicion!
Fia, fia, corazon,
en palabras de mujer.
Fué tambien rara aventura
la que con el Rey pasó;
mas todo me demostró
que Doña Inés es perjura.
Pero aquí vuelve el galan
á quien del Rey defendí.

ENR. Me place hallaros aquí,
que os buscaba con afan.

LUIS. Para qué?

ENR. Para ofreceros
mi amistad, si la quereis,
pues defendido me habeis
hasta el punto de esponeros.
Por tan noble y digna accion
os estoy muy obligado.

LUIS. Vuestra defensa he tomado
porque era mi obligacion.

ENR. Si fué ó no vuestro deber,
agradecido os estoy;
y en prueba de ello, desde hoy
vuestro amigo quiero ser.
Me rehusais vuestra amistad?

LUIS. No tal, que me honra, por Dios,
un amigo como vos.

ENR. Los cumplimientos dejad.
Desde este instante ya es vuestra
mi vida y cuanto poseo.

LUIS. Pues bien, que me deis deseo
de esa amistad una muestra.

ENR. Hablad sin ningun recelo
que satisfecho sereis.

LUIS. Exijo que me conteis
lo que ha motivado el duelo.

ENR. Ya nada os puedo negar

y os lo voy á contar todo.

LUIS. Os escucho. (De este modo
tal vez me podré vengar.)

ENR. Sabed que á una dama hablé,
hermosa como ninguna,
y fué tanta mi fortuna
que su voluntad gané.
El Rey sin duda me vió,
y con la lengua y la espada,
el nombre de la tapada
que le dijera exigió.
Entonces me resistí,
y el duelo siguió adelante,
y vos mismo lo restante
habeis presenciado aquí.

LUIS. Pero decid, esa dama
es casada, ó es dòncella?

ENR. Yo solo sé que es muy bella
y que en estremo me ama.
(Tal perfidia no comprendo.)

LUIS. Si á verla una vez llegais,
al punto os enamorais.

LUIS. (A quién se lo está diciendo!)
Y os ama?

ENR. Lo aseguró.

LUIS. Muy poco se necesita
para hablar.

ENR. Es que una cita
para esta noche me dió.
Cuando anochezca, he de dar
en su calle una palmada,
con lo cual queda avisada.

LUIS. (Yo tambien la he de avisar.)
Y sabeis cómo se llama?

ENR. Segun me ha dicho, María.

LUIS. Será de alta gerarquía?

ENR. De una camarista es dama.

LUIS. (No acierto por qué razon
finge su nombre y su estado.)

ENR. Ya veis cuan afortunado
he sido en esta ocasion.
Como estudiante tambien

á otra cosa me atreví.

LUIS Y que fué?

ENR. Que le cogí
la mano.

LUIS. Hicisteis muy bien.
(Esto mas? furioso estoy;
pero fingir es preciso.)
Si me dais vuestro permiso
hácia la villa me voy.

ENR. No es menester que os repita
mis promesas.

LUIS. No lo es;
á Dios, y el amor despues
os dé fortuna en la cita. (*Vase.*)

ESCENA X.

D. ENRIQUE *y despues* D. FERNANDO.

ENR. Tan misteriosa aventura
no se me puede olvidar,
y sospecho que María
es dama de calidad.
El Rey sin duda es su amante,
por lo que me ha dicho ya,
y cuando el Rey la pretende
debe ser muy principal.
Pero lo cierto es que yo
conquisté su voluntad,
y por mi amor, al Monarca
atrevióse á despreciar.

FERN. Bachiller, el cielo os guarde.

ENR. Bien llegado, capitan.

FERN. Me admira veros tan solo;
qué haceis aquí?

ENR. Meditar.

FERN. Contestacion peregrina,
vive Dios. De cuándo acá
se ha transformado en filósofo
D. Enrique Sandoval?

ENR. Desde esta tarde.

FERN. Motivos
muy poderosos habrá?
ENR. Demasiado.
FERN. Por ventura
visteis la infidelidad
de alguna querida vuestra?
Si eso os mueve á meditar,
no hagais caso; que si unas
se marchan, otras vendrán.
ENR. Lo contrario me sucede;
he rendido una beldad.
FERN. Iba sola?
ENR. Acompañada
de una dueña nada mas.
FERN. Dónde ha sido?
ENR. En este sitio.
FERN. (Sospechas me ha dado ya.)
Será noble?
ENR. Por su estado
desconocida será;
mas lo que es por su hermosura,
la conocen por demas.
FERN. (Ya respiro.) La habeis visto?
ENR. Por fin la pude obligar
á que el rostro descubriese,
y me encantó su beldad.
Vive en palacio.
FERN. (Ya vuelvo
otra vez á sospechar.)
Conoceis vos á la Reina?
ENR. Por qué me lo preguntais?
FERN. Por si acaso vuestra dama
se le parece.
ENR. No tal:
son del todo diferentes.
FERN. (Vuelve, amor, á sosegar.)
ENR. Aun no sabeis lo mejor
de esta aventura.
FERN. Contad.
ENR. Me he batido con el Rey.
FERN. Por qué causa?
ENR. Porque está

muy celoso de mi dama.

FERN. (La Reina ha sido; no hay mas.)
Decís que el Rey...

ENR. Tiene celos,
pues enamorado está,
y ella no le corresponde;
mas él la obliga tenaz.

FERN. Y de su esposa se olvida
siendo, como dicen, tal,
que en discrecion y hermosura
muy pocas la igualarán?

ENR. Son caprichosos los hombres
y lo es el Rey por demas;
pues nunca en amor ha sido
constante su Majestad.

FERN. Si os parece, nos iremos.

ENR. Cuando gusteis, capitan.

FERN. (Ansioso espero la cita.)

ENR. (No tardes, noche á llegar.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Habitacion de Doña Inés en el palacio: puerta secreta en el fondo.—A la derecha una ventana y un gabinete con la puerta que da entrada, y otro gabinete á la izquierda con la puerta que conduce á las habitaciones interiores.

ESCENA PRIMERA.

BRIGIDA *y* BERNARDO *entrando.*

BRIG. Entrad sin recelo alguno,
que está ocupada mi ama,
y no puede interrumpir
nuestro coloquio, mi alma.
Dos dias que no os he visto,
cuando una hora no pasa
sin pensar en mi Bernardo,
que tan mal mi afecto paga.

BERN. No empeceis, señora Brígida,
á reprender mi tardanza,
pues mi deber me ha impedido
visitaros.

BRIG. Buena maula!
Cuidado con engañarme,
que soy de muy mala pasta.

BERN. Ya sabeis que de Olivares

tiempo hace estoy en la casa,
y hoy dia soy el criado
de su mayor confianza.

BRIG. Y qué pretendeis decirme?

BERN. Que en mí no ha estado la falta:
ocupado me ha tenido
en asuntos de importancia,
y no he podido cumplir
lo que el amor reclamaba;
pero lo quiero enmendar
con un abrazo. (*Trata de abrazarla.*)

BRIG. Cachaza, (*Resistiéndose.*)
pues mi pudor no consiente
que así enmendeis la tardanza.
Al fin soy una doncella,
ó al menos poco me falta
para serlo; pues no obstante
que fuí dos veces casada,
en la actualidad soy viuda,
y mi estado bien se iguala
al de una doncella.

BERN. Es cierto,
comparais con mucha gracia;
pero estoy viendo que sois
á mi pasion muy ingrata.

BRIG. Esta noche al dar las once
vendreis á verme; mi ama
se retira muy temprano,
y con una llave falsa
podré abriros sin peligro.
Vendreis?

BERN. Os doy mi palabra.

BRIG. Entonces ya tendré yo
buena cena preparada
y aquel vinillo que os gusta.

BERN. Y si á descubrir llegaran?...

BRIG. No hay cuidado. Doña Inés
toda la noche la pasa
durmiendo; y mi habitacion
está bastante lejana.

BERN. Y en este instante me hablais
como doncella ó casada? (*Con intencion.*)

BRIG. Os hablo, Bernardo mio,
como una viuda que os ama.
Doña Inés sale!
BERN. Me marcho.
BRIG. Me engañareis?
BERN. No haré falta.

ESCENA II.

DOÑA INES *y* BRIGIDA.

INES. Estabas hablando sola?
BRIG. Rezando estaba el rosario
para poder alcanzar
el perdon de mis pecados.
INES. Eres cristiana.
BRIG. Eso sí.
Siempre lo he sido.
INES. Yo aplaudo
tanta devocion.
BRIG. Yo soy
muy devota (de Bernardo).
Ha de venir esta noche
vuestro pariente?
INES. Lo aguardo.
BRIG. Y el otro?
INES. Tambien vendrá.
BRIG. Y si viene el Rey acaso?
INES. Tambien lo recibiré.
BRIG. Jesus! Jesus! Yo no aclaro
cómo teneis tantas citas,
y cómo podeis con tantos;
pues á mi ver ya son tres,
ademas del desterrado,
y cuatro amantes son muchos.
INES. Todos me son necesarios:
vete fuera, y cuando llamen
abre al punto, sin reparo. (*Leyendo un papel.*)
BRIG. (Por saber todo su plan, (*Marchándose.*)
diera un dedo de la mano;
y si esta noche con bien

salimos de enredo tanto,
digo entonces que mi ama
tiene pacto con el diablo.)

ESCENA III.

DOÑA INES, *y á poco* D. LUIS *embozado.*

INES. Aun no viene el bachiller,
y del todo anocheció;
sospechas me hace tener,
aunque esta tarde á mi ver
muy sumiso se mostró.
Por salvar solo á mi amant
mi opinion arriesgo así;
y él acaso en este instante
al verse de mí distante,
olvidado esté de mí. (*Seña.*)
La seña hicieron: sois vos? (*Desde la ventana.*)
pues subid y os abrirán.
Ya vino, gracias á Dios;
mas no se calma mi afan
hasta que vengan los dos.

LUIS. Ya veis cuán exacto soy
en el grato cumplimiento
de las palabras que doy.

INES. Harto satisfecha estoy,
y de nada me arrepiento.

LUIS. (Por el bachiller me tiene
sin sospechar cosa alguna;
seguir fingiendo conviene.)
A que colmeis su fortuna
mi amor esta noche viene.
Estoy zeloso, María.

INES. Zeloso? y por qué razon?

LUIS. Porque sospecho, alma mia,
que ya otro galan tenia
abierto tu corazon.

INES. Lijero fuiste en amar,
y en dudar lijero has sido.

LUIS. Cómo zeloso no estar

cuando tu amor me han querido
esta tarde arrebatar?

INES. (Oh! Dios! qué presentimiento
me anuncia... mas no es posible.)
Lo conociste?

LUIS. Y lo siento,
porque es rival muy temible,
y de mucho valimiento.

INES. Qué valo entonces la espada
que en manos de mi estudiante
siempre ha sido respetada?

LUIS. Contra cualquiera, bastante;
contra el Rey no vale nada.

INES. Con que fué el Rey?

LUIS. Esta tarde
con él un duelo empeñé;
de ser tu amante hizo alarde,
y aunque no ha sido cobarde
tampoco muy diestro fué.
Cuando así me disputó
tu amor, indudablemente
pruebas de tí recibió.

INES. No tal; que á su afecto yo
siempre estuve indiferente.
Mas qué causa puede haber
para ocultarme el semblante?

LUIS. Es un misterio.

INES. A mi ver
ninguno debes tener
con quien se llama tu amante.

LUIS. Mi amante! así lo creí,
pero tal vez...

INES. Aun estás
con esas sospechas?

LUIS. Sí;
que fué mucho lo que ví.

INES. Pues yo te he dicho demas.
Ver con el tiempo te haré
que no te engañó mi amor;
mas de esto bastante hablé;
fiar quiero á tu valor
el plan que ya te indiqué.

De tu valor la promesa
hice á la Reina presente,
á quien servir me interesa,
y la admitió.

LUIS. Soy valiente,
y la oferta no me pesa.

INES. Su plan no piensa perder
contando contigo ya.

LUIS. Y no lo puedo saber?

INES. La Reina te lo dirá
cuando venga, Bachiller.

LUIS. (Tantas confusiones veo,
que al fin me hacen sofocar
de la venganza el deseo.)

INES. Esta noche, segun creo,
el golpe se intenta dar.

LUIS. Y á tí te interesa?

INES. Mucho
me interesa el plan tambien.

LUIS. (Con cuántos misterios lucho!)

INES. En su logro está mi bien
y mi fortuna.

LUIS. (Qué escucho!)

INES. Llamar en la calle oí;
es la Reina. (Cielo santo!
es el capitan.) Aquí
(*Señalando el gabinete de la izquierda.*)
puedes entrar hasta tanto
que vuelvo á buscarte. (*Váse.*)

LUIS. Sí,
Que tenga tal liviandad
quien constancia me juró
fingiendo sinceridad!
Ya viene; desde aquí yo
descubriré la verdad.
(*Se esconde en el gabinete.*)

ESCENA IV.

D. Fernando, Brigida y D. Luis *oculto.*

Brig. Aquí puede vuesarced
esperar, que yo me voy.
Fern. Escuche, dueña.
Brig. Qué quiere?
Fern. Saber quien os lo mandó.
Brig. La misma que os dió la cita
esta tarde.
Luis. (Vive Dios! (*Desde la puerta.*)
que á mi ver ya somos cuatro
en esta farsa de amor.)
Brig. Mandais algo?
Fern. Nada mas.
Brig. (Sin duda al otro escondió; (*Marchándose.*)
no se armará mala zambra
si aquí se encuentran los dos.)

ESCENA V.

D. Fernando, Doña Ines *tapada y* D. Luis *que sigue escondido.*

Fern. Aun no puedo convencerme
de cuán venturoso soy;
amarme la Reina! esto
me hará perder la razon.
Luis. (La Reina dice? pardiez!
que nunca un hombre se vió
mas confuso y aturdido.)
Ines. Mi capitan, guardeos Dios.
Fern. Y á su Majestad tambien
para dicha de mi amor.
Luis. (Es Doña Inés, sí, no hay duda,
he conocido su voz,
y en sus acciones encuentro

cada vez mas confusion.)

FERN. He tardado?

INES. No á fé mia;
ningun amante acudió
á la cita de su dama
tan fielmente como vos.

FERN. Por qué seguís el empeño
de atormentar á mi amor,
ocultándome el semblante?

INES. Porque de ello hay precision.
Si mi rostro descubriese,
algun criado hablador
verme pudiera, y entonces
peligrara mi opinion;
y como Reina y mujer
debo conservar mi honor,
porque si el Rey lo supiese
nos perdiéramos los dos;
y por lo mismo es preciso
tener mucha prevision.

FERN. De que es preciso el misterio
por fin convencido estoy;
(y mas meditando el Monarca
y habiendo una inquisicion.)
En recompensa, señora,
habladme de vuestro amor,
y pues no gozan mis ojos,
que goce mi corazon.
Repetidme que me amais;
repetídmelo por Dios.

INES. De cuanto os dije esta tarde
os hago confirmacion,
y de mi amor solamente
el dueño habeis de ser vos.

FERN. (Estoy loco de alegría!)

LUIS. (Y yo loco de furor!)

FERN. Vuestra Majestad disponga
de mi vida desde hoy.

INES. Suprimid el tratamiento;
ya os dije que para vos
no soy Reina, sino amante.

FERN. Oh, qué venturoso soy!

INES. Esta noche necesito
vuestra espada y discrecion
para un plan que me he propuesto
efectuar.

FERN. Vuestro soy.

INES. Han llamado. (Quién será!)
Esperad. (*Vase.*)

ESCENA VI.

D. FERNANDO y D. LUIS.

LUIS. (A mi entender,
es sin duda el Bachiller
que á la cita acude ya.
Terrible apuro es el mio;
al fin me descubriré.)

FERN. Medito, y no sé por qué,
de la Reina desconfio.
En su conducta la veo
demasiado misteriosa,
y aunque la encuentro amorosa,
poco en sus palabras creo.
Mas al fin soy su galan,
y poseyendo su amor
nada me infunde temor.

LUIS. Buenas noches, capitan. (*Saliendo.*)

FERN. Quién sois vos?

LUIS. Un caballero.

FERN. Y qué intentais?

LUIS. Conspirar.

FERN. Y aquí qué haceis?

LUIS. Esperar.

FERN. A quién?

LUIS. A la Reina espero.

FERN. Os ha citado?

LUIS. Y á vos
os citó despues que á mí,
y nos hallamos aquí
con ese objeto los dos.
Hoy por medio de otra dama

de quien amante soy yo,
su Majestad reclamó
mi auxilio.

FERN. Y cómo se llama?

LUIS. Nada interesa su nombre;
desechad todo temor,
que de la Reina el amor
no partís con ningun hombre.

FERN. Con que vos sabeis que soy
de nuestra Reina...

LUIS. Galan;
y por ello, Capitan,
toda enhorabuena os doy.

FERN. Pues que sabeis mi secreto,
prometed que de los dos
no saldrá nunca, por Dios.

LUIS. Callarlo siempre os prometo.

FERN. Le hablaré en vuestro favor;
y si quereis un empleo,
se os dará; que yo deseo
serviros de protector.

LUIS. Mil gracias; lo que pretendo
ya no es fácil de alcanzar,
y si á mí me lo han de dar
vos lo perdereis.

FERN. No entiendo...

LUIS. Aquí viene otro galan,
despues os lo haré entender.

ESCENA VII.

LOS MISMOS, D. ENRIQUE.

FERN. Vos por aquí, Bachiller?

ENR. Vos por aquí, Capitan?
Raro encuentro por mi vida.

FERN. Si que es raro por demas,
encontrarnos hoy aquí
sin ser el objeto igual.
Yo os juzgaba en otra parte
dando cumplimiento ya
á la cita de esta tarde.

ENR. Aquí se ha de efectuar.
FERN. Vuestra dama, entonces vive
en este cuarto?
ENR. Cabal.
FERN. Ya tanto enredo comprendo;
fué mucha casualidad.
La visteis?
ENR. Con mil rodeos
una dueña me hizo entrar,
diciéndome que aquí dentro
estaba su Majestad
aguardando mi venida,
para iniciarme en un plan;
y en vez de hallar á la Reina
me hallo con vos...
FERN. Es verdad.
La Reina nos ha citado
aquí con objeto igual,
y hace un momento ha salido,
pero pronto volverá.
ENR. Vos tambien habreis venido (*A D. Luis.*)
por lo visto á conspirar,
y siendo todos amigos
el cubrirse está demas.
LUIS. Es cierto. (*Se descubre.*)
ENR. Qué estoy mirando!
por Dios que rayando vá
esta cita en brujería;
mucho me estraña...
LUIS. Escuchad,
(*Lo lleva á un lado del teatro.*)
y vereis como este encuentro
ha sido muy natural.
(Por Dios que no encuentro un medio
para encubrir la verdad.)
Despues que nos separamos
me batí con un galan
muy cerca de aquí; el motivo
despacio os lo he de contar:
de pronto me acometieron
otros dos contrarios mas
que en su favor acudieron;

mas yo me pude escapar,
y al ver que me perseguian
me acordé de la señal
que para la cita os dieron;
me valí de ella en mi afan,
y fingiendo vuestro nombre
aquí me hicieron entrar.

ENR. Hoy todas las aventuras
son estrañas á cual mas.

LUIS. Yo espero que en este caso
perdonareis mi amistad...

ENR. No prosigais; entre amigos
no hay nada que perdonar.

LUIS. Para no infundir sospechas,
decid á su Majestad
que soy un amigo vuestro
que presentais para el plan.

ENR. Está bien.

LUIS. (Gracias á Dios
que lo pude remediar.)

FERN. Con que aquí ha sido la cita?

LUIS. (Pronta mi venganza está.)

ESCENA VIII.

DICHOS, DOÑA INES *tapada*.

INES. (Estoy temiendo y no sé (*Desde la puerta.*)
cómo descubrir quien sea
este hombre misterioso
que entre nosotros se encuentra.
Mas, antes al Bachiller
hablémosle como Reina.)
Vos quién sois, que no os conozco?

ENR. (Qué escucho! su voz es esta;
es María, sí, no hay duda.)

INES. No me merezco respuesta?

ENR. Decid, señora, por Dios,
si sois la Reina de veras.

INES. Ninguno dudó hasta ahora
que es la Reina verdadera
Doña Isabel de Borbon.

quien está en vuestra presencia.

ENR. Mi pregunta perdonad,
que no fué tan indiscreta;
pues cuanto mas os escucho,
mas mi confusion se aumenta.

INES. Por qué?

ENR. Porque en el hablar
mucho os pareceis á ella.

INES. A quién?

ENR. A una prima mia.

INES. (Tambien miente con destreza.)

FERN. Bachiller, no dudeis ya
que á quien hablais es la Reina;
y si en ello persistís...

ENR. Me hareis al fin que lo crea.

INES. Aun no me habeis contestado
á mi pregunta primera.

ENR. Teneis razon, no es posible
que tanto á vos se parezca;
su acento desde esta tarde
en mis oidos resuena,
y es el mismo; pero acaso
ilusion tan solo sea.
Don Enrique Sandoval
es, señora, el que os contesta,
y quien en vuestro servicio
verter su sangre desea.

INES. Ya me han hablado de vos
y cuento con vuestra oferta.
Y este hombre que el semblante
(*Señalando á D. Luis.*)
cubre con tanta cautela,
temiendo que lo descubran
é inspirando así sospechas,
quién es?

ENR. Un amigo mio
que ayudará nuestra empresa.

INES. (Un amigo suyo! atónita
me ha dejado su respuesta.)
Y no sabremos quién es?

LUIS. Basta que os diga mi lengua
que desde hoy arriesgaré

mi vida en vuestra defensa.

ENR. (La he visto un poco la cara
y mas me afirmo que es ella;
parece que hoy el demonio
quiere apurar mi paciencia.
Mas todos dicen que no
y es fuerza que me convenza.)

INES. Pues los tres os encontrais
decididos sin reserva,
ya es hora de que os indique
de mi proyecto la idea.
Quiero que esta misma noche
con la mayor diligencia,
se prepare una asonada
aquí en palacio; y en ella
se ha de pedir que el Monarca
prive de toda influencia
al favorito Olivares,
que apoyado en la nobleza
al Rey engaña, y al pueblo
como esclavo lo desprecia.
Esto exijo; que á mí toca
finalizar esta empresa.
Poneos los tres de acuerdo
y volved á darme cuenta
temprano; porque á las doce
se ha de principiar la fiesta.

FERN. Todo cuidado pondremos
para dejar satisfecha
á quien con su confianza
nos honra de esta manera.

INES. Venid vos antes que todos, *(A don Enrique.)*
si vuestro afecto desea
ver y hablar á vuestra prima.

ENR. (No hay mas; es una hechicera.)

LUIS. Doña Inés bien os conozco. *(A doña Inés.)*

INES. Decid, quién sois?

LUIS. Quien acecha
rencorosos vuestros pasos:
que esteis sola me interesa.

INES. Marchad vos, que vuestro amigo
para ayudarme se queda.

ESCENA IX.

DOÑA INES y D. LUIS *descubriéndose ambos.*

LUIS. Voy á decirte quien soy.
INES. Ah! mi Luis; con que alegría
vuelvo á verte en este dia.
LUIS. Te alegras de verme hoy?
INES. Quien lo duda?
LUIS. Por mi vida,
yo lo dudo; y con razon
juzgo que en esta ocasion
no te agrada mi venida.
INES. Me estraña mirarte así
indiferente y zeloso,
cuando tierno y amoroso
debieras hablarme aquí.
LUIS. Y cuando yo en mi amargura
fiel á mi amor te he juzgado,
me estraña haberte encontrado
indiferente y perjura.
INES. Las apariencias quizá
cegaron tu corazon.
LUIS. Apariencias! no lo son
si no realidades yá.
Es por ventura apariencia
el juramento de amor,
que esta tarde sin temor
diste á un hombre en mi presencia?
Esta noche á otro galan
tambien delante de mí,
tu amor le ofreciste aquí
pretestando cierto plan.
Mis ojos, sí, lo miraron
y mis oidos lo oyeron.
INES. Pues tus oidos mintieron
y tus ojos te engañaron.
LUIS. Aun te atreves á negar?
por Dios! que ya me impaciento.
INES. El negarlo no es mi intento,

pues lo voy á confirmar.
Si esta tarde, aunque fingia,
de amor una dama habló,
esa dama no fuí yo.

LUIS. Pues quién ha sido?

INES. María.
Y si esta noche ha venido
á una cita otro galan,
quien lo citó con afan
no fuí yo, la Reina ha sido.
No es estraño; como soy
dama de su Majestad
pude con facilidad
usar de sus joyas hoy.
Asi claramente ves
que no te engañé, por Dios.
Otra soy para ellos dos
y para tí, soy Inés.

LUIS. Tu aclaracion no es bastante
para convencerme, no.
Ya mi amor se convenció
de que le has sido inconstante.
Cuando de el Rey el favor
por tu amor he despreciado,
de este modo me ha pagado
tal sacrificio tu amor!
Y cuando en prision un año
estuve solo por tí,
hoy me recibes así
con tan triste desengaño.
Atropellando la ley,
del castillo me he fugado,
y sin duda he despertado
el odio antiguo del Rey.
Vengo lleno de pasion
á estrecharte entre mis brazos,
y tú, perjura! en pedazos
me partes el corazon.

INES. Por Dios, no prosigas mas,
que así mi amor atormentas;
sin motivo te lamentas
y al fin te convencerás.

Por quién mi opinion, así
que tú juzgas ya perdida,
arriesgára con mi vida
si no por salvarte á ti?
Cuanto has visto en este dia
todo misterios han sido,
y por lo mismo has creido
que á tu amor traicion le hacia.
Parte del plan que medito
aquí lo escuchaste ya;
todo lo demás está
en este papel escrito. (*Le da una carta.*)

LUIS. Al Rey pides mi perdon (*Despues de leer.*)
y el destierro de Olivares.
Por Dios, Inés, no prepares
otro engaño á mi pasion.
Mas qué veo! en recompensa (*Sigue leyendo.*)
al Rey prometes amar?

INES. Así lo pienso engañar
para tomar tu defensa.
Si al fin logras su favor,
alucinarla sabremos,
y si amarnos no podemos
huiremos con nuestro amor.
Lo que acabo de decir
te ha debido convencer.

LUIS. Sí, sí, te debo creer (*Se va abriendo la puerta.*)
para poder existir.

INES. El Rey: huye.
(*Viendo abrir la puerta falsa.*)

LUIS. No es posible. (*Se cubre.*)

INES. Ya nuestro plan se perdió. (*Se marcha.*)

ESCENA X.

D. LUIS *y el* REY *embozados.*

REY. (Un hombre hablando con ella;
bien me ha engañado por Dios.)
Quién sois, hidalgo?

LUIS. Un amante

que está en guarda de su amor.

REY. Por vida mía que ha sido
donosa contestacion.
Qué objeto á esta casa os trae?

LUIS. El mismo objeto que á vos.

REY. Me contestais con astucia
y temerario valor.
Sabeis quien soy?

LUIS. No lo sé.

REY. Pues si supieseis quien soy,
el semblante descubierto
mostrárais sin dilacion.

LUIS. No puede exigir respeto
cual de mí lo exigís vos,
quien por una puerta falsa
entra á guisa de ladron.

REY. Tened mancebo esa lengua
porque os ciega vuestro amor.
Sois por ventura el pariente
de quien doña Inés me habló
esta tarde en el Retiro?

LUIS. Ya os he dicho lo que soy.

REY. Es doña Inés vuestra dama?

LUIS. Por tal la contemplo yo,
aunque no hace mucho tiempo
tuve distinta opinion.

REY. Mancebo, por lo que veo
ignorais que en vuestro amor
es el Rey Felipe cuarto
vuestro rival; que soy yo. (*Descubriéndose.*)

LUIS. Hace tiempo qué lo sé
y que sintiéndolo estoy.
Mas ya os habeis descubierto,
qué me descubra es razon,
y de este modo os doy muestras
de que no tengo temor.

REY. Don Luis, aquí! en mi palacio!
audaz en estremo sois,
cuando os hallais fugitivo
sin ninguna proteccion;
aquí venís á buscarme
incitando mi rencor,

en lugar de haber huido
donde no alcance mi voz.
Por Dios que me pareceis
desarmado cazador,
que al escuchar un rujido,
en vez de escapar veloz,
con su presencia exaspera
en su caverna al leon.

LUIS. Así es; mas si la fiera
sus hijos le arrebató,
no le queda otro remedio
al infeliz cazador,
que morir despedazado
ó darle muerte al leon.

REY. Sois D. Luis muy temerario,
y medios poseo yo,
á la verdad muy sencillos,
para librarme de vos.
Hace tiempo que está ociosa
nuestra santa Inquisicion...
Pero, no quiero valerme
de este medio de terror;
la ley os castigará
que para ello hay razon.

LUIS. Nada me importa la vida
si me arrebatais mi amor;
pero antes de que la pierda
habeis de perderla vos.
(*Hecha mano á la espada.*)

REY. Aquí mis guardias!

LUIS. Atrás! (*A los soldados.*)

REY. Prendedle!

SOLD. Daos á prision.
(*La cercan y la prenden.*)

REY. A un calabozo llevadle
que ha de morir por quien soy.

ESCENA XI.

EL REY *y* DOÑA INES.

REY. Por atrevído y traidor
pronto el premio le he de dar;
Inés, yo sabré vengar
los desaires de mi amor. (*Sale Doña Inés.*)
INES. Decid, dónde está D. Luis?
REY. Preso en mi poder está,
y la ley lo juzgará
cual merece.
INES. Qué decís?
Por qué os habeis empeñado
en hacerme desgraciada?
REY. Y por qué estás empeñada
en ver mi amor desairado?
Si admitieses mi pasion,
mas contenta vivirías,
y dando envidia serías
la Reina de mi nacion.
Aunque no es régia tu cuna,
todo tu beldad lo abona,
y ciñéras mi corona
con mas razon que ninguna.
INES. La corona no se ha hecho
para que adorne mi sien,
y sé que no falta quien
la lleve con mas derecho.
Por una estraña locura
teneis la Reina olvidada,
y es digna de ser amada
por su virtud y hermosura.
Dejad, señor, ese afan
que reprueba toda ley,
y aquí venid como Rey
sin venir como galan.
REY Rigorosa en demasía
Inés, acabas de hablar,
y ahora debieras estar

mas tierna por vida mia.
Salvar tu amante procuras
y me das tanto desden;
por Dios que no lo haces bien
que así su muerte apresuras.

INES. Tened con él compasion
que amarme su crímen fué.

REY. Su perdon te otorgaré,
mas con una condicion.
Esta noche ha de salir
para siempre desterrado,
y yo lo pondré en estado
de que ya no pueda huir.
Y por librarle la vida
Inés, que tan dura está,
en adelante será
á mi amor agradecida.

INES. Tan terrible condicion
no puedo jamás cumplir.

REY. Pues bien, pronto ha de morir.
Se acabó la compasion.

INES. Señor, aguardad.

REY. No escucho.
(Vase por la puerta falsa.)

ESCENA XII.

DOÑA INES *y* OLIVARES *que entra por la misma puerta falsa.*

INES. Al fin lo voy á perder,
cuando libre lo creía
de los enojos del Rey.
Por mí quebrantó el destierro
y al Monarca ha sido infiel;
y en pago de tanto amor
su muerte causé tal vez.
Aquí viene el de Olivares;
su clemencia implóraré,
si es posible que en su pecho

clemencia pueda caber
teniendo tanta ambicion.

OLIVAR. Pronto, mi señor, se fué,
y en busca suya venia.
Qué os aqueja Doña Inés?

INES. Señor Conde, por piedad!
vuestro influjo interponed
con el Monarca, y libradle.

OLIVAR. Librarle yo? pero á quién?

INES. A D. Luis.

OLIVAR. Cómo! está preso?
lo han cncontrado tal vez?

INES. Sin temor se ha presentado
á la presencia del Rey,
y aquí mismo lo ha injuriado
ciego de amor y altivez;
de tal modo que el Monarca
lo condena á perecer.

OLIVAR. (Mucho me ampara la suerte;
mis designios lograré,
y con su muerte tranquilo
disfrutaré del poder)
es su delito muy grande
y lo condena la ley.

INES. Libradle, al ver este llanto
que derramo á vuestros piés.
Huiremos de estos paises
y tranquilo quedareis;
libertadle de la muerte
y vuestra esclava seré.

OLIVAR. Vos á mi ver no debiérais
interesaros por él:
dejad que muera, otro amante
en el Monarca tendreis.

INES. Callad, torpe cortesano!
esa lengua detened,
y á mi triste corazon
su dolor no le aumenteis.
Hice mal en suplicaros,
sabiendo ya como sé,
que en todo tiempo habeis sido
como ambicioso, cruel.

Mi dignidad humillada
habeis visto á vuestros piés,
y me habeis escarnecido;
mas mi venganza temed,
que es terrible la venganza
si se vengauna mujer.

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO.

La misma habitacion que en el acto anterior.

ESCENA PRIMERA.

BRIGIDA, *sola*.

Que me maten si comprendo
los enredos de esta casa;
tres citas van esta noche
no habiendo mas que una dama;
y á mas de las tres, el Rey
entró por la puerta falsa.
Nunca he visto á Doña Inés
tan activa y ocupada
como esta noche se encuentra;
y sobre todo me estraña,
que haya salido á estas horas
sin que yo la acompañára.
Por mas que pienso y discurro
no puedo descubrir nada,
porque todo lo que he visto
son cosas estraordinarias.
En primer lugar, ninguno

trajo las señas bien dadas;
uno buscaba á María,
otro á la Reina buscaba,
y segun pude entender
cuando los dos se marchaban,
el uno habló con la Reina
y el otro con la otra dama,
cuando yo sé que aquí dentro
sola Doña Inés estaba.
Si el santo oficio supiese
los misterios que aquí pasan,
creyera, como yo creo,
que hay brujas en esta casa,
y como á tales, muy pronto
á todos nos chamuscaban.
Mas ya se acerca la hora,
y estoy viendo que esta farsa
me impedirá que á Bernardo
le facilite la entrada.
Pero si tal sucediese,
fuera por Dios mucha lástima,
que al fin quedáse esta noche
sin lograrse mi esperanza. (*Llaman.*)
Han llamado; si será
mi Bernardo? Dios lo haga.

ESCENA II.

BRIGIDA *y* DOÑA INES.

INES. Al fin lo prodré salvar
ya que por mi amor se ha espuesto.
BRIG. Muy ajitada venís;
que ha sucedido de nuevo?
INES. Vino alguno?
BRIG. Pues qué, acaso
otras visitas tendremos
á mas de las de esta noche?
Ya es tarde, y en mi concepto

debeis descansar, señora,
que estais muy falta de sueño.

INES. Aguardo á los que han venido.

BRIG. (Ya se perdió mi proyecto:
estaré de espectativa
por si avisárselo puedo.)
Alguna pena os aqueja,
pues tan pensativa os veo,
qué nueva desgracia ocurre?
Segura estais de mi afecto
y podeis contar...

INES. No sabes
que aquí D. Luis está preso?

BRIG. D. Luis! y vos le habeis visto?

INES. En este mismo aposento
le hablé esta noche.

BRIG. Jesus!

INES Y tú misma le has abierto.

BRIG. (Bien digo yo que las brujas
andan en estos enredos.)

INES. Oculto ha venido á verme.

BRIG. Pues si vino de secreto,
á mi ver sin duda alguna
se ha fugado del destierro.

INES. Así es, y el Rey mañana
de matarle tiene intento;
mas si el amor me proteje
yo burlaré su proyecto.

INES. De qué modo?

BRIG. En este instante
de su calabozo vengo,
y al alcaide he seducido
á fuerza de oro y de ruegos.
Cuando los guardias que tiene
se hayan entregado al sueño,
un grupo de amotinados,
que ya prevenidos dejo,
sorprenderán al alcaide,
ó fingirán sorprenderlo,
y sin obstáculo alguno
darán libertad al reo.

BRIG. Bello plan, si sale bien.

INES. Por lo mismo no sosiego,
hasta que mire á D. Luis
seguro de todo riesgo.

BRIG. Abriremos por si acaso,
desde aquí venir lo veo.
(Abre la ventana.)
(Es decir, á mi Bernardo
que es el preso á quien espero.)
(Pausa.)

INES. Cierra la ventana, Brígida,
que no es obrar con acierto;
porque cualquiera que pase
sospechará mi secreto.

BRIG. Bien, señora, (de mi cita
se enterará sin remedio;
apelemos á la industria
á ver si alejarla puedo.)
Señora, á mi ver, debeis
entrar en otro aposento
mas oculto y reservado,
que el estar aquí es espuesto;
pues siempre para estos planes
lo mejor es el misterio.

INES. Este sitio es muy seguro
para todo lo que intento.
(Por Dios que me dá sospecha
la dueña con sus consejos.)

BRIG. Me parece que han llamado;
(Abre la ventana.)
ha sido sin duda el viento. *(Cierra.)*

INES. Brígida, muy afanosa
y algo agitada te veo.
Esperas á alguno?

BRIG. Yo... *(Sobresaltada.)*
Jesus! Jesus! ni por pienso.

INES. Nada de estraño tendria
siendo mujer.

BRIG. Por supuesto
que soy mujer; y mas jóven
de lo que al pronto parezco.

INES. Confiésame la verdad;
pues si á descubrirlo llego

será para tu perjuicio.

BRIG. (Al fin confesarlo debo.)
El amor algunas veces
nos ciega... y... pues.

INES. Ya lo entiendo.
Citaste á alguno esta noche?

BRIG. Si señora; por supuesto
que fué solo para hablar,
porque mi virtud...

INES. Lo creo.

BRIG. Al criado de Olivares
es el hombre á quien espero.

INES. (Por todas partes escucho
ese nombre que aborrezco.)
Cómo se llama?

BRIG. Bernardo.

INES. Bien, Brígida; vete dentro
que mi afecto te perdona
por esta noche tu exceso.

BRIG. (Pues sino me perdonara
(Desde la puerta.)
por Dios que lo hiciera bueno:
al fin yo he citado á uno
pero ella cuatro lo menos.)

ESCENA III.

DOÑA INES *y á poco* BERNARDO.

INES. Mucho conviene á mi plan
indagar de este criado,
si Olivares ha salido
ó si se encuentra en Palacio.
Cuando venga... me parece
(Se oye una seña.)
que en la calle están llamando;
si es él fingiré la voz
para mejor engañarlo.
Quién llama? con qué eres tú?
(Desde la ventana.)

al punto abriré Bernardo.
Ya le engañé; pobre hombre!
que ageno estará del chasco:
esta luz apagaré
para seguir el engaño.
(*Apaga la luz.*)

BERN. Qué oscuridad, santo Dios!

INES. Asi seguros estamos. (*Fingiendo la voz.*)

BERN. Pues señor, nuestro proyecto
lo estoy viendo malogrado;
pues de aquí sin falta alguna
en este instante me marcho.

INES. Y á qué viene tanta prisa?

BERN. Me envia el Conde mi amo
á llevar unos papeles,
y en estremo me ha encargado
la prontitud y el secreto;
pero antes de llevarlos,
quise avisarte de modo
que no aguardases en vano.

INES. (Qué será? mas, por astucia
ó por fuerza he de arrancárselos.)
Y no logrará mi amor
que tanto ha estado penando
con tu tardanza, que aguardes
un momento mas, Bernardo?

BERN. Es imposible y lo siento;
quédate con Dios.

INES. Ingrato! (*Deteniéndole.*)
cuando arriesgo por tu amor
mi opinion en tanto grado
entrándote de secreto,
me das semejante pago?

BERN. No llores, Brígida mia,
ya sabes que yo te amo;
pero mi deber me manda
cumplir como fiel criado.

INES. Ahora por mi mal, conozco
que me has estado engañando,
burlándote de mi fé
cuando yo te quiero tanto.
Todo lo que estás diciendo

de los papeles, es falso;
solo un pretesto será.

BERN. Voy al momento á enseñárteles,
y quedarás convencida
de que no ha sido un engaño. (*Los saca.*)

INES. Al fin te los atrapé,
(*Cogiéndoselos de repente.*)
ya te tengo asegurado,
y no te dejo marchar,
como quieres, tan temprano.

BERN. Por Dios, Brígida, que así
me despedirá mi amo,
y tú y yo nos perderemos.

INES. O ganaremos entrambos.
Qué estoy viendo! mi señora
nos escuchó.

BERN. Por San Pablo
dame los papeles ya.

INES. Ocúltate aquí, Bernardo,
antes que te pueda ver.

BERN. Tu amor me saldrá muy caro.

INES. Al momento que se marche
de esta habitacion, te abro.

BERN. No tardes mucho, por Dios.

INES. Ya queda bien encerrado.

(*Bernardo entra en el gabinete de la izquierda, Inés cierra la puerta.*)

ESCENA IV.

DOÑA INES *sola, luego* BRIGIDA.

INES. Sacaremos una luz
para saber la verdad;
esta carta, dirigida
al Marqués de Torres Vá:
abrámosla por si acaso
conviene para mi plan. (*La abre y lee.*)
«Por las cartas que os remito, recibidas esta
noche de nuestros agentes en Flandes, os

enterareis del descrédito en que ha caido para con las tropas nuestro rival el Marqués de la Vega, debido á mi sistema de escasearle los recursos para continuar la campaña. Por otra parte, las circunstancias de haberse apoderado los franceses del Rosellon, entrando en Colibre, Perpiñan y otras ciudades, es en estremo ventajosa para nosotros, pues de este modo acabarán de perder el prestigio que todavía conserva en el ánimo del Monarca.

Estos reveses que han sufrido nuestras armas, son demasiado perjudiciales á la nacion, pero nada importan los medios, si al fin consigo oscurecer á todos mis contrarios y conservar el favor que S. M. me dispensa. El Rey está cada dia mas subyugado á mi voluntad, y con razon puede decirse que el verdadero Monarca de España es vuestro amigo Olivares.»

Qué estoy leyendo, gran Dios!
en las manos tengo ya
mi venganza; la fortuna
me protege por demás.
Con esto y con el motin
el Monarca se verá
obligado á separarle;
y con mas facilidad,
en esta ocasion D. Luis
su favor alcanzará,
que aunque contrario en amores
le ha sido siempre leal. (*Llaman.*)

BRIG. Señora, han llamado.

INES. Bien.

BRIG. Abre (el Bachiller sení.)
y ten cuidado de abrir
cuando vuelvan á llamar. (*Vase Brígida.*)
Voy al instante allá dentro
á quitarme este disfraz,
porque el papel de María
me toca representar.

ESCENA V.

D. Enrique, *y á poco* Doña Ines *sin el manto.*

Enr. Tampoco se encuentra aquí
y por lo que viendo voy,
casi convencido estoy
que es la Reina la que vi.
Pero yo conozco bien
á la Reina, y no era ella;
la de esta tarde es mas bella
y algo mas jóven tambien.
Su conducta reservada
es un tanto sospechosa,
y es dama muy misteriosa
para ser una criada.
Por la razon que me dió
Su Majestad, á mi ver,
María debe de ser
alguna dama de pró.

Ines. Mi Bachiller, guárdeos Dios.

Enr. Al fin sin el manto os veo
y ya sin recelo creo
que la Reina no érais vos.

Ines. Ser yo la Reina, os burlais?

Enr. Aquí esta noche la vi,
y con vos la confundí,
que os pareceis cuando hablais.

Ines. Así dicen.

Enr. Y es verdad.

Ines. De lo que os han encargado,
teneis mucho adelantado?

Enr. Esos asuntos dejad.
Con la Reina, y no con vos
de su encargo hablar conviene;
y mientras tanto que viene
hablemos de amor los dos.
Por serviros solamente
á la Reina me ofrecí,
y por vos me espongo así.

á un riesgo tan inminente.
Y en premio, justo será
bese vuestra blanca mano.

INES. No consiento...
(*Le besa la mano aunque ella se r*

ENR. Ya es en vano,
porque la he besado ya.

INES. Sois muy audaz.

ENR. Mi conciencia
descargará del pecado
otro... (*Trata de besarla otra*

INES. No, estais perdonado
sin tan dura penitencia.

ENR. Muchos galanes á fé
antes que yo habreis tenido.

INES. Vos el primero habeis sido
á quien mi amor entregué.

ENR. Pues el Rey, segun me han dicho,
anda tambien tras de vos,
y entonces ya somos dos.

INES. No ha pasado de un capricho.
Y vos, decid Bachiller,
á cuántas habeis amado?

ENR. (La cuenta se me ha olvidado.)

INES. Pensais para responder?

ENR. Sin duda no me creereis
si os hable de esta manera;
pero vos sois la primera.
(con esta son diez y seis.)

INES. Con que en amor seis novicio,
no os tengo en tal opinion,
porque las señales son
de un galanteador de oficio.

ENR. (Está muy bien opinado.)
Os equivocais.

INES. Tal vez,
mas por vuestra timidez
asi de vos he juzgado.

ENR. Cómo quereis que un amante
que tanta hermosura vé,
tranquilo y tímido esté,
siendo ademas estudiante?

INES. Me parece que la Reina
viene ya, quedad con Dios. (*Se marcha.*)
ENR. Escuchad por un momento.
INES. Luego vuelvo. (*Desde la puerta.*)

ESCENA VI.

D. ENRIQUE *y* BERNARDO *á poco.*

ENR. Se marchó.
Por qué así tan misteriosa
y tan altiva está hoy,
cuando debiera mostrarse
arrebatada de amor?
Ella se interesa mucho
en esta conspiracion,
y el servir solo á la Reina
no es el motivo mayor
para tanta actividad
como ha demostrado hoy.
Pero á mí nada me importa,
pues por las muestras que dió
no hace mucho, estoy seguro,
de que soy solo en su amor.
Ademas que estos misterios
me agradan mucho, por Dios,
porque á tales aventuras
siempre he tenido aficion. (*Llaman.*)
Golpes escucho; quién llama?
BERN. Abre, Brígida, soy yo;
(*Dentro del gabinete.*)
y ya es hora de cumplir
mi secreta comision;
apiádate de mi suerte
y abre la puerta, por Dios.
ENR. Con las cosas que aquí pasan
á perder el juicio voy.
Un hombre encerrado acaso
será otro conspirador.
Veamos quien es; salid. (*Abriendo.*)

BERN. Caballero, guardeos Dios.
ENR. Aquí qué haceis?
BERN. Esperar.
ENR. Y qué esperais?
BERN. Ocasion
para cumplir un encargo
que esta noche se me dió.
ENR. (Pues, señor, es de los nuestros:)
de mí no tengais temor,
que estoy cual vos decidido
á cumplir mi comision;
y al temerario que trate
de oponerse á este complot
yo le dejaré memoria
de esta noche, voto á brios!
BERN. (Bueno será por ahora
prestarle mi aprobacion
á todo cuanto me diga;
pues sino perdido soy.)
ENR. Habeis reclutado muchos?
BERN. A mi ver bastantes son.
ENR. Ya se halla todo dispuesto
y al dar las doce, una voz
dará principio al motin.
BER. Dónde?
ENR. En la Puerta del Sol.
BERN. (Qué compromiso Dios mio!
maldito sea el amor.)
ENR. El Capitan á Palacio
vendrá con un peloton,
y al Monarca obligará
á que separe al traidor.
Acaso del de Olivares
con los mios iré yo
y si logra libertarse
de nuestro justo furor,
con las puertas y cristales
ha de pagar su traicion.
Ademas tiene un criado
que me han dicho que es peor
y si por mi cuenta cae...
BERN. (Virgen santa! ese soy yo!

Si me pudiera escapar
y avisar á mi señor!...)
Y el Conde-Duque qué ha hecho
para tal persecucion?

ENR. Tal pregunta, dá motivo
á que sospeche de vos.
Decid vuestro nombre al punto,
y si os encuentro en error,
mi imprudencia enmendará
una estocada.

BERN. Perdon;
no me mateis por piedad
que pronto os diré quien soy.

ENR. Segun eso sois estraño
á nuestra conspiracion?
quién sois? contestadme pronto.

BERN. Una víctima de amor.
Sabed, señor, que mi dama
vive en esta habitacion,
y á cumplir vine esta noche
una cita que me dió.
Para evitar mi presencia
y para salvar mi honor,
huyendo de su señora
aquí mismo me encerró;
y para abrirme la puerta
está aguardando ocasion.

ENR. Segun eso es la doncella
vuestra dama?

BERN. Si señor.

ENR. Podrá darse mas infamía?
quién creyera tal ficcion!
tener á otro amante oculto
mientras me juraba amor.
Y sobre todo, á un amante
de figura tan atroz
darle preferencia! Oh! esto
es el agravio mayor.

BERN. Ya os he dicho la verdad.

ENR. Por eso á mataros voy,
que la verdad que habeis dicho
me ha pasado el corazon.

De esa dama que decís
tambien amante soy yo;
y pues ella es una sola
perezca uno de los dos.

BERN. Tened calma, que á mi ver
yo vuestro rival no soy.

ENR. Pues decid como se llama
la dama que os escondió?

BERN. Brígida.

ENR. Qué estais diciendo?

BERN. Que no es igual nuestro amor;
á quien yo espero es la dueña.

ENR. Es la dueña? vive Dios!
que el demonio se ha empeñado
en jugar conmigo hoy,

ESCENA VII.

DICHOS *y* DOÑA INÉS *tapada.*

INES. (Hablando los dos están) (*Desde la puerta.*)

ENR. La Reina viene.

INES. Qué haceis?
sin duda alguna le habreis
iniciado en nuestro plan?

ENR. Por un error.

INES. De imprudente
bien puedo daros el nombre;
por fiaros de este hombre
de Olivares confidente.

ENR. Vuestra Majestad perdone
si con imprudencia obré;
mas yo lo remediaré,
pronto el remedio se pone.
Salid conmigo de aquí. (*A Bernardo.*)

INES. Qué intentais?

ENR. Darle un consejo.

INES. Salir, Bachiller, no os dejo,
que la intencion conocí.
Teniéndolo aquí encerrado

de él nos libramos mejor.

BERN. De mí no tengais temor
que soy hombre reservado.

ENR. La Reina lo manda, entrad,
que obedecerla debeis;
ó por la fuerza entrareis
sino entrais por voluntad.
Vamos; entrad bien á bien.

BERN. Tened piedad.

ENR. Ya no os ruego.
(*Echando mano á la espada.*)

BERN. (De mis amores reniego (*Entrando.*)
y de Brígida tambien.)

ESCENA VIII.

DOÑA INES, D. ENRIQUE.

INES. Mi Bachiller, qué teneis
que tan pensativo os veo?

ENR. Que cuando hablais otra os creo.

INES. A vuestras dudas volveis?

ENR. Esto sin duda es encanto
que otra cosa no es creible;
porque es del todo imposible
que dos se parezcan tanto.

INES. (A mi brazalete acudo
porque el engaño no entienda);
Dudais al ver esta prenda?
(*Le enseña el brazalete.*)

ENR. La Reina sois; ya no dudo.
Del todo estoy convencido;
pues comparando á las dos,
sois mucho mas alta vos.

INES. (Pronto en verdad he crecido.)
Amais mucho á vuestra dama?

ENR. Cómo no amaria si es bella?

INES. Seguro estad de que ella
tambien por su parte os ama.

ENR. Así me lo aseguró

hace poco, y lo he creído.

INES. Cuanto ha pasado he sabido
porque todo lo sé yo.

ENR. Atónito me teneis.

INES. Pues no hay motivo á fé mia. (*Riendo.*)

ENR. Oh Dios! tambien á María
en la risa os pareceis.

INES. Entrad aquí, Bachiller;
cuando vuelva el Capitan
hablaremos sobre el plan.

ENR. (El juicio voy á perder.)
(*Entrando en el gabinete de la derecha.*)

ESCENA IX.

DOÑA INES. D. LUIS.

INES. Creí ya que el Bachiller
me habia reconocido,
y entonces adios proyecto;
pero al fin la suerte quiso
que disipase sus dudas
prosiguiendo mis designios.
Cuando tanto se empeñaba
en conocer mi artificio,
cuanto padecí; confieso
que en grande apuro me he visto.
Y pues de apuro tan grande
así librarme he podido,
con bien espero salir
de todo este laberinto.
Al fin se pudo salvar!
(*Viendo entrar á D. Luis.*)
tu nombre gran Dios bendigo.

LUIS. Cuando esperaba la muerte
libre en tus brazos me miro;
Inés, con mi amor eterno
pagaré tal beneficio.

INES. En obligacion estaba
mi amor de hacer lo que hizo,

pues salvándote la vida
tambien se ha salvado él mismo.
Mas temo que si el Monarca
de tu fuga tiene aviso,
te buscarán al momento
y corres grande peligro
estando aquí.

LUIS. Ten sosiego
que ninguno entrar me ha visto,
y hasta mañana tal vez
no sepa el Rey lo ocurrido.

INES. Voy á cerrar esta puerta
porque cerrándole evito,
que si acaso aquí te buscan
puedan entrar de improviso.

LUIS. Y bien, Inés, de tus planes
nada hasta ahora me has dicho,
y al ver nuestra posicion
en mi concepto es preciso,
que esta noche sin tardanza
tomemos otro partido.

INES. Cuál?

LUIS. El de huir de la corte
en este momento mismo.
En otra nacion estraña
encontraremos asilo,
y de nuestro amor gózando
podremos vivir tranquilos.
El Rey me persigue á muerte,
y de tan fuerte enemigo
es necesario evitar
los sanguinarios designios.
Inés, si es verdad que me amas
huye esta noche conmigo.

INES. Aun se puede remediar
que no estamos tan perdidos;
pronto en la corte se oirá
de la sedicion el grito,
y los clamores del pueblo
no podrá el Rey desoirlos.
Si á pesar de todo esto
se mantuviese indeciso

en separar á Olivares,
yo sabré al fin conseguirlo,
con los medios que esta noche
por nuestro bien he adquirido.
En esto mi plan estriba;
mas si nada conseguimos,
te seguiré donde quieras,
que tu destino es el mio.
Aquí viene el Capitan;
volvamos al artificio
de fingir que soy la Reina.
Tener prudencia es preciso.
(Ya es hora de que saquemos
al otro que está escondido.)
(Abre el gabinete de la derecha.)

ESCENA X.

DOÑA INES, D. LUIS, D. FERNANDO y D. ENRIQUE.

FERN. Señora?
INES. Vuestra venida;
Capitan, pláceme mucho.
FERN. He tardado?
INES. No por cierto;
porque llegais muy á punto.
ENR. Yo tambien os esperaba *(Saliendo.)*
por no estar mas tiempo oculto;
porque nunca me ha gustado
estar en paraje oscuro;
(mucho mas en esta casa
en que á mi vez andan brujos.)
INES. Pues reunidos nos hallamos
hablemos de nuestro asunto.
Esta noche he recibido
otros datos mas seguros,
de que el Duque de Olivares
es traidor como otros muchos;
que al Rey venden en secreto,
mientras lo adulan en público.

En Cataluña, por causa
de sus manejos ocultos,
acabamos de perder
el Rosellon y otros puntos;
de modo que si á Olivares
no le cortamos su influjo,
olvidarán las naciones
bien pronto que España hubo,
cuanda hoy su asombroso nombre
se escucha por todo el mundo.

FERN. No temais tanto señora,
que si en efecto hay algunos
que á los estraños se venden
desleales y perjuros,
tampoco en España faltan
por fortuna nuestra, muchos,
que por ser independientes
darán su sangre en tributo.

LUIS. Que decís vos Bachiller?

ENR. Que su deslealtad no dudo,
pues siempre la madre España
ha tenido hijos espúreos,
que por su ambicion la entregan
de los estraños al yugo.
Siempre son los estranjeros,
por desgracia nuestra astutos;
pues con sus planes é intrigas
nos estan sacando el jugo.
Y como siempre han hallado
españoles á su gusto,
dan pábulo á las traiciones
para comerciar con fruto.

INES. Eso sucede en secreto,
mientras al Monarca augusto
el de Olivares engaña
para conservar su influjo.
En festines y placeres
gastando está los recursos,
que á pretesto de la guerra
al Reino exigió no há mucho.
Y con tantas diversiones
al Rey adormece, astuto,

para que se muestre sordo
á los clamores del vulgo.
A fuerza de tiranía
hace que el pueblo esté mudo,
de modo que es otro Rey.

ENR. Pues bien; rompamos su yugo,
y hagamos que el pueblo grite
y que oiga el Rey sus apuros;
pues por mas sordo que esté
como el pueblo grite junto,
vereis como el Rey de pronto
abre los oidos mucho.
El favorito caerá
con su rigor; pues no es justo
que tengamos dos Monarcas
cuando nos basta con uno.

LUIS. Bien hablado, Bachiller.

FERN. Con entusiasmo os escucho.

INES Cumplisteis vos el encargo?

FERN. Yo lo que prometo cumplo.
Con toda mi compañía
puedo contar de seguro,
y ademas muchos paisanos
que me aguardan todos juntos.

INES. Y vos Bachiller?

ENR. Yo cuento
para lograr este triunfo
con mas de cien estudiantes,
gente toda de mi gusto.

INES. Pues bien, marchad que ya es hora;
y sabed que en todo apuro
aquí os aguardo; entre tanto
pondré en juego estos recursos.

FERN. Dios os guarde.

ESCENA XI.

DICHOS y BRIGIDA.

BRIG. A dónde vais,
cuando el palacio han cercado
y estan llamando á la puerta?
FERN. Nos han vendido!
ENR. Villanos!
INES. Entrad aquí.
ENR. No es posible,
moriremos peleando;
y pues tenemos espadas,
no moriremos en vano.
INES. Aun nos podemos salvar;
entrad aquí, yo os lo mando:
tened en mí confianza.
ENR. Por obedecer entramos.
(*Entran en el gabinete de la derecha.*)

ESCENA XII.

DOÑA INES, BRIGIDA y OLIVARES *con varios soldados.*

INES. Abre y silencio.
BRIG. (Dios mio!
ya se cumplen mis temores.)
INES. Nos han vendido, traidores!
pero en el triunfo confio.
OLIVAR. Doña Inés, no os asusteis;
solo á buscar vengo así
unos rebeldes que aquí
sin duda ocultos teneis.
Sin dejar rincon alguno (*A los soldados.*)
toda la casa buscad
y precauciones tomad,
que no se escape ninguno.
Arruinarme pretendieron

y mal por Dios les salió.

INES. Acaso consiga yo
lo que ellos no consiguieron.

OLIVAR. Os ciega vuestra pasion,
y destruiré cuanto hagais.

INES. Vos sois, Duque, quien estais
ciego con vuestra ambicion.

OLIVAR. Vos conspirais, Doña Inés,
en servicio de D. Luis.

INES. Vos sois peor, que servís
á vuestro propio interés.

OLIVAR. Y ese supuesto delito,
con qué me lo probareis?

INES. Con esta carta que habeis
vos mismo esta noche escrito.

OLIVAR. (Bernardo me fué traidor!)

INES. Qué meditais?

OLIVAR. Que si ahora
me dais la carta, señora,
aun salvaré á vuestro amor.
D. Luis al punto estará
en libertad, Doña Inés.

INES. Vuestro auxilio inútil es
pues libre se encuentra ya.

OLIVAR. Tened compasion de mí;
dadme ese papel por Dios.

INES. Fuisteis compasivo vos
cuando á vuestros piés me ví?

OLIVAR. Entregadme ese papel
que ya humillado os lo pido. (*Arrodillándose.*)

INES. Vos esta noche habeis sido
quien me enseñó á ser cruel.
Esa humillacion no abona
lo que yo he sufrido antes,
pues injurias semejantes
nunca el orgullo perdona.
El Rey vuelve (*Abre la puerta derecha.*)

OLIVAR. (Soy perdido!)

ESCENA XIII.

LOS ANTERIORES *y el* REY.

REY. Dónde estan esos malvados?
OLIVAR. Aquí salen los soldados.
UN SOL. Sin duda alguna han huido.
REY. Entrad en este aposento.
(*Señalando al gabinete de la derecha.*)
OLIVAR. Por lo visto aquí no están;
pues Doña Inés de este plan
no tiene conocimiento.
REY. No me habeis asegurado
que es Inés quien lo forjó?
OLIVAR. Así lo dije; mas yo
estoy sin duda engañado.
Ya veis que os quiero salvar. (*A doña Inés.*)
INES. Si os salvais vos harto hareis. (*A Olivares.*)
REY. Es preciso que os marcheis
el motin á sofocar.

ESCENA XIV.

DICHOS, BERNARDO *entre soldados y* BRIGIDA.

UN SOL. Aquí se hallaba este hombre.
OLIVAR. (No fué vana mi sospecha.)
BRIG. Que estoy mirando! Es Bernardo!
BERN. (Dios mio! que farsa esta?)
REY. Decid pronto la verdad,
que el decirla os tiene cuenta.
BERN. Aquí, señor, esta noche
vine por mi mala estrella
á visitar un momento
á mi prima que es la dueña.
BRIG. Es verdad; su prima soy.
BERN. Hablando estaba con ella

cuando aquí me sorprendieron
encerrándome en la fuerza.

REY. Os llamais?

BERN. Bernardo; y soy
criado de su excelencia.

REY. Que decís? (*A Olivares.*)

OLIVAR. Que todo es cierto
(y ojalá que no lo fuera.)

REY. Conoceis al que os cerró?

BERN. Y mucho.

REY. Quién es?

BERN. La Reina.

REY. Que estais diciendo villano?
os he de cortar la lengua
por mentir así.

BERN. Señor,
perdonad, pero era ella.

REY. Quereis que me vuelva loco
mintiendo de esa manera?
Su Majestad en su cámara
desde esta tarde se encuentra,
y es falso de todo punto
que aquí esta noche viniera.

INES. Señor, tanta confusion
yo aclararé sin reserva;
quien á Bernardo encerró
era una Reina supuesta
y esa Reina he sido yo.

REY. Estoy absorto!

INES. Y en prueba
de todo cuanto os he dicho,
vereis en vuestra presencia
los que por mí conspiraban
que mi lealtad os presenta.

OLIVAR. (Qué intentará!)

BERN. (Tanto enredo,
el demonio que lo entienda.)

ESCENA XV.

LOS MISMOS y D. LUIS, D. FERNANDO y D. ENRIQUE *que salen del gabinete.*

REY. Aquí D. Luis?
ENR. Vos aquí!
que significa señora?..
(*A Doña Inés que está descubierta.*)
INES. Ya lo sabreis. (*A D. Enrique.*)
REY. En mal hora
os rebelais contra mí.
LUIS. Siempre es hora de salvaros
de infames aduladores,
que en secreto os son traidores
y tratan de subyugaros.
Solo ha sido nuestro intento
en esta conspiracion
haceros ver la traicion.
REY. Proseguid que os oigo atento.
LUIS. Que en vuestro amor soy rival
debeis olvidar primero,
y ver en mí un caballero
que á su Monarca es leal.
REY. Hablad.
LUIS. Por torpes amaños,
que todos estamos viendo,
las plazas estan cayendo
en poder de los estraños.
Y con vuestro valimiento
está medrando un infiel,
mientras el pueblo por él,
está desnudo y hambriento.
Castigadnos, si quereis,
por haber sido leales.
REY. Y dónde estan las señales
de traicion?
INES. Ahí las teneis.
(*Dándole los papeles.*)
OLIVAR. (Ya es cierta mi perdicion.)

INES. (Cúmplase, oh Dios, mi deseo!)
BRIG. Pobre Bernardo!
REY. Qué veo!
con que vos...
OLIVAR. Señor, perdon.
REY. Por tanta perfidia y dolo
yo os premiaré, vive Dios!
y si hoy los Reyes son dos,
mañana será uno solo.
Llevadle bien custodiado:
con la vida respondeis.

ESCENA XVI.

TODOS *menos* OLIVARES.

REY. Y vos D. Luis qué quereis
por haberme así salvado?
LUIS. Que en adelante en mi amor
no os manifesteis rival.
REY. Os doy mi palabra real,
pues de él sois merecedor.
Quiero ademas desde hoy
con mi confianza honraros.
LUIS. Cómo es posible pagaros...
REY. Harto satisfecho estoy..
Y el Bachiller que celoso
hoy con su Rey se ha batido,
qué pide?
ENR. Yo solo pido
que hagais al pueblo dichoso.
Que iguale á todos la ley
y no tengais favoritos,
porque encubren sus delitos
con el manto de su Rey.
Unid al pueblo español,
que cuando el pueblo está unido
es respetado y temido,
dó quiera que alumbre el sol.
Sin aparentar rigor,

regidnos como Dios manda,
y si alguno se desmanda,
justicia seca, señor.
Apartad siempre la vista
de toda influencia estraña,
que todos tratan á España
como tierra de conquista.
Si unidos nos encontramos,
y solo impera la ley,
para ser felices, Rey,
nosotros solos bastamos.

REY. Sois oidor desde instante.

ENR. Sobrada merced me haceis.

REY. Y vos, capitan sereis (*A D. Fernando.*)
de mi guardia en adelante.
Por tan estrema lealtad
como habeis mostrado hoy,
Inés, mi respeto os doy
unido con mi amistad.

ENR. Me habeis, señora, engañado;
mas todo no se ha perdido
que al fin al pueblo he servido
(y un buen destino he logrado.)

INES. Mi amor al fin se salvó
usando de estraños modos,
y aunque habeis ganado todos
la que gana mas soy yo.

FIN DE LA COMEDIA.

GOBIERNO DE LA PROVINCIA DE MADRID.

Examinada por el censor de turno y de conformidad con su dictámen puede representarse.

Madrid 26 de abril de 1853.

BENAVIDES.

3-33

CONSPIRADORES Y DUENDES,

COMEDIA DE GRACIOSO, EN TRES ACTOS,

ESCRITA EN PROSA,

POR

EMILIO MOZO ROSALES.

REPRESENTADA POR PRIMERA VEZ, CON EXTRAORDINARIO ÉXITO, EN EL TEATRO ESPAÑOL, EL DIA 24 DE DICIEMBRE DE 1875.

COMPRA Y VENTA DE COMEDIAS. Cᵉ DE Sⁿ MARTIN 2. MADRID

MADRID:
IMPRENTA DE PEDRO ABIENZO,
CALLE DE LA PAZ, NÚM. 6, LIBRERÍA.

1876.

PERSONAJES.	ACTORES.
CATALINA DE BRAGANZA, esposa de Cárlos II de Inglaterra...	Doña Gertrudis Castro.
MIS EDIT HAMILTON.....	» Sofía Alverá.
KETTI, criada.....	» Concepcion Ruiz.
EVAN MAGDONAL.....	Don Gabriel Castilla.
CUDDY, un escudero.....	» Julian Romea.
SIR ROBERTON WARTON, proveedor de Vite-Hall.....	» José Alverá.
LORD HAMILTON, gran Arambelan del rey.....	» Francisco Mora.
UN OFICIAL.....	» Pedro Caballero.
UN UGIER.....	» Juan Moll.
ALDEANO.....	» Domingo Torres.

EL REY, CABALLEROS, ACOMPAÑAMIENTO DE LA CÓRTE, GUARDIAS, SOLDADOS, ALDERMANS.

La escena en Lóndres en 16...

La propiedad de esta obra pertenece á Don Emilio Mozo de Rosales, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los paises con quienes se hayan celebrado ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

Los comisionados de la Galería Dramática, titulada *El Teatro Cómico*, son los exclusivos encargados del cobro de los derechos de representacion y de la venta de ejemplares.

El autor se reserva el derecho de traduccion.

Queda hecho el depósito que previene la ley.

ACTO PRIMERO.

Sala espaciosa adornada con algunos muebles deteriorados de la época. Puerta al fondo, que comunica con la calle, y á derecha é izquierda de esta dos grandes ventanas. En el primer bastidor de la izquierda puerta del cuarto de EVAN, en el segundo un armario antiguo separado de la pared y detrás de aquel una escalera que comunica con el foso. Al lado del armario una mesa pequeña. Puertas en el primero y segundo bastidor de la derecha. En primer termino una mesa de roble, un sillon de baqueta y un escabel.

Es de noche. Al levantarse el telon EDIT entra por la segunda puerta lateral derecha y coloca la lámpara que trae en la mano sobre la mesa.

ESCENA PRIMERA.

EDIT, *despues* KETTI.

EDIT. Acabo de registrarlo todo y me encuentro persuadida de que esta casa está completamente deshabitada. Mi protegido entrará por el pasadizo subterráneo cuya escalera se encuentra detrás de aquel armario; pasará la noche en el cuarto que mi doncella y yo hemos preparado para él, y si algun traidor le delata y tiene que huir, saltará á la calle por una de esas ventanas. ¡Cómo ha de presumir el dueño de este desmantelado edificio llamado por el vulgo *Casa de los duendes*, que va á servir de morada al caballero más ilustre de Inglaterra. (*Se acerca al primer bastidor de la izquierda y dice en voz alta.*) ¿Has concluido, Ketti?

KETTI. (*Saliendo con otra lámpara.*) Aun no; porque hace tanto frio en este cuarto que me parece que debemos traer más ropa.

EDIT. Otra dilacion.

KETTI. Vos misma podeis juzgar.

EDIT. (*Dando un paso hácia la habitacion indicada por* KETTI.) Tienes razon; la falta de lumbre durante tantos años hace que sea insoportable la temperatura de esta casa. Volvamos á mi palacio.

KETTI. Aguardad; Fany llega. (KETTI *desaparece detrás del armario y vuelve á salir con una bandeja de dulces y una botella*). ¿En dónde pongo esta bandeja de dulces?

EDIT. Sobre esta mesa. (*Indicando la que está cerca del armario.*)

KETTI. No faltarán ratones aquí.

EDIT. Lo que más me interesa es saber si realmente el dueño de esta casa se encuentra en Escocia.

KETTI. A no dudarlo, señora mia; el viejo Toby, criado de vuestro padre, conoció á su antiguo propietario, llamado, segun dice, Magdonal el negro. Abandonó la córte durante la dictadura de Cronwell, fijó su residencia en Escocia y allí murió dejando un hijo tan pobre de bienes de fortuna como de intelectuales riquezas.

EDIT. ¿Y ese hijo, Ketti?...

KETTI. En sus montañas vive entregado al pacífico ejercicio de la caza.

EDIT. Eso me tranquiliza.

KETTI. Ni siquiera se acordará él de este ruinoso edificio.

EDIT. Dios lo quiera. Vamos por lo que hace falta. (EDIT *y* KETTI *toman las lámparas y desaparecen por el pasadizo subterráneo.—El teatro se queda un momento á oscuras.—Despues se oyen*

crugir los goznes de la puerta del fondo, la cual se abre dando paso á EVAN *y á* CUDDY. *El primero trae capa y chambergo, el segundo trage escocés y birrete con pluma, saca una linterna, una maleta, una escarcela y dos bridas.—Coloca estos objetos sobre el escabel y la linterna sobre la mesa.*)

ESCENA II.

EVAN *y* CUDDY.

CUDDY. Por fin se abrió la puerta. Entrad en vuestra casa, señor.

EVAN. Bonito aspecto tiene mi casa. (*Estornudando.*) Qué olor á ratones. ¡Ay! ¡ay! ¡ay! acércame aquel sillon, Cuddy, que no puedo moverme de puro cansado.

CUDDY. Ya lo creo, diez dias de viaje sobre malos caballos.

EVAN. (*Sentándose.*) Qué alegría causa sentarse uno en su casa.

CUDDY. Cuando la casa no está desalquilada hace veinte años, y sobre todo cuando no está llena de duendes.

EVAN. ¿Qué es eso de duendes?

CUDDY. Que sólo ellos pueden vivir entre estas paredes tapizadas de telas de araña. Casi percibo cierto olorcillo de azufre y de alquitran...

EVAN. ¡Válgame Dios y qué medroso te me has vuelto!

CUDDY. Si pienso que voy á encontrar endriagos por todas partes.

EVAN. Pues convéncete de lo contrario registrando la casa.

CUDDY. ¿Me acompañareis?

EVAN. Sí por cierto. Toma la luz.

CUDDY. Desnudad vos la espada.

EVAN. (*Sacando la espada.*) Anda, poltron.

CUDDY. Antes pasan las armas. (*Se pone detrás de su amo.*)

EVAN. Primero las luces.

CUDDY. No, las armas.

EVAN. Pues dejémoslo entonces, que me dá vergüenza ver tu miedo. (*Volviendo á envainar la espada y á sentarse.*)

CUDDY. ¡Ay! ¿No oís, señor? (*Asiéndose de* EVAN.)

EVAN. ¡Qué! (*Muy asustado y asiéndose á* CUDDY.)

CUDDY. Pisadas.

EVAN. Son las de nuestros caballos, imbécil.

CUDDY. ¿Estais convencido de ello?

EVAN. Sí, hombre, sí, tranquilízate y saca la mejor ropilla que en mi maleta encuentres.

CUDDY. ¿Pues qué pensais hacer, señor?

EVAN. Cambiar de trage.

CUDDY. ¿Para salir?

EVAN. Sí.

CUDDY. ¿Esta noche?

EVAN. Ahora mismo.

CUDDY. ¿Y qué voy á hacer yo sólo en este caseron? No me dejeis, señor mio de mi alma. Mirad que no soy de aquellos brabucones que andan por el mundo.

EVAN. Tampoco yo lo soy y sin embargo tengo miedo cuando llega el caso.

CUDDY. ¿Pero á donde podeis ir á tales horas de la noche?

EVAN. A ver á Sir Roberto Warton, antiguo amigo de mi padre y vecino mio. Escribíle mi próxima llegada y creo yo que me estará esperando.

CUDDY. Mejor dormirá él á pierna tendida.

EVAN. Terminemos, Cuddy. Saca la mejor ropilla que en la maleta encuentres. (*Llaman con fuerza á la puerta del fondo.*)

CUDDY. ¡Ay, señor de mi alma! ¿Qüe golpes serán estos?

EVAN. Sospechosos me parecen á mí tambien.

CUDDY. No abramos.

EVAN. Antes atrancaremos la puerta.

CUDDY. Sí, sí; pongamos la mesa...

WARTON. (*Fuera.*) Abrid sin temor: soy Sir Roberto Warton.

EVAN. Pues si es Sir Roberto Warton, imbécil.

CUDDY. Asegurémonos, señor.

EVAN. Abre al punto ó te paso de parte á parte.

ESCENA III.

Dichos y SIR ROBERTO WARTON *con capa y chambergo.*

EVAN. Me avergüenzas, Cuddy, me avergüenzas con tu cobardía.

WARTON. ¿Tengo el honor de hablar á Sir Evan Magdonal?

EVAN. Los brazos, Sir Roberto Warton. (*Le abraza.*)

WARTON. Amigo fuí de vuestro padre.

EVAN. Y yo lo seré vuestro con todas las veras de mi alma. Sentaos. (CUDDY *dá un sillon á* WARTON.)

WARTON. ¿Este muchacho?..

EVAN. Es Cuddy Penquety, mi escudero.

CUDDY. Para servir á vuestro honor.

WARTON. (Tan simple me parece el amo como el criado.) ¿Y os trae á Lóndres, señor Evan, el deseo de sentar plaza en alguno de nuestros bandos políticos?

EVAN. Ni pensarlo.

WARTON. De hombres esforzados es el correr aventuras.

EVAN. Yo soy manso como un cordero.

WARTON. Valentísimo fué vuestro padre...

EVAN. Así le molieron á palos. Yo tengo para mí que el oficio de casado es el mas tranquilo de todos.

WARTON. Y el más fácil.

CUDDY. Por eso lo toma mi señor.

EVAN. Y vos, señor Warton, ¿militais en algun partido?

WARTON. (Es demasiado tonto para que le diga la verdad.) No soy más que proveedor de Vite-Hall.

EVAN. ¿Una fonda de lujo?..

WARTON. Una cárcel de Estado.

EVAN. *(Asustado.)* ¡Carcelero sois!

WARTON. Engordo á los presos... (*Riendo.*)

EVAN. Para que los maten despues como á los pavos.

CUDDY. Acaso les dareis nueces, ¡que horror!

EVAN. No quisiera verme en vuestra posada.

WARTON. Nadie puede decir «de este agua no beberé.»

CUDDY. ¡Prender á mi señor!

EVAN. No lo digais ni en broma.

WARTON. Tan revueltos andan los partidos que nadie está seguro en su casa.

EVAN. ¡De veras!

WARTON. Cuántos anochecen y no amanecen.

EVAN. ¿Sabeis que me entran grandísimos deseos de marcharme.

WARTON. Descuidad, que si os prenden os ofrezco un espléndido hospedaje.

EVAN. Antes ayuno cuarenta dias.

CUDDY. Y yo ciento. *(Por la ventana del fondo se vé pasar una turba popular con antorchas... voces confusion.)*

EVAN. ¡Ay! ¡San Dustan! ¿Qué alboroto es esse?

WARTON. No os asusteis. Los partidarios del Príncipe Cárlos han encerrado al general Lambert en la torre de Lóndres.

EVAN. ¡Y con esa frescura lo decís!

WARTON. Se acostumbra uno á todo. Tal vez los que le traen preso esta tarde le llevarán al patíbulo mañana y el buen pueblo de la Cité asistirá con tanta indiferencia á su muerte como á

una representacion de juglares. Por eso os repito que no os asusteis.

EVAN. Yo tal quisiera, pero no soy pederoso á contener los ímpetus del mundo.

CUDDY. Pues no decias eso hace un momento.

EVAN. Porque no sabia yo entonces el estremado peligro que corria. Contad á todos por si acaso, Sir Roberto Warton, que soy un diamante en bruto.

WARTON. Ya se conoce.

CUDDY. A mí me quitais lo de diamante y...

WARTON. Comprendido.

EVAN. Añadid que sólo codicio dos cosas. Enlazarme con Mis Aurora Venk, rubicunda escocesa de diez y siete abriles, y vender este desmantelado caseron si encuentro quien lo quiera.

WARTON. Está bien.

EVAN. Ayudadme en mis gestiones, sirviéndoos de vuestras muchas relaciones, y véame yo libre como el aire trepando por los riscos de la verde Evin.

CUDDY. Mirad, señor y vecino nuestro, que no hay peor enfermedad que la del miedo.

WARTON. Honrad mi mesa esta noche y yo os diré lo que debeis hacer.

EVAN. Con toda mi alma os agradezco el favor. Pero no cenaremos en la cárcel.

WARTON. No.

EVAN. Respiro. Atranca bien por dentro, Cuddy, y nada temas, que pronto daré la vuelta.

CUDDY. Pero señor...

EVAN. Cuida bien mi equipaje. (*Se marcha con* WARTON.)

ESCENA IV.

CUDDY.

¡Oh! ¡desnaturalizado señor mio! Se marcha á cenar á mesa y mantel y me deja ayunar á mí en compañía de los duendes. Qué miedo tan grande tengo. Los muebles se me antojan fantasmas y brujas las cortinas. Atrancaré la puerta lo mejor que se me ocurra. (*Pone un sillon contra puerta y sobre el sillon cuanto encuentra á mano.*) ¡Pero de qué sirve esta fortificacion! Los duendes no necesitan puertas ni se paran en obstáculos. Tal vez estén escondidos debajo de estos sillones. (*Toma la linterna y registra debajo de los muebles.*) Examinémoslo todo cuidadosamente. Por aquí no hay más que polvo. (*Viendo la bandeja que* KETTI *dejó al lado del armario.*). ¡Qué veo! ¡una bandeja de pastelillos! ¡pastelillos aquí! Habrán venido por arte de mágia. Veamos cómo son las pastas que fabrican las brujas en la cocina de Belcebut. Riquísimas están. (*Con la boca llena.*) Brugerías de estas me depare la suerte á cada paso y vivan mil años los que así me regalan. ¡Uf! como la aficion es mayor que la garganta... me... me... estoy... ahogando. ¡Necio de mí!: pues si hay una botella. (*Leyendo la etiqueta.*) ¡Charry! Charry... vino de España, más encendido que los rayos del sol y más dulce que la miel de mi aldea. Botella de mi corazon y de mi vida, deja que te manifieste el mucho amor que te tengo. (*Bebe.*) Beberé un traguito... no; beberé dos... tres para que sean nones... cuatro para que sean pares. Lo ves cómo te quiero... lo ves. (*Riendo.*) Já... já... já... El Paraiso con todos

sus frutos... y con todas sus viñas va entrando poco á poco por las puertas de mi estómago. Y decia yo que tenia miedo... já... já... já... ¿Miedo yo? Que vengan endriagos, que salgan fantasmas, que me requieran duendes... con todos entro en botella... digo, en batalla á la más *nímina* palabra... já... já... já... Y qué hombre tan caritativo debió de ser Noé. Le voy á rezar un... ¡aaá! que sueño tan dulce se apodera de mí... ¡aaá! Charry... brujas... pastelillos... Voy á dormir en esta alcoba como un bienaventurado. (*Deja la botella tapada sobre la bandeja y entra bostezando por la primera puerta lateral de la derecha, la cual debe estar cubierta por una vieja colgadura.*)

ESCENA V.

EDIT *y* KETTI, *con luz y mantas.*

KETTI. Deteneos, señora.

EDIT. ¿Qué sucede?

KETTI. Me parece que se mueve la colgadura de aquella puerta.

EDIT. No imiteis á los niños del barrio, Ketti, que creen en los duendes y aparecidos.

KETTI. Líbreme Dios de ser tan medrosa. ¡Ay! (*Dando un ligero grito.*)

EDIT. ¿Por qué gritas?

KETTI. (*Señalándole la maleta de* EVAN *colocada contra la puerta.*) Mirad.

EDIT. ¡Una maleta!

KETTI. Y una escarcela.

EDIT. ¡Y bridas de caballos!

KETT. ¿Tenia yo motivo de asustarme?

EDIT. ¡Desdichada de mí!

KETTI. Huyamos.

EDIT. No, Ketti.

KETTI. ¡Cómo! ¿Quereis que nos sorprendan aquí?

EDIT. Líbreme Dios; pero todo indica que el propietario de estos objetos ha vuelto á salir, y no quiero yo marcharme sin saber quién es.

KETTI. Mirad que pueden cortarnos la retirada.

EDIT. Acerca ese equipaje y alúmbrame.

KETTI. Temblando estoy. (*Coloca la maleta y la escarcela sobre la mesa.*)

EDIT. La gravedad de las circunstancias me infunde valor para todo. (*Abre la maleta.*) Dos trajes raidos...

KETTI. Serán de algun segundon arruinado.

EDIT. Veamos la escarcela.

KETTI. Tan desprovista estará como la maleta.

EDIT. En efecto; pero contiene papeles...

KETTI. Ellos nos dirán lo que queremos saber.

EDIT. Mucho me repugna tocarlos, pero es preciso. (*Saca algunos papeles.*) Una escritura de venta otorgada á favor de Peter Magdonal.

KETTI. Magdonal el negro, antiguo propietario de la finca.

EDIT. Un testamento del mismo Peter Magdonal, por el cual instituye heredero de sus escasos bienes á su hijo Evan.—Una carta de Mis Aurora Venk, pidiendo á Evan realice cuanto antes los bienes que éste posee en Lóndres para que puedan efectuarse sus bodas.

KETTI. Pues averiguado está todo: Evan, hijo de Magdonal el negro acaba de llegar de Escocia con el único objeto de vender esta casa.

EDIT. ¡Venderla! ¡Dios mio! venderla cuando tanta falta nos hacia. ¡Si el buen escocés supiera que su importuna llegada compromete el reposo de la nacion entera! Pero no ha de abatirse mi espíritu ante el rigor de las contrariedades.

KETTI. ¿Pues qué pensais hacer?

EDIT. Todo hace presumir que Evan es pobre.

KETTI. Dígalo su equipaje.

EDIT. ¡Toma! pon esa sortija dentro de su escarcela. (*Se quita una sortija y se la dá á* KETTI.)

KETTI. ¡Cómo, señora, una joya de tanto precio!..

EDIT. Por eso se la regalo. (*Saca de su bolsillo un libro de memorias, le arranca una hoja y escribe sobre ella.*) Tal vez lo que voy á escribirle, unido á mi dádiva, le decida á marcharse.

KETTI. Dios lo quiera.

EDIT. No hay hombre que sea insensible á los ruegos de una dama.

KETTI. El cielo sabe cómo será este buen caballero escocés.

EDIT. (*Colocando otra hoja y un lápiz al lado de aquella que deja escrita sobre la mesa.*) Le dejo aquí papel y lápiz para que me conteste, caso que quiera hacerlo.

KETTI. (*Mirando á uno y otro lado.*) ¡Ay, señora de mi alma, ¿no habeis oido?

EDIT. No; ¿por qué tiemblas?

KETTI. (*A media voz.*) Porque ronean.

EDIT. El miedo te trastorna, Ketti.

KETTI. No hay tal, que yo bien claramente oigo los ronquidos.

EDIT. ¿En dónde?

KETTI No lo sé. (*Fijándose y señalando el cuarto de* CUDDY.) ¡Ah! Allí.

EDIT. Sueñas.

KETTI. Si son tan sonoros y tan sostenidos, que parecen notas de órgano.

EDIT. Salgamos de dudas.

KETTI. No os acerqueis, por Dios.

EDIT. Nada temas. (KETTI *y* EDIT *se acercan de puntillas al cuarto de* CUDDY; *levantan la colgadura y la dejan caer lanzando un grito.*)

KETTI. }
EDIT. } ¡Un hombre!

CUDDY. (*Que se despierta al grito, empieza á gritar tambien.*) ¡Ay! Socorro, favor, socorro.

EVAN. (*Empujando con fuerza la puerta del fondo.*) Cuddy, Cuddy, abre, soy yo (*Antes de que* KETTI *y* EDIT, *aturdidas y temerosas, puedan cruzar el teatro para ganar el pasadizo subterráneo, cae con estrépito el sillon que está colocado contra la puerta del fondo.*)

KETTI. Ya no podemos huir.

EDIT. Escondámonos aquí. (*Entran precipitadamente con su lámpara por la segunda puerta lateral derecha. Casi al mismo tiempo entra* EVAN *por el fondo.* CUDDY *sale espantado de su cuarto, y se agarra á* EVAN *temblando.*)

ESCENA VI.

EVAN *y* CUDDY.

CUDDY. ¡Socorro!

EVAN. ¿Qué te sucede?

CUDDY. ¡Ay! ¡señor de mi alma y de mi vida! Bien os decia yo que no me dejárais solo. Loos... he visto... los... he... visto.

EVAN. ¿A quiénes?

CUDDY. A los duendes.

EVAN. (*Temblando.*) ¿Dee... e... veras?

CUDDY. Sí señor, con mis ojos.

EVAN. (*Reponiéndose.*) Te creeria si no fueras tan cobarde... pero tengo para mí que estarias soñando.

CUDDY. No señor.

EVAN. Já... já... já... ¡Duendes! No eres tú mal duende, pobre escudero mio.

CUDDY. Figuróseme al principio que andaban por un corredor subterráneo.

EVAN. Y muy espacioso que lo tiene esta casa, segun cuentan.

CUDDY. Pues ahí veis.

EVAN. ¿Pero quién ha de pasearse por él á estas horas más que las ratas?

CUDDY. Pues si no andan aquí mas que ratas, decidme quién ha traido esto. *(Le enseña la bandeja de los pasteles.)*

EVAN. ¡Eh! *(Asombrado.)*

CUDDY. ¿Regalan las ratas pastelillos de crema y botellas de vino generoso?

EVAN. Aseguro con toda verdad que ahora sí que no sé qué decirte. ¿Y has comido tú de esto?

CUDDY. Sí señor.

EVAN. Pues si estos confites están envenenados, no quiero que mueras sólo. Ricos están. *(Comiendo.)*

CUDDY. Riquísimos.

EVAN. ¿Y tienes estas pastas por cosa de brujería?

CUDDY. Y las tendré toda mi vida, porque despues de comerlas, cansado del camino, entróme un dulce y sosegado sueño, que fuí á descabezar dentro de aquella alcoba. No sé cuánto tiempo duró mi descanso; pero sí que de pronto... *(Gritando.)* ¡Ay!

EVAN. *(Asustado.)* ¡Ay!

CUDDY. ¿Por qué gritais?

EVAN. Porque te oigo gritar á tí.

CUDDY. No; os decia que oigo de pronto clara y distintamente un ¡ay! abro los ojos y veo que una sombra deja caer la colgadura de mi alcoba.

EVAN. Te digo que todo eso lo has visto en sueños.

CUDDY. No he tratado caballero escocés más obstinado que vos.

EVAN. Ni yo escudero más pusilánime.

CUDDY. Pues si sueño ó no, decidme quién ha registrado vuestra maleta. *(Indicándosela.)*

EVAN. Por San Dustan bendito, que los duendes se han vuelto ladrones.

CUDDY. ¿Ladrones decís?

EVAN. Sin que quepa duda; pero á fé que se han lle-

vado buen chasco, porque en la escarcela sólo habia papeles.

CUDDY. Pues buena cuenta habrán dado de ellos.

EVAN. (*Metiendo la mano.*) No. ¡Ah! (*Sacando la sortija que puso* KETTI.) ¡Qué es esto, Cuddy!

CUDDY. Una sortija magnífica.

EVAN. Y de mujer, si he de juzgar por el tamaño.

CUDDY. ¡Pues qué ladrones nos manda Dios que traen dulces y regalan sortijas!

EVAN. Meditemos, Cuddy.

CUDDY. Meditemos, señor. (*Volviéndose de espaldas á* EVAN *y pensando.*)

EVAN. ¡Bárbaro! (*Dándose una gran palmada en la frente.*)

CUDDY. ¿Qué quereis? (*Volviendo.*)

EVAN. Ya lo he comprendido todo. Al cruzar yo las calles de Lóndres montado sobre mi caballo, ha debido prendarse de mí alguna dama principal, de estas que andan á caza de aventuras amorosas.

CUDDY. ¡Qué decís, señor! Si vuestro caballo parece un arenque.

EVAN. En cambio yo soy un buen mozo.

CUDDY. Pero ¿cómo en tan poco tiempo?..

EVAN. Extremos mayores se han visto.

CUDDY. Pues no fuera malo que alguna doncella principal se prendára tambien de mí.

EVAN. No, Cuddy; conservemos incólume nuestra fidelidad escocesa.

CUDDY. ¿Y pensais despreciar estas dádivas?

EVAN. No las desprecio, pero tampoco faltaré por ellas á Mis Aurora Venk. Y tanto es así, que voy á entregarme al sueño para olvidar mi buena fortuna.

CUDDY. Pues yo... já... já... (*Con malicia.*)

EVAN. Tú eres un bellaco mal nacido y peor pensado. (*Deteniéndose con asombro despues de haber*

levantado la colgadura que cubre la puerta de su cuarto.) ¡Una cama magnífica!

CUDDY. Sábanas de holanda.

EVAN. Y mantas de finísima lana con armas en las esquinas

CUDDY. Pero ha de ser para vos...

EVAN. Sí, hombre, sí: que la dama que se enamora de veras, lo mismo prepara un mullido lecho que regala una sortija.

CUDDY. Sin embargo, señor; este obsequio...

EVAN. Es el mejor que se le puede hacer á un hombre que tiene agujetas. Verás cómo si buscamos, mayores pruebas encontramos aun de su cariño.

CUDDY. Sí, sí, busquemos. (*Se dirigen á la mesa y encuentran el billete de* EDIT.)

EVAN. No te dige yo: mira un papel escrito: (*Leyendo.*) «Sir Evan Magdonal:» ¿Abrigarás aun la menor duda? Verás con cuánta distincion se expresa. (*Leyendo.*) «Caballero» (*Hablado.*) Mira cómo ha conocido al momento que lo soy. (*Leyendo.*) «No trateis de averiguar las poderosas causas que me han impulsado á disponer de esta casa durante vuestra ausencia, y si en algo apreciais la vida alejaos cuanto antes. Una dama os lo ruega.»

CUDDY. ¡Os envian á tomar el fresco!

EVAN. ¡La cama no era para mí! (*Consternado.*)

CUDDY. (*Soltando una gran carcajada.*) ¡Vaya un chasco!

EVAN. ¡Vaya una grosería, digo yo! Disponer de mi casa. ¡Truenos y relámpagos! ¡Aquí voy á esperar á la tal descocada señora hasta que despunte el alba!

CUDDY. No volverá.

EVAN. Mejor que mejor.

CUDDY. Y no volviendo no podreis decirla lo que hace al caso.

EVAN. Es verdad, pero ¡ah! ya he concebido un plan. Precisamente me ha dejado aquí recado de escribir y voy á contestarla.

CUDDY. ¿Qué, señor?

EVAN. (*Escribiendo.*) Que me marcho á paseo, con lo cual quedará satisfecha.

CUDDY. ¡Cómo, señor! teneis valor...

EVAN. Sígueme y calla: pero antes... (*Le habla al oido.*) ¿Estas enterado?

CUDDY. Sí señor, daré sin compasion allí donde oiga pisadas fuertes.

EVAN. Siempre que por el ruido conozcas que son de hombre. (*En voz muy alta.*) Cierra bien la puerta, Cuddy, que no hemos de volver esta noche.

CUDDY. Vamos, señor. (CUDDY *sigue á* EVAN *llevándose la linterna.*)

ESCENA VII.

EDIT *y* KETTI.

EDIT. Se han marchado, Ketti.

KETTI. Callad. Están cerrando la puerta.

EDIT. Momento cruel ha sido este para mí, pues he creido mil veces que iban á sorprendernos. Escucha á la puerta.

KETTI. (*Escuchando.*) Se alejan.

EDIT. ¡Loado sea Dios!

KETTI. Veamos si os ha contestado.

EDIT. Sí, aquí está su respuesta, que debe ajustarse á mis deseos.

KETTI. ¿Qué os dice, señora?

EDIT. (*Leyendo.*) «Duende y señora mia.»

KETTI. ¿Duende os llama?

EDIT. Y duende debo de parecerle en efecto. (*Leyendo.*) «Por más que sienta en el alma tener que ausentarme con el tiempo que hace...»

KETTI. Como que está nevando.

EDIT. ¡Pobre caballero! (*Leyendo.*) «Os cedo mi casa con todas sus dependencias hasta las diez de la mañana.—EVAN MAGDONAL.—*Postdata.* Divertíos mucho, pero no me rompais los muebles, que bastante deteriorados están.» (*Hablado y con extrañeza.*) Divertíos mucho...

KETTI. Y no me rompais los muebles. Si creerá que vamos á dar un baile.

EDIT. (*Riendo.*) ¡Singular advertencia!

KETTI. Mucha debe de ser su simpleza...

EDIT. No le critiques, Ketti, que su extremada cortesía tiene gran precio para mí. De un momento á otro pueden los agentes del Parlamento allanar el palacio de mi padre. Vamos... (*Indica el cuarto de* EVAN. KETTI *dá algunos pasos, y se detiene delante de la bandeja.*)

KETTI. ¡Ay! ¡Dios mio, cómo han puesto los pastelillos!

EDIT. Flaquezas de ratones.

KETTI. Antes me parecen desmanes de escudero. (*La puerta se abre lentamente, pero no tan sin ruido que no llame la atencion de* EDIT *y de* KETTI, *las cuales lanzan un grito. Al mismo tiempo aparece* EVAN.)

EDIT. La luz.

KETTI. (*Apaga la luz y el teatro se queda á oscuras.*) Estamos perdidas.

ESCENA VIII.

Dichos y EVAN.

EVAN. No importa que apagueis, ingenioso duende, que yo os encontraré en medio de las tinieblas.

EDIT. Por aquí, Ketti. (*Dirigiéndose á tientas al lado opuesto del armario.*)

EVAN. (*Buscando á tientas por medio del escenario.*) Tengo que ajustaros una cuenta.

KETTI. (*Tocando las colgaduras de la derecha.*) ¡Ay, señora, que vamos perdidas! El armario está en el lado opuesto.

EDIT. Corramos. (*Al cruzar el escenario* KETTI *tropieza con* EVAN. *Este la detiene.*)

EVAN. Ya os cogí.

KETTI. Soltadme, soltad. ¡Ay! ¡Socorro! (*Dá un gran cachete á* EVAN, *el cual la suelta.*)

EVAN. ¡Bruja de Satanás! ¡Ay mis narices! (*Pateando.*)

ESCENA IX.

Dichos, CUDDY *entra de puntillas con un palo en la mano.*

CUDDY. (*Acercándose á su amo.*) Aquí se oyen gritos y pisadas fuertes de varon: palo limpio. (*Pega á* EVAN.)

EVAN. Favor... Socorro... ¡Ay!.. ¡Ay!..

CUDDY. ¡Sois vos, señor! (*Deteniéndose.*)

EDIT. (*Que ha dado con el armario.*) Por aquí, Ketti, por aquí.

EVAN. Pues por ahí os seguiré yo, aunque sea á las entrañas de la tierra.

CUDDY. Deteneos, señor mio, deteneos. (EDIT, KETTI *y* EVAN *desaparecen detrás del armario; al mismo tiempo se oye á* EVAN *rodar con gran estrépito la escalera.*)

EVAN. (*Desde el foso y con voz lamentable.*) ¡Cuddy, Cuddy, ampárame!

ESCENA X.

CUDDY.

¡Ay! que las brujas se llevan en cuerpo y alma á mi señor. ¡Desventurado de mí! Señor, señor. (*Lo llama con fuertes voces.*) No contesta:

ya estará en los profundos abismos. Socorro... favor... (*Las ventanas del fondo se iluminan.*) ¿Qué es esto? Oigo los pasos de una ronda... se acerca... pues esto es peor... me van á hacer responsable de la vida de mi amo... ¡Ah! Saltaré por una de las ventanas que dan al Támesis.

ESCENA XI.

CUDDY, UN ALDERMAN *y* ESBIRROS, *con luces.*

ALDERMAN. ¡Há de casa! (*Viendo huir á* CUDDY.) Perseguid á ese hombre. (*Los esbirros persiguen á* CUDDY, *que entra por una de las puertas laterales de la derecha.*)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Salon en el palacio de Lord Hamilton.—Muebles de lujo de la época.—Puerta al fondo y forillo espacioso.—Una puerta con colgaduras en el primer bastidor de la derecha: otras dos en los primero y segundo de la izquierda.

Es de noche: bujías colocadas en candelabros alumbran el salon.

Al levantarse el telon, EDIT y KETTI salen precipitadamente por la primera puerta de la izquierda.

ESCENA PRIMERA.

EDIT *y* KETTI.

EDIT. ¿Nos sigue, Ketti?

KETTI. No señora, ha recibido tal golpe en la cadera que ha debido volverse, auxiliado por su escudero.

EDIT. ¿Y la llave de esta puerta?

KETTI. Vuestro padre guarda todas las del palacio.

EDIT. Búscala por Dios.

KETTI. Nada temais, que á pesar de su traicion tengo por muy símple al caballero escocés.

EDIT. No importa Ketti, todo me hace temblar esta noche. (*Se oyen tres palmadas y ruido en el foro.*) ¡Ah! la reina llega. (*Se marcha precipitadamente con* KETTI, *foro izquierda.*)

ESCENA II.

EVAN.

Que he de encontrarla digo... ¡Un salon magnífico! Candelabros con bujías... ricos muebles... ¡Si será este un palacio encantado!

Ganas me dan de volverme atrás. Pero no, quiero dar con mi atrevido duende para decirle cuatro lindezas. Veamos si se ha refugiado aquí. (*Entra en el cuarto de la derecha.*)

ESCENA III.

CATALINA DE BRAGANZA, CABALLEROS *y* EDIT.

LA REINA. Podeis retiraros, señores.

EDIT. Estos caballeros aguardarán en la antecámara las órdenes de V. M.

LA REINA. Persuadida estoy de su lealtad y deseo que llegue el instante de pagar con usura lo mucho que les debo. (*Los caballeros saludan á* LA REINA *y se retiran.*)

ESCENA IV.

LA REINA *y* EDIT.

EDIT. Descansad de vuestro penoso viaje, señora. (LA REINA *se sienta con marcadas muestras de desaliẽnto.* EDIT *permanece de pié.*)

LA REINA. Por fin estamos en Lóndres.

EDIT. Ya era tiempo.

LA REINA. ¡Cuando acabará esta vida de contínuas zozobras!

EDIT. Mañana sin duda.

LA REINA. Crees, segun eso, que el general Monk cumplirá su palabra.

EDIT. ¿Por qué dudarlo, señora?

LA REINA. Porque me parece imposible que venda á los que le han colmado de honores.

EDIT. No reconoce límites la ambicion de los hombres de Estado.

LA REINA. Harto lo sé.

EDIT. Aguarda mucho del rey.

LA REINA. Y mucho obtendrá, Edit; que nada es bastante para pagar una corona.

EDIT. Mi padre no llega.

LA REINA. No llega y yo espero con ánsia el resultado de la entrevista de mi esposo con Monk. Cada minuto que transcurre me parece un siglo; cada lejano ruido la señal de una nueva desgracia. ¡Hemos sufrido tanto en el destierro! ¡Ah! Lord Hamilton. (*Levantándose con viveza.*)

ESCEÑA V.

LA REINA, EDIT y LORD HAMILTON.

EDIT. ¡Por fin os vuelvo á ver, padre mio!

HAMILT. Que el cielo os guarde, Edit. (*Hinca una rodilla delante de la* REINA.) Señora.

LA REINA. Levantaos, Lord Hamilton.

HAMILT. El rey, que debe entrar en Lóndres dentro de una hora, os envia esta carta.

LA REINA. Traed. (*Despues de haber leido.*) ¡Gracias, Dios mio! ¡Por fin vuelve á lucir la vacilante estrella de los Estuardos!

EDIT. ¡Ah, señora! ¿El general Monk se ha decidido?

LA REINA. Sí, Edit: sus tropas entrarán en la capital al amanecer, y proclamarán á Cárlos II. Los oficiales que han asistido á la entrevista defenderán hasta perder la vida nuestros legítimos derechos al trono de Inglaterra.

HAMILT. El rey permanecerá escondido en este palacio hasta que luzca el dia. Rodeado entonces de sus leales súbdítos visitará la cárcel de Vite-Hall.

LA REINA. De allí salió Cárlos I para ir al patíbulo.

HAMILT. Dios tenga en su gloria al rey mártir. (*Un lacayo entra trayendo un traje negro sobre una bandeja.*)

EDIT. ¿Qué es esto?

HAMILT. El traje que ha de ponérse mañana S. M.

LA REINA. No olvidais nada, Lord Hamilton. *(El criado deja el traje sobre un sillon y se retira.)*

HAMILT. Voy á mandar que sólo dejen entrar en este palacio á las personas que se den á conocer con el santo y seña *San Jorge* y *Winmister*. Estas palabras han sido adoptadas en el campo de Monk; nuestros caballeros adictos están informados de ellas, y deben ser mirados como traidores y espías aquellos que las desconozcan.

LA REINA. Id, Lord Hamilton, y tú, Edit, tambien puedes retirarte. Quiero pedir á Dios en el apartado retiro de mi cámara que proteja la vida de mi esposo. (LORD HAMILTON *y* EDIT *se retiran, el primero foro izquierda, la segunda foro derecha.*)

ESCENA VI.

LA REINA, *despues* EVAN.

LA REINA. ¡Nobles y esforzados corazones! más ha hecho por el triunfo de mi causa vuestra lealtad que el apoyo de las Córtes de Europa. Yo sabré pagar lo mucho que os debo. (*Se dirige á su cámara: en este momento sale* EVAN.)

EVAN. ¡Ah! por fin os encuentro.

LA REINA. ¡Un desconocido! ¿qué quereis? ¿quién sois?

EVAN. ¡Me pasma tanta desfachatez!

LA REINA. Y á mí tanta osadía.

EVAN. Os aconsejo que os quejeis.

LA REINA. ¿Quereis oro?

EVAN. ¡Por quién me tomais!

LA REINA. ¿Honores?

EVAN. Ni pensarlo.

LA REINA. ¿Callareis?..

EVAN. Antes diré á voces lo que pasa.

LA REINA. ¡Miserable!

EVAN. No nos pongamos motes.

LA REINA. ¿Pero sabeis?..

EVAN. Gran parte de vuestras intrigas.

LA REINA. ¡Cielos! ¿Y las desaprobais?

EVAN. Con todas las veras de mi alma.

LA REINA. No he visto mayor insolencia.

EVAN. Ni yo descoco igual.

LA REINA. Pero en resúmen, ¿qué quereis?

EVAN. Quiero que el caballero á quien aguardais se quede por allá. (*Con intencion.*)

LA REINA. ¿En Holanda?

EVAN. O en las Indias Orientales.

LA REINA. ¿Pero no comprendeis que viene á su casa?

EVAN. ¡A su casa! ¿Pues cuándo la compró?

LA REINA. Vergonzoso seria que descendiera yo á darós explicaciones. Basteos saber que nada podrá torcer mi propósito; que el caballero á quien aludís vendrá, y que tendreis que rendirle homenaje.

EVAN. Antes me vea muerto.

LA REINA. Y muerto os vereis si tal es vuestro deseo.

EVAN. ¿Pero por qué no se marcha con la música á otra parte?

LA REINA. Basta.

EVAN. Y vos, señora y duende mio, curaos de vuestra honra. Mirad que pecais de casquivana y de cascabelera.

LA REINA. Esto es demasiado.

EVAN. Y que quien mal anda, mal acaba.

LA REINA. Apartad. (*Queriendo dirigirse al foro.*)

EVAN. Y que si me dejais en paz, os prometo no despegar los lábios. (LA REINA *sube al foro*, EVAN *la sigue.*)

LA REINA. Lord Hamilton.

EVAN. No llameis, que no quiero yo romper lanzas por agenas culpas.

LA REINA. Ya es tarde.
EVAN. Me marcho.
LA REINA. Ni un paso dareis. ¡Lord Hamilton!
EVAN. ¡Válgame por el Lord ahora y en qué aventura me he metido yo. ¡Callaos!

ESCENA VII.

LA REINA, EVAN *y* LORD HAMILTON.

HAMILT. Señora.
EVAN. (Este debe de ser su tutor.)
HAMILT. ¡Un desconocido!
LA REINA. Interrogadle. (*Entra en su cámara.*)

ESCENA VIII.

LORD HAMILTON *y* EVAN.

HAMILT. (*Examinándole.*) (No le conozco.)
EVAN. (Pues si este señor de fea catadura piensa que he de regalarle el oido, chasco se lleva Cada uno en su casa y Dios en la de todos.)
HAMILT. Sentaos. (*Indicándole un sillon.*)
EVAN. Gracias. (Es un señor muy cortés.)
HAMILT. (*Con autoridad.*) Sentaos.
EVAN. (Es un señor muy descortés.)
HAMILT. ¿Podré saber cómo os encontrais aquí?
EVAN. Me encuentro sentado.
HAMILT. ¿Cómo habeis venido? quiero decir.
EVAN. Paseando.
HAMILT. ¡A las once de la noche!
EVAN. Me dolian las muelas.
HAMILT. ¿Y cuando os duelen las muelas?...
EVAN. Entro en cualquier parte sin saber cómo ni cuándo.
HAMILT. ¿Sabeis qué santo es hoy?
EVAN. (Vaya una pregunta.) Hoy es santa Beremunda de Aquitania, virgen y mártir...

HAMILT. (No lo sabe.) ¿Y tendriais inconveniente en decirme qué edificio os agrada más en Lóndres?

EVAN. No he parado la atencion en ninguno; pero así en general me sorprende la hermosa perspectiva de las salchicherías...

HAMILT. (*Levantándose.*) (Es un espía de los presbiterianos.)

EVAN. (Se conoce que no le gustan los embutidos.)

HAMILT. ¿Teneis algo que decirme?

EVAN. Que os guarde el cielo muchos años, y que os conceda toda clase de bienes.

HAMILT. Podeis retiraros.

EVAN. No deseo otra cosa. Magdonal me llamo; poseo en Escocia un castillo, dos perros de caza y un perdigon que canta en la mano...

HAMILT. Bien, bien.

EVAN. Tengo un criado simple...

HAMILT. Entrad. (*Abriendo la segunda puerta lateral de la izquierda.*)

EVAN. Y un caballo flaco...

HAMILT. Daos prisa.

EVAN. Creo que es por aquí. (*Indicando la primera lateral de la izquierda.*)

HAMILT. Os engañais.

EVAN. Pues yo creia... (*Deteniéndose.*)

HAMILT. Este corredor conduce á una de las calles más populosas de Lóndres. Entrad.

ESCENA IX.

LORD HAMILTON *y despues* LA REINA.

HAMILT. Ya es nuestro. (*Cierra con llave las dos puertas laterales izquierdas.*) Ese corredor no tiene salida.

LA REINA ¿Habeis averiguado quién es ese hombre?

HAMILT. En apariencia un simple; en realidad un

sagaz y peligroso agente de nuestros enemigos.

LA REINA. ¿Estais seguro?

HAMILT. Sólo un espía se hubiera atrevido á penetrar en este palacio sin saber el santo y seña.

LA REINA. ¿Y qué pensais hacer?

HAMILT. Un ejemplar castigo.

LA REINA. No, Hamilton, no; que respeten la vida de ese desdichado.

HAMILT. Imposib'e, señora.

LA REINA. Os lo ruego, Hamilton.

HAMILT. Antes que vuestra clemencia está la seguridad del Estado. Morirá.

ESCENA X.

LA REINA *y despues* EDIT.

LA REINA. Yo no quiero que el dia más grande de mi vida se inaugure con un acto de crueldad. (*Llamando.*) Edit, Edit.

EDIT. ¿Que mandais, señora?

LA REINA. Ayudadme á salvar á un hombre condenado á muerte por vuestro padre.

EDIT. ¿Por mi padre?

LA REINA. Asegura que es un espía, pero yo le tengo por un infeliz privado de razon.

EVAN. (*Golpeando la segunda puerta.*) Abrid, abrid, este corredor no tiene salida.

EDIT. ¡Cielos, esa voz!...

LA REINA. Es la del espía de quien os hablo.

EDIT. ¡Y mi padre ha podido creer!..

LA REINA. ¿Le conoceis acaso?

EDIT. Lo bastante para afirmar bajo mi conciencia que es el caballero más inofensivo del mundo.

LA REINA. ¿Cómo se encuentra aquí?

EDIT. Por mi gran deseo de servir al rey.

LA REINA. Esplicaos...

EDIT. Temerosa yo de que prendiesen al esposo de V. M. en el palacio de mi padre, concebí la idea de hospedarle en un contiguo y ruinoso edificio llamado Casa de los duendes; mi proyecto era tanto más fácil de realizar cuanto que el propietario se encontraba ausente. Preparo un mullido lecho y créome ya dueña del campo cuando quiere la mucha desgracia mía que llegue de pronto el inesperado señor de la finca. Averiguo su nombre y su pobreza, escríbole una carta rogándole que se vaya, hágole presente de una joya de gran precio; contéstame él que está dispuesto á obedecerme; se marcha en efecto; vuelvo yo á ocuparme del recibimiento del rey, pero traidor á la fingida promesa, vuelve de improviso y no tengo otro remedio que huir, despues de apagar la luz, por un corredor subterráneo.

LA REINA. Por el cual os ha seguido sin duda. Ahora comprendo sus estrañas recriminaciones.

EVAN. *(Fuera.)* Abrid, ¡voto á San Dustan ó echo la puerta abajo!

EDIT. ¡Dios mio! ¿y cómo? si no tenemos la llave de esa puerta.

EVAN. ¿No quereis?, pues yo me serviré de mi espalda como un ariete. *(Abriendo la puerta con las espaldas.)* ¡Habrá traidor fementido igual! Decirme que esta ratonera daba á una calle populosa. ¡Ah! ¡mi duende!.. no, ahora son dos... *(Dirigiéndose á* LA REINA.) Bien podiais haberos escusado de llamar á vuestro padre ó tutor, pues es tal que no me fiara yo de él para maldita de Dios la cosa.

EDIT. Yo soy la única culpable, señor Evan.

LA REINA. No, soy yo...

EVAN. Pues á las dos os diré que tan bueno es Enero como Febrero y díme con quién andas y te diré quién eres...

EDIT. Reportaos, caballero.

EVAN. Bien, bien, tomad vuestra sortija si es que es vuestra, y dejadme salir, que estoy aquí como zorzal en jaula de pajarero. (EDIT *rehusa la sortija.*)

LA REINA. Es imposible ahora. Entrad en ese cuarto (*Indicando el suyo*) y no pronunciéis una palabra.

EVAN. ¿Pero voy á andar yo toda la noche como una zaranda?

EDIT. Que llegan.

EVAN. ¿Quién?.

LA REINA. Pronto por Dios.

EVAN. Yo quiero marcharme á mi casa.

EDIT. Pronto, prontó.

EVAN. A mi casa... (LA REINA *y* EDIT *le hacen entrar á viva fuerza.*)

ESCENA XI.

LA REINA, EDIT, LORD HAMILTON *y* CABALLEROS.

HAMILT. (*En el forillo.*) Apoderaos del traidor que ha querido sorprender los secretos de la Reina.

EDIT. Teneos, padre mio, que á más de ser inocente y de responderos yo de su lealtad, está bajo el amparo de Catalina de Braganza.

HAMILT. ¿Le conoceis, Edit?

EDIT. Sí.

LA REINA. No es un espía.

HAMILT. Plegue al cielo que no tengais que arrepentiros de vuestra clemencia. Los peligros que nos rodean se multiplican por momentos. El general Lambert, preso en la torre de Lóndres, acaba de fugarse y dentro de una hora se encontrará á la cabeza de diez mil soldados.

ESCENA XII.

Dichos y Un Ugier.

Ugier. Señor.

Hamilt. ¿Qué me quereis?

Ugier. Sir Roberto Warton desea hablar á S. M. la Reina.

Hamilt. (*A* La reina.) Sir Roberto Warton, proveedor de Vite-Hall con el único objeto de favorecer la conspiracion, es uno de los más antiguos y leales servidores de los Estuardos.

La reina. Que pase.

ESCENA XIII.

Dichos y Sir Roberto Warton.

Hamilt. (*Presentándole á* La reina.) Sir Roberto Warton, caballero escocés.

Warton. (*Hincando una rodilla.*) Señora...

La reina. Levantaos, caballero, y hablad.

Warton. Tristes son las noticias que vengo á daros, y no turbára yo el magnánimo corazon de V. M. si no lo exigiera la gravedad de las circunstancias. El Lord Corregidor de Lóndres acaba de ser informado por sus agentes de que os hallais en el palacio de Lord Hamilton.

La reina. ¡Cielos! (*Movimiento y temor general.*)

Warton. Sabe tambien que aguardais al rey de un momento á otro.

La reina. ¡Dios sóberano! ¿y el Lord Corregidor?..

Warton. Ha mandado que un destacamento se apodere al punto de este edificio.

La reina. ¡Puede caber mayor desventura! Todo se ha perdido.

HAMILT. Aun os queda el generoso esfuerzo de nuestros corazones.

CABALL. Sí.

HAMILT. (*Desenvainando la espada.*) Jurad, caballeros ingleses, perder la vida antes de que los presbiterianos se apoderen de Catalina de Braganza.

CABALL. (*Cruzando sus espadas.*) Juramos.

LA REINA. ¿Y de qué sirve que se derrame la noble sangre inglesa si ha de caer mi esposo en manos de sus verdugos? (*Llora.*)

EDIT. Tranquilizaos, señora, que avisados á tiempo por Sir Roberto Warton, aun podemos parar el golpe que nos amenaza.

LA REINA. Manda, Edit mia, que dispuestos estamos todos á seguir tu parecer.

EDIT. Sir Roberto Warton, salid al punto con estos caballeros y detened al rey.

LA REINA. ¡Oh! Corred todos, y procurad que vuelva á los arrabales de Lóndres. Pensad que á vuestra lealtad confio, no el padre, no el esposo, no el magnánimo caballero, sino el monarca de un gran pueblo. Esgrimid sin descanso el acero, y el ángel vengador de los Estuardos os proteja.

WARTON. Vamos. (*Sir* ROBERTO WARTON *se marcha precedido de los caballeros.*)

ESCENA XIV.

LA REINA, LORD HAMILTON *y* EDIT.

EDIT. Vos, señora, y vos, padre mio, disfrazaos con los mantos holandeses que hemos vestido hasta llegar á Lóndres.

HAMILT. ¿Quereis que huyamos?

EDIT. Por esta puerta, cuya llave teneis. Un pasadizo subterráneo conduce á un edificio si-

tuado á orillas del Támesis. Alquilaremos una humilde barca de pescadores, y á favor de la oscuridad llegaremos á los arrabales sin ser conocidos.

LA REINA. ¿Y el rey, Edit, y el rey, cuya existencia es mil veces más preciosa que la mia?

EDIT. Si llega aquí sin hallar antes á Sir Roberto Warton...

LA REINA. Le prenderán.

EDIT. No: yo le salvaré.

LA REINA. ¿De qué modo? (EDIT *le habla al oido.*) ¿Cómo? ¿Edit, quereis?..

EDIT. La gravedad de las circunstancias lo exige.

HAMILT. Pero sepa yo al ménos...

EDIT. Es imposible, padre mio.

HAMILT. Dios os dé el acierto que necesitais.—No perdais un momento, señora.

LA REINA. Tú me llamarás, Edit.

ESCENA XV.

EDIT, *despues* EVAN.

EDIT. (¡Válgame mi ingenio para salvar al rey!) (*Abriendo la puerta de la cámara.*) Salid, Evan Magdonal.

EVAN. ¿Puedo ya marcharme á mi casa?

EDIT. (*Llorando.*) ¡Ay, señor Evan, cuán desgraciada soy!

EVAN. Más lo soy yo que ando de Herodes á Pilatos sin culpa ni motivo.

EDIT. Estais preso.

EVAN. ¡Yo!

EDIT. Y yo tambien y mi amiga...

EVAN. ¿De modo que este que creí palacio es una cárcel?

EDIT. Sí, Evan.

EVAN. ¡Triste de mí! por eso salgo de una ratonera

para entrar en otra. ¿Y por qué me encarcelan?

EDIT. Por haberme seguido.

EVAN. Por haberme mandado vos á paseo, digo yo.

EDIT. (*Llorando.*) ¡Ay, desdichada!

EVAN. ¡Ay! ¡sin ventura! (*Llorando.*)

EDIT. Todo mi mal consiste en haber acompañado á mi amiga.

EVAN. ¿Pero señor, esto es una cadena? ¿Y qué culpa es la de vuestra amiga?

EDIT. Vais á saberlo. Abandonó el condado de Oxfort para trabajar con su esposo en favor del príncipe Cárlos. Uno y otro sentaron sus reales en Lóndres, y todo hacia presumir un feliz resultado, cuando advertido el Parlamento, mandó prender á los conspiradores que más comprometidos se hallaban, apoderáronse de mi amiga, cuyo esposo á la sazon estaba ausente. Seguila yo por despedazarme el corazon su gran desventura, y en esta cárcel esperábamos la sentencia de nuestros jueces cuando mi triste compañera recibe una carta de su esposo concebida en estos términos: «Esponiendo una y mil veces la vida he conseguido penetrar en Lóndres. Sobornado por mí, un servidor de la cárcel acaba de informarme que esta tiene comunicacion por medio de un pasadizo subterráneo con un antiguo y desierto edificio llamado Casa de los duendes. En él me esconderé esta noche.»

EVAN. ¡Ahora lo comprendo todo!

EDIT. «Estad prevenida, pues pienso poneros en libertad.»

EVAN. Y yo que creí que aparejábais mi casa para vuestro amante.

EDIT. Malicioso sois.

EVAN. Antes estúpido y descortés.

EDIT. Pues bien, señor Evan, tambien han descubierto al Lord Corregidor nuestros proyectos, y este funcionario ha mandado que tanto la cárcel como vuestra casa sean ocupadas militarmente.

EVAN. ¡Tambien mi casa! pues vaya unos inquilinos. Duendes, soldados y conspiradores.

EDIT. Inadvertido el esposo de mi amiga, caerá en manos de sus perseguidores, los cuales le arrancarán la vida.

EVAN. En buen pais vivimos.

EDIT. Privadas nosotras de nuestro protector, correremos la misma suerte, y mi amiga deja dos tiernos hijos.

EVAN. *(Llorando.)* ¡Inocentes tórtolas!

EDIT. Sin embargo, vos podeis salvarnos.

EVAN. ¡Yo!.. ¿De qué modo?

EDIT. Dejándoos prender en lugar del conspirador á quien van á venir á buscar.

EVAN. ¡Cuerno!

EDIT. El jefe de la cárcel está en el Parlamento; el oficial de guardia no conoce al presunto reo y sólo habrá recibido algunos datos, como ser de vuestra edad y estatura, vestir un traje negro...

EVAN. El mio es claro.

EDIT. Pero podeis poneros este que aquí preparado tenia mi amiga para su esposo.

EVAN. *(Mirándole.)* Riquísimo parece.

EDIT. Os presentan al Lord Corregidor; este, que personalmente conoce al esposo de mi amiga, advierte con asombro el error que ha padecido el oficial de guardias y os pone en libertad.

EVAN. Si no dispone que me corten la cabeza.

EDIT. Al pronto comprenderá vuestra inocencia.

EVAN. Nequaquam.

EDIT. Por Dios, señor Evan.

EVAN. Soy un marmolillo.

EDIT. Muévaos mi pena.

EVAN. Y á vos mi miedo.

EDIT. Que soy muy desdichada.

EVAN. Que soy muy pobre hombre.

EDIT. ¡Caballero de mi alma!

EVAN. ¡Señora de mi vida!

EDIT. ¿Qué contestais?

EVAN. Que prendan al gran Tamerlan de Persia.

EDIT. Rehusad en hora buena, pero tened entendido, que os creen espía; que no podreis hablar á vuestros jueces y que os esperan largos dias de cautiverio. Adios.

EVAN. Aguardad, que eso es peor todavia. ¡Ay! ¡triste de mi! Si me prenden veré al ménos al Lord Corregidor.

EDIT. Y á más de justificaros á sus ojos, nosotras haremos cuanto sea posible por salvaros.

EVAN. ¿Me lo jurais?

EDIT. Sí, Evan.

EVAN. Que me prendan entonces. ¿Qué debo hacer?

EDIT. Poneros este traje y no decir una palabra.

EVAN. El papel de mudo es el más fácil de todos; pero acordaos que estoy en el verdor de mis años...

EDIT. Sí, sí; disfrazaos...

EVAN. Que Mis Aurora Venk me aguarda en Escocia...

EDIT. Pronto... pronto por Dios...

EVAN. ¡Ay! (*Entra dando un gran suspiro.*)

EDIT. Por fin he conseguido convencerle; voy á llamar á la Reina. (*Sale foro derecha.*)

ESCENA XVI.

LORD HAMILTON *y* UN HOMBRE DEL PUEBLO, *con un martillo.*

HAMILT. (*Con capa y chambergo. Abre la puerta que dá paso á la casa de* EVAN.) Tomad por este pa-

sadizo. *(Le da una linterna que trae debajo de la capa.)* Derribad cuantos obstáculos puedan oponerse á nuestra fuga. Llegad á orillas del Támesis, alquilad una barca y aguardad. *(El hombre del pueblo se marcha.)*

ESCENA XVII.

LORD HAMILTON, LA REINA *y* EDIT.

LA REINA. *(Con un manto gris de lana con capucha. Lleva el pelo recogido con la diadema de las aldeanas de Frisia.)* ¿Y decís que el pobre caballero ha creido de buena fé cuanto le habeis dicho?

EDIT. La supuesta prision del rey llamará la atencion de todos los presbiterianos, suspenderán al pronto sus pesquisas, y cuando quieran volver de su error, vuestro augusto esposo habrá sido proclamado por Monk.

LA REINA. Si así sucede, no ha de quedar sin recompensa aquel que tan señalado servicio nos presta.

HAMILT. Huyamos, señora.

LA REINA. ¿Y vos, Edit?

EDIT. Os sigo. (LORD HAMILTON *coge un candelabro y sigue á* LA REINA.)

ESCENA XVIII.

EDIT *y* KETTI *con dos mantos grises.*

KETTI. Las tropas de Vite-Hall rodean el palacio. Vuestro padre ha mandado cerrar las puertas, pero no tardarán en romperlas. *(Se oyen fuertes golpes fuera.)*

EDIT. ¿Estais ya vestido, señor Evan? *(A la puerta de su cuarto.)*

EVAN. *(Dentro.)* Casi, casi.

EDIT. Daos prisa, por Dios. (*A* EVAN.) Mi manto, Ketti. (KETTI *le pone un manto igual al de la* REINA.) El tuyo ahora. (KETTI *se pone otro manto. Los golpes son cada vez mayores.*)

EDIT. Salid pronto, señor Evan, salid.

EVAN. (*Dentro.*) Allá voy.

EDIT. (*A* KETTI.) Tomad esa luz y seguidme. (KETTI *toma la única bujía que queda encendida, y huye con* EDIT, *cerrando la puerta del pasadizo. El teatro queda á oscuras.*)

ESCENA XIX.

EVAN, *con el traje del rey: la confusion y los golpes aumentan.*

EVAN. ¡Qué tinieblas son estas! ¡Eh! luces, señora, duende mio, Mis... Melady. No quiero que me prendan... Voy á esconderme en cualquier parte... (*Varios soldados entran corriendo con hachas de viento que iluminan la escena. Otros soldados rodean á* EVAN, *y le detienen.*)

ESCENA XX.

EVAN, UN OFICIAL *y* SOLDADOS.

OFICIAL. Alto.

EVAN. (Ya no hay remedio.)

OFICIAL. (*Examinando á* EVAN *con cuidado.*) La estatura... el rostro... el aire... el color y clase del traje... no cabe duda, este es el Príncipe. (*Con mucho respeto.*) Señor, daos preso.

EVAN. (*Tratando de ocultar su emocion.*) Me han dicho que no hable.

OFICIAL. Vuestro silencio confirma mis sospechas. Nada quereis decir delante de mis soldados,

haceis bien. (*A media voz.*) Si teneis papeles importantes podeis entregármelos. (EVAN *se vuelve de espaldas al* OFICIAL, *mira al techo, y tararea.*) Confiad en mi lealtad. (*Con misterio y á media voz.* EVAN *se vuelve otra vez de espaldas al* OFICIAL, *mira al techo y tararea más fuerte.* (¡Qué orgullosos son estos príncipes!)

EVAN. (¡Qué imbécil es este buen señor!)

OFICIAL. Señor, entregadme vuestra espada. (*Inclinándose.*)

EVAN. (*Sacándola y dándosela al* OFICIAL *con mucha arrogancia.*) (Buen asador te llevas.)

OFICIAL. Sé todo lo que vale, señor.

EVAN. (Será inteligente en hierro viejo.)

OFICIAL. Señor, acompañadme á Vite-Hall. (*Dirigiéndose á la escolta.*) Me respondeis del preso con vuestras vidas. (*La escolta rodea á* EVAN, *que marcha á la derecha del* OFICIAL. *Los que llevan las antorchas pasan delante.*)

OFICIAL. Vamos.

EVAN. (*Dando un gran suspiro.*) Vamos.

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

Interior del palacio Vite-Hall.—Foro espacioso cerrado por una puerta con barrotes de hierro, por entre los cuales se ven dos centinelas.—A la derecha una reja que dá á la calle.—A la izquierda una puerta guardada por un soldado con alabarda.—En primer término una mesa y un gran sillon de baqueta.

Al levantarse el telon, EVAN habla con el centinela de la puerta de entrada, el cual le escucha impasible.

ESCENA PRIMERA.

EVAN.

Os repito que quiero que me presenten inmediatamente al Lord Corregidor para que me ponga en libertad. ¿Pero no me ois? Señor centinela. ¡Eh! Señor centinela. Aotra puerta. ¡Habrá estúpido! A un pájaro se le pregunta y contesta. ¡Ay! duende mio y qué suavemente me habeis encerrado en esta cárcel! Calofrios me dan cuando pienso en todo lo que puede sucederme por echárla de generoso. ¿Qué papel represento aquí? ¿Qué crímenes ha cometido el otro yo, es decir, el caballero á quien he salvado? Ménos angustiosa seria mi posicion si tuviera al lado á Cuddy... sus simplezas me distraerian. Estará almorzando. ¡Almorzando! Esto me recuerda que hace doce horas que estoy en ayunas. Pues no quiero yo que me maten de hambre. *(Gritando.)* Señor oficial, señor proveedor, señor despensero. Almuerzo para un huésped que

desfallece. ¡Ah! por fin se oyen pasos. *(Entra* SIR WARTON *acompañado de un criado que coloca una botella y varios manjares sobre la mesa.)*

ESCENA II.

SIR WARTON *y* EVAN.

EVAN. ¡Qué veo! mi vecino Sir Roberto Warton. ¿vos aquí?

WARTON. Callad. *(Indicando el criado que se retira.)*

EVAN. Haced que me saquen cuanto antes de esta cárcel.

WARTON. Imposible.

EVAN. Cuando sepais cómo me encuentro aquí.

WARTON. Silencio, desgraciado. Conozco vuestra abnegacion sublime, pero es preciso que finjais hasta el último momento.

EVAN. ¿Que finja que soy el otro? *(Con misterio.)*

WARTON. Precisamente. Estais prestando un inmenso servicio á la nacion.

EVAN. ¡Yo!

WARTON. Y vuestro nombre ocupará un lugar honrosísimo en la historia de Inglaterra.

EVAN. Ahora sí que se aumentan mis dudas y confusiones; y decidme ¿qué solucion tendrá esta aventura para mí?

WARTON. El cielo lo sabe; lo mismo podreis encontraros de repente en la cúspide de la fortuna, como en el banquillo de los sentenciados á muerte.

EVAN. ¡Ay! ¡San Dustan de mi alma! Pero eso es imposible; que ni yo he cometido culpa ni podeis abandonarme hasta ese extremo.

WARTON. Haré por salvaros cuanto sea posible.

EVAN. Más de lo posible si es menester, y pronto, señor Warton, pronto, que ya se me ponen

los cabellos de punta de puro miedo. Hablad al general Lambert, al Parlamento, á todo el mundo, y devolvedme la perdida libertad.

WARTON. Nada teneis que decirme, pero no reveleis, por Dios, nuestro secreto.

EVAN. Tranquilo podeis estar sobre ese punto. (No sé una palabra.)

WARTON. Tambien os encargo que no tomeis alimento alguno hasta que yo vuelva.

EVAN. ¿Por qué?

WARTON. (¡Infeliz!) Porque tal vez ese almuerzo os prestará más tarde un gran servicio.

ESCENA III.

EVAN, *despues el* OFICIAL *y* DOS GUARDIAS.

EVAN. Que me emplumen si comprendo una palabra de cuanto me sucede. «Que presto un inmenso servicio á la nacion,» que la historia se ocuparia de mí, «que guarde el secreto.» ¡Si me habré yo vuelto loco sin saberlo! ¡Ay! ¡Duende mio! ¿por qué no vienes á sacarme de la confusion en que me encuentro? Muévante mis desdichas; reflexiona que todo esto que me pasa es por tí, y que estoy á punto de perder la vida si no me socorres. Nada; ni duendes hay en esta lóbrega cárcel. ¡Ah! ¿qué es esto? (*Los* DOS GUARDIAS *colocan una Biblia abierta sobre el reclinatorio, que estará cubierto de un paño negro.*) ¡La Biblia! para leer las hazañas de Sanson estoy yo. (*A los* GUARDIAS.) Podeis llevárosla.—Tengo jaqueca. (*Al* OFICIAL.) Que no quiero leer digo.

OFICIAL. Creí que esta Biblia tendria gran precio para vos.

EVAN. ¿Por qué razon?

OFICIAL. Porque hasta su última hora estuvo meditando sobre ella el infortunado rey Cárlos I.

EVAN. ¿Y quereis que medite yo como aquel príncipe?

OFICIAL. Si teneis creencias religiosas...

EVAN. De modo que... es decir... suponeis que muy pronto...

OFICIAL. Tal es vuestro destino, señor.

EVAN. ¡Morir sin saber por qué! ¡morir en la flor de los años... (*Llorando*) ¡Esto es horroroso!

OFICIAL. En efecto, señor; pero un personaje de vuestra importancia no debe abatirse como lo haceis.

EVAN. ¿Y quién os dice que sea un personaje? ¿De dónde sacais que tengo yo importancia, vamos á ver?

OFICIAL. Inútil es el fingimiento: vuestros jueces os conocen. Además prendas llevais que no dejan la menor duda.

EVAN. ¿Prendas?

OFICIAL. Ese traje negro...

EVAN. ¡Ah!

OFICIAL. La preciosa sortija que brilla en una de vuestras manos...

EVAN. (¡Pícara joya!) Y esta nariz... y esta vulgarísima espalda, ¿indican tambien que soy un ilustrísimo personaje?

OFICIAL. Indican, señor, que los más grandes hombres pueden tener defectos físicos. Séneca fué chato, Esopo jorobado.

EVAN. Y yo parezco un guardacanton, lo que prueba que ni soy, ni he sido, ni puedo ser un hombre capaz de ocupar á todo un Parlamento inglés, y el que sostenga lo contrario es un loco rematado.

CUDDY. (*Fuera.*) Dejadme pasar... quiero ver á mi señor.

EVAN. ¿Qué oigo? (*Gritando.*) Cuddy, Cuddy, aquí. Mandad que dejen pasar á ese muchacho, señor oficial... es un pobre escudero mio, tan

inocente de toda culpa como yo. (*El* OFICIAL *habla á los* GUARDIAS *y entra* CUDDY.)

ESCENA IV.

Dichos y CUDDY.

OFICIAL. Pasad.

CUDDY. ¡Ay! Señor mio de mi alma, por fin os vuelvo á ver.

EVAN. (*Abrazándole.*) Abrázame, Cuddy, que tu presencia disminuye mis amarguras.

OFICIAL. Lo mismo le sucedió á Cárlos I; su fiel criado Parry permaneció á su lado hasta el último momento. (*A* CUDDY.) ¿Habeis oido hablar de los Parrys?

CUDDY. De la fidelidad de los perros, sí señor, pero no de los Parrys.

EVAN. Dispensadle, que no sabe el pobre mozo lo que se dice.

OFICIAL. Lo comprendo y os dejo, que más de un secreto tendreis que confiarle antes de separaros de él. ¡Ah noble raza de amos y de servidores!

ESCENA V.

EVAN *y* CUDDY.

CUDDY. ¿Qué quiere decir ese señor con su noble raza y con sus secretos?

EVAN. ¿Y lo sé yo por ventura? ¡Triste de mí! ¡Juguete de la fortuna y de los endriagos, tan pronto doy en un palacio como en una mazmorra; quién me anuncia una pronta muerte; quién me ofrece dádivas y honores. Este me llama personaje, aquel me toma por un criminal; pero dejemos mis aventuras, que

no comprende nadie, para ocuparnos de las tuyas. ¿Cómo y por quién has sabido que me encontraba en Vite-Hall?

CUDDY. Pues os diré, señor mio, que estaba esta mañana llorando amargamente por vos, pues os creia cuando ménos en las calderas de Astarot, cuando se me acerca una dama...

EVAN. ¿Mi duende sin duda?..

CUDDY. No pude averiguarlo, porque llevaba el rostro cubierto por un tupido velo...

EVAN. ¿Y qué te dijo?

CUDDY. «Tu amo se encuentra preso en Vite-Hall, toma este bolsillo y esta carta; con el dinero que el primero contiene sobornarás á los guardias, y podrás entregar mi carta á sir Evan Magdonal. Parte y sé discreto, que en serlo te va la vida.» Dicho esto se evaporó como una sombra.

EVAN. Bien decia yo que aquel duende no podia abandonarme. ¿Y qué has hecho de la carta?

CUDDY. Guardarla cuidadosísimamente dentro de la pluma de mi birrete, de tal suerte que ni los linces hubieran podido verla. (*La saca del tubo de la pluma.*)

EVAN. No te creí yo tan previsor; pero este ardid de guerra te pone á nivel de los mejores escuderos de Escocia.

CUDDY. Tomad y leed presto, que nadie nos observa ahora. (*Le dá la carta. Se acercan á la reja.*)

EVAN. (*Leyendo.*) «No me culpeis: un imperioso deber, el reposo de un gran pueblo tal vez, me han decidido á entregaros. Dentro de breves horas recibireis el premio de vuestros sacrificios.» (*Declamando.*) Lo oyes, Cuddy, ¡recibiré el premio. (*Cambiando de tono y dirigiéndose con viveza á la mesa.*) La alegría me ha devuelto de pronto el apetito. (*Parte pastel y come, teniendo siempre la carta en una mano.*)

CUDDY. No os interrumpais, señor, que yo comeré por vos.

EVAN. Muchas gracias, que yo tambien tengo vacío el estómago y este pastel me sabe riquísimo.

CUDDY. Parece flan.

EVAN. Antes debe de estar hecho con pechugas de perdigones. Leamos: (*Leyendo.*) «Pero (*Declamando.*) Este pero no me gusta nada. (*Leyendo.*) «Pero si no me es dado ir á Vite-Hall antes de las diez de la mañana, hora del relevo de guardias, encomendad vuestro espíritu, pues nuevo y desgraciado mártir, os inmolarán en aras de la política inglesa.» (*Declamando.*) Ya lo oyes, Cuddy, quieren inmolarme sin miramiento alguno.

CUDDY. ¿Y qué es eso, señor?

EVAN. Qué ha de ser más que cortar el hilo de mi existencia.

CUDDY. Pues si tal sucede, señor, que no sucederá, yo lloraré sobre vuestra sepultura.

EVAN. Tanto se me dá de tú llanto como del Preste Juan de las Indias. Lo que urge es preguntar la hora... inquirir si van á relevar la guardia. Calla. (*Se oyen diez campanadas á lo léjos.*) Una... dos... tres... ¡Misericordia, las diez de la mañana y mi duende salvador no parece. (*Se oye redoble de tambores, ruido de armas, movimiento de tropas en el forillo, etc.*)

CUDDY. ¡Ay! señor, ya relevan la guardia.

EVAN. Pues entonces, requien eternan, amen. (*Se deja caer desfallecido sobre el sillon de baqueta.*)

ESCENA VI.

Dichos, y SIR WARTON.

WARTON. Sir Evan... (*Entra muy conmovido.*)

EVAN. (*Abrazándose á él.*) Vecino y protector mio, ¿qué nueva venis á anunciarme? Hablad, por las sagradas reliquias de San Jorge.

WARTON. Convencido yo de que ha de tener lugar un gran acontecimiento político, he suplicado una y mil veces que retrasen la hora de vuestra ejecucion, pero todo ha sido en vano. Levantan un patíbulo en la plaza de armas de esta fortaleza y... (*Se cubre el rostro con las manos y oculta sus lágrimas.*)

EVAN. ¡Pero esos verdugos mios son inexorables!

WARTON. Inexorables, Evan. Han jurado destruir cuanto os pertenece.

CUDDY. Pues yo me declaro libre de todo compromiso y me vuelvo á mis montañas.

EVAN. ¡Como! desalmado y mal nacido servidor, ¿reniegas de mí antes de que cante el gallo?

CUDDY. Os amo, señor, con todas las veras de mi alma, pero no quiero verme haciendo zapatetas en el aire.

WARTON. Podeis estar tranquilo, pues á lo que comprendo, no habeis de servir de escarnio á la soldadesca feroz que rodea el castillo.

EVAN. ¿Qué quereis decir?

WARTON. Que estais envenenados. (*Indicando los manjares que están sobre la mesa.*)

EVAN. ¡Ay! ¡San Dustan de mi alma! ¡ese almuerzo!..

CUDDY. Me ha dado tambien á mí la muerte. Ya siento dolores crueles...

EVAN. ¡Dos pájaros de un tiro!

WARTON. Muerte por muerte, esta es más honrosa que la que os aguardaba en el patíbulo.

EVAN. Un contraveneno, por Dios, un antídoto.

WARTON. La cantidad de arsénico que el vino contenia hará ineficaces los más fuertes.

EVAN. ¿El vino decís?

CUDDY. ¿Sólo el vino tenia veneno?

WARTON. Sólo el vino.

EVAN. Entonces nos hemos salvado, porque sólo hemos comido pastel.

CUDDY. ¡Ay! qué peso tan grande se me ha quitado de encima. Chin... Chin... Rataplan. (*Bailando.*)

WARTON. ¡Oh! Callad... ese lejano ruido... esos cañonazos... (*Se oye ruido confuso á lo léjos, cañonazos, repique de campanas.*) ¡Dios de misericordia! por fin ha tenido lugar el gran acontecimiento de que os hablaba... alegraos, Evan Magdonal, que aun luce un rayo de esperanza para vos. (*Se marcha precipitadamente.*)

ESCENA VII.

EVAN *y* CUDDY.

EVAN. Pero explicadme lo que sucede.

CUDDY. (*Corriendo á la reja.*) Mirad, señor, mirad las turbas que rodean el edificio. Pues este movimiento me parece á mí de buen agüero.

EVAN. Y de malo á mí, Cuddy, que tal vez esté pidiendo el amotinado pueblo mi cabeza, si no es que quiere arrastrarme por las calles con una soga atada al cuello, como hacian en Jerusalen con los delincuentes.

CUDDY. Miran hácia aquí.

EVAN. Pues no digas más entonces. (*El ruido aumenta: se abre la puerta del fondo, y aparece un grupo de oficiales en el forillo. El* OFICIAL 1.° *se adelanta, hinca una rodilla, y dice respetuosamente á* EVAN.)

ESCENA VIII.

EVAN, CUDDY, OFICIAL, OTROS OFICIALES *y* SOLDADOS.

OFICIAL. Señor: la Providencia, que muda á su antojo los destinos humanos, acaba de haceros proclamar rey de Inglaterra.

EVAN. ¡A mí rey de Inglaterra!

CUDDY. ¡Rey!

VOCES. (*Fuera.*) ¡Viva el rey!

OFICIAL. El pueblo os victorea, os proclama el ejército y yo os entrego mi espada.

EVAN. ¿Para qué la quiero yo?

OFICIAL. ¿Me perdonais, señor?

EVAN. Tan aturdido me encuentro, que no sé ni lo que decís, ni lo que contesto.

OFICIAL. Abrid, señor, las puertas á la piadosa clemencia, y concededme una gracia que inmortalice vuestro egregio nombre.

EVAN. ¡Yo rey! (*Ensimismado.*)

OFICIAL. Mirad, generoso príncipe, que me encuentro á vuestras plantas aguardando la sentencia que ha de darme la muerte ó la vida.

EVAN. Pues bien, levantaos, señor general.

OFICIAL. ¡Cómo, señor! ¡me haceis general!

EVAN. Si se me ocurre le nombro arzobispo. (*Aparte.*)

OFICIAL. Y á los demás oficiales...

EVAN. Les concedo tres cruces por ahora y un empleo.

VOCES. ¡Viva el rey!

OTRAS MÁS LEJANAS. ¡Viva el soberano! (*Los* OFICIALES *se retiran. Quedan grupos de* SOLDADOS *en el forillo.*)

ESCENA IX.

CUDDY y EVAN.

EVAN. Pero están locos los ingleses, ó quieren divertirse á costa nuestra. ¡Qué desatino es este de nombrarme rey! ¡Sin tener merecimiento alguno para ello! Habla, Cuddy, y emite tu parecer.

CUDDY. Mi parecer, señor, es que Cromwel fué un cervecero.

EVAN. Es verdad.

CUDDY. Por otra parte nos aseguran que la burra de Balaan habló ..

EVAN. ¡Y qué tengo yo que ver con la bestia bíblica! Cernícalo.

CUDDY. Quiero decir que se han visto cosas más extraordinarias que vuestra elevacion á soberano, y que puesto que lo sois bien y debidamente, no debemos meternos en más averiguaciones. Entregaos á la suerte y consideraos feliz, que á fé que ha de ser muy regalada la vida de rey.

EVAN. Dígalo la facilidad con que los destronan. ¿No me han ofrecido á mí la púrpura con la misma mano con que antes me preparaban la cuerda de cáñamo? Asegúrote en verdad, amigo Cuddy, que mejor me encontrára en mis verdes montañas de Escocia, que sobre las gradas del trono.

CUDDY. ¿Y qué gracia pensais darme, señor?

EVAN. Dadas tus facultades intelectuales, te nombro jefe de mis perros de caza.

CUDDY. Prefiero ser vuestro secretario particular.

EVAN. ¿Sabes escribir?

CUDDY. No señor.

EVAN. ¿Pues cómo has de ser secretario mio en-

tonces? Cuida mis perros y no pidas más honores, que no se hizo la miel para la boca del asno.

CUDDY. Gracias, generoso señor mio.

EVAN. Ya vuelven las voces... Ahora vendrán á traerme la corona y el cetro sobre una rica bandeja de oro. Díme si tengo el aire bastante magestuoso!

CUDDY. Sí señor.

EVAN. ¿Parezco un rey de veras?

CUDDY. Si señor. (Parece un rey de bastos.)

EVAN. Creo que acabaré por nombrarte mi secretario.

CUDDY. (¡Lo que puede la adulacion!)

ESCENA X.

Dichos, el OFICIAL, OFICIALES, *y soldados amotinados.*)

VOCES. Muera.

OFICIALES. Traicion, traicion.

EVAN. ¡Qué es esto!

OFICIAL. Que sois un impostor y que venimos á mataros.

EVAN. ¡Otra vez!

OFICIAL. Nos habeis engañado pasando aquí por príncipe en tanto que las tropas del general Monk proclamaban al verdadero rey de Inglaterra.

EVAN. ¡Al verdadero rey! ¿Pues quién soy yo entonces?

OFICIAL. Eso es lo que venimos á saber precisamente. ¿Cómo os encontrais en Vite-Hall confiriendo honores y dispensando gracias?

EVAN. (¡Ay qué apuro! Si hablo me pierdo y si callo me matan.)

OFICIAL. Nos habeis engañado para que pudiera efectuarse mejor la traicion de Monk; queriais morir por el príncipe Cárlos, pues bien, cúmplase vuestro deseo.

OFICIALES. Que muera, que muera.

EVAN. Calmaos señores, oficiales, y tened presente que las apariencias son casi siempre engañosas. ¿Quién de vosotros puede afirmar que no soy yo el verdadero rey? Presentadme á ese otro competidor mio y vereis cómo le confundo con dos palabras. Todo revela en mí la estirpe real. Hasta mi escudero desciende en línea recta de la reina que hilaba,

OFICIAL. ¿Pero quién sois?

VOCES. Su nombre, su nombre.

CUDDY. (*Aparte á* EVAN.) (Que nos matan señor.)

EVAN. Yo bien quisiera decirlo, pero razones de Estado me lo impiden... por otra parte... las leyes fundamentales... el derecho comun y...

ESCENA XI.

Dichos y SIR ROBERTO WARTON.

EVAN. ¡Ay! Señor Warton, salvadme en nombre del cielo, que ya me veo perdido.

OFICIAL. ¿Conoceis á ese traidor?

WARTON. Sí.

EVAN. (No me nombreis.)

WARTON. Puesto que la causa del pretendiente ha triunfado, os diré, para que no le maltrateis, que es escocés, que se llama Evan Magdonal y que ha venido á Lóndres con el único objeto de vender una casa.

OFICIAL. ¡Es un casero! (*Los soldados se rien.*)

EVAN. Sí señor.

OFICIAL. ¿Por qué me habeis nombrado general entonces? ¡Ah! señor escocés, cara ha de costaros la broma.

EVAN. Por las reliquias del piadoso San Dustan.

OFICIAL. Sin orejas habeis de quedaros vos y vuestro escudero. (*Saca la espada.*)

EVAN. Socorro. (*Poniéddose detrás de* WARTON.)

CUDDY. Favor. (*Poniéndose detrás de* EVAN.)

WARTON. Teneos.

OFICIAL. Nadie podrá impedir que satisfaga mi justa venganza.

ESCENA XII.

Dichos, EDIT *y* KETTI.

(EDIT *detiene con un gesto imperioso á los oficiales.* KETTI *la precede de algunos pasos.*)

EDIT. Atrás.

EVAN. ¡Ah! mi duende.

EDIT. Catalina de Braganza, reina de Inglaterra, toma al caballero escocés Evan Magdonal bajo su proteccion.

TODOS. ¡La reina!

EDIT. Aquel de entre vosotros que toque á uno solo de sus cabellos perderá la vida.

EVAN. (*Al* OFICIAL.) Atreveos, atreveos ahora conmigo, señor valenton.

OFICIAL. La reina ignora sin duda que Evan Magdonal ha conferido grados...

EDIT. La reina sabe todo lo que se debe, caballero.

CUDDY. (*Aparte á* EVAN.) ¿Qué nos deberá la reina, señor?

EDIT. Antes que todo desea el rey visitar este edificio que sirvió de cárcel á su augusto padre. Se acerca acompañado de la córte, salid á recibirle y plegue al cielo que su magnánimo corazon os perdone. (LOS OFICIALES *y* WARTON *se retiran.*)

ESCENA XIII.

KETTI, EDIT, EVAN y CUDDY.

EVAN. Ay! duende, señora, ó princesa mia, que aun ignoro lo que sois, sacadme de este laberinto en que me encuentro por causa vuestra y esplicadme cuáles han sido mis faltas y merecimientos.

EDIT. Os lo diré en dos palabras caballero; el personaje á quien queria yo esconder en vuestra casa era el príncipe Cárlos.

EVAN. ¿Y la señora á quien tomé por vos?

EDIT. Su esposa Catalina de Braganza.

EVAN. ¿De modo que me prendieron creyendo que era yo Cárlos II de Inglaterra?

EDIT. Precisamente.

EVAN. Ahora lo comprendo todo. Dí, Cuddy, tomarme á mí por el heredero del trono! ¡Si serán tontos en esta buena ciudad de Lóndres!.. Já... já... já...

CUDDY. Buen chasco les habeis dado. Já... já... já...

EDIT. Gracias á vuestra abnegacion, pudo volver el rey á sus arrabales, en donde las tropas de Monk le han proclamado.

EVAN. ¡Juicios de Dios! ¿De modo que sin saberlo he sido el pacificador de Inglaterra?

EDIT. Casi, casi.

ESCENA XIV.

Dichos, un UGIER *y despues* LORD HAMILTON.

UGIER. El primer ministro.

EVAN. Que pase. (LORD HAMILTON *entra.*) ¡El carcelero!

EDIT. No, Evan, es mi padre.

EVAN. (Ahora es su padre.)

HAMILT. La reina os envía esta carta, Edit. (*Le dá una carta.*)

(EDIT *toma la carta y lee. Entre tanto* EVAN *se acerca á* LORD HAMILTON *y le dice á media voz:*)

EVAN. No tengo olvidada la aventura del corredor sin salida, pero os perdono.

HAMILT. ¡Vos!

EVAN. Yo, yo, que he sido el pacificador de Inglaterra. (*Dándose mucha importancia.*)

EDIT. Deseando premiar S. M. la sublime abnegacion con que habeis espuesto vuestra vida, os nombra Baronet del reino.

EVAN. ¡Baronet! Baronet Magdonal. ¡Viva el rey!

EDIT. Manda además S. M. que de su caja particular se os entreguen tres mil libras por vía de indemnizacion.

EVAN. ¡Ay, Cuddy, sostenme!.. porque este golpe es tres mil veces mayor que todos los que hasta ahora he recibido.

HAMILT. El primer Chambelan recibirá la órden de pagaros hoy mismo el donativo del rey. Vamos, Edit.

EDIT. (*Acercándose á* EVAN.) Nada puedo ofreceros en cambio de lo mucho que os he hecho sufrir, más que mi sincera gratitud. Partid, casaos con Mis Aurora y sed dichoso.

EVAN. (*Conmovido.*) Mis... Milay... duende encantador mio..., rogaré al cielo por vos hasta el último momento de mi vida.

ESCENA XV.

EVAN, CUDDY *y despues* WARION.

CUDDY. ¿Y ahora que sois rico y baronit me olvidareis, señor?

EVAN. ¡Jamás, Cuddy, que no me han vuelto orgu-

lloso las riquezas. Asistirás á mi boda. Vamos ahora á buscar al primer chambelan y marchémonos cuanto antes á Escocia.

WARTON. El rey llega. (*Varios* SOLDADOS *con alabardas forman en el interior del forillo, y empieza á pasar la comitiva real; primero cuatro* PAJES *con antorchas: despues los* MACEROS *de la ciudad, despues el* REY *y* CATALINA DE BRAGANZA, *despues* EDIT, BETTI *y otras* DAMAS; *despues* LORD HAMILTON, *el general* MONK *y varios dignatarios del Estado. Cierra la procesion un piquete de tropas. Se oye una música que toca la marcha real inglesa: cañonazos á lo lejos, repique de campana y los gritos de* «viva el rey», *que da el pueblo que rodea á Vite-Hall.)*

EVAN. ¡Viva Cárlos II!

EVAN.
CUDDY.
WARTON. } ¡Viva el rey!

(*Despues que ha pasado la comitiva real toma* WARTON *una de las manos de* EVAN, *y le dice:*)

WARTON. A Escocia, Baronet Evan Magdonal.

EVAN. A nuestra verde Erin, Sir Roberto Warton.

CUDDY. (*Agitando su birrete.*) ¡A nuestras montañas!

(EVAN *se detiene, y dirigiéndose al público dice:*)

¿Mas dónde voy sin oir
la sentencia de mis jueces?
—Si, cual sucedió otras veces,
conseguí haceros reir,
dadme una palmada—una.
—no la olvidaré jamás;
pues para mi valdrá más
que mi rápida fortuna.

FIN DE LA COMEDIA.

CONSUELO

CONSUELO

COMEDIA EN TRES ACTOS Y EN VERSO

ORIGINAL DE

DON ADELARDO LOPEZ DE AYALA

Representada en el TEATRO ESPAÑOL el 30 de Marzo de 1878.

TERCERA EDICIÓN

MADRID
IMPRENTA DE JOSÉ RODRÍGUEZ
ATOCHA, 100, PRINCIPAL

1891

PERSONAJES		ACTORES
CONSUELO, hija de.....	SRTA.	MENDOZA TENORIO
ANTONIA.....	SRA.	MARÍN.
RITA, criada.....	SRTA.	CONTRERAS.
FERNANDO.....	SR.	VICO.
FULGENCIO.....	»	ALISEDO.
RICARDO.....	»	RODRÍGUEZ.
LORENZO.....	»	FERNÁNDEZ.

Época pesente.

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los países con los cuales se hayan celebrado ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traducción.

Los comisionados de la Administración Lírico-Dramática de DON EDUARDO HIDALGO, son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que previene la ley.

Á LA SEÑORA

DOÑA MATILDE HERRERA DE LÓPEZ DE AYALA

En testimonio de amor y gratitud,

SU HIJO

Adelardo.

ACTO PRIMERO

Sala modesta, pero decentemente amueblada. Dos puertas á la derecha del espectador: la primera conduce á las habitaciones de Consuelo, la segunda á las de Antonia. En el fondo una puerta que conduce al resto de la casa y á la calle: á cada lado de esta puerta un espejo; debajo del espejo de la izquierda una mesa, y debajo del de la derecha un piano. A la izquierda un balcón. En los dos ángulos de la sala floreros llenos de flores. El estrado de seda encarnada con fundas blancas. El sofá y la mayor parte de las sillas tienen quitadas las fundas, que estarán reunidas sobre el sofá: algunas las conservan puestas.

ESCENA PRIMERA

ANTONIA, haciendo labor, y RITA, que sale de la habitación de Consuelo.

ANT. Pero ¿esa niña no sale
de su cuarto?

RITA. Sin demora
saldrá, que ya ha concluído
el peinado, que es la obra
peliaguda: está calzada
y vestida, y más hermosa
que el mismo sol.

ANT. Pues entonces,
¿qué la detiene?
RITA. ¡Señora!...
lo más grave: el minucioso
retoque de la persona;
la corrección de mil faltas
que salen á última hora:
una flor que ya en el pelo
colocada se deshoja;
una trenza que rebelde
de pronto se insurrecciona;
un corchete que se rompe;
un alfiler que se dobla;
el ajuste de los pliegues
de todo el traje; la borla
que al extender por el rostro
blanca nube polvorosa,
suele invadir las pestañas,
las cejas y hasta las ondas
del pelo, y hace preciso
que la mano cuidadosa
con el cepillo menudo
quite los polvos que estorban,
y devuelva á lo que es negro
el contraste de las sombras;
y otras muchas menudencias
imprevistas y forzosas,
que exigen tiempo y cuidado
y hasta paciencia de mona.
Y luégo que está el espejo
comiéndosela á lisonjas,
y sus gracias una á una
le desmenuza y elogia.
«Ese talle es una palma,
ese cuello es de paloma;
tus ojos son dos luceros
y tus mejillas dos rosas,
y está el cielo en esa risa
y en esos ojos la gloria.»
De esta manera el espejo
la requiebra y la enamora,
y ya usted vé, señorita,

que á quien dice tales cosas,
cuesta trabajo dejarle
con la palabra en la boca.

ANT. ¡Ay, Rita! más te quisiera
si hablaras menos.

RITA. ¿Qué importa?
Nadie nos oye; ni usted
consigo yo que me oiga
las más veces.
(Quita las fundas á los sillones.)

ANT. Esta tarde
nuestro vecino y su esposa
quieren llevarla en su coche
por el Prado y por Atocha,
y esa sin duda es la causa
de que tanto se componga.

RITA. Puede ser; mas yo he pensado...

ANT. ¿Qué has pensado?

RITA. Se me antoja...

ANT. ¡Eh! ¿Qué haces?
(Reparando en la faena de Rita.)

RITA. Les quito el gorro
de dormir á estas señoras.

ANT. ¡Muchacha! y ¿quién te ha mandado
semejante maniobra?

RITA. La señorita Consuelo,
que dice que le encocora
mirar siempre estos fantasmas
tan serios y en camisola;
estas damas con blanquete,
y que una de dos: ó sobra
la túnica que las cubre
ó el primor que las decora;
y quiere que al menos hoy
estén mondas y lirondas.

ANT. ¿Hoy?

RITA. Deje usted que les quite
la cáscara.—Ya están todas
encueros, y de vergüenza,
mire usted, se han puesto rojas.

ANT. ¿Te ha mandado?...

RITA. Que á estas niñas

el babero les recoja.
Y ella misma ha coronado
de ramos y frescas rosas
los floreros que hay en casa,
los jarros, y hasta las copas,
y les ha mudado el agua
á los peces que retozan
de gusto; y en fin, ha hecho
menuda requisitoria
de todo el tránsito que hay
desde esta puerta á la otra
de la calle, procurando
su adorno, como se adorna
la entrada de algún lugar
cuando aguarda la persona
del monarca. Y por mi gusto
aún se ha quedado muy corta,
que hoy hubiera en este barrio
repique, música y pólvora.

ANT. ¡Pero chica!...

RITA. Y colgaduras
en las rejas.

ANT. ¿Estás loca?
Pues ¿qué presumes?

RITA. Presumo
que dentro de pocas horas
entra el señor don Fernando
por esas puertas.

ANT. (Muy contenta.) ¿Sí?

RITA. ¡Hola!

ANT. ¿Quién te lo ha dicho?

RITA. Parece
que usted también se alboroza.

ANT. Sí que me alegro. ¿Te ha dicho
la señorita...?

RITA. Ni jota.
Mas ya han faltado tres cartas,
y se me ha puesto en la chola
que prepara una sorpresa
á la niña: ella no es boba...

ANT. Puede ser.

RITA. Y se ha comido

la partida: «á mí con bromas,»
se ha dicho, «pues día de gala
con uniforme.» Y se porta
muy rebien, que es el ausente
digno de toda la pompa,
requilorios y perfiles
que en honra suya disponga.
Como hay una pillería
tan grande, cuando se logra
un novio que sólo busca
la ventura de su novia,
y constante y decidido
la sirve, mima y adora,
y entregando confiado
las llaves del alma toda
al fin se casa, merece
corazones y coronas
y... sabe usted que he nacido
en Sevilla.

ANT. Algo se nota.

RITA. Y aunque hace ya mucho tiempo
que no rezo en mi parroquia,
conservo el aquél...

ANT. Y todo
lo que trajiste.

RITA. ¡Ay, señora!...
Es el sello de mi tierra
tan hondo, que no se borra.
Y, la verdad, tengo afecto
á la gente querenciosa.
Lo que es á la señorita,
¿no he de amarla por arrobas,
si á las dos nos dió su pecho
mi madre que está en la gloria?
Pues al señor don Fernando,
no sólo todas nosotras
le queremos, sino apenas
por nuestras puertas asoma,
hasta los bichos de casa
de contento se alborotan;
y el perro le echa los brazos,
y el gato maya y se esponja,

y...

ANT. Cállate. (Pausa.) ¿No has oído?

RITA. Yo no.

ANT. Con tu charla... (Pausa.)

RITA. Ahora
cierran la puerta. La Juana...

ANT. ¡Oh! Quizás...
(Deja la labor y se dirige á la puerta del fondo, donde aparece Fernando.)
¡Fernando!

FERN. ¡Antonia! (Se abrazan.)

ESCENA II

DICHAS y FERNANDO

RITA. ¡Eh! ¿No lo dije?... (Muy contenta.)

FERN. Y Consuelo,
¿dónde está?

RITA. Se emperifolla
para...

FERN. ¡Rita!

RITA. ¡Señorito!
En nombrando al ruín de Roma...

ANT. ¡Muchacha!...

RITA. Si es que ahora estábamos
haciendo de usted memoria.

ANT. Llama á Consuelo.

FERN. No digas
que he venido.

RITA. (Á Antonia.) ¿Soy yo tonta?

ANT. Llámala de parte mía.

RITA. Si pienso que ella no ignora...

FERN. Pues ¿quién se lo ha dicho?

RITA. El alma,
que habla más que una cotorra.

FERN. No obstante...

RITA. Voy... (Va y vuelve.) Mire usted
¡qué bellas flores, qué aroma!...

FERN. Y es verdad...

RITA. Ella las puso
con sus manitas sedosas.

FERN. ¡Oh!... Corre.
RITA. Voy. (Volviendo.) Y á los peces,
también les ha puesto ropa
limpia.
ANT. ¡Rita!
RITA. Voy.
FERN. Si llevas
esa cara tan gozosa,
sospechará...
RITA. ¡Quiá! Ya estoy
más seria que una priora.

ESCENA III

ANTONIA y FERNANDO

FERN. (¡Oh, me parece mentira
que ya respiro su atmósferal)
ANT. ¿Cuándo has llegado?
FERN. Ahora mismo;
me he vestido por la posta.
ANT. Siéntate y descansa.
FERN. (Mirando á la habitación de Consuelo.) Deje
usted que salga la aurora.

ESCENA IV

DICHOS y RITA

RITA. Pronto vendrá: no ha acabado
de acicalarse.
ANT. ¡Qué posma!
RITA. No he querido darle prisa...
ANT. Yo iré.
RITA. Porque no conozca...
FERN. No la inquiete usted, no: quiero
hablar con usted á solas,
y en tanto que ella se viste...
ANT. Sal, Rita.
RITA. Cierta es la boda. (Recoge las fundas.)
Me llevaré de camino
los estuches de estas joyas.

ESCENA V

ANTONIA y FERNANDO

ANT. Conque, díme, ¿qué noticias?...
FERN. Tan buenas son las que tengo...
ANT. Pero siéntate.
FERN. (Sentándose.) Que vengo
yo mismo por las albricias.
ANT. Ya ves que no han sido vanos
tus afanes.
FERN. No señora:
la sociedad constructora
aprueba y compra mis planos.
¡Ya por fin la suerte aciaga!...
ANT. ¿Los compra?
FERN. Inmediatamente:
y lo que es más sorprendente
en estos tiempos, los paga
ANT. Ya tú ves...
FERN. Sin dilación,
y no en papel, en dinero,
y yo seré el ingeniero
en jefe de una sección.
¿Eh? ¿Qué tal?
ANT. (Tomándole la mano.) ¡Bien lo mereces!
FERN. Sueldo fijo tengo ya
por tres años: no será
lo que era un sueldo otras veces.
Aquel derrochar bizarro
ejerce fatal influjo:
ha sido asiático el lujo
y espantoso el despilfarro,
y hoy todo es orden y...
ANT. Amigo,
donde no existe él se pone.
FERN. ¡Sí! pero usted reflexione
á quién alcanza el castigo
de las costumbres asiáticas
y los fondos derrochados;
á mí, que en libros prestados

aprendí las matemáticas.
Pero, en fin, nada mitiga
el placer que ahora disfruto,
que es muy grato el primer fruto
de nuestra propia fatiga.
Y más grato y más suave
aún puede ser, si consigo
que lo disfrute conmigo...
¡ay, Antonia! Ya usted sabe
cuál es el fin que procura
mi ardiente desasosiego:
temblando de gozo llego
al templo de mi ventura;
y aunque tengo el dulce sí
de la prenda de mi amor,
y el afecto protector
que siempre á usted mereci,
y aunque por ella he vivido
solícito y anhelante,
como el pájaro que amante
busca las pajas del nido,
hoy me confunde y espanta
mi propio bien, y sospecho
que sin razón ni derecho
aspiro á ventura tanta.
Con temor la solicito,
porque dicha tan inmensa
más que premio y recompensa
es siempre don gratuíto.
Mas Dios ve mi corazón,
y que diera un paraíso
á la que ofrezco sumiso
tan modesta posición.
Que la acepte no merezco,
si algún valor no le presta
el trabajo que me cuesta
y el alma con que la ofrezco.

ANT. Bien te quise desde niño;
y hoy que comienza tu aumento,
es muy grande mi contento,
pero es igual mi cariño.
Más modesta posición

tenías cuando en mi casa
entraste...

FERN. Cierto: la escasa
intercadente pensión
de mi tío. Sin más padre
ni más sostén que mi honrado
corazón, sólo, enlutado
por la muerte de mi madre...
¡Oh! ¡Qué angustiado me ví
en Madrid la vez primera
que pisé sus calles! Era
un desierto para mí.
Ansioso en mi soledad
de un afecto bienhechor,
que diese luz y calor
á mi temprana orfandad,
recordé sólo en mi estancia
que mi madre á cada instante
nombraba á usted, á su amante
compañera de la infancia.
«*Las dos amigas,*» decía,
nos llamó Sevilla toda:
ella dilató su boda,
porque la suya y la mía
se juntaran; sus intentos
logró con tal perfección,
que una sola bendición
hizo los dos casamientos.»
Y aunque ausente usted de allí,
á donde nunca volvió,
ni á Consuelo conoció,
mi madre, ni usted á mí,
yo, en fin, tomé el buen acuerdo
de buscar su residencia,
fiado en que mi presencia
despertase un buen recuerdo.
Salí resuelto á la calle;
llegué á su casa impaciente;
subí, entré... tengo presente
hasta el último detalle.
Usted, un libro en la mano,
allí rezaba ó leía;

y Consuelo, que aquel dia
estrenaba su piano,
las teclas estaba hiriendo,
muy sorprendida y risueña
de que mano tan pequeña
moviese tan grande estruendo.
Hablé, y usted azorada
apenas oyó mi acento,
abandonando su asiento
en mí fijó su mirada.
Sus ojos mostraban pena
y ternura; al fin me dijo:
«¡Ah! no hay duda: tú eres hijo
de Elena... ¡Mi pobre Elena!...»
Llorando á usted me acerqué;
y al ver que usted me abrazaba,
pensé que resucitaba
mi madre... No me engañé.
(Besándola una mano.)

ANT. (Enjugándose los ojos.)
¿A qué afligirnos? No niego
que á su memoria has debido
el ser con gozo acogido
en esta casa. Mas luégo
que en una y otra ocasión
hice tan larga experiencia
de tu clara inteligencia
y tu noble condición,
¿qué más te puedo decir?
Miré con placer y en calma
que mi hija, luz de mi alma,
fiara su porvenir
de aquel mísero escolar
que en tal estrechéz vivía
que, cual dices, no tenia
ni áun libros en qué estudiar.
Te hablo así, porque no entiendas
que yo en ocasión alguna
aguardé que la fortuna
calificase tus prendas;
y aunque á la cumbre te eleves
y alcances...

FERN. ¡Pobre de mí!
ANT. Bien creerás que sólo á tí,
á tí sólamente debes
este cariño profundo.
FERN. ¡Oh! ¿pues no lo he de creer,
si ese es el mayor placer
que tiene el pobre en el mundo?
Ni ¿quién soy yo?... ¡Ay, madre mía!...
No sabe usted cuán intenso
es mi terror cuando pienso
que puede llegar un día,
si de esta España infelice
Dios no tiene compasión,
que, estéril mi profesión,
termine el contrato que hice,
y á encontrar otro no acierte,
y mi familia se vea
pobre, abatida... Esta idea
me aterra más que la muerte.
ANT. Jesús, Jesús. ¡Qué locura!
¿Tan mal empezáis los dos?
¿Quieres acaso que Dios
te firme alguna escritura,
dándote seguridad
de vida larga y dichosa?
Prudencia tan recelosa
es género de impiedad.
FERN. Quien bien ama desconfía.
ANT. Pues qué, ¿los demás no amamos?
Dios manda que le pidamos
sólo el pan de cada día,
para que siempre pidiendo,
nadie dél se desentienda.
Mas ya cada cual enmienda
el Padre Nuestro, diciendo:
«Señor, dígnate en seguida,
y de un golpe, concederme
todo el pan que he de comerme
mientras me dure la vida.»
FERN. Usted me vence y arrolla
cual siempre: no dudo más.
ANT. Pues yo no he dicho jamás

«contigo pan y cebolla.»
Mas ya en carrera te veo;
tienes aptitud, saber,
y yo... ¿de quién ha de ser
lo poco que yo poseo?
Podéis vivir con decencia.
El quererse asegurar
de todo, es como tratar
de burlar la Providencia.
Trabajad, cumplid los dos
vuestro deber, y adelante;
que al fin siempre lo importante
se queda en manos de Dios.

FERN. Diga usted: saber anhelo...
(Se detiene como escuchando.)
Ella sale, (Pausa breve.) no: creí...

ANT. Yo la llamaré. Mas dí,
¿preguntabas...?

FERN. Si Consuelo
á vivir acostumbrada
en Madrid, verá sin pena
que su esposo la condena
por tres años á Granada.
Si no le será penoso...

ANT. ¿Qué penoso le ha de ser,
cuando sea tu mujer,
acompañar á su esposo?

FERN. Haré que Rita la llame;
ya no sosiego... (Levantándose.)

ANT. Detén
tu impaciencia: yo también
tengo que hablarte.

FERN. ¿Usted?

ANT. Dame
tu palabra...

FERN. Sin reparo
pida usted: mostrar ansío...

ANT. Ya no me queda, hijo mío,
ni más bien ni más amparo
que vosotros. No son graves,
gracias á Dios, mis dolencias;
y si tengo impertinencias,

ya tú las sufres y sabes...
Con un poco de bondad...
En fin, no soy una santa;
pero cualquiera me aguanta
sin mucha dificultad.
Siempre con mi hija viví:
juzga cuál será mi duelo
si me apartas de Consuelo,
y ¿á qué negarlo? ¡de tí!

FERN. Y ¡usted, mi apoyo, mi guía,
usted me pide llorando!...

ANT. ¿Verdad que nunca, Fernando?...

FERN. Ni yo lo consentiría,
ni es posible qué Consuelo
viva contenta y ausente...
ni tampoco lo consiente
mi madre que está en el cielo.

ANT. ¡Oh! ¡Gracias!

ESCENA VI

DICHOS y RITA

RITA. ¿Señora?

ANT. ¿Quién?

RITA. Don Fulgencio, que desea
ver á usted.

ANT. Que entre y me vea.
Oye, Rita, y luégo ven
y dale á esa niña priesa.

RITA. Diré que este señor tiene
que hablarle.

ANT. Cierto. Así viene
y logras tú la sorpresa.
Nos obsequian á porfía
don Fulgencio y su mujer.

FERN. No es flojo defecto ser
obsequioso en demasía.

ESCENA VII

ANTONIA, FERNANDO, FULGENCIO y RITA

(Rita entra en las habitaciones de Consuelo.)

FULG. ¿Qué tal?

ANT. Bien.

FULG. (Observándola.) Cierto alborozo
en su rostro resplandece,
y hasta la casa parece...
¡Oh! ¡Fernando!... ¡Guapo mozo!
(Se abrazan.)

ANT. ¿Y Facunda?

FULG. Cada día
más fuerte y más placentera.
Ya está vestida, y espera
á Consuelo.—Yo te hacía
en Granada.

FERN. Ahora he llegado.

FULG. Sea enhorabuena. (Dándole la mano.)

FERN. ¿De qué?

ANT. Pues... ¿quién le ha dicho?...

FULG. Ya sé
que por tu nuevo trazado...

ANT. ¡Ah!...

FULG. Se rebaja el importe
de las obras, y haces graves
mejoras...

FERN. ¿Conque ya sabes?...

FULG. He andado la villa y corte
el triunfo que te enaltece,
esparciendo y comentando.
Yo estimo mucho á Fernando,
señora.

ANT. Y él lo merece.

FULG. Merecerlo...

FERN. ¿No?

ANT. ¡Vecino,
siéntese usted... (Se sienta.)

FERN. ¿Aún tu encono
subsiste?

FULG. No te perdono
aquel grande desatino.
ANT. ¿Cómo es eso? ¿Algún deslíz?...
FULG. ¡Sin su necia rebeldía,
á estas horas ya sería
felíz, pero muy felíz!
ANT. ¿Felíz? Pues no me lo explico.
¿Tan desgraciado es ahora?
FULG. No: quise decir, señora,
que fuera rico, muy rico.
ANT. ¿Sí? (Mirando á Fernando.)
FERN. Tiene razón Fulgencio.
ANT. Sepamos...
FULG. Si es montaráz.
ANT. ¿Y cómo?
FULG ¿Usted es capáz
de prudencia y de silencio?
ANT. Diga usted. (Acercando la silla.)
FULG. En producción
estaba una rica mina,
cuando de pronto, vecina,
desapareció el filón.
Hubo alarma, desconsuelo...
Los trabajos se pararon,
y las acciones bajaron
y bajaron hasta el suelo.
Yo supe, como he sabido
mucho de lo que hoy sucede,
que el filón estaba adrede
oculto, mas no perdido;
y que, en cambiando de mano
las acciones, se hallaría
y el papel recobraría
todo su valor.
ANT. Es llano.
FULG. Sin yo tomar parte alguna
en el plan, me ví delante
de esta ocasión. Cada instante
importaba una fortuna.
Compré por no malograr...
Mas como había para todos,
y yo busco de mil modos

la dicha y el bienestar
de mis amigos, que en eso
fundo mi gloria, á este chico,
con ansia de hacerle rico,
le dí cuenta del suceso.
Fuí á buscarle en persona
y le hice mil reflexiones.
«En Barcelona hay acciones,
le dije; vé á Barcelona.
Buscas, indagas, adquieres
cuantas hallares...»

FERN. Es cierto.

FULG. «Y gírame al descubierto
la cantidad que quisieres.»
Todo por pura amistad;
pues de que él tomase ó no
parte en el negocio, yo
nada sacaba.

FERN. Es verdad.

FULG. Pues en cambio á mis finezas
casi me insultó.

FERN. No: exijo
la exactitud. Dije...

FULG. Incomodado.) Dijo
simplezas sobre simplezas.

FERN. «Simple, tonto, majadero...»
Es el premio que hoy anima
al hombre que más estima
su conciencia que el dinero.
Y el que pierde una ganancia
que todo el mundo desea,
¡hombre, por Dios! no se crea
que es por sandéz ó ignorancia;
pues aunque uno no sea diestro,
y aunque se dé mala maña,
de estas cosas ya en España
hay tanto, tanto maestro,
que en lo posible no cabe
que nadie á ciegas esté,
pues todo, ¡todo se vé!
y todo, ¡todo se sabe!

FULG. ¡Hombre, que no te persuadas

de que no sabes vivir,
y que siempre has de salir
con notas desafinadas!
Si en aquello hubo maldad,
¿tú la hiciste? Estaba hecha.

FERN. El que calla y se aprovecha,
ya tiene complicidad.
Y aun yo, mi dulce Fulgencio,
cumplí á medias mi deber,
sólo á medias, con volver
la espalda y guardar silencio.
Viendo el engaño á ojos vistas
debí atropellar por todo
é informar de cualquier modo
á los pobres accionistas
de aquella estafa evidente.

FULG. ¡Estafa!

FERN. No: estoy conforme;
cuando la estafa es enorme,
ya toma un nombre decente...
Esto mi conciencia dice
que hacer debí.

FULG. ¡Bah! ¡Qué alarde
quijotesco!

FERN. Y de cobarde
é indolente no lo hice;
que nadie ya se conserva
libre de la influencia vil
de esta gangrena senil
que al que no pudre lo enerva.

FULG. ¿Vé usted?

ANT. Confieso, vecino,
que yo le escucho con gozo.

FULG. Pues aplauda usted al mozo
y para en San Bernardino.
Ustedes dos han tratado
á Ricardo.

FERN. Sí.

ANT. Lo he visto
en casa de usted.

FULG. Bien quisto,
intachable, respetado...

Pues le llevé tu desecho:
tomó acciones, y... ahí lo tienes:
no hay en Madrid unos trenes
más bizarros...

FERN. ¡Buen provecho!
El fué á Barcelona el día...

FULG. Que te quedaste en Belén.

FERN. Pues no sabes tú muy bien
el ansia que yo tenía
de agenciar, de hacer carrera...

FULG. Pues con tanta ceremonia...

FERN. Mas no era posible, Antonia,
que yo á mi novia ofreciera
fortuna cuyo cimiento
es... ya sabe usted cuál es...
¿Ni cómo vivir después,
temiendo á cada momento,
si mi esposa se atavía
y luce joyas y seda,
que alguno al mirarla pueda
decir: «esa gala es mía?»
Si aumenta mis regocijos
un bien que el alma desea,
¿cómo sufrir que alguien crea
robado el pan de mis hijos?

ANT. ¡Bien, Fernando!

FULG. (¡Qué demencia!)

ANT. A tu santa madre oí.

FULG. Pero, hombre, ¿qué hablas ahí
de mujer y descendencia?
¿Te casas?

ANT. Sin duda alguna.

FULG. ¿Te casas sin darme parte?

FERN. Ya lo haré.

FULG. ¿Vas á casarte
antes de hacer tu fortuna?

FERN. En mi trabajo confío.

ANT. Y... sobre todo en el cielo.

FULG. ¿Y con quién?

ANT. Con mi Consuelo.
Ya Fernando es hijo mío.

FULG. (¡Me luzco si me desmando!)

FERN. ¡Es ella!...
FULG. (¡Y... me hacen venir!...)
CONS. Vecino, á medio vestir... (Saliendo.)
FERN. ¡Consuelo!
CONS. ¿Quién?... ¡Ah!... ¡Fernando!
(Retrocede como asustada y se apoya en una silla.)

ESCENA VIII

DICHOS y CONSUELO

ANT. ¡Hija!...
FERN. ¡Gran Dios!...
CONS. La sorpresa...
Nada.
ANT. Se ha sobrecogido...
FERN. ¡Ah! perdón...
CONS. Seas bien venido.
(Reponiéndose y alargándole la mano.)
FERN. ¡Necia broma! Ya me pesa...
FULG. Niña .. (Acercándosele y saludándola.)
CONS. Vecino...
FULG. (¿Qué es esto?
(Acercándose á Consuelo y aparte entre los dos con gran rapidéz y disimulo hasta que cierra el paréntesis.)
CONS. Suspenda usted...
FULG. Claro está.
CONS. (Saque usted á mi mamá
de aquí con cualquier pretexto.)
FULG. Usted me habló de vender
su deuda del personal.
(Dirigiéndose á doña Antonia.)
ANT. Mire usted, no vendrá mal...
(Hablan Consuelo y Fernando.)
FULG. La lámina quiero ver.
ANT. La... ¿qué?
FULG. El papel que acredita...
ANT. Ya entiendo: allí está guardada.
¿Y qué tal? (Mirando á su hija.)
CONS. No tengo nada.

ANT. Voy.
FULG. Vamos.
ANT. Quédate, Rita.

ESCENA IX

CONSUELO, FERNANDO y RITA

FERN. (Siguiendo la conversación.)
¿Quién rectifica un trazado
para, si logra parar,
cada noche en un lugar
y muchas en despoblado?
Yo he vivido de esta suerte.
¿Con quién te había de escribir?
Después, resuelto á venir,
se me ocurrió sorprenderte.
Mas no fué sólo esta idea
puerilidad del cariño,
aunque amor que siempre es niño
en los juegos se recrea,
pues tuve en cuenta también
que llega el tren con retraso,
y que, de avisarte, acaso
fueras á esperar el tren.
Y me daba compasión
imaginarte, bien mío,
falta de sueño y con frío
y aburrida en la estación.
No quise, á tu calma atento,
que amor en todo repara,
que el verme á mí te costara
el menor desabrimiento.
¿Son estas culpas tan graves?
¿Piden penas tan crueles?
Háblame como tú sueles;
mírame como tú sabes.
No goces en retardar
la gloria de tu Fernando. (Pausa.)
RITA. (¡Ay, qué niña!... ¿Para cuándo
se ha inventado el abrazar?)

CONS. ¿Qué hay de Granada? ¿No cuentas
algo de allá? Sus mujeres
son muy graciosas.

FERN. ¿Qué quieres
decir? ¿Por qué me atormentas?

CONS. Fué vano ardid tu profundo
silencio.

FERN. ¡Cómo! ¡Yo ardid!...

CONS. Porque se sabe en Madrid
cuanto sucede en el mundo.

FERN. ¿Qué sabes?

CONS. Sé de un amor...
de un rapto; de cierta dama;
y hasta nos dijo la fama
el nombre del seductor.

FERN. ¿Su nombre? ¡Ah, sí!... ¿Tú has creído?...

CONS. Ya recuerdas.

FERN. Sí: que á un hombre
que tiene mi mismo nombre...

CONS. Y hasta tu mismo apellido...

FERN. Le prendieron cuando huía...
Pero si esto sucedió
en Granada estando yo
en Málaga, y te escribía
diariamente.

CONS. Recibí
tus cartas.

FERN. ¿Y no consigo?...

CONS. ¿Y no pudiste á un amigo
remitirlas y él á mí?
(Pausa. Fernando la mira con sorpresa.)

FERN. Consuelo, ¿no me conoces?
¿No me has tratado? ¿Qué es esto?
¿Cuándo he dado ni áun pretexto
á sospechas tan feroces?
¿Yo fingir mi residencia?...
¡Si me han visto más de cien
personas! ¿Será también
falsa la correspondencia
que en Málaga recibía
de obreros de mi sección,
de aquí, de la Dirección,

la Junta, la compañía,
las cartas que de Granada
recibí, precisamente
contándome ese incidente
del rapto?

CONS. No he visto nada
de eso.

FERN. Voy sin dilación...
(Se dirige hacia la puerta y vuelve.)
¡Pero es muy triste en verdad
que no halles de mi lealtad
la prueba en tu corazón!
Bien quisiera, vida mía,
que mi defensa encontraras
en tu fe. ¿Por qué acibaras
este momento, este día
que yo juzgué el más felíz?...
Mas voy... no quiero tardar.
¡Yo traidor!... Voy á arrancar
tu sospecha de raíz.
(Vase por la puerta del fondo.)

ESCENA X

CONSUELO y RITA

RITA. ¡Ay, señorita!... ¡Reviento
si callo!

CONS. ¡Rita!

RITA. ¿Qué pasa,
que pierde usted la memoria
de la noche á la mañana?
¿No recuerda usted que el día
que supo lo de Granada,
el cabo de los civiles,
mi primo, llegó de Málaga,
pues contó que no querían
los malagueños la Guardia,
que era allí toda la gente
tan buena que no hacía falta,
y añadió que á don Fernando

había visto y lo dejaba
con salud? ¿No sabe usted...?

CONS. (Interrumpiéndola.)
Sé que hablas mucho y me causas
dolor de cabeza. Vete.

RITA. Pero si esto...

CONS. Que te vayas.

ESCENA XI

CONSUELO; después ANTONIA

CONS. ¿Pero y mi madre?... ¡Tan buena!...
Si ella tambien... si lograra...

ANT. ¿Y Fernando?

CONS. Se ha marchado.

ANT. ¡Cómo!

CONS. Volverá.

ANT. ¡Se marcha
sin despedirse de mí!
Primera vez que esto pasa.
Cierto que hoy tiene disculpa...
¡Pero chica, cuánto tardas
en salir! ¿Qué diablos haces
ahí dentro? ¿No te empalagas
de tí misma?

CONS. No te enojes
hoy conmigo.

ANT. Callo.

CONS. (Acercándose á ella con mucho cariño.)
Habla,
que aunque sea para reñirme
tu acento siempre me halaga.

ANT. ¡Zalamera!

CONS. ¡Si hoy te quiero
más que nunca!

ANT. (Abrazándola.) ¡Hija del alma!

CONS. Mira, mamá; sea cual fuere
el porvenir que me aguarda,
yo lo sufriré gustosa
si nunca, nunca te apartas

de mi lado; si yo puedo
oir tu voz, besar tus canas...

ANT. ¡Ah, simple!... Yo he madrugado
más que tú... ¿Pues qué pensabas?

CONS. Juntitas. ¡Siempre conmigo,
mamita de mis entrañas!
Ven acá. Tengo que hablarte.
Siéntate aquí:
(Sienta á su madre en una butaca; pone á sus piés un almohadón y se sienta sobre él.)
yo á tus plantas.
Así, cuando yo volvía
del colegio, me tomabas
la lección.

ANT. En un principio,
que á poco ya eras más sabia
que tu madre. ¡Cuánto apuro
pasé porque te educaran!...

CONS. Cierto; en mi colegio había
hijas de grandes de España,
de hacendados, de banqueros,
y yo, como una de tantas...

ANT. Locura fué del cariño.

CONS. Tú verás que no es ingrata
tu Consuelo. Yo quisiera...
Dí, mamá, ¿no te agradara
que fuese tuya una quinta
espaciosa é inmediata
á Madrid, con pabellones
de buen gusto, rodeada
de soberbios eucaliptus
que la atmósfera embalsaman,
con hileras de castaños
de Indias, bosques de acacias,
y estufas donde las flores
de las tierras más lejanas,
en fuerza de oro y cuidado,
viven cual niñas mimadas
y, siempre tristes, parece
que suspiran por su patria?
A tí que andar por el campo
te deléita...

ANT. Y me hace falta.
Pero, chica, si el Retiro
me ofrece sus puertas francas,
y entro en él siempre que quiero,
y allí disfruto á mis anchas
de su estanque, de sus flores,
de sus calles dilatadas,
de todo. ¿Qué más haría
si fuese su propietaria?
Ya verás. Lo que es jardines
y bosques como en Granada...

CONS. Y dí... no podrás negarme
que la música te encanta.

ANT. Cierto.

CONS. ¿No te agradaría
oír artistas de fama,
tener un palco di rio
en el Real, marchar á Italia,
Alemania...

ANT. (Muy sorprendida.) ¡Qué!... (Pausa.) La música
me gusta; pero no tanta.
Cuando declina la tarde,
y escuchamos la campana
de la oración, y te acercas
al piano y te acompañas
la sublime *Ave María*,
sencilla y tierna plegaria...

CONS. La de Schubert.

ANT. No ambiciono
más música: esa me basta.

CONS. Pero á tí que la pintura
te embelesa...

ANT. ¿Esta muchacha,
se ha vuelto loca?

CONS. Hoy que tantos
pinceles honran á España,
¡ay, mamá, si tú pudieras
llenar una y otra estancia
de acuarelas, *impresiones*,
paisajes, lienzos de varias
costumbres!... ¿Dónde hay placer
como entrar en una sala

donde elocuentes y vivas
todas las paredes hablan,
sin que en ellas desperdicien
los ojos ni una mirada?
¡Esto sí que es de buen tono;
este es lujo que entusiasma!

ANT. Cierto, sí; mas por fortuna,
no hay príncipe, ni aun monarca,
que tenga mejores cuadros
que yo.

CONS. ¡Tú!

ANT. Cada semana
puedo ver los del Museo.
Ya tu ves si hay abundancia.
Y en la Trinidad no hay pocos;
y todos los que se guardan
en la Academia. No há mucho
que absorta allí contemplaba
la *Santa Isabel*, un cuadro
de Murillo.

CONS. Es una alhaja.

ANT. ¿Verdad que sí? ¡Qué dulzura,
qué compasión tan cristiana,
qué abnegación, qué modestia
resplandecen en la Santa!
¡Qué noble desprendimiento
de vanidades mundanas!
Es reina, es joven, es bella,
y se acerca, y toca, y palpa
los harapos del mendigo
y del leproso las llagas!
Y cuanto más se aproxima
á las miserias humanas,
más radiante su figura
á los cielos se levanta.
Esto sí que es de buen tono,
y esto es lujo y elegancia...
Dí, ¿no te agrada este cuadro?

CONS. Sí, mamá; porque me agradan
los buenos cuadros, quisiera
meterlos dentro de casa.

ANT. Pero ¿qué riquezas tiene

Fernando?...

CONS. Si no se trata
de casarme con Fernando,
mamá.

ANT. (Levantándose.) ¡Qué dices! ¡Qué! ¿Hablas
de veras?

CONS. ¡No te alborotes!...

ANT. ¿Qué infortunio te amenaza?
Responde: ¿quién envenena
tu corazón?

CONS. ¡Por Dios! ¿Llamas
infortunio á que me case
con Ricardo?

ANT. ¡Él!...

CONS. ¡Me idolatra!

ANT. ¡Jesús!... ¡Jesús!...
(Cubriéndose el rostro con las manos.)

CONS. Y su inmensa
fortuna pone á mis plantas.

ANT. ¿Cómo? ¿Cuándo?...

CONS. Por las noches
nos hemos visto en la casa
de Fulgencio. Largo tiempo
á sus continuas instancias
me resistí...

ANT. ¡Largo tiempo!

CONS. Pero faltaron las cartas
de Fernando.

ANT. ¡Tres faltaron!

CONS. Por esto, y por otras causas,
yo pensé que estaba libre,
y, en fin, le dí mi palabra.
Fulgencio vino á pedirte
mi mano, y... ¡Madre del alma!...
Oponte tú á que me case
con Fernando.

ANT. ¡Yo tal farsa!
¡Yo fingir!...

CONS. Todas las madres,
como es natural, se afanan...
Díle que tú no consientes,
que mi porvenir...

ANT. ¡Oh! ¡Calla!
CONS. ¡Por Dios! haz el sacrificio
de concederme esta gracia,
por tí, por mí, por el bello
porvenir que nos aguarda.
ANT. Calla, que estás renovando
la memoria más infausta
de mi vida. De ese modo
tu padre infelíz me hablaba.
«Quiero ascender, me decía;
quiero ceñirme la faja
de general, y moverme
en una esfera más alta.
Por tí, por mí, por la prenda
de mi amor;» y te mostraba
á tí, que estabas durmiendo
en la cuna. Fueron vanas
mis reflexiones: surgió
la rebelión insensata;
surgió su afrenta y su muerte,
y tu orfandad y mis lágrimas.
CONS. Por Dios, mamá, no compares,
no exageres... ¿Oyes? ¡Llaman!
¡Es Fernando!
ANT. Aquí te quedas.
Soporta tú sus miradas.
Ten valor, ya que lo vendes,
y díselo cara á cara.

ESCENA XII

RICARDO y CONSUELO

CONS. ¡Ah! ¡Ricardo!
RIC. Díme: ¿es cierto
lo que ahora Fulgencio acaba
de contarme? ¿Que tu madre
tal vez se oponga?...
CONS. Ten calma.
RIC. ¿Qué anhela? ¿Sabe quién soy?
¿Conoce mis circunstancias?

¿No sabe que generoso
mi amor?... ¿Para quién te guarda
tu madre?... ¿Qué amor de madre
es el suyo?

CONS. Es tan mirada,
es tan noble, que á sus ojos
tiene excesiva importancia
lo de Fernando: ya sabes;
ya te conté ..

RIC. ¡Bah! ¡Liláilas!
¡Ñoñerías!

CONS. Tú debieras
hablarle.—¿Mamá?
(En la puerta por donde entró Antonia.)

RIC. Que salga.
Que diga...

CONS. Pero cuidado,
cuidado cómo le hablas:
¡es mi madre, y es tan buena!...

RIC. Pero que diga la causa...
Y ya sabes que Fulgencio
y su mujer nos aguardan,
y que hemos de ir en su coche
los cuatro á la Castellana.

CONS. Sí; ya me dió su permiso.
Iré.—¿Mamá?...

ANT. ¿A qué me llamas?

ESCENA XIII

ANTONIA, RICARDO y CONSUELO

CONS. Ricardo...

ANT. (¡Él aquí!)

RIC. Señora...
Ya sabe usted mi demanda;
y aunque Consuelo no dudo
que ha de cumplir su palabra,
mucho perderá mi crédito
si usted, su madre, rechaza
mi pretensión. ¿Qué motivos
tiene usted?...

ANT. ¡Yo!... Yo pensaba
que un compromiso solemne
y anterior...

CONS. (Sólo me falta
que tú, mi madre, me acuses
á Ricardo.)

ANT. (¡Ay! ¡Esto acaba
conmigo!...)

RIC. Si esta repulsa
por el mundo se propala,
murmurarán...

ANT. Si ya ustedes
lo han tratado á mis espaldas;
si ustedes ya lo han resuelto,
lo demás, ¿qué importa? Nada.
¿Qué importa á nadie esta pobre
mujer?

CONS. ¡Por Dios!... ¿Así agravias
mi amor?...

ESCENA XIV

FULGENCIO y DICHOS

FULG. Siguiéndome viene
Fernando. Yo estoy en ascuas,
porque si aquí no hay prudencia,
puede haber una desgracia.

RIC. ¿Qué desgracia ni qué?... (Con desprecio.)

FULG. Vente.
(Movimiento de Ricardo.)
Pues si vengo á que te vayas.
Él vuelve, y no es generosa
tu presencia en esta casa.

CONS. Fulgencio, usted que lo quiere
tanto, ¿por qué no se encarga
de hablarle de?...

FULG. ¡Ah, no, no gusto
de notas desafinadas!
Ustedes ahora lo amansen,
que en pasando esta borrasca,

yo le buscaré una novia
opulenta y hasta guapa.

CONS. ¡Madre!...

ANT. ¡Nunca!

RIC Yo me encargo
de hablar con él; y si tarda...

CONS. ¡No, Ricardo, no! Yo misma
le hablaré. (Pausa.) ¿Pero qué pasa,
que todos...? ¡Pues no parece
sino que es extraordinaria
la cosa! ¿Soy la primera
que tuvo un novio y se casa
con otro? ¿Es este un suceso
nuevo en el mundo?

FULG. (¡Qué clara
inteligencia!)

ESCENA XV

FERNANDO y DICHOS

FERN. (Trae algunos papeles en la mano.) ¿Consuelo?
¡Señores!... (¿Aquí se halla
Ricardo?)...

FULG. Chico, tú vienes
cuando ya estamos en marcha
nosotros.

RIC. (Saludando.) Señoras...
(Consuelo, después de saludar á Ricardo, tira del cordón de la campanilla.)

FULG. Sabes
que en la buena y en la mala
fortuna, yo soy tu amigo,
y amigo de veras.

FERN. Gracias.
(¿Qué quiere indicarme?) Antonia,
¿qué tiene usted?

ANT. ¡Dios te haga
feliz!

FERN. (¡Se aleja llorando!)

ANT. (¡Oh, qué vejez tan amarga

me espera! (Sale Rita.)

CONS. (Á Rita.) Voy á salir
dentro de poco: entra y saca
el sombrero y... lo que hallares
sobre mi mesa. Despacha.

ESCENA XVI

FERNANDO y CONSUELO; después RITA

FERN. ¿Vas á salir?

CONS. Si.

FERN. ¿Á qué entró
Ricardo?

CONS. Aquí le encontré...

FERN. Él antes nunca... ¿Por qué
no me miras?

CONS. (Alzando los ojos con aparente tranquilidad.)
¿Por qué no?

FERN. ¡Consuelo!... ¿Qué novedad
hay en tí que me extremece?...
¿Y tus celos?... Ya parece
que no te inquietan, ¿verdad?
¿Por qué se aparta de mí
tu madre, y llora y se esconde?
(Consuelo baja la vista.)
Pero mírame y responde:
mírame: ¿Qué pasa aquí?

CONS. Ya te dije que en tu ausencia
nos dijeron...

FERN. ¡Evidentes
calumnias!

CONS. Siento...

FERN. ¿Qué sientes?
¿La calumnia ó mi inocencia? (Pausa.)
No hay duda; quisieras hoy
que yo fuese, ¡oh! ¡qué señal
tan aciaga! un criminal,
un mónstruo. No, no lo soy.
Es el único favor
que en vano me habrás pedido,
Consuelo. Si me has vendido,

vendes á un hombre de honor.
¿Pues tú lo ignoras?... Corrí
para calmar sus crueles
celos. ¡Necio! Estos papeles
se están mofando de mí. (Los arroja.)

CONS. Ten calma, Fernando.

FERN. ¡Ea!
¡Basta ya de falsedad!
¡Venga, venga la verdad,
por más horrible que sea!
(Entra Rita y coloca sobre la mesa un sombrero y algún adorno de la señorita.)

CONS. A la voz que te acusaba
se unió el silencio funesto
que tú...

FERN. Bien; da por supuesto
mi crimen. ¿Qué has hecho? Acaba.

CONS. Yo... Yo pensé que tenía
libertad y la he ejercido.
Ya es necesario el olvido.

FERN. (Maquinalmente.) ¿El olvido es necesario?

CONS. Sí, Fernando.
(Fernando la observa con amargura.)

RITA. (¡Qué serena!
¡Y se desmayó de pena
cuando se murió el canario!)

CONS. Yo siento dolor profundo,
créelo, de afligirte así,
y quisiera para tí
todos los bienes del mundo.

FERN. ¿Quién te compra?

CONS. ¡Por piedad!...
Oyeme sin agraviarme.

FERN. ¡Qué buena!... ¡Quiere matarme
con toda comodidad!
¿Es Ricardo?... Anda insultando
con su lujo, y ese tren
debe á la estafa.

CONS. ¿De quién
no se murmura, Fernando?
Esa es costumbre notoria
de la malicia importuna

que para cada fortuna
inventa una mala historia.

FERN. ¡Él, él me roba tu amor!
¡Yo soy presa de un horrible
delirio!... ¿Cómo?... ¿Es posible
que la estafa, el impudôr,
la odiosa desfachatéz,
se mofen de mi decoro,
comprándote con el oro
que despreció mi honradéz?
Y eres tú, ¡tú el instrumento
conque la infamia se venga
de mí!...

RITA. (Yo tiemblo... que venga
la señora. Voy...)

CONS. Me ausento
si hablas así: basta ya.

FERN. No, por Dios: oye segura;
oye... tanta desventura
no puede ser, no será.
¡No te execraré, descuída,
porque desprecies en calma
el amor de toda un alma,
la fe de toda una vida!
Yo devoraré el desdén
que me anula de este modo,
y por darte gusto en todo
me despreciaré también.
Sólo de tí quiero hablarte,
¡de tí, mi dueño querido!
que ni hollado ni aun vendido,
puedo dejar de adorarte.
¿Y has pensado en tu locura
que es tan fácil prescindir
del amor, la fe... y vivir
sin conciencia y con ventura?
No eres tan mala: yo siento
mejor de tí: no te ciegues;
no es posible que tú llegues
á tanto embrutecimiento.
El tierno afán, el cuidado
con que amor sabe halagar,

crees que no te han de faltar
porque nunca te han faltado.
Mas si su esposa te llama...
¡Oh! Mátenme tus enojos;
mas no te miren mis ojos
en sus brazos... Ni él te ama,
ni sabe lo que es amar,
ni sabrá nunca... ¡Por Dios!
ten lástima de los dos,
¡Consuelo! (Cayendo á sus piés.)

CONS. ¿A qué dilatar
un conflicto tan impío?
No puedo retroceder:
no puedo.

FERN. Y ¿esto ha de ser?...
¡Antonia! ¡Antonia!

CONS. (Con angustia.) ¡Dios mío!

ESENA XVII

ANTONIA, RITA, CONSUELO, FERNANDO y LORENZO

FERN. ¿Ve usted esto?... ¿Este desdén...
esta traición?...

ANT. (¡Qué funesto
delirio!)

FERN. ¿Merezco?...

ANT. (Esto
no puede parar en bien.)

FERN. Todo lo ha olvidado ya:
¡todo! ¡Ni áun quiere siquiera
escucharme!...

LOR. El coche espera.

CONS. Voy.

FERN. ¿Lo oye usted?... ¡Y se va!

ANT. ¡Consuelo!

CONS. ¡Por compasión!

ANT. ¡Te vas con ojos serenos!

CONS. Pero, madre...

ANT. ¡Dale al menos

dignidad á tu traición!

CONS. (¡Si Ricardo se presenta!)
Recuerda que tu permiso
me has dado; que un compromiso
me obliga... y es muy violenta,
por Dios, mi presencia aquí.

ANT. Pero ¿si yo te lo mando?

CONS. (Con sequedad y energía.)
¿Eres madre de Fernando,
ó mía?

ANT. Y ¿me hablas á mí ..
á mí...? (Se desmaya.)

FERN. ¡Cayó sin sentido!
¡Agua, Rita! (Sale Rita.)

CONS. ¡Madre mía!
¡Perdón!... ¡Perdón!... ¡Qué agonía!

FERN. Late: no tiembles: no ha sido...

LOR. ¿Señorita?

CONS. ¿Vuelve ya?
¿qué nueva desdicha aguardo?

LOR. El señorito Ricardo,
que sube si usted no va.

CONS. No, que iré, que se detenga.
Pero y... (Mirando á su madre.) No: no me
desvío de ella.
(Va á acercarse á ella y al oir su voz se detiene.)

ANT. ¡Ay, Dios!

CONS. ¡Gracias, Dios mío!

ANT. Ya estoy bien.
(Rita vuelve con un vaso de agua. Antonia bebe.)

CONS. (Coge rápidamente los adornos que dejó Rita sobre la mesa, y al salir dice:)
¡Ah! ¡Que no venga!

ANT. ¿Y ella?

FERN. A sus piés se arrojó
llorando...

ANT. ¿Si? ¿Pero dónde...?

FERN. ¡Consuelo!

ANT. No, no responde.

FERN. ¡Consuelo!

ANT. No hay duda, huyó.

RITA. Sube al coche. (Asomada al balcón.)

Está aquí.

ANT. (Deteniendo á Fernando.) ¡Ah! ¡ven!

RITA. Ya se alejan: ya se han ido.

FERN. ¡Esto es hecho! ¡La he perdido para siempre!

ANT. ¡Ay, yo también!

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

Elegante despacho en el hotel de Fulgencio. En el fondo una puerta y dos grandes ventanas sin reja, por las cuales se descubre una galería de cristales adornada de flores y arbustos; por la izquierda de la galería hay paso al jardín, y por la derecha al hotel contiguo de Ricardo. Dos puertas laterales; la de la izquierda conduce al jardín y la de la derecha al interior del hotel. A la derecha, y en primer término, mesa con recado de escribir.

ESCENA PRIMERA

RITA; después LORENZO

RITA. (Después de mirar alrededor.)
Ni aquí... pues se pasa el día
sin verme... ¡Vaya una flema! (Pausa.)
Y esas cartas... ¿Con quién diablos
un lacayo se cartea?
¿Si habrá vuelto á engatusarle
su paisana...? ¡Pues si piensa!... (Pausa.)
Pero ¿es posible que á mí
tal desgracia me suceda?
¡A mí, nacida en Sevilla,
en la misma Macarena,
criada con tanto mimo
por mi madre! ¿Habrá quien crea

que yo estoy enamorada
de un gallego?

LOR. (Saliendo.) ¡Rita!...

RITA. ¡A buena
hora!

LOR. El servicio del amo...

RITA. ¡Y qué yo tenga impaciencia
por ver esa cara!

LOR. El alma
que se me sale por ella
para verte y para amarte
y hacerte mimos y fiestas,
bien merece tu cariño,
¡*remunona*! ¡Quién te viera
en el campo del mío pueblo
vestidita de gallega,
al modo que allí se visten
las repaciñas gaiteras!
bien *justadiño* el zapato,
branca y *justadiña* media;
saya de vivos colores
que casi cobre la pierna;
chambra dividida en rayas
azuladas y bermejas,
remontada en guarniciones
que tocan y juguetean
con la cintura delgada
y la rumbosa *cadeira;*
gargantiña que dichosa
por el pecho sale y entra;
cofia más limpia que el *ouro,*
ben pranchadiña y *ben* puesta,
como una *branca* paloma
que se *pousa* en la cabeza,
y en esas manos *fidalgas*
las alegres castañetas,
y oyendo de monte en monte
el eco de la muñeira!...
¡Ay, Rita!

RITA. Pierde el juicio
en hablando de su tierra.

LOR. Verás, cuando allí derrames

la gloria de tu presencia,
cómo las verdes *coliñas*,
las fontes, las *arboredas*,
las flores, los *pajariños*,
la gaita, la pandereta,
se vuelven locos de gusto
y de... de... ¡Bendita seas!

RITA. Eso sí: mi galleguito,
debajo de esta corteza
tiene su azúcar en punto
y su sal.

LOR. Hártate de ella.

RITA. ¿Y cómo has tardado tanto?

LOR. Ya digo, el amo me emplea...

RITA. ¿Qué tiene el amo? Parece
caviloso.

LOR. ¿Te interesa
saberlo?

RITA. Sí: porque temo
que también este año quiera
llevarnos de pingo, pingo
á Francia y á Inglaterra
y á Alemania, y... todavía
me dura á mí la jaqueca
de tanto ferrocarril
y tanta maldita jerga
como hablaba aquella gente.

LOR. No pienso que en eso piensa.

RITA. Y díme: ¿qué te decía
ayer con tanta reserva?... (Pausa.)

LOR. ¿A qué fin preguntas eso?

RITA. ¿Sabes tú que ya me quema
esa maña?

LOR. ¿Cuál?

RITA. Que nunca
me respondas á derechas,
y á cada pregunta mía
en otra des la respuesta.

LOR. *Meniña*, pólvora fina,
ven acá: ¿no consideras,
si el amo me habla en secreto,
que es para que no lo sepa

la gente?

RITA. ¿Soy yo la gente?

LOR. Yo le sirvo y él me aprecia;
me quiere bien, y... *Tountona,*
el buen servício es moneda.
¿Te pregunto yo del ama?

RITA. Pregunta, que acá se juega
limpio, ¿estás? Hoy me ha enviado
á que pagase una cuenta
á su florista.

LOR. ¿En la plaza
de Santa Ana?

RITA. Y á la tienda
de su joyero.

LOR. ¿El que vive...?

RITA. El que vive en la Carrera...

LOR. ¿Fuíste andando?

RITA. En coche.

LOR. ¿En coche
de alquiler?

RITA. ¿Qué cara es esa?

LOR. Yo fuí cochero de plaza
antes de tener librea. (Pausa.)
¿Y luégo fuíste á la calle
Ancha?

RITA. No: vivo en la estrecha.
¿Tú te has propuesto quemarme
la sangre?

LOR. Vaya, recuerda.
Yo lo sé *toudo.*

RITA. (Remedándole.) Pues dílo
toudo.

LOR. Me encontré á Peréira
que bajaba de vacío
con el alquila derecha.
¿Qué hay? le dije: «¡En ese hotel
he descargado una *fembra*!...
¡Buena!...» Y acá señalaba.
«Y añadió que fué con ella
al puesto de una florista,
y á la tienda de Ansorena,
y después... ¿por qué callabas

la *terceira* diligencia?
Llevóte á la calle Ancha
de San Bernardo; á la puerta
de la casa donde vive
don Enrique, el que frecuenta
el trato de don Fulgencio,
y de su mujer y te echa
requiebros, yo los he oído,
siempre que sola te encuentra.
«¿Y estuviste mucho tiempo?»
le pregunté; y él contesta:
«Una hora muy cumplida
allí descansó la bestia.»

RITA. ¿Y piensas?...

LOR. ¿Por qué ocultabas
la diligencia *terceira*?

RITA. (Aparentando serenidad.)
Si usted, señor don... gallego
siente la antigua querencia
por Antera, su paisana,
con quien ahora se cartea
diariamente, no me opongo;
lo aplaudo.

LOR. Ni esas esquelas
que yo recibo son suyas,
ni tratan de esa materia.

RITA. Usted tiene sus ahorros:
ella, aunque moza soltera,
tiene oficio productivo...

LOR. Mientras yo claro no vea...

RITA. Y casados...

LOR. No me caso
contigo ni con Antera.

RITA. Si Antera es ama de cría,
¿no has de casarte con ella,
regallego?

LOR. ¡No me dejo
embaucar!...

ESCENA II

ANTONIA, CONSUELO y RITA

ANT. Estará llena
la sala. Luégo entraré.
CONS. Rita, ¿qué cosa era aquella
que ibas á decir?...
RITA. ¿Yo?... ¿Cuándo?
CONS. Hoy: te quedaste suspensa
cuando el señorito entró
á verme.
RITA. ¡Ah! Que la florera
me dijo que el señorito
la llamó á la portezuela
del coche para encargarle
flores.
CONS. (Con alegría.) ¿Sí?
RITA. (Estaré alerta;
si le traen carta, la apaño.)
CONS. ¿No vas?
RITA. (¡Si es de la gallega!...)

ESCENA III

ANTONIA y CONSUELO

CONS. (¡Se acuerda, sí!) (Aparte.)
ANT. ¿Qué meditas?
CONS. Nada... Caprichos, quimeras,
que á veces como desgracias
positivas atormentan.
Hoy es... Voy á revelarte
un secretillo.
ANT. Pues venga.
CONS. Siempre celebró Fulgencio
con el gusto que hoy celebra
los días de su Facunda.
Bien lo recuerdo, que es fecha

memorable.
(Movimiento de sorpresa en Antonia.)
En este día
hice solemne promesa
de unirme... Facunda solo
fué testigo de esta escena.
Nada te dije...

ANT. Comprendo.

CONS. Ricardo siempre recuerda
esta fecha, y me regala,
y hasta Facunda me obsequia
con algún recuerdo Este año
no daba Ricardo muestras
de que pensase... Yo estaba
consumida de impaciencia;
y ofuscándome por grados,
hasta pensaba hallar pruebas...
¡Ah, madre! ¡La primer duda,
qué de fantasmas engendra!

ANT. ¡Niña!...

CONS. No: Rita me ha dicho,
disipando mis sospechas,
que él en persona ha encargado
las flores.

ANT. Vaya, que sea
para bien.

CONS. También yo tengo
preparada mi fineza.
Pasó la nube, y aquí
me tienes ya tan contenta.

ANT. Pues mira, niña, el olvido
de esa fecha novelesca
y memorable, era asunto
para una broma ligera,
y nada más. No violentes
á tu esposo; no pretendas
que perfecto corresponda
á tu fantástica idea.
Ámale; ten confianza
en tu virtud, en tus prendas,
y deja que obre espontáneo
como su amor le sugiera.

Dí, ¿no te empalagan esos
recién casados que, en fuerza
de mirarse tanto, dan
al matrimonio apariencia
de unión ilícita? Halagos,
delirios en la primera
temporada; luégo, hastío
y frialdad, que degeneran
en recíprocas traiciones
y en cínica indiferencia...
La otra noche cometiste
una falta...

CONS. ¿Yo?

ANT. Tremenda.

CONS. ¿Cuándo?

ANT. Cuando dió el concierto
Fulgencio para que oyera
su tertulia á esa cantante,
esa Abelina ó Abela.

CONS. Es verdad.

ANT. Pocos notaron,
por fortuna, la imprudencia.

CONS. ¿No viste?... Todo el concurso
palmoteaba; mas ella
á Ricardo dirigía
la inclinación de cabeza;
siempre á él, como ofreciéndole
la ovación. ¡Y qué risueña
le habló después! ¡Cuánto tiempo
duró la charla! ¡Y aquellas
miradas alegres, fijas,
y fijas y más intensas
cada vez!... ¡Me pareció
que allí brotaba una hoguera
en que se estaba abrasando
mi amor, mi dicha, la hacienda
del alma! Vino en seguida
á hablarme: dí media vuelta:
no pude más: la dejé
con su risa contrahecha
en la boca y su mirada
dulzona, mas no tan tierna

como otras que había fijado
en él.

ANT. Con ojos de hiena
te siguió.

CONS. Me lo figuro.

ANT. Pues si tanto te molesta
que hable Ricardo á las gentes,
¿para qué buscas y anhelas
las reuniones? ¿Para dar
al mundo función perpétua
de amor conyugal? Pensaba
que el tuyo á Ricardo era
un amor... más reflexivo,
más sujeto á la prudencia.

CONS. Es verdad: le dí mi mano
sin amarle. Su soberbia
posición, su tren, su lujo
resucitaron las muertas
memorias de mi colegio:
recordé mis opulentas
amigas; puse la mira
en igualarme con ellas...
En vano contínuamente
me acusaba mi conciencia,
recordando la ternura
de Fernando y mis promesas.
Yo me alegré de que ausente
sus cartas interrumpiera,
y ví con gusto aquel lance
y la felíz coincidencia
de los nombres; y avanzando
inflexible, y sorda, y ciega
al propio remordimiento,
y á su dolor y á sus quejas,
me casé; sí, me casé
sin amor. Hoy me sujeta,
hoy me manda, madre mía,
más de lo que yo quisiera.
No he tenido que apelar
al deber que ya me ordena
tenerle amor. Los arranques
de su condición resuelta;

el contraste que formaba
su altivéz con la modestia
del silencioso retiro
donde viví; la vehemencia
conque supo arrebatarme
casi de la misma iglesia;
su entereza; su dominio
de sí, su pasión espléndida,
que no hay capricho en mi mente
que en realidad no convierta;
todo me apasiona. Y... mira,
si he de decirte completa
la verdad, yo siento y toco
que, á pesar de su violenta
pasión, Ricardo en su pecho
algo para sí reserva;
algún rincón donde vive
solo, donde no penetra
mi ternura, donde guarda
su indómita independencia.
Mi amor crece y se fatiga
por romper esta barrera,
por dominar este punto
rebelde, para que sea
la posesión de las almas
tan igual como perfecta.

ANT. Ese afán...

CONS. Oigo su voz... (Levantándose.)

ESCENA IV

FULGENCIO, RICARDO y DICHAS

FULG. ¡Señoras!... ¿por qué no entran?

RIC. ¡Amada suegra!

ANT. ¡Jesús!
Esas palabras reniegan
de verse juntas. Suprime
lo de amada ó lo de suegra.

CONS. ¿Has visto á Facunda?

RIC. No.

Hemos estado hora y media
Fulgencio y yo en mi despacho
examinando esa empresa;
Los dos Continentes. Chica,
¡qué gran porvenir!

FULG. (A Antonia.) ¡Qué pareja
tan bizarra!... Me deléito
como en mi obra maestra
en la suerte de estos chicos.
Yo tengo muy buena estrella,
muy buena sombra, vecina,
y en torno mío prospera
todo el mundo.—¿Y qué tal vamos
de salud?

ANT. No estoy muy buena.

FULG. ¿Cómo es eso?

ANT. Mis achaques.
Su buena sombra no reza
conmigo.

CONS. (Á Antonia.) ¿No entramos?

ANT. Antes
quisiera dar una vuelta
por el jardín.

RIC. Voy á ver
á Facunda, y como pueda,
iré á buscarlas.

ESCENA V

ANTONIA, CONSUELO y FULGENCIO

FULG. Y yo;
si no hay gente de etiqueta
que me lo impida.
(Se dirige á la puerta y vuelve.)
Esta noche
les preparo una sorpresa.

ANT. ¿Agradable?

FULG. ¡Ya lo creo!

CONS. ¡Qué! ¿Vuelve á cantar Abela?

FULG. Viene á comer con nosotros...

CONS. ¿Quién?
FULG. Fernando.
ANT. (Con alegría.) ¿Sí?
CONS. (Con sencillez.) Que venga.
ANT. (Incomodándose por grados.)
Mire usted, porque le estimo
como á un hijo, no quisiera...
Y usted que lo sabe todo
no sé yo cómo se empeña
en que...
FULG. No desafinemos
por Dios!
ANT. Para mí es tan nueva
la música que usted toca,
que no es extraño que pierda
el compás...
FULG. Pues no hay motivo,
vecina. Fernando lleva
la dirección de un negocio,
de esa sociedad inglesa
que se titula *Los dos*
Continentes: ¡gran idea!
CONS. Pues Ricardo...
FULG. Pertenece
al Consejo. De Inglaterra
mandaron su nombramiento
y el mío: sí, nadie intenta
ningun negocio en España,
en no contando con ciertas
personas.—En el Consejo
trata á Fernando y alternan.
¿Qué se opone? ¡Sabe usted
que el tal Fernando se eleva!...
Fué á Londres por material
para su línea, y empiezo
á tratar ingleses. Luce,
porque la tiene, su ciencia;
y como es tan formalote,
y sabe el inglés, y piensa
seriamente, se ganó
la confianza completa...
ANT. ¡Oh!... ¡Bien la merece!

FULG. Luégo
tuvo la buena ocurrencia
de esta industria...

ANT. ¿Y qué es?

FULG. La cosa
más sencilla y más soberbia.
Nuestro azúcar de la Habana,
esa producción inmensa,
se refina en los Estados
Unidos, que sacan de ella
más producto que nosotros.
Fernando halló la manera
de establecer los refinos
en España, y de que vengan
acá millones de pesos
que en tierra extraña se quedan.
Esto, ayudado del cambio
de producciones diversas
ente los dos continentes...
¡Le digo á usted que la empresa!...

CONS. ¿Ves, madre? También Fernando
será felíz.

ANT. ¡Dios lo quiera!

FULG. ¡Buen ánimo! Todavía
he de curar las dolencias
de usted. Hasta luégo.

CONS. Este hombre
á todos ama de veras.
¡Es tan benévolo...

ANT. Sí;
tiene una benevolencia
corrosiva. Ven...

CONS. Espero.
Ya iré. (Vase Antonia.)
Que no andes de priesa,
que te hace mal.—Esa Rita,
¿en qué se entretiene? ¡Bella
edición!

ESCENA VI

CONSUELO y RITA

Sale Rita procurando entender una carta que trae en la mano.

CONS. Fotografías
de los lienzos y acuarelas
de Fortuny.—He de comprarla.
¡De Goupil!

RITA ¡De la gallega!...
No hay duda. (Lee.) «Gradisco molto...»
¿Mucho granizo?... ¡Y tormenta!
(Lee.) «Il rico... rico... ricordo...»
¿Quién entiende esta monserga?
(Lee.)«Bei flori»... ¿Bei?... Dirá buey;
¡y si se casa con ella!...

CONS. ¿Rita?

RITA. Tome usted.
(Le entrega un estuche pequeño.)

CONS. ¿Ya es hora
de venir?

RITA. Si usted quisiera,
señorita...

CONS. ¿Qué hay?

RITA. Usted
que entiende todas las lenguas,
¿entiende usted el gallego?

CONS. ¿Qué dices? ¿Estás inquieta?
¿Qué te pasa?

RITA. ¡Ay, señorita,
es la partida más perra
y más vil... No hay que fiarse
de ninguno... Si no fuera
porque vergüenza me da
de que la gente me vea
llorando por un gallego,
hoy reventaba de pena.

CONS. ¿Qué es ello?

RITA. Lorenzo ..

CONS. ¿Habéis

reñido?

RITA. ¿Pues no se empeña
en que al hacer los encargos
del platero y la florera
he visitado también...?
¡habrá animal!... á ese que entra
en casa de don Fulgencio,
¡á don Enrique!... Por fuerza
reñimos. Yo que tenía
mi escama al ver la frecuencia
con que recibe cartitas...

CONS ¿Él?

RITA. Él; logré coger ésta,
que es de Antera, su paisana,
porque está en gallego.

CONS. Muestra.
(La coge, y después de leer para sí las dos primeras palabras, dice con sencillez.)
¡Qué gallego!... Italiano.

RITA. ¿Sí?

CONS. (Va á leer la carta, y se detiene dominada por un siniestro presentimiento.)
(No me atrevo á leerla.)
Vete... No es para Lorenzo
la carta... (Le lee para sí.)

RITA. ¡Ya estoy contenta!—
Mas ¿quién le saca del morro
la tercera diligencia
que me achaca? Que lo indague
ó que reviente. ¡Habrá bestia!

ESCENA VII

CONSUELO; después ANTONIA

CONS. (Con desaliento.) ¡No me engañé! Su traición
manifiesta. No tenía
que leerla... Ya la había
leído mi corazón.

ANT. ¿Pero no sales de aquí?
¿No vienes?

CONS. (Arrojándose en sus brazos.) ¡Madre del alma!
ANT. ¿Qué es esto?
CONS ¡Me vende!
ANT. ¡Calma,
por Dios!
CONS. ¡Me vende!
ANT. Habla, dí...
CONS. (Mostrando la carta.) De Abela... de esa...
ANT. Ya sé.
CONS. A Ricardo se la envía....
ANT. ¿Y es una prueba, hija mía?...
CONS. Oye... (Va á leerla y se detiene para enjugarse los ojos.)
¡No sé si podré!
(Lee.) «Mucho agradezco el recuerdo.—Hermosas flores.—Temo que al fin habré de cantar en el concierto del Marqués del Monte. Supongo que allí nos veremos.»
¡Ya ves, hoy precisamente,
hoy este dardo me clava!
Las flores que yo aguardaba
eran para... ¡Ah! voy...
ANT. ¡Detente!
¿Qué intentas?
CONS. ¡No es justo, no,
que intercepte esta misiva;
y á fin de que la reciba
voy á entregársela yo!
ANT. ¡Ni una palabra, ni un grito!...
Por Dios, hija, que no parta
de tí... Ni está en esa carta
tan probado su delito.
Son obsequios inocentes
dar flores á los artistas...
CONS. (¿Qué haré?)
ANT. Tú misma...
CONS No insistas,
No me engañas; no lo intentes.
(Yo tengo la culpa, sí,
la tengo. Está ese traidor
tan seguro de mi amor,
que no se acuerda de mí.

¿Quién duda que ni un momento
me olvidara, si le diera
á probar algo siquiera
de este placer que ahora siento?)
¡Oh! Yo diré al fementido...

ANT. ¿Qué?

CONS. ¿Pides que no le ultraje?

ANT. Que mi hija no se rebaje
hasta ultrajarle, eso pido.
¿Cómo quieres que no impida
que suene en lucha afrentosa
con el nombre de su esposa
el nombre de su querida,
si después de esa cuestión
quedaréis en realidad
tú con menos dignidad,
él con menos sujeción?
Bien sé que en este momento
de dolor y de arrebato,
te parecerá más grato
el recurso más violento;
mas nunca llegues á usar
las armas de la violencia:
obrar bien, prestar paciencia,
tenerle amor y esperar.
Será terrible destino,
será suerte desgraciada;
pero una mujer honrada
no conoce otro camino.
Créeme: ninguna triunfó
sin abnegación y calma.

CONS. Y ¿quién se queda en el alma
con esta flecha? ¡Yo no!

ANT. (¿Cómo haré?) Libre te dejo:
él con prevención injusta,
cuando algo en tí le disgusta,
dice que yo lo aconsejo.
Me increpará; no podré
seguir viviendo á tu lado...

CONS. ¡No, madre! Pierde cuidado:
yo callaré, callaré.

ANT. (¡Infelíz!) Ven. Yo confío

que si juzgas advertida
el caso...

CONS. ¡Y con esta herida
sufrir y callar, Dios mío!

ESCENA VIII

FULGENCIO, que oye las últimas palabras; después RICARDO y DICHAS

FULG. ¿Qué es esto?...

ANT. Ya usted lo ve:
que llora.

FULG. Pues no adivino...

ANT. La buena sombra, vecino,
la buena estrella de usté,
que hoy no parece que está
en su mejor influencia.

FULG. ¿Yo?...

RIC. ¿Vamos?...

CONS. (Levantándose.) (En su presencia
no podré...) ¿Vamos, mamá?

ESCENA IX

FULGENCIO y RICARDO; se miran un momento sorprendidos.

RIC. Partió lo mismo que un rayo
al verme. ¿Qué hay?

FULG. Mar de fondo.
Si el lacayo...

RIC. No: respondo
de la lealtad del lacayo

FULG. ¿Si habrá pasado revista
á tu escritorio?

RIC. No temo.

FULG. ¿No hay cartas?

RIC. Todas las quemo.
Yo no soy coleccionista

de ternezas.

FULG. Pues, Ricardo,
aquí ha habido algún tropiezo.
¿Te hicieron el aderezo
igual al suyo?

RIC. Lo aguardo.
Pronto estará concluído.

FULG. Hombre, ¿quién llega á entregar...?

RIC. Pero ponte en mi lugar:
Abela...

FULG. ¡Chist!

RIC. Ya se han ido.
La noche que aquí tantó
se humanó por vez primera,
y hasta me dió la pulsera
que el Marqués le regaló.
El gustillo de vencer
á saborear empiezo,
cuando exclamó: «¡qué aderezo
tan lindo el de tu mujer!...»
Yo repliqué desdeñoso:
«Poco vale,» y no mentía;
pero ella insiste y porfía
en que es muy lindo y precioso.
Y como tanto insistió,
dije: «no lo alabes más:
otro idéntico tendrás
mañana mismo.» Aceptó.
Francamente, yo creía,
como era cosa ligera
el aderezo, que hubiera
otro igual. Pues no lo había.
Y puesto en apuro tal,
para salir del empeño,
mandé sacar un diseño
y entregué el original.

FULG. Si nota...

RIC. No tengas pena:
le diré que tú lo tienes,
porque á Facunda previenes
otro igual.

FULG. Hombre, ¡qué buena

ocurrencia! ¡Conque yo
otro regalo he de hacer!...

RIC. Pregúntale á tu mujer
si es buena ocurrencia ó no.

FULG. Por eso no quedas mal.—
Pero esa Abela y su halago,
pueden hacer un extrago
en tu fama y tu caudal.

RIC No temas tales reveses.
Yo nunca suelto la rienda,
y gasto de alma y hacienda
no más que las intereses.
Nunca llegan mis dispendios
al capital: tengo calma
interior, y hacienda y alma
aseguradas de incendios.

FULG. Consuelo...

RIC. Tan de verdad
la quiero, que aún no me ha hastiado
el amor desatinado
que me tiene.

FULG. ¡Qué bondad!
Joven, hermosa...

RIC. Excelente;
con gracia y entendimiento;
la hice, y no me arrepiento,
mi mujer... perpétuamente.
Mas si celosas pasiones
exaltan su fantasía,
y se convierte en espía
y en fiscal de mis acciones,
y me atosiga é increpa
por la apariencia más leve...

FULG. Si llega á saber...

RIC. (Con mucha energía.) Pues debe
ignorarlo, aunque lo sepa.

FULG. Mira, mira: eres testigo
del gozo particular
conque ayudo al bienestar
y al deléite de un amigo.
Mas si surgen incidentes
de drama, y tú te alborotas,

y ella se irrita y hay notas
desafinadas, no cuentes
con mi apoyo.

RIC. ¡Hombre, por Dios!...

FULG. Pues bien, acepta un remedio.

RIC. ¿Cuál es?

FULG. Poner tierra en medio.
La empresa de que los dos
somos consejeros, tiene
hoy en París importantes
negocios...

RIC. Sí, y apremiantes;
y está acordado y conviene
que uno de nosotros parta...

FULG. Hoy pensaba proponerte
á Fernando.

RIC. ¿Sí? (¡Qué suerte!)

FULG. Ya tengo escrita la carta
credencial. Él va á venir.

RIC. ¿Y firmará?

FULG. De seguro.
Pero tú, ¿te irás?

RIC. Lo juro.

FULG. ¿Te irás?

RIC. ¿Pues no me he de ir?
¡Si á París se marcha Abela!

FULG. ¡Demonio!

RIC. Y tiene interés
en que la acompañe un mes...

FULG. Pues digo...

RIC. Y tanto lo anhela,
que si hoy mismo puntual
mi decisión no le advierto,
dice que dará un concierto
en casa de mi rival.
¡Oh! tú eres mi providencia.
Sácame la comisión,
y entonces ya la excursión
no es convenio, es coincidencia.
Y me puedo ir y volver
sin que censuras severas...
¿Ves, hombre?... ¡Si aunque no quieras

me tienes que proteger!...
Ayudabas mi aventura
cuando tú estabas pensando...
Oigo la voz de Fernando
ahí dentro... Por Dios, procura...
haz que el nombrado sea yo.

FULG. Pues dígole á usted que el cuento...

RIC. O me voy sin nombramiento,
y el escándalo...

FULG. Eso, no.
No, por Dios. En mí confía.
Pero has de restablecer
la paz. Hoy que mi mujer
celebra...

RIC. Cierto, y la mía...
¡Ah! Ya la causa comprendo
de su enojo extraordinario.

FULG. ¿Cuál es?

RIC. Cierto aniversario
que había olvidado.

FULG. Corriendo,
tranquilízala.

RIC. Y si tiene
algún recelo de Abela...

FULG. Ve...

RIC. Sí; cualquier bagatela
dispondré... Fernando viene.

ESCENA X

FERNANDO y FULGENCIO

FULG. ¡Oh, Fernando!

FERN. ¿Cómo va?

FULG. ¡Hombre, que sea menester
que te escriba mi mujer
para que vengas acá!

FERN. Mis asuntos, mis desvelos...
¡Vives muy bien! (Mirando al jardín.)

FULG. Bien vivimos.
Ricardo y yo construímos

estos hoteles gemelos.
Jardín en comunidad,
y lo demás separado.

FERN. ¿Viven?...

FULG. En este de al lado.
Es toda la vecindad
de amigos. Aquí reuno
concurso muy escogido.
Tú faltabas, has venido,
ya no me falta ninguno.

FERN. Yo ni visito, ni sé...

FULG. Pues vida nueva, Fernando.
Ahora me estaba ocupando
en aquel asunto...

FERN. ¿En qué?

FULG. Que pensara me encargaste
qué individuo del consejo
sabrá con mejor despejo
tratar en Francia...

FERN. ¿Y pensaste...?

FULG. Sí tal.

FERN. ¿Y quién?

FULG. Juzgo yo
que Ricardo es la persona...

FERN. Pero ¿él con gusto abandona
su .. su casa?

FULG. ¿Por qué no?
Toma con gran interés
los negocios.

FERN. No se duerme.

FULG. A otra cosa. Vas á hacerme
un gran favor.

FERN. ¿Y cuál es?

FULG. La plaza que aún no has provisto,
la de segundo letrado,
para Enrique Maldonado
la pretendo: es hombre listo
y capáz; y esto mi esposa
me pide con gran instancia,
que es amiga de la infancia
de su familia y me acosa,
y... chico, no hay quien posea

tranquilidad ni placer,
en tanto que su mujer
no alcanza lo que desea.
A prevención tengo allí
las credenciales escritas
de ambos. Firmas y acreditas
tu amistad... ¿Qué miras?

FERN. (Mirando hacia el jardín.) ¡Si...
¡Antonia!... ¡Pobre mujer!...
¡Qué desmejorada está!

FULG. También Consuelo andará
por el jardín. A comer
vendrán las dos.

FERN. (Con gran sorpresa.) ¿Las dos vienen?...

FULG. ¿Qué significa ese espanto?

FERN. ¿No hay causa?

FULG. No para tanto.
Qué, ¿temes que te envenenen?

FERN. Pues Fulgencio, aunque me pesa
burlar tan dulces intentos,
ni firmo los nombramientos
ni os acompaño á la mesa.

FULG. ¿Cuándo serás servicial
y complaciente conmigo?

FERN. ¿Cuándo, dulcísimo amigo,
tendrás sentido moral?

FULG. ¿Procurar la unión, la calma
y el bienestar de las gentes...?

FERN. (Interrumpiéndole.)
¡Pero, hombre, que nunca cuentes
con el corazón ni el alma!
¿Quieres que acepte el convite
con sonrisa de placer,
y á fin de que esa mujer
ni se alarme ni se agite?
¿Quieres que tanta amargura
dentro de mi pecho guarde,
siendo cómplice cobarde
de mi propia desventura?
O al ver tanto testimonio
como la fama publica
de que el crimen rectifica

errores del matrimonio,
¿quieres que acechando esté,
mendigo de torpe amor,
por ver si logro traidor
lo que honrado no logré?
¿Quieres que mi abatimiento
dé disculpa á su traición,
y mi propia humillación
calme su remordimiento?
¡No! ¡Deja que la importune
la conciencia, que la hiera;
deja que exista siquiera
este lazo que nos une!

FULG. ¿Estás loco? ¿Quién ni cuándo?

FERN. Adios, adiós.

FULG. ¿Ni áun te quedas?

FERN. Discúlpame como puedas.

CONS. ¿Fulgencio? (Entrando.)

FERN. ¡Esa voz!...

CONS. (Entra sorprendida y cortada.) ¡Fernando!

ESCENA XI

CONSUELO, FERNANDO y FULGENCIO

FULG. (Notando la turbación de los dos y riendo.)
¡Jesús!... ¡Qué ridiculéz!...
¡Vaya un paso divèrtido!
¿No os conocéis? ¿No habéis sido
amigos de la niñéz?
Pues con gran placer oía (A Fernando.)
tus triunfos hace un momento.

CONS. Y lágrimas de contento
mi pobre madre vertía. (Pausa.)
Pero si estaban tratando...
si estorbo...

FULG. ¡Qué desatino!

CONS. Quisiera saber, vecino...
con tu permiso, Fernando.
(Pasa al lado de Fulgencio.)
¿Es verdad que da un concierto

el Marqués del Monte?

FULG. Sí.
Digo, eso dicen; á mí
aún no me ha invitado.

CONS. (Con amargura.) (¡Es cierto!)

FULG. Facunda sabrá mejor...
Saluda. (Aparte á Fernando.)

CONS. (¿Cómo evitar?...
¡Si yo pudiera abrasar
en celos á aquel traidor!...
Este sólo, este podría
inquietarle.) ¿Conque hoy
comes aquí?

FERN. No: me voy.

CONS. Vecino, pues yo creía...

FULG. Tiene que hacer, pero aún trato...

CONS. Pues, Fernando, que nos veas
antes de irte; no seas
ingrato.

ESCENA XII

FERNANDO y FULGENCIO

FERN. ¡Me llama ingrato!
¿Has oído?... ¡Ingrato á mí!
¡Ingrato!!!

FULG Nó tal: si fué...

FERN. ¿Por qué no me fuí? ¿Por qué
la escuché?... ¿Por qué la ví?
(Cae desolado en una silla, cubriéndose el rostro con las manos.)

FULG. Tú que tienes tanta calma,
tanto valor, no acrecientes...

FERN. Sí; ¡pero son más valientes
los que han nacido sin alma!
¡Qué pronto se recobró!
¿la viste?... ¡Y yo conmovido
temí perder el sentido
cuando á mi lado pasó!

FULG. Ese aislamiento enfadoso

en que te encierras, agrava
tu pasión.

FERN. Yo recordaba
su proceder cauteloso,
su crueldad, su engaño atróz!
¡cómo me hirió; de qué modo
me trató; mas todo, todo
al encanto de su voz
huia, y en su lugar
iban ganando mi sér
su costumbre de vencer
y mi costumbre de amar!

FULG. ¿Tan pronto rindes la palma?

FERN. ¡Desde niña la he querido,
y á un mismo tiempo ha crecido
en el mundo y en mi alma!
Yo...

ESCENA XIII

LORENZO y DICHOS

LOR. Señor... (Hay dos señores).

FULG. Dí.

LOR. Mi amo pretende...

FULG. ¿Qué?

LOR. Que la señora de usté
le preste un ramo de flores
hoy mismo; y es necesario
que mi ama no lo entienda
ni lo atisbe.

FULG. (Ni comprenda
que olvidó el aniversario.
Éste cubre la apariencia,
y aquél de amor desvaría.)
Bien.

LOR. (¿Y por qué callaría
la *terceira* diligencia?)

ESCENA XIV

FERNANDO y FULGENCIO

FULG. ¿Ves, Fernando? Es un abismo
el corazón. Hoy te abrasas
por ella... Pues si te casas,
quizás te pase lo mismo
que á Ricardo. (Fernando lo mira con sorpresa.)
Ya es sabida
la historia.
FERN. ¿Cuál?
FULG. Es amante
de Abela.
FERN. ¿De esa cantante?...
FULG. De esa.
FERN. ¿La ama?
FULG. Es su querida.
FERN. ¿A Consuelo es desleal?
FULG. ¡Qué diablos, sí!
FERN. ¿Y ella ignora?...
FULG. Yo no lo sé; pero llora
su rigor.
FERN. (Con ira.) ¿La trata mal?
FULG. ¡Quiá!... No: le da cuanto anhela!
Es generoso y cortés.
Mas quiere pasar un mes
en París con esa Abela.
Por esto...
FERN. ¡Quiere marchar!...
FULG. Tras ella se quiere ir.
Yo te ruego, por cubrir
la apariencia y evitar
las censuras, que le demos
la misión...
FERN. (Pasándose la mano por la frente y muy abstraído.)
(¡Abandonada!)
FULG. (Reparando en su turbación.)
¿Qué tienes, chico?
FERN. No, nada...
RIC. Señores... (Entrando.)
ULG. (Á Fernando.) Luégo hablaremos.

ESCENA XV

RICARDO; después CONSUELO y DICHOS

RIC. Fernando, muy bien venido.
FERN. Gracias.
RIC. ¿Firmó? (Aparte á Fulgencio.)
FULG. No ha firmado.
Ahora le hablaba...
RIC. Después
hablaré á usted de los varios
asuntos que hay que tratar
en París.
FERN. Sí, más despacio
hablaremos. Hoy no puedo...
FULG. Hoy no puede acompañarnos.
RIC. ¿No?
FERN. Tengo que hacer... ¡Señores..!
CONS. Pero ¿te marchas, Fernando,
sin saludar á mi madre?
En el jardín inmediato
está; ven, tiene noticia
de que has venido, y acaso
la pobre aguarda impaciente
tu visita.

ESCENA XVI

LORENZO y DICHOS

LOR. De un lacayo
del señor Marqués del Monte.
(Entrega una carta á Ricardo.)
CONS. ¿De quién?
FERN. Sí, ¿cómo excusarlo?
(La veré, me iré...)
FULG. (Ya puedo
hacer el curioso encargo
de las flores.)

ESCENA XVII

CONSUELO y RICARDO

CONS. ¿Da por fin
el concierto?
RIC. Sí, y estamos
invitados.
CONS. ¿Canta Abela?
RIC. Si á ese fin...
CONS. ¡Ah! ¿Se ha marchado
Fernando sin despedirse?
RIC. Es tan raro y tan huraño...
CONS. Raro, sí: tiene talento,
tiene saber, va ganando
reputación, acrecienta
su fortuna con aplauso
de todos, y no por eso
piensa que está autorizado
para ser falso y perjuro
¡y traidor!... ¿Verdad que es raro?
RIC. (Con ira, que reprime en seguida.)
¡Qué dices!... No, no es rareza
la honradéz.
CONS. ¿Y qué has pensado
contestar?
RIC. Que iremos.
CONS. No.
Yo no iré.
RIC. Sí; me hago cargo...
Como tu madre está enferma,
querrás quedarte á su lado.
CONS. (¡Infame!...)
RIC. (Leyendo la esquela) «Contestación
urgente.» Voy en el acto.
(Se sienta á la mesa y coge papel y pluma.)
CONS. ¿Vas á escribir que?...
RIC. ¿Pues cómo
contesto?
CONS. (Se sienta á la mesa.) Pues escribamos.
(Coge papel y pluma.)

Llamaré quien me acompañe,
por no aburrirme.

RIC. Lo aplaudo.
Facunda irá.

CONS. Sí.

RIC. (Escribiendo.) «Querido
Marqués.»

CONS (Escribiendo.) «Querido Fernando.»
(Se miran un momento en silencio. Ricardo continúa escribiendo.)
Sí; no debe interrumpirse
amistad de tantos años.
Vendrá á vernos, y hablaremos,
mezclando en desórden grato
lances del tiempo presente
y recuerdos del pasado.
(¡Y calla!... ¿No he de lograr
ver en sus ojos un rayo
de cólera?...

RIC. (Escribe: apela
al recurso extraordinario
de los celos. Mucha calma:
si nota en mí sobresalto,
soy perdido; cada día
tendremos un nuevo ensayo
de este sistema.)

CONS. Ahora el sobre.
Puedes tomarte el trabajo
de cerrarla, y cuando mandes
la tuya dale al criado
también esa, porque á un tiempo
pueda hacer los dos encargos.

ESCENA XVIII

RICARDO; después FULGENCIO

(Va á coger la carta y se detiene.)
¡No! Sólo porque lo lea
el tal billete ha fraguado:
que cuando vuelva lo encuentre

en el mismo sitio intacto.
A Fernando la dirige,
porque lo juzga más apto,
porque fué... ¡cuánto se engaña!
Le ofendió demasiado
para que otra vez le ame.
Penetro el íntimo arcano
de su pecho; que quien tiene
menos amor ve más claro.

FULG. Ya tienes el ramo listo.

RIC. ¿Sí? Buena está para ramos
Consuelo; mas yo, cual siempre,
le pienso hacer mi regalo.

FULG. Muy bien; y si el otro firma
la comisión...

RIC. Sin escándalo
me marcharé; mas que firme
ó que no firme, me marcho.

ESCENA XIX

FULGENCIO; después FERNANDO

FULG. Éste rabia; la otra llora;
mi mujer echa venablos
contra mí, pues se figura
que si esa plaza no alcanzo,
es porque yo... ¡Bien! ¿Se ha ido
sin despedirse? No tanto:
aquí vuelve Si pudiera
hacerle firmar al paso...
(Se acerca á la mesa; repara en la carta de Consuelo y la coge.)
A Fernando. Y es la letra
de Consuelo. ¿Habrá logrado
mi esposa que ésta también
escriba recomendando
á Enrique?...

FERN. (No me engañé...
Consuelo: sintió sus pasos
el corazón. Lejos de ella

podré romper este encanto
que me perturba.)

FULG. Consuelo
aquí esta carta ha dejado
para tí.

FERN. ¿Qué?

FULG. Ni yo sé
qué dice, ni de eso trato.
Ahí tienes los nombramientos
por si te ocurre firmarlos.

ESCENA XX

FERNANDO

«Sola en casa de once á una
mañana...» ¿Estoy delirando?
«Ven, y hablaremos, Fernando,
de nuestra varia fortuna.» (Pausa.)
Punzante frío penetra
mis huesos. No es sueño, no.
(Mirando el sobre y recreándose en él.)
Es mi nombre: lo escribió
su mano letra por letra...
Brilla entre ellas cariñosa
su mirada; oigo su acento;
y... ¿quién lo creyera? ¡Siento
una angustia dolorosa!
¡Dichas que yo merecí
en cambio de amor sincero,
por tanto obscuro sendero,
¡qué tristes llegáis á mí!
En la paz de la inocencia
las buscó mi tierno afán:
¿por qué, por qué se me dan
á costa de mi conciencia? (Pausa.)
Surge al par que mi deseo,
de la vida que me aguarda
el cuadro... ¡Y no me acobarda! ..
Y es horrible... ¡sí! Ya veo
el acechar escondido;

la perdurable falsía;
el placer sin alegría;
el tormento sin gemido;
afectos que se reprimen;
conflictos que la impostura
proteje; y como ventura
suprema, ¡paz en el crimen!
(Pausa corta.)
¡Cese tu latir extraño,
(Con la mano en el corazón.)
y préstame decidido,
ó virtud para el olvido
ó infamia para el engaño!
Huir... Mil veces huiría,
y el papel que ahora recibo,
como á esclavo fugitivo,
á sus piés me arrastraría
mil veces! ¡Honor!... ¡Deber!...
Calle, conciencia, tu grito:
(Golpeándose en el pecho con ira.)
si no impides el delito,
¿por qué turbas el placer?...
Yo, ¿qué he jurado?... Me espera...
Yo no he jurado extinguir
mi amor. Iré. ¿No he de ir?...
¡Aunque el mundo se opusiera!
¡Abra el alma con anchura
sus poros, y entre de lleno
el delicioso veneno
de que el mundo me satura! (Pausa corta.)
Ni ella le quiso, ni él la ama.
Les unió la ceguedad...
Fué un sueño... ¡Sólo es verdad
que la adoro y que me llama!
¡Eh!... ¡Valor!... Que no trascienda
el dulce y activo fuego
que ya me inunda. ¡Sosiego!...
¡Calma!... Temo que me venda
mi afán; que mi rostro mismo
mis intenciones proclame...
¡Si alguno de tanto infame
me prestara su cinismo!...

¡Oh! Yo aprenderé á cubrir
mi pasión; yo aprenderé.
¿Qué semblante miraré
que no me enseñe á mentir?
¿Él?... Ya prepara su ausencia..
¿Ella?... Burló mi pasión,
y áun quiso que la traición
me pareciese inocencia.
Fulgencio.... ¡Si ese ha nacido
para que el remordimiento
no exista, y viva contento
el mundo!

ESCENA XXI

FULGENCIO, y después y sucesivamente LORENZO, RITA, ANTONIA, CONSUELO, RICARDO y FERNANDO

FULG. ¿Qué has decidido?
FERN. Servirte; hacer cuanto anheles;
quererte, amarte...
FULG. ¡Oh sorpresa!
FERN. Y acompañarte á la mesa,
y firmar esos papeles.
FULG. Pues este es el nombramiento
de Enrique.
FERN. (Se acerca á la mesa.) Verás si tardo
en firmar.
(Y firma. Fulgencio toca el botón de un teclado. Suena dentro una campanilla.)
FULG. El de Ricardo
es aquél... (Sale Lorenzo.)
FERN. Sí, sí; al momento.
Ya está el uno, toma. (Se lo entrega.)
FULG. Ten:
(Dándole el mismo papel á Lorenzo.)
á mi esposa... Oye.
LOR. (Volviendo.) ¿Señor?
FULG. Y que agradezca el favor
á tu señorita. (Vuelve á tocar el botón.)

LOR. Bien. (Vase.)
FERN. Ya están firmados los dos
y áun ciento...
FULG. (A Rita) Dí sin demora
á tus amas que ya es hora
de comer.
(Se va Rita por la puerta que da al jardín.)
¡Gracias á Dios
que ya tu ingrato desvío...
FERN. ¿Desvío?... ¡De tal manera
te quiero ya, que fundiera
tu corazón en el mío!... (Se abrazan.)
(Salen doña Antonia, Consuelo y Rita.)
FULG. Aquí están... (A Fernando.)
ANT. (A Fernando.) ¡Ah!... ¿Te arrepientes
de marcharte?
FERN. Sí. (Sale Ricardo.)
FULG. Le insté...
FERN. Y me he quedado. Pues ¿qué?...
¿No he de vivir entre gentes?
FULG. Ahí tienes: comisionado
en París.
(Entregando á Ricardo el nombramiento.)
RIC. (¡Oh, gozo! ¡Emigro
con Abela sin peligro! (Ap. á Fulgencio.)
FULG. De nada. Quita el enfado...
RIC. Ya no hay concierto: no iré.
FULG. Pues ve... (Empujándole hacia Consuelo.)
RIC. ¡Chica!...
CONS. (¿Qué me quiere?)
FERN. (Esta mirada me hiere:
(Esquivando la mirada de Antonia.)
está sola.)
RIC. ¿Sabes?...
CONS. ¿Qué?
RIC. Quiero verte satisfecha.
No iré al concierto.
CONS. (¡Surtió
su efecto la carta!)
RIC. Yo
tengo respeto á la fecha
que corre. En casa te guardo

algo que te ha de agradar.

ANT. ¡Fernando!...

FERN. (Esquivando su mirada.)
Tengo que hablar...

ANT. ¿Qué le perturba?

FERN. ¿Ricardo?
Ya sabe usted la importancia,
y aun la urgencia...

RIC. Ya lo sé.
Mañana mismo saldré,
si es preciso, para Francia.

CONS. ¡Ay, madre!... ¡Ya he conseguido!...

FERN. ¿Mañana?

RIC. Si esto conviene ..

CONS. No va al concierto: me tiene
su regalo prevenido.

FULG. ¿Lo ve usted? Paz biehechora (Á Antonia.)
va reemplazando al afán...

LOR. (Que sale ahora.)
Ya los señores están
servidos.—De la señora,
(Entregando á Consuelo un ramito de flores, en medio del cual viene un broche de los que llaman imperdible.)
que desea, si es posible,
que usted lo luzca en la mesa.

CONS. ¡Oh! ¡Qué agradable sorpresa!
¡Gardenias y un imperdible!
Nadie á Facunda le gana
en buen gusto: ¿ves qué broche?

LOR. Pues de trapillo, y en coche
de alquiler, y de mañana,
para elegir con esmero
el regalo, fué muy lista
al puesto de la florista
y á la tienda del joyero,
que llevó sus complacencias
hasta hacer doña Facunda
la primera, y la segunda,
y todas las diligencias.

CONS. Es amable y cariñosa.

RITA. ¡Y tanto!... Calla, ó reviento.

(A Lorenzo, que se le acerca: los dos hacen esfuerzos por contener la risa.)

ANT. ¿Qué os pasa? (A Rita y Lorenzo.)

FULG. Nada: el contento
que en los semblantes rebosa.
Note usted...
(Señalando á Ricardo y á Fernando, que se dan las manos.)
¡Mi estrella es buena!

ANT. Pues mire usted qué manía...

RIC. ¡En marcha!

ANT. ¡Tanta alegria
á mí me mata de pena!

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

Gabinete de Consuelo, adornado al estilo moderno con el mayor lujo y elegancia posibles. Paredes cubiertas de acuarelas, paisajes y cuadros de diferentes tamaños con marcos riquísimos de talla. Magníficos jarrones del Japón en las rinconeras. Dos puertas á cada lado y una en el fondo. Un armario antiguo que sirve de joyero, colocado entre las dos puertas de la izquierda del espectador.

ESCENA PRIMERA

LORENZO; después RITA

Lorenzo se asoma con cuidado á la puerta del fondo y examina con la vista la habitación antes de entrar.

LOR. ¡Bien!... Naide. Ya doña Antonia
se encontrará recogida,
que es la *primeira* en la casa
que se escurre y se retira
á su cuarto: anda la *probe*
fatigosa y *coitadiña*.
Aquí estarán: si pudiera...
(Mira por las cortinas de la primera puerta que está á la derecha del espectador.)
Aquí están, las dos *juntiñas*:

el ama *mu* reverenda
en su butaca, y mi Rita
está echadita á sus piés,
como mansa *cordeiriña*.
¿*Falan*? No. ¡Rezando están,
rezando las dos solitas!...
¡Qué *ben* me la está criando
el ama! ¡*Ben* me la cria!
Dobla el rosario. Ya sale
mi nena... No, que se arrima
á la mesa y coge un vaso
y á su ama se lo aplica
á la boca.—*Bon* provecho
la faga la medicina
Hora le arregla el cabello:
¡ay, qué *manu*! Y pone y quita
horquillas... *Peru* ¡qué *manu*
tan cariñosa y tan linda!
Ya viene; ya sus pasicos
me están haciendo cosquillas
en el alma.

ESCENA II

RITA y LORENZO

RITA. ¡Hola! ¿Tan pronto
de vuelta?

LOR. Quien *vene enriba*
del coche, *volve* muy presto;
y *ainda mais* si camina
sobre querencia. Ya queda
el ama joven metida
en su palco del Teatro
Real.

RITA. ¡Y qué pocas habría
tan hermosas!

LOR. Esta noche
estaban *toudas garridas*.
Por las *portas* de los coches
bajaban *encojidiñas*

y *arrugadiñas*; y á *logo*,
al tomar tierra, se erguían
dando un brinquito, y brillaban
cuajadas de *pedras* finas.
Todas con falda rumbosa;
todas sus brazos lucían
desnudos, pero *cubertos*
con un *pouco* de *farina;*
y el pelo con miriñaque
y los hombros sin camisa.
Es función regia. Vendrá
mu tarde la señorita...
Pero ¿*cándo* la señora
se *acosta*?

RITA. Duerme vestida
en la butaca, que así
no siente tanta fatiga.
Ya le he dado la tintura
de digital, que le alivia
el corazón. Ya estará
durmiendo.

LOR. Pues ya es justicia
que goce el alma un ratito
de *desafogo* y de dicha.
Conque Rita... estoy *resolto:*
he echado mis *contas*, Rita.

RITA. Y de esas cuentas, ¿quién sale
alcanzado?

LOR. Yo querría,
la verdad, que tú salieras
alcanzada, y áun cogida
y presa... presa en mis brazos,
mentras me dure la vida.

RITA. ¿Nada más?

LOR. Porque eres *bona*
rapaza, *bona* y *cumprida;*
y *ainda mais* tan *falangueira*
y tan mimosa... Y *ainda*...
porque te *quero* y *requero*
¡*miña carrapucheiriña*!

RITA. ¡Demonio! ¡Pues sabe Dios
lo que habrás dicho!

LOR. ¿Te *enrita*
el *requebro mais suave*
que hay en mi *terra*?

RITA. Pues mira,
no me sonó la palabra
á cosa buena.

LOR. ¡Ea, *meniña*!...
Ben pode ya mantener
mi *facienda*, aunque *pouquita*,
á tí, y á mí y á los *fillos*
tamén, si Dios los envía.
¡*Fartas* penas, y *traballos*
y angustias *teño* sufridas!
Ya de rapáz porteaba,
lo *mesmo* que las *formigas*,
dos ú tres veces el peso
de mi *corpo* en las costillas.
Y *dormiendo* en los *pallares*,
y *vivendo* en las esquinas,
con mi sudor he regado
todo el *solo* de la Villa.
Y á *logo* sobre el pescante
pasaba las noches frías
engarroutado y *tembrando*
con la nieve y la ventisca.
¡*Non* sirvo *mais*! Ya non sirvo
mais que á Dios y á mi *Ritiña*!
Heredada del mío padre
teño una casa bonita;
y *traballando* y guardando,
y en *forza* de economías,
ya *teño* mercado un campo,
y *outro* mayor, y una *hortiña*,
y *trenta* vaquiñas, *trenta*,
que dadas á *aparceiria*
dejan *mu ben* lo que basta
al sostén de una familia.
Toudo es tuyo: nos casamos
y nos vamos en seguida.
¡De pensarlo, el corazón
se *folga* y brinca que brinca!
Ven, gozarás en mi *terra*

el fruto de mis fatigas,
y verás, *sempre juntiños*,
qué *ben* pasamos la vida;
que pan tan *ben traballado*
se goza con alegría.

RITA. Esto de hacerme gallega,
la verdad, me causa grima;
mas te quiero y... ¿Qué he de hacer?
me iré contigo á Galicia;
que en fin, ¿adónde no irá
la que salió de Sevilla?

LOR. ¿Y *pensas* que hay en el mundo
mejor *terra* que la mía?
Nenguna. Ya te estoy *vendo*
absorta y *emboubadiña*.
Verás cascadas y lagos
donde los cielos se miran,
y montañas *sempre* verdes,
y *veigas sempre froridas;*
y torrentes que se esconden
en hondonadas *sombrisas*,
y *ribeiras apacibres*,
y *fontiñas* cristalinas,
y cabos tempestuosos
que á los mares desafían;
y allí las olas *berrando*
veñen y van, *sempre* vivas,
y *cando* trepan, se alegran,
y *cando cayen, sospiran*.
Y en las *festas popolares*...
¡Ay, Rita! .. Ya se aproxima
de la Virgen de la Barca
la famosa romería.
Casémunos y *marchémunos:*
verás la Virgen bendita
qué *ben* ocupa su barca
dourada, y en las orillas
dos *angeliños* que reman
y parece que la guían.
Y verás llenas de gente
las *veigas* y las *coliños;*
que de la *terra y la mare*

venen á hincar la rodilla
á los piés de *nostra* Virgen
de la Barca. ¡*Ay, rapasiña*!
¡Quién escuchara contigo
las campanas de su ermita!

RITA. Me iré... me iré hasta la fin
del mundo en tu compañia.
Mas, Lorenzo, ten paciencia:
mientras mi señora viva,
no la dejo y más estando
enferma.

LOR. ¡Esperar *ainda*
tanto *tempo*!...

RITA. Por desgracia
será poco. Cada dia
siente al subir la escalera
más angustia y sofoquina.

LOR. Si ha de ser... mímala: así
cuando el testamento escriba
te dejará algún *recordo*.

RITA. ¡Eh, calla! Lo mismo haria
si fuera mi ama más pobre
que las ratas. ¡Pòbrecita!...
¡De puerta en puerta pidiera
limosna para asistirla!
Tan buena, tan...—Que en presencia
del ama joven no digas
si está grave ó no está grave
la señora.

LOR. ¿Yo? Ni pizca.

RITA. No quiere que le hable nadie
de su mal, y áun le suplica
al Doctor que se lo oculte,
y le ofrece que ella misma
se lo dirá poco á poco.

LOR. ¿Y le ha dicho?...

RITA. ¡Quiá! Unos dias
porque su niña está alegre
y le da pena afligirla,
y otros porque se figura
que está muy triste su niña,
calla y sufre... ¡Y está mala!

¡Si vieras qué pesadillas
tan horribles!...

LOR. ¿Se lo has dicho
al Doctor?

RITA. Dice que es síntoma
de su mal. Pugnaba anoche
por gritar, y no podía.
¡Ay, qué susto! A duras penas
la desperté; y ya tranquila,
me contó que había soñado
que salió sola su hija
en un coche, y que movidos
de cólera repentina
los caballos, se lanzaron
al escape, y en seguida
quedó por tierra el cochero
y rotas todas las bridas.
Siguieron ya desbocados
y furiosos; y á medida
que iban corriendo... ¡Ay, Lorenzo,
qué miedo! se convertían
en tigres! y acelerando
aún más su feróz huída,
entraron en un desierto
espantoso, sin orillas,
sin un árbol, ni una fuente,
ni... ¿Quién?

(Sintiendo los pasos de Consuelo que entra apresurada por la puerta del fondo y se dirige al armario. Viste de rigurosa etiqueta y gran lujo.)

(¡Ah! ¿qué significa
esta vuelta?

LOR. (Pues ¿en dónde
ha venido? El coche...)

ESCENA III

CONSUELO y RITA

CONS. ¿Rita?
La llave.

RITA. ¿Dónde?...
CONS. En la bata
que me quité: ve, registra
los bolsillos. (Pausa.) Si lo he visto
con mis ojos, ¿todavia
dudo? Si estaba en el palco
inmediato, y ella misma
me provocaba y ansiaba
que yo fijase mi vista
en su... ¡Calma! No perdamos
la cabeza.
RITA. (Volviendo.) Señorita...
(Le entrega la llave y sale por la puerta del fondo.)

ESCENA IV

CONSUELO; después FULGENCIO

CONS. Estoy segura, y aún temo
que la evidencia me impida
dudarlo...
FULG. Sí... aún no ha salido
de su casa, y yo la hacía...
¿Qué busca?... Temo que llego
tarde á pesar de mi prisa.
CONS. No, no está.
FULG. (Notó la falta.)
CONS. Ni aquí... Ni aquí...
FULG. Vecinita,
no busque usted su aderezo.
CONS. Usted...
FULG. Sí tal; si venía
á dejárselo...
CONS. Pues ¿cómo?...
FULG. Nada: una prueba sencilla
de amor conyugal; un nuevo
capricho.
CONS. Pero ¿qué enigma?...
FULG. Lo diré; ya no es posible
gozar, como pretendía,
la sorpresa. Por Ricardo

pude sacar á escondidas
ese aderezo, y mandé
hacer en la platería
otro igual para Facunda.

CONS. ¿Otro igual?...

FULG. Sí, con la mira
de que usted y ella, que forman
una pareja tan linda,
luciesen dos aderezos
iguales el mismo día.

CONS. ¡Ah! Comprendo...

FULG. (Al fin me cuesta
el dinero.) Ya están limpias
las piedras.

CONS. Sí, sí; ya noto...

FULG. Y brillan más.

CONS. Sí que brillan.
¿Y usted, no forma esta noche
parte de la comitiva
campestre?

FULG. ¡Ah! ¿Ya sabe usted
la nueva?

CONS Tengo noticia...

FULG. Como Ricardo se marcha
á París por unos días,
y mi quinta es deliciosa
y la noche está magnífica,
piensan al salir del Real
irse á dormir á mi quinta.
Mañana caza en mi coto,
y Ricardo en la vecina
estación tomará el tren
de la noche. Á esta partida
se han agregado gozosos
varios amigos.

CONS. Y amigas.

FULG. ¿Qué?

CONS. ¿Sabe usted que estas piedras
no me parecen las mismas
de mi aderezo?

FULG. (¡Demonio!)
Pero son piedras más finas

y de más fondo, y en fin,
mejores.

CONS. No son las mías.

FULG. Diré á usted: notó Ricardo
que estaban obscurecidas
algunas, que no eran claras,
y mandó substituirlas
con esas, aprovechando
esta ocasión tan propicia
de dar á usted una prueba
de su ternura exquisita.

CONS. ¡Qué tierno! Mas la ternura
que ahora me pasma y me hechiza
es la de usted. ¡Oh, qué celo
tan próvido! ¡Qué infinita
bondad! ¡Á todos alcanza,
á todos se comunica;
y después de hacer el gasto
de su casa y su familia,
se rebosa en las agenas
tan dulce como solícita!

FULG. Soy bondadoso; mas creo
qne habla usted con ironía,
con ira.

CONS. Pues ¿hay motivo
para que yo tenga ira?

FULG. No tal.

CONS. Si mi esposo marcha
á París...

FULG. Si le designa
la sociedad...

CONS. ¡Y antes de irse
prepara una cacería,
y en ambas... expediciones
lleva consigo á esa indigna
mujer!...

FULG. ¡Cómo!...

CONS. ¡A esa extranjera
infame!...

FULG. ¡Jesús María!

CONS. Que ahora mismo en el teatro
luce mis joyas encima

de su busto, y me provoca...

FULG. Coincidencias fortuitas,
casualidades...

CONS. ¡Vilezas,
y maldades y...

FULG. Vecina,
esas desafinaciones
ya sabe usted que me crispan
los nervios; ya sabe usted...

CONS. Sí, sí; que á usted le horripila,
le repugna que las gentes
tengan alma. Lo sabía.

FULG. Pero usted...

CONS. Como no soy
de condición tan... benigna,
le llamo á la infamia, infamia,
y á la perfidia, perfidia;
y al hombre que las protege
con apacible sonrisa,
le llamo...

FULG. ¿Cómo?

CONS. Fulgencio;
que es lo que más significa
en esto de mansedumbre,
dulzura y filantropía.

FULG. ¿Pretende usted irritarme?

CONS. No es fácil que lo consiga.

FULG. Óigame usted con paciencia,
verá usted desvanecida...

CONS. Ya basta: y esa paciencia
que con su ejemplo predica,
guárdela usted para sí,
que toda la necesita.

FULG. ¿Qué es esto? Explíqueme usted...

CONS. (Si habrá emprendido la huida
el traidor sin despedirse...)
(Mira por la puerta de la habitación de Ricardo.)

FULG. (Es ingrata, es viperina,
es malvada. Me ha irritado
la bilis... ¿Quién me diría?...
Me parece que no vuelvo
á verla en toda mi vida.)

ESCENA V

CONSUELO y después RITA

CONS. Hay prendas de su equipaje
aquí: volverá... ¡Qué fría
iniquidad! «Que este abrazo
nos sirva de despedida,
amor mío; y no te aflijas,
que es breve mi ausencia.» ¡Infame!
Y con esto quizás finja
que ignora mi vuelta y... Voy
á su estancia, y allí fija
le espero... No: no perdamos...
(Toca el botón de una campanilla eléctrica.)
Mejor es: esto le obliga
á entrar sin que yo... (Se presenta Rita.)
Ve, y ciérrate
la puerta que comunica
con estas habitaciones.
RITA. ¿La del pasillo?
CONS. Sí, y quita
la llave. Al ir á su estancia
tendrá que entrar en la mía.

ESCENA VI

CONSUELO

Mal hice en mostrar enojos, (Se sienta.)
y el dolor que me provoca
á Fulgencio. ¡Si estoy loca!...
Si está fija ante mis ojos,
para hacerme enloquecer,
la causa de mi querella;
y veo aquel palco, y aquella (Levantándose.)
desfachatada mujer,
y su orgullo satisfecho,
y su mirada impudente,
y el brillo fosforescente

de mis joyas en su pecho;
y habla, y oyéndolo estoy:
sus voces á mis oídos
llegaban como silbidos
de serpiente: «Sí, me voy
de caza; á París después;
que no me olvidéis, señores.»
Y torpes aduladores,
en tono dulce y cortés,
«divina, sublime, brava,»
y hasta «diosa» le decían:
¡parece que la aplaudían
por lo bien que me mataba!
¡Ah, no! Ricardo no irá
con esa mujer... ¡Dios Santo!
¿y si á pesar de mi llanto
y de mís ruegos se va?
¡Si detenerle no puedo!...
¡Ay! Al pensarlo, Dios mío,
penetra en mi pecho el frío
del desamparo y el miedo. (Pausa.)
¡Qué triste será el momento
en que muestre la experiencia
que ya perdió su influencia
el amor!... que el blando acento,
la queja que amor indica
y que el orgullo suspende,
el enojo que reprende,
la mirada que suplica,
las sonrisas, las memorias
del amor recién nacido,
las armas que han conseguido
tantas, tan dulces victorias,
dejan, perdiendo su encanto,
el alma desamparada,
y ni alegra la mirada,
ni causa dolor el llanto,
ni conmueve el corazón
la voz que lo hizo vibrar!...
¡Qué pena debe causar
tan amarga convicción!
(Procura sosegarse.)

¿Por qué me atormento así
cuando acaso mi recelo?...
Sientos pasos... Él... (Dirigiéndose al fondo.)

ESCENA VII

FERNANDO y CONSUELO

FERN. ¡Consuelo!
CONS. ¡Tú, Fernando!
FERN. Yo.
CONS. ¿Tú aquí?
¿Qué pretendes? ¿Qué reclamas?
¿Tú en mi casa, y á estas horas
en mi casa?
FERN. ¿Pues ignoras
la ocasión? ¿Pues no me llamas?
CONS. ¿Que yo te llamo?
FERN. ¿Es fingida
la carta que recibí? (La saca.)
¿Tú no has escrito?...
CONS. ¡Sí, sí!...
¡Ah, qué infamia! ¡Soy perdida!
¡Vete! (Fernando muestra de nuevo la carta.)
Sí, yo la tracé;
pero fué, Dios es testigo,
porque á Ricardo contigo
darle celos intenté.
Delante dél la escribía,
y escribí de esa manera
sólo para que él la viera.
¡Y el infame te la envía!
¡Huye por Dios!... Su maldad
sin duda un lazo me tiende.
¡Con mi deshonra pretende
conquistar su libertad!
FERN. (¡Celos!...)
CONS. Márchate, y no des
lugar á tan vil intento.
FERN. (¡Conmigo!)

CONS. ¡Vete al momento!
(Pausa corta.)
¿No te vas?
(Fernando la mira con calma feróz, coge una silla y se sienta.)
¿Qué haces?
FERN. Ya ves.
CONS. ¿Qué es esto? Vida y honor
arriesgo... Sal de mi casa.
(Con voz angustiada y suplicante.)
Cada momento que pasa
hace el peligro mayor;
y tanto, que pienso ya
que se aproxima Ricardo,
que aparece...
FERN. Aquí lo aguardo.
CONS.. ¡Fernando!...
FERN. ¡Aquí me hallará!
CONS. Dí, ¿qué proyecto enemigo
alimentas? ¿Por qué agravas
mi mal?
FERN. Por eso me hablabas
con amor... ¡Celos conmigo!
CONS. ¿No te mueve mi aflicción?
¿No ves mi angustia?
FERN. Sí, sí;
y ya es razón que por mí
sufras algo; ya es razón.
¡Yo padecí de mil modos;
yo solo, solo y obscuro!...
¡Mas lo que es hoy te aseguro
que habrá penas para todos!
CONS. ¿Vienes?...
FERN. ¡Vengo!... (Se contiene.)
á realizar
como siempre, tu capricho.
¿No quisiste, tú lo has dicho,
por mi medio despertar,
estimular la dormida
alma de tu esposo amado?
¿No es esto?... Pierde cuidado:
tú quedarás complacida.

CONS. ¿Qué me anuncia ese sosiego
aterrador que comprime
mi espíritu?

FERN. Pero dime:
cuando empezaste por juego
á fingirme afecto...

CONS. (¡Ay, triste!...)

FERN. ¿No te advirtió el corazón
la odiosa profanación
que intentabas? ¿No temiste
resucitar con tu engaño
esperanzas malogradas,
promesas que reiteradas
mil veces, año tras año,
de tu boca fementida
el alma absorta escuchó?

CONS. Yo no debo...

FERN. ¿No tembló
tu mano al tocar mi herida?...
¿No sentiste el desconcierto,
el espanto repentino,
que hasta siente el asesino
en la presencia del muerto?

CONS. Soy honrada... No me es dado
defenderme, aunque condenes...
(Mira á la puerta del foro.)
Si tienes alma, si tienes
conciencia...

FERN. ¿Me la has dejado?
Era mi único sostén
en mi desamparo triste;
pero tú no consentiste
que me quedara ese bien,
y por juego y de pasada
aniquilarlo dispones:
dos palabras, dos renglones
de tu mano, una mirada...
¿no es verdad?... ¡con falso halago
matan la voz del deber,
para que en todo mi sér
fuera completo el extrago!
¡Y á un hombre mi mano dí

con pérfido pensamiento!
¡Y presté consentimiento
al crimen! ¡Y estoy aquí!
¿Hay más plagas que derrame
tu ingratitud en mi pecho?
¿Qué hiciste de mí? ¿Qué has hecho
de mi probidad? ¡Infame!
¡Infame!

CONS. (Con imperio.) ¡Vete!

FERN. ¡Si aquí
la venganza me detiene!
Pero ¿no viene... no viene
tu Ricardo?...

CONS. ¿Intentas?...

FERN. Si...
¡En su rostro he de estampar
la expresión de mis enojos.
La sangre á tus propios ojos
ha de correr y manchar
esta riqueza, este tren,
precio vil de tu falsía!

CONS. ¡Madre!... (Gritando.)

FERN. ¡Calla!

CONS. ¡Madre mía!

ANT. (Dentro.) ¡Hija!...

CONS. ¡Socórreme!... ¡Ven!

ESCENA VIII

CONSUELO, ANTONIA y FERNANDO

ANT. Habla, dí...

CONS. Fernando entró...
No quiere marcharse... Intenta...

ANT. ¡Y eres tú, tú quien afrenta
la casa en que vivo yo!
Dí: ¿qué designios te obligan
á entrar y arriesgar la fama...?

FERN. Esa mujer que me llama;
ella y él; que ellos lo digan.

ANT. ¡Tú! (A Consuelo.)

CONS. Yo escribí, madre mía,
ante mi esposo un papel
sin intención de...

FERN. Sí; y él
con intención me lo envía.
¡Me llaman y vengo aquí:
darle la respuesta quiero
en el rostro!...

ANT. ¡Ah!

FERN. (Arrostrando con ira la mirada de Antonia.)
¡Sí!

ANT. Primero
pondrás las manos en mí,
en mi cara...

FERN. (Retrocediendo.) ¡Yo!

ANT. (Siguiéndole encarada con él.)
¡Pues qué!
¿no intentas furioso un hecho
que del rencor de tu pecho
al mundo noticia dé?
Pues ¿cuál hay que mejor cuadre
al furor que te espolea?
¡Ten valor, y abofetea
la memoria de tu madre!

FERN. Pretende usted...

ANT. Que respetes...

FERN. ¡Que deje en calma este abismo
de iniquidad!...

ANT. Que tú mismo
tu desgracia no completes.

FERN. ¡Puede aumentarse mi mal!...
¿Puede ser mi suerte cruda
más negra?

ANT. Pues ¿quién lo duda,
si intentas ser criminal?...

FERN. ¡Criminal!

ANT. El que se venga...

FERN. ¡La venganza que demando
es justicia!

ANT. ¡No, Fernando!

CONS. (Mirando con angustia á la puerta del foro.)
¡Si viene!... ¡Dios le detenga!

FERN. ¡Nc bastó de un alma esclava
vender la pasión más pura!...
Su perjurio, mi amargura...
era poco, no bastaba.
¡Y del mal que ella causó
haciendo desprecio impío!...

ANT. (Interrumpiéndole, tomándole una mano y abrazándole.)
Tienes razón, hijo mío,
tienes razón. Pero yo,
yo que conservo en mi pecho
grabada tu desventura,
que te amé con la ternura
de madre, yo ¿qué te he hecho?
¿No merece mi aflicción
que tu furia se sosiegue,
siquiera porque no llegue
su extrago á mi corazón?
Yo que animé tu virtud,
que lloro el mal que te aqueja,
¿no tengo, porque soy vieja,
derecho á tu gratitud?
¿Sólo ya la ancianidad
su flaqueza representa
y es estímulo á la afrenta!
¿Es que de esta sociedad
en el alma corrompida
ya sólo efecto produce
la belleza que seduce
ó la fuerza que intimida,
y otras razones son vanas
aunque el deber las ordene?...
¡Ay, triste del que no tiene
más defensa que sus canas!

FERN. ¡Antonia!

ANT. Si esto es así,
no me lo digas, Fernando.
Acaso te estoy hablando
por última vez.
(Fernando la mira con sorpresa.)
Sí, sí.
Tanta pena, tanto daño

van abreviando mi vida:
no me des por despedida
tan horrible desengaño.
Vete: te irás, ¿no es verdad?

FERN. ¡Triunfa el crimen! ¿Quién lo duda,
si hasta le prestan su ayuda
la virtud y la bondad?

ANT. ¡Piensa en tu madre, y en mí,
y en tu conciencia y en Dios!

FERN. ¡Oh! ¡Cuanto debo á las dos,
pago saliendo de aquí!

CONS. ¡Ricardo!

ANT. (Deteniendo á Fernando que se dirige á la puerta del fondo.)
¡Que no te encuentre!
Ven.
(Dirigiéndole á la primera puerta de la izquierda.)
Esta sala está abierta:
¡vete! Salte por la puerta
del pasillo, cuando él entre.

CONS. ¡Oigo su voz! (En el fondo.)

FERN. Sí, vendrá,
y hostigado por mis celos...

ANT. ¿Tú quieres matarme?...

FERN. ¡Cielos!
¿Qué es justicia? ¿Dónde está? (Entra.)

ANT. ¡Ah!

CONS. ¡Por fin!... Vete á la cama.

ANT. Ve si Ricardo... procura...

CONS. ¡Rita!

ANT. (Yendo á su cuarto.)
Estoy firme... (Aún me dura
la fiebre.) (Sale Rita.)

CONS. Cuida á tu ama.
Pues tarda en subir, no creo
que sepa Ricardo nada.
Veré... (Se dirige al fondo.)

FERN. (Saliendo.) La puerta cerrada...

RIC. ¡Lorenzo! (Dentro.)

FERN. ¡Él es!... ¡Si le veo!...
(Vuelve á la habitación de que salió.)

ESCENA IX

RICARDO, CONSUELO, LORENZO, que entra y sale, y FERNANDO en la habitación de la izquierda.

LOR. ¿Muda usted de traje?
RIC. No;
con este á la quinta iré.
CONS. (Observando á su marido.)
(No tiene aspecto... No fué
quien la carta le envió.)
RIC. ¿Tú en casa sin que termine
la función? Pues ¿qué manía...
CONS. Ya lo ves: ¡me divertía
tanto, tanto!... que me vine.
RIC. ¿Qué es esto? Me hablas de un modo
que...
CONS. ¿Te causa pesadumbre?
(Sale Lorenzo de la segunda habitación de la izquierda con algunos utensilios de viaje, pero no maletas ni cosa de tanto bulto.)
RIC. No olvides, según costumbre,
alguna cosa.
LOR. Va *toudo*. (Sale por el fondo.)
CONS. ¿Vas á salir?
RIC. Ya te dije
que á la quinta vamos hoy,
y que mañana me voy
á París á... ¿Qué te aflige?
Un mes lo más, me detengo
en París; y aún menos. Chica,
¿qué tienes?
CONS. Y ¿no te indica
el alma lo que yo tengo?
RIC. ¡Bah! No te muestres sañuda
cuando me voy.
CONS. Mira, mira,
más que la eterna mentira
quiero la ofensa desnuda.
RIC. Ya se guardarán mis labios
de ofenderte sin razón.

CONS. ¡Y en cambio tu corazón
está rebosando agravios!
RIC. ¿Me miras con frente torba
porque voy...?
CONS. ¿Y ella también
va á la quinta?
RIC. Y varias: ¿quién?...
CONS. Y á París.
RIC. ¿Y quién estorba?...
CONS. Pues bien: retarda tu empresa.
RIC. ¿Eso propones á un hombre?
CONS. ¿No sabes que ya tu nombre
corre unido al de esa, al de esa...
RIC. ¿Abelina? ¡Qué impostura!
No pienses cosas tan graves
de esa infeliz. Pues ¿no sabes
que de todos se murmura?
Basta á muchos sorprender
una apariencia ilusoria,
para inventar una historia
que deshonre á una mujer.
CONS. Y ¿puedes negarme á mí
que la insolente extranjera?...
RIC. ¡Por Dios, calma!
LOR. (Saliendo.) El coche espera.
RIC. Voy al punto.
CONS. ¿Te vas?
RIC. Sí;
ya estarán...
CONS. Ya oigo el estruendo
de coches que se detienen
á la puerta. ¿Todos vienen
á esperarte?
RIC. No comprendo
tu alarma. Por esta calle
se va á la quinta, y aquí
vive Fulgencio, que así
nos obsequia.
CONS. ¡Harás que estalle
mi cólera!
RIC. Mal harías;
porque si estalla, será

sin motivo.

CONS. ¡Basta ya
de torpes supercherías!

RIC. ¡Prudencia!...

CONS. ¡Ricardo!... Yo
sé la verdad. La mujer
que el amor, la vida, el sér
entero te consagró,
tiene derecho en verdad
á que respeten su calma,
y á obtener alma por alma,
voluntad por voluntad.

RIC. ¡Y el hombre que diligente
consagra atención tan fina,
á su esposa, que adivina
los caprichos de su mente,
y respeto y atenciones
le guarda, tiene derecho
á que no turben su pecho
odiosas cavalaciones!

CONS. ¡Odiosas!... Mucho he tenido
que cavilar para ver
¡yo misma! ¡en esa mujer
mis joyas! Sí, mi marido
respetuoso...

RIC. Pues defiendo
que un joyero multiplica...

CONS. ¡Es verdad!

RIC. Todo se explica
fácilmente en suprimiendo
tu malicia. Y esa alhaja,
¿no está allí? (Señalando al aderezo.)

CONS. (Arrojándolo al suelo.) ¡Farsa traidora!

LOR. (Saliendo.) ¡Mi amo!

CONS. ¿Quién?

LOR. (Aparte á Ricardo.) Esa señora,
que se va si usted no baja.

RIC. (Con resolución.) Que voy al momento yo.

CONS. (¡Ay de mí!)

RIC. (Despidiéndose.) Conque...

CONS. ¡Me dejas
con este dolor!...

RIC. ¿Más quejas
y más insultos?
CONS. No, no.
Óyeme: no escucharás
ninguno, yo te lo ofrezco;
mas... en verdad... no merezco
(Enterneciéndose á pesar suyo.)
este pago que me das.
RIC. ¡Vuelta!
CONS. ¿Por qué mi dolor
lo llevas, Ricardo, á mal?
Piensa que es muy natural
que yo defienda tu amor.
De tí sólamente aguardo
mi ventura mala ó buena;
piensa que toda mi pena
nace de amarte, Ricardo.
Pero no por mi aflicción,
por tu bien, no te abandones
á esas impuras pasiones
que secan el corazón;
que si llegas á lograr
hacer el alma insensible,
harás después imposible
la ventura del hogar.
¡Piensa en tu fama, y en tí
y en la dicha de los dos!...
(Arrodillándose.)
RIC. ¡Pero, Consuelo!
CONS. ¡Por Dios,
no me abandones así!
RIC. Si tengo que resolver (Levantándola.)
asuntos de gran urgencia;
¿he de disculpar mi ausencia
con que llora mi mujer?
CONS. ¡Ricardo!
RIC. Basta de duelo,
y basta de desvarío.
¡Adiós! (Se va.)
CONS. ¡Qué infamía, Dios mío!
FERN. ¡Qué infamia! ¿Verdad, Consuelo?

ESCENA X

FERNANDO y CONSUELO

CONS. ¡Ah!... ¡Fernando!
FERN. ¿Qué ambicionas,
infelíz! ¿Amor y fé?
CONS. Perdóname; no tendré
dicha si no me perdonas.
FERN. ¿De qué lloras y te espantas?
¿Qué te importa que jamás
logres amor? Vivirás
como tantas, como tantas,
cercada de ostentación,
alma muerta, vida loca,
con la sonrisa en la boca
y el hielo en el corazón.
CONS. ¡Perdóname!...
FERN. ¿Qué más quieres?
¿Puro amor?
CONS. Yo te ofendí.
FERN. En mí lo mataste, en mí:
¡no lo esperes, no lo esperes!

ESCENA ULTIMA

CONSUELO y después RITA

CONS. ¡Ay! ¡Qué terror tan profundo
mi pecho oprimiendo está!
¡Tú sola me quedas ya,
madre del alma, en el mundo!
(Se dirige á la habitación de Antonia, de donde sale Rita despavorida.)
RITA. ¡Socorro!
CONS. ¿Qué ha sucedido?
RITA. ¡Deténgase usted!
CONS. ¡Qué! Dí.
RITA. Mi señora... Yo creí

de pronto que era un vahído.

CONS. ¡Mi madre!..,

RITA. (Deteniéndola.) ¡No, por piedad!
¡No entre usted!

CONS. ¡Saber ansío!...

RITA. ¡Ha muerto!

CONS. ¡Muerta! ¡Dios mío!
¡Qué espantosa soledad! (Cae desmayada.)

FIN DE LA COMEDIA

CONTRA SOBERBIA HUMILDAD,

DRAMA DE COSTUMBRES

EN UN ACTO Y EN VERSO,

ORIGINAL DE

DON JUAN ALBA.

strenado en el Teatro del Prado en Julio de 1875.

MADRID.
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ.—CALVARIO, 18.
1876.

PERSONAJES.	ACTORES.
DOÑA MARGARITA.....	SRAS. BUZON.
DOÑA BLASA.....	GUERRERO.
DON MARIANO.....	SRES. CACHET.
EDUARDO.....	CARMONA.
DON JULIAN.....	PARDIÑAS.
DON CÁRLOS.....	LUNA.
JUAN.....	LASTRA.

Época actual.

Esta obra es propiedad de D. ALONSO GULLON, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los paises con los cuales haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

Los comisionados representantes de la Galería Lírico-Dramática, titulada El Teatro, de dicho señor GULLON, son los exclusivamente encargados de conceder ó negar el permiso de representacion y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

ACTO ÚNICO.

El teatro representa un gabinete decentemente amueblado al gusto del día: dos puertas laterales y otra al foro.

ESCENA PRIMERA.

DOÑA BLASA y JUAN.

BLASA. Qué dices, Juan? Aún no vino
mi sobrino.
JUAN. No señora.
BLASA. Y salió...
JUAN. Á las siete y media
de la mañana.
BLASA. Están próximas
ya las cuatro de la tarde.
Á ese chico le trastornan.
Está muy enamorado
de una jóven...
JUAN. Virtuosa.
BLASA. Qué sabes tú?
JUAN. Me lo han dicho.
BLASA. Eh! se dicen tantas cosas!...
Es hija de una familia
muy pobre...
JUAN. Pero con honra.

BLASA. Hola! La defiendes tú?
JUAN. Sé que es muy noble. Me consta.
Tiene títulos su padre!
No lo cree usted, señora?
BLASA. Bien puede ser que los tenga.
Mas con ellos no se compra
nada: al contrario, cuestan,
segun las leyes de ahora.
Pero vamos, cuéntame.
JUAN. (No ví mujer más chismosa.)
BLASA. ¿Conque sigue el señorito
loco de amor por su novia?
JUAN. Mucho, señora.
BLASA. Y mi prima
estará contenta.
JUAN. Llora,
aunque ocultarlo procura.
¡Cómo no estar angustiosa,
cuando sabe que su hijo
ayer con una pistola
quiso matarse!
BLASA. Demonio!
Se hizo romántico ahora?
Qué antigüedad! Já, já, já!
Eso ya no está de moda.
Yo curaré su manía;
por eso me encuentro pronta
á vivir aquí. Soy libre,
he quedado viuda y sola.
Nadie há de pedirme cuentas;
tú me ayudarás ahora
en todo lo que yo emprenda.
Si de parte de esa novia
te dan cartas para Eduardo,
me las darás sin demora.
En fin, seguirás mis órdenes
al pie de la letra.
JUAN. Todas.
BLASA. Primero que consentir
en que realice su boda
con su futura Eduardo,
permitiré sin zozobra,

si es preciso, que se mate.

ESCENA II.

DICHOS y D. MARIANO, saliendo.

MARIANO. No se matará, señora.
Vivirá y se casará;
con su amor será dichoso,
y al verle feliz esposo
de rabia usted brumará.
BLASA. Qué chavacano es usted!
Vete y acecha...
JUAN. Mañana. (Váse.)
MARIANO. Señora, en vano se afana
por tender aquí su red.
Esto de la raya pasa,
mas pondré remedio hoy.
BLASA. Usted?
MARIANO. Yo: como que soy
el médico de la casa.
BLASA. ¿Cura á la casa?
MARIANO. Señora!
BLASA. ¡Ah, ya! Será usté arquitecto.
MARIANO. Yo soy...
BLASA. Un hombre perfecto.
MARIANO. Se me está burlando ahora?
BLASA. Yo burlarme de un doctor!
De un hombre que sabe tanto,
que calma todo quebranto,
que cura todo dolor!
Yo estoy delicada y trato
de que usted me cure.
MARIANO. ¿Sí?
Pues si me llama usté á mí
para curarla la mato.
BLASA. Ya tendrá usted más conciencia.
¿En qué le perjudiqué?
MARIANO. Señora, cállese usted,
que se agota mi paciencia.
Mas ya que me incita á hablar,
voy á decir lo que siento;

yo no gasto fingimiento
cuando me quiero explicar.
Quince años nos conocemos,
tengo la cuenta bien hecha,
y desde esa misma fecha
los dos nos aborrecemos.
Yo disfruto haciendo bien,
usté goza haciendo mal.

BLASA. Haga usted punto final;
voy á ser franca tambien:
yo soy mujer perspicaz,
y así digo y no le asombre
que es usted un pobre hombre.

MARIANO. Tengamos la fiesta en paz!
Reasumamos, señora,
y dejemos digresiones,
no sean nuestras cuestiones
las del Congreso de ahora.

BLASA. Pues que la sesion se abra;
espero sea terminante.

MARIANO. Así me place; adelante.

BLASA. Pues bien...

MARIANO. Pido la palabra:

BLASA. La tiene su señoría.

MARIANO. Una familia aquí vive
digna de aplauso y estima,
pero que tiene una prima
que por mentir se desvive.

BLASA. Á un lado las alusiones
y de lleno á la cuestion.

MARIANO. La prima sin corazon
siembra aquí las disensiones.
Sabiendo que su sobrino
ama á una jóven honrada,
que aunque pobre, está educada
con religion y con tino,
de su sobrino al afan
se opone: tramas inventa,
frustrar el enlace intenta
fascinando á don Julian.
De la lisonja al arrullo
acude por convencer,

y es porque habla á esa mujer
la soberbia y el orgullo.
Y es porque su vanidad
para sobrina quisiera
una dama de alta esfera,
de superior calidad.
¿Qué la importa á esa señora
que el sobrino apasionado
se mate desesperado
si no le dan la que adora?
La jóven tiene decoro,
pero el decoro está oculto
para ella, que rinde culto
sólo al vellocino de oro.
Y en fin, si el sobrino fuera
hombre de gran posicion,
no sería aberracion
que á una duquesa se uniera;
mas su padre, el buen señor,
aunque estimacion le sobre...
¿Quién es en el mundo? Un pobre;
pobre sí, no es deshonor.
Pues á qué esas pretensiones?
¿Á qué á la muerte empujar
al que creyó realizar
sus más bellas ilusiones?
Si una pasion le devora,
déjenle obrar por sí mismo;
otra cosa es egoismo,
ó fanatismo, señora.
Que él su porvenir se abra.
Si adora, no hay más recurso.
Ya concluí mi discurso,
la cedo á usted la palabra.

BLASA. Ese amor es antilógico
y nuestro bien no concilia.
Vea usted de la familia
el noble árbol genealógico.
Vea y verá usted en él
que somos primos carnales
de dos dignos cardenales
y un teniente coronel.

Que todos fueron Licurgos,
que odiaron las gentes toscas!
Mi abuelo fué...

MARIANO. Papa moscas
de la catedral de Búrgos.

BLASA. Vaya una gracia.

MARIANO. Acabemos.
Júreme usted desistir
de hacer al chico sufrir.

BLASA. Ese punto no toquemos.

MARIANO. Es decir que insiste usted
en hacer mal en la tierra.

BLASA. Digo que implacable guerra
á mi sobrino le haré!

MARIANO. Pues yo seré su abogado
y el fiscal de usted, señora,
Guerra desde hoy.

BLASA. Destructora.

MARIANO. Bien: aprobado.

BLASA. Aprobado.
Váyase usted, que me inquieta,
me va á dar un sofocon.

MARIANO. Nunca mejor ocasion,
aqui traigo la lanceta.

BLASA. Jesús!

MARIANO. (La daré matraca.)

BLASA. Fuera!

MARIANO. Al punto volveré.

BLASA. Nunca! no!

MARIANO. Y la sangraré.
(La mala sangre se saca.) (Váse.)

ESCENA III.

BLASA.

Qué doctor de Lucifer!
Vamos, es mi pesadilla.
Y lo que siento es que tiene
influjo con mi familia.
Dicen que ese buen señor
aquí ha salvado dos vidas;

la de mi primo Julian
y la de su hijo. Mi prima
lo quiere como si fuese
de él hermana, madre ó hija.
No, pues de aquí no me voy;
adelante con la intriga.

ESCENA IV.

DOÑA BLASA y DOÑA MARGARITA.

MARG. Blasa, aquí tú?
BLASA. Así parece.
Buenas tardes, Margarita.
MARG. (Ódio á esta mujer porque es
ángel malo en mi familia.)
BLASA. Hija, cómo están tus ojos,
cómo tienes las mejillas!
Has llorado? pues qué pasa?
Cuéntame todas tus cuitas.
(Llora Margarita.)
Por qué te afliges?
MARG. Porque hay
mujeres, qué digo! víboras
que gozan cuando introducen
la discordia en la familia.
Que por ellas muchas veces
los jóvenes se suicidan,
y los padres de dolor
pierden su salud, sus vidas,
y si tienen nuestra sangre
esas víboras dañinas,
¿no es cierto que es más infamia?
¿qué es mayor alevosía?...
BLASA. Vamos, estás excitada,
tu espíritu tranquiliza.
Quién hace caso de chismes?
Verte tan triste me obliga
á no salir de tu casa.
(Aquí habrá escenas bonitas
que yo quiero presenciar.
No me doy por aludida.)

Voy á dejar mi sombrero
en tu cuarto, Margarita.

MARG. Pues qué, te quedas?

BLASA. Es claro.

MARG. (No cabe mayor desdicha.)

BLASA. (Sin salir observaré.)
Tranquilízate. Adios, hija. (Váse.)

ESCENA V.

MARGARITA, en seguida EDUARDO.

MARG. Esta mujer va á ser causa
de mi muerte ó mi ruina.

EDUAR. (Saliendo.) Buenas tardes, madre mia.

MARG. Gracias á Dios que hoy te veo.
Mas que vienes triste creo.
¡Maldita melancolía!

EDUAR. Madre, la fatalidad
hoy mi existencia envenena,
más no mi pena, tu pena
me atormenta sin piedad.
Yo quisiera sonreir
para no darte tormento,
pero el fiero mal que siento
no me permite fingir.
Yo veía en lontananza
de mi aurora los albores,
y matizado de flores
el puerto de mi esperanza.
Y cuando en él iba á entrar,
el mar hirviente y bravío
junto al puerto al barco mio
hizo con furia estrellar.

MARG. Aunque el buque se estrelló,
una barca salvadora,
se echó á la mar sin demora
y esa barca te salvó!
Barca, que aunque no le cuadre
á ese mar, te ha recogido,
y esa feliz barca ha sido
el corazon de tu madre.

EDUAR. Ah! (En brazos de su madre.)
MARG. Ven sobre él sin recelo,
ven que el amor no es pecado.
¡Quién más tiernamente amado
que ese Dios de tierra y cielo!
EDUAR. Pero mi padre!...
MARG. Tu padre
tambien como su hijo amó!
Si él no hubiera amado, yo
sería acaso tu madre?
Quince años aún no tenía
cuando á tu padre me uní,
y cuando te tuve á tí
yo los diez y seis cumplía.
Treinta y cuatro años no más
tengo y no me desvela
pensar que ser puedo abuela
á treinta y cinco quizás.
Siento ternura infinita
por tí: si quieres casarte
la idea no he de quitarte,
cásate, seré abuelita!
Con mil desvelos prolijos
á mis nietos cuidaré,
y mis espejos tendré
en los ojos de tus hijos!
No los he de adorar yo,
he de velar por sus vidas,
si serán ramas nacidas
de la que de mí brotó!
EDUAR. Madre!
MARG. Déjate guiar;
la prudencia siempre brilla;
aún es frágil tu barquilla
para lanzarla á la mar.
EDUAR. Pero mi padre...
MARG. Tu padre
á diez y ocho años casó,
y por eso tal vez no
hizo feliz á tu madre.
Por eso tu padre ansía
que no te cases, porque...

EDUAR. El por qué yo bien lo sé.
MARG. Tal vez no.
EDUAR. Sí, madre mia.
Y por eso en mi dolor,
á pesar de mi conciencia,
en quitarme la existencia
ayer pensé.
MARG. Necio error!
Sacrilegio! desvarío!
cobardía, desacato.
Siempre el hombre será ingrato
para tí! Siempre, Dios mio!
Hijo, óyeme por tu vida;
rasgaré tu velo denso
diciéndote cómo pienso
del maldito suicida.
Dios que al mísero mortal
suele enviar amarguras
para buscar almas puras
que no las abata el mal,
dijo al mortal: la alegría
rara vez te enviaré,
penas sí, y acuérdate
de que tu existencia es mia.
Hijo, aparta de tu mente
esa idea maldecida,
recuerda que el suicida
ó es un vil ó es un demente.
Sufre, lucha y vencerás;
serás de Dios inspirado
y podrás ser desgraciado,
pero suicida jamás.

ESCENA VI.

DICHOS, D. JULIAN.

JULIAN. Buenas tardes... (Momento de silencio.)
Complacido
me dejó vuestra respuesta;
callais y bajais los ojos?
Comprendo. Estais en presencia

del tirano que se opone
á secundar las ideas
de los dos. Es natural.
Mas si vuestra es la inocencia
y yo soy el delincuente...
¿por qué mi frente serena
elevo aquí, y en el suelo
estais fijando las vuestras?

EDUAR. Padre!

JULIAN. ¿Por qué así me llamas?
¿Posible es que yo merezca
el nombre de padre, si...
tengo el corazon de hiena!

MARG. Julian, severos nos juzgas.
Los que te aman, pudieran
pensar de tí de ese modo?
Si tengo condescendencia
con Eduardo, no lo extrañes,
es hijo de la terneza
de mi corazon de madre.

JULIAN. Piensa bien las consecuencias
de esa esquisita ternura;
por ella tu hijo se muestra
más pertinaz.

EDUAR. Padre mio,
que hora me escuches es fuerza.
Ademas... yo te lo ruego:
oye un momento siquiera.
Diez y nueve años cumplí,
edad en que el hombre anhela
encontrar en este mundo
una tierna compañera.
En la buena sociedad
que frecuento y tú frecuentas.
hallé mujeres hermosas,
pero huí de su grandeza
por no juzgarme yo digno
siquiera de merecerlas.
En el campo de las artes,
junto á un rosal, con sorpresa
ví brotar en tierna rama
una rosa con esencias,

Yo al contemplar sus colores,
al admirar su pureza,
para el verjel de mi amor
quise entusiasta cogerla,
pero el jardinero mio,
al saber que la flor era
nacida en jardin humilde,
á trasplantarla se niega,
é impidiéndome la entrada
en su florida vivienda,
me dejó en un campo estéril
entre abrojos y malezas!

JULIAN. Metafórico está el mozo...
más prosáico le quisiera.

EDUAR. Cuando el corazon adora,
quién de otro modo se expresa?

JULIAN. Juzgando por lo que has dicho,
á la que por compañera
elegiste yo rechazo
sin duda por su pobreza.

EDUAR. Así lo creo.

JULIAN. Y si tú
tambien muy pobre te encuentras,
cómo á tu verjel llevárias
esa rosa... con esencias?
Cómo? Responde, inocente.

EDUAR. Con mi amor y con mi ciencia.

MARG. (Por Dios, Eduardo!)

JULIAN. Muy bien!
Fué excelente la respuesta!
Pero oye lo que te digo,
que á todos nos interesa.
Esa flor pura y hermosa
déjala que libre crezca;
tal vez luégo, enriquecida,
de su verjel reina sea.

EDUAR. Padre mio, no es delito
ni deshonra la pobreza.
¿Dónde más luce el brillante?
Entre plata y oro y seda,
ó sobre la superficie
de la arena cenicienta!

Sobre oscuro brilla más,
aunque en lodazal se vea.
Pues lo mismo es la virtud
si en humilde hogar se encuentra.
Más brilla entre privaciones
y aquilata su pureza.
Santas despues de su muerte
hubo damas de alta esfera,
pero María, esa pura
y blanquísima azucena,
esa elegida por madre
del que los orbes sustenta,
¿qué era entre su humilde pueblo?
la más pobre nazarena.

MARG. Tienes razon, hijo mio!

JULIAN. ¡Conque es decir que tu idea
es no desistir...

EDUAR. Jamás.
El que una palabra empeña,
deja de ser caballero
cuando informal falta á ella.

JULIAN. El que empeña una palabra
y no puede sostenerla,
es un pobre mentecato
que la sociedad desprecia.

EDUAR. El que la empeña y la cumple
deja pagada su deuda.

MARG. Contente, Eduardo!

EDUAR. No puedo.

JULIAN. Oh! Yo haré que se contenga.
Yo prohibo á usted que pise
los umbrales de la puerta
de esa jóven á quien ama,
aun cuando muy digno sea!

EDUAR. ¡Padre!

JULIAN. Como padre mando
y exijo se me obedezca.

EDUAR. Sólo mi muerte podría
impedir que mi promesa ..

JULIAN. Oh! ya del romanticismo
pasó la época funesta.

EDUAR. Pues si mi padre me obliga

mi fiel palabra á romperla,
sólo dándome la muerte
puedo prestarle obediencia.

JULIAN. Oh! sacrílego y mal hijo!!
¿No temes que mi soberbia...

EDUAR. Tú puedes matarme, que eres
el autor de mi existencia.

MARG. Hijo, tu vida es de Dios!!

EDUAR. Pues él me perdone.

MARG. Espera.

JULIAN. Quieto aquí ó si no...

MARG. Julian!!

EDUAR. Padre, matadme!

ESCENA VIII.

DICHOS y D. MARIANO.

Todos aparentan una serenidad que no tienen.

MARIANO. Qué gresca!

MARG. Amigo doctor...

MARIANO. Qué pasa?
Alguna disputa media,
ó una escena de tragedia
ensayais dentro de casa?
Eso es: me alegro mucho.
Yo tambien entiendo algo,
y en comedias sobresalgo,
que soy en el arte ducho.
Don Julian, venga esa mano.
¿Usted, qué papel hacía?
Una oreja apostaría
á que hacía el de tirano. (Á Eduardo.)
Já! já! y este el de inocente, (Á Margarita.)
y usté inocente tambien,
no es esto? Bravo, muy bien.
Yo soy público... corriente.
Siga el ensayo adelante,
y si hay que reprender
eso yo lo sabré hacer,
que soy actor ambulante;

por la gesticulacion
comprendo estáis poseidos.
Bien, actores distinguidos!
Vaya, siga la funcion.

JULIAN. La farsa en mí no descuella,
ni verla usar me acomoda.

MARIANO. ¡Pues si la farsa está en moda!
¡Si este es el siglo de ella!
Y si no tú, sin ser gallo,
pues te falta el espolon,
dime si tengo razon,
argumenta que yo callo.

EDUAR. Es cierto, farsa y maldad
la época actual respira,
la juventud sólo aspira
á gozar con liviandad.
Si en santo hogar entra un mozo
y halla una jóven divina,
pobre, pero que se inclina
á la virtud, que es su gozo,
y le abre el sagrado hogar
la pobre familia honrada,
él con alma deprabada
allí penetra á infamar.
Da su palabra de honor
de unirse á casta doncella;
pero luégo falta á ella
faltando á su pundonor.
Le ama la jóven, ¿qué importa?
La familia le estimó?
En su palabra creyó,
mas la farsa ha sido corta.
Si luégo hay murmuracion,
si á ella atenta lengua osada,
al mozo no importa nada,
le sirvió de distraccion.
Esto se suele estilar
en la época presente; (Creciéndose.)
pero el que en su pecho siente
buen corazon palpitar,
si una vez palabra dió,
aunque al siglo no le cuadre,

falta á Dios, falta á su padre,
pero á su palabra no!

MARIANO. Bravo! un abrazo; me extraña
tal lenguaje en un mancebo,
que casi á decir me atrevo
que es una excepcion de España.
En tiempos más venturosos
de la española hidalguía,
cuando la patria tenía
tantos laureles gloriosos,
ántes el hombre espiraba
que á su palabra faltar;
se sabía respetar
la palabra que se daba;
pero hoy el siglo ilustrado
en que perdida su fe
al hombre correr se ve
como á un corcel desbocado.
Tu lenguaje he de admirar,
oh juventud, que has nacido
en un siglo pervertido,
á tí no te he de culpar.
Abrieron tu inteligencia
á la luz del egoismo,
de la ambicion, del cinismo,
del engaño y la indolencia.
Dijeron que ilustracion
este siglo te daría,
y te ilustra, ¡oh felonía!
la lógica del cañon!
La ilustracion que atesoras
y tus ideas confunden,
son las luces que difunden
fuegos de ametralladoras.
Siglo de horror y amarguras!
tu instinto infernal trasluces!
Salve, siglo de las luces,
que dejas la patria á oscuras.

JULIAN. Don Mariano!

MARG. Yo!!

MARIANO. Hago punto!
Entendeis? Punto final.

(Á Eduardo.) Retírate. (Esto va mal.)
(Yo me encargo de tu asunto.)

EDUAR. (Pero...) (Á D. Julian.)

MARIANO. (No hay pero ni peras,
yo te he salvado la vida
y he de salvarla, descuida,
aunque cien años vivieras.
Anda. Vaya usted con él.) (Á Margarita.)
Cuando llame, salga afuera. (Vánse.)

ESCENA IX.

D. MARIANO y D. JULIAN.

MARIANO. Pues ya estamos los dos solos,
vamos á hablar sin reserva.
¿Quiere usted á su hijo?

JULIAN. Hombre
eso no tiene respuesta.
¡Qué padre no ama!

MARIANO. Comprendo.
¿Me juzga hombre de conciencia?

JULIAN. Como el que más.

MARIANO. Caballero?

JULIAN. Como aquel que más lo sea.

MARIANO. Do usted amigo?

JULIAN. Y salvador,
una vez de mi existencia
y otra de la de mi hijo.
Sabe usted que se respetan
sus consejos en mi casa.

MARIANO. Pues bien, don Julian, alerta.
Su hijo Eduardo ya tiene
trastornada la cabeza.
De la locura al suicidio
ni tres pasos hay siquiera.

JULIAN. ¿Qué dice usted?

MARIANO. Lo que digo.
Usted le cierra la puerta
del amor al pobre chico,
le hace romper su promesa,
¡qué ha de hacer un hombre honrado,

cuando no paga sus deudas!
¡Qué hará un jóven entusiasta
si el corazon le laceran!
Atienda á mis reflexiones,
y ya para siempre sepa
que entiendo cual las del cuerpo
del corazon las dolencias,
y la del alma de Eduardo
veloz le lleva á la huesa.

JULIAN. Pero qué quiere usted qué haga?
Sabe de la casa esta
los apuros. Eduardo
ya terminó su carrera,
pero de doctor el título
no tiene porque... vergüenza
me causa decirlo.

MARIANO. Bravo!
Por Cristo! nunca creyera
que afrentase á un hombre probo
el confesar su pobreza;
vamos, por falta de medios
al enlace usted se niega.
¿Desde cuándo al digno amor
se antepone la soberbia,
y por orgullo á un buen hijo
á muerte atroz se le entrega?

ESCENA X.

DICHOS, DOÑA BLASA.

BLASA. Nò cederá, no señor.

MARIANO. Cielos!! La nube! Lucrecia!!

BLASA. Mi primo! qué atrocidad!
Ceder él, qué se diría?
Y tu soberbia y la mia?

MARIANO. Contra soberbia humildad.

BLASA. Ya tomó sus precauciones,
y al padre de ella ha enterado
de que su hijo la ha engañado
ver haciéndole ilusiones.
Y el padre no le abrirá

ya la puerta de su casa.

ESCENA XI.

DICHOS, EDUARDO, MARGARITA.

EDUAR. (Saliendo.). Deja, que mi alma se abrasa.
MARIANO. (Esto se complicará!)
EDUAR. Padre, perdóneme usted.
Lo que ahora ha dicho mi tía,
¿es cierto?
BLASA. Yo mentiría!
JULIAN. (Lucho, y qué decir no sé.)
MARIANO. (Á D. Julian.) (Si dice usted la verdad
mata á su hijo.)
MARG. (Qué amargura!)
BLASA. (Á D. Julian.)
(Vamos, hombre, que te apura.)
Habla con sinceridad.
Aún callas? Pues yo hablaré,
la máscara he de quitarme,
yo no quiero rebajarme
con ese enlace, porque...
MARIANO. ¿Qué?
BLASA. Aun cuando huya la concordia
de aquí, voy á revelar
todo.
MARIANO. Quiere usted callar!
manzana de la discordia!
BLASA. De la discordia, ¡qué horror!
Si viviera mi difunto
le mataba á usted al punto,
que era un militar de honor.
MARIANO. Sí; militar que con creces
su patriotismo expresó!
Batirse no se batió,
mas se pronunció seis veces.
BLASA. Él murió siendo ejemplar.
MARIANO. Sí, murió estando robusto.
BLASA. Porque él...
MARIANO. Porque de un disgusto
usté le hizo reventar.
JULIAN. Basta ya; me es enojosa

tan importuna cuestion;
ya tomé mi decision,
que es prudente y es honrosa!
(Á Eduardo.)
Yo de tu amante escribí
al padre, que es hombre honrado,
y á ese padre le he enterado...

ESCENA XII.

DICHO y D. CÁRLOS.

CARLOS. Ese buen padre está aquí.
EDUAR. Él... Dios mio!
CARLOS. Considero
que suplicando licencia
de ustedes en la presencia
podrá estar un caballero.
Yo quise hacerme anunciar;
pero una jóven criada
me condujo á esta morada.
Dígame... si puedo entrar...
JULIAN. Una persona decente
como usted honra esta casa;
si usted de ese dintel pasa
honra mi hogar y mi gente.
CARLOS. Aquí me podré expresar
sin ambaje ni rodeo,
ante todos cuantos veo
junto á usted en este hogar?
JULIAN. Haga usted cuenta, mi amigo,
de que estamos en familia.
BLASA. (Ay de él si se reconcilia.)
JULIAN. (Serenarme no consigo.)
Puede usté hablar cuando quiera.
CARLOS. ¿Es de usted esta carta?
JULIAN. Sí.
CARLOS. É hijo suyo el que está ahí?
BLASA. (Valor!)
EDUAR. Madre!
BLASA. (Rabio.)
MARIANO. (Fiera!) (Á Blasa.)

JULIAN. Mi hijo es.
CARLOS. Mucho lo siento.
JULIAN. Por qué?
CARLOS. Porque me he informado
de que tiene un padre honrado
y él quebrantó un juramento.
JULIAN. Cómo?
MARIANO. (Á Eduardo.) (No tiembles.
EDUAR. No señor.)
CARLOS. Jóven, usted ha mentido.
EDUAR. Jamás.
CARLOS. Pues su padre ha sido.
JULIAN. Caballero, tengo honor!
CARLOS. Cuando yo á usted admitiera
para mi hija, qué me dijo?
«Tendré orgullo en ser su hijo,
pues terminé mi carrera.»
EDUAR. Es verdad.
CARLOS. Pues bien, su padre
en su carta me ha advertido
que usted no la ha concluido.
Quién me engañó?
MARG. (Hijo!
EDUAR. ¡Madre!!
Yo no puedo declarar.
Cómo á mi padre rebajo!
Y mi honra y mi amor?)
BLASA. (Trabajo
me está costando callar.
Mas voy á hablar.)
MARIANO. (Calle usted.
El herido sufre y calla.)
Mire usted!
JULIAN. (Fiera batalla!)
EDUAR. (Á Doña Margarita.)
(Madre, callo y moriré.)
CARLOS. Pues callan, mi dignidad
me obliga á obrar de este modo.
(Á Eduardo.)
Usté arrojó por el lodo
amor, honra y lealtad,
usté de mi hija labra

la infelicidad tal vez,
mas me ordena mi honradez
que le vuelva su palabra.
Pudiera decirle más,
aunque escucharme le aflija.
Adios: faltó usted á mi hija;
no la verá usted jamás.

MARG. Basta! (Á D. Julian.) Si tu amor de padre
no impera en tu corazon,
deja que hable sin ficcion
mi fiel corazon de madre.
Caballero, mi hijo honrado
no falta á su juramento,
mas le pone impedimento
hoy un capital pecado

MARIANO. El orgullo que á los seres
al abismo precipita,
orgullo, pasion maldita
que perdió á tantas mujeres.
De la envidia y la ambicion
es padre el orgullo fiero,
por él más de un caballero
hizo á su patria traicion.
Por orgullo arde la tierra
en cruel lucha fratricida,
por él la tea homicida
nos inflama de la guerra;
y entre mil duelos prolijos
y tormentos inhumanos,
matan á hermanos hermanos,
pierde la madre sus hijos!
Y en fin, del orgullo en pos
va Luzbel, rey del averno,
que orgullo arrojó al infierno
por alzarse sobre Dios.

EDUAR. Padre, padre!

JULIAN y MARG. ¡Hijo!

BLASA. (Á Julian.) (Entereza, no cedas.)

JULIAN. (Infame arrullo
del demonio del orgullo.
Déjame alzar la cabeza.)
(Á D. Cárlos.)

Yo de ese engaño el autor
he sido por vanidad.
Él su carrera, es verdad,
concluyó, mas no es doctor.

BLASA. (Va á dar su brazo á torcer.)

JULIAN. Porque aunque soy caballero,
cuando falta el vil dinero
todo no se puede hacer.
Y yo por no confesar
á nadie mis privaciones,
me valí de esos renglones.
que ya es preciso rasgar.
Ese engaño llevaría
á la tumba á un hijo amado;
yo soy el que os ha engañado,
ante Dios lo juraría.
Fuera torpe vanidad;
justo es que tu amor recobre,
pobre soy, más no soy pobre
de nobleza y dignidad.

CARLOS. Sobra la revelacion
y aquí todo se concilia,
me honro entrando en su familia.

EDUAR. (¡Padre de mi corazon!)

MARIANO. Ve usted como tambien curo
yo las dolencias del alma?

BLASA. (Trinando estoy.)

MARIANO. Vamos, calma!
(Váyase usté al cuarto oscuro.

EDUAR. Oh! me mata la alegría.)

BLASA. Adios!

MARIANO. (Se va de repente!)

BLASA. (Me va á dar un accidente.)

MARIANO. (Voy á hacerla una sangría.)

BLASA. Quite usted allá, albéitar.

MARIANO. Já! já!
Un desahogo impotente.
Don Julian, perfectamente,
fuera la ruin vanidad.
Como quien es se ha portado.
No más lisongero arrullo
que en este mundo el orgullo

es el más feo pecado.
Pobres padres sois los dos,
no importa, casad los chicos,
sois pobres, pero sois ricos
en la honradez que da Dios!

CARLOS. Pues anudemos los lazos
de la amistad.

MARIANO. Soy testigo.

CARLOS. Esta es mi mano de amigo.

JULIAN. Los amigos en los brazos!!

MARIANO. Veis, curé su enfermedad.

EDUAR. Oh! Gracias.

MARG. Gracias, doctor.

MARIANO. No hay medicina mejor.
CONTRA SOBERBIA HUMILDAD.

FIN.

CON UN PALMO DE NARICES.

CON UN PALMO DE NARICES.

JUGUETE CÓMICO

EN UN ACTO Y EN VERSO,

ORIGINAL DE

RICARDO MONASTERIO Y POZO.

Estrenado con extraordinario éxito en el Teatro LARA la noche del 20 de Enero de 1882.

MADRID.
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ.—CALVARIO, 18.
1882.

PERSONAJES.	ACTORES.
CONSUELO.....	SRTA. RODRIGUEZ (D.ª Matilde).
INÉS.....	ARNAU.
DON SINESIO.....	SR. RIQUELME (D. A.).
RAFAEL.....	RUIZ DE ARANA.
MARTIN.....	RIQUELME (D. J.).
SANTIAGO.....	RODRIGUEZ.

Época actual.

Por derecha é izquierda se entiende la del actor.

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los paises con los cuales haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.
El autor se reserva el derecho de traduccion.
Los comisionados de la Administracion Lírico-Dramática de DON EDUARDO HIDALGO, son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representacion y del cobro de los derechos de propiedad.
Queda hecho el depósito que marca la ley.

Á DON ANTONIO RIQUELME.

NON PLUS ULTRA DE NUESTROS ACTORES CÓMICOS.

Querido Antonio: los aplausos que obtuvo esta obrita con tanto cariño por tí interpretada, tu talento se los proporcionó. Justo es pues que te la dedique, sintiendo en el alma no sea digna de tí.

Acepta la dedicatoria, como débil prueba de admiracion á la par del cariñoso afecto, que te profesa tu verdadero amigo

RICARDO MONASTERIO.

ACTO ÚNICO.

Un gabinete elegante. Á la derecha mesa escritorio con libros y papeles; enfrente un espejo de cuerpo entero. Puertas laterales y al foro.

ESCENA PRIMERA.

INÉS, SANTIAGO.

Aparecen por el foro vestidos de máscara, quitándose aquella un antifaz, y esté una nariz de carton que dejarán con la ropa de abrigo sobre la mesa.

INES. Al fin ya estamos en casa.
SANT. (Sentándose.) ¡Ay de mí! Vengu sudandu
un pelu pur cada gota.
INES. Es tarde, y temí que el amo
estuviera ya despierto,
que él se levanta temprano;
pero afortunadamente
aún duerme, y hemos gozado
toda la noche en el baile
sin que se entere.
SANT. ¡Canastus!
¡Cuantu gentíu de gente!...
Aquello era un mare-magru,

un infiernu.

INES. ¡Quién pudiera
tener infierno diario!

SANT. ¡Qué justu de recibir
empujones y codazus
tan solu por el placer
de bailar mu apegadus!...
Pues si tan sólu es por esu,
lo mesmo ó mejor acasu
en casa puédese hacer.

INES. Aquello es muy fino.

SANT. ¡Diablu!
Non fué fino el pisoton
que machacóme tres callus.

INES. ¿No vistes cuánta elegancia?
¿Qué gustos tan delicados,
y las mujeres, qué colas?

SANT. ¡Si parecían lagartus!
Con ellas creume yo
debe causar embarazu
el bailar á las mujeres.

INES. ¿No te gustó el espectáculo?

SANT. La verdad: sólo animéme
cuando llegó el entrealtu
y salieron á bailar
aquellas que daban saltus
por drentu de las maromas.

INES. Bailaban un rigodon ..

SANT. ¡Rigudon?

INES. Intencionado.

SANT. Ya cumprendu la intencion.
Já! já! já!

INES. Pero, muchacho,
¿qué tienes en las narices?

SANT. Nun sé... ¡Ah! Que se ha despejadu
el culor de la careta.
En el baile sudé tantu...
(Escuchando en la segunda derecha.)
Creu que el amu despierta.

INES. No se oye ruido en su cuarto.
Nada... ¿Quién presumiría
que en la Alhambra hemos estado,

esta noche.

SANT. Yu escaméme
cuandu quedóse mirando
para mí don Rafael.

INES. ¡Ah! Sí; ¿ese jóven tan guapo
que escribe á la señorita?

SANT. El que me da los recados.
Temí que mus cunociera;
el temor y luégo el brazu
me han hecho pasar tal noche.

INES. (¡Ya, ya! ¡Irse al baile estando
de luto!)

SANT. Esta cicatriz...

INES. ¿De qué la tienes, Santiago?

SANT. Que de aquí, de hácia esta parte,
de la mulleja del brazu,
curtárunme para hacer,
nariz á el hijo de un amu
que tuve yo en Benavente
y que perdiólas de un granu.

INES. Pero, ¿cómo pu lo ser?

SANT. Diérunme diez mil realazus
pur cederle la tajada,
conque ¿si valdré yo alju?

INES. (Si te vendieras al peso...)

SANT. Tengu escondidus los cuartus,
y en cuantu el cura nus eche
la cruz y lus latinajus,
pongu una tienda en Madrid
de vinus tintus y blancus.

INES. Y de la cual tú serás
el principal parroquiano.

SANT. Escucha: ¿no sientes ruidu?

INES. Sí, sí; ya está solo el amo
hablando de medicina.

SANT. Siempre está cun los diarius
á vueltas haciendo gestos
y diciendu: «¡un casu! un casu!»

INES. Ya sale... No dejes nada.

SANT. ¡Hombre más munomaniacu!...

(Vánse foro. Al recoger la ropa deja en el suelo la nariz de carton.)

ESCENA II.

D. SINESIO, de bata, con varios periódicos debajo del brazo y uno en la mano, leyendo.

¡Oh humano y grande saber,
á dónde te has elevado!
Ya tenemos demostrado
que es inútil el comer.
En América un doctor
mes y medio no ha comido,
y sin embargo, ha vivido
sin perder ni aun el color,
y al fin, demostrando que eso
no ofende á la digestion,
se tragó un melocoton,
¡y se lo tragó con hueso!
Podemos ya en adelante
declarar impunemente
al estómago excedente,
y hasta dejarlo cesante.
Pero ¡qué leo, señor!
Si esto es cierto es ya completa
la dicha. (Leyendo.) «De La Lanceta,
»periódico sangrador.»
«Una maravillosa operacion llevada á cabo en el hospital de Berna por el doctor Trapisón, ha venido á demostrar la teoría por él sustentada sobre la asimilacion de organismo entre el hombre y los rumiantes. Á un enfermo de aquel establecimiento que padecía una mortal hipertrofia del corazon, le estrajo este órgano sustituyéndoselo por el de un choto de nueve meses. La víscera del rumiante, aún latente, comenzó desde luégo á impulsar el torrente circulatorio del enfermo, que á los cincuenta dias abandonaba el hospital restablecido de su dolencia, quedándole sin embargo una decidida manía á embestir.»
¡Dejó el doctor suelto un cabo.

¡Diantre! Y que poco discurre;
porque ¿á quién no se le ocurre
preguntar si el chotó es bravo?
Con esta asimilacion,
puede, el que tenga un ternero
bajar de un piso tercero
saliendo por el balcon.
Y como todos tener
pueden el salvoconducto,
tirarse por el viaducto
será un viaje de placer.
La humana materia creo
permite entre sí el traspaso.
¡Si yo admirara algun caso!...

SANT. Señor, aquí está... el curreo.

SINESIO. ¡Ah! Trae aquí.

SANT. (Dándole varias cartas.) Tome usté. (Váse.)

SINESIO. (Hojeándolas.)
Giros... la cotizacion...
cambios... sellos de Chinchon.
(Abriendo una.)
¡Ah! Del doctor don José.
«Amigo don Sinesio: sabiendo sigue en su »casa vacante la plaza de tenedor de libros, »le recomiendo para ella á don Rafael Martin »de Benavente, jóven idóneo, de quien ya le »hablé, y que hoy se le presentará, no ha»biéndolo podido hacer ántes por haber sufri»do hace un mes la pérdida de su madre, »prima mia. Aprovecho... etcétera.—José »PEGÓ.»
Este jóven el destino
tendrá en cuanto se presente.
Mas ¿qué veo? ¡Benavente!
No hay duda; esto es de Gabino.
(Abriendo otra carta.)
«Querido Sinesio: apenas recibas esta, lle»gará á tu lado mi hijo Martin, á quien en»vío accediendo á tus deseos, que son asi»mismo los mios. Debo anunciarte, por si »afectar pudiera á tus proyectos, que, de »resultas de un tumor maligno que hace tres

»años padeció, hubo necesidad de ponerle
»las narices postizas, lo que, como ya su-
»pondrás, le desfigura un tanto. Celebraré
»no sea este detalle óbice para el casamien-
»to. Da un abrazo á tu hija, y recíbelo de tu
»invariable amigo. GABINO RETAZOS.»
¡Oh dicha! Ya feliz soy.
Sí. La impaciencia me abrasa.
Voy á tener en mi casa
un caso, y va á llegar hoy.
Será mi hija feliz.
¡Pues ahí que no es ganga un chico
que tiene el padre muy rico
y postiza la nariz.
Debo á Consuelo avisar
para que esté preparada...
Del caso no diré nada.
¡Consuelo!... ¿Á qué anticipar...

ESCENA III.

D. SINESIO y CONSUELO por la primera izquierda.

CONS. Buenos dias. ¿Me llamabas,
papá?
SINESIO. Quiero que te alegres.
Hoy hay gratas novedades:
vamos á tener un huesped.
CONS. ¡Un huesped!
SINESIO. Sí; Martinito.
Es preciso que te arregles.
CONS. (¡Dios mio! ¡Hoy que Rafael
es fácil que se presente!)
SINESIO. Gabino en su carta dice
que casar á Martin quiere
contigo.
CONS. Pero, papá,
¡casarme sin conocerle!...
SINESIO. Hoy le vas á conocer.
¡Si va á llegar aquí en breve.
Será un muchacho muy guapo!

¡Es un partido excelente!...

CONS. Sin conocer su carácter,
sus defectos...

SINESIO. No los tiene...
Digo: defecto tiene uno:
pero ese por lo saliente
al momento se lo notas.

CONS. Por Dios, papá, ¿cómo quieres
con un hombre á quien no amo
casarme?

SINESIO. Eso son sandeces.
El amor ya vendrá luégo
con el trato... Él te conviene;
su padre es hombre muy rico.

CONS. ¿Y el corazon?

SINESIO. Tú no entiendes.
Hoy se ha descubierto ya
que el corazon se le puede
suplantar.

CONS. (¡Vaya!... Salió
con su manía de siempre.)
¿He de casarme á la fuerza
sin que el novio me interese?

SINESIO. Si Martin te agradará...
Conque, hija, vé á componerte
que tu novio llegará.

CONS. Sí voy... (Que es fácil que llegue.
(Váse izquierda.)

ESCENA IV.

SINESIO y luégo SANTIAGO.

SINESIO. (Mirando el reloj.)
¡Las nueve! Estoy impaciente...
Poco debe ya tardar...

SANT. Que si puede penetrar
el señor de Benavente.

SINESIO. ¡Oh! ¿Dónde está?... ¡Ya llegó!

SANT. Aquí en el recibimiento.

SINESIO. Hazle pasar al momento.
Pero, deja; debo ir yo.

ESCENA V.

DICHOS, RAFAEL. por el foro.

SANT. ¡Calla! Pues ya conocía
el amu á don Rafael. (Váse.)
(Salen Rafael y D. Sinesio abrazándole.)
SINESIO. Aprieta, muchacho, aprieta.
RAF. (¡Entro aquí con muy buen pie!
¡Parece que soy su hijo!)
(Sinesio durante toda la escena le mira sin cesar las narices.)
SINESIO. ¡Qué guapo! ¿Y tu padre?
RAF. Bien;
gracias
SINESIO. (Dándole en la nariz.) Me permitirás
la franqueza.
RAF. Puede usted
usar...
SINESIO. (No se le conoce.)
Trae, hombre. (Cogiéndole el baston.)
RAF. (Llevémosle
la corriente.)
SINESIO. Toma asiento...
Deja el sombrero tambien.
RAF. (Sentándose frente al espejo.)
(¡Qué amable y qué servicial!)
SINESIO. (Sentándose á su lado.)
Hoy me has dado gran placer
con tu venida.
(Mirándole fijamente la nariz.)
RAF. Mil gracias.
(Tratando de mirarse al espejo.)
(Pero, señor, ¿qué tendré
que tanto me mira este hombre?)
SINESIO (¡Perfeccion del arte es!
No se le conoce nada.)
Tu padre y yo en la niñez

fuimos íntimos amigos.

RAF. (Nada he sabido.) ¿Sí, eh?

SINESIO. ¿Sabrás...

RAF. Sí. (Ni una palabra.)

SINESIO. Y ya podrás comprender...

RAF. Ya lo creo. (¡Cuánto mira!...
Algo tengo.)
(Tratando de levantar la cabeza para mirarse.)

SINESIO. El interés
que me inspiras.

RAF. Yo agradezco,
don Sinesio...

SINESIO. No hay por qué.

RAF. (Pues, señor, no quita ojo...
algo debo de tener...
algun tizne...) (Saca el pañuelo y se frota.)

SINESIO. ¿Has almorzado?

RAF. Hace un momento: á las diez.

SINESIO. (Nada, nada...)

RAF. (No se quita.)

SINESIO. No te se conoce.

RAF. ¿El qué?

SINESIO. (¡Finge!...) Ya sé la desgracia
que has sufrido.

RAF. ¡Ah!... ¿Sabe usted?...

SINESIO. Por la carta lo sé todo.

RAF. ¡Oh! ¡Qué dolor tan cruel!

SINESIO. ¡Ya habrás sufrido!

RAF. Calcule.
El tiempo sólo ha de ser
quien cierre la cicatriz.

SINESIO. ¡Cicatriz!... (¡Por san Ginés!...
¡Si no se le ve ninguna!)

RAF. (¡Dale!... Ya mira otra vez.
Qué hombre más impertinente!)

SINESIO. ¿Decías?...

RAF. ¿Yo?...

SINESIO. Sí.

RAF. No sé.

SINESIO. Hablabas de tu desgracia.

RAF. ¡Ah, sí! Pero ruego á usted
mude de conversacion,

pues ya podrá comprender
que me afecta...

SINESIO. (No confiesa.)

RAF. Ese recuerdo.

SINESIO. Bien, bien. (Levantándose.)
(No quiere manifestar
su falta; mas me valdré
de otros modos indirectos,
y al fin podré conocer...)
Pues si quieres ocuparte
de negocios de interés...

RAF. Sí señor; con mucho gusto.

SINESIO. Te daré detalles; ven.
(Van á la mesa, poniéndose en ella uno frente á otro.)
Este es el libro diario...
los vencimientos del mes...
nota de corresponsales...
(Saca el pañuelo, y al estornudar coge á Rafael de las narices.)

RAF. ¡Ca... nario!...

SINESIO. Dispénsame.
¡Sí creí que eran las mias!

RAF. Pero, hombre, ¡por San Andrés!

SINESIO. Yo soy tan corto de vista...

RAF. ¿Sí?

SINESIO. Perdona.

RAF. Puede usted
tirarme de ellas si gusta.

SINESIO. (¡Que buen genio!)

RAF. (Yo tambien
puedo romperle las suyas
si se equivoca otra vez.)

SINESIO. (No se han resentido nada,
y cuidado que tiré
con alma!)

RAF. Proseguiremos.

SINESIO. Este es el registro.

RAF. (Hojeando el libro.) Pues...

SINESIO. (Con una pluma en la mano.)
(¿Tendrá sensibilidad?)
Las entradas de almacen. (Le pincha.)

RAF. (Levantándose.)
Pero, por Dios, don Sinesio.
SINESIO. ¿Te hice daño?
RAF. ¡Ya ve usted!...
(¡La tomó con mis narices!)
SINESIO. Qué lo siento! Fué un vaiven.
Un balance principiado...
RAF. Pues yo le terminaré.
SINESIO. Pero si no corre prisa.
RAF. No importa; lo hago por ver
si recuerdo... (Se sienta á escribir.)
SINESIO. Como quieras.
(¡Qué chico! ¡Qué listo es!)
(Tropieza con la careta que dejó Santiago.)
(Pero ¿qué es esto?... ¿Qué miro!...
¡Una nariz!... Sí; es de él.
Aparato orto-narílogo.
Será un molde... ¡y me está bien!)
(Tocándole en el hombro.)
Té se ha perdido una cosa.
Á ver si aciertas...
RAF. (Tocándose los bolsillos.) No sé...
¿Algun guante?
SINESIO. Casi, casi.
RAF. ¿El pañuelo?
SINESIO. Por ahí es.
RAF. ¿El estuche?
SINESIO. Que te quemas.
RAF. ¿La petaca... el alfiler?...
Pues no lo acierto
SINESIO. Hombre, mira.
RAF. ¿Y qué es eso?
SINESIO. Ya lo ves:
las narices!
RAF. ¡Las narices!...
SINESIO. Te se han caido... ¡Jé, jé!...
¡Picarillo!
RAF. (Cogiendo la nariz.) (¡Una careta!
Sin duda en el baile ayer
alguno me la dejó
en el bolsillo; mas ¿quién?)
SINESIO. Hombre, no te ruborices;

lo sé todo.

RAF. Ya ve usted:.
por distraer mi dolor.

SINESIO. ¡Ya lo creo! Haces muy bien....
No hay cosa más natural..

RAF. Ha sido la primer vez.

SINESIO. En prueba de confianza
te la vas ahora á poner..

RAF. ¡Don Sinesio!...

SINESIO. Aquí la tienes.

RAF. Pero, hombre...

SINESIO. Compláceme.

RAF. (¿Estará monomaniaco?)

SINESIO. Vamos, dame ese placer.

RAF. Pero...

SINESIO. Nada; no transijo.

RAF. Bien, hombre, pues traiga usted.

SINESIO. Toma. Ajajá. (Poniéndoselas.)

RAF. ¡Estoy bonito!

SINESIO. (¡Qué guapo!) Te está muy bien..
Siempre puesta la tendrás.
(Calma el dolor.)

RAF. Pero es que....

SINESIO. Nada; lo quiero! lo exijo!

RAF. (Pues señor, ni en Leganés.)

SINESIO. Ese es tu cuarto.

RAF. ¡Mi cuarto!

SINESIO. Sí, entra y descansa en él
mientras vuelvo. Voy ahora
un momento al almacen
y... olvidaba... Tú querrás
ver á mi hija.

RAF. Pero, ¿usted
sabe?...

SINESIO. Si yo lo sé todo.

RAF. Pues ya podrá conocer...

SINESIO. Anda, pícaro... Hasta luégo.

RAF. (Entrando en la primera, derecha.)
(Entré aquí con muy buen pie.)

ESCENA VI.

D. SINESIO y luégo INÉS.

SINESIO. Hoy es un dia feliz.
¡Qué muchacho más simpático!...
Para hacerle confesar
no costé poco trabajo...
Ya que distrae el dolor
su portentoso aparato
le obligo á que se lo ponga
y avisaré á los criados:
Inés!

INES. ¿Me llamaba usted?

SINESIO. Sí; ven aquí. En ese cuarto
hay un jóven que ha venido
hoy.

INES. ¿El que llegó hace un rato?

SINESIO. El mismo.

INES. (¡Don Rafael!)

SINESIO. Es en casa un nuevo amo.
Conque si llama, ya sabes...
Yo voy un momento abajo...
¡Ah! Tambien debo decirte,
y esto debes conservarlo,
que el huésped tiene postizo
el órgano del olfato.

INES. Él...

SINESIO. Sí.

INES. No puedo creerlo.
Si lo he visto.

SINESIO. Sin embargo,
aunque parece increible,
es cierto. Él me lo ha contado
por más que yo lo sabia.

INES. ¿Quién diría que ..

SINESIO. Y si acaso
ves luégo que tiene puesto
en la cara un aparato,
no te choque, ya lo sabes.

¿eh? (Váse foro.)

INES. Descuide usté... ¡Me pasmo!
¿Quién había de decir
que un señorito tan guapo
tenía nada postizo?
Se siente ruido en su cuarto.
Veré por la cerradura
á ver si descubro algo.
¡Jesucristo!... ¡Qué nariz!
¡Es un pimiento riojano!
Mirándose está al espejo...
Se rie... ¡qué mamarracho!

ESCENA VII.

INÉS, CONSUELO, que sale de la habitacion de la izquierda.

INES. Señorita, venga acá.
¿Sabe usted quién está aquí?
CONS. ¿Quizás ha llegado?
INES. Sí;
su novio ha venido ya.
(Lo diré... ¡estoy en un potro!...
¿Tal engaño quién consiente?)
CONS. ¿Mi novio el de Benavente?
INES. No señora; si es el otro.
CONS. ¡El otro!...
INES. Don Rafael.
CONS. ¿Pero estás, Inés, segura?
INES. Le ví por la cerradura
y he descubierto un pastel.
CONS. ¡Un pastel!...
INES. ¡Vaya! Y completo.
Y aunque me han dicho lo guarde,
por si acaso luégo es tarde,
quiero decirla el secreto.
CONS. Habla; mi impaciencia crece.
No temas mi indiscrecion.
INES. Pues tiene una imperfeccion.
CONS. ¿Qué?

INES. Que no es lo que parece.
CONS. Vamos, habla; dilo de una vez.
INES. Tiene un par de narices.
CONS. Pero, muchacha. ¿qué dices?
INES. Y no es la suya ninguna.
CONS. ¿Ninguna?... No te comprendo. Él no es chato.
INES. De raiz.
¡Si es postiza su nariz!
CONS. Pero...
INES. Yo lo he estado viendo.
Poco há en esta habitacion
su papá me lo contaba.
CONS. ¡Postiza!...
INES. Y dijo que usaba
una nariz de carton.
CONS. Si no es posible creer...
INES. Eso tambien dije yo;
mas lo ví y me convenció.
Se puede usted convencer
mirando.
CONS. No necesito.
¡De esa manera engañarme!
Prometo que he de vengarme
pronto.
INES. ¡Pobre señorito!
CONS. Si es cierto lo que me dices
yo se lo haré confesar,
y despues se ha de quedar
con un palmo de narices (Váse.)
INES. La desgracia bien le agobia,
y aunque el percance ha compuesto,
se quedará, por supuesto,
ahora compuesto y sin novia.

ESCENA VIII.

INÉS, D. SINESIO y luégo MARTIN.

SINESIO. ¿No ha salido?

INES. ¿Quién?
SINESIO. Mi huesped.
INES. Aún está en su habitacion.
SINESIO. ¿La señorita?
INES. En su cuarto
en este momento entró.
SINESIO. Pues avísala que salga.
(Haré la presentacion.) (Campanilla.)
Pero llaman .. ves á ver
quien es. (Váse Inés)
Se querrán los dos.
INES. (Apareciendo otra vez.)
El señor de Benavente
á quien esperaba hoy.
SINESIO. ¡Ah! Ya sé: el recomendado
en la carta del doctor.
Que pase.
MARTIN. (Ridículamente vestido como señorito de pueblo; con la nariz un tanto desfigurada y haciendo gestos á Inés, que seguirá en la puerta.)
(¡Qué guapetona!
Será mi novia. Es un sol!)
INES. (¡Qué facha!... ¡Y cómo me mira!)
(Váse segunda izquierda.)
SINESIO. (Parece que á este señor
le gustan las hijas de Eva.)
Caballero...
MARTIN. (Viendo á D. Sinesio.) (Ah! Será don
Sinesio... ¿Qué le diré?
Si no acierto...) Servidor;
muy buenos dias.
SINESIO. Muy buenos.
MARTIN. Es decir; muy buenos no.
SINESIO. ¡Cómo!...
MARTIN. Porque va á llover;
está algo nublado el sol.
SINESIO. (¡Parece tonto este chico!)
MARTIN. Tengo mucho gusto yo
en ver á usted.
SINESIO. El gusto es mio.
MARTIN. Mio.
SINESIO. Y mio.

MARTIN. Mio.
SINESIO. ¡Oh!
Y mio.
MARTIN. Pues que no sea
de ninguno de los dos;
mas yo lo dije primero.
SINESIO. (Le hace á este mucho favor
don José, no cabe duda.)
Ya le esperaba á usted hoy...
He sabido su desgracia;
para ella resignacion
le deseo.
MARTIN. (Cogiéndose la nariz.) Sufrí tanto!
SINESIO. Ya comprendo su dolor,
que una prenda tan querida
no se pierde sin que...
MARTIN. ¡Oh!
Mucho, sí, y muy perfilada!
SINESIO. ¡Pobre jóven!
MARTIN. Diga don
Sinesio: ¿si no le hubieran
dicho, sabría?
SINESIO. Yo, no.
MARTIN. Conque, ¿no se me conoce?
SINESIO. (¡Y se sonríe!... ¡Qué atroz!)
En la cara...
MARTIN. Pues, ¿en dónde
quiere usted que. .
SINESIO. En su interior...
La tristeza...
MARTIN. No me entrego
á la desesperacion.
Sólo cuando se me hinchan...
SINESIO. ¡Se le hinchan!
MARTIN. Sí señor...
Se me hinchan las narices.
SINESIO. (¡Anda, anda! .. Míralo...
¡Y parece un mosca muerta!...)
MARTIN. Lo que entónces sufro!... ¡Oh!...
SINESIO. Hombre, pues no es para tanto.
Cuando mi mujer murió
mi hija tuvo esa desgracia,

y sin embargo...

MARTIN. ¡Gran Dios!
¿Su hija de usted tambien!...

SINESIO. Claro es.

MARTIN. (Las tiene mejor
que las mias. ¡Ya lo creo!
¡Esa sí que es perfeccion!)
No se la conoce nada.

SINESIO. Hace tiempo que pasó.

MARTIN. Y eso, ¿qué tiene que ver?

SINESIO. Sí que tiene. Es de cajon
que el tiempo todo lo borra.

MARTIN. Todo?

SINESIO. Todo.

MARTIN. ¡Ay! Todo no,
yo soy la prueba viviente...

SINESIO. (Lo tiene loco el dolor.
Le hablaremos de otra cosa.)
Tengo una satisfaccion
en complacer á mi amigo;
por lo tanto, desde hoy
puede ejercer sus funciones.

MARTIN. Hombre; ¿tan pronto? ¡Por Dios!...

SINESIO. Porque se vaya imponiendo
lo digo.

MARTIN. Impuesto ya estoy.

SINESIO. Bien; aquí lo que ha de hacer
será, como tenedor,
llevar el libro de caja.

MARTIN. ¿Dónde?

SINESIO. En esa habitacion.
¿Sabrá usted llevar un libro?

MARTIN. Hombre, ¡un libro! Aunque sean dos.

SINESIO. Es pesado.

MARTIN. ¿Pesa más
de siete arrobas?

SINESIO. (¡Qué atroz!
Este muchacho es imbécil,
no hay duda.) ¿Usted practicó
algo la teneduría?

MARTIN. ¡Ya lo creo! Sí señor;
más que la cucharería.

SINESIO. (Ya me ha soltado otra coz.
¿Habrá querido con este
burlarse de mí el doctor?)
Pero usted sabe contar?
MARTIN. Mi papá ya me indicó
que aquí usted me enseñaría.
Ademas...
SINESIO. Sí... (Lo que voy
á enseñarte yo es la puerta.)
MARTIN. Me dijo que entre los dos
podríamos hallar al otro.
SINESIO. ¡Otro!
MARTIN. El de la operacion...
el que cedió el material.
SINESIO. ¿Qué material?
MARTIN. De las nápias.
Ya sabe que estas no son
mis narices primitivas.
SINESIO. ¿Qué es lo que oigo?... ¿Conque no?
MARTIN. Son pegadas.
SINESIO. Lo he debido
suponer por el color.
¡Otro caso!
MARTIN. De un gallego
que una tajada vendió.
SINESIO. ¡Ya, ya! ¡Qué francote! ¿Y luégo
cuando el gallego arraigó?...
MARTIN. Cortaron por lo más sano,
sintiendo ambos el dolor.
Sané; pero me han quedado
tales reliquias, que ¡oh!...
Sufro lo que no es decíble.
SINESIO. ¿Y por qué?
MARTIN. Por la aficion
que el gallego tiene al vino.
Cuando él bebe de color
se me suben las narices.
SINESIO. ¡Qué asombro!
MARTIN. Dice el doctor
que unido por simpatía
á ese gallego yo estoy;
así es que de esa manera

si él bebe, me achispo yo.

SINESIO. Pues, jóven, le encontraremos;
tenga usted resignacion,
mientras tanto, aquí en la casa
se queda usted. Ahora voy
á vestirme en un momento;
despues saldremos los dos
á poner unos anuncios,
y... ¡ah! En esa habitacion
hay un jóven que tambien
tiene... (Aunque un poco mejor
que tú...) la nariz postiza.

MARTIN. ¡Otro cofrade! Y van dos.

SINIESO. Conque ya sabe, si sale
en tanto me visto yo
pueden entenderse.

MARTIN. Es claro.

SINIESO. Y si algo quiere ahí estoy yo.

MARTIN. Mil gracias.

SINIESO. Puede pasar.
Conque hasta ahora, ¿eh?
(Váse segunda izquierda.)

MARTIN. Adios.

ESCENA IX.

MARTIN, y luego RAFAEL.

MARTIN. ¡Dos compañeros! Colmados
son mis deseos sin tasa.
Debe llamarse esta casa
la de los desnarigados.
Y lo que es á mi futura
no se la conoce apenas...
¡Cá! ¡Qué narices tan buenas!
Viéndolas ¿quién se figura
que tiene en ellas tal quid?
Nadie. ¡Si son primorosas!
La verdad es que estas cosas
se hacen al pelo en Madrid.
(Sale Rafael por la derecha con la nariz de cartón puesta y sin ver á Martin.)

Pero ¡calla! este será
el otro... No hay duda... sí.

RAF. No está don Sinesio aquí...
y ella... ¿por dónde andará? (Viendo á Martin.)
(¡Ah!... ¡Qué tipo!...) Servidor.

MARTIN. (¡Qué narices! ¡Cuánta masa!)

RAF. ¿Es usted acaso de casa?

MARTIN. Casi.

RAF. ¡Casi?

MARTIN. Sí señor.
(Bien se ve que son de pega.)

RAF. Celebro...

MARTIN. Me habló de usté
don Sinesio, y por él sé
la... (Haciendo señas.)

RAF. ¿Qué?

MARTIN. Que es usté un colega.

RAF. ¡Ah! Sí. (Será un empleado.)

MARTIN. Pues lo siento.

RAF. ¡Tiene gracia!
¿Siente usted?...

MARTIN. Por la desgracia
lo digo... Estoy enterado.

RAF. ¡Ah! ¿Sí?

MARTIN. Tambien la he sufrido;
en ella soy su compadre.

RAF. ¿Tampoco tiene usted madre?

MARTIN. Yo no; pero la he tenido.

RAF. Lo supongo. (¡Este hombre es lelo!)
¡Pérdida grande sufrí!...
¡Un modelo!...

MARTIN. Yo perdí
con la mia otro modelo.

RAF. ¿Y qué tiempo hace que...

MARTIN. Tres
años, sí... próximamente.

RAF. Pues ya no está tan reciente.

MARTIN. ¿Y la de usted, cuándo?...

RAF. Un mes
ayer mismo se cumplió.

MARTIN. ¡Un mes!... ¡Eso es increible!..

RAF. ¿Por qué?

MARTIN. Porque no es posible.
RAF. Pero, por qué?
MARTIN. Porque... no.
RAF. (Hará que mi furia estalle
con tan cínicas manías.)
MARTIN. Pues, entónces, ¿cuántos dias
tardó en salir á la calle?
RAF. Nueve.
MARTIN. ¡Cá! (Á quién se lo cuenta!)
RAF. Dígame usted por qué no.
MARTIN. Está claro; porque yo
no salí hasta los cincuenta.
RAF. ¿Y á mí qué me cuenta usté?
Con sus caprichos extraños
pudo estarse cincuenta años
en su casa, y ruégole
que otra vez ese cinismo
suprima, y esos deslices,
que se me hinchan las narices
y...
MARTIN. ¡Á mí me pasa lo mismo!
No se incomede ni aflija
que al fin todo pasó ya.
Tambien presumo sabrá
lo de...
RAF. ¿Qué?
MARTIN. Lo de la hija
de don Sinesio.
RAF. ¿Y qué es ello?
pero no se extralimite,
y hablar de ella mal evite.
(Si la calumnia, lo estrello.)
MARTIN. En nada me extralimito,
ni la ofendo, creo yo.
Su padre me lo contó,
y el defecto no es delito.
RAF. ¿Tiene un defecto?
MARTIN. Y externo.
¿Pero usted nada sabía?
RAF. Nada.
MARTIN. (Á mí me lo diría
porque voy á ser su yerno!)

RAF. Conque...
MARTIN. (Con misterio.) Le diré el secreto
si lo promete guardar.
RAF. (¡Qué posma!) Puede usté hablar;
mi silencio le prometo.
(Martin va hácia las puertas.)
(Este hombre me encoleriza!)
MARTIN. Pudieran oir muy bien.
Pues, amigo, que tambien
tiene la nariz postiza.
RAF. ¡Ella!...
MARTIN. Ella, sí señor.
RAF. ¡Y no haberme dicho nada!
MARTIN. Confesarse mutilada,
¡claro! la cuesta rubor.
RAF. Al verla, nadie diría...
MARTIN. Pueden ser del arte muestra,
mucho mejor que la nuestra,
y ya ve usted que la mia...
RAF. La de usted, y no se alborote,
parece un melocoton.
MARTIN. Pues no haya comparacion.
¡Si la de usté es un pegote!
RAF. (Se echa mano á las narices y tira al suelo las de carton.)
¡Já, já!... ¿Pues no me olvidé
de la funda?... No confunda...
MARTIN. ¡Jesucristo! ¡Era una funda!...
RAF. Mis narices ya las ve.
MARTIN. ¡Que bien!... (Necesito usar
una.) ¿Quién le aconsejó?..
RAF. Don Sinesio se empeñó...
MARTIN. ¡Oh! Pues le voy á buscar...
(Á ver si de paso veo
á su hija y me declaro
de sopeton.) Adios, caro
colega. (Váse segunda izquierda.)
RAF. Adios, cari-feo.

ESCENA X.

RAFAEL.

¿Será cierto que Consuelo
tiene la nariz postiza?...
Y si es verdad que su padre
se lo contó... no es mentira;
él no había de levantar
falsas narices á su hija.
Pronto me convenceré...
(Mirándose al espejo.)
Mas, qué tengo yo en las mias?
Es pintura; me he manchado
con la careta maldita.

ESCENA XI.

DICHOS, CONSUELO, que sale mientras aquel se mira al espejo, por el que se supone la ve.

RAF. ¡Uf! ¡Consuelo!
CONS. (Ya está aquí.)
RAF. (¡La nariz!)
(Tratando de ocultar la que está en el suelo, y de limpiarse la suya.)
CONS. (Le haré cantar.)
RAF. (Si las ve va á sospechar
que anoche al baile me fuí.)
CONS. (¡Se tapa!... Inútil afan.)
¿Por aquí usted, caballero?
RAF. ¿Adónde ha de ir el acero
sino en busca del iman?
CONS. Muchas gracias. (¡Qué color!
Bien se ve que es suplantada.)
RAF. (No se la conoce nada;
más dirá el yo pecador.)
De esos ojos los destellos
mi vista han hecho apagar.

y para ver, al mirar,
necesito verme en ellos.

CONS. Dispénseme, Rafael,
si exagerar no le dejo.
Tambien se vió en el espejo.

RAF. Porque usted se miró en él.

CONS. ¡Ingenioso!

RAF. Enamorado
de esas mejillas hermosas
que á las flores, ruborosas,
su color las han robado;
esos labios, que si mueve,
muestra en su arcada dental
una caja de coral
con una franja de nieve.

CONS. Basta ya de adulacion.
Pinta usted con maestría.

RAF. Es que la paleta mia,
Consuelo, es el corazon.

CONS. ¡El corazon!

RAF. Que me ahoga.
Esa nariz... (La he soltado.)

CONS. En la casa del ahorcado
no es bueno nombrar la soga.

RAF. (¡Ya confi esa!) Fué un desliz.

CONS. ¿Conque un desliz?... ¡Tiene gracia!

RAF. Si la ofende...

CONS. La desgracia
ya me ha dado en la nariz.

RAF. Es preciso que comprenda
que el silencio me ha ofendido.

CONS. ¡Hombre!... ¡Yo soy el herido
y usted se pone la venda!

RAF. El herido aquí soy yo.

CONS. Ya... lo sé.

RAF. Y no me incomodo.

CONS. La nariz lo dice todo.

RAF. (Por la del suelo.)
(¡Jesucristo! ¡Ya la vió!)

CONS. Hizo mal en ocultar...
y tenerme así engañada.

RAF. Señora, creo que nada.

tiene de particular.

CONS. Si para usted no es sensible
me alegro.

RAF. Y debe saber
que el que quiera reprender
ha de ser irrepensible.

CONS. ¿Y eso á mí...

RAF. Precisamente.
¿Por qué no me declaró?...

CONS. (Vamos, este averiguó
que viene el de Benavente.)

RAF. Yo no dí á usted mis querellas,
y es justo que no me cuadre...

CONS. La culpa fué de mi padre.

RAF. (¡Habrá nacido sin ellas!)
Me debía usted la verdad.

CONS. Más grave usted la ocultó.
Lo que mi padre causó
fué contra mi voluntad.

RAF. Lo comprendo; pero es que
si no lo hubiera sabido
hasta no ser su marido...

CONS. Eso le digo yo á usté.

RAF. De la juventud deslices
son que pasan fácilmente,
mas, señora, francamente,
las narices...

CONS. Las narices
es falta porque no paso.

RAF. Pasa, sí, porque la quiero

CONS. Pues créame, caballero.
por la nariz no me caso.

RAF. Señora, con qué calor
toma usted esa bobada.
Si no se conoce nada.

CONS. ¡Já, já, já, já! Eso es favor.

RAF. Yo no veo...

CONS. ¡Qué felices
ocurrencias tiene usté...
Es claro; porque no ve
más allá de sus narices.

RAF. Con la vista... francamente,

yo no he podido observar...
Si me deja inspeccionar...

CONS. Por mí no hay inconveniente.

ESCENA ÚLTIMA.

DICHOS, D. SINESIO, MARTIN, luégo INÉS y despues SANTIAGO.

RAF. ¡Ay! ¡Su papá!

SINESIO. Ya los dos
se han presentado... ¡me alegro!
¿Qué tal te parece el novio?

CONS. (Por Martin.)
¡Ay! que nariz! ¡Santos cielos!

SINESIO. (¡Pronto se lo ha conocido!)
(Por Rafael.)

MARTIN. (¡Qué guapa!)

SINESIO. No digas eso.
Apenas se le distingue.

MARTIN. (Ella sale.. Atrevimiento.
Me declaro.)

INES. ¡Qué pegote!

MARTIN. Hablarla quiero en secreto.

SINESIO. (Verdad es que ahora las tiene
más coloradas... El fresco.)
¿Dónde tienes las narices?

RAF. ¿Pues no las ve don Sinesio?
En la cara.

SINESIO. Son las otras...
Las de carton.

RAF. En el suelo.

SINESIO. ¿Y por qué no te las pones?
Consuelo está en el secreto.

RAF. Tambien estoy yo en el suyo.
y continúa fingiendo.

SINESIO. Qué?

RAF. Sé que tiene postizas
las narices.

CONS. ¡Caballero!..,

SINESIO. Pero ¿sabes lo que dices?

CONS. (¡Está loco!)

RAF. ¡Ya lo creo!
El señor me lo ha contado.
(Á Martin.) ¿No me dijo hace un momento
que la señora pegada
tiene la nariz!
SINESIO. ¡Qué enredo!
MARTIN. Yo, no.
RAF. ¡Cómo!
MARTIN. No señor;
la que tiene ese defecto
es esta otra señorita.
INES. Oiga usted: todo completo
lo tengo yo.
MARTIN. (Si su padre
lo dijo.)
INES. Ese caballero
es el que tiene esa falta
en la cara.
SINESIO. ¡Ya lo creo!
RAF. Pero...
SINESIO. Todos ya lo saben.
MARTIN. Sí.
INES. Sí.
CONS. Todos lo sabemos.
RAF. Pero señores, ¿de dónde
han sacado ustedes eso?
SINESIO. (Á Martin.) Él mismo lo confesó.
MARTIN. Me lo dijo don Sinesio,
añadiendo que tambien
su hija tenía ese defecto.
RAF. (Á Martin.) Entónces, ¿á qué negó
que esta jóven...
SINESIO. ¡Qué embustero!
MART. Pero si esa no es su hija.
SINESIO ¿Que no es mi hija Consuelo?
MARTIN. Pero, Consuelo es usted?
CONS. Me parece...
MARTIN. Pues no pierdo
en el cambio. Esta es mi novia,
me declaro.
SINESIO. (Á Rafael.) Lee esto
que tu padre me escribió

y recibí hace un momento.

CONS. ¡Qué fácha!

RAF. Yo no soy este;
no señor.

SINESIO. ¿Qué estás diciendo?

RAF. Yo soy el recomendado
por el doctor José Pego.

SINESIO. ¿Eres tú...

RAF. Rafael Martin
de Benavente.

SINESIO. ¡Ya entiendo!
(Á Martin.) ¿Tú no eres el tenedor?

MARTIN. ¡Yo tenedor! ¡Qué he de serlo!

SINESIO. ¿Entónces este es tu novio
Martin...

MARTIN. Retazos Remiendos.

CONS. No; mi novio es Rafael.

RAF. Nos amamos hace tiempo.

SINESIO. Tengo dada mi palabra

CONS. Pero papá, si es tan feo!...

SINESIO. Como feo, sí; lo es mucho.

CONS. Papá...

RAF. Don Sinesio...

SINESIO. Cedo.

MARTIN. ¿Con un palmo de narices
me quedaré yo?

SANT. (Á la puerta.) El almuerzu!

SINESIO. Vamos á almorzar.

MARTIN. ¡Qué miro!

SANT. ¡El remendadu!

MARTIN. ¡El gallego!

SINESIO. ¿Es este el de la tajada?

MARTIN. El mismo. Te tengo preso,
ahora ya no te me escapas,
te llevo conmigo al pueblo.

SANT. Bien; pues en cuantu me case
con Inés.

INES. Ya no podemos
casarnos, porque me caso
con él.

MARTIN. Conmigo.

SANT. Pues buenu;

beberé sin ton ni son.

MARTIN. ¡Ay! No; por Dios. Á ese precio
no quiero tener mujer.

SINESIO. ¡Qué asombro!

MARTIN. Del mal, el ménos.

SINESIO. Con tal nariz y sin novia
se conforma. Qué buen genio!

MARTIN. Casaos y sed felices.

SINESIO. Pobrecillo! (Al público.) Por favor
que no se quede el autor
CON UN PALMO DE NARICES.

FIN.

CON V Y CON S,

JUGUETE CÓMICO

EN UN ACTO Y EN VERSO,

ORIGINAL DE

EDUARDO NAVARRO GONZALVO.

Estrenado con aplauso en el Teatro MARTIN el 29 de Setiembre de 1874.

MADRID.
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ.—CALVARIO, 19
1874.

PERSONAJES.	ACTORES.
DOÑA RAMONA.....	SRA. D.ª CONCEPCION SOLÍS.
INÉS.....	SRA. D.ª ELADIA GARCÍA.
EMILIO.....	D. JOSÉ BARTA.
DON BRUNO.....	D. IGNACIO R. CÁMARA.
DON MIGUEL.....	D. EDUARDO FRAILE.

La escena en Madrid.—Época actual.

Esta obra es propiedad de D. Eduardo Hidalgo, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España, ni en sus posesienes de Ultramar, ni en los paises con los cuales haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traduccion.

Los comisionados de la Administracion Lírico-Dramática de D. EDUARDO HIDALGO, son los exclusivamente encargados del cobro de los derechos de representacion y de la venta de ejemplares.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

ACTO ÚNICO.

Sala amueblada modestamente; velador á la derecha; puerta al foro; idem laterales.

ESCENA PRIMERA.

EMILIO.

¡Pavorosa situacion
á la que no encuentro término,
y cuyo fin ni aun perdido,
en mis horizontes veo!
Cesante y enamorado
llego á fines del invierno
con la ropa del verano
en una casa de empeño:
y la patrona me pide,
ó me despide, y preveo
una hecatombe terrible
y un epílogo sangriento.
Si el suicidio, que es pecado
que no se absuelve en el cielo,
no fuera de sí tan grave,
tan espeluznante, creo
que en una de estas mañanas
en que nos convida el cielo

á tomar... ¡Tomar he dicho?
¡Oh, qué magnífico verbo,
si se le agrega un bisteak,
y unas costillas de cerdo...
Estoy divagando, y huyo
de mi primer pensamiento.
Iré al Parque, de gaban,
de Madrid, el gaban puesto,
llegaré al estanque célebre
de las campanillas, luégo
tomaré el último baño
con pantalones de invierno,
y despues... La Competente
dará cuenta del siniestro,
diciendo: «ayer se ha extraido
un jóven guapo, moreno,
con gaban color ceniza
y botinas de becerro,
del estanque chino; dicen
que el amor, y otros excesos,
al infeliz impulsaron
á un extremo, tan extremo:
no se le hallaron papeles,
ni petaca, ni dinero.»
¡Y despues nada, el olvido,
la dulce paz de los muertos!

ESCENA II.

DICHO y DOÑA RAMONA.

RAM. ¡Está usted filosofando
mientras que llega el almuerzo?
EMILIO. ¿El almuerzo! ¡Hoy almorzamos?
RAM. Sí señor.
EMILIO. Casi no acierto...
¿Y qué almorzamos?
RAM. Chuletas...
EMILIO. ¡Será verdad!
RAM. De carnero...
EMILIO. ¿De carnero?
RAM. Con patatas!

EMILIO. Con patatas! ¿No es un sueño?
RAM. Con patatas, sí señor.
EMILIO. ¡Oh farináceа...
RAM. Y primero
tomará usted una sopita
de galgo!
EMILIO. ¡Sopas de perro?
RAM. Ó si las prefiere usted
con huevos...
EMILIO. Sí, sí, con huevos.
RAM. He subido una botella
de Valdepeñas.
EMILIO. ¡Soberbio!
RAM. Y queso Gruyer.
EMILIO. Señora...
RAM. Y café.
EMILIO. ¿Qué estoy oyendo!
¿Pero usted se ha vuelto loca;
le ha tocado á usted el premio
grande? ¡Quiere usted morirse?
Se casa usté?
RAM. Caballero...
EMILIO. Ó es que han llovido esta noche,
mientros yo estuve durmiendo,
monedas de cinco duros
en la bohardilla?
RAM. No es eso.
Don Emilio, hay novedades...
EMILIO. Patrona, me está usté haciendo
La huérfana de Bruselas.
RAM. ¿La chica del entresuelo?
No es huérfana; tiene un padre
militar, muy buen sujeto.
EMILIO. No es esa.
RAM. ¿La del segundo?
¿La que vive con su abuelo?
Tiene la familia en Ronda,
y su madre, segun creo,
es propietaria, y presumo...
EMILIO. Lo que yo estoy presumiendo
que usted no ha entendido...
RAM. ¿Quién!

Lo que es á lista...

EMILIO. El almuerzo.

RAM. Voy al punto. Y esta tarde
qué principio... porque eso,
á gusto de usted.

EMILIO. Corriente.
(Maldito si yo comprendo...)
Ponga usted... una perdiz.

RAM. Y vinos?

EMILIO. ¿Vinos!

RAM. Burdeos
y Valdepeñas, eh?

EMILIO. Bien.
Esto me parece un sueño.
¿Y diga usted, esa cuenta
la paga...

RAM. Eso es un misterio.

EMILIO. Que yo quisiera...

RAM. Imposible!

EMILIO. Doña Ramona.

RAM. No puedo.

EMILIO. ¡Usté callarse una cosa?

RAM. Cuando hay interés!

EMILIO. No entiendo
ni insisto, pero...

RAM. Es forzoso
tener paciencia, y el tiempo
quizás aclararle pueda
de mi conducta el misterio.
Hasta despues, don Emilio. (Medio mutis.)

EMILIO. Abur.

RAM. Ahora que recuerdo...
Don Bruno Torrelodones,
el del principal del centro,
el papá de esa rubita,
doña Clotilde...

EMILIO. Ya entiendo.

RAM. Con la que el año pasado...

EMILIO. ¡Si estoy enterado de eso!

RAM. Anduvo usted...

EMILIO. Bien, al grano.

RAM. De cartas y mosconeo...

me ha entregado para usted
esta tarjeta. (Dándosela.)

EMILIO. ¡Qué es esto?
(Leyendo.) «Á don Emilio Zurita,
B. L. M. su atento
Bruno de Torrelodones,
y tendrá un placer inmenso
en hacerle una visita
hoy mismo.»

RAM. Ese caballero
debe quererle á usté mucho!

EMILIO. Mucho, mucho; ya lo creo;
(y me despidió á empellones
el año pasado.)

RAM. Luégo
subirá, segun me ha dicho,
á verle á usted.

EMILIO. Lo celebro.

RAM. Y ahora corro á la cocina.

EMILIO. Y active usted el almuerzo.

RAM. Volando. (Vase.)

EMILIO. ¡Don Bruno aquí...
qué demonio será esto?...
Burdeos y Valdepeñas
y queso Gruyer?... qué queso
querrán darme aquí?... paciencia,
y esperemos los sucesos!

ESCENA III.

EMILIO, DI MIGUEL.

MIGUEL. Muy buenos, vecino!

EMILIO. Hola!
don Miguel... usté en mi casa?

MIGUEL Usté tan guapo!

EMILIO. Es favor.

MIGUEL. Tan simpático...

EMILIO. (¡Me halaga!)

MIGUEL. No sabe usté, amigo mio,
cuánto el tratarle me agrada.

EMILIO. Don Miguel...

MIGUEL. Un chico listo,
pundonoroso.
EMILIO. (Ya escampa!)
MIGUEL. Juicioso, ingenioso.
EMILIO. Pero...
MIGUEL. La juventud casquivana,
pretenciosa, necia, estúpida,
me carga, amigo, me carga;
pero el dia en que por suerte
tropiezo con una alhaja
como usted, el rara-avis,
el fenómeno.
EMILIO. (¿Esto es guasa?...)
MIGUEL. Le doy á estrechar mi mano...
choque usted! (Alargándole la mano.)
EMILIO. ¡Con vida y alma!
MIGUEL. Cuente usted con un amigo,
y las puertas de mi casa
para usted á todas horas...
EMILIO. (¡Ah, el queso!)
MIGUEL. Se encuentran francas.
EMILIO. Muchas gracias, don Miguel.
MIGUEL. Eso no vale...
EMILIO. Mil gracias:
pero usted dispensará
si estas protestas me extrañan
despues de haber desahuciado
mis amorosas instancias
cerca de su hermosa hija
hace un año.
MIGUEL. (¡Lo esperaba!)
Emilio... las controversias...
á veces las circunstancias...
la fuerza de la opinion
que contra usted se alzó airada...
EMILIO. ¿Contra mí!
MIGUEL. Justo. Don Bruno,
que es mi amigo de la infancia,
el señor Torrelodones,
el padre de esa muchacha,
de Clotildita, á la cual
usté declaró sus ánsias...

EMILIO. Permita usted...
MIGUEL. Á la niña
creo que usté no disgustaba,
pero el papá...
EMILIO. Sí, don Bruno
se opuso.
MIGUEL. Y vino á mi casa
diciendo de usted...
EMILIO. ¡Qué dijo!
MIGUEL. Atrocidades.
EMILIO. Me extraña
que el señor Torrelodones...
MIGUEL. Que era usted un papanatas,
un chico sin porvenir,
un tontin, un mala facha,
un escribientucho...
EMILIO. Dijo...
MIGUEL. Que sirviendo en estancadas,
estancado quedaría
para *in eternum*.
EMILIO. ¡Qué audacia!
MIGUEL. Por todas estas razones,
cuando usted pretendió á Laura,
me opuse con tal rigor
á su pasion.
EMILIO. Y hoy la causa
no adivino...
MIGUEL. Los informes
que hoy tengo de usted...
EMILIO. Mil gracias.
Pero usted acaso ignora
que hace catorce semanas
que éstoy cesante... ¡Cesante!
MIGUEL. No señor, no lo ignoraba,
y buena prueba de ello
ha sido la confianza
que me he tomado, y dispense
esta trasgresion, en gracia
de nuestra buena amistad.
EMILIO. Tanta bondad...
MIGUEL. Nadá, nada,
es justa reparacion.

EMILIO. Don Miguel... usted me aplasta,
me confunde...
MIGUEL. Usté tenía
ciertas cuentas atrasadas.
EMILIO. Supo usted...
MIGUEL. Doña Ramona
es una cotorra, y charla...
EMILIO. De más.
MIGUEL. Permítame usted,
es patrona, y eso basta.
He recogido estas cuentas,
(Dándole unos papeles.)
las que le entrego pagadas,
como un préstamo...
EMILIO. No debo...
MIGUEL. Sin interés...
EMILIO. ¿Mas qué causa...
MIGUEL. Dos del sastre...
EMILIO. Don Miguel...
MIGUEL. Dos del zapatero...
EMILIO. Tanta
bondad...
MIGUEL. Y estas friolerillas
que dejo á usted solventadas.
EMILIO. Yo no debo permitir
de ningun modo...
MIGUEL. Cachaza;
yo veré á doña Ramona,
y el pupilaje...
EMILIO. (¡Qué extraña
proteccion!) Mas yo quisiera...
le haré á usted un recibo.
MIGUEL. Nada;
pues no faltaba otra cosa.
¡Entre nosotros... Caramba!
EMILIO. Señor don Miguel...
MIGUEL. Yo espero
que venga usted á honrar mi casa
y que cuente con un padre
para todo.
EMILIO. Muchas gracias.
MIGUEL. Hasta luégo; le esperamos.

EMILIO. No faltaré.
MIGUEL. (¡No se escapa!)
Hasta despues. (Yéndose.)
EMILIO. Hasta luégo.
¡Pues señor, estoy en babia!

ESCENA IV.

DICHO y DOÑA RAMONA.

RAM. La sopa con huevos! (Trayendo el almuerzo.)
EMILIO. ¿Eh!
RAM. El almuerzo!
EMILIO. (Esta tarasca
debe saber...) Oiga usted.
RAM. Es que tengo las patatas
en la sarten.
EMILIO. ¡Que se tuesten!
RAM. Pero es que...
EMILIO. ¡Son dos palabras!
(La coge de una mano y la baja al proscenio
Don Miguel, el que ahora sale,
es sin duda el que la paga
mis atrasos?
RAM. No señor!
EMILIO. Oiga usted; el que la manda
que me ponga usted principio...
y Burdeos, el que trata...
RAM. Le juro á usted, don Emilio...
EMILIO. Doña Ramona, me cansa
tal negar, y le prometo
que va á salirle á usted cara...
RAM. ¡Oiga! me amenaza usted?
EMILIO. Y haré más que amenazarla!
qué edad tiene usted...
RAM. Cincuenta
voy á cumplir por la Pascua
Florida; pero no...
EMILIO. ¿Y de qué
quiere usted morir?
RAM. ¡Caramba...
Yo, de sobreparto!

EMILIO. ¡Atiza!
¡Pues no ha pedido usté nada!
(Se sienta á almorzar.)
Va usted á cantar lo que sepa
ó me marcho de esta casa.
RAM. Yo? el Gerineldo.
EMILIO. ¡Patrona!
la verdad.
RAM. Si usté me guarda
el secreto...
EMILIO. Por guardado.
Don Miguel le ha dicho...
RAM. Nada!
¡Si no es él!
EMILIO. No es don Miguel?
RAM. No señor.
EMILIO. ¡Voto á...
RAM. Cachaza;
es otro vecino.
EMILIO. ¡Otro!
pero esto es ya una plaga!
RAM. Don Bruno Torrelodones.
EMILIO. ¡Torrelodones? Ya escampa!
¿Conque don Bruno...
RAM. Ha subido
muy temprano esta mañana;
me dió un quinientos, y dijo:
«el gasto que desde hoy haga
don Emilio, es de mi cuenta,
y la que tenga atrasada
se presenta usté esta noche
para cobrarla en mi casa.
Exijo de usté el secreto
más absoluto, y si calla
y me sirve bien, la ofrezco
regalarle...»
EMILIO. ¡Estoy en babia!
RAM. «Un manton...»
EMILIO. ¿Conque un manton?
RAM. Sí, señor. Son sus palabras.
EMILIO. Y usté no sospecha el móvil,
el interés ó la causa...

RAM. ¡Phesss!... donde ménos se piensa ..
EMILIO. Hable usté.
RAM. La liebre salta.
EMILIO. Y usté opina que la liebre?...
RAM. Que la liebre es la muchacha!
EMILIO. ¡Zape!
RAM. ¡Qué?
EMILIO. Que yo me escamo.
Sabe usted que hay fondas malas
que sirven gato por liebre,
y hay viñas que tienen maca.
RAM. Eso es una apreciacion.
EMILIO. Sírvame usté la ensalada,
yo averiguaré...
RAM. Corriente...
(D. Bruno aparece en la puerta del foro; Ramona reparando en él al salir.)
¡El señor don Bruno?
BRUNO. El mismo.
EMILIO. (Levantándose.) Pase usted.... (Yo la charada descifraré.)
BRUNO. (Entra.) Con permiso...
EMILIO. ¡Usté á la cocina! (Á Doña Ramona.)
RAM. (Yéndose.) ¡Vaya!

ESCENA V.

D. EMILIO y D. BRUNO.

EMILIO. (De encontradas emociones
soy presa en este momento...)
Pero tome usted asiento,
señor de Torrelodones.
BRUNO. (Golpeándole familiarmente y muy jovial.)
¡Caramba y qué gordo está!
EMILIO. (Mal mi furor se contiene!)
BRUNO. Y qué buen aspecto tiene...
y qué tal, y cómo va?
EMILIO. Bien, gracias.
BRUNO. ¡Perfectamente!
¡Incomparable Zurita!
EMILIO. (No me hace gracia maldita

este viejo impertinente!)
Tan excesiva bondad
me extraña y me...

BRUNO. Por mi vida...
usté por lo visto olvida
nuestra amistad.

EMILIO. Amistad?
Mal ese afecto concilia.

BRUNO. Amistad franca y sincera...
qué olvidadizo!

EMILIO. Yo era...

BRUNO. Ya casi de la familia.
Recelos, que eran injustos,
y unos informes horribles,
nuestras horas bonancibles
trocaron pronto en disgustos;
mas de aquellas amarguras
roto el fúnebre capuz,
se hizo al fin luz, mucha luz.

EMILIO. ¿Sí, eh? (Pues yo estoy á oscuras!)

BRUNO. Despues, mejor informado...

EMILIO. Ha sabido usté despues?...

BRUNO. Que usté, don Emilio, es
un excelente empleado,
un chico guapo y formal,
un cumplido caballero,
un bravo mozo...

EMILIO. Sí; pero...

BRUNO. No hay pero.

EMILIO. ¡Sin un real!
Perdone usted la franqueza;
pero es la fatalidad...

BRUNO. ¿Pues qué... la felicidad
es acaso la riqueza?
El honor...

EMILIO. Sí.

BRUNO. La honradez...

EMILIO. Mas...

RRUNO. La virtud... el talento...

EMILIO. Sin embargo...

BRUNO. El sentimiento,
no son acaso la prez

de ese noble corazon?

EMILIO. Pero en el mundo sin oro...

BRUNO. Jóven... ¡no hay mejor tesoro
que la propia estimacion!
El lujo y sus pompas vanas
son de la tierra la escoria!
No hay nada como la gloria.

EMILIO. En un cuarto sin ventanas!

BRUNO. La vida tiene su eden
en todas sus gerarquías;
las modestas medianías
tienen sus goces tambien!

EMILIO. Mas no es la felicidad
andar con estos tacones,
y tener los pantalones
en el Monte de Piedad!
Ni vivir en la bohardilla
á despecho del casero,
soñar con el panadero
y atracarse de cordilla!

BRUNO. ¡Quién no pasó malos ratos?
¿Quién no ha llorado en la cuna!

EMILIO. ¡Pero quién se desayuna
con el manjar de los gatos!

BRUNO. Resignacion.

EMILIO. No hay paciencia
que aguante...

BRUNO. Sí; ya lo sé;
mas quién sabe lo que á usté
reserva la Providencia
en su recóndito arcano!
Á veces el hombre medra
sin pensar...

EMILIO. (Tira la piedra,
pero se le ve la mano!)

BRUNO. El bien que aparece tardo,
se manifiesta en un brete;
ya un matrimonio...

EMILIO. Ó un billete
de los Asilos del Pardo!

BRUNO. Para despertar del ócio
forzoso en que aquí se ve,

vengo á proponerle á usté
un magnífico negocio.

EMILIO. ¿Un negocio?...

BRUNO. Que yo espero
que usted aceptará gustoso.

EMILIO. Segun... mas hoy es forzoso
suspender... un caballero
me espera y...

BRUNO. (Si será él?)
Usté es muy dueño... y por mí...

EMILIO. Pues con su permiso...

BRUNO. Sí...
Vaya usted... (¡Es don Miguel!)

EMILIO. (¡Y no se va!) Esa persona
que aguarda...

BRUNO. Vístase usté.

EMILIO. Siento...

BRUNO. Yo aquí esperaré;
he de hablar con su patrona.

EMILIO. Será usté acaso?...

BRUNO. Á vestirse...

EMILIO. Pero es que hay ciertas bondades...

BRUNO. (Empujándole suavemente.)
Vístase usté... hay novedades...

EMILIO. (Entrando.) ¡No hay medio de resistirse!

ESCENA VI.

D. BRUNO, á poco D. MIGUEL.

BRUNO. Sin duda don Miguel sabe
el secreto, cuando trata
de ingerirse en los asuntos
de Emilio; me pondré en guardia...

MIGUEL. ¡Don Bruno!... (Entrando por el foro.)

BRUNO. ¡No digo!

MIGUEL. ¡Qué?

BRUNO. ¿Usté aquí!

MIGUEL. De qué se extraña?

BRUNO. Extrañarme? ¡No señor!
(¿Sabrá ya?...)

MIGUEL. (Si yo indagára!...)

Conque reanuda usted hoy...

BRUNO. El qué?...

MIGUEL. La amistad pasada.

BRUNO. ¿Con quién? (Hagamos el tonto.)

MIGUEL. (Disimulemos.) Pensaba...

BRUNO. El qué...

MIGUEL. Digo yo... Supongo...
el hallarle en esta casa...

BRUNO. ¡Ah!... pues no... (Sospecha.) El caso
es extraordinario.

MIGUEL. ¡Vaya!

BRUNO. Á veces besa uno manos...

MIGUEL. Es verdad. (Me pondré en guardia!)

BRUNO. Si usté supiese...

MIGUEL. Supongo...

BRUNO. Con qué dolor de mi alma
visito al tal don Emilio;
yo le pongo buena cara;
pero en el fondo...

MIGUEL. En el fondo...

BRUNO. Obligan las circunstancias...

MIGUEL. Ya lo creo. (Está enterado!)

BRUNO. (Lo sabe tambien: audacia.)
Pero esto durará poco.

MIGUEL. Yo sé que usted opinaba
muy mal de ese chico...

BRUNO. Sí.

MIGUEL. ¿Y ha variado usted?

BRUNO. En nada.
Es jugador, calavera,
holgazan, tonto...

MIGUEL. (¡Ya escampa!)
Desgraciada la mujer
que á él se uniera.

BRUNO. ¡Desgraciada!
qué porvenir...

MIGUEL. ¡Y qué vida!

BRUNO. ¡Pobrecilla!

MIGUEL. (¡No me engañas!)

BRUNO. Qué disgustos la daría!

MIGUEL. ¡Infeliz; sería su escláva!

BRUNO. (Si yo le pesco por yerno!)

MIGUEL. (Si por yerno le pescára!)
BRUNO. Y ahora recuerdo que él tuvo
con Clarita...
MIGUEL. Muchachadas...
Me la pidió para esposa
y le envié en hora mala!
Gracias á usted... sus informes,
sus noticias... muchas gracias;
no olvido nunca un favor
tan señalado.
BRUNO. (Me aplasta.)
MIGUEL. Y usté tambien me indicó
que á su Clotilde...
BRUNO. Rondaba
tambien.
MIGUEL. Y ella?
BRUNO. Hombre, ella...
pchsss... lo que es la muchacha,
tenía sus simpatías.
MIGUEL. Pues Clarita le adoraba.
BRUNO. ¡Hombre! ¿Qué me cuenta usté?
MIGUEL. La verdad.
BRUNO. Quién lo pensára.
¿De modo, que si hoy Emilio
pretendiera unirse á Clara...
usté haría...
MIGUEL. ¿Yo... lo mismo
que hiciera usted!
BRUNO. (Ya se escama!)
Hoy por hoy, no creo que es fácil.
MIGUEL. Pero usted...
BRUNO. Se la negára
rotundamente!
MIGUEL. Está claro;
yo tambien... pues no faltaba
otra cosa.
BRUNO. Un perdulario.
MIGUEL. Un cesante.
BRUNO. Con más trampas...
MIGUEL. Vaya un tipo.
BRUNO. Vaya un ente.
MIGUEL. Me apesta, y á usted?

BRUNO. Me carga.
MIGUEL. Tiene un feo muy subido.
BRUNO. Sí, señor.
MIGUEL. Y una mirada...
BRUNO. Y aquellas narices!
MIGUEL. ¡Oh!
Tan desvergonzado!
BRUNO. Vaya!
Y tan insolente...
MIGUEL. ¡Cierto!
Es un mal bicho!
BRUNO. Un canalla!

(Aparece Emilio por la izquierda vestido de calle: D. Miguel y D. Bruno corren á su encuentro, y se apoderan cada uno de una mano de Emilio con la mayor efusion.)

ESCENA VII.

DICHOS Y EMILIO.

EMILIO. Señores...
MIGUEL. ¡Amigo mio!
BRUNO. Don Emilio de mi alma!
(Bajan los tres al proscenio.)
EMILIO. Señores, yo siento mucho...
su presencia me es muy grata,
pero me esperan.
BRUNO. Andando.
MIGUEL. Pase usté, pues no faltaba...
(Acompañándole al foro.)
BRUNO. Volveremos.
MIGUEL. Eso es.
EMILIO. Cuando gusten. (Aquí hay trampa!)
(Vánse todos.)

ESCENA VIII.

DOÑA RAMONA.

(Aparece por la derecha al mismo tiempo.)
¡Se lo llevan! ¡Oiga usté!

Señorito... ya se ve
que no es un vano capricho
lo que aquí pasa... lo dicho,
aquí hay algo, y lo sabré!
(Suena la campanilla.)
¿Quién puede llamar ahora?
Quizá don Emilio... van. (Otra vez.)
Qué prisa... Vigo... serán ..
Otra vez... (Va á abrir y entra seguida de Inés.)
¡Una señora!

ESCENA IX.

DOÑA RAMONA, INÉS.

INES. Por fin llego á este desvan!
(Se sienta y se quita la mantilla.)
RAM. ¿Y la mantilla se quita!
¡Vaya una satisfaccion!)
INES. Conque diga usté, no habita
un don Emilio Zurita
en este caramanchon!
RAM. ¡Vaya, ya lo ha bautizado!
INES. Quizá peque de ligera...
RAM. Un cuarto tan ventilado,
con tragaluz al tejado
y un boquete á la escalera!
INES. Pero esto no es lo esencial;
yo vengo á buscar á un hombre...
RAM. Permita usted que me asombre.
INES. Que es un pillo...
RAM. San Pascual!
INES. Y tiene Emilio por nombre.
Hace dos meses juró
que me haría su mujer.
RAM. Y en su promesa creyó?
INES. Es claro, y vengo á saber
si está bueno ó reventó.
Seis dias há que no he visto
al infame seductor,
y si hoy me niega su amor
verá el tal...

RAM. Por Jesucristo,
modere usté su furor.
INES. Usté no sabe el afan
que el corazon me envenena;
pero si piensa el truhano,
porque yo soy buena, buena
lo mismo que es bueno el pan!
Á esperarle decidida
vengo y á hablarle resuelta.
RAM. Pues no está.
INES. Vuelvo en seguida.
RAM. Si tarda...
INES. Emilio es mi vida.
RAM. Pero es que...
INES. Daré una vuelta;
hay una pastelería
en la esquina de esta calle;
tomaré algo...
RAM. Hija mia...
INES. Y vuelvo... Adios. (Yéndose.)
RAM. ¡Quién diría!
Y tiene un precioso talle!
La chica parece lista
y algo resuelta tambien.
Si me armará aquí un belen?
EMILIO. (Entra corriendo y muy azorado por el foro.)
¡Patrona!
RAM. ¡Jesús me asista!

ESCENA X.

DOÑA RAMONA y EMILIO.

EMILIO. Doña Ramona!
RAM. Dios de Israel!
EMILIO. ¿Dónde me escondo,
dígame usted!
Vengo aturdido;
traigo los piés
hechos pedazos
con tal correr!
RAM. Mas qué le pasa?

EMILIO. Se lo diré.
Iba á la calle,
poco despues
de las visitas
de don Miguel
y ese don Bruno
de Lucifer,
que Dios confunda
por siempre amen;
y aqui en la sala
los encontré.
«Amigo mio,
»dónde va usté?
»Le acompañamos.
»Esto ha de ser.»
Señores, gracias;
voy solo bien;
tengo una cita,
y es de mujer!
«No importa,» dicen,
ambos tambien,
con la más grande
desfachatez.
Bajo corriendo
como un lebrel
los escalones
de tres en tres,
y ellos me siguen
con rapidez.
Salgo á la calle,
y en un tropel
de vendedoras,
me enjareté;
deshago el grupo,
me mezclo en él
por si mis huellas
hago perder,
entre la zambra
de aquel burdel;
tiro á una vieja,
deshago un pie
á uno que vende

sobres, papel,
plumas y obleas,
y echo á correr:
cruzo á la calle
de San Andrés;
pero en la esquina
me tropeçé
con el don Bruno
y el don Miguel;
y allí me paran,
me soban, me
estrujan y dicen,
¡qué avilantez!
de entrambas hijas
yo no sé qué.
Que si la Clara,
que hermosa es,
me adora y busca
mi amante fe.
Que la Clotilde
quiere tambien
que un sacerdote,
cual la juré,
una los lazos
de su querer.
Y ambos protestan
desinterés,
y ambos me pegan
á la pared!
«Y usted elija
cuál ha de ser»,
dice don Bruno:
«Piénselo bien,
mire que tengo
por Aranjuez
unos terrenos
que la daré
si ella se casa
dentro de un mes.»
Y á esto replica
mi don Miguel.
«Tiene mi Clara...»

«Qué ha de tener!»
dice don Bruno.
«Cállese usted»,
contesta el otro
como un Luzbel!
«Clara en la calle
de Lavapiés,
tiene una casa
que edifiqué
yo por el año
cuarenta y tres,
y yo con ella
la dotaré.»
En vano á gritos
hice entender
que protestaba,
cual protesté
de aquel suplicio
rudo y cruel.
Ya sin aliento
les supliqué
un mes de plazo
para poder
pensar la cosa
con madurez;
y me negaron
tambien el mes.
Y ambos cogidos,
qué estupidez,
de las solapas
de mi chaquet,
no me dejaban
mover un pie!
En tal conflicto
no sé qué hacer;
ambos me acosan,
y «elija ustéd»
dicen entrambos
llenos de hiel!
De pronto, ¡oh dicha!
ví aparecer
un par de agentes,

sables de ley.
Socorro! á voces
allí grité.
Suelta don Bruno,
quiere correr,
tropieza y cae,
con don Miguel,
llegan los guardias,
se arma un belen,
yo salgo á escape,
y aquí llegué
muerto, rendido,
y sin poder
decir siquiera
téngame usté!

(Se arroja en brazos de Doña Ramona.)

RAM. Pobre don Emilio!

EMILIO. Bárbaros!

RAM. No ha sido flojo el belen!

EMILIO. Si vienen, no estoy en casa,
y devuélvales usté
cuantos adelantos tengan
hechos por mí.

RAM. Está muy bien!

EMILIO. Yo voy á acostarme.

RAM. Bueno.
Ah!... en ausencia de usté
ha venido una señora.

EMILIO. Una señora? Es Inés.

RAM. Así, muy lista.

EMILIO ¿Muy lista?
Pues entónces ella es.
Despiértame usté si vuelve,
es mi cariño.

RAM. Lo haré.
Menudo tole ha traido.
¿Pero qué querrán hacer
con mi huesped los vecinos?
¡Que Dios los confunda, amen! (Campanilla.)
Han llamado. Quién será?
Quizá la niña otra vez!

ESCENA XI.

DOÑA RAMONA y D. MIGUEL, que entra á escape. En seguida entra D. BRUNO.

MIGUEL. Señora doña Ramona...
RAM. ¿Qué quiere usté, buen señor?
BRUNO. (Que entra como entró D. Miguel.)
Hágame usted el favor.
(Cogiendo de un brazo á Doña Ramona.)
MIGUEL. (Cogiéndola del otro.)
Escúcheme usted, patrona!
BRUNO. Desoyendo usted mis ruegos...
MIGUEL. Engañándome usted hoy...
RAM. ¡Pero señores, que estoy
colocada entre dos fuegos!
BRUNO. Sabiendo que yo á pagar
ya me encontraba dispuesto
sin excusas ni pretexto.
MIGUEL. ¿Quiere usted dejarme hablar?
RAM. Jesucristo, y qué empujones!
BRUNO. Si usté contestarme excusa...
MIGUEL. Me parece que usté abusa,
señor de Torrelodones.
BRUNO. ¡Abusar!... ¡Valiente traza!
y en la calle, el deslenguado,
ni siquiera me ha dejado
con Emilio meter baza.
MIGUEL. Usté ha charlado por tres.
BRUNO. Rechazo la acusacion.
MIGUEL. Calle usted, santo varon.
BRUNO. Que yo he charlado?...
MIGUEL. ¡Eso es!
BRUNO. ¡Oh!... nos veremos las caras.
RAM. Si á don Miguel compromete,
verá...
BRUNO. Y á usté, quién la mete
en camisa de once varas?
MIGUEL. Yo á mi casa la llamé
porque así me convenía,
está usted?
BRUNO. Y yo á la mia.

MIGUEL. Y para qué?
BRUNO. ¡Para qué?...
Supongo que usted barrunta
que este es un asunto grave.
MIGUEL. Lo sé bien.
BRUNO. Y si lo sabe,
entónces, ¿por qué pregunta?
Á don Emilio Zurita
tengo afan por proteger.
MIGUEL. Y por darle una mujer
en matrimonio.
BRUNO. Me irrita.
Pues es verdad!
MIGUEL. Qué descaro!
Y usté mismo lo declara?...
BRUNO. Usted prefiere que Clara...
RAM. (Vamos, ya voy viendo claro!)
MIGUEL. Hace cerca de diez meses
que su amor la declaró.
BRUNO. Sí, y usted le desahució
al verle lleno de ingleses.
MIGUEL. Pero hoy su pasion protejo
y olvido antiguos agravios!
BRUNO. ¡Qué inconsecuencia!
MIGUEL. De sabios
es el mudar de consejo!
BRUNO. Ántes que á Clara ofreciera
su amor y ardiente fe,
amó á Clotilde!
MIGUEL. Y usté
le arrojó por la escalera!
BRUNO. Ese es un asunto viejo.
MIGUEL. No envejecen los agravios!
BRUNO. Y qué quiere usté, de sabios
es el mudar de consejo!
Su máxima me electriza.
RAM. Señores, esto es un lio.
BRUNO. ¡Usté calla!
MIGUEL. (Yo á este tio
le sacudo una paliza!)
BRUNO. Yo soy el que manda aquí,
y en síntesis, en resúmen...

MIGUEL. Tiene usted poco cacúmen,
para desbancarme á mí!
BRUNO. Yo tengo un criterio recto,
y en lo futuro yo haré...
MIGUEL. Ese futuro de usté
es un futuro imperfecto.
BRUNO. No es fácil que usté consiga...
MIGUEL. Usté vive equivocado.
BRUNO. Yo tengo el trigo sembrado!
MIGUEL. Yo ya le tengo en espiga!
BRUNO. Si usté con pruebas no abona...
RAM. Aquí presiento un desastre.
MIGUEL. Yo le he pagado á su sastre!
BRUNO. Yo he pagado á su patrona!
MIGUEL. Á fe de Miguel Betanzes,
que aquí traje las facturas.
¡Treinta duros en costuras!
BRUNO. Yo treinta y cinco en garbanzos!
MIGUEL. Está bien.
RAM. (No pierden ripio!)
BRUNO. Usté al cabo cederá.
MIGUEL. Hoy voy á comprarle un frac!
BRUNO. Auméntele usté un principio!
RAM. Bien.
MIGUEL. Don Bruno...
BRUNO. Don Miguel...
MIGUEL. Esa furia no me aterra!
BRUNO. Tendremos guerra!
MIGUEL. Pues guerra!
BRUNO Y sin cuartel.
MIGUEL. Sin cuartel.
BRUNO. Usté no pare en pelillos,
MIGUEL. Tome usté estos cinco duros
para comprarle pitillos.
BRUNO Con ese alarde ruin...
RAM. Al prodigar sus mercedes,
yo quiero saber si ustedes
hacen esto con buen fin?
MIGUEL. ¡Patrona!
RAM. Ó tratan quizás
de comprometerle?
BRUNO. ¿Quién!

RAM. Metiéndole en un belen.
MIGUEL. ¡Doña Ramona!...
RAM. No hay más!
Aquí se juega un albur
pesado entre ustedes dos,
y él es un ángel de Dios.
MIGUEL. Vaya usté al infierno. (Medio mutis.)
BRUNO. Abur! (Id.)
MIGUEL. Cuanto le digo haga usté.
BRUNO. Siga usté mi plan.
MIGUEL. Reniego...
BRUNO. Y hasta despues.
MIGUEL. Hasta luégo.
BRUNO. Yo no tardo.
MIGUEL. Volveré.
RAM. Es decir, que ustedes dos...
BRUNO. Yo no cedo.
MIGUEL. Yo tampoco.
(Aparece Emilio por la derecha.)
BRUNO. ¡Él! (Viéndole y corriendo á él.)
EMILIO. ¡Me van á volver loco!
MIGUEL. ¡Don Emilio! (Avanzando corriendo hácia él.)
EMILIO. ¡Vive Dios!

ESCENA XII.

DICHOS y D. EMILIO.

MIGUEL. Dispense usted el arrebato.
BRUNO. Perdone usted, caballero.
EMILIO. Concluyamos de una vez.
MIGUEL. Yo quisiera...
BRUNO. Yo deseo...
EMILIO. He resuelto, amigos mios,
que aquí termine este enredo;
yo su proteccion rechazo;
yo sus dádivas no acepto;
y he dicho, y lárguense ustedes.
MIGUEL. Un momentito.
BRUNO. Un momento.
(Inés aparece en la puerta del foro, y se queda allí viendo el diálogo hasta su entrada.)

ESCENA ÚLTIMA.

DICHOS é INÉS.

BRUNO. Yo vengo á ofrecerle á usted
la mano de...
RAM. (Del mortero!)
BRUNO. De Clotilde.
EMILIO. Muchas gracias!
MIGUEL. Yo la de Clara.
EMILIO. No puedo.
BRUNO. Diga usted por qué!
MIGUEL. Por qué?
INES. (Avanzando.) Yo lo diré, caballeros.
Está ya comprometido.
BRUNO. Con quién?
EMILIO. Con ella!
INES. Es lo cierto!
Yo soy la elegida!
MIGUEL. ¿Usted!
RAM. Me alegro!
MIGUEL. Cuánto lo siento!
BRUNO. Pues hace usted un negocio...
INES. ¿Un negocio?
EMILIO. No comprendo.
MIGUEL. Don Emilio es millonario.
EMILIO. ¿Que yo?...
BRUNO. Rico como Creso!
INES. ¿Cómo!
MIGUEL. Un pariente lejano,
que murió hace siglo y medio,
por un extraño capricho
le ha nombrado su heredero!
BRUNO. Tiene en el Banco de Lóndres,
trescientos millones!
RAM. ¡Cuerno!
MIGUEL. (Sacando el periódico.)
Aquí *La Correspondencia*
lo especifica en un suelto.
(Leyendo.) «Rectificando la noticia que ayer
»dimos referente á la herencia depositada

»por un español en el Banco de Lóndres,
»debemos hacer constar que el apellido de
»aquel señor, es *Naba*, en vez de *Navas*,
»como se nos había dicho: hacemos esta
»aclaracion, para los que, creyéndose con
»derecho... etc., etc.»
Es Naba, con b.

EMILIO. Ya caigo.
Sin duda ustedes creyeron... (Riendo.)

BRUNO. Usted es Naba con b!

RAM. Vamos!...

EMILIO. Ahora lo comprendo...

MIGUEL. Estas tarjetas de usted
no admiten duda. (Sacando unas.)

BRUNO. (Sacando otras.) En efecto.
«Zurita y Naba.»

INES. Es verdad.

EMILIO. Pero eso no está bien puesto.
Yo soy Navas.

MIGUEL. ¡Navas?

BRUNO. ¿Navas!

EMILIO. Con ese y v!

RAM. Qué camelo!

MIGUEL. (Poniéndose el sombrero y dirigiéndose al foro.)
Dispense usté.

EMILIO. (Id.) Dispensado!

INES. Qué memoria! ahora recuerdo
que hallé al subir á buscarte,
un hombre bastante feo
preguntando con afan
por tu vivienda al portero:
el tal era portador
para tí...

EMILIO. De qué?

INES. De un pliego
que yo recogí.

EMILIO. Veamos.
(Leyendo.) «El gobierno...» ¡ya era hora!
»ha tenido á bien...» ¡soberbio!
»nombrar á usted auxiliar
»de la clase de terceros,
»con el haber...» ¡Oh fortuna!

»de tres mil pesetas.»

RAM. ¡Cuerno!

EMILIO. No quite usted el principio! (Á Ramona.)
Mañana al registro. (Á Inés.)

INES. Bueno.

MIGUEL. Hombre, sea enhorabuena!

BRUNO. Repito...

EMILIO. Gracias.

RAM. Me alegro.

BRUNO. Buenos dias!

MIGUEL. Muy felices.

EMILIO. (Deteniéndoles.) Un instante, caballeros.
(Al público.) Su fiera persecucion
contemplo al fin terminada;
ántes que caiga el telon,
dales tú la absolucion
al compás de una palmada! (Telon.)

FIN DEL JUGUETE.

LA COPA DE PLATA.

LA COPA DE PLATA,

ZARZUELA EN DOS ACTOS Y EN VERSO,

ARREGLADA, EN ESPAÑOL,

Á LA MÚSICA DEL MAESTRO VASSEUR,

POR

DON ELOY PERILLAN BUXÓ, DON MIGUEL PASTORFIDO

Y

D. MARIANO PINA DOMINGUEZ.

Representada por primera vez, con extraordinario éxito, en el Teatro del Circo, el 25 de Octubre de 1873.

SEIS REALES.

MADRID.

IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ, CALVARIO, 18.

1873.

PERSONAJES.	ACTORES.
SOL-SÍ	D.ª ANTONIA GARCÍA.
EUTERPE	MATILDE VICENS.
SOL-FÁ	JOSEFINA ALVAREZ.
ARPA	LUISA ALVAREZ.
DIN-DÓN	D. JOSÉ ESCRIU.
MI-FÁ	RAMON ROSELL.
LAI-TÚ	LUIS CARCELLER.
PENTÁGRAMA	JULIO RUIZ.
BATUTA	ENRIQUE MARTINEZ.
ATRIL	CONSTANTINO POLIN.

Tiroleses y Tirolesas.—Coro de ambos sexos.

La accion se supone en el Tirol.

Esta obra es propiedad de D. VICENTE DE LALAMA, y de *una tercera parte del libro* D. MARIANO PINA Y DOMINGUEZ, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España, sus posesiones de Ultramar, ni en los paises con los cuales haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

Los comisionados de las galerías dramáticas de D. VICENTE DE LALAMA y de D. EDUARDO HIDALGO, son los exclusivamente encargados de la venta de ejemplares.

Los derechos de representacion los percibirán en la forma siguiente: *dos terceras partes del libro y toda la música*, los del Sr. Lalama; *y una tercera parte del libro*, los del Sr. Hidalgo.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

ACTO PRIMERO.

Una plaza.—Á la izquierda la entrada de una taberna.—En medio de la escena un encerado con signos musicales.

ESCENA PRIMERA.

ATRIL, PENTÁGRAMA, SOL-FÁ y CORO GENERAL.

MUSICA.

CORO DE HOMBRES.

Venga buen vino!
venga licor!
No hay en el mundo
néctar mejor.
Ea, chicas, basta de leccion,
dejad ese canto triste;
y ensayad en alegre son
trovas que tengan más chiste.
Vaya al diablo la leccion
y repetid nuestra cancion.

SOL-FA. Yo tambien hoy cantaría
(Á Pentágrama.)
si fueras tú mi profesor,
y aprendería
mil cánticos de amor!

CORO DE MUJERES.

Hay que dar la leccion!

Esa es nuestra mision.

CORO DE HOMBRES.

Vámonos á paseo!
Dejad el solfeo,
Apurar el vino
sea nuestro destino.
Este licor
da el buen humor.

TODOS. Venga buen vino, etc., etc.

HABLADO.

PENT. Buen vino, Atril.
ATRIL. Excelente!
PENT. Rejuvenece y alegra.
ATRIL. Produce unas cosquillitas
de los piés á la cabeza!...
PENT. Ven, Sol-fá, ven á mis brazos!
ATRIL. Mira, chica, con franqueza,
bebe más y abraza ménos.
SOL-FA. Eso no quita que beba.
PENT. Dice bien.
SOL-FA. Es mi marido
y por eso le hago fiestas.
ATRIL. Los arrumacos en casa.
PENT. Pero estamos en cuaresma?
Esta es la vida, muchachos;
muchachos, la vida es esta.
Amar por todo lo alto
y trincar á toda vela.
Viva el amor! Viva el vino!
Sol-fá, aprieta, Sol-fá, aprieta. (Abrazándola.)
SOL-FA. Estudiemos la cancion.
PENT. El certámen será en regla,
y es preciso que venzamos.
SOL-FA. Vencer? No es fácil empresa.
PENT. El canton de *Alza pilili*,
nuestro enemigo, no deja
el estudio un sólo instante.
Tres años há que se lleva

el premio, y es bochornoso.

SOL-FA. Pero qué voces aquellas!

PENT. De ángeles y serafines.
Qué afinacion, qué limpieza
en los trinos, y qué alcance!
si suben á las estrellas!
Allí dan el dó de pecho
hasta los chicos de teta.

ATRIL. Y en cambio aquí todos roncos!

PENT. Todos roncos... Qué vergüenza!
Será el aire?

ATRIL. Será el vino?

SOL-FA. Será...

PENT. Sea lo que sea,
es necesario un esfuerzo
y aprender la tirolesa.
Que el caton de *Ole, salero*!
al de *Alza, pilili*! venza
siquiera una vez; valor!

TODOS. Valor!

PENT. Patriotismo, etcétera

ATRIL. Silencio! Ahí viene Mi-fá.

PENT. Qué cara tan descompuesta.

ATRIL. Parece furioso.

SOL-FA. Es claro!

PENT. Por qué es claro, bachillera

SOL-FA. Porque Lai-tú, su sobrino,
no parece.

PENT. Y tú sospechas
dónde puede hallarse?

SOL-FA. Sí.
En el canton de la izquierda.

PENT. En Alza pilili?

SOL-FA. Justo.

PENT. Donde nos hacen la guerra.
Un salero entre pililis!...

SOL-FA. Las pililas le marean.

ATRIL. Mi-fá!

PENT. Cada uno á su puesto,
y á estudiar la partichela.
(Todos se colocan en dos filas con la partichela en la mano.)

ESCENA II.

DICHOS, MI-FÁ.

Sale por el foro con aire muy agitado y se dirige al público.

Tres dias, tres de agonías.
Le busco, pero es en vano.
Dónde está, Dios soberano?
Dónde estuvo en esos dias?—
Din-dón pregunta por él.
Tú eres jefe de la orquesta,
dice, y la plaza te cuesta
si no parece el infiel.
El concurso peregrino
en breve tendrá lugar,
y nadie puede triunfar
si no canta mi sobrino.
Tiene una voz... eso sí,
de canario comprimario.
Es un canario...
(Reparando en el coro, que ha ido acercándose poco á poco y escucha lo que dice.)
Canario!
Qué estais escuchando ahí?
Á su puesto! Pronto! Ajá.
Ensayemos con presteza.
Mucho ojo! Mucha limpieza!
Voy á dar el *lá*. (Cantando.) *Lá*!...

TODOS. (Muy desafinados.) *Lá*!...

MI-FA. ¡Bravo! Muy bien! Sí señor!
Esto es lograr maravillas.

SOL-FA. (Gritando.) Ay! Atril me hace cosquillas.

MI-FA. Por eso cantas mejor.
Pero como yo le atrape,
veremos si se divierte.
Atencion! Fuerte! eh, bien fuerte!
Una, dos. Andad! ¡Á escape!
(Todos echan á correr.)
Eh! Qué haceis?.. Só!...

SOL-FA. No nos dijo
que á escape?
MI-FA. Já!... ¡Qué listos son!
Para entrar en la cancion.
SOL-FA. Ah, vamos! Ya lo colijo.
(Cantan con gran desafinacion varias notas.)

ESCENA III.

DICHOS, DIN-DON.

DIN-DON. Fuego! Á la guardia! Un fusil!
MI-FA. El jefe!
DIN-DON. Dios de Israel!
Esto no es cantar, señores;
esto es arrojar la nuez
á pedacitos.
MI-FA. Maestro,
si son ruiseñores.
DIN-DON. Qué?
Son serenos jubilados.
MI-FA. No, no: el coro...
DIN-DON. Es un burdél.
MI-FA. La tirolesa saldrá.
DIN-DON. Esto tirolesa?
MI-FA. Pues!
DIN-DON. Lo de tiro, lo comprendo,
y á quema ropa! Pardiez!
Me arrancaré los cabellos,
sí, me los arrancaré
(Se arranca grandes mechones de cabellos.)
de ira, de pena, de rabia!
Qué desgracia tan cruel!
MI-FA. Llorad, llorad, hijos mios. (Todos lloran.)
Señor Din-dón, ya lo veis.
La culpa no es nuestra: todos
quisiéramos poseer
un órgano en la laringe.
DIN-DON. Pues tienen un almirez.
Cierto, que Mi-fá es un asno (Al Coro.)
y no un director; cierto es

que no conoce una nota;
pero qué le hemos de hacer?

MI-FA. Elogios tan distinguidos
nunca pude merecer.

DIN-DON. Oid; maliciándome yo
cuanto ha ocurrido despues,
me dije: sacrifiquémonos;
perdamos ántes la piel
que dar la copa de plata
á los pililis.

MI-FA. Muy bien.

DIN-DON. Y por mi sobrina Euterpe
al otro canton mandé.

TODOS. Oh!

DIN-DON. El que venza, se la lleva.

MI-FA. (Y Lai-tú sin parecer.)

DIN-DON. Seis mil florines de dote,
y petróleo para un mes.
Tú no conoces á Euterpe?

MI-FA. No.

DIN-DON. Yo tampoco; más sé...

MI-FA. Que es preciosa?

DIN-DON. Que es horrible.

TODOS. Horrible?

DIN-DON. La última vez
que la ví, hace ya once años;
—entónces contaba seis,—
era corcobada, bizca,
tenía torcido un pie,
un lobanillo en la frente
como dos quesos ó tres,
medio roto el espinazo
y bigotuda la tez.

MI-FA. Un fenómeno!

DIN-DON. Un fenómeno;
pero que canta muy bien.

ESCENA IV.

DICHOS, BATUTA, luego EUTERPE.

BATUTA. Din-dón! Mi-fá! Aquí está Euterpe.
DIN-DON. No os lo dije!
BATUTA. Uf, qué correr!
Venimos reventaditos.
EUT. Tio! Padrino!
DIN-DON. Ella es!
(Aparece Euterpe y abraza á Din-dón.)
Pero calle! No eres ella!
MI-FA. Pues y la joraba aquella?
DIN-DON. No la veo: sí la veo!
pero ha seguido otra huella.
MI-FA. Si no tiene nada feo!
DIN-DON. Á ver los ojos? De hinojos
caigo ante su luz divina.
MI-FA. Y los piés?
DIN-DON. Ya no están cojos.
Ni en su frente se adivina
el ceño que inspira enojos!
Encantadora mujer!
Qué tal? Tendría que ver
que un pilili la lograse!
Siendo de este canton, pase.
MI-FA. (¡Y Lai-tú sin parecer!)
DIN-DON. No perdamos un instante,
qué tal la voz?
EUT. Arrogante.
DIN-DON. Das el re?
EUT. Y el sí, y el dó,
y el mí.
MI-FA. Pues ya da bastante.
DIN-DON. Bastante ménos doy yo.
Á cantar.
EUT. Cómo?
DIN-DON. Á cantar.
EUT. Padrino, sin descansar...
DIN-DON. Aquí nunca se hace eso.
EUT. Necesito respirar.
Me hace falta, lo confieso!

DIN-DON. (Respirando fuertemente.)
Bueno, pues ya has respirado.
EUT. Qué canto?
DIN-DON. Una serenata
á tres voces.
MI-FA. Bien pensado!
DIN-DON. Nadie tosa.
PENT. No hay cuidado.
EUT. Canto á la copa de plata.

MUSICA.

EUT. Esa copa tan singular
es una especie de cucaña.
Osan mil tras ella trepar,
pero el deseo les engaña.
Quién más á lo alto llegó,
de gozo al fin un grito exhala;
y cuando suya la creyó...
Crac! Se resbala.
TODOS. Otro que no alcanzará
la cucaña.
Otro que no la tendrá.
EUT. Es la dicha vana ilusion,
que á ver cumplida nadie alcanza.
La mujer que da el corazon
mira burlada su esperanza.
En un hombre cifra su bien,
y su eleccion siempre es mala;
pues cuando hallar pensó un eden,
crac! se resbala.

HABLADO.

TODOS. Bravo!
DIN-DON. Esto sí que es cantar;
pero no es sólo su canto
lo que ella ofrece al concurso.
Á ver, que traigan el saco.
(Á Batuta, que entra en la casa y sale luégo

con un bolsillo grande, lleno de monedas que suena Din-dón cuando canta.)

MI-FA. El saco?

DIN-DON. Sí, donde guarda
los florines que la he dado.

MI-FA. Que lo enseñe.

TODOS. Que lo enseñe!

EUT. (Viendo salir á Batuta con él.)
¡Aquí está!
(Todos quieren cogerle. Din-dón lo impide.)

DIN-DON. ¡No hay que tocarlo!

MUSICA.

DIN-DON. Miràd qué rostro tan bonito!
Euterpe á todas deja atrás.
No diré si su palmito
ó su dinero vale más.
Con su dote yo os la presento,
y la dejo con sentimiento,
que una chica tan hermosa y tan gentil
no puede ser jamás para un zascandil.

TODOS. Esa mujer es un tesoro;
un ángel es, un serafin:
en dote lleva montes de oro,
y su esposo será feliz.

HABLADO.

DIN-DON. Pues bien: ella, mi sobrina,
con su voz y con su garbo,
con sus ojos y florines,
y con sus piés y sus manos,
será del que gane el premio.

EUT. Yo, padrino?... Ni pensarlo!

DIN-DON. Sí tal, su esposa.

EUT. Imposible.

DIN-DON. Por qué razon?

EUT. Está claro!
Primero, porque aquí sois

muy refeos.

DIN-DON. Pero honrados!

EUT. Y segundo, porque yo...

DIN-DON. Tú te marchas á tu cuarto;
y no contestas, ni exiges,
ni pides, ni das.

EUT. Dios santo!

DIN-DON. Aquí sólo mando yo.

EUT. Mas...

DIN-DON. Nada! Yo sólo mando!

EUT. (Como me fastidien mucho,
tomo la puerta y me largo.)
(Váse por la izquierda.)

SO-LFA. (Mirando al foro.)
Por allí viene Lai-tú.

MI-FA. Mi sobrino? Sea loado!...
Lai-tú!

TODOS. Lai-tú!

ESCENA V.

DICHOS, LAI-TÚ.

LAI-TU. Buenos dias.
Yo muy bien, y ustedes?

MI-FA. Bárbaro!

LAI-TU. Usted bárbaro? Lo siento.

MI-FA. (Tirándole de la oreja.)
Dime, sobrino del diablo,
pillastron, infame, tuno...

LAI-TU. Que tira usted demasiado.

MI-FA. Dónde estuviste tres dias?

DIN-DON. Tres nada ménos?

LAI-TU. Yo...

MI-FA. Vamos!

LAI-TU. Toma! En el otro canton.
En casa de su tocayo (Á Din-dón.)
el juez.

DIN-DON. Facistól?

LAI-TU. El mismo.

DIN-DON. Comprendo! es un dromedario.
Qué horror! Calculen ustedes.

Tiene cincuenta y seis años
y se unió con una jóven
de veinte.

TODOS. Uf!

DIN-DON. Bah! figuraos...

MI-FA. Y qué hacías en su casa?

LAI-TU. Como está tan ocupado
Facistól con el concurso,
no paraba un solo rato...
Siempre de aquí para allá
con sus voces y su...

DIN-DON. Al grano!

LAI-TU. Su esposa quedaba sola,
y para pasar el rato,
la acompañaba...

DIN-DON. Insolente!

MI-FA. Qué estás diciendo?

LAI-TU. Al piano!

MI-FA. Ah! Ya!

DIN-DON. Pero toca?

LAI-TU. Mucho!

MI-FA. No mientes?

LAI-TU. Para probarlo
lean ustedes la carta
que ella me dió.

MI-FA. Á ver?—Leamos.
(Leyendo.) «Tres dias pasó en mi casa,
»y en los tres llenó el muchacho
»su cometido de un modo
»irreprochable.» Canastos!
pues es verdad.

LAI-TU. Lo estais viendo?

DIN-DON. Lo que veo es que pasamos
las horas... Lai-tú?

LAI-TU. Presente.

DIN-DON. Quieres ganar al contado
seis mil florines?

LAI-TU. Sí tal.

DIN-DON. Pues saca el premio: Sopranos,
barítonos y tenores,
tiples agudas y bajos,
el momento se aproxima,

la lucha acerca sus pasos.
Si este año perdeis la copa
no habrá copas este año. (Accion de beber.)
Pensad que sois tiroleses.
Que teneis hijos! Si al cabo
vencidos sois, irán ellos
corriendo extranjeros campos
con el organillo á cuestas,
ú otro instrumento ordinario,
sufriendo epítetos tales
como gallegos, gabachos,
limpia-chimeneas... Oh!
y cantarán por dos cuartos
el himno de Garibaldi,
el bolero, el víto, el tángo...
No, no! No quiero saberlo!
No, no! No quiero pensarlo!
Sús! Tomad yemas de huevo.
Acudid al entusiasmo!
Notas falsas por arriba!
Notas huecas por abajo!
Al que se le escape un *moro*
le mato yo cual cristiano.
Los gallos quedan prohibidos.
Ántes morir que dar gallos!
Patriotismo! Gritar mucho,
y ole, salero! Marchaos!
(Váse el coro repitiendo la orquesta un motivo anterior.)

ESCENA VI.

MI-FÁ, DIN-DÓN.

MI-FA. (Como un libro se ha explicado.)
DIN-DON. Conozco mi travesura;
pero á tí se te figura
que sobre esto no he pensado?
Yo estudié la voz humana
bajo mil distintos modos.
Yo sé cómo cantan todos
desde el hombre hasta la rana.
Mas no pude averiguar

el motivo, la razon
de por qué en este canton
ninguno puede cantar.
Cien infólios registré,
filósofos, erúditos...
Oh, Mi-fá, son infinitos
los sabios que consulté.

MI-FA. Y nada!

DIN-DON. Suerte fatal.
Qué es la voz?...

MI-FA. No lo he podido
entender nunca.

DIN-DON. Un sonido.

MI-FA. Justo!

DIN-DON. Un sonido... animal.
Tú comprendes?

MI-FA. Sí señor.

DIN-DON. Un fuelle.

MI-FA. Perfectamente.

DIN-DON. Aire aspirante, impelente.

MI-FA. Vamos, un aventador!

DIN-DON. Nace el hombre...

MI-FA. Es natural.

DIN-DON. Da un quejido; en qué consiste?

MI-FA. En que el hombre pide alpiste.

DIN-DON. Pues esa es la voz!

MI-FA. Cabal.

DIN-DON. Cómo no hay voces aquí?

MI-FA. Tambien en ello pensé.
Por qué no hay voces, por qué?

DIN-DON. Ahí está el secreto, ahí!

MI-FA. Bah! bah! bien claro lo veo.

DIN-DON. Desarrolla el silogismo.

MI-FA. Tengo el ejemplo en mí mismo.
Yo fuí jóven.

DIN-DON. No lo creo.

MI-FA. Lo juro.

DIN-DON. Bueno, adelante,

MI-FA. Gran voz de pecho tenía;
cuando cantaba se oía
desde Poniente á Levante.
Yo á las estrellas subí,

yo los montes atroné,
y en todas partes dejé
memoria eterna de mí.
Una tarde en que vagaba
por un oculto sembrado,
ví á Sol-fá, y enamorado
mi corazon palpitaba.
Á suspirar comencé,
por rendir su pecho amante.
Pues bien, desde aquel instante
con ménos bríos canté.
Y desde entónces fué atroz
lo de voz que yo perdía:
cuanto más cariño había
ménos había de voz.
Hice un estudio completo
del fenómeno terrible;
y aunque parece increible
al cabo logré mi objeto.
Quien bien ama, canta mal;
pues el corazon no canta,
y se seca la garganta,
que es la parte principal.
Como no come ni bebe,
sus fuerzas van decayendo.
Tanto y tanto va perdiendo,
que ni aun paga lo que debe.
Si se casa, se acabó;
y como aquí están casados
todos los hombres honrados,
el sonido se perdió.

DIN-DON. Eres feo sin rival.
Esto mi ilusion no trunca,
pero no pensaba nunca
que fueses tan animal.

MI-FA. Cómo?

DIN-DON. Que estás delirando.

MI-FA. No obstante...

DIN-DON. Necias quimeras!
Tú serás lo que ántes eras,
músico de contrabando! (Váse.)

ESCENA VII.

MI-FÁ, SOL-SÍ, luégo.

MI-FA. Yo de contrabando?... Cielos!
el insulto me aplastó...
De todo tiene la culpa
mi sobrino... ese bribon!
Casándose con Euterpe
nos salvaría á los dos;
con el dote de la chica
y mi paguita... al relój!
Si lo encuentro... lo divido!
(Tropieza con Sol-sí.)
Él!

SOL-SI. Tenga usted compasion!
Vengo pidiendo limosna.

MI-FA. Un mendígo en el Tirol!...
Qué escándalo!... Ni en Madrid!...
Vaya usted mucho con Dios!...
Jóven, aquí no se pide,
por la sencilla razon
de que no hay quien dé...

SOL-SI. No hay pobres
en el país?...

MI-FA. No, señor...
Las potencias extranjeras
los tienen con profusion.
Aquí el que no come...

SOL-SI. Qué hace?

MI-FA. Qué hace? Roba, y se acabó!
(Se va por el foro.)

ESCENA VIII.

SOL-SÍ, sólo.

Viejo tacaño! Él ignora
que no como desde ayer!
Ya me parece que es hora.
Tirol! Tierra bienhechora,

al cabo te vuelvo á ver.
Hace tres años salí
con mi mona juguetona,
y mucha hambre por ahí,
y hoy fijo mi planta aquí
con más hambre... y sin la mona.
Ay! tuve que trasponer
con mi laud el Pirene!...
Me obligó á este proceder
la razon del no tener,
que es la que más fuerza tiene.
Á España fuí, y quién creyera
que para mengua del arte,
no hice dos duros siquiera...
Me dijeron que me fuera
con la música á otra parte.
Y desde aquellos cantones
que están en preparacion,
apretando los talones
me volví con mis canciones
á este dichoso canton.
Mas no sé qué grato olor
se percibe... por aquí
están comiendo... valor!...
Canta, canta, trovador,
que por algo eres *Sol-sí*!
(Canta el couplet, y al terminar la primera estrofa llama, dirigiéndose á la ventana.)

MUSICA.

1.

Qué triste es ver á la gente
en rica mesa trinchar,
si oler en vano se siente
el más sabroso manjar.
Con poco ya cesaría
de mi pobreza el afan:
do quiera va el ansia mia
pidiendo un poco de pan.

(Hablado.)
Eh! buena gente! No me oyen...
Que aproveche! Qué crueldad!
(Cantando.)
En esa estancia se apura
de la riqueza el poder,
y por fatal desventura
yo me quedo sin comer.

ESCENA IX.

DICHO, DIN-DÓN, y MI-FÁ.

HABLADO.

MI-FA. Juraría que es Lai-tú,
mi sobrino!
DIN-DON. No, no tal:
es un forastero!... Chist!...
véngase usted por acá!
(Se entran juntos en la taberna; Sol-sí canta la segunda estrofa; al acabarla salen Din-dón y Mi-fá de la taberna y le sujetan cada uno por un brazo.

II.

Maldigo mi negra suerte
y al cielo mis ayes van,
al ver que allí se divierte
quien niega al mísero un pan.
Al rico el oro enajena
pues logra dicha con él;
y á mí me mata la pena
de mi destino cruel.
(Hablado.)
No hay cubierto para mí?
No me quieren contestar!
(Cantando.)
Mi voz á encontrar no acierta
en esa gente piedad:
limosna de puerta en puerta
yo pido por caridad.

(Hablado.)
Eh!... buena gente!... No me oyen!...
Que aproveche! Qué crueldad!
(Aparecen Din-dón misteriosamente por la izquierda, y Mi-fá por el otro lado.)

HABLADO.

DIND-ON. Ya le cogí...
MI-FA. Ya ha caido!
SOL-SI. Qué es esto? Déjenme en paz!
No comprendo este atropello
á mi individualidad.
Soy ciudadano pacífico,
consecuente, liberal...
MI-FA. Veamos! Á que no lleva
cédula de vecindad?...
DIN-DON. Eso nada nos importa.
Silencio... Señor, Mi-fá!...
Jóven... de dónde es usted? (Á Sol-sí.)
SOL-SI. De Alza pilili.
MI-FA. Aguarrás!
Es del canton enemigo!
DIN-DON. (Astucia y serenidad!) (Á Mi-fá.)
Qué pide usted?
SOL-SI. Poca cosa,
un pedacito de pan!...
DIN-DON. Un pedacito... Batuta! (Llamando.)
Inmediatamente acá...
SOL-SI. Batuta! Es ese el almuerzo
que ustedes me quieren dar?
(Sale Batuta y Din-dón le habla un momento a oido: despues aparte tambien á Mi-fá.)
DIN-DON. Este muchacho es la clave
de nuestra felicidad.
Qué edad tiene usté? (Á Sol-sí.)
SOL-SI. Veinte años.
DIN-DON. Veinte años! (La gran edad!) (Á Mi-fá.)
MI-FA. (Segun para lo que sea.)
DIN-DON. Oh! déjese usté abrazar!
(Reaparece Batuta trayendo una bandeja con servicio de comida, que pone sobre la mesa.)

Vamos á ver... tienes hambre?
Dilo con ingenuidad
y perdona el tratamiento!

SOL-SI. Una cosa regular.
Como que vengo de España!

DIN-DON. Y dime... hermoso galan...
cómo te llamas?

SOL-SI. Sol-sí.
Becuadro de Sí-mi-lá.
Soy hijo de un Contrabajo
de mucha celebridad...

MI-FA. De un contrabajo... Caramba!...
Pues te debías llamar
violin!...

DIN-DON. Conque tienes hambre...
Mira y asómbrate...

SOL-SI. Ah!
(Viendo la mesa con los manjares.)

MI-FA. Pero maestro Din-dón,
me quiere usted explicar?...

DIN-DON. Silencio, vuelvo á decir:
tengo un magnífico plan!
Á la mesa sin cumplidos!

MI-FA. Ya lo sabe el chico, ya!...

DIN-DON. (Tomando una botella.)
Voy á ser tu Ganimedes.

MI-FA. Cómo! Le va usté á matar?

DIN-DON. (Asustado.) Eh!...

MI-FA. Ganimedes no fué
el impío criminal
que asesinó á Julio César
en Babilonia?

DIN-DON. Agua va!
Fué Bruto, como tú sabes...
y no discutamos más.
Ahora á obsequiar á este mozo;
él nos tiene que salvar!

MUSICA.

-FA y DIN-DON. Instálate.
Aquí has de estar;

y come y bebe
sin cortedad.

SOL-SI. Mil gracias! Mil gracias
por tanta bondad.

MI-FA y DIN-DON. Ninguna! Ninguna
nos tienes que dar.

MI-FA. Te doy el buen pan
de Viena...

DIN-DON. Del que cena
el sultan.

—

MI-FA. Ven y ten
la gran horchata de uvas...

LOS DOS. Que en las cubas
ha dormido años cien.

SOL-SI. Qué bien, qué bien está el banquete!
Qué bien me sabe este manjar!
Qué rico es el pajarete
que endulza así mi paladar!

LOS DOS. Disfruta bien del gran banquete,
que otro tal vez nunca has de hallar.

SOL-SI. Qué buen festin me van á dar!

MI-FA y DIN-DON. Tomarás una gran tajada
de ese jamon que envidia puede dar.
Ya le dió buena dentellada:
no más que el hueso va á dejar!

MI-FA. Te voy á dar la taza llena...

DIN-DON. Del gran café que tomo yo.

MI-FA. Jamás se vió cosa más buena.

DIN-DON. De Moka ayer se recibió!

SOL-SI. Ah! qué gusto! Qué placer!
Es ya vicio
tanto beber
y tanto comer.
Ni los que salen del Hospicio
tal apetito suelen tener.

HABLADO.

DIN-DON. Quieres postres? Habla, pide!...

SOL-SI. No señor.

DIN-DON. Pero querrás
un enjuague... y eso, amigo,
en este país no lo hay.
SOL-SI. No tal: no lo necesito:
y agradezco su bondad.
Harto sé que es el Tirol
un país muy liberal.
MI-FA. Y por lo mismo, muchacho,
es preciso no abusar...
DIN-DON. Calla! Siempre que hablas, metes
alguna barbaridad!
Vamos, querido Sol-sí,
eres casado?
SOL-SI. Yo! quiá!...
DIN-DON. (No está casado!...) Sobrina!...
Que la traigan!... Y ademas...
no te inspira el matrimonio
cierta escrupulosidad?
SOL-SI. No señor, muy al contrario,
el objeto principal
de mi regreso al Tirol
es el de casarme!...
DIN-DON. Ajá!
(Hasta aquí... vamos al pelo!...)
Pero qué es eso... no van
en busca de mi sobrina?
(Mi-fá da vueltas á la escena buscando á Euterpe.)
Batuta, dile á Compás
que la busque y me la traiga...
(Á Sol-sí.) Conque... te quieres casar?...
SOL-SI. Sí, señor: á media legua
de aquí vive una deidad
á quien prometí volver;
y ustedes dispensarán,
si en alas de amor me voy...
DIN-DON. (Y yo le dí de almorzar
para que me deje así!)
Oye un momento, rapaz.
Si yo á decirte llegára,
por una casualidad,
querido Sol-sí, yo tengo
una niña angelical,

sobrina mia, soltera...
quieres llevarla al altar?...

SOL-SI. Yo al punto contestaría,
nunca...

DIN-DON. Demonio!

SOL-SI. Jamás!

DIN-DON. Es que tiene dote, y gordo.

SOL-SI. Pues no quiero!... La verdad.
Tres años hace, al marcharme
de éste mi país natal,
yo la empeñé juramento
de eterna fidelidad.

DIN-DON. Pues tira la papeleta,
porque habrá vencido ya.

SOL-SI. Olvidar á la que adoro,
á mi Euterpe, á mi beldad...

DIN-DON. Euterpe has dicho?...

SOL-SI. Es su nombre...

DIN-DON. Del otro canton?

SOL-SI. Cabal!

DIN-DON. Calle de la Flauta...

SOL-SI. Justo!

(Din-dón sale al encuentro de Euterpe.)

DIN-DON. Pues mira, Sol-sí, aquí está...

EUT. Sol-sí de mi corazon!...

SOL-SI. Euterpe... (Se abrazan.)

DIN-DON. Rondó final!...

ESCENA X.

DICHOS y EUTERPE.

DIN-DON. Ya se acerca de mi plan
la anhelada solucion...
Pero no es mal atracon
de abrazos el que se dan!
Niños, niños... por favor...
mi escrúpulo no os asombre.

SOL-SI. Ah! quiero saber el nombre
de mi favorecedor.

DIN-DON. Din-dón, dun, tilin, talan,
juez musical del canton...

SOL-SI. Tengo una satisfaccion!...
Esos brazos...
DIN-DON. Allá van!
Mas no hay tiempo que perder.
Tú traerás en la maleta
el vestido de etiqueta
que te debes hoy poner.
(Signo negativo de Sol-si.)
Qué olvido! No le has traido!
Pues va á ocurrir un desastre!...
Pero no!... yo tengo sastre,
pronto tendrás el vestido!
(Euterpe y Sol-sí se van de la mano por el foro.)
(Volviéndose á Mi-fá.)
Lo ves? Con medios tan obvios
nuestro es el premio. Triunfamos...
Vamos, hijos mios, vamos!
Eh! se me escapan los novios!
(Se va por el foro corriendo detrás de ellos.)

ESCENA XI.

MI-FÁ y LAI-TÚ. Este sale borracho de la taberna.

MI-FA. Mi sobrino me ha arruinado;
ya le birlaron la chica!
(Sentándose como aturdido.)
LAI-TU. Esta cerveza es muy rica
y estoy un poco alumbrado!
Hola, mi tio!
MI-FA. Lai-tú! (Indignado.)
Aquí te veo y te abordo;
hoy he dado el trueno gordo.
LAI-TU. Quién tiene la culpa?
MI-FA Tú!
Pero qué observo, muchacho!
Vienes borracho, oh! desgracia!
LAI-TU. Já, já!... Eso tiene gracia;
conque yo vengo borracho?
MI-FA. Te abandono, majadero!
No te acuerdes más de mí:
te repelo!

LAI-TU. Con que sí?
Qué!... se ha hecho usted peluquero?
MI-FA. Ya mi proteccion no esperes.
LAI-TU. Bueno! Me importa un comino,
porque en el canton vecino
me protegen las mujeres.
MI-FA. Qué! Las casadas quizás
están dadas al demonio?
LAI-TU. Como que allí el matrimonio
es fórmula, y nada más.
Desde que se estableció
entre la revuelta grey,
esa ignominiosa ley
que su Cámara aprobó;
sufren tormentos atroces
las casadas... Usté ignora
la receta que hay ahora
para conservar las voces?
Pues aunque da ópimos frutos
causa más de un extravío.
(Sacando un cuaderno.)
Y si no, lea usted, tio.
Estos son los estatutos.
MI-FA. «Reglamento general
»del cuerpo organizador,
»para el servicio interior
»de este canton musical.
»Habiendo constituido
»con arreglo á la estadística,
»una sociedad artística
»llamada *El dó sostenido*;
»da su palabra de honor
»todo el que le tenga aún,
»de no contrariar ningun
»mandato del superior.
»Y al declararles vigentes,
»se obligará á respetar
»todo el que llegue á firmar
»los artículos siguientes:
»Primero: en este canton,
»por ley que un sábio introdujo...»
LAI-TU. «Como artículo de lujo

»se suprime el corazon.»

MI-FA. Renuncian á los placeres
del amor!...

LAI-TU. Y están los nombres
de esos imbéciles hombres
que olvidan á las mujeres.

MI-FA. Qué locura! Nunca ví
extravíos semejantes!...
Y quiénes son los firmantes?

LAI-TU. Bemol... Saxofon... Sol-sí!...

MI-FA. Tambien firmó ese mendígo?...
Luego tambien se ha obligado?...
Lai-tú, nos hemos salvado...
Yo sé bien lo que me digo...

LAI-TU. Pues yo no!

MI-FA. Sol-sí está fresco!
Le voy á armar una gresca...
Ya veremos quién la pesca!

LAI-TU. Yo no sé lo que me pesco.

MI-FA. Digo que seré una sierpe
si álguien de burlarme trata...

LAI-TU. Pero...

MI-FA. LA COPA DE PLATA
va con la mano de Euterpe!
(Aparece el coro con banderas.)

ESCENA XII.

DICHOS, SOL-SÍ, en traje de gala y EUTERPE conducidos por DIN-DÓN, SOL-FÁ, PENTÁGRAMA, ATRIL y demas TIROLESES y TIROLESAS, por el fondo, con banderas algunos.

MUSICA.

CORO GENERAL. Nuestro canton hoy de ganar
con sus voces trata
en certámen singular
la copa de plata.
El premio ya
nuestro será.

DIN-DON. Á Sol-sí

mirad aquí.
Es el marido sin par
que un buen tio hoy destina
á su cándida sobrina.
De esa jóven peregrina
el novio podeis mirar.

TODOS. Viva Sol-sí!
SOL-SI. Cuando entre chicas mi voz suena...
EUT. Cuando entre chicos canto yo...
SOL-SI. Todas me dan la enhorabuena.
EUT. Todos aplauden mi cancion.
LAS DOS. Laí, lá, laí, lá.
SOL-SI. Una de ellas hoy me decía:
pico de oro, no sabes tú,
no sabes, no, lo que yo haría...
EUT. Para tener tu lai-tú.
SOL-SI. Si el tirolés es pobre y feo...
EUT. Para cantar no le hay mejor.
SOL-SI. La alondra envidia su gorjeo.
EUT. Su voz envidia el ruiseñor.
SOL-SI. Niña de la verde pradera,
te diré yo, si quieres tú,
ven y serás mi compañera.
UT. Yo te daré mi lai-tú.
CORO GENERAL. Cantemos en coro!
La voz es un tesoro.
Cantar! Cantar!
El premio hay que ganar.

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Salon adornado con guirnaldas de flores. Una mesa en el centro servida para doce personas. Á la derecha, segundo término, la silla ó tribuna de justicia con el dosel, y junto á ella una campana con cuerda. Detrás y encima de la tribuna una tabla, sobre la cual se ven diez copas de plata de diferentes tamaños. Gran reló á la izquierda.

ESCENA PRIMERA.

DIN-DÓN, FACISTÓL, EUTERPE, BATUTA, RELAMIDA, MI-FÁ y LAI-TÚ, sentados á la mesa. CORO de ambos sexos.

MUSICA.

TODOS. (Ménos las novias.)

Brindemos por los amantes,
por el amor y por el placer!
Brindar en tales instantes
es un grato deber.
De proseguir no cese
el báquico festin,
aunque á los novios pese
no ver que llega al fin.

HABLADO.

DIN-DON. Aún faltan quince minutos!
SOL-SI. El calderómetro atrasa.
DIN-DON. Lo mismo decía yo
la noche que celebraba
mi boda. ¡Noche felíz!
Su recuerdo me entusiasma.
Ese reló fué testigo.
Su péndola cual mi alma,
tic tac hacían á un tiempo!
Parecía que se hablaban.
«Anda!» le decía yo
con impacientes miradas.
Y hay quién se atreve á llamar
calderómetro á esta alhaja?
¡Oh juventud, juventud!
cómo insultas á las canas!
FAC. La juventud! sí señor.
Ay! no hable usted de esa plaga!
DIN-DON. Tiene usted razon; no es noble
hablar de la cuerda en casa
del ahorcado.
FAC. De qué ahorcado?
Explíquese usted...
DIN-DON. (Se escama!)
Lai-tú, que es jóven y listo,
debe pedir la palabra.
LAI-TU. Lo que pido es más cerveza
y ménos discursos.
DIN-DON. Basta!
Mi cólega Facistól
está serio; no me extraña
porque al fin hemos ganado
la copa. Aquí está... miradla.
Y hemos ganado otras diez
que pregonan nuestra fama.
FAC. Pero todo se ha perdido
ménos el honor. Pues vaya!
DIN-DON. Se prohibe hablar de ausentes.
Viva Sol-sí!

TODOS. Viva!
SOL-SI. Gracias!
Pero, señores, repito
que el reló anda mal ó no anda.
No es cierto, Euterpe?
DIN-DON. Sepamos
qué dice la desposada.
EUT. Yo creo...
DIN-DON. (El rubor la hará
decir que no.) Vamos, habla!
EUT. Pues creo que... sí. (Risa general.)
MI-FA. Reid!
(Siga, siga la algazara,
que á los postres ya vereis
la desazon que os aguarda!)
DIN-DON. Silencio! no alborotar!
hay que seguir el programa
que el trámite rigoroso
de la ceremonia marca.
Primero: se come bien.
Segundo: despues se canta.
Tercero: siguiendo el turno
designado ya, se baila.
Cuarto: segun es costumbre
llevan la novia á su estancia.
Quinto: se va todo el mundo.
SOL-SI. Pues al quinto y que se vayan.
DIN-DON. Hay que cantar! Á quién toca?
FAC. Á mí.
DIN-DON. No lo recordaba.
Pero usted cederá el turno
á su esposa: esta es la marcha.
Debe tener buena voz.
¿No es cierto, Lai-tú?
FAC. Caramba!
Por qué le pregunta usted?
DIN-DON. Porque es él quien la acompaña
al piano: usted, señor mio,
se enoja siempre por nada!
FAC. Me enojo por lo que quiero
y cuando me da la gana!
DIN-DON. Busca usted una disputa?

Quiere usted armar jarana?

BAT. Señores, no acalorarse.

(Din-dón y Facistól se amenazan poniéndose en pie. Les contienen y Lai-tú se esconde bajo la mesa.)

TODOS. Órden! Órden!

MI-FA. Á que se arma!

DIN-DON. Pues que cante la señora.

RELAM. No puedo: me siento mala. (Risas.)

FAC. De qué se rien ustedes?

MI-FA. De usted, que les hace gracia.

DIN-DON. Pero dónde está Lai-tú?

TODOS. Eh! Lai-tú! Lai-tú!

LAI-TU. (Saliendo de debajo de la mesa.)
Aquí estaba
temiendo algun botellazo.

MI-FA. Pero, hombre, eres un canalla!
Te voy á amarrar, veremos
de qué modo te me escapas.
(Le ata con la servilleta á su brazo.)

DIN-DON. Sobrina, te corresponde
cantar, y es fuerza que lo hagas.

EUT. Pero tio, si estoy ronca!

DIN-DON. Se ha de cumplir el programa.

LAI-TU. Vaya, pues cantaré yo,
que tengo la voz muy clara.

MUSICA.

LAI-TU. Cuando en alas del deseo
el hombre elige una mujer,
sólo un viaje de recreo
el matrimonio debe ser.
Á la carrera,
brave postillon!
que al novio ya exaspera
sufrir más dilacion.
Zis, zás! Zis, zás!
Nuestro sino es correr,
y la vista jamás
volver.
La dicha es siempre pasajera:

siempre veloz, huye el placer:
es un corcel que á la carrera
el hombre debe detener.
Si pierde el momento
de reir y gozar,
el hombre es un jumento
que en babia suele estar.

TODOS. Zis, zás! Zis, zás! etc.

HABLADO.

TODOS. Bravo!

MI-FA. Bravo! Delicioso!

(Se llevan la mesa.)

DIN-DON. Ea; se acabó el programa.

SOL-SI. Vas á ver cuanto te ama,
Euterpe mia, tu esposo.

DIN-DON. Doncellas: es de ritual (Á las mujeres.)
que de flores circundada
lleveis á la desposada
á la cámara nupcial.
La aguarda una dicha eterna.
Conque así, á un lado reunios.
Vosotros, amigos mios, (Á los hombres.)
ireis luégo á la taberna. (Vánse.)

SOL-SI. Ya su esperanza cumplida
logra ver el que te adora!
Llegó la anhelada hora!
La más feliz de mi vida!
(Se interpone Mi-fá y los separa.)

MI-FA. (Al Coro.) El festin se acabó ya,
y el novio se halla impaciente;
pero surge un incidente
que no pensásteis quizá.
Segun con juicio calculo,
en lo que os diré fundado,
el enlace celebrado
es nulo.
(Sol-sí contrariado se coloca detrás.)

EUT. Cómo que es nulo?

DIN-DON. Qué dice este hombre?

MI-FA. Escuchad,
y no interrumpir en balde.
Si usté es juez, yo soy alcalde,
y hablo con autoridad.
El novio que ha delinquido
eligiendo nuevo estado,
se halla hace tiempo afiliado
al club del *dó sostenido.*

TODOS. Ah!

DIN-DON. No es cierto!

MI-FA. Sí, señor,
y hay que cumplir lo pactado.
Sol-sí está incapacitado
para el conyugal amor.
Y yo que listo imagino
lo que es más corriente y obvio,
propongo trocar el novio
por mi elocuente sobrino.

EUT. Por éste? Qué picardía!

MI-FA. Pero á usted qué más le da?

DIN-DON. Yo me opongo.

EUT. ¡Claro está!
Ántes muerta me vería!

MI-FA. Soy alcalde y no transijo.

DIN-DON. Pues yo soy juez y no cedo.

MI-FA. Pues yo infamias no concedo.

DIN-DON. Pues yo lo pactado exijo.

MI-FA. Que me voy á incomodar,
y quizá al juzgado balde!

DIN-DON. Que me meriendo un alcalde
sin poderlo remediar!
Aquí está el novio.

SOL-SI. ¡Ay de mí!

DIN-DON. Vas á ser interrogado.
Es cierto? Estás afiliado
al *dó sostenido?*

SOL-SI. ¡Sí!

EUT. ¡Cielos! (Se desmaya.)

DIN-DON. Esta es la mansion
donde la justicia impera,
y por consiguiente, ¡fuera! (Al Coro.)
Es grave la acusacion!

Conducid á Euterpe al punto
de su cámara al abrigo.
Tú, Mi-fá, quedas conmigo
para tratar de este asunto.
(Vánse todos, ménos Din-dón y Mi-fá.)

ESCENA II.

MI-FÁ, DIN-DÓN.

MI-FA. (Esto es lo que yo quería.
¡Le he de partir por el eje!)
DIN-DON. Vamos á ver con qué pruebas
tal acusacion defiendes.
MI-FA. Con estas, que son las bases
(Enseña los estatutos.)
orgánicas y vigentes
del club del *dó sostenido*.
Ved la firma de ese imbécil.
DIN-DON. Me has partido!
MI-FA. Lo sabía.
DIN-DON. ¿Y por qué medios se puede
anular el compromiso
de esta obligacion solemne?
MI-FA. Pagando seis mil florines,
que es cantidad que él no tiene.
DIN-DON. En aflojando la mosca
son cero todas las leyes!
MI-FA. Y no es eso sólo!
DIN-DON. Hay más?
MI-FA. En estos mismos papeles
han firmado casi todos
los casados y los célibes,
de resultas de lo cual,
aunque parezcan alegres,
hoy mismo una exposicion
han firmado las mujeres,
para que yo, como alcalde,
al juez aquí se la entregue.
(Saca otro papel.)
DIN-DON. Y qué piden?
MI-FA. El divorcio.

DIN-DON. Demonio! Cómo se entiende!
Á ver, venga el escribano.
(Á la lateral y sale Atril.)
Trae la toga y el birrete. (Váse Atril.)
MI-FA. Qué va usté á hacer?
DIN-DON. Á mandar
que aquí al punto se presenten,
y así expresar podrán todos
sus dimes y sus diretes.
(Sale Atril con la toga y el birrete.)
Pronto! Toca la campana:
y tú, revoltoso, vete. (Á Mi-fá.)
MI-FA. (Ya se armó el lio! Se armó!
Ahora veremos quién vence.
Tambien yo voy á estrenar
un magnífico birrete!) (Váse foro.)
(Durante el preludio del wals, entra Sol-fá y el Coro de ambos sexos.)

MUSICA.

CORO GENERAL. De la campana
la voz cercana
con gran premura
nos trae aquí.
MUJERES. Somos casadas
abandonadas,
y no podemos
vivir así.

HABLADO.

SOL-FA. Señor juez, que haya una vez
justicia en este canton,
pues nuestra reclamacion
es muy legal, señor juez.
La curia aquí nos maltrata
usando de malas artes.
DIN-DON. Aquí, como en todas partes,
hay que hablarle siempre en plata.
Dicen que vuestros maridos

sólo se ocupan del canto,
olvidándose entre tanto
los deberes contraidos?

SOL-FA. Claro! Y esto nos engolfa
en un mar de confusiones
por muchísimas razones.

DIN-DON. Pues bien, ya te escucho, Sol-fá.

SOL-FA. La mujer que á esposa pasa
todos sus deberes pesa,
y con afan se interesa
por su esposo y por su casa.
Ántes que de su aspereza
la mujer pruebe el acibar,
el marido es todo almíbar,
amor y delicadeza.
De pronto, cambia su gesto:
se hace el amor rapidez,
y es natural, señor juez,
¿se casa una para esto?
En ese dulce período
que llaman luna de miel,
el marido es bueno, fiel,
y galante sobre todo.
Cambia la decoracion:
se sale entónces del surco,
y es déspota como un turco,
despegado y regañon.
Al ver cambio tan funesto,
decimos aquí á una voz...

TODAS. Señor juez, esto es atroz!

SOL-FA. ¿Se casa una para esto?

DIN-DON. Silencio, que estoy á salvo
de mi autoridad. Chiton!
(Me arrancaría un mechon
si ya no estuviera calvo!)
Pero llamaré á Mi-fá,
y él me ayudará en mi empresa.
¡Mi-fá!

ESCENA III.

DICHOS, MI-FÁ, con una enorme peluca. Todos se sorprenden.

DIN-DON. ¿Por qué tal sorpresa?
¿Usted quién es? (Acercándose y mirándole.)
TODOS. ¡Já, já, já!
MI-FA. Yo soy... yo!
DIN-DON. (No sé qué noto...)
(Crece el ruido)
Eh! Silencio! Charlatana! (Á Sol-fá.)
Toque usted esa campana (Á Mi-fá.)
y cálmese el alboroto.
(Mi-fá toca la campana y todos callan.)
Y aún, á la verdad, no sé,
no porque ellas me intimiden,
qué es lo que piden.
MI-FA. Pues piden...
(Aparece Euterpe.)

ESCENA IV.

DICHOS y EUTERPE.

EUT. Aquí estoy yo y lo diré.
Tio, aunque su enojo irradie
sobre mí...
DIN-DON. ¡Estoy en un brete!
Con la toga y el birrete
yo no soy tio de nadie.
Soy un juez que lleva á cabo
con todo rigor la ley.
Soy un magistrado, un rey
de los que no caen.
HOMBS. ¡Bravo!
DIN-DON. Siempre entero me he mostrado
sin que la duda me acose,
porque á mí nadie me tose... (Mi-fá tose.)
sino el que está constipado.
PENT. Como el señor.

DIN-DON. Adelante.
Cuál es la reclamacion
de esta manifestacion?
EUT. El divorcio, y al instante.
DIN-DON. Os molesta ya el consorcio?
¿Mas quién de vosotras sabe,
desventuradas, lo grave
que es demandar el divorcio?
EUT. Mi abuela, que por mí vela,
me lo ha aconsejado así.
DIN-DON. Ya me tienen hasta aquí
los consejos de tu abuela.
Mas yo que sin malas artes
en ser justo me deleito,
sé muy bien que en todo pleito
hay que oir á las dos partes.
Venga Sol-sí. (Váse Mi-fá.)
MI-FA. (Me miró
desde la frente á la nuca!)

ESCENA V.

DICHOS, MI-FÁ, SOL-SÍ.

SOL-SI. Me va á echar una peluca.
MI-FA. (No es fácil: la tengo yo!)
Conque no desmaye usted.
Valor, mucho valor, jóven.
DIN-DON. Ven acá, ingrata serpiente,
á quien con el fin más noble
en mi pecho quise dar
calor y vida... responde.
No es hermosa tu mujer?
SOL-SI. Sí señor... y mucho.
DIN-DON. Entónces
¿por qué del hogar doméstico
te alejas en los albores
de un matrimonio feliz?
En tu esposa reconoces
algun defecto moral?
Su génio no corresponde

al tuyo? ¿Qué razon hay
en que tu conducta apoyes?
Callas!... el silencio á veces
es elocuente, señores.
Comprendo lo que me dices
no diciendo nada... ¡Conste!
Todas piden el divorcio;
y ante estas reclamaciones
abro la constitucion (Abre un gran libro.)
por el título catorce,
capítulo ciento nueve,
página mil, línea once,
que leido es como sigue:
«En el caso de que un cónyuge
pida la separacion,
la ley cantonal dispone
que pasen una hora justa
frente á frente los consortes
en la sala de justicia,
ó en otras habitaciones
destinadas al efecto
por el juez que el pleito incoe.»
¿No os arredra la prision?

TODAS. No, no!

DIN-DON. Pues si estais conformes
id á prepararlo todo.

SOL-SI. Se permiten provisiones?

DIN-DON. Sí señora: se permiten.
Ea, que nadie alborote.
(Salen todos cantando el coro.)

ESCENA VI.

DIN-DÓN y MI-FÁ, luégo LAI-TÚ.

MI-FA. Ahora dirijo mi vista
con orgullo á esos trofeos
de nuestro canton. ¡Diez copas!
Hemos ganado diez premios!
Hemos escrito diez páginas
de gloria ante el universo!

DIN-DON. Si es que empiezas un discurso
me voy. (Mi-fá sigue sin hacerle caso.)
MI-FA. ¡Heróico pueblo!
Mañana dirá la historia:
«En el Tirol hubo un génio.»
DIN-DON. Que me voy!
MI-FA. Renació el arte,
y en campo que estaba yermo
brotó al fin...
DIN-DON. Un alcornoque.
MI-FA. Laurel hermoso...
DIN-DON. Hasta luégo. (Váse.)
MI-FA. Ese laurel cuyas ramas
en coronas se tejieron,
era Mi-fá!... yo! yo mismo!
Mi renombre será eterno!
(Aparece Lai-tú fumando en una pipa. Se acerca á Mi-fá echándole bocanadas de humo.)
Me levantarán estátuas...
LAI-TU. Já! já! (Viéndole perorar.)
MI-FA. Y ricos monumentos...
y se esculpirá mi nombre
con letras de oro y de fuego..
Y dirá el mundo asombrado...
(Hablando con dificultad á causa del humo de la pipa.)
Achís! (Estornudando.)
LAI-TU. Siga usted diciendo.
MI-FA. Hombre... debía romperte
algo, pero me contengo.
Vicioso! Fumas tambien?
LAI-TU. (Apoyándose en su hombro.)
Sí, señor: hace ya tiempo.
Conque yo soy un vicioso
segun usted? ¡Ay! Te veo!
MI-FA. Pero tú hablas con tu tio
ó con un chulo?
LAI-TU. El respeto
no se opone á la verdad.
¡Ya está usted buen peine!
MI-FA. ¡Necio!
LAI-TU. Bah! si yo no me incomodo:

si es al contrario... me alegro.
Cásese usted con Euterpe:
yo estoy á mal con el gremio
de San Márcos. Soy muy libre
y esto va tomando un sesgo
que no me conviene..

MI-FA. ¿No?
Pues me felicito de ello,
porque yo había pensado
que con cualquier instrumento
te fueras por esos mundos.

LAI-TU. Nada, nada: lo que quiero
es seguir viviendo aquí
con mis rentas.

MI-FA. Con tus?... Bueno.
Y dónde están esas rentas?

LAI-TU. Soy rico... muy rico!

MI-FA. Cielos!
Que se te apaga la pipa:
toma lumbre y explica eso.
(Sacando una cerilla.)
Cuánto tienes?

LAI-TU. Tengo mucho.

MI-FA. (Enciende la cerilla.)
Está en papel ó en dinero?

LAI-TU. Mi capital es mi tio.
Es usted.
(Yendo á encender la pipa. Mi-fá tira el fósforo.)

MI-FA. Anda á paseo!

LAI-TU. Usted casa con Euterpe;
pesca su dote, y yo pesco
la herencia de esos florines.
Cree usted que no estoy viendo
sus intrigas?

MI FA. Conque sí?

LAI-TU. Cásese usted: yo me quedo
y estaré siempre á su lado.

MI-FA. Ahora soy yo quien... ¡te veo!

ESCENA VII.

DICHO y DIN-DÓN con EUTERPE.

DIN-DON. Ven, sobrina, por aquí.
EUT. Yo... sola?
DIN-DON. No hay remision.
Ven, esta es la habitacion
destinada para tí.
En ella con tu marido
una hora has de pasar,
si no os llegais á arreglar
el divorcio es permitido.
Con dulce y afable trato
le traerás á buen camino.
EUT. No señor: ¡si le abomino!
Si es un infiel, un ingrato!
LAI-TU. (Ap. á Din-dón.) (Mal va por lo que reparo
este negocio.
DIN-DON. Cá! No!
LAI-TU. Dice usted bien: se arregló
lo de Capa-rota!...
DIN-DON. Es claro!)
Conque tu buen juicio invoço
para que el deber recuerdes.
No sabes lo que te pierdes!
EUT. Ni me hace falta tampoco.
DIN-DON. Cuando á elegir te dí yo,
¿no preferiste á Sol-sí?
EUT. Sí.
DIN-DON. No era un buen novio?
EUT. Sí.
DIN-DON. No es un buen marido?
EUT. No.
DIN-DON. Tiene mal genio?
(Aparece Mi-fá recatándose.)
EUT. No tal.
Me ha tratado con dulzura.
DIN-DON. Pues entónces, criatura,
¿por qué te parece mal?
EUT. No sé vencer su aspereza.

LAI-TU. Siendo sus encantos tantos!
DIN-DON. No has mirado los encantos
que te dió naturaleza?
No vió esos ojos? Responde.
Tu boca no le provoca?
¡Esa purpurina boca
que blancas perlas esconde?
En ocasiones frecuentes,
no le enseñaste al descuido
esos dientes?
EUT. No.
DIN-DON. Á un marido
hay que enseñarle los dientes.
LAI-TU. La victoria es más segura
si hace lo que diga yo.
EUT. Qué?
LAI-TU. Ser coqueta.
EUT. Eso no,
que lo ha prohibido el cura.
Para una honrada mujer
eso es un recurso vil.
LAI-TU. Pues conozco á más de mil
que son de otro parecer.
DIN-DON. Bien, bien: á probar fortuna.
Veré si al fin te acomodas. (Ap. á Lai-tú.)
(Coquetas saben ser todas
sin que lo aprenda ninguna.)
Como te digo componte;
y acabarán sus querellas
trayendo un par de botellas
de buen vino que le atonte.
Ya te he trazado el camino.
(Mi-fá, te hundo sin remedio!)
Anda. (Á pillo... pillo y medio.)
EUT. Vuelvo en seguida, padrino. (Vánse.)

ESCENA VIII.

MI-FÁ, luégo SOL-SÍ.

MI-FA. Ya comprendo tu intencion,
y esos consejos que das

son en balde: no podrás
vencer mi resolucion.
Ah! Sol-sí! (Se oculta.)

SOL-SI. En vano imagino
el medio que busco ansioso!
¿No amarla siendo su esposo?
No ver su rostro divino?
Imposible!

MI-FA. (Pues señor,
este jóven me intimida.)

SOL-SI. Euterpe! Prenda querida!

MI-FA. Quiere usté hacerme el favor
de callarse? Qué tormento!
Euterpe! Mi amor! Mi estrella!
Fastidia tanta querella
y tan grande sentimiento.

SOL-SI. Fastidia? Pues fastidiarse!

MI-FA. Con suspirar, qué adelanta!
Ni el juramento quebranta,
ni ha de conseguir salvarse.

EUT. Es cierto!

MI-FA. Claro que sí!
En vez de tanto dolor,
me parece lo mejor
que se aleje usted de aquí.
Cuenta que Euterpe vendrá:
cuenta que rendirle intenta;
y si lo consigue, cuenta
con que deshonrado está.
Ser prudente es lo más llano,
y por lo sano se corta.

SOL-SI. Pero ¿y á usted qué le importa
que se corte por lo sano?
Si me deshonro, mejor;
si no me deshonro, bueno,
por mi gusto me condeno.

MI-FA. De veras? Pues no señor.
Y en fin, basta de charlar
y téngalo muy presente.
El divorcio es lo corriente.
Sol-sí, no hay que vacilar.
Euterpe llega.

SOL-SI. Gran Dios!
MI-FA. Si por rendirle se afana,
con tocar esa campana
pueden salvarse los dos.
Toque usted y yo vendré
á ser de su honor escudo.
Habrá firmeza?
SOL-SI. Lo dudo.
MI-FA. De centinela estaré. (Váse.)

ESCENA IX.

SOL-SÍ, luégo EUTERPE, con una cestita con botellas y copas.

SOL-SI. (Hay que fingir gran desvío!)
EUT. (Debo ocultar mi ternura!)
SOL-SI. (Me cautiva su hermosura
y al mirarla me extasío!) (Pausa.)
EUT. Quieres refrescar?
SOL-SI. Opino
que el vino es siempre traidor
porque da mucho calor,
y... en fin, que no pruebo el vino.
EUT. Conque en no beber te empeñas?
SOL-SI. (Á que toco la campana?
(Acercándose á la cuerda.)
EUT. Si esto no es vino, es tisana.
SOL-SI. ¿Tisana?
EUT. De Valdepeñas.
Prueba y nada pierdes.
SOL-SI. (Apartando la copa.) ¡Quita!
EUT. ¡Ay!
SOL-SI. Qué tienes? Habla... dí.
EUT. Que me has lastimado aquí.
SOL-SI. (Cogiéndole la mano.)
(Huy! qué mano tan bonita!)
EUT. (Empiezo á volverle loco!)
SOL-SI. (Qué estoy haciendo? Esa cuerda
mi obligacion me recuerda.
Voy á tocar!... Pues no toco!)
EUT. Yo mi herida curaré.
No sabes, infiel marido,

la mujer que te has perdido!

SOL-SI. Demasiado que lo sé!

MÚSICA.

DUO.

EUT. (Amar
á un traidor!)

SOL-SI. (Ocultar
tanto amor!)
Por qué la he despreciado?

EUT. Huye de mi lado!
de un cruel,
de un infiel
me injuria el falso amor.
Ah! En su firme pasion creía:
él fué la luz del alma mia,
y de mi fe el puro ardor
burló el traidor.
Aparta, infiel! Huye de aquí!
Apártate de mí!
Horror! horror!

MI-FA. (Apareciendo.)
Hay que estar con ojo avizor
miéntras aquí vea á su amante.
Á Sol-sí no he de abandonar
ni dejar
un sólo instante.
Pobre trovador, pobre Sol-sí,
nos has de olvidar que estoy allí.

SOL-SI. Bebamos hoy alegremente.
Dice el refran, y lo sé yo,
que lo cortés á lo valiente
en buena ley jamás quitó.

LOS DOS. Para alegrarnos un momento
de este licor bebamos ya.
Si tan amargo es mi tormento
una copa lo endulzará.
(Beben los dos.)

EUT. Con ese buen licor, siento arder ya mi frente!

SOL-SI. Qué dulce ardor en el pecho se siente!
EUT. Yo siento aquí,
(Señalando al corazon.)
lo que jamás sentí.
En el afan del alma mia
imaginaba, que el amor
eterna dicha nos daría
sin una sombra de dolor.
Si el codiciar la vida esta
un sueño fué de mi razon,
ay! cuánto afan al alma cuesta
perder tan pronto la ilusion!
Y para hallar algun consuelo
cuando la vida toque al fin,
á nuestro afan daría el cielo
un chiquitin....
SOL-SI. Ah!
EUT. Un chiquitin.
En el amor la dicha es esta,
y el fruto es de santa union.
Ay! Cuánto afan al alma cuesta
perder tan pronto la ilusion!
SOL-SI. Hablar así... es en vano.
EUT. Dicha tal no te halagó?
SOL-SI. Oh destino tirano!
EUT. (Con gesto imperativo.)
Á mis piés!
SOL-SI. No! no!
EUT. Yo cedo al fin... y tú tambien
á ser mi esposo, á serlo ven!
SOL-SI. Arder ya siento el corazon,
y mi promesa olvida mi pasion.
LOS DOS. Del alma mia la ilusion
cumplida, al fin desde hoy veré.
Guardarte jura el corazon
eterno amor, eterna fe.

ESCENA ÚLTIMA.

DICHOS, DIN-DÓN, MI-FÁ, LAI-TÚ, FACISTÓL, RELAMIDA y CORO GENERAL. Mi-fá toca la campana despues de decir su primer verso.

HABLADO.

MI-FA. ¡Abrazados! ¡Qué cinismo!
SOL-FA. Así logro mi ventura.
DIN-DON. Y yo doy seis mil florines
que tu juramento anulan.
MI-FA. ¡Qué oigo!
DIN-DON. Y tú, mal alcalde,
devuélveme mi peluca,
que al que de ajeno se viste
en la calle le desnudan.
Y vosotras, persistís
en deshacer la coyunda
matrimonial?
SOL-FA. No señor.
Nuestros maridos renuncian
al club del *Dó sostenido*,
y desde este instante juran
eterna fidelidad.
(Se abrazan las parejas del Coro.)
DIN-DON. Es decir que capitulan?
SOL-FA. Pues busquemos otro premio
y cantad mejor que nunca,
(Al público.)
que esta es LA COPA DE PLATA
que nuestro triunfo asegura.

MUSICA.

(Al público.)
SOL-SI. Fuera ventura inesperada
EUT. Que os agradase esta funcion.
SOL-SI. Y el escuchar una palmada
EUT. Nuestra mayor satisfaccion.

SOL-SI. Lo que yo anhelo en este dia,
sólo puedes dármelo tú:
tu aprobacion yo cambiaría
por mi cancion del lai-tú.

TODOS. Lai-tú, etc.

FIN.

Al muy distinguido actor
Don Ramon Rosell, su
buen amigo

P. de Novoglobo

1882

CORAZÓN DE HOMBRE.

CORAZÓN DE HOMBRE

DRAMA EN TRES ACTOS Y EN PROSA

ORIGINAL DE

PEDRO DE NOVO Y CÓLSON

Representado en el Teatro Español el dia 2 de Diciembre de 1884

MADRID: 1884
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO
DE M. P. MONTOYA Y COMPAÑÍA
Caños, 1

PERSONAJES	ACTORES
BLANCA.....	Sra. D.ª María Tubau.
JULIA.....	» Luisa Casado.
ISABEL.....	» Adela Zapatero.
GONZALO.....	Sr. D. Antonio Vico.
ALFREDO.....	» Manuel Catalina.
LUIS.....	» Julio Cirera.
CLARITA, niña de tres años..	
UN CRIADO.....	
DOS CABALLEROS.....	

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los países con los cuales haya celebrados, ó se celebren en adelante, tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traducción.

Los comisionados de la Administración Lírico Dramática de DON EDUARDO HIDALGO son los encargados exclusivamente de conceder o negar el permiso de representación, y del cobro de los derechos de propiedad

Queda hecho el depósito que marca la ley.

ACTO PRIMERO.

Salón de tránsito en un hotel de Niza. Hacia el fondo una ancha galería separada del salón por varias columnas. La galería con flores y estátuas. En el salon, á la derecha, una ventana (primer término), y dos puertas, y á la izquierda tres puertas. Todas corresponden á habitaciones de huéspedes y están numeradas. Cerca del proscenio dos veladores ó mesas de tresillo con algunas sillas: apoyados en las paredes algunos sillones y divanes de gusto y riqueza.

ESCENA PRIMERA.

LUIS.—JULIA.—CLARITA.

JUL. No es posible, Luís.

LUIS. Qué temes?

JUL. Tu poca fortuna en los negocios. Ya hemos perdido demasiado. Abandonemos todo proyecto de recobrar estas pérdidas y vivamos tranquilos con lo que aún poseemos.

LUIS. No insisto, pues. (Con despecho.)

JUL. Te enojas?

LUIS. No.

JUL. Tan necesaria crees la venta del olivar?

LUIS. Indispensable; pero no hablemos más de ello si te disgusta. Eres dueña de tus bienes.

JUL. Y tú no lo eres mío?

LUIS. Julia .. (Con agrado.)

JUL. Te cedo el olivar con una condición.

LUIS. Díla.

JUL. Para qué, si tú la sabes?

LUIS. Vamos! lo de siempre... tontería...

JUL. Ah! Luís; cuánto sufro al verte esclavo de ese vicio! Nadie te conoce; nada respetas: lo que dices entonces es horrible y totalmente contrario á tus sentimientos.

LUIS. (Eso es peligroso.) Tienes razón, Julia. Te ofrezco enmendarme. (Mirando hácia el fondo.) Ah! me llaman... Allá voy!... Son Adolfo y Daniel... Ya sabes que como con ellos para hablar de importantes asuntos.

JUL. Bien... pero recuerda lo ofrecido.

LUIS. Pierde cuidado. (Luís se entretiene en ponerse los guantes. Julia se va con la niña por la primera puerta izquierda. Antes de que traspasen el umbral, dice Luís:) Clara, tráeme el sombrero.

ESCENA II.

LUIS.—BLANCA.—ISABEL.—CLARITA.

(Mientras Luís se compone, entran por el fondo Blanca é Isabel, hablando confidencialmente.)

ISAB. Créame, usted, señorita. Don Alfredo es un excelente joven, guapo, amable, rico y apasiona-

do. Con él sería usted dichosa. (Repara en la distracción de Blanca.) (Parece que no me escucha.) Además, es el íntimo amigo de su tutor. (Blanca levanta la cabeza.)

BLANCA. Gonzalo?... dónde está? (Mira hacia el fondo y repara en Luís. Este se vuelve y ve á Blanca.)

LUIS. (Preciosa criatura) (Clara sale por la izquierda y entrega el sombrero á Luís.)

ISAB. (Viendo á Clara.) Qué niña tan mona! Mírela usted, parece un angelito.

LUIS. (No las conozco... Habrán llegado hoy al hotel... Es divina...) (Luís se aleja por el fondo sin dejar de mirar á Blanca, y al salir tropieza con Gonzalo, que entra acompañado de Alfredo.)

LUIS. Pardon, monsieur.... (A Gonzalo; éste saluda á Luís con la cabeza y le abre paso. Vase Luís, y un poco después la niña, también por el fondo.)

ESCENA III.

GONZALO.—ALFREDO.—BLANCA.—ISABEL.

BLANCA. Gonzalo! (Visiblemente turbada.)

GONZ. Buenas tardes, mi bella pupila.

ALF. Señorita... (Saludando á Blanca.)

GONZ. Declaro que la compañía de Alfredo es un eficaz remedio contra la tristeza; mas no sé por qué fenómeno se torna en hombre grave al acercarse á vosotras.

ALF. No hay efecto sin causa, querido Gonzalo. (Isabel parece inquieta y mira hacia el fondo. Gonzalo lo advierte.)

GONZ. Pero... qué tiene usted, señora Isabel... que parece inquieta?

ISAB. Esa pequeña... que se ha ido solita hácia las escaleras y temo que las ruede...

GONZ. Quién dice usted?

ISAB. Una niña que estaba aquí con un caballero. El salió deprisa y ella algo detrás, con sus pasitos menudos... Sin duda, diablea... á mí no me importa; pero temo que pueda caerse... vamos, que quiero ver lo que hace...

GONZ. Sí, vaya usted, y tú también, Blanca. Entretanto, Alfredo y yo hablaremos de un asunto sério y reservado, según me asegura.

ALF. Efectivamente... pero...

GONZ. Esta es la ocasión. Deseo escucharte.

(Isabel y Blanca se van por el fondo.)

ESCENA IV.

GONZALO.—ALFREDO.

ALF. Cuánto tiempo hace que nos conocemos?

GONZ. Hombre... á qué viene?...

ALF. Cuánto tiempo hace...

GONZ. Desde que comenzástes á tender las alas.

ALF. Y no hacia las místicas regiones; pero aunque poco santo, he sido siempre digno de tu amistad y confianza.

GONZ. Tienes razón.

ALF. La merezco todavía?

GONZ. Más que nunca.

ALF. Pues dame la prueba. Quién es esa adorable mujer que te acompaña ahora? Qué lazos te unen á ella? Cómo es que ni en Londres el año pasado, ni en París recientemente, ni en otros puntos donde nos hemos visto por azar, te ha

seguido Blanca, y sólo aquí, en Niza, la llego á conocer y á enterarme de que hace mucho tiempo es objeto de tu mayor estimación? Es posible que ni por incidencia la mencionaras una vez? Es lógico que á tu hermano del corazón le hicieras misterio de tus más caras afecciones?... Cuenta, Gonzalo, que no te interrogo por necia curiosidad.

GONZ. Vamos por partes, querido Alfredo. Derecho te asiste para hablarme en esta forma sin pecar de impertinente. Creo haberte dicho ayer, cuando nos encontramos, que soy tutor de Blanca, y que Isabel, esa honrada se rvidora, que, al parecer, ha sido también doncella de tu madre...

ALF. Con efecto; ya has visto cómo me reconoció...

GONZ. Isabel es hoy la persona que cuida de Blanca y la acompaña sin cesar.

ALF. Pero, quién es Blanca?

GONZ. Blanca es hija del coronel Luarte; un camarada de mi juventud y un noble y bizarro ca ballero... Yo le debía grandes pruebas de cariño... Cuando profundas tristezas y pesares me agitaron él fué mi consuelo con su abnegación sin límites. La gratitud me encadenó á aqu el hombre, que dos años hace moría tranquilo entre mis brazos, apenas le hube hecho juramento de amparar á su hija, que quedaba sola en el mundo, de servirle de padre y de hermano, y de no entregarla sino en poder de un es poso digno de ella y por ella querido.

ALF. Dichoso tú cien veces!

GONZ. No... Mil veces desdichado! La obligación que me he impuesto es sacrificio tan grande, que

paga con usura cuanto debía á mi pobre amigo.

ALF. No te comprendo. Acaso no merece Blanca tu estimación?... Descubre coqueterías peligrosas?... Es malo su carácter?

GONZ. Todo lo contrario. Blanca realiza el ideal más bello que pudiera concebir un egoista refinado. Díme, no recuerdas haber maldecido á las mujeres después de un desengaño ó de una traición? No has creido entónces firmemente que todas eran infames, todas ingratas, todas dignas de desprecio?... Y quién ha quebrantado esos juicios? Quién las ha redimido en tu ánimo? Una sola mirada de tu madre: contemplándola exclamastes sin duda: ¡Hay mujeres santas, no puedo maldecirlas!... Pues bien: Blanca, sin ser madre, es redentora. Los oscuros arcanos del corazón, lo insondable del pensamiento, no son en Blanca bastante insondables, ni bastante oscuros, y por sus ojos asoma la hermosura de un cielo, la conciencia de un ángel.

ALF. Ay, pobre amigo! Ahora adivino y te compadezco. Tú amas sin esperanzas á esa humana perfección. (Con ansiedad mal disimulada. Gonzalo se levanta vivamente agitado.)

GONZ. Que la amo? Por qué lo supones?... Dios me libre, Alfredo! Ella... jamás debe ser mía!

ALF. Qué dices! (Radiante de júbilo.)

GONZ. Mira cómo ya blanquea mi cabeza... Cómo se arruga mi rostro, cómo voy hacia el ocaso. (Con viveza y turbación.)

ALF. Sí, sí. (Muy alegre.) Ya blanqueas, ya te arrugas... Qué felicidad!... Nó, no, perdona, quiero

decir, qué naturalismo efecto de la edad de la reflexión!... Tú has reflexionado que eres viejo para Blanca...

GONZ. Eso es!

ALF. Ella tendrá diez y siete años y tú cuarenta y...

GONZ. Treinta y nueve, que ya son bastantes.

ALF. No hay duda. Sin embargo, me admiras. Es firme tu propósito de no casarte con Blanca?

GONZ. Firmísimo.

ALF. (Pensativo.) Pues si no la amas ni te desdeña, qué sacrificio sufres al cuidar de un ángel?

GONZ. (Turbado.) El temor de no saber aconsejarla, el recelo de cuál será su porvenir...

ALF. Eso no más?... Entónces, escucha! (Con arrebato.)

GONZ. Calla! (Agitadísimo, tapándole la boca.)

ALF. Gonzalo...

GONZ. Tú la amas?

ALF. Yo la adoro!

GONZ. Sí, la adoras... desde ayer!

ALF. Pero... qué es esto? Vacilas ó me rechazas? Ya me conoces... toda explicacion fuera inútil... ó acaso temes que en nuestras separaciones prolongadas se haya desmentido por un instante la lealtad y honradez de toda mi vida?... Responde. (Gonzalo, después de una alternativa visiblemente dolorosa, recobra su tranquilidad.)

GONZ. Calma... Deseas que pida á Blanca su mano para tí?... Eres digno de élla.

ALF. Gracias, hermano mío! (Se arroja en sus brazos.)

GONZ. (Separándose.) Te dejo solo... pronto volveré... indícale algo tú... Y mi sombrero?... Allí está. (Dirígese á cogerlo y aparece Blanca por el fondo, Gonzalo se estremece.) Allí está!... (Por Blanca.)

Fuerzas, Dios mio! Hasta después. (Vase por el fondo.)

ESCENA V.

ALFREDO.—BLANCA.

BLANCA. Se marcha?

ALF. Por un minuto. Entretanto quisiera yo averiguar si es usted tan compasiva como hermosa.

BLANCA. Esa pregunta...

ALF. Sí, Blanca, sí; usted la comprende. Isabel debe haberle hecho ya aclaraciones. Podría usted negarlo?

BLANCA. No niego que mi buena compañera quiere á usted mucho y que sabe elogiarlo como merece.

ALF. Y nada más sabe?

BLANCA. Acaso es poco?

ALF. Poquísimo, Blanca, si no ha dicho que desde que ví á usted soy esclavo suyo y soñador de cielos y tan mónstruo de soberbia que pretendo alcanzarlo con mis manos!

BLANCA. Pero, Alfredo. (Turbada.)

ALF. Veo que me falta valor para medir la distancia que existe entre la realidad y mi deseo... Ahora, ni una palabra... Por primera vez soy cobarde; por primera vez dicen mis labios: «Misericordia, Blanca, misericordia!.. (Saluda y vase por el fondo.)

ESCENA VI.

BLANCA.—JULIA.—Luego ISABEL con CLARITA.

BLANCA. Un desengaño más!... Señor, por qué llaman á mi puerta todos los peregrinos, todos menos aquél que aguardo?

JUL. (Con sobresalto registra la escena.) Perdone usted, señora; ha visto usted á una niña pequeña?... Estaba aquí, y...

ISAB. (Entrando con Clarita de la mano.) Ven, hijita: con que te gustan los regalitos...

JUL. Ah! gracias á Dios! (Corre hacia ella.)

ISAB. Es usted su madre?

JUL. Sí, señora.

ISAB. Perdone usted que la haya entretenido, pero es tan mona ..! La revoltosa iba á bajar las escaleras, y si no es por mi señorita que corrió detrás...

JUL. Gracias, señorita?...

BLANCA. Blanca Luarte.

JUL. Soy la Marquesa de Rigel, y tengo un verdadero gusto en ofrecerla mi afecto.

BLANCA. Señora...

JUL. Volveré á saludarla, si me lo permite...

BLANCA. Con mucho gusto. (Vase Julia con Clarita después de saludar. Apenas entran en su habitación aparece Gonzalo por el fondo.)

ISAB. Parece poco amiga de conversación.

ESCENA VII.

BLANCA y GONZALO.

GONZ. Isabel, deseo hablar á solas con Blanca. (Isabel saluda y vase por la derecha.)

BLANCA. Qué maravilla es esta? (Muy alegre.)

GONZ. Lo exigen las circunstancias, hija mía. (Afectando tranquilidad y contento. Se sientan ambos inmediatos.)

BLANCA. Empiezo á asustarme?... Aunque tu aspecto es

risueño... Dime pronto... pero no... dime primero que no se trata de viajes ni separaciones.

GONZ. Escucha.

BLANCA. Es que me has dado palabra de llevarme á donde la necesidad te conduzca. No más ausencias. Verdad, Gonzalo?... Bien sabes tú lo poco que estorbo y lo poco que exijo...

GONZ. Lo sé, hija mia.

BLANCA. Ajajá. (Sonriendo.) Entonces.... Ya te escucho.

GONZ. Blanca, juzgo inútil repetir que tú constituyes mi única familia, mi único cariño, y acaso también mi pensamiento único que, cual girasol, busca constantemente el astro de tu felicidad.

BLANCA. Qué bueno eres!... Qué dichosa me haces!

GONZ. Crees que pueda yo aconsejarte con egoismo!

BLANCA. Nunca!

GONZ. Pues oye... Tengo larga experiencia de la vida, conozco bien á los hombres y sé que no son muchos los capaces de apreciar todas las delicadezas de un alma como la tuya... Un día llegará en que elijas compañero: Rica, joven y hermosa, acudirán á tí en portentoso número, y todos apasionados, los de corazón de oro y los de corazón de cieno, los nobles y los viles, los santos y los verdugos... Entónces tú, confusa por lo inesperta, ó cegada por el amor, entre cuáles elejirás? Este azar me espanta: me espanta casi tanto como el imponerte un dueño de mi capricho y no de tu gusto...

BLANCA. Y cuando no ha sido de mi gusto tu capricho?

GONZ. Hoy, quizás, Blanca mía. (Con voz turbada.) Hoy que vengo á hablarte de un hombre que te adora, y que siempre, eso sí, siempre será digno de poseerte... Tú ya lo estimas... como

buen amigo, y pudiera ocurrir que llegaras á amarlo sin esfuerzo.

BLANCA. (Esa turbación!... Será posible?) Gonzalo, dices que ya lo estimo?... dices que me adora... pero es verdad que me adora? (Radiante de júbilo y emoción.)

GONZ. Sí... El no miente jamás. (Con voz apagada.)

BLANCA. Dios mío!... Qué hermoso es no mentir... Y, cómo no amar sin esfuerzo al que tanto nos ama?... Dime, dime su nombre; no temas, porque si es honrado y leal como tú, creo que no debo dudar mucho.

GONZ. (Muy agitado.) Ese ingénuo afan revela que ya tu corazón estaba apercibido... Que sabes por quién hablo... y que debo correr en busca del venturoso Alfredo. (Se levanta y va á salir; Blanca lo detiene.)

BLANCA. Qué dices! (Con estupor.) Alfredo?... Jamás! Esto es horrible!

GONZ. No es Alfredo? Entónces, quién merece?...

BLANCA. Nadie, nadie!... Te engañastes!

GONZ. Blanca. (Emoción grandísima.)

BLANCA. (Qué vergüenza!) (Cubriéndose el rostro.)

GONZ. (Qué revelación!... Ella me ama!... Oh! dicha imponderable!... Sí, sí... Mas qué espantoso abismo! (Transición al abatimiento. Blanca, en silencio, procura irse: Gonzalo la detiene.) Ven, hija mía... Por qué ese rubor? Quién ignora que á todo pecho noble la gratitud aconseja cualquier sacrificio?... Creiste que el padre, que el hermano ambicionaba una fortuna inmerecida? Tanto egoismo fuera un crímen!

BLANCA. Eso no, Gonzalo. (Llorando.)

GONZ. Sí, porque mañana al despertar tu vírgen co-

razón ante la juventud y gallardía, lo hallarás encadenado con juramentos concedidos á la amistad, no al amor, á la gratitud, y no al deseo.

BLANCA. Dios míol... pero, cómo distinguir al amor de la amistad?... Cuando de día y de noche, en todas partes, á todas horas... tenemos presente á otro sér en el pensamiento; cuando su voz nos alegra, su mirada nos conmueve y su recuerdo nos acaricia;... cómo se llama, díme, este modo de sentir?...

GONZ. Eso se llama amor.

BLANCA. Entónces... Yo te amo. (Avergonzada y tierna.)

GONZ. Blanca mía! (Le besa una mano con pasión. Enseguida la abandona y se aparta agitadísimo.) Imposible!... Qué has dicho, desgraciada?... No bastaba á la fatalidad el que yo te idolatrase silencioso y arrodillado en las tinieblas! Érale necesario trasladarme al Paraíso, hacerme gozar su infinita ventura, realizando la ambición suprema, que esto es haberte oido que me amas, para, después de ébrio y demente, exigirme que renuncie á todo en nombre del deber, que arroje caudales de dicha, y que, fiero, ingrato, sordo á tu voz, huya desesperado con mi victoria sobrehumana!

BLANCA. No te comprendo... tú desvarías.

GONZ. Nuestra separación es indispensable. Este amor fuera deshonra para tí y para mí vileza. Tu padre, mi noble amigo, mi llorado hermano, lo maldeciría con todo su corazón... Yo te revelaré la causa, sí, ahora mismo... Pero antes... Una duda me martiriza... Díme... díme la verdad, habías tú adivinado que yo te amaba?...

BLANCA. No.

GONZ. No te lo habian dicho mis ojos? No te lo expresaron mis palabras vagamente?

BLANCA. Nunca.

GONZ. Ni mis desvelos y cuidados, ni mis atenciones prolijas, nada, nada había hecho creerte segura de mi amor?

BLANCA. Segura de él, hubiera callado y aun sería feliz!

GONZ. Ya ves, mi pobre Luarte, que no ha sido culpa mía!

ESCENA VIII.

GONZALO.—BLANCA.—ALFREDO.

ALF. (Desde el fondo mirando á Blanca.) (Llora? Qué presagiarán esas lágrimas?) Gonzalo? (Este se vuelve con enojo. Blanca procura serenarse.)

GONZ. Qué quieres?

ALF. Mal me recibes... tal vez importuno... pero veo que algo grave ocurre, y mi deber...

GONZ. Te engañas.

ALF. Estás demudado. Blanca conmovida...

GONZ. Ya pasó... Necesito emprender un largo viaje, y deseo que, hasta mi regreso, permanezcas aquí á las órdenes de Blanca.

ALF. Yo!... (Asombrado.)

GONZ. Sé que aceptas, por eso no te consulto.

ALF. Tienes razón. Seré su humilde esclavo. Pero, qué significa este viaje?... Perdona que mi natural espansivo busque explicaciones... Yo digo lo que siento... El llanto de élla y el enojo tuyo, son hijos de la separación?... No es posible... Parecerían efectos extremosos...

GONZ. Tranquilízate: todo lo sabrás... ya fueran inútiles los misterios... Primero hablaré con Blanca, luego contigo... y en seguida me alejaré... esta misma tarde.

ALF. Cómo! Enseguida? Esta tarde? Imposible. Te necesito para un lance inesperado. Por eso he venido en tu busca.

GONZ. Para un lance?... Con quién?

ALF. Con un compatriota nuestro, con un caballero español, aunque no lo parece.

GONZ. Pero cuándo?...

ALF. Ahora; hace cinco minutos, en el comedor del hotel... Aquél ente habia bebido mucho é insultaba á una señora con bromas infames. El insulto resbaló en el pecho de la dama, que no podía recogerlo, y fué á clavarse en el mío. Le arrojé la tarjeta y... aquí tienes la suya.

GONZ. Bien, Alfredo. (Mirando la tarjeta ligeramente.) Ese hombre vive en esta casa?

ALF. Sí, con su esposa y una hija. Así me lo han dicho. Esta circunstancia me cohibe... pero necesito castigarlo.

GONZ. (A Blanca.) Déjanos solos... yo arreglaré tan desagradable asunto: espérame. (Blanca vase hacia su cuarto, y se detiene cerca de la puerta, al escuchar á Luís)

ESCENA IX.

DICHOS.—LUIS con dos CABALLEROS.

(Salen por el fondo vestidos de etiqueta. Luís demuestra hallarse ébrio, sin exageración. Gonzalo los ve llegar con indiferencia.)

LUÍS. Es inútil, compañeros; sabeis que soy testarudo

y me cargan los paladines. Quiero zurrarle bien... Con que disponedlo pronto. (Los compañeros le hablan bajo llevándole hacia su habitación.)

ALF. Ese es mi adversario... Ya conoces mi deseo.

GONZ. Descuida.

LUIS. (Volviéndose.) Ah! miradlo ahí...

GONZ. Señores... (Acercándose al grupo.)

LUIS. Qué se ofrece?

GONZ. (Mirando la tarjeta.) Don Luís Soto Ferrera?... (Con sorpresa.) Soto Ferrera!!

LUIS. Yo soy... Lo veis? Por vuestra cachaza, aquél se ha adelantado. (A Gonzalo.) Está bien, caballero. Puede usted entenderse con estos amigos míos. (Va hacia su cuarto y Gonzalo lo detiene.)

GONZ. Poco á poco, Don Luís... Acércate, Alfredo.

LUIS. Ignora usted la costumbre...

GONZ. Nada ignoro: pronto se convencerá... No conoces á tu adversario?... Yo sí.

LUIS. Usted se equivoca. Nunca nos hemos visto.

GONZ. Quién sabe! Pero puede usted negar su fama de galanteador afortunado? (A Alfredo.) Poseé procedimientos eficacísimos: agitar los ánimos flexibles: ó el odio ó la pasion: nada de medias tintas. La mujer que vence de don Luís, resulta santa: la que sucumbe, sierva eternamente. Es verdad?

LUIS. Extraño mucho...

GONZ. Dices que insultaba á una señora? Pues era hábil cálculo, no estúpido placer; así se ha hecho indeleble en su memoria; no lo olvidará... Pero tú llegastes en mal momento... más tarde te hubieran sorprendido sus galantes excusas.

LUIS. Caballero, basta ya!...

GONZ. El señor don Luís, pobre solemne, es rico, sin embargo, siempre rico, pues vive de despojos!

LUIS. Oh!

GONZ. Ello tiene quiebras; pruébalo un grande amigo suyo, su inseparable, el villano Romarel, que murió de una estocada!

LUIS. Ah! (Reconociéndolo.) Sí, usted fué el matador!

GONZ. Y usted el testigo... tres años hace... amanecía... la lucha me desfiguraba... cómo reconocerme?... Usted no me ha agraviado, pero me consta quién es... Alfredo no se batirá!

LUIS. Pero usted sí... Cierto que vivo de despojos; por eso recogí toda la herencia de mi amigo... toda!

GONZ. Miserable! (Le dá una bofetada. Luís va á arrojarse sobre Gonzalo y sus amigos le detienen.)

LUIS. Maldición! (Julia sale por la izquierda, corre hacia Luís y adelantándose á él se halla en frente de Gonzalo; entonces, mirando á éste, grita con estupor:)

JUL. Mi esposo!... El Marqués de Rigel!

BLANCA. Jesús! (Vacila y Alfredo la sostiene.)

GONZ. Mientes!... Tú sola llevas ese nombre!

ALF. Amaba á Gonzalo! (Por Blanca.)

GONZ. (Volviéndose bruscamente.) Sí. Amaba lo imposible!

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

La misma decoración del acto anterior.

ESCENA PRIMERA.

ALFREDO.—ISABEL.

ISAB. Le digo mi opinión, don Alfredo.

ALF. De modo que Blanca...

ISAB. Es una santita, pero no de estuco: quizás siente demasiado porque desconoce el egoismo y agradece con toda su alma los más pequeños favores... Así, pues, su amor á don Gonzalo no me ha sorprendido... Era cosa precisa... Usted sabe lo que ha hecho por ella ese bendito señor?

ALF. Bien, bien! (Despechádo.)

ISAB. Pero quién había de sospechar que estuviera casado y con una... vaya... con una cualquiera... él, tan caballero, tan generoso... (Alfredo se acerca más y pregunta con interés y agitación.)

ALF. Díme... Qué sentimientos revela Blanca desde que sabe la situación de Gonzalo?

ISAB. Cómo!... Usted ignora... Es claro... si hace dos días que no aparece por aquí!... La señorita ha estado enferma...

ALF. Enferma...

ISAB. Con una conmoción nerviosa ó desvanecimiento, ó no sé qué; el médico prohibió que se la hablara... Ya hoy se encuentra mejor, casi bien... pero no hace más que llorar. Toma! Si no hubiera sido por esto, estaríamos á cien leguas de aquí... Qué deseos tengo de perder de vista este hotel y... esos vecinos!

ALF. Y... Gonzalo?

ISAB. No ha salido de sus habitaciones desde que usted lo dejó en ellas, despues del duelo.

ALF. Pero ha preguntado por el herido? Sabe que le han extraido la bala?

ISAB. No, señor; por la señorita sí ha preguntado; cada hora le he llevado noticias suyas. (Oyese un timbre tocado dentro.) Ella! Perdone usted; voy á ver qué se le ofrece.

ALF. Y yo necesito tener una explicación con Gonzalo.

ESCENA II.

ALFREDO.— GONZALO.

(Alfredo llama á la segunda puerta derecha, y á poco se abre ésta saliendo Gonzalo.)

ALF. (Llamando.) Soy yo, Alfredo. (Parece responder á voz de dentro.) Te suplico que abras. (Gonzalo

se acerca a Alfredo para abrazarlo y éste lo rechaza con dulzura.)

GONZ. Dudas de mí?... No, no me huyas. (Abrazándole.) Abrázame!... No quiero, no puedo renunciar á tu afecto.

ALF. (Conmovido.) Tampoco yo... pero la extraña conducta...

GONZ. Sí: ya es hora de explicarte... Sobre mi matrimonio, pocas palabras.. todo es fango... Cuatro años hace que conocí á Julia: me cautivaron su belleza y su virtud aparente... Si ella era rica, yo también: juró que me amaba y... nos unimos... Desde entónces fué marquesa de Rigel, título que yo acababa de heredar de mi tía... Algo después, sí, no más que algo después, cuando ni aun los libertinos que se casan sueñan con la traición, sorprendí á mi mujer pruebas de infidelidad.

ALF. Basta.

GONZ. Poco queda... Quise matarla y no pude: á la indignación se sobrepuso el desprecio, ó acaso... qué se yo!... Cuando ví, apenas ciñeron mis manos su garganta, amoratarse el rostro y enrojecerse la pupila de un cuerpo tan débil, tuve horror y huí acobardado... Pero su amante me esperaba cínico y fuerte, y á ese, sí, á ese le arranqué la vida!

ALF. Ella fué más culpable.

GONZ. Entónces, el padre de Blanca me llevó consigo. Bajo su honrado techo recobré la paz; pero Luarte murió dejándome á ese ángel que nada sabía de mi historia, y pronto advertí con miedo que una pasion irresistible me absorbía... Huyendo de Blanca fuí á Londres, donde te

hallé y permanecí un año... mas ella me llamaba en todas sus cartas, y yo no debía desatenderla en absoluto.

ALF. Y volvistes á su lado?

GONZ. Sí: volví á su lado para sostener una lucha de titán... Ah! querido Alfredo, tú no conoces á Blanca, aunque la adoras; tú no puedes imaginar lo que fascina, lo que subyuga una luz celeste, una flor del paraíso, el concentrado perfume de todas las gracias y de todas las bondades... Necesité huir de nuevo para no volverme loco, y otro año trascurrió antes de que atendiera á sus súplicas y regresase... Casi enseguida apareciste tú, mi mejor amigo, el único hombre que conozco digno de ella, y me pedistes su mano. Accedí persuadido, á la vez que traspasado de celos... Pero, quién sino la Providencia podía enviarte?... Yo hablé á Blanca de tí... y no sé cómo, en qué momento escuché de sus labios que me amaba... mucho, mucho... y que no había adivinado mi pasión!... Ya sabes lo demás.

ALF. Ella misma te confesó?...

GONZ. Sí.

ALF. Y tuviste virtud para resolver alejarte y proponerme que yo quedara á su lado?

GONZ. Es necesario para todos... Responde con lealtad. Crees en la fortaleza humana?

ALF. Por lo que veo...

GONZ. En la fortaleza infinita?

ALF. No.

GONZ. Y sería infame que yo hiciera á Blanca mi manceba, no pudiendo hacerla mi mujer?

ALF. Mil veces infame!

GONZ. Pues mi ausencia se impone!... Crees que debo dejar á Blanca bajo la única y poco respetable tutela de una vieja servidora? Debo desatender á su porvenir, descuidarla en su extrema juventud?

ALF. De ningun modo.

GONZ. Pues mira cómo también se impone la necesidad de tu presencia.

ALF. Y qué quieres que haga yo? Con qué derecho?...

GONZ. Qué derecho? El que te otorgo: qué vas á hacer? A ganar paso á paso el afecto de Blanca, luego su cariño y por último su corazón. Constancia y tiempo!... quién lo duda?... Ella tan niña aún no podrá resistir al doble embate de tu asedio y de mi ausencia. Seré olvidado... Mas cuando al fin sea tuya, solo tuya, dichosa y honrada, si os visita mi vejez, yo espero un rincón en vuestro hogar y una lágrima de ternura que premie mi sacrificio! (Muy conmovido.)

ALF. Gonzalo del alma! (Abrazándole estrechámente. Elena aparece en la puerta de su habitación y se queda un instante contemplando á los dos amigos. Estos al verla se separan.)

GONZ. Ella!

ALF. Blanca!... Os dejo solos. (Saluda á Blanca y vase por el fondo. Gonzalo se acerca á ella y le toma una mano.)

ESCENA III.

GONZALO.—BLANCA.

GONZ. Ya estás mejor?

BLANCA. Sí.

GONZ. Quieres pasear por el parque?

BLANCA. Aún me siento débil: prefiero este sitio. (Risueña.)

GONZ. Como gustes... Siéntate. (Le acerca una silla.)

BLANCA. Y tú tambien. (Con dulzura.)

GONZ. Sí, señora. (Aparentando alegría.)

BLANCA. Por qué no has entrado á verme en dos dias seguidos? Me ha engañado Isabel? Has estado enfermo? (Lo mira fijamente y quiere reprimir sus lágrimas.)

GONZ. No, hija mia. (Cortado.) Pero qué tienes? Lloras? Por qué?

BLANCA. Por lo desgraciado que te han hecho...

GONZ. Oh! (Sofocando un sollozo.)

BLANCA. Yo creí que esas cosas no podian suceder... más que en las novelas.

GONZ. Bah! (Con aparente tranquilidad.) No pensemos en...

BLANCA. Al contrario; en qué quieres que piense? Oye, por qué no me habías dicho nunca que estabas casado con una mujer indigna?

GONZ. A tí? decírtelo... cuando no podías comprender lo que significaba? Qué sabías tú?

BLANCA. Todo; es manía creerme más santa que las demás. Yo sé lo mismo que todas las que tienen mis años. No soy tan inocente.

GONZ. (Pobrecilla)...

BLANCA. Y si entonces me lo hubieras dicho...

GONZ. Qué. (Sobresaltado.)

BLANCA. Yo...

GONZ. Ah! sí... tienes razón!... tú no habrías experimentado hacia mí más que un amor fraternal!... (Espantado.)

BLANCA. No digo eso. . sino que entonces no te hubiera

hecho sufrir cómo el otro día. (Ruborosa.) Ya verás como nunca vuelvo á decirte...

GONZ. (Dios mío? Sería vil un engaño?)

BLANCA. Ahora nos queremos como padre é hija... no ignoro que es imposible ya otra clase de cariño... pero vas á hacerme una promesa.

GONZ. Una promesa!

BLANCA. Sí. No separarte nunca de mí.

GONZ. Eso no se puede prometer. (Turbado.)

BLANCA. Por qué no?. . Acaso por que tienes resuelta tu marcha, como indispensable para el bien de ambos? Si es así, no me lo ocultes, y óyeme... como á parte interesada. (Sonriendo.) Yo he llorado y he discurrido y he sondeado mi conciencia; ésta me ha dicho que no debo abandonarte jamás... Yo soy tu única familia y tú eres la única persona á quien quiero en el mundo... Yo soy juiciosa, y tú noble y bueno; qué podemos temer el uno del otro?... Antes el triunfo sobre tí mismo era más difícil porque yo nada sabía; ahora te ayudaré .. Antes eras para mí sólo una esperanza; (Con voz de lágrimas.) ahora eres un enfermo del corazón, un hombre engañado, escarnecido, que necesita consuelos. Por qué huir de la que puede dártelos?... (Vacilando.) Porque te amo?... porque me amas? Porque sería... un delito?... Los delitos no lo son hasta que se cometen... Piensas hacerme dichosa condenándote al destierro y robándome al padre, al hermano, al dueño de mi alma?... Imposible! Yo quiero ser la compañera de toda tu vida (Con pasión.) y, siempre honrada y siempre pura! (Con gravedad solemne.) (Gonzalo vuelve la cabeza y rápidamente seca sus

lágrimas con el revés de la mano: está muy conmovido y hace esfuerzos para serenarse y hablar.)

GONZ. Eso sí... yo te diré... parece fácil... y es la gloria!... Sin embargo .. escucha, Blanca mia. (Más sereno.) Quién ignora que un honor inmaculado sin apariencias, es deshonor para el mundo?... Y crees que no conocen ya nuestros sentimientos? Y juzgas que deban suponer lo que no podríamos aparentar si continuáramos bajo el mismo teche?... Perdona, pero necesito esta crudeza... Si yo tuviera tu juventud ó si no te idolatrase, exclamaría como tantos ciegos de amor: qué importa el mundo!... y embriagado de dicha, me abandonára contigo á esa dulce corriente, sin timon ni remo, persuadido de navegar entre flores... Tú no ves el escollo, ni el abismo cercano... Yo lo veo inevitable. Tú crees posible amar mucho, amar siempre, más cada dia, y nunca con peligro. Acaso fuera tan grande tu virtud!... pero la mía no. El amor tiene momentos irresistibles, y la única defensa es evitarlo... Dices que ahora podré triunfar de mí mismo porque tú me ayudarás; eso es lo que deseo: ayúdame, comunícame fuerzas y no me las arrebates con tus lágrimas!

ESCENA IV.

GONZALO.—JULIA.

(Julia sale por la primera puerta izquierda, y al verla Blanca lanza un grito.)

BLANCA. Ah!... esa mujer!... (Gonzalo vuelve la cara y mira á Julia con indignación. Esta se detiene inde-

cisa; va á irse, pero al oir á Gonzalo se queda cara del umbral.)

GONZ. La desvergüenza asoma... Ocúltate! (Empuja á Blanca dulcemente y ésta vase.) Mucho confía usted en mi paciencia...

JULIA. No he pretendido verlo... si lo encuentro no es culpa mía... (Medrosa y agitada.) Un herido reclama mis cuidados... y... entre usted y yo nada existe ya.

GONZ. Que nada existe?... Y mi nombre que usted mancilla? Y el lazo... qué blasfemia!... y la serpiente que nos enlaza?

JULIA. (Reprimiendo la ira y el miedo) Suplico á usted que me permita... (Va á volverse y Gonzalo le indica que siga su camino.)

GONZ. Oh! (Conteniéndose.) Pase usted... Ya que fuí cobarde para castigarla, hoy seria ruín cualquier insulto. Pase usted... (La sigue con la vista.)

JULIA. Gracias. (Temblorosa.) (Me infunde pavor.) (Vase por el fondo rápidamente.)

GONZ. Todo el desprecio que me inspiraba se ha convertido en odio!

ESCENA V.

GONZALO.—ALFREDO.

(Al entrar Alfredo se cruza con Julia, que sale y le mira sin saludarle.)

ALF. Esa... se ha atrevido?

GONZ. A hablarme? Sí.

ALF. Eres demasiado bueno.

GONZ. Tal vez. (Sombrío.)

ALF. Qué le has dicho á Blanca?

GONZ. (Sin oirlo.) Escucha: ahora escribiré una carta para ella y mañana se la entregarás... No quiero despedirme... Antes de media hora saldré en el expres que va á Turin.

ALF. Decididamente?

GONZ. Dejo en tus manos á la que estimo más que á cien vidas... No puedo dudar de tu honradez! Me acompañarás á la estación: allí hablaremos.

ALF. Gonzalo!

GONZ. Calla, que no sospeche... Adios.

ALF. Cuánto te admiro! (Vase Gonzalo por la segunda puerta derecha. Blanca sale de su habitación y al ver á Alfredo se acerca á él.)

ESCENA VI.

ALFREDO. — BLANCA.

BLANCA. Alfredo?... Necesito hablarle...

ALF. Señorita .. (Saludándole.)

BLANCA. Antes sorprendí á ustedes abrazados y con lágrimas mal ocultas. Cuál fué la causa?... (Risueña y maliciosa.)

ALF. (Pregunta á fondo.)

BLANCA. Fué despedida? No... Fué un pacto?... Yo no adivino, pero recuerdo. El debe marcharse y usted quedar á mis órdenes? Persistió en esa idea?

ALF. Sí.

BLANCA. Y usted juzga preciso que se aleje?... Qué haría usted en su caso?

ALF. Yo... yo... (No sé qué responder.)

BLANCA. La verdad...

ALF. Yo no tendría fuerzas para tal sacrificio.

BLANCA. Luego hay un sacrificio grande... Cuál es?

ALF. (Diablo!)

BLANCA. Sacrificio que emociona y que usted admira.!.

ALF. Blanca...

BLANCA. Y del que usted no se cree capaz; requiere, sin duda, mucha abnegación por parte de Gonzalo: pero por lo que á usted toca... está bien seguro de no obrar con egoismo?

ALF. Con egoismo?... (Preocupado.)

BLANCA. De no matarle para siempre toda esperanza?

ALF. Matar su esperanza? (Más confuso.)

BLANCA. ...Por remota que sea? .. Toda esperanza de dicha?

ALF. Usted me asusta.

BLANCA. (No me engañaba.) Ha pensado usted en que algun día (por permisión de Dios) pudiera Gonzalo hallarse libre, tan libre como usted lo es hoy?

ALF. Cielos!

BLANCA. Y entonces... no sería su mejor amigo el culpable de...

ALF. Oh... sí, no habia imaginado!... pero usted...

BLANCA. Yo (Dulcemente.) le ruego que sea sincero y leal... Aconséjeme... Amo á Gonzalo desde niña y él me ama hasta imponerse el martirio... Cree usted que en recompensa debo yo añadir á su tortura la de los celos, ó que debo confortarlo sin cesar con el bálsamo de la esperanza?

ALF. Es usted en ángel... y yo un aturdido!... Mi amor, interpuesto entre vosotros, parece un crímen.... Ahora veo cuán odioso era mi papel y cuán egoista... Ni usted debe olvidar á Gonzalo, ni yo podría acudir al arte ó á la tác-

tica para conquistar un corazon que tiene tan noble dueño... Blanca, mándeme usted incondicionalmente.

BLANCA. La Vírgen se lo pague! (Con mucha dulzura y estrechándole una mano.)

ALF. Qué precisa hacer?

BLANCA. Que no se vaya...

ALF. (Mira el relój y á la puerta del cuarto de Gonzalo.) Difícil veo... (Queda pensativo.) Si hallara un recurso...

BLANCA. (Ha mirado el relój!... Dios mío!) (Mientras Alfredo sigue ensimismado, Blanca se acerca á la puerta del cuarto y mira hácia el interior con ansiedad.)

ALF. Ah!. . qué idea!... sí, sí, por qué no?... Esto es más que un recurso, es una solución felicísima... Quién sabe!... acaso se logre... la nulidad de su matrimonio. Ya ha habido ejemplos. (Sigue razonando muy agitado.)

BLANCA. (Mirando hacia el cuarto y más tranquila.) Allí está... Tuve miedo ..

ALF. Escribiré á Fabricio... Es eficaz agente!... él puede mucho en Roma... Pero vendrá? Sin duda, con un *cheque* de diez mil liras le enviaré las alas! (Cada vez más agitado y gozoso.)

BLANCA. (Vuelve cerca de Alfredo y le sorprende su aspecto.) Ha encontrado usted?...

ALF. Sí. (Conteniéndose.) Detendré á Gonzalo. Nada tema.

BLANCA. Pero dígame...

ALF. Imposible. (Saca el relój.) Es cuestión de minutos. Confíe usted... vuelvo... Adios. (Vase corriendo por el fondo.)

BLANCA. Qué será?... (Mira alrededor desconfiada y vase

hácia su cuarto, pero se detiene y vuelve á colocarse en el sillón frente á la puerta de Gonzalo.) No... Aquí lo esperaré.

ESCENA VII.

BLANCA.— JULIA.

(Entra Julia por el fondo, llevando en la mano algun pequeño objeto, y al ver á Blanca se detiene indecisa. Blanca se levanta como movida por un resorte y se miran las dos sin saludarse. Pasa Julia por delante de Blanca y ésta se deja caer en el sillón, temblorosa y cubriéndose el rostro.)

BLANCA. Infame! (A media voz y con asento de recriminacion, sin intención de que la oiga.)

JULIA. (Deteniéndose y acercándose á Blanca.) Señorita... con qué derecho?...

BLANCA. (Se levanta asustada y retrocede.) Ah!... perdone usted... No he podido contenerme.

JULIA. Le he hecho á usted algun daño?

BLANCA. No, señora. (Retrocede más.)

JULIA. Por qué me llama infame?

BLANCA. Porque así lo creía... ahora me parece que es usted una pobre enferma.

JULIA. Una enferma? (Da un paso hacia Blanca y ésta sigue retrocediendo, aun más asustada.)

BLANCA. No se acerque, por Dios! (Suplicante.)

JULIA. Le inspiro miedo?... Ah!... me cree usted loca?

BLANCA. Sí, señora, sí: porque solamente estando loca... se puede afrentar á un marido como Gonzalo!

JULIA. Y usted me culpa?... Usted...?

BLANCA. No; la compadezco.

JULIA. (Con intención é ironía) Yo quisiera no haberlo

conocido... así podrían ser hoy legítimos y honrados sus nuevos amores...

BLANCA. Qué amores? (Sin comprender del todo.)

JULIA. (Con más ironía.) Yo también la compadezco, señorita. (Vase por la puerta de su habitación.)

BLANCA. Ah!... Me ha insultado!... (Gonzalo sale, distingue á Julia que se va y oye las últimas palabras de Blanca; entonces tira sobre una silla un neceser de viaje que lleva en la mano y se acerca á Blanca.)

ESCENA VIII.

BLANCA.—GONZALO.

GONZ. Quién?... esa... esa?... (Va á perseguir á Julia, y Blanca le detiene.)

BLANCA. No, no, detente... es que yo le dije cosas poco gratas... pero, por Dios, sácame de aquí... vámonos lejos... donde nunca pueda hallar á esa mujer... Me hace daño verla.

GONZ. Mañana mismo habrás salido de Niza para el punto que prefieras.

BLANCA. Y... tú?

GONZ. Yo también.

BLANCA. Me engañas... (Señalándole el neceser y el sombrero.) Tú ibas á marcharte en este momento. (Con angustia.) Y tal vez para siempre!...

GONZ. Blanca...

BLANCA. Pero he descubierto tu plan. Alfredo es mi cómplice... Todo me lo ha dicho.

GONZ. Qué te ha dicho?

BLANCA. Todo: que le horroriza la idea de pretender arrebatarte mi amor.

GONZ. (Con júbilo que no puede contener.) De veras? Renuncia á?...

BLANCA. Sí; dice que le parece un crímen.

GONZ. (Bendito sea!)

BLANCA. Con que... ya ves. (Candoroso acento de triunfo.)

GONZ. Veo, Blanca mía, que al separarme de tí por algún tiempo, nada debo temer. En Alfredo hallarás un buen hermano.

BLANCA. Dios mío! pero insistes?... (Llorando.)

GONZ. Cómo no? si es preciso! Y aun lo dudas? (La atrae á sí y le dice con cierta reserva.) Oye... Cuando esa miserable se unió á mí, era honrada, pero un hombre despertó sus sentidos con más fuerza que yo. Pudo luchar y no quiso; huir del pernicioso encanto y juzgolo inútil, fué vencida é infamada; por milagro vive, y el desprecio la agobia; no era libre y amó: he ahí su delito... Pues bien; yo tampoco soy libre y amo! Ella, al pecar, se expuso á perder la existencia, y yo á nada me expongo, ni siquiera á la censura de los hombres de bien; mas no así tú, pobre niña, que muy pronto esos hombres de bien colocaran sobre tu frente la corona de impureza que lleva Julia... y tú, esclava de mi crímen, real ó supuesto, pasearías por el mundo el nombre deshonrado de un padre sin tacha que me legó ese tesoro creyéndome un caballero! Cómo no luchar y esconderme donde pueda adorarte sin peligro, ángel de mi vida!!... Déjame, déjame partir!

BLANCA. (Aterrada y llorosa.) Sí, vete, vete... Me has asustado... Ahora tiemblo por lo que tardas... Ya sé que estaré triste, que enfermaré de pena... pero es preciso, sí, lo dices tú... No sospechaba tantos horrores!

GONZ. Adíos, pues, Blanca mía! (Le estrecha una mano. Blanca tiembla y llora.)

BLANCA. Qué?... ahora mismo?... y... cuándo volverás?

GONZ. No lo sé... (Agitadísimo; procura alejarse.)

BLANCA. Oye... espera... Llévate un consuelo. (Llorando y con mucha ternura.) Jamás te olvidaré!... Te lo juro por mi padre... Adíos. (Gonzalo quiere hablar, no puede y cae sollozando en el sillón. Blanca llega á la puerta de su cuarto y se detiene: enseguida se acerca á Gonzalo.) Acaso no vuelva á verlo!... El primero y el último! (Besa á Gonzalo en la frente y vase cerrando la puerta tras sí.)

ESCENA IX.

GONZALO.

GONZ. (Se levanta dando un grito de felicidad y avanza un paso hacia la habitación de Blanca.) Ah!... Divino rayo!... goce enloquecedor!... Qué honda sacudida me has hecho sentir!... El juicio... las ideas se trastornan y otras surgen que me espantan! Por qué estoy encadenado? Tan fuertes son mis cadenas que no intento quebrarlas? Es que si ahora mismo rompo ésta de sangre, debo temer á las de hierro? No! Ya sé que la ley me absuelve, el mundo me aplaude y la religión me liberta! Es que necesito buscar á esa mujer en algún rincon oculto donde llora arrepentida su pecado?... Donde sus lágrimas sean escudo de mis iras? No! la tengo aquí, á un solo paso, cínica, impenitente, con otro vil canalla por querido; la tengo aquí, prosiguiendo mi deshonra é insultando á la inocente que

conmigo sufre las consecuencias de su culpa. Oh! no!... no será!... porque vas á morir!! (Se acerca á la puerta de Julia y se detiene.) Quiero un arma... mis dedos podrían flaquear y ser cobarde otra vez! (Busca alrededor.) Dónde hallarla? No las uso... (Se fija en el neceser de viaje.) Ah!... allí!... (Lo abre y saca un cuchillo de monte ó puñal.) Esto... esto... Esto hiere... esto nos salvará de la esclavitud! (Se dirige á la puerta y cuando va á empujarla se detiene.) Vacilo?... Tiemblo? .. Oh! Voy á hallar una mujer indefensa, y un hombre que agoniza! El muere por mi mano... y cien veces lo matara... mas ella... es tan débil!. . (Nueva transición.) Qué importa? No queda otro recurso... O he de ser eternamente un solitario, ludibrio de los demás, mártir de todo afecto, ó he de trocarme en ejecutor único posible de la sentencia que sus jueces no dictan, pero sancionan! Yo, avaro de cariño, de familia, de hogar santificado, pude resistir y condenarme á perpétua sed... Mas hoy no la sufro solo: Blanca llora, desespera, llama... le huyo, me ausento... y si muere? Yo la habré sacrificado sin compasion!... Y luego oiría á esa... á esa... gritarme desde el lodo: «Cuidado que aun vivo, no ames: un lazo santísimo nos une!» Ja, ja, ja!... Maldito ese lazo, y tú y el mundo entero que se interpusiera entre tu garganta y esta cuchilla!! (Se abalanza desesperado á la puerta que abre de un empellón y entra. A poco arroja un grito dentro y vuelve á salir profundamente agitado, llevando suspendida en alto á Clarita.) No quiso Dios! No quiso Dios!... Me ha en-

viado un ángel! (Se sienta y mantiene la niña abrazada.) Pobre criatura... nunca te he besado!... Aquí nadie nos ve... Déjame llorar... tú me salvas del crímen!... El cielo te bendiga... aunque yo no sea tu padre! (Llora y le besa los cabellos.)

ESCENA X.

GONZALO.—JULIA y CLARITA.

(Julia aparece en la puerta y ve con asombro á Gonzalo acariciando á Clara. Esta no repara en aquella hasta después.)

JULIA. Entró por Clarita?... La besa!... Llora? Qué es esto?... Pretenderá robármela! (Con inquietud y se adelanta.)

GONZ. (Al verla se levanta avergonzado y rechaza á la niña.) Qué traes?... Qué quieres?

JULIA. Quiero á mi hija.

GONZ. Llévatela... tuya es. No más, no más... Huye con élla!

JULIA. Y eres su padre!

GONZ. Su padre?... Mientes! Yo no tengo hijos, ni mujer, ni amor, ni hogar, ni alma, ni nada! (Corre hacia el fondo, donde aparece Alfredo, que le detiene.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

La misma decoración.

ESCENA PRIMERA.

LUIS.—JULIA.

Luis sentado cerca de su habitación. Julia sale de ella á su tiempo marcado.

LUIS. Apenas puedo andar... la convalecencia va á ser interminable... Pero, esa mujer?... (Mirando al cuarto: Julia sale.) Creí que no vendrías nunca!

JULIA. He estado durmiendo á Clara...

LUIS. Ya!... Me tiene harto la niña.... Vamos... Ayúdame, voto á Sanes! (Procura levantarse del sillón y Julia le ayuda. Luis, pálido, débil, se mantiene de pie, aunque algo encorvado.)

JULIA. Ten resignación: poco á poco recobrarás las fuerzas.

LUIS. Calla!... Ay! (Al hacer un movimiento lanza un grito.) Maldito Gonzalo... algún día lo mataré como á un perro... No correré más albur, no. (Volviéndose á Julia.) Pero, qué haces?... Dame

el brazo! (Julia temblorosa vacila, pero obedece.) Temes que nos vea tu marido?... Hola... parece que no me conoces bien! (Vase hacia el fondo apoyado en Julia.) Dios lo libre de mi presencia... Vamos al jardín... Jé, jé!... Hoy me hallo de excelente humor... (Con marcada ironía: Julia se seca las lágrimas disimuladamente.)

ESCENA II.

ISABEL.—ALFREDO.

Salen de la habitación de Blanca hablando confidencialmente.

ISAB. Es que me asusta; come menos que un pajarito...

ALF. Pero, qué ha dicho el médico?

ISAB. Nada; tres latinajos... Don Gonzalo le explicará... Yo veo que ha perdido el apetito, que no duerme y que la consume una pasión de ánimo... Y cuidado que élla nunca ha sido romántica, ni lo es, aunque ahora lo parece... en qué consistirá?

ALF. Isabel, un amor sin romanticismo sólo puede existir en las bestias ó en los hombres brutales... Pero élla, qué dice?

ISAB. No hace sino conjeturas y nada se atreve á preguntar directamente. El misterioso recurso para detener á don Gonzalo, la reserva de éste, su mutismo, el alejamiento de usted, cosas son todas que la confunden y que yo no puedo explicarle.

ALF. Ni sería oportuno. Trátase de una gestión importantísima que élla debe ignorar mientras no obtenga feliz éxito... Si fracasara, le ha-

bríamos evitado, al menos, la tortura de un desengaño cruel. El asunto ya no puede tardar en resolverse de uno ú otro modo... acaso hoy mismo, pues para hoy espero la llegada de cierta persona en quien estriba... Entretanto tú distrae á Blanca, y procura que no me vea... (Blanca sale; Alfredo se turba.) Pero ya es inútil. (Oprimiéndose el pecho.) Qué rebelde corazón. (En voz baja.)

ESCENA III.

BLANCA.—ALFREDO.—ISABEL.

BLANCA. Gracias á Dios! (Sonriendo en tono de dulce reconvención.)

ALF. Vengo á saludarla.

BLANCA. Ya era tiempo.

ALF. Sin duda, pero...

BLANCA. Temía usted que fuera indiscreta... y me condenaba al aislamiento?

ALF. Perdón mil veces... si supiera...

BLANCA. Nada me diga... Una cosa no más deseaba preguntarle... Gonzalo, está contento ó no? Son fingidas sus llamaradas de felicidad? Paréceme imposible que lo sean... pero tampoco son fingidas las huellas de su dolor...

ALF. Esa alternativa brusca tiene sus motivos, Blanca; pero desde mañana observe usted la expresión que revelen sus ojos. Será la que haya triunfado y la que brillará en ellos el resto de su vida... Hoy no puedo decirle más.

BLANCA. Bueno. (Se sienta muy pensativa y sin ocuparse de Alfredo. Este la contempla mientras habla aparte.)

ALF. Le he dicho lo bastante para que se olvide del mundo... y de mí... Si ahora me alejara no lo advertiría. (Con amargura.) Qué diera yo por ocupar ese pensamiento!... (Isabel se acerca y habla con Blanca: ésta se levanta y se dispone á seguir á Isabel.) Perdona, Gonzalo... ó comuní-came tu firmeza... También es grande mi sacrificio!... Sí, soy mejor de lo que sospechaba. (Separa la vista de Blanca y se aleja algo.) Basta de veneno!

ISAB. Vamos, señorita, que el tiempo está bueno y conviene pasear. Don Alfredo, si gusta, puede acompañarnos.

ALF. Luego bajaré. Adíos. (Blanca le saluda y vase con Isabel por el fondo derecha.)

ESCENA IV.

ALFREDO.—GONZALO.

(Mientras Blanca se va por el fondo derecha, sale Gonzalo por la izquierda y se detiene para verla alejarse sin ser observado por élla, que continúa ensimismada.)

ALF. Por qué habré venido á Niza? Para perder mi tranquilidad y someterme á rudas pruebas.

GONZ. Alfredo; es hoy cuando debe llegar ese hombre?

ALF. Probablemente.

GONZ. Y tú confías en él?

ALF. Me consta que es el consejero ineludible de muchos santos varones. Puede asegurarse que nadie conseguiría lo que él diera por perdido... Ya traerá formulada su respuesta y será cate-

górica... Yo lo he impuesto bien de todas tus circunstancias... y le decia: «Si usted halla posible la sanción de Roma, el marqués promoverá el expediente por el tribunal que corresponde.»

GONZ. Hermosa esperanza!... Lo que pido es justo.

ALF. Sí; pero siempre es difícil de obtener un decreto de nulidad.

GONZ. Otros lo han conseguido hace poco. .

ALF. A algunos le citaba yo... El príncipe de Leonmina.

GONZ. Cierto.

ALF. Y existía un hijo... El baron de Frísac...

GONZ. Sí, sí...

ALF. El millonario Curseill.

GONZ. Ah!... el millonario... (Un criado entra por el fondo y entrega á Alfredo una carta. Este reconoce el timbre. Vase el criado.)

ALF. Ninguno pudo alegar mejores razones que tú. Esperemos, Gonzalo. (Abre la carta y lee para sí.)

GONZ. (Muy agitado.) Esperemos... Si fuera posible!... No estalles corazón!... Suerte fiera, no me burles otra vez!

ALF. Carta de Roma!

GONZ. Suya? (Con ansiedad.)

ALF. Sí... Dice que no puede venir, pero...

GONZ. Pero, qué?

ALF. Responde á la consulta... Oye. (Leyendo.) «El »contenido de su carta era un mandato en »regla... todo previsto... gracias... le devuel»vo... eeeh... Dice el señor marqués que cuanto »hoy constituye su fortuna parécele pobrísima »compensación para obtener su libertad... »*Recte tu quidem*, y no lo dudo, pero en estas

»cosas el oro carece de eficacia... Alégase el »adulterio de la mujer, mas no media paren- »tesco y existe un hijo... Fueran vanas mis »gestiones...

GONZ. Ha habido precedentes!...

ALF. Afirma que no, sino... (Lee.) «Intentos infini- »tos, tentaciones satánicas para la Iglesia, á »veces con carácter de problemas árduos... »Cuando dice un poderoso: inocente soy y »gimo bajo el yugo: salvadme de él y colocaré »en vuestras manos riqueza tanta que podaís »con ella socorrer á millares de familias, di- »fundir la fé de Cristo entre los infieles y »dar más explendor al santo culto...: casti- »gad á la que ha pecado, y, conmigo, hareis »feliz á todo un pueblo!... Ya veis que la pro- »posición induce á reflexionar...»

GONZ. Sí... Ya veo que no tengo oro bastante para redimirme!

ALF. Escucha lo que añade. (Lee.) «Esos problemas »se han resuelto siempre, negando la disolu- »ción.»

GONZ. No es verdad... Basta! (Impaciente y sombrío.)

ALF. (Lee.) «Yo nunca entretengo. No soy el que de- »creta y reconozco que todo fuera inútil. Quién »imaginara, caro amigo, que íbais á solicitar lo »imposible!»

GONZ. Y en nombre de qué justicia un sacramento sirve de potro al inocente? Ni un padre, ni una madre, pueden asociarnos á los crímenes que cometan, ni envolvernos en su culpa (pues ya no maldicen á las generaciones venideras)... y un sér extraño encuentra escudo en la santa bendición para matarnos la fe, la honra, la fa-

milia, los mismos bienes que juraba producir!

ALF. Algo de eso le aventuraba yo... y escucha lo que contesta, que parece responder á tus observaciones: (Lee.) «Finalmente, los padres no »se eligen y la esposa sí... Cuando la Iglesia »une á dos séres con su bendicion, supone que »éstos, nacidos para amarse, y seguros de sus »mútuas virtudes, de su constancia, acuden »formando un alma sola á los piés del altar, en »súplica de que el cielo eternice su libérrima »elección... Si nada de esto existía, oh! perdon »mil veces; pero, quién sino el mismo señor »marqués es culpable de su desventura?...» (Guarda la carta.)

GONZ. (Exaltado.) Quién? Una mujer hipócrita... La creí buena, y me engañé... Por no ser infalible, he de ser mártir?... El ángel que se rebeló, sigue bendito?... El templo profanado, no se purifica?

ALF. Pobre amigo! cuando es un hogar católico, espérase á que el tiempo lo derrumbe.

GONZ. Si un rayo no lo desploma!... Ya lo sé... Consiste en mí; pero es horrible!... Gozaré de libertad cuando presente un cadáver!... No importa el modo, si está bien lívido!... Entónces me darían nueva bendición! Oh... cara se logra!... Exige un crímen y no soy bastante cruel!... Espantoso sarcasmo!... Se niega al justo lo que se otorga al infame! El cielo escucha indeciso... mas el diablo arbitra un remedio, como suyo...: hiere, asesina, peca!... y no me engaña!... si obedezco... ya pueden bendecirme un nuevo hogar!!

ALF. Tu razón se extravía... No sabes lo que dices...

GONZ. Protestas?... tú?... Y qué quieres que diga un desesperado?

ALF. Vamos, reflexiona...

GONZ. Déjame solo con el espíritu tentador y mi conciencia! (Alfredo se aleja y pasea por el fondo con agitación y pensativo. Gonzalo queda en primer término.)

GONZ. No hay esperanza... Una injusticia produce ira de tigre!... Estoy condenado por la voluntad de varios hombres imperfectos como yo... Condenado á presenciar en casi todo el imperio de la cruz, que la ley remedia las desventuras iguales á la mía!... El honor!... el deber!... Seráu convencionales? Si de tan varia suerte se interpretan en el mundo cristiano, dónde encontrar lo preferible á los ojos de Dios?... Sólo en mi patria y aquí hay lazos indisolubles. Yo podría unirme á Blanca si no me hubiera alcanzado esa escepción, esa casualidad... Soberbio fundamento! Mas ahora he de abandonarla para siempre; privarla del cariño, de la idolatría que suyas son y que élla ambiciona; desoirla si ruega, resistir aunque enferme y sufra y espire!... Y todo este martirio yo se lo impongo en nombre del deber!... No la deshonro, pero la mato! (Más exaltado.) Luarte! qué dices tú? En las regiones de las almas se llama á esto barbarie ó fanatismo, locura ó estupidez? (Alfredo se acerca á Gonzalo.)

ALF. Perdona este desengaño, este nuevo disgusto. Yo esperaba conseguir mejor éxito.

GONZ. Bah! me río de tus agentes .. Estoy harto de mendigar benevolencias.

ALF. Qué dices?

GONZ. Que he resuelto llevarme á Blanca á un rincón del mundo y ser dichoso sin permiso de nadie. (Se pasea agitado.)

ALF. Gonzalo! (Con ira y asombro.)

GONZ. Basta de esclavitud y de néoias preocupaciones.

ALF. Quieres llevártela? (Con estupor.)

GONZ. Sí: ahora; en este momento.

ALF. Imposible!

GONZ. Por qué?

ALF. Porque yo no lo permito. (Con firmeza.)

GON. Que tú no permites?... (Asombrado.)

ALF. No; aunque te debiera mil vidas: aunque fueras mi padre!

GONZ. Alfredo!

ALF. Salvaré esa víctima de las garras de un loco!

GONZ. Pero... Quién eres tú para interponerte entre nuestras voluntades?

ALF. Un hombre de bien!

GONZ. Mientes! Eres un celoso, un despechado. Ira, y no compasión leo en tus miradas! No puedes consentir que sea mi amante la que no quiere ser tu esposa. Dílo sin hipocrecía!

ALF. No lo consiento!

GONZ. Apártate! (Se acercan y chocan amenazándose mútuamente.)

ALF. Nunca!

GONZ. Estás decidido?

ALF. A todo... te lo juro, Gonzalo.

GONZ. Más vale así... Desde que alguien la apetece y me la disputa, cesa el combate que sostenía mi conciencia... Blanca desvalida y entregada á mi honor, era objeto sagrado, ó de lucha y tentaciones para mí: Blanca adorada por otro, de-

fendida por un acero, se me ha trocado en suprema necesidad... en irresistible abismo.

ALF. Basta, pues, no tardemos... mátame y luego infámala!... Viviendo yo no ha de ser!... Realiza tu obra de loco de atar. Salta por encima de mi cuerpo con esa niña: evítale que reflexione, y si tiembla, acállala con los sofismas que te han trastornado... Yo... cierto que la adoro, pero nunca pensé disputártela. La escudo, no por celos, por dignidad; no por su pureza, por su juventud! Si élla tuviese más años, más albedrío, sería ridícula mi oposición: hoy es lógica y humana! (Gonzalo ha cambiado gradualmente de expresión, mientras escucha. Parece quedar como aturdido.)

GONZ. Estaré realmente loco, Alfredo?... Sigue, sigue hablando... por favor, que yo te escuche... Blanca es muy niña, sí...: mi impaciencia vergonzosa... ella me ama, y tú no la solicitas... pues aguardemos! Por qué no he de aguardar?

ALF. Bien, hermano mío!

GONZ. He sido injusto... no lo niegues!... tuvistes razón... somos esclavos del sofisma... Por fortuna Blanca no ha podido escucharme...

ALF. Perdóname, Gonzalo.

GONZ. A tí?... A tí?... Bueno!... Pero trae esa mano defensora! (Va á besarla y Alfredo se opone. Gonzalo la coloca sobre el corazón.) No?... Entónces aquí! Leal amigo! Me has hecho mucho bien.

ALF. Ya lo sabía. (Muy conmovido.)

GONZ. Ahora tengo miedo... esta cabeza no está sana... Quién duda que otra vez delire? Tranquilízame... asegúrame que si élla peligra, volverás á librarme del remordimiento.

ALF. Sí.

GONZ. Cueste lo que cueste?

ALF. Sí.

GONZ. Ya estoy tranquilo.

ESCENA V.

GONZALO.—ALFREDO.—BLANCA.

Blanca mira con ansiedad á Gonzalo y se entristece: Alfredo esquiva mirarla y después de saludarla se sienta cerca del velador de la derecha y coje un periódico.

BLANCA. Es confidencia reservada? (Aparentando alegría.)

GONZ. No, hija mía; acércate.

BLANCA. Parecéis conspiradores... y quién sabe!... Yo pudiera creerlo...

GONZ. Por qué?

BLANCA. Por lo que veo y adivino... (Alfredo presta atención.)

GONZ. Qué has adivinado?

BLANCA. Todo... Ya sé que acabó toda esperanza... que es hora de que huyas, de que cumplas tu deber... No te detengo; pero, por Dios, no vayas solo... llévate á ese angelito...

GONZ. No te entiendo...

BLANCA. Escucha... Esta mañana vimos Isabel y yo, que ese hombre, el enfermo, castigaba á la niña delante de su madre, y élla temblaba pero no la defendía... Pobre mártir! «Don Gonzalo tiene la culpa,—dijo Isabel,—pues la ley le concede derecho para recojerla y educarla... aunque él no quiera, esa niña heredará su nombre.» Es verdad?

GONZ. Sí, por desgracia.

BLANCA. Por desgracia? Pero, qué culpa tiene esa pobrecita para que la olvides y la abandones? Hay nada más puro, más santo?... Si dijó Jesús «Dejad que los niños se acerquen á mí...» y tú los rechazas! Con razón te creyeron hereje!

GONZ. Blanca mía, dónde vas á parar? (Conmovido.)

BLANCA. A que tú no seas injusto, si quieres quejarte de que contigo lo sean. No se la arranques á su madre, que fuera espantosa venganza; pero defiéndela de toda debilidad y mal ejemplo. Mira, en fin, á tu hija con lástima ó con amor.

GONZ. Mi hija?... Sí. Por lo menos es una pobre criatura; pero qué he de hacer si no se la arranco á su madre? Obligar á ésta á que cambie de conducta? Ridícula pretensión! Para lo primero, no tengo fe en mi derecho. Para lo segundo, necesitaría humillarme sin conseguirlo... Dejemos esto, Blanca. Es una injusticia irremediable.

BLANCA. Ah! irremediable, como la que tú sufres... sin duda resignado... pues á tu vez acatas que el inocente padezca.

GONZ. Eso jamás! Qué he dicho yo? Nunca hay razón para ser injusto... Esa niña será feliz, buena por lo menos. Tú la educarás.

BLANCA. Yo no!... Que élla te acompañe, Gonzalo... Tal vez consiga que se alegren tus ojos... Verdad Alfredo?

GONZ. Por qué dices?...

BLANCA. Llévatela, sí, llévatela... Yo os aguardaré... algun día volvereis... Y si no volveis, seguiré aguardando... aguardando siempre, siempre, (Llora.) Siempre!

(Gonzalo, para ocultar su emoción, se acerca á la ventana y mira.)

GONZ. Oh! (Dando un grito.) Sí!... tú y yo aguardaremos siempre quizás! (Con amargura.) mientras élla pasea su cinismo por delante de todos... Mírala... como va provocando sonrisas en los hombres, inquietud en las mujeres y tiñendo de rubor las frentes virginales... Observa que todos cuchichean... Sabes lo que murmuran? Yo los oigo... porque tienen voz de trueno!... «Esa es la marquesa de Rigel, la esclava de un tahur...» «Y su marido? Puesto que vive élla, él estará lejos...» Ja, ja!... dicen que estará lejos... Funesta misericordia!

BLANCA. Gonzalo, escucha... (Alejándolo de la ventana.)

GONZ. El mundo me condena!...

BLANCA. Si el mundo te condena, Dios sonríe. (Con mucha dulzura.) Siempre sonríe Dios al que perdona... Ven, aquí á mi lado... Hablemos de nosotros. (Gonzalo se deja llevar por Blanca y siéntanse los dos cerca de la mesa.)

GONZ. De nosotros? Para qué? (Como aturdido.)

BLANCA. No desvaríes. (Suplicante y llorosa.)

GONZ. El cielo ha querido probarnos... Había medios hábiles para otros... no para mí... Ya sabes que no consigo la nulidad de mi yugo...

BLANCA. La nulidad.

GONZ. Ni nada que valga lo mismo, nada...

ALF. Pero, Gonzalo... (Muy asombrado.)

GONZ. (Con volubilidad y tranquilo.) Lo niegan los hombres, no Dios: y no todos los hombres, sino los menos... De varias voluntades depende nuestra ventura... de varias... oyes? tan perfecta puede ser una sola... la mía! .. Quién hace las leyes y

los reyes? La sociedad, que no es más sabia que un hombre, sino más fuerte... Yo debiera erigirme Pontífice, bendecir nuestro deseo... y condenar al verdadero culpable de mi infamia...

ALF. Pobre Gonzalo: quién sería?

GONZ. (Levantándose y temblando de ira.) ¡Quién? Los que me inducen al crímen de que huyo; los que niegan el divorcio redentor!

ESCENA VI.

GONZALO.—ALFREDO.—BLANCA.—JULIA.—LUIS.

Gonzalo, al volverse hacia Alfredo, distingue á Julia y Luis, que entran por el fondo, y da un rujido; Blanca lo sujeta por una mano. Julia tiembla, abandona el brazo de Luis y se dirige rápidamente hacia su cuarto. Alfredo sigue sentado y ninguno repara en él.

JULIA. El aquí!. . No, no entremos!... (Quiere retroceder.)

LUIS. Adelante!... Qué tontería! (Le obliga á entrar, pero Julia se desprende y corre hacia su habitación, en cuya puerta se detiene á la voz de Gonzalo. Luis avanza y se coloca al lado de Julia.)

GONZ. Julia! Entrégueme á su hija.

JULIA. A mi hija?... Nunca!... Piedad! (Juntando las manos.)

GONZ. Solo ella la merece! (Acento breve é imperioso.)

JULIA. Es mi único cielo, mi ídolo!

GONZ. Quiero que salga del lodo... (Luis empuja á Julia, que desaparece en su cuarto: en seguida saca un rewólver disimuladamente, pero Alfredo, que está

á su espalda, lo vé y se levanta, siguiéndole los movimientos.)

LUIS. Entra... (A Julia, empujándola.)

GONZ. Quiero arrancar del vicio á esa inocente!

LUIS. Arrancar del vicio, marqués? Acaso es templo el hogar de esa pecadora? (Señalando á Blanca; ésta se cubre el rostro. Gonzalo arroja un grito de fiera.)

GONZ. Oh!!

BLANCA. Dios mío!

GONZ. Asquerosa piedad!... ahogaré la calumnia! (Se arroja sobre Luís que levanta el brazo armado y retrocede á la vez.)

LUIS. Me río de tí! (Apuntándole.)

ALF. Villano! (Le arranca el rewólver y echa á Luís sobre la puerta; este vase por ella.)

BLANCA. Jesús!

GONZ. Ni un instante más soporto la ignominia de mi yugo... Rómpalo el crímen! (Gonzalo entra corriendo en el cuarto de Julia y á poco se oyen gritos y ruido: Julia sale despavorida y se ampara de Alfredo. Este mira al interior.)

ALF. Está demente!

JULIA. Favor... amparadme! (Sale y se agarra á Alfredo.)

ALF. Lo despedaza!... (Pugnando por librarse de Julia é intervenir en la lucha.)

BLANCA. Qué horror!

(Gonzalo aparece en la puerta, agitadísimo y descompuesto.)

GONZ. Purgó su delito!... Ahora esa! (Gonzalo se arroja hacia Julia: Alfredo se interpone. Julia cae desvanecida en el sillón. Gonzalo procura arrebatarle á Alfredo el rewólver.)

GONZ. Por qué me detienes?... Aparta!

ALF. No! (Luchando.)

GONZ. Entonces, dáme ese arma!... no quiero vivir!... arráncame esta vida insoportable!

BLANCA. Gonzalo mío! (Deteniéndole aterrada.)

GONZ. Tú? (Volviéndose á Blanca.) Sí! Ven. (La enlaza por la cintura.) No vaciles, Alfredo!... Contémplame al borde del torrente de la dicha... sin fuerzas, sin valor... vencido... fascinado... Dudas aun?... No comprendes? Pues oye. Huiré con Blanca!. . Mírala, compadécela... detenme!... lo has jurado!

ALF. Pobre amigo!... escucha, espera...

GONZ. Cómo! Esa, (Por Julia) tú y todos débiles; esa, tú y todos perjuros, todos cobardes, y yo sólo fuerte?... No soy fiera ni santo; tengo corazón de hombre!

ALF. Y tu hija? (Gritando.)

GONZ. Ya no hay puerto de refugio: aquí todo es huracan!... Vamos. (Blanca casi desfallecida, se deja llevar por Gonzalo.)

ALF. Detente! (Apuntándole.)

GONZ. Tira!... Sálvala! (Con feroz alegría presenta el pecho y aparta á Blanca, pero ésta se abraza á él.)

BLANCA. No, no!

GONZ. Blanca mía! (Abrázala exaltadísimo.)

ALF. Desdichada! (Arroja el rewólver.)

GONZ. Desdichada, sí, sí! pues ya no la arrancan de mis brazos ni el infierno, ni los hombres! Sólo Dios!... (Telón rápido.)

FIN DEL DRAMA.

EL CORAZON E[illegible]LA MANO.

EL CORAZON EN LA MANO,

DRAMA EN CINCO ACTOS

ESCRITO SOBRE LA NOVELA DEL MISMO TÍTULO,

SU AUTOR

ENRIQUE PEREZ ESCRICH.

Representado por primera vez bajo la direccion del primer actor D. Julian Romea, en el Teatro de Variedades, en Enero de 1865.

SEGUNDA EDICION.

MADRID.
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ, CALVARIO, 18.
1871.

Á MI LEAL AMIGO

EDUARDO ZAMORA Y CABALLERO.

Querido Eduardo: Tú sabes que el último acto del drama que te dedico lo escribí entre la vida y la muerte, en un pueblo que se halla situado en la falda del *Monsiá*.

Empecé mi obra por el final, ó como se dice vulgarmente, *la casa por el tejado;* temia morirme, y deseaba dejar á mis hijos algo que les hiciera comprender lo que valen los padres, y las dulzuras que encierra el hogar doméstico.

Despues fuí restableciéndome, y Dios, sin duda, no tuvo á bien borrar mi nombre del gran libro de la vida, puesto que aun sigo mi *calvario* en este valle de lágrimas.

Circunstancias particulares, y una desgracia de familia, me obligaron á dedicarme á la novela, literatura ménos trascendente, más productiva y más segura que la del teatro, pues el autor no se juega el trabajo de seis meses á una sola *carta* que se llama *estreno*.

El acto, pues, de *El corazon en la mano* permaneció olvidado en mi cartera, de donde salió para servir de base á una novela.

Tú, siempre bueno conmigo, habias tenido la paciencia de leerlo varias veces, y sin duda debió gustarte, cuando por espacio de dos años me has estado repitiendo: «Acaba el drama.»

Despues, el eminente actor D. Julian Romea honró mi humilde persona pidiéndome terminara el drama, del que indudablemente le habias hablado tú y el amigo Oltra.

Compromisos anteriores me tenian sujeto á las ocho entregas semanales que publico hace algun tiempo; sin embargo, en medio de la erupcion de cuartillas que brotan de mi pluma, terminé *El corazon en la mano*.

Así las cosas, mi drama se halla en vísperas de aparecer ante el público. Dios quiera que los silbidos no se oigan en Rota, y la crítica me deje hueso sano.

Pero por malo que sea su éxito, yo te lo dedico, y prometo no guardar rencor ni á *el Maestro de hacer comedias*, ni á el amigo Oltra, ni á tí que tanto habeis contribuido para que vuelva á la escena el último de los autores dramáticos.

Tuyo,

ENRIQUE.

Madrid, 12 de Enero de 1865.

ADVERTENCIA.

El presente drama se imprimió por primera vez ántes de representarse, y el eminente D. Julian Romea en union del autor, creyeron oportuno aligerar algunas escenas que resultaban largas. Se ruega á los actores que lo representen, se sirvan de esta segunda edicion, que se halla corregida notablemente.

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los paises con quienes haya celebrado ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

Los comisionados de las Galerías Dramáticas y Líricas de los *Sres. Gullon é Hidalgo*, son los exclusivos encargados del cobro de los derechos de representacion y de la venta de ejemplares.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

PERSONAJES.	ACTORES.
DOÑA MARÍA	D.ª JOSEFA PALMA.
MARQUESA DE LORENTINI	FELIPA DIAZ.
UNA JÓVEN	CÁRMEN GENOVÉS.
UNA SEÑORA	DOLORES ESCOBAR.
UNA MOZA	CÁRMEN CARAVÉS.
DON DEOGRACIAS	D. JULIAN ROMEA.
DON PEDRO	FRANCISCO OLTRA.
RAFAEL	RICARDO MORALES.
ANIBAL	FLORENCIO ROMEA.
ARTURO	JORGE PARDIÑAS.
DON ALEJO	SERAFIN GARCÍA.
CRIADO	TOMÁS INFANTE.
LACAYO	CIPRIANO MARTINEZ.
ALEJANDRO	ANTONIO ESCANERO.
LUIS	VIRGILIO ZARAGOZANO.
ROMUALDO	PEDRO DIAZ.
UN MOZO	PEDRO DIAZ.
INSPECTOR	JOSÉ ACEDO.
POBRE	SIMON ASENSIO.
ACOMPAÑAMIENTO.	

La accion de este drama, primero y quinto acto, se finge en un pueblecillo del alto Aragon; los demas en Madrid. —Época actual.

ACTO PRIMERO.

Sala baja en la casa de un labrador rico de Aragon. Al fondo una puerta y dos rejas grandes, á través de las cuales se ve el campo: ventana practicable en el primer término de la derecha: hogar de campana en el primer término de la izquierda: dos puertas laterales á la izquierda. Muebles de nogal, dos sillones de baqueta, y cortinajes blancos: algunas estampas y mapas por las paredes. Todo debe respirar esa sencillez de las casas acomodadas de los pueblos. De uno de los costados de la puerta del fondo cuelga una soga que pasando por unas abrazaderas de hierro termina en el badajo de una campana que figura estar sobre la puerta de entrada, pero en la parte exterior de la escena, etc.

ESCENA PRIMERA.

D. PEDRO, DOÑA MARÍA, D. DEOGRACIAS y un grupo de Aldeanos.

PEDRO. (Paseándose por la escena con impaciencia.) ¡Es extraño! (Saca el reloj y mira la esfera.) Las once ménos cuarto, y no parece.

DEOG. (Mirando su reloj.) Su reloj de usted adelanta. No son más que las diez y media.

PEDRO. Este réloj fué de mi abuelo, y nunca ha habído necesidad de componerle.

DEOG. Un reloj puede ser muy viejo, puede no haberse com-

puesto nunca, y sin embargo, puede ir más desordenado que el órgano de Móstoles.

PEDRO. (Conteniéndose.) Usted es un disputador eterno.

DEOG. De la discusion sale la luz.

PEDRO. ¡Eh! Déjeme usted en paz.

MARIA. (Ap. á D. Deogracias.) (Contradígale usted: eso le entretiene, y ganamos tiempo.)

DEOG. Pero vamos á ver, ¿quién nos corre? ¿Qué importa distribuir los premios á esos muchachos una hora más tarde?

PEDRO. Eso no ha sucedido nunca en mi casa.

DEOG. Es que esta mañana ha mandado la señora Marquesa á buscarle para que la acompañara á la ermita.

PEDRO. ¿Y quién le manda tratarse con marquesas?

DEOG. Poco á poco... Mi discípulo Rafael Mendoza, es digno por todos conceptos de cultivar las relaciones, no digo yo de una Marquesa, sino del mismo Panto de Sevilla, si se presentara en el pueblo. En el dia no hay clases... El progreso ha nivelado la sociedad. El talento es la mejor aristocracia; el saber el blason más honroso de los hombres, y su hijo de usted, desde muy niño, me hacia exclamar con Séneca: «Desde la infancia da señales de ingenio.»

PEDRO. Rafael es el hijo de un labrador.

DEOG. La historia cuenta más de un rey y más de un santo que se envanecieron con la honrosa profesion del labrador: por ejemplo, Numa Pompilio, César, Diocleciano, San...

PEDRO. (Impaciente.) Señor don Deogracias, usted sabrá mucha historia y mucha gramática; pero...

DEOG. ¡Pues no faltaba más sino que no supiera historia y gramática un maestro de escuela pensionado por el gobierno con mil cuatrocientos reales al año! Porque, como ha dicho Platon, «Fea es la ignorancia.»

PEDRO. ¡Vaya usted al diablo con sus máximas!

DEOG. (Á María.) (Su esposo de usted acaba de poner un punto final á la discusion.)

MARIA. (No importa: vuelva usted á continuarla.)

DEOG. (Pero señora!...)

MARIA. (¡Eh! Para qué ha estudiado usted tanto si no halla un recurso...)

DEOG. (La mujer es una pendiente resbaladiza que precipita al hombre en el abismo de las confusiones.) Señor don Pedro, ¿quiere usted oir los versos latinos que he escrito para la inauguracion del acto?...

PEDRO. No sé latin.

DEOG. Soy hombre precavido, y para los ignorantes he puesto la traduccion castellana.

PEDRO. Lo que yo quiero es que se distribuyan los premios inmediatamente. Hace veinticinco años que por muerte de mi difunto padre tomé á mi cargo el gobierno de esta casa. Ántes de espirar me llamó á su lado y me dijo: «Pedro, tus abuelos distribuian premios entre sus trabajadores todos los años el dia del natalicio de sus herederos. Tus abuelos colocaron una campana sobre los umbrales de su puerta, y dos cubiertos en su mesa: aquella campana anunciaba á los pobres caminantes la hora de la comida. Imita á tus antepasados, y los hombres te honrarán en la tierra, y Dios en el cielo.» La hora tradicional para distribuir los premios ha sido siempre á las once. Ha sonado. Mi hijo no parece: yo voy á cumplir por él. (Dirigiéndose á los Trabajadores.) Amigos mios, seguidme. Voy á entregaros el galardon que merece vuestra honradez. (D. Pedro entra por una de las puertas laterales. Los Labradores le siguen. María corre á la puerta del foro, mira con afan á derecha y á izquierda, vuelve á entrar en casa, y dice al pasar por junto á D. Deogracias.)

MARIA. Corra usted á buscar á Rafael mientras yo entretengo á mi esposo. (Váse.)

ESCENA II.

D. DEOGRACIAS, solo.

Sí... vaya usted á buscarle... Pero ¿qué tendré yo en la

cara que todo el mundo me lleva y me trae como un zarandillo? Y cuidado que me esfuerzo por dar á mi semblante la gravedad del perro de presa. ¿Por qué, me pregunto, como decia el Apóstol, me veo siempre obligado á hacer todo aquello que no quisiera hacer? He tenido un odio terrible á los chiquillos, y hace treinta años que soy maestro de educacion primaria. Detesto á las mujeres, porque, como dice Isócrates, «la más perfecta tiene el diablo en el cuerpo,» y todas las del pueblo me toman por su paño de lágrimas. No he querido estrechar el nudo gordiano, temeroso de no encontrar otro Alejrando que lo cortara con su espada el dia que me oprimiera demasiado, y no hay casado en el pueblo que no me busque en sus trastornos maritales. Duermo abrazado al celibato por no tener hijos, y todas las madrés se empeñan en que cuide los suyos. Pero esto no puede seguir así. El que tenga penas que las aguante. El que esté desesperado que se ahorque de una higuera como Judas. Desde hoy quiero vivir libre. Sí, viva la libertad, viva la libertad. Vamos á ver si encuentro á ese muchacho, porque su pobre madre... (Se dirige al fondo á tiempo que entra Aníbal.)

ESCENA III.

ANÍBAL, D. DEOGRACIAS.

ANIBAL. (Entrando con los brazos abiertos desde el foro.) Adios, ilustre dómine. (Queriendo abrazare.)

DEOG. (Rechazándole.) ¡Hola, Mefistófeles!

ANIBAL. ¿Ha leido usted á Goethe?

DEOG. Sí: en el folletin de *Las Novedades.*

ANIBAL. ¡*Fausto*! ¡Gran obra!

DEOG. ¡Chips! Sólo he sacado en limpio que hay un diablo que se finge amigo de un tal Fausto para engañarle; y como tú haces lo mismo con Rafael, por eso te he dicho: ¡Hola, Mefistófeles!

ANIBAL. Con la única diferencia de que Mefistófeles era un gran diablo, y yo soy un pobre diablo.

DEOG. Lo de pobre no lo pongo en duda.

ANIBAL. Usted siempre epigramático conmigo.

DEOG. Soy franco. La mala voluntad que te profesaba de niño, sigue suspendida sobre tí, como la espada de Dionisio el antiguo sobre la cabeza de su cortesano Damócles.

ANIBAL. Está usted terrible, mi querido dómine, pero yo lo sufro todo de usted, aunque no sea más que por respeto á ese venerable gorro de algodon. (Aníbal rie.)

DEOG. Así se rien los tontos.

ANIBAL. Si no estuviera plenamente convencido de que no le he hecho á usted ningun favor, creeria que me calumnia.

DEOG. Por fin te perderé de vista pronto, y Rafael se verá libre de tu contacto.

ANIBAB. Sólo una pena me aflige al separarme de usted: no llevarme una fotografía de su respetable humanidad. ¡Está usted tan interesante con su levita interminable y su gorro de algodon!

DEOG. ¡Vete al diablo! (Cuando tropiezo con este calavera pierdo los estribos. Oye, Vellido Dolfos, ¿no has visto á mi discípulo Rafael?

ANIBAL. ¿Cómo? ¿Aun no ha regresado de su expedicion matutina?

DEOG. No.

ANIBAL. ¡Oh poder invencible de la hermosura! Los hombres más fuertes, las naturalezas más enérgicas, caen rendidas á tus plantas como el e[illegible]barde ante el látigo de su señor.

DEOG. ¿Qué diablos estás diciendo?

ANIBAL. ¡Ilustre dómine! Adorado preceptor... créame usted, á pesar de su odio mortal al bello sexo: Rafael está bestialmente enamorado de la Marquesa.

DEOG. ¿Conque tú crees?...

ANIBAL. Cuando veo unos ojos negros de mirada irresistible, una boca de cielo que sonrie amor, y junto á esta mujer un jóven apasionado como Rafael, que la ofrece el brazo,

que aspira con voluptuosidad las flores que engalanan sus largos cabellos; entónces ¿cómo no creer que aquel hombre caerá por fin locó de amor á los piés de aquella beldad repitiendo: ¡Te amo! ¡Te amo!

DEOG. (En tono declamatorio.) ¡Te odio! ¡Te aborrezco! Te maldigo, mujer maquiavélica, araña con faldas, que tejes la red para atrapar á mi discípulo. (Anibal se rie.) Pero no será. (Como si hablara consigo mismo.) Yo, cual la sombra del rey de Dinamarca, me alzaré entre ellos gritando: «¡Hamlet! ¡Hamlet! Venga á tu padre.» ¡Corramos á buscar á Rafael! (Coge el sombrero y el paraguas.)

ANIBAL. ¡Já! ¡já! ¡já! ¡Es un tipo, es un tipo digno de estudio!...

ESCENA IV.

ANIBAL en el proscenio; D. DEOGRACIAS corriendo hácia el foro, á tiempo que entra RAFAEL.

RAFAEL. (Abrazando al dómine.) ¿Á dónde va usted tan desaforado mi querido maestro?

DEOG. (Respiro: ya le tenemos en casa.)

RAFAEL. Aníbal. (Bajando la voz y dándole la mano.) ¡Si supieras!...

ANIBAL. ¿Conque la Marquesa?...

RAFAEL. Es la mujer más encantadora del universo. ¡Qué talento. ¡Qué corazon! ¡Oh! Á buen seguro que si don Deogracias hubiera tropezado allá en sus verdes años con una mujer como la Marquesa, á estas horas seria un respetable padre de familia.

DEOG. El amor es una enfermedad del corazon, de la que Dios ha hecho la gracia de preservarme.

RAFAEL. ¡El amor! Si el bello ideal tan codiciado por los hombres existe en el mundo, se encierra en esta frase: amar y ser amado.

DEOG. El amor es la portada del matrimonio; el matrimonio el prólogo del aburrimiento, y del aburrimiento al suicidio sólo hay un capítulo titulado «El cañon de una pistola.»

ANIBAL. La mujer más hermosa de la creacion no convenceria á este célibe invulnerable.

DEOG. El abate Cuyon, que era voto en la materia, ha dicho que el infierno está empedrado de lenguas de mujeres.

RAFAEL. ¡Oh! Demos tiempo al tiempo. Aún rendirá tributo al rapaz vendado.

DEOG. Hablando de otra cosa, tu padre está esperándote. Entremos. (El dómine se encamina hácia la puerta de la izquierda.)

RAFAEL. Soy con usted. (Á Aníbal.) Anibal, creo que me ama.

ANIBAL. Tengo que comunicarte un pensamiento.

RAFAEL. ¿Perteneciente á la Marquesa?

ANIBAL. Algo le toca.

DEOG. Vamos.

RAFAEL. Sí, allá voy. (Anda, dilo en dos palabras.)

ANIBAL. Hombre, no es cosa que corre prisa; te están esperando...

RAFAEL. Habla, habla.

ANIBAL. ¿Te olvidas que la Marquesa debe abandonar este pueblo el dia ménos pensado?

RAFAEL. Tienes razon. (Se queda pensativo.)

DEOG. Pero muchacho, ¿vienes, ó no vienes? (Rafael no oye al dómine.)

ANIBAL. Los perfumados crepúsculos del verano tienen su fin como todas las cosas del mundo. Luégo viene el otoño con sus frescas brisas; la naturaleza se despoja de sus encantos, y se piensa en Madrid, en las dulzuras del invierno, en los abrigados s[illegible] baile, en los teatros, etc., etc., y entónce[illegible]sa, ántes que las primeras nieves caigan sobr[illegible]tias violetas de su jardin, dará un adios á este triste lugarejo de Aragon, y...

RAFAEL. Es verdad.

ANIBAL. Madrid es el invernadero de las hermosas, la jaula de oro de los hombres de gusto.

RAFAEL. ¡Qué bella será la vida de Madrid!

ANIBAL. Madrid con dinero es el paraiso de la tierra. Nada hay que le iguale.

DEOG. ¡Qué demonios estarán hablando! Rafael, vamos, hombre.

RAFAEL. (Sin hacerle caso.) ¡Y si vieras cuán sensible me seria perder á esa cariñosa amiga que la casualidad me ha hecho conocer!

DEOG. Señor discípulo, ¿quiere usted poner punto final á esos apartes? (Rafael y Anibal hablan en voz baja sin hacer caso del dómine.) Nada, no me oye, esto es abusar de mi condescendencia. (D. Deogracias sale gesticulando por el foro.)

ANIBAL. Si ella se marcha, como es probable, ¿qué piensas hacer?

RAFAEL. Lo ignoro. La idea de la separacion me aturde, me desconcierta.

ANIBAL. Hablemos como dos buenos amigos. Tú eres un muchacho ingénuo. Tu padre es el hacendado más rico del alto Aragon; pero tú, el hijo de un millonario, sólo conoces el mundo por lo que te han dicho los libros. Dormida al tranquilo arrullo del hogar doméstico tu alma, vírgen á las pasiones, ha llegado á los veintiseis años. De repente una mujer encantadora se levanta ante tí. Tu naturaleza, jóven y vigorosa, se estremeces el amor, ese misterioso huésped del alma, asoma á tus ojos, buscando la mitad de su vida. Tú amas. Si eres correspondido, entónces tu pie se halla colocado sobre el camino que conduce á la felicidad. Pero si lo que tú crees amor es sólo un pasatiempo, en una palabra, si en vez de ser su amante, fueras su juguete, entónces, Rafael, el amor propio herido destrozará tu corazon.

RAFAEL. Ese horizonte que me enseñas es triste como el dolor, negro como la desesperacion.

ANIBAL. Conozco á las mujeres, y mi deber es enseñarte los peligros.

RAFAEL. ¿Y si ella me ama?...

ANIBAL. ¿Te lo ha dicho?

RAFAEL. No; pero lo he leido en sus ojos.

ANIBAL. Los ojos de la mujer son un libro plagado de anacronismos.

RAFAEL. Me aturdes, Aníbal.

ANIBAL. El hombre, ántes de aturdirse, debe ver claro.

RAFAEL. No te comprendo.

ANIBAL. De veinte corazones femeninos, diez y nueve se rinden por vanidad, y uno por amor... Tú eres rico, inmensamente rico; si la Marquesa no te ama por tu persona, te amará por tu oro. Pon los medios, y triunfarás, te lo aseguro. (Rafael se queda como meditando. Pausa.) ¿Qué diablos tienes?... Levanta esa cabeza... el peligro se ataca frente á frente... Cuenta conmigo.

RAFAEL. Gracias, Aníbal.

ANIBAL. Si ella se marcha, no olvides que yo estoy estudiando en la córte: ven á buscarme, y entre los dos dispondremos el plan de ataque.

RAFAEL. Abandonar mi casa... dejar á mi madre...

ANIBAL. Entónces desiste de esa conquista.

RAFAEL. ¡Oh! Eso nunca.

ANIBAL. Eres un niño, Rafael; pero yo soy tu amigo de la infancia y quiero servirte. Voy á ver á la Marquesa. Ya sabes que la trato con bastante confianza.

RAFAEL. ¿Cuál es tu intento?

ANIBAL. Sondear su corazon, y descubrir si te ama.

RAFAEL. Aníbal.

ANIBAL. Nada temas. Adios.

RAFAEL. En tí confío; pero prudencia.

ANIBAL. Descuida; adios.

RAFAEL. Que no tardes. (Váse.)

ESCENA V.

RAFAEL solo.

¡Oh! La esperanza es tan bella, que me horroriza la idea de perderla.

ESCENA VI.

RAFAEL, DOÑA MARÍA, saliendo por la puerta segunda de la izquierda

MARIA. ¡Rafael!

RAFAEL. ¡Ah! Madre mia.

MARIA. Hijo mio, tu tardanza me ha hecho sufrir tanto, que hasta creo que estoy resentida contigo.

RAFAEL. ¿Usted?

MARIA. Sí, alguna vez me he de enfadar.

RAFAEL. Pues entónces, querida madre, será la primera en mi vida que no oigo en esos labios palabras de dulzura, y no veo en esos ojos miradas de cariño.

MARIA. Cuando los hijos faltan, los padres deben reprenderles.

RAFAEL. Sí, pero cuando los hijos se arrepienten, las madres que son tan buenas como usted, perdonan é imponen una penitencia.

MARIA. ¡Una penitencia! ¿Y cuál?

RAFAEL. Un abrazo. (Abraza á su madre.)

MARIA. Tú siempre concluyes por tener razon.

RAFAEL. Y la tengo, madre mia.

MARIA. Pues me gusta.

RAFAEL. Vamos á ver: ¿cuál es mi culpa?

MARIA. ¡Te parece poco! ¡Faltar á la distribucion de los premios! Tu padre se ha resentido mucho.

RAFAEL. Lo creo; pero mi madre, que es el ángel de este hogar, procurará desenojarle... ¿No es cierto?

MARIA. Yo no puedo negarte nada.

RAFAEL. Ademas, toda la culpa no es mia: esa noble señora que ha venido á honrarnos este verano, me distingue con su amistad.

MARIA. Rafael, vas con demasiada frecuencia á ver á la Marquesa.

RAFAEL. La educacion lo exige, madre mia; admiradora entusiasta de la naturaleza, desea recorrer nuestro rádio, necesita un hijo del país que la acompañe, y me ha elegido á mí.

MARIA. Sí, pero á veces os alejais demasiado del pueblo, y olvidas que en esta casa tu tardanza causa un disgusto á tus padres.

RAFAEL. No lo olvido, madre mia; pero usted, que es tan justa, tan buena, no podrá ménos de conocer que seria una inconveniencia abandonar á la Marquesa en la cumbre de un monte diciéndola: «Señora, en mi casa se come á la una; el pueblo dista media hora de este sitio; son las doce, con que eche usted á correr conmigo, ó quédese aquí sola hasta que guste.»

MARIA. Temo que esa mujer te robe una parte del cariño que me pertenece.

RAFAEL. ¡Oh! Eso nunca... Mi madre es lo primero...

MARIA. Las madres no perdonamos nunca á la mujer que nos roba el amor de nuestros hijos... ¡Tenemos tantos derechos para ser amadas!

RAFAEL. Yo los reconozco, y en nomdre de ese amor quiero pedir una gracia para que usted á su vez la solicite de mi padre.

MARIA. Sepamos la peticion.

RAFAEL. Debo advertir á usted que yo he dado de antemano mi palabra confiando en su condescendencia.

MARIA. ¡Ah! Entónces...

RAFAEL. Mi peticion se reduce á que mi padre venda algunos piés de terreno de la huerta que linda con el jardin de la Marquesa. Esa señora desea agrandarle, y me ha hecho esta mañana esa peticion, á la que he accedido creyéndola insignificante, y me está esperando para...

MARIA. Has hecho mal en comprometerte, Rafael. Ya sabes que tu padre no quiere vender ni un palmo de tierra.

RAFAEL. Pero madre mia, á un hacendado que posee más de sesenta mil hanegadas de tierra...

MARIA. Si has empeñado tu palabra, yo creo que tu padre no te dejará mal; pero estoy segura que no se deshará sin disgusto de ese trozo de huerta.

RAFAEL. Aquí viene; no olvide usted que esa señora me está esperando.

MARIA. Tú le conoces: es bueno, y te quiere con delirio: no sabe negarte nada, pero procura desenojarle ántes de pedirle algo.

ESCENA VII.

DICHOS, D. PEDRO, por la izquierda; D. DEOGRACIAS, por el foro; Labradores.

PEDRO. (Á los Labradores sin reparar en Rafael.) Amigos mios, os he recompensado como todos los años, porque sois buenos y honrados. Dios haga que el pequeño galardon que con tanto placer distribuyo entre vosotros estimule á mirar el trabajo como la primera riqueza del hombre. Ahora estais libres.

RAFAEL. (Colocándose delante de ellos.) Esperad un momento, digo, si mi padre lo permite, pues justo es desenojarle en presencia vuestra.

PEDRO. ¡Ah! ¿Eres tú, Rafael?... (Á los Aldeanos.) Quedaos.

RAFAEL. Por la primera vez en mi vida he faltado á la distribucion de los premios: mi padre ha cumplido por mí, y yo le pido perdon delante de vosotros; y como es justo recompensar los perjuicios que uno causa, aunque estos sean involuntarios, en cambio de la hora que os he robado con mi tardanza, ofrezco esta tarde bailar con las mozas en la plaza, y beber con los mozos en mi bodega.

MOZA. Nosotras nos creemos muy honradas bailando con el señorito.

MOZO. Y nosotros bebiendo con él.

RAFAEL. Gracias, amigos mios. Yo, por mi parte, tambien me creeré muy honrado cumpliendo lo ofrecido.

DEOG. (Á D. Pedro.) Platon ha dicho: «Ingenio, humildad y juventud, pocas veces están juntos.» Platon no conocia á Rafael.

MARIA. (Á Rafael.) Bien... bien, hijo mio.

DEOG. Mientras la sociedad no se convenza de que la inteligencia de los niños es un campo en que el maestro de

escuela arroja la primera semilla del saber, no nos queda otro recurso que repetir con el vulgo: ¡Paciencia y barajar!

RAFAEL. Ahora, padre mio, sólo espero saber si me guarda usted rencor.

PEDRO. (Dando la mano á su hijo.) Yo nunca he sido rencoroso. (María acompaña á los Labradores hasta la puerta. D. Pedro á Rafael hablan en voz baja. D. Deogracias se sienta junto á una mesa, en la que habrá recado de escribir, y saca un manuscrito del bolsillo de la levita.)

DEOG. Puesto que se han firmado las paces en el hogar doméstico, aprovecharé este momento para añadir algunas líneas á mi libro sobre la mujer. (Escribe.)

MARIA. ¿Sabes, Pedro, que tu hijo, despues de haber cometido una falta, trata de pedirte un favor?

PEDRO. Y como siempre, busca el apoyo de su madre.

RAFAEL. Y tanto es verdad, padre mio, que dejo á usted solo con ella para que interceda en mi favor. (Váse.)

ESCENA VIII.

D. PEDRO, DOÑA MARÍA, D. DEOGRACIAS, escribiendo.

PEDRO. ¿Y qué es lo que quiere ese aturdido?

MARIA. Que vendas algunos piés de terreno de la huerta grande á la señora Marquesa de Lorentini. Rafael ha empeñado su palabra...

PEDRO. Rafael ha hecho muy mal en comprometerse.

MARIA. Esa señora distingue á nuestro hijo. Ademas, yo intercedo en su favor.

PEDRO. No se hable más del asunto: se venderá el terreno que necesita.

MARIA. Te doy las gracias en nombre de mi hijo y en el mio.

DEOG. (Hé ahí una madre interesándose por la serpiente que amenaza estrangular á su hijo.)

PEDRO. María, siento en el alma que Rafael concurra con tanta frecuencia á casa de esa señora.

MARIA. Amistades que honran, querido Pedro, nunca son demasiado estrechas.

DEOG. (Lo mismo ahoga un cordon de seda que una soga de esparto.)

PEDRO. Nuestro hijo es ingénuo; tiene, como vulgarmente se dice, el corazon en la mano, y esa Marquesa...

MARIA. Es una señora honrada: desde que llegó al pueblo manda decir todos los dias una misa por el alma de su difunto esposo.

DEOG. (La religion de ciertas mujeres se reduce á servir á Dios sin reñir con el diablo.)

PEDRO. Yo no dudo de la honradez de esa noble señora; pero tengo alguna experiencia, y temo que Rafael pierda la paz de su alma, porque la Marquesa es jóven y hermosa.

MARIA. Yo, como tú, sospeché que Rafael podia amar á la Marquesa. Esta idea me preocupó por algunos dias, y pensé comunicártela. Luégo la reflexion, el cálculo, comenzaron á tranquilizarme; porque á una madre le parece poco una corona real para la frente de su hijo.

DEOG. (Vanidad de vanidades, como dice el *Eclesiastes*.)

MARIA. Rafael es jóven, me dije, rico, no mal parecido. El traje de sociedad y las maneras distinguidas no le son del todo extrañas, y el título de marqués lo habia de llevar por lo ménos con tanto desembarazo como...

PEDRO. Ese pensamiento es absurdo. En mi familia dan los varones su apellido á la mujer que eligen por esposa, y te advierto que me sonaria muy mal oir llamar á mi hijo el marido de la señora Marquesa.

ESCENA IX.

DICHOS, la MARQUESA, RAFAEL, D. ALEJO.

RAFAEL. Padre mio... la señora Marquesa de Lorentini.

DEOG. (Ya pareció el peine.) (Sigue escribiendo.)

RAFAEL. El señor don Alejo de Alcántara, tio de esta señora.

MARQ. Tengo el honor, caballero, de estrechar la mano del

hombre más honrado del Alto Aragon.

PEDRO. Señora...

MARQ. Yo adeudaba una visita á su esposa; vengo á pagarla y á pedir al mismo tiempo un favor.

MARIA. Señora... Rafael nos ha hablado del asunto, y es negocio concluido... ¿No es verdad, Pedro?

PEDRO. La señora Marquesa tiene en esta casa dos partidarios, ante los cuales siempre quedo vencido. Mi esposa y mi hijo.

MARQ. Doy á ustedes las gracias por la generosidad con que acceden á mis deseos. Querido tio, arregle usted la cuestion de intereses con la persona que don Pedro le indique.

ALEJO. Estoy á sus órdenes, caballero.

MARIA. ¡Bah! Señora... Eso no vale la pena. Usted tomará los piés de terreno que necesite, y asunto concluido.

MARQ. Con esas condiciones, que agradezco en el alma, mi jardin no se ensanchará ni una pulgada.

PEDRO. Dice bien la señora Marquesa. Nosotros no tenemos derecho para ofrecerla gratis algunos palmos de tierra.

MARQ. ¡Oh! No atribuya usted á vanidad mi negativa.

PEDRO. Nada de eso, señora: yo en lugar de usted haria lo mismo.

ALEJO. Entónces, señor don Pedro, cuando usted guste formalizaremos el contrato.

MARQ. (Á María y Rafael.) El pueblo es encantador, su cielo sonrie siempre, sus puntos de vista son admirables... ¡Oh! Aseguro á ustedes que no olvidaré fácilmente esta temporada de verano. (Mirando á Rafael.)

MARIA. Á nosotros los pobres lugareños, nada nos halaga tanto como los elogios tributados á nuestro pueblo por las personas que vienen de la córte á honrarnos con su presencia.

RAFAEL. Sin embargo, Madrid debe ser el paraiso de la tierra.

MARQ. No diré que no; pero en tal caso es un paraiso cuyo ambiente se masca en verano.

DEOG. En tiempo de Felipe II, cada uno aspiraba el viento

solano de Julio y Agosto en su casa, sin ocuparse de si en otra parte se respiraba aire más fresco; pero ahora la via férrea ha puesto en conmocion al género humano, y se viaja por moda, por espíritu de imitacion.

MARQ. (Á María.) ¿Quién es ese señor?...

MARIA. El preceptor de mi hijo, un hombre de bien, un sabio.

PEDRO. Este caballero quiere que la venta se haga con todos los requisitos que marca la ley.

MARIA. Es muy justo.

PEDRO. Entónces, si la señora Marquesa nos da su permiso, entraremos un momento en mi despacho.

MARQ. Aquí espero á ustedes.

MARIA. Rafael, quédate acompañando á esta señora; Pronto salimos. Vamos, señores... (Vánse María, D. Pedro y Don Alejo.)

ESCENA X.

La MARQUESA, RAFAEL, D. DEOGRACIAS.

MARQ. Rafael, ¿quiere usted hacerme el favor de abrocharme este guante? (Rafael lo hace.)

DEOG. (Escribiendo.) «Capítulo veintiuno. La araña y la mosca.»

MARQ. Gracias.

RAFAEL. La señora Marquesa me honra mucho utilizando mi insuficiencia.

MARQ. ¿Por qué no me llama usted Luisa? Suena tan mal en mis oidos el título de Marquesa pronunciado por un amigo como usted...

RAFAEL. Señora, esa franqueza me confunde, y ya no merezco...

MARQ. La franqueza, como la amistad, tiene sus límites, y yo creo que usted no ha de traspasarlos nunca.

RAFAEL. ¡Oh! Nunca.

MARQ. Nada me enoja tanto como esa rigidez enfadosa que trae consigo la etiqueta. La vida del campo y la de la córte son para mí iguales. Únicamente cambio de decoracion, de traje, madrugo más, trasnocho ménos,

canto como las alondras á la salida del sol, recorro las praderas arrancando flores, aspiro èl perfume de los montes, y me divierto cuanto puedo sin ocuparme de los demas. Yo bien sé que cuando la maledicencia encuentra ante su paso á una mujer jóven y no fea; viuda á los veintiseis años, con una fortuna regular y un carácter independiente y aturdido, clava en ella su diente, dejando algunas veces sobre su honra la mancha de la calumnia.

RAFAEL. ¿Y quién se ha de atrever á criticar á usted esa franqueza con que trata á sus amigos?

MARQ. Los mismos amigos á quienes tiendo una mano y envio una sonrisa...

RAFAEL. Esos no son amigos.

MARQ. ¡Oh, al contrario! Amigos y amigos íntimos, de esos que nos ofrecen el brazo para bajar la escalera, que abren la portezuela de nuestro coche, que se sientan á nuestro lado, que tienen libertad para componer la flor que se cae de nuestro prendido, que toman té con nosotros y ven la ópera en nuestro palco; en una palabra, los que compran con la amistad el derecho de desollarnos á su antojo.

RAFAEL. Señora, en Aragon afortunadamente no existen esos amigos.

MARQ. ¡Error grave!... Existen en todas partes; pero eso no impedirá que continuemos nuestras excursiones matinales, nuestros paseos de exploracion por las pintorescas campiñas que rodean á este pueblo, como hasta aquí, si sus ocupaciones de usted se lo permiten...

RAFAEL. ¡Ah! Gracias, Luisa, gracias, pues me hubiera sido muy sensible permanecer apartado de usted el resto del verano.

DEOG. (Esta mujer tiene una táctica capaz de vencer el hastío de Sardanápalo.)

MARQ. Pintaremos, cantaremos, y cogeremos flores riéndonos de todo aquel que olvide sus asuntos por ocuparse de los nuestros.

RAFAEL. Y sin embargo, señora, esas tendrán un término el dia de nuestra separacion.

MARQ. Sí, todo tiene un término en la vida; pero detrás del invierno viene el verano, á no ser que usted quiera visitarme en la córte durante la estacion de las nieves. (Hablan bajo.)

DEOG. ¡Hola! Ya le enseña el camino. Hablan en voz baja... Se sonrie ella y él se pone serio... ¡Malo! ¡Malo! ¡Malo! ¡Oh tú, Orígenes! Ilustre filósofo, sabio orientalista, pasmo y gloria de Alejandría, qué bien conocias al bello sexo cuando exclamaste: «La mujer es el jefe del pecado, el instrumento del diablo, el destierro del paraiso, y la corrupcion de la primera ley que el cielo dió al hombre.»

ESCENA XI.

DICHOS, un LACAYO.

LACAYO. (Desde el foro.) Señora Marquesa...

RAFAEL. (Maldito importuno.)

MARQ. ¿Qué ocurre, Ramon? (El Criado le entrega una carta.) Rafael, me permite usted? (Lee.) Dí al señor Vizconde que voy al momento. (Váse el Lacayo.)

RAFAEL. (Se ha inmutado.)

MARQ. Rafael, acabo de recibir una mala noticia de Madrid, y desearia que tuviese usted la bondad de llamar á mi tio.

RAFAEL. (Va á dirigirse hácia la segunda puerta de la izquierda á tiempo que salen por ella D. Pedro, D. Alejo y Doña María.) Aquí vienen, señora.

ESCENA XII.

DICHOS, D. PEDRO, D. ALEJO, DOÑA MARÍA.

MARQ. Querido tio, nos hemos detenido demasiado, y tenemos que despachar el correo, si estos señores nos permiten...

MARIA. ¡Pues yo lo creo! La franqueza ante todo.

MARQ. Señor don Pedro, doy á usted las más expresivas gracias por haber accedido á mis deseos.

PEDRO. Ya es de usted el terreno.

MARQ. Mucho me complaceré en poder contar á ustedes en el número de mis amigos. Lo mismo digo á este caballero.

DEOG. (Levantándose.) Deogracias Martinez, maestro de escuela, organista, célibe y autor de una obra inédita contra las mujeres, ofrecce á usted su insignificancia...

MARQ. Cuénteme como suscritora á su obra por venticinco ejemplares. Ahí tiene usted la tarjeta de direccion. (Le da una.) Rafael... hasta luégo, amigo mio. (Le da la mano.) ¡Señores!... Vamos, tio.

ALEJO. Vamos. (Salen por el foro. Rafael recoge y guarda un papel que ha caido del tarjetero de la Marquesa al dar la tarjeta á don Deogracias.)

ESCENA XIII.

DICHOS, ménos la MARQUESA y D. ALEJO.

MARIA. (Á D. Pedro.) ¿Has visto qué franqueza, qué amabilidad?

RAFAEL. (Me quema la mano esta carta.) (Unos muchachos pasan por el foro tocando una campanilla.)

PEDRO. María, dame el sombrero. Don Deogracias, ¿viene usted á misa?

DEOG. Iba á proponer á usted lo mismo.

PEDRO. Entónces, vamos. ¿Vienes, Rafael?

RAFAEL. La he oido esta mañana.

MARIA. Rafael es como yo, la misa lo primero. Vaya, no tardes... Hasta luégo, hijo mio, voy á disponer la comida y la merienda que has ofrecido á los muchachos. (Váse por el foro.)

ESCENA XIV.

RAFAEL, solo.

¡Ah! Por fin me dejan solo. (Abre la carta y lee con agitacion.) «Luisa, el pleito va mal, muy mal. He venido en

posta para enterarte de todo. Te espero, no tardes. Arturo.»—¡Quién será este hombre! La carta no puede concebirse en estilo más familiar. (Leyendo.) «Te espero, no tardes.» (Representando.) Ella no ha podido ocultar su asombro: su rostro se ha demudado al leer este nombre. Arturo... ¡Arturo! ¿Será su amante? ¡Oh ¡Imposible! Su corazon es libre como el aire que respira. Aquella mirada no puede mentir... (Aníbal aparece en la puerta del foro mirando hácia la calle.)

ESCENA XV.

RAFAEL, ANÍBAL.

ANIBAL. (Desde el foro.) ¡Pischt! ¡Pischt! Rafael, ¿estás solo?

RAFAEL. ¡Ah! ¿Eres tú? Entra. Nunca has llegado con tanta oportunidad. Mira. (Le da la carta. Aníbal la lee.) ¿Qué opinas de esta carta?

ANIBAL. Opino que la Marquesa abandonará hoy este pueblo.

RAFAEL. Aníbal, yo no puedo creer que la Marquesa abandone el pueblo sin estrechar ántes la mano de sus amigos.

ANIBAL. Chico, esa carta con su laconismo, es para mí un poema extenso, detallado, en el cual leo una historia de amor cuyo protagonista es...

RAFAEL. No prosigas. Tus palabras me hacen daño. Mi corazon me dice que no es su amante.

ANIBAL. Tu corazon es un niño mal criado á quien debes educar, á no ser que quieras que te dé veinte disgustos por hora. Supongamos que Arturo es el amante de la Marquesa.

RAFAEL. ¡Aníbal!

ANIBAL. (Sin hacer caso.) Que se aman... que ha venido á buscarla, porque se cansaba de estar solo en la córte.

RAFAEL. Eso es un absurdo.

ANIBAL. Pues bien, tanto mejor. Al hombre lo engrandece la lucha, lo eleva la victoria. Tú no has sido nunca cobarde: lucha, pues, con ese rival que se levanta ante tí.

RAFAEL. Para luchar, será preciso que abandone el pueblo, que me separe de mi querida madre.

ANIBAL. Con un mes de ataque, dirigido con acierto, la victoria se decidirá por uno de los combatientes. Y creo que tu madre no se ha de morir por una separacion tan corta.

RAFAEL. Yo no quiero ver lágrimas en sus ojos.

ANIBAL. Entónces te daré un consejo. Busca una montañesa de color sano y áspero cútis; condúcela á la iglesia, dale allí el nombre de esposa, y dedícate á vegetar bajo el paterno techo de tus mayores.

RAFAEL. Maldito exagerado.

ANIBAL. Aborrezco las medias tintas. (Un criado aparece en el foro. Trae una carta en la mano.)

ESCENA XVI.

DICHOS, CRIADO.

CRIADO. (Desde el foro.) Don Rafael Mendoza...

RAFAEL. (Aparte á Aníbal.) (¡Lo ves!) (Alto.) Yo soy.

CRIADO. La Marquesa me ha dado esta carta para usted.

RAFAEL. Está bien. (Váse el Criado. Rafael abre la carta con precipitacion, y cae de ella una flor que coge con entusiasmo. Luégo lee la carta en voz alta.) «Rafael, amigo mio: Un asunto de la »mayor importancia me obliga á partir de este pueblo »dentro de breves instantes. Le envio á usted esa flor »que he llevado todo el dia sobre mi pecho; sea ella »recuerdo de nuestra leal amistad. No podemos despe- »dirnos; pero crea usted que yo nunca olvidaré las finas »atenciones que le he merecido durante mi permanen- »cia en este pueblo. Dé usted en mi nombre un adios »á la ermita del monte, y otro á la fuente del valle, y »no dude nunca de la leal amistad que le profesa su »amiga—*Luisa.*»

ANIBAL. (Quitándole la carta.) Á ver, á ver. (Lee para sí.) ¿Quieres que te diga qué pienso de esta carta? (Rafael hace un signo afirmativo.) Pues bien, esta mujer no ha escrito lo que ha querido, porque Arturo estaba apoyado en el respal-

do de su butaca leyendo por encima de sus hombros.

RAFAEL. ¿De modo que tú crees que me ama?

ANIBAL. No nos confundamos. ¿Le declaraste tu amor?

RAFAEL. No; pero debe haberle descubierto en mis ojos, en mis miradas.

ANIBAL. Eso lo descubre al momento la mujer, y á veces mucho ántes que el hombre lo sienta. Pero á ellas no les basta eso. Tú no te has declarado: entónces la carta no puede ser más explícita. Epístola femenina que contiene una flor, é invoca el recuerdo de una fuente y una ermita, es casi una declaracion. Así, pues, amigo mio, la batalla no está perdida. Un esfuerzo, y la victoria es tuya.

RAFAEL. ¡Oh! Sí, sí. ¿Qué es la vida sin amor?

ANIBAL. ¡Chist! No levantes la voz. Tus gritos pueden alarmar á la familia. Te dejo: voy á ver si descubro algo. Esta tarde á la caida del sol te espero junto á la cruz del camino de Zaragoza. Allí hablaremos.

RAFAEL. ¡No faltaré!

ANIBAL. Ánimo y confianza. (Váse.)

ESCENA XVII.

RAFAEL, despues DOÑA MARÍA y una CRIADA, que comienza á disponer la mesa.

RAFAEL. (Dirigiéndose á la ventana de la izquierda.) Necesito aire. Mi frente arde, mi corazon late como si fuera á cometer un crímen. (Mirando al campo.) ¡Ah! Sacan una silla de posta... Luisa está asomada al balcon, y á su lado ese hombre que ha venido á turbar mi alegría. (Se queda mirando, apoyado en el hueco de la ventana.)

MARÍA. Date prisa, Antonia; el señor no puede tardar; ya sabes que á la una en punto quiere tener la sopa en la mesa. (María busca con una mirada á su hijo: le ve en la ventana y sonrie; luégo se acerca hácia él y se apoya familiarmente en su hombro.) ¡Rafael! (Este vuelve la cabeza, y al ver María la palidez de su hijo, dice conmovida:) ¡Dios mio ! ¿Qué tien es

¡Estás malo? ¡Tu faz está desencajada! ¡Tus ojos enrojecidos!

RAFAEL. ¡Se marcha! ¡Se marcha, madre mia, y yo la amo!

MARIA. ¿Pero quién se marcha?

RAFAEL. ¡Ella! ¡Luisa! La Marquesa.

MARIA. ¡Ah! (Viendo á D. Pedro y D. Deogracias que aparecen en el foro.) ¡Rafael! ¡Hijo mio! Que tu padre no lea en tu semblante el dolor que destroza tu corazon. Hoy es tu cumpleaños.

PEDRO. María, manda que sirvan la comida, y toca la campana. He visto dos pobres en la plaza que sin duda esperan la señal. (María da órdenes á la Criada, y esta sirve la sopa: luégo se dirige al foro y tira de la cuerda haciendo vibrar la campana; algunos Criados salen por la izquierda, poco despues dos Pobres se presentan en el foro.)

DEOG. (Á los Labradores.) Amigos mios, hoy es gran dia: la matanza ha sido espléndida, y el vino no va á escasear. Conque á la mesa.

PEDRO. Sí, sí; á la mesa, y reine la alegría. Rafael, á tu puesto, hijo mio. (Aparecen los Pobres en el foro.)

POBRE. La paz de Dios sea en este caritativo hogar.

PEDRO. Adelante, hermanos. Ya sabrán las costumbres de esta casa, conque á sus puestos. (Los Pobres quieren besarle la mano á D. Pedro, y éste les sienta á su lado. Todos hacen lo mismo. Rafael se queda en la ventana distraido: su madre se acerca hácia él y le dice en voz baja:)

MARIA. ¡Por la Santa Madre de Dios, hijo mio, que tu padre está esperando!...

RAFAEL. Los dos suben al coche... ¿Lo ve usted, madre mia?... Los dos, y ella ha entrado sonriéndose... pero yo...

PEDRO. ¡María! ¡Rafael! Los pobres esperan, y la caridad no debe nunca detener su paso cuando le tiende la mano el menesteroso. (María coge á Rafael del brazo, y le conduce á la mesa. Éste vuelve la cabeza hácia la ventana. Por fin se sienta y D. Deogracias extiende la mano sobre los manjares.)

DEOG. En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo... (En este momento se oye el ruido de una silla de posta.

Rafael se levanta, pero su madre, cogiéndole por el brazo y dirigiéndole una mirada suplicante, le obliga á sentarse nuevamente.)

RAFAEL. (¡Oh! ¡Esa mujer se lleva mi alma! ¡Yo iré á recobrarla!) (Todos deben haberse apercibido de este movimiento de Rafael, pero D. Pedro dirige una mirada dominando la situacion.)

DEOG. (San Agustin ha dicho que «Todo hombre tiene una Eva y un paraiso.» Creo que la señora Marquesa será para este Adan la segunda edicion del *Génesis*.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Gabinete elegante en casa de la Marquesa de Lorentini. Puerta al foro y laterales. Un balcon practicable en el primer término de la derecha de actor.

ESCENA PRIMERA.

MARQUESA, escribiendo junto á la chimenea; D. ALEJO, asomado al balcon.

ALEJO. ¡Soberbio animal!

MARQ. ¿De quién habla usted, querido tio?

ALEJO. Del caballo que compró ayer nuestro vecino.

MARQ. ¡Ah! Sí...

ALEJO. (Entrando á la escena.) Sabes, sobrina, que ese jóven tiene muy buen gusto.

MARQ. (Escribiendo.) Sí... tiene dinero.

ALEJO. Hace dos meses se instaló en el cuarto principal de la casa de enfrente, y en ese tiempo le he visto estrenar dos carruajes á cual más elegantes.

MARQ. Oí decir allá, en el pueblo, que su padre era millonario. (Luisa escribe.)

ALEJO. ¡Ah! Entónces hace bien: el dinero debe gastarse: el lujo de los ricos es el bienestar de los pobres. ¿Pero qué diablos haces tan atareada?

MARQ. La lista de los convidados.

ALEJO. Buen guarismo. (Mirando la lista.)

MARQ. Es preciso no olvidar á nadie. ¡Tiene uno tantos amigos!

ALEJO. Te sucede casualmente lo contrario que á mí: no tengo ninguno. (Luisa toca un timbre, y sale un Criado con un ramo en la mano.)

ESCENA II.

DICHOS, CRIADO.

MARQ. ¿Qué es eso, Ramon?

CRIADO. El señorito don Rafael, que ha mandado este ramo para la señorita. (La Marquesa extiende el brazo, y el Criado se lo da.)

ALEJO. El ramito cotidiano.

MARQ. Ramon; dispondrás que ensillen la yegua. ¿Ha venido alguno?

CRIADO. Vino á las siete de la mañana un señor de edad, algo extravagante; el portero le dijo que la señorita no se habia levantado, y se fué; pero volvió á las ocho, y le dijo lo mismo; y luégo volvió á las diez, es decir, tres veces.

MARQ. ¿Quien será ese hombre? ¿No te dijo cómo se llamaba?

CRIADO. Llevaba en la mano una tarjeta de la señorita. Yo le pregunté su nombre, y me dijo:—La Marquesa no se acordará de mí: volveré, volveré.

MARQ. Pues bien, que entre cuando vuelva. (Váse el Criado.)

ESCENA III.

MARQUESA, ALEJO, luégo RAFAEL.

CRIADO. (Desde el foro.) El señor don Rafael Mendoza. (Váse el Criado.)

MARQ. Adelante, amigo mio, adelante.

RAFAEL. Marquesa... (Dándole la mano.) Señor don Alejo...

ALEJO. Poco há nos ocupabamos de usted, querido vecino; ó mejor dicho, de su nuevo caballo.

MARQ. Dice mi tio que es un alazan precioso.

RAFAEL. Efectivamente es un buen caballo; estoy contento de él.

MARQ. Ya deseo verle.

RAFAEL. Si usted se digna asomarse al balcon, mandaré á mí criado que lo pasee por la calle.

MARQ. Gracias; pero esta tarde salgo á dar un paseo á caballo, y si usted quiere acompañarnos...

RAFAEL. Soy de la partida, y doy á usted las gracias por el ofrecimiento. (D. Alejo se sienta al extremo opuesto que ocupa la Marquesa, y coge un periódico. Rafael, invitado por una seña de la Marquesa, se sienta á su lado.)

MARQ. (Bajando la voz.) Es usted un loco: gasta usted demasiado; eso no me gusta.

RAFAEL. Luisa...

ALEJO. (Sin dejar de leer.) ¿Le ha costado á usted muy caro?

RAFAEL. (Distraido.) ¿Quién?

ALEJO. El caballo.

RAFAEL. ¡Ah! Doce mil reales.

MARQ. Vamos á ver, le ha escrito usted hoy á su madre?

RAFAEL. ¿Puedo yo acaso desobedecer las órdenes de usted? Le escribo todos los dias.

MARQ. Una madre, Rafael, es el tesoro que un hijo debe tener en más estima. Yo no quiero que usted se olvide ni un sólo momento de ella.

RAFAEL. ¡Olvidar á mi madre! ¡Eso nunca! Cuando usted abandonó repentinamente el pueblo, una tristeza, un malestar inexplicable se apoderó de mí, y me arrojé en brazos de mi madre confiándole un secreto que nunca habia asomado á mis labios. Le supliqué que me permitiera hacer un viaje á la córte. Lloró mucho, pensando en la separacion que le pedia, pero accedió á mis súplicas. ¡Oh! ¡Si usted la hubiera visto el dia que abandoné el pueblo! Pálida por el dolor, conmovida por e llanto, me apretaba contra su pecho y me decia besándome la frente: «Rafael, hijo mio, que Dios te ilumine,

y su santa misericordia te torne al hogar doméstico.» Luégo colgó de mi cuello un relicario diciéndome: «Guarda este talisman como una joya inestimable, porque él encierra el último consuelo de los hijos. Si, como no espero, algun dia te hallaras solo en tu dolor, cuando nada te quede, cuando te creas el más desgraciado de los hombres, entónces recurre á él; y si tienes fe, la felicidad sonreirá de nuevo sobre tu cabeza.

MARQ. ¿Y ese talisman?

RAFAEL. Lo llevo siempre sobre mi corazon.

MARQ. ¿Y nunca ha tenido usted curiosidad de saber lo que contiene?

RAFAEL. Jamás, señora; ofrecí á mi madre no abrirle sino en el trance más amargo de mi vida, y cumpliré la palabra. ¿Llora usted? (Hablan en voz baja.)

ALEJO. ¿Es usted aficionado á los toros, Rafael?

RAFAEL. No. (Á Luisa.) ¿Cómo debo entender el interés que le inspira mi pobre madre?

ALEJO. ¿Y á la caza?

RAFAEL. Ménos. (Hablan en voz baja.)

ALEJO. ¿Y á la política?

RAFAEL. Tampoco. (¡Qué pesado!...)

ALEJO. Vamos, á usted no le gusta más que los caballos.

RAFAEL. Sí... eso es, los caballos.

MARQ. Rafael, vuelva usted al pueblo.

RAFAEL. Luisa, ese consejo en los labios de usted me hace daño. (D. Alejo sigue leyendo en voz baja.)

MARQ. ¿Hay algo más noble que interceder por una madre que llora la ausencia de su hijo?

RAFAEL. Quisiera verla á usted un poco ménos ocupada de mi madre, y algo más del motivo que me indujo á abandonarla.

MARQ. Que soy yo, ¿no es cierto? Vamos, veo que es usted incorregible.

RAFAEL. Yo conservo una carta y una flor que usted me remitió como despedida el dia en que la repentina aparicion de ese Arturo, á quien no conozco, la obligó á abandonar

el pueblo. Arturo es para mí una duda, un recelo que me atormenta. Luisa, ¿quién es ese hombre que dispone de usted á su antojo! ¿Qué debo esperar de aquellas horas de dulce ¡confianza trascurridas en los pintorescos valles de mi pueblo?

MARQ. Arturo es mi primo; y vino, como he dicho é usted varias veces, á comunicarme el mal estado de un pleito que, gracias á su actividad, está proximo á sentenciarse á mi favor. Apenas llegamos á Madrid, se trasladó á Barcelona en busca de unos documentos importantes, y debe llegar de un dia á otro. En cuanto á lo de la carta, la flor y las excursiones campestres...

CRIADO. (Entrando.) Cuando la señorita guste, los caballos están dispuestos.

MARQ. (Mirando al reloj.) La una y media. (Al Criado.) Bien! Bajo al momento. (Á Rafael.) Adios, amigo mio.

RAFAEL. Luisa, se marcha usted sin desvanecer las dudas que me atormentan?

MARQ. ¡Ah! Sí, sobre la segunda pregunta. Pues bien, Rafael: esta tarde daremos un paseo á caballo, y esta noche le ofrezco á usted una silla en mi palco del Teatro Real.

RAFAEL. (Cogiéndole la mano.) Ah!

MARQ. ¡Chist! (Señalando á su tio.) Don Alejo está allí. (Váse por la puerta izquierda.)

RAFAEL. ¡Oh! Si ella me ama, ¿qué me importa ese hombre que se levanta entre nosotros como un fantasma!

ESCENA IV.

DICHOS y ANÍBAL, por el foro.

ANIBAL. Señores... (Se dan las manos.)

ALEJO. ¿Qué hay de nuevo en la córte, terrible calavera?

ANIBAL. Para mí la sociedad sufre pocas variaciones: siempre me parece bella, encantadora.

ALEJO. Sí, sí, los jóvenes como usted se divierten siempre... ¡Oh, quién fuera jóven!... Pero ustedes me permitirán

vaya á disponerme... he ofrecido acompañar á mi sobrina. Hasta luégo... hasta luégo... (Váse.)

ESCENA V.

RAFAEL, ANÍBAL.

RAFAEL. ¡Gracias á Dios!

ANIBAL. ¡Amen! ¿Cómo va tu conquista?

RAFAEL. (Bajando la voz.) Me ha ofrecido una silla en su palco para esta noche, y voy esta tarde á pasear á caballo con ella.

ANIBAL. ¡Hola! Eso es algo... pero no lo bastante; es preciso atacarla, colocarla entre la espada y la pared.

RAFAEL. Temo un desaire...

ANIBAL. Chico, no olvides que la mujer desempeña siempre el papel de araña, cuando ve al hombre convertido en mosca... Aquí lo importante es convertirse en arrandajo y comerse la araña.

RAFAEL. ¿Y si me desprecia?

ANIBAL. Unas calabazas deben ser siempre motivo de enhorabuena para un hombre. ¡Cuántos disgustos, cuántas rabietas, cuántos ratos de mal humor evita un *no* pronunciado á tiempo! Por eso yo siempre prefiero las declaraciones á boca de jarro; producen más efecto. Gusta á las mujeres el vuelo del águila, porque avanza y se remonta; pero se rien del cangrejo, porque camina de lado y hácia atrás. Desengáñate, Rafael: es más honroso recibir un bofeton por atrevido, que una mueca por corto. Créeme: á mí no me ha ido mal siguiendo ese método; pero hablemos de otra cosa: el hombre de marras ha llegado á la córte.

RAFAEL. ¡Arturo!

ANIBAL. ¡Chist! No hay necesidad de nombrarle.

RAFAEL. Sé explícito.

ANIBAL. Debes estar en guardia con ese hombre, porque es temible. Yo he sabido por don Alejo y por un criado antiguo de la casa ciertas particularidades, que á la

verdad me alarman por tí. Es fino, delicado como una colegiala; nadie tiene mejor forma que él; pero su carácter en los momentos de lucha es fuerte como el acero. Ha tenido tres duelos desgraciados: Luisa le tiene miedo. Está casi arruinado, y trabaja con provecho y celo incansable en un pleito que triplica, si se gana, la renta de la Marquesa. El enemigo, como ves, es formidable; pero cuenta conmigo.

RAFAEL. ¿Qué me importa ese hombre si ella me ama?

ANIBAL. No seas niño. Dicen que Arturo donde pone el pensamiento pone una bala; pero yo te enseñaré á poner la punta del florete donde pongas la intencion.

RAFAEL. El corazon suple la habilidad de los espadachines en los trances en que el hombre arriesga su vida.

ANIBAL. El corazon para un desafío sirve de mucho, si el maestro que se pone delante tiene miedo; pero si no lo tiene, es decir, si se hallan frente á frente dos corazones que laten tranquilos ante el peligro, entónces el que sabe más hiere primero.

RAFAEL. Seguiré tus consejos, pero tienes siempre la desgracia de ver las cosas por el lado más sombrío.

ANIBAL. Y tú la fortuna de verlo todo de color de rosa.

RAFAEL. Adios, estoy convidado á dar un paseo con la Marquesa, y no quiero hacerla esperar.

ANIBAL. Ya lo sabes, soy tu amigo para todo. (Váse Rafael.)

ESCENA VI.

ANÍBAL, solo.

¡Qué lástima de muchacho! Para todas las cosas que emprende toma el camino más largo. Busca el corazon de la Marquesa, y creo que va á encontrarse con una bala de Arturo... Afortunadamente estoy yo aquí y no le he de abandonar en el peligro. Yo en su lugar tomaria estos amores bajo un punto de vista muy diferente. La vereda que conduce al amor platónico tiene para mí una valla insuperable; esta valla sólo se vence con sus

piros tiernos y miradas de almíbar. Si se presentara ante mi paso una mujer qué reuniese los ojos incitadores de Elena, la majestad de Ester, y la pureza invencible de Lucrecia, como no tuviera en sus arcas reunidos los tesoros de Creso, no lograria arrancar á mi pecho suspiros platónicos. Detesto á ese filósofo que recorria las calles de Atenas con la boca abierta como un papamoscas, y dedicando toda la fuerza de su espíritu á la contemplacion.

CRIADO. (Saliendo del gabinete de D. Alejo.) Señorito, don Alejo le espera á usted en su despacho.

ANIBAL. ¿Sí? Pues vamos á ver qué se le ocurre á ese millonario feliz. (Aníbal desaparece por una de las puertas de la izquierda.)

ESCENA VII.

CRIADO, D. DEOGRACIAS, por el foro.

CRIADO. ¡Calla! El madrugador de marras.

DEOG. ¡Hola, muchacho! Dile á la señora Marquesa que estoy aquí.

CRIADO. Voy, señorito. (El Criado desaparece.)

DEOG. ¡Señorito! Aquí llaman á uno señorito aunque tenga más años que la pirámide de Cheops. ¡Uf! Que villa la del Oso. Todo el mundo se levanta de la cama cuando los rayos del sol caen perpendicularmente sobre su cuerpo. Diógenes el cínico buscaba un hombre con la linterna por las calles de Atenas, y no encontrándole se volvia á su inmundo tonel más fresco que un rábano. Vaya usted á buscar sin linterna en esta Babel á un hijo de familia, que no tiene otra ocupacion que la de comerse á dos carrillos la herencia de sus padres. Pero yo me tengo la culpa. Zapatero á tus zapatos. Ese debia ser mi lema, y no me hallaria ahora corriendo de Ceca en Meca, expuesto á que el gobierno se entere de mis excursiones y me deje cesante. Embajador de una madre afligida, llego esta mañana y me instalo en la casa

de Rafael. El señorito duerme. Replico:—¿Ha trasnochado?—Vuelvo á insistir, y ponen un punto final á mis súplicas, dándome con las puertas en las narices. Veamos á la Marquesa, me dije.—La señorita duerme. —Vuelvo más tarde.—Sigue lo mismo, me dicen. ¡Oh Madrid, Madrid! El sol debe estar muy resentido contigo, pues no te levantas á admirar sus poéticos celajes. Pero, en fin, respetemos la máxima de Aristóteles, cuando dice: «La costumbre es otra naturaleza.»

ESCENA VIII.

D. DEOGRACIAS, la MARQESA, el CRIADO cruzando la escena.

MARQ. ¡Caballero! (Ap.) Yo conozco este hombre.

DEOG. No sé si tendré el honor de que usted recuerde... Deogracias Martinez, maestro de escuela, organista y autor de una obra inédita contra el bello sexo.

MARQ. ¡Ah! Sí. Recuerdo perfectamente, y aun creo que soy suscritora. ¿Viene usted á traerme los ejemplares?

DEOG. No se ha impreso todavía la obra.

MARQ. Entónces...

DEOG. Voy á explicarme.

MARQ. Pero tome usted asiento, amigo mio.

DEOG. (Sentándose.) Gracias, señora. Continúo. Yo he visto crecer á Rafael sobre mis rodillas.

MARQ. Sea en hora buena.

DEOG. Cuando le destetaron, su cuna se colocó en mi cuarto, y muchas veces le dí papillas.

MARQ. ¡Oh! ¡Qué bondad!

DEOG. Yo fuí el primero que durante los meses de la denticion observé la superficie de la encia rasgada por el diente incisivo, y participé la grata nueva á sus padres, los cuales me regalaron este paraguas.

MARQ. Gloriosa antigüedad.

DEOG. Á los veinte y cuatro meses le enseñaba las fábulas de Esopo traducidas por mí.

MARQ. Admiro ese rasgo de paciencia y de erudicion.

DEOG. Á los tres años cantaba canciones patrióticas; á los cinco leia de corrido el *Simon de Mantua*; á los seis hubiera podido cruzar toda España con los ojos vendados desde el cabo Tenerife hasta los Pirineos, desde el estrecho de Gibraltar al golfo de Vizcaya; á los ocho declinaba el *quis* vel *qui*; á los trece sabia tanto como yo, y á los quince se fué á estudiar filosofía á Zaragoza, dejándome en el pueblo orgulloso y satisfecho de mi obra.

MARQ. Honra da al preceptor el discípulo aventajado.

DEOG. Vamos al caso.

MARQ. (Ap.) Ya era hora.

DEOG. Como usted puede comprender, yo soy un segundo padre de Rafael. El padre intelectual, el hombre que ha derramado en su cerebro la primera chispa de luz. Porque la inteligencia de la criatura es un campo que necesita cultivarse para que dé á su tiempo sazonados frutos. ¿Comprende usted?

MARQ. Sí, sí, comprendo.

DEOG. Yo soy soltero. Las funestas impresiones del amor nunca han conmovido mi alma, porque siempre he dicho con Sócrates que, «Es más temible el afecto de la mujer, que el odio del hombre.»

MARQ. Gracias, caballero.

DEOG. No hay para qué darlas, pues no trato de ofender á usted en lo más mínimo; pero Petronio, el poeta favorito de Neron, ha dicho que «Las mujeres son como los milanos: hacerles bien es trabajo perdido.»

MARQ. Usted y esos señores nos adulan. No merecemos tanto.

DEOG. Pero ¡ay, señora! Reconozco como Salomon el poder irresistible de unos ojos negros y expresivos como los de usted, y digo con San Juan Crisóstomo: «La mujer es un enemigo de la amistad, una pena lamentable, un mal necesario, una tentacion natural, una calamidad deseable, y un peligro doméstico.»

MARQ. ¡Já! ¡Já! ¡Já! Señor don Deogracias, es usted el hombre más gracioso que conozco. ¡Já! ¡Já! Su franqueza de us-

ted me encanta, me deleita. ¡Já! ¡Já! ¡Já!

DEOG. Señora, me parece que se está usted riendo de mí...

MARQ. ¡Con toda el alma, amigo mio, con toda el alma!

DEOG. Puesto que la he hecho gracia, continuaré. Mi discípulo Rafael no opina como yo, segun parece, de la mujer. La vió á usted en el pueblo, y el chico, vírgen en las pasiones, sintió un latido subversivo en el corazon, y se dijo: «Me gusta la Marquesa.» Pasaron los dias entre suspiros y miradas recelosas; llegó el momento de la separacion, y el neófito, al verse solo, ¡paf! estalló como una bomba. Ya se ve, él ignoraba aquella máxima anónima que dice: «Si quereis ser felices, conservad á las mujeres ochocientas mil leguas de vosotros;» y en vez de alejarse de usted, se fué tras de usted. (La Marquesa se rie.) ¡Creo que se vuelve usted á reir de mí, señora!

MARQ. Es imposible hacer otra cosa. Á no reirme, me veria en el caso de ponerle á usted á la puerta de la calle; pero eso ni es propio de mi carácter, ni lo merece un caballero tan humorista y tan sabio como usted.

DEOG. Doy á usted las más expresivas gracias, y continúo.

MARQ. Le escucho á usted con el mayor placer.

DEOG. Se fué el muchacho del pueblo, y pasaron tres meses, durante los cuales no se han secado las lágrimas en los ojos de su madre, ni ha asomado una sonrisa en los labios del padre. ¡Pero eso qué importa! El muchacho se divierte, y gasta y triunfa, y corre en pos de una ilusion que se llama mujer, hasta el dia que tropice con una realidad conocida con el nombre de desengaño. Usted dirá: ¿Pero qué diantre le importa á este dómine que Rafael ria y sus padres lloren?—Pues ahí verá usted, señora: me importa, porque, como he tenido el honor de decir á la señora Marquesa, yo soy el padre intelectual de Rafael, y me he dicho:—Deogracias, esto no puede durar: abandona tus ocupaciones por unos dias. vete á Madrid, y puesto que tienes una tarjeta de aquella señora, dile sin rodeos: (Poniéndose en pie y salu-

dando.) Señora Marquesa de Lorentini, ¿quiere usted hacerme el favor de no engatusar más al chico, y aconsejarle que se venga conmigo al pueblo?

MARQ. (Levantándose.) Y la Marquesa, señor don Deogracias, que ha tenido suficiente calma para oir sus impertinencias, le contesta que, á no respetar esas canas que cubren su cabeza, á no tenerle por un monomaniaco ridículo é inofensivo, hubiera hecho que sus criados le arrojaran por un balcon. (Váse puerta izquierda.)

ESCENA IX.

D. DEOGRACIAS, solo.

La mujer de Marco Antonio hizo cortar la cabeza á Ciceron, padre de la elocuencia. La Marquesa de Lorentini de buena gana me hubiera cortado á mí la lengua con sus tijeras. Mi último párrafo parece que no ha hecho buen efecto. Creo que me ha cerrado las puertas de su casa. Sin embargo, lucharemos hasta que me lleve al chico, y si ella se empeña habrá escándalo. Por de pronto, y por si no nos volvemos á ver frente á frente, bueno será escribirle una epístola enérgica. Aquí veo todo lo necesario. Manos á la obra. (Se dirige á la mesa, y al sentarse ve la lista de los convidados.) ¡Hola! ¿Qué es esto? «Lista de las personas invitadas para el baile inaugural que debe celebrarse el veinte de Enero.» ¡Oh! ¡Feliz dia! Me convido yo á mí mismo incluyendo mi nombre entre los de estos señores, y en pleno baile tengo la segunda conferencia con la señora. (Coge la pluma.) ¿Pero y si ve mi nombre y le borra? ¡Eh! ¡Yo qué pierdo! (Escribe.) Así; imitemos la letra todo lo posible. Afortunadamente lo único que tengo yo parecido á la mujer es la letra, porque cuando me conviene se amolda á todos los caractéres. (Leyendo.) Deogracias Martinez, calle del Gato, etc. Ahora aprovechemos el tiempo ganando algun criado por lo que pueda suceder. (Se dirige al foro á tiempo que entra Arturo. Este viste pantalon co-

lan, bota de montar, una americana corta de color claro, y un chaleco de estambre encarnado con grandes bolsillos de esos que llevan los elegantes en el dia. D. Deogracias la mira, se sonrie y le saluda. Arturo hace lo mismo.)

ESCENA X.

D. DEOGRACIAS, ARTURO.

DEOG. Me gusta su cara: debe ser listo. ¡Digo si gastan aquí los criados! ¡Qué chaleco! ¡Qué botas! ¡Voy á abordarle! Nada pierdo.

ARTURO. ¿Quién será este ente que me mira tanto?

DEOG. (Confidencialmente.) Necesito de tí.

ARTURO. ¡Eh! (Con sorpresa.)

DEOG. ¿Tú conoces á Rafael?

ARTURO. ¡Rafael! (Dominando la alegría.)

DEOG. Hombre, sí, Rafael, ese jóven que visita á la Marquesa.

ARTURO. (Aparte.) (¡Ah!) Veamos en qué para esto.

DEOG. Yo vengo del pueblo con intencion de llevármelo; pero segun parece, la Marquesa no está conforme en que... ¿estás?...

ARTURO. (Hace un movimiento significativo.) Este hombre no tiene precio.

DEOG. Toma un par de pesetas. Si me sirves bien, yo no soy desagradecido. (Arturo rechaza el ofrecimiento. D. Deogracias insta; por fin lo toma sonriéndose como si hubiera concebido una idea.)

ARTURO. (Aparte.) Este imbécil me paga por decirme lo que yo pensaba comprar.

DEOG. Yo he dicho cuatro verdades á la señora Marquesa, porque la madre del chico está allá en el pueblo desconsolada.

ARTURO. ¡Pobre señora!

DEOG. Veo que te interesa mi asunto.

ARTURO. Crea usted, caballero, que me aflige el dolor de esa pobre madre.

DEOG. (Aparte.) (Tiene buen fondo.) Tú sabrás ciertas cosilla de la casa...

ARTURO. ¡Uf! ¡Calcule usted!...

DEOG. ¡Está claro! Si pudiéramos hallar algun medio para que Rafael se indignara y no volviera más por aquí. (Arturo toma la actitud del hombre que busca en su imaginacion algo que no halla.)

ARTURO. Mi abuelo decia que los celos han hecho cometer grandes locuras á los hombres.

DEOG. Tu abuelo era un sabio. ¡Si la Marquesa tuviera un amante!

ARTURO. (Dándose una palmada en la frente.) Usted me ilumina.

DEOG. ¡Hay moros en la costa! ¡Hosana! ¡Aleluya!

ARTURO. Yo nada puedo asegurar; pero si usted me promete ser reservado, le diré que visita la casa cierto señorito que come la mayor parte de los dias con la señora, la acompaña á todas partes, y la trata con mucha confianza.

DEOG. Eureka, hubiera dicho Arquímedes; pero yo digo: Lo encontré. ¿Y cómo se llama ese caballero?

ARTURO. Arturo del Romeral, baron de la Palma.

DEOG. ¡Hola! ¡Hola! Del cielo nos ha llovido ese aromático pretendiente..

ARTURO. Si el protegido de usted sabe que... estamos... pedirá satisfaccion, y entónces...

DEOG. Habrá un rompimiento. Eres tan sabio como tu abuelo. Toma. (Le da dinero.)

ARTURO. Gracias, señor.

DEOG. Yo vendré á verte todas las tardes. Tú, mientras tanto, espias á los tres para ponerme al corriente.

ARTURO. Bien, caballero; pero tengo una duda.

DEOG. ¿Cuál?

ARTURO. ¿Es muy rico don Rafael?

DEOG. Su padre posee en fincas más de trescientos mil duros.

ARTURO. ¡Malo!

DEOG. ¿Por qué dices malo?

ARTURO. Porque el hombre rico lucha con ventaja.

DEOG. ¡Bah! El chico tiene letra abierta, pero su padre está resentido con él por lo mucho que gasta, y si no vuelve al pueblo le retira el crédito.

ARTURO. (Aparte.) Me alegro de saberlo.

DEOG. ¡Con que mucho ojo! Y adios, no sea que infundamos sospechas; dime cómo te llamas para preguntar por tí en la portería.

ARTURO. Es muy justo; pero ántes me hará usted el favor de admitir... (Dándole dinero.)

DEOG. ¿Pero qué es esto?

ARTURO. ¡Nada! Una fineza que le hace á usted, por lo que acaba de revelarle, Arturo del Romeral, baron de la Palma. (Arturo toca en un timbre, y aparece un Criado al foro. D. Deogracias se queda mirándole con asombro. Se le cae el paraguas de las manos.) Ramon, recoge el paraguas de este caballero, y acompáñale hasta la puerta. Luégo dile á la señora que he llegado. (D. Deogracias sale aturdido por la puerta del foro, mirando al Baron. Éste le saluda con la mano, riéndose. Queda á cargo de los actores.)

ESCENA XI.

ARTURO, solo.

¡Pobre viejo! Casi me arrepiento de haberle disparado mi nombre á boca de jarro. (El Criado cruza la escena y entra en el cuarto de la Marquesa.) Si una bomba hubiera caido á sus piés, creo que no le hubiera hecho tanto efecto. ¡Ah Luisa! Con que Rafaelito sigue con sus trece, y mientras tu pobre primo asegura tu porvenir, olvidas sus sacrificios rindiendo culto á la coquetería. Vamos, será preciso reprenderla. Es una loquilla.

ESCENA XII.

ARTURO, LUISA, vestida de amazona.

MARQ. Arturo, ¿tú en Madrid sin escribirme?

ARTURO. Queria sorprenderte. Llegué anoche en el último tren;

al momento me trasladé á casa de tu abogado. Ya sabes que no soy perezoso cuando se trata de tus asuntos.

MARQ. Lo sé, Arturo. Sin tu generosa proteccion tu pobre prima perderia la mayor parte de su fortuna con ese pleito que se empeñan en mantenerle los parientes de su esposo.

ARTURO. Pues, como te decia, fuí á ver á tu abogado; pero éste, que tiene un hijo en el colegio de Villaviciosa, habia ido á pasar con él algunos dias. No me gusta perder el tiempo, y á las tres de la madrugada salia montado por la calle de Segovia en busca de nuestro hombre. He tenido una conferencia con él; le he entregado los papeles, y vengo, como ves, sucio y cubierto de polvo á anunciarte en su nombre que has ganado el pleito.

MARQ. ¿De veras?

ARTURO. Te responde con su cabeza. Estas son sus palabras. No debes estar descontenta de mi actividad.

MARQ. ¡Oh! No, Arturo. Al contrario, estoy sumamente agradecida. Hace tres meses que mis asuntos no te dejan una hora libre.

ARTURO. El condenado pleito me ha hecho trabajar mucho. Aun creo que me he vuelto madrugador; porque, hija mia, en provincias es preciso madrugar.

MARQ. Mayor es mi agradecimiento al ver que por mí has violentado tus costumbres.

ARTURO. Si vieras qué malos ratos he pasado por esos caminos. Fondas imposibles, en donde lo envenenan á uno por su dinero y con la mayor buena fe del mundo: Prójimos que fuman un puro tras de otro para matar el ocio, y no permiten se bajen los cristales del coche por no resfriarse. Cambios de tren donde el infortunado viajero camina por los rails con agua á las rodillas sin más luz que la de las estrellas, expuestos á coger un dolor reumático que le obligue á llevar zapatos de paño por el resto de sus dias. En fin, Luisa, mi sueño eterno durante el viaje han sido mis butacas, mi chimenea, mi tocador y mi querida prima.

MARQ. Siempre el mismo.

ARTURO. Qué quieres, hija, soy estremadamente delicado. Prefiero batirme con un hombre, á recibir *tête* á *tête* el pestífero humo de una tagarnina. Me causa ménos aprension la punta de un florete, que el semblante risueño de un fondista de la Mancha. Á propósito de la Mancha, ¿sigue visitándote el aragonés?

MARQ. Sí; esta mañana estuvo á verme.

ARTURO. ¿Quién es ese provinciano? Algun tipo empalagoso que le verás en todas partes lanzándote miradas tiernas... ¡Pobre prima mia, te compadezco! Veo que es una desgracia ser jóven, rica y bonita. Pero no te desazones. Ya sabes que sé espantar á las moscas importunas que zumban en torno de tus oidos.

MARQ. ¡Oh! Rafael no pertenece á esa turba de amadores de oficio que corren detrás del coche de una mujer rica... Es un jóven ingénuo y modesto, un amigo verdadero.

ARTURO. Tanto mejor. Pero no habia reparado en tu traje! ¿Sale á paseo?

MARQ. Eso pensaba.

ARTURO. ¿Quién va contigo?

MARQ. El tio.

ARTURO. ¿El tio sólo? Me perece desairada una amazona cuando no veo en torno de su caballo cuatro ó seis ginetes...

MARQ. Nunca faltan amigos en el paseo.

ARTURO. Es verdad.

MARQ. Nuestro amigo Rafael suele acompañarnos algunas tardes.

ARTURO. ¿Has inaugurado los bailes?

MARQ. El dia veinte. Aquí tienes la lista.

ARTURO. En esta lista veo un olvido criminal.

MARQ. ¿Tu nombre?

ARTURO. El de tu amigo Rafael... ¿Cómo? (Cogiendo una pluma.)

MARQ. Mendoza. Pero ¿qué haces? (Arturo escribe en la lista.)

ARTURO. ¡Aturdida! Si yo no me interesara por tus amigos... He escrito el nombre de ese muchacho para que se le mande papeleta. Sería una ingratitud no convidarle al primer baile.

MARQ. ¿Pero no sabes que á las personas de confianza les invito con un autógrafo mio?

ARTURO. Una papeleta litografiada es más bonita: tiene la letra más igual: da más caracter al convidado, y luégo los chicos de provincias las enseñan á los amigos: algunos de ellos no acuden al baile por sólo el placer de remitirla á su pueblo. (Arturo se pasea, va al balcon, y mira hácia el cielo.) ¡Calla! Se está nublando.

MARQ. Pero si hace una tarde hermosa.

ARTURO. ¡Oh! No, no. Va á llover. ¿Ves aquella nube?

MARQ. Sí, una nube blanca del tamaño de un pañuelo.

ARTURO. Pues créeme, trae agua.

MARQ. Arturo, he ofrecido salir...

ARTURO. Una jóven bonita como tú, puede impunemente faltar á su palabra.

MARQ. Pero advierte...

ARTURO. Eres una aturdida, pero una aturdida encantadora. Bonita te pondrias si descargara la nube. Evitemos el peligro. (Toca un timbre: sale un Criado.) Ramon, la señorita ya no sale esta tarde.

MARQ. Arturo, sé franco y confiesa que ese jóven te molesta, te da celos.

ARTURO. Para eso seria preciso que yo desconfiase de tí, ó que tú me conocieras ménos, y nosotros no podemos hacernos esa ofensa.

MARQ. Entónces ¿á qué viene esa prohibicion revestida de una forma tan galante?

ARTURO. No soy yo, hija mia: es la nube; la nube, que me asusta;

MARQ. Está bien: no saldré puesto que no quieres. (Sale un Criado.)

CRIADO. El señor don Rafael Mendoza.

ARTURO. Querida prima, aprovecha esta ocasion para presentarme.

MARQ. No, Arturo, no, discúlpame con ese jóven. (Váse por la puerta izquierda.)

ARTURO. ¡Bah! Afortunadamente he llegado á tiempo. (Al Criado.) Dile que pase.

ESCENA XIII.

ARTURO, RAFAEL.

ARTURO. (Aparte.) Veamos qué clase de hombre es mi rival.

RAFAEL. (Al Criado.) Diga usted á la señorita que estoy á sus órdenes.

ARTURO. Caballero, mi amable prima la marquesa de Lorentini me ha encargado suplique á usted la dispense, pues esta tarde no puede salir, como le tenia ofrecido.

RAFAEL. ¿Y á quién tengo el honor...

ARTURO. Arturo del Romeral.

RAFAEL. ¡Ah! Usted...

ARTURO. (Aparte.) Mi nombre le ha hecho efecto. ¡Pobre muchacho!

RAFAEL. Caballero, yo no esperaba tener la honra de encontrar á usted aquí. (Aparte.) ¿Qué es esto que siento?... ¿Por qué me arden las mejillas? ¿Por qué se oscurece la luz de mis ojos?

ARTURO. El honor es mio, y puede usted contarme desde ahora en el número de sus amigos íntimos.

RAFAEL. (No sé qué decirle: mi lengua se anuda á la garganta.)

ARTURO. Participo á usted, amigo mio, que la Marquesa espera verle á usted en el próximo baile, para el cual está invitado. Yo, por mi parte, le doy las más expresivas gracias por el interés que se ha tomado durante mi ausencia en los asuntos de mi prima Luisa. (Al Criado.) Ramon, entrega esta lista al escribiente, y dile que extienda las papeletas de convite. Ahora, si usted me permite, iré á decirle á mi prima que la dispensa el que le haya robado el placer de acompañarla esta tarde.

RAFAEL. Está bien, caballero.

ARTURO. (Entrando en el gabinete de Luisa.) ¡Pobre chico! No debia haber abandonado el pueblo.

ESCENA XIV.

RAFAEL, solo; luégo D. DEOGRACIAS.

RAFAEL. ¡Ah! ¡Soy un embécil! Ese hombre se ha reido de mí: y ella, ella, ¡oh! me he puesto en ridículo. (Se apoya en una butaca. D. Deogracias aparece en el fondo.)

DEOG. Cuando les digo á ustedes que le he visto entrar. ¡Allí está! ¡Rafael! ¡Rafaelito!... ¡Hijo mio, ven á mis brazos!...

RAFAEL. (Le abraza.) ¡Ah! ¿Es usted?

DEOG. Sí: tres veces he estado en tu casa á buscarte, y viendo que me era imposible tropezar contigo, me he puesto de acecho en el cafetin de enfrente, te he visto entrar aquí, y me he dicho:—¡Ahora no se me escapará!— ¿Pero qué tienes? ¿Estás malo?

RAFAEL. ¡Soy muy desgraciado!

DEOG. Me alegro. Así nos iremos hoy mismo al pueblo.

RAFAEL. Ahora ménos que nunca. Mi amor propio me lo prohibe.

DEOG. Tu madre llora, y no es feliz. El hijo debe sacrificarlo todo por su madre. ¡Qué vale tu amor propio comparado con el eterno desconsuelo de aquella que te dió el ser!

RAFAEL. ¡Pobre madre mia!

DEOG. Mira, Rafaelito, no hay que afligirse. ¡Qué diantre! Todas las mujeres del mundo no valen la milésima parte de un cañamon. Conque decídete. Un esfuerzo, y sacude esa especie de cantárida que te ha caido encima. Recuerda á Tertuliano, que nos ha dicho: «La furia del diablo no es tan temible como la de la mujer: porque el diablo está solo, y la mujer tiene la ayuda del espíritu maligno.» Ademas, tu padre está muy irritado, mucho, y si no vuelves al pueblo te va á sitiar por hambre.

ESCENA XV.

DICHOS, ANÍBAL.

ANIBAL. ¡Rafael!
DEOG. ¡Este aquí! ¡Malo! ¡Malo!
RAFAEL. He visto á Arturo.
ANIBAL. Y yo he oido una conversacion.
RAFAEL. ¿Quién es ese hombre?
ANIBAL. El amante de la Marquesa.
RAFAEL. ¡Ah! ¡Esa mujer me engañaba!
ANIBAL. No alces la voz, y vámonos.
RAFAEL. ¿Á dónde?
ANIBAL. (Cogiéndole del brazo.) Á comprar los floretes. (Desapareciendo precipitadamente por el foro. D. Deogracias se queda mirándolos.)

ESCENA ÚLTIMA.

D. DEOGRACIAS, solo.

¡Pero muchacho! Nada, se marcha. No me oye, desatiende mis súplicas, las de su madre. ¡Oh! Aquí debe haber sucedido algo que es preciso que yo sepa. La Marquesa me ha despedido; el Baron se ha burlado de mí, es verdad, pero no importa: á Jesucristo le escupieron en el rostro y continuó impávido su glorioso camino para llorar sobre el Gólgota por sus verdugos. (Toca el timbre.) Ahora me oirán mal que les pese. Estoy resuelto á todo. Lo mismo me da salir por la puerta que por el balcon. (Un Criado aparece en la puerta del foro.) Tenga usted la bondad de decirle á la señora Marquesa de Lorentini y al señor Baron de la Palma, que un anciano que cuenta cincuenta años de hombre de bien les espera en esta sala. (El Criado cruza la escena y entra en la puerta de la izquierda. D. Deogracias se sienta en una butaca, que colocará frente á frente del gabinete de Luisa; deja el

sombrero en el suelo á su lado, el paraguas colocado entre las piernas, y las manos apoyadas en el puño.) Esta habitacion puede ser para mí lo que fué para los mártires del Cristianismo el circo romano. Ea, valor: por allí debe salir la fiera... esperémosla con el corazon tranquilo.

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

Salon de descanso. El foro iluminado. En los primeros términos puertas y grandes colgaduras, espejos, etc., etc., etc.

ESCENA PRIMERA.

D. DEOGRACIAS, de frac, con el paraguas debajo del brazo, entra por el foro, un LACAYO le sigue. Una JÓVEN elegante se halla delante de un espejo componiéndose el peinado. Su MADRE le ayuda.

SEÑORA. El vals descompone el peinado de las jóvenes de un modo horrible.

JOVEN. Mamá, procura que no se menee la guirnalda.

(El Lacayo salada á D. Deogracias, y éste hace lo mismo.)

DEOG. (Este hombre tiene algo de pájaro americano.) (Sigue andando.)

LACAYO. Caballero... (Siguiéndole.) Caballero... (Tocándole suavemente en el hombro.)

DEOG. ¡Ah! ¿Es á mí?

LACAYO. Usted me dispensará... pero...

DEOG. Pero... ¿qué?...

LACAYO. Digo que el paraguas...

DEOG. Es de seda.

LACAYO. Sí, ya lo sé; pero no es costumbre entrar en el salon

con ese artefacto debajo del brazo... ¡es tan incómodo!...

DEOG. Señor mio, la incomodidad será para mí en tal caso.

LACAYO. Sin embargo... el señor me permitirá que le diga, que en la puerta está el guardaropa.

DEOG. Me alegro infinito.

LACAYO. Donde todos los convidados dejan los abrigos...

DEOG. (Pues me ha caido que hacer con este hombre.)

LACAYO. Y como no hay goteras en la casa, está prohibido entrar en los salones con paraguas.

DEOG. ¡Acabáramos!... Tome usted, pero que no se extravie.

LACAYO. ¡Qué señor tan raro! (Váse.)

DEOG. ¿Si estaremos aquí en el puerto de Arrebata-capas?...

JOVEN. Mamá, ¿quién es ese hombre?

SEÑORA. Será un inglés. (Mirándole con los lentes. D. Deogracias se inclina para saludarla. La niña se rie.)

JOVEN. ¡Qué facha tan ridícula!... Yo no sé cómo esa ruina se atreve á venir al baile.

DEOG. (Creo que la niña se está riendo de mí.) (La niña continúa riéndose. D. Deogracias se acerca á la madre y le dice saludándola.) ¿Es de usted esa jóven?

SEÑORA. Es mi hija, caballero.

DEOG. Pues permítame usted que le diga que le falta una cosa.

SEÑORA. Señor mio, ¿y podré saber qué le falta á mi hija?

DEOG. ¿Y por qué no?... Lo que le falta es educacion.

SEÑORA. Usted es un insolente; mi hija ha recibido una educacion que me enorgullece; se ha educado en París.

DEOG. En ese caso... me he equivocado... será tonta... porque como ha dicho Ciceron, la risa muchas veces es expresion de la ignorancia.

SEÑORA. Usted es un insolente.

DEOG. Y usted una loca.

SEÑORA. Este hombre se ha propuesto sofocarme...

JOVEN. Mamá, no te enfades... Ese señor es muy divertido.

SEÑORA. Vámonos, hija mia... pues de continuar aquí me va á dar algo.

DEOG. Me alegraré que no sea nada, señora. (Se oye la orquesta que toca un vals.)

ESCENA II.

D. DEOGRACIAS, solo.

Creo que voy á causar un gran efecto á la señora Marquesa... y puesto que me arrojó de su casa sin dar oidos á mis palabras, nada de consideraciones... Parece que eso que tocan es un vals... Tentado estoy de ir á sacar á la amable vieja que he tenido el honor de disgustar. (Mirando hácia el foro.) ¡Hola!... Se dirige una parejita hácia aquí... y parece que vienen muy metidos en harina... ¡Calla!... Pues si son ellos... Yo no quisiera que me vieran hasta el momento crítico. (Mira en derredor suyo, y se fija en las grandes colgaduras del balcon.) Aquí me refugio, y cuando esté la sala llena de gente, caigo como una bomba y *hic fuit Troya.*

ESCENA III.

D. DEOGRACIAS, oculto detrás de las colgaduras del balcon; LUISA y ARTURO entran por el foro y van á sentarse en un confidente cerca del balcon.

ARTURO. Ya sabes mi resolucion... esta noche se publicará en el baile nuestro próximo matrimonio... no quiero esperar más.

DEOG. Sea en hora buena.

MARQ. Arturo, deseo dilatar nuestro casamiento.

ARTURO. Imposible, Luisa: lo he dicho en secreto á varios convidados para que ellos lo publiquen en voz alta: qué quieres, me cansa la vida azarosa del soltero, ademas, para qué hemos de andar con rodeos... me fastidia ser pobre.

MARQ. Ya sabes que mi fortuna es tuya.

ARTURO. Aborrezco los préstamos, pero codicio la propiedad; y por otra parte, si recuerdas todo lo que ha pasado entre nosotros, comprenderás que nadie tiene más dere-

cho que yo á tu mano.

MARQ. Si no temiera ofenderte, te propondria una venta.

ARTURO. ¿Una venta? Habla, tengo curiosidad de saber qué es lo que deseas comprar.

MARQ. Arturo, nosotros no podemos ser felices, porque no nos amamos.

ARTURO. Poco á poco, querida prima: yo te amo como siempre. (Luisa se sonrie.) ¿Lo dudas?

MARQ. Tú no amas á nadie.

ARTURO. Gracias por la galantería; pero volvamos á la venta.

MARQ. Pues bien, Arturo; véndeme el silencio del secreto que nos une, y pide por él lo que quieras.

ARTURO. Pido tu mano. (Se sonrie.)

MARQ. (¡Es un infame!... ¡Y he podido amar á este hombre!...)

DEOG. (Esto va picando en historia.)

ARTURO. Querida prima, eres una loquilla encantadora, á quien es preciso recordar de vez en cuando lo pasado. Hé aquí la razon por qué llevo siempre en mi cartera el talisman que desvanece tus escrúpulos. (Arturo saca una cartera. D. Deogracias figura escuchar con mucha atencion.)

MARQ. ¿Qué vas á hacer?

ARTURO. Á leerte la carta sentimental que me escribiste el año pasado cuando tu difunto esposo, el ilustre marqués de Lorentini, se encontraba lleno de vida paseando por los perfumados jardines de Italia. (Arturo saca la carta con calma, y se dispone á leerla.)

MARQ. No, no quiero oirla...

ARTURO. Es preciso, para que tu decaido espíritu se fortalezca. (Luisa se queda abismada, Arturo lee en voz baja.) «Arturo mio: esta vida es insoportable. Líbrame del hombre que más abomino en el mundo, si no quieres que la desesperacion...»

DEOG. No hay víctima sin verdugo.

MARQ. ¡Basta!... ¡Basta!...

ARTURO. Yo, que te amaba entónces como te amo ahora... partí para Italia, y la casualidad hizo que una tarde tu esposo y yo nos entretuviesemos algo más de lo regular recor-

riendo la via Appia, y que fuésemos sorprendidos por unos bandidos, lo cual causó la muerte á tu noble esposo, junto al sepulcro de Scipion... ¡Qué quieres! El mundo es un tejido de casualidades. Despues te pusiste el doloroso traje de las viudas, y me dijiste: «Terminado el luto seré tuya.» ¡Oh! ¿Crees que yo he de estarme toda la vida espantando los pájaros que te molestan para que ese señorito aragonés venga con sus manos lavaday y?... Error grave, querida prima, error grave... estos resuelto á todo. (Luisa se enjuga una lágrima.) Ántes de quince dias tendré el gusto de llevarte al altar; despues viajaremos, y tú te tranquilizarás... el cambio de paises disipa las nubes de la mente... (Arturo se levanta.)

MARQ. Sí, sí, partiremos... partiremos... pero muy léjos.. (Seria capaz de matarle.)

ARTURO. ¡Lloras!... Haces bien... El llanto desahoga el corazon, y es patrimonio de las almas generosas... Yo tengo la desgracia de no llorar nunca...

MARQ. (¡Infame!...)

DEOG. Escuchando á este Epícuro moderno, comprendo á Neron.

ARTURO. Mientras te tranquilizas... voy á dar una vuelta por el salon... porque extrañarán nuestra ausencia... Procura enjugarte bien los ojos: no conviene que nadie sepa... (¡Oh!... No se me escapará la presa.) (Váse por el foro. Luisa permanece sentada.)

ESCENA IV.

D. DEOGRACIAS, LUISA.

MARQ. Es preciso: partiré de Madrid... todo ménos el escándalo. (Se queda pensativa: D. Deogracias sale de su escondite, se estira el chaleco, se arregla el corbatin, y dice:)

DEOG. Remachemos el clavo... estoy admirado del efecto que voy á producir. (Se coloca delante de Luisa, y la saluda con respeto.) Á los piés de la señora Marquesa.

MARQ. (Levantándose sobresaltada.) ¡Usted!... Usted otra vez.

DEOG. ¡*Ego sum!*

MARQ. (Violentándose para disimular el asombro que le causa el dómine.) ¡Já! ¡Já! ¡Já! Ignoraba que hubiese escotillones en mi casa... como en las comedias de magia.

DEOG. Comienzo por decir, que si me hallo en estos salones, es porque la señora Marquesa me ha convidado.

MARQ. Ignoraba que hubiese tenido ese honor.

DEOG. El honor es mio, señora; pero usted puede convencerse de la verdad repasando las papeletas... ¡Oh! En mi vida he visto mi nombre más elegantemente escrito... Deogracias Martinez; como que casi he llegado á enamorarme de mí mismo.

MARQ. Es extraño, porque yo creia que usted no amaba á nadie.

DEOG. Distingo: á quien no amo es á la mujer; porque es un manjar que parece de dioses, y está condimentado por el diablo... Puede usted reirse todo cuanto guste... tiempo le queda para llorar.

MARQ. ¡Oh! Por Dios... me da usted miedo. (Luisa se rie.)

DEOG. Lo siento: porque si ahora tiene usted miedo, ántes de mucho tendrá usted un pánico, un terror superlativo.

MARQ. ¿Se ha propuesto usted matarme de un susto? ¿Qué males me amenazan?

DEOG. Referir sencillamente á los convidados en voz alta, una anécdota muy entretenida.

MARQ. ¿Escrita por usted?... Entónces pobres mujeres... ¿y qué es ello?...

DEOG. Una aventurilla de la vida privada de cierta Marquesa y cierto Baron muy conocidos en la córte. (Luisa deja de sonreirse, y mira con verdadero asombro al dómine. Éste la saluda con socarronería.) Leo el interés en los ojos de la señora Marquesa, y eso que apénas le he enseñado la portada de mi obra.

MARQ. ¡Oh! No puede usted pensar con qué impaciencia espero la relacion de esa aventura.

DEOG. Nada más fácil.

MARQ. Escucho á usted con el mayor interés.

DEOG. Pues va de cuento. Figúrese usted que una jóven boni-

ta, casi tan bonita como usted, (Luisa saluda y procura sonreirse.) se casó con un Marqués tan viejo y tan feo como yo. (Luisa se sonrie.) El viejo, como era natural, comenzó á ser una carga insoportable para la elegante jóven... la cual, para olvidar las impertinencias del caduco esposo, que amenazaban enflaquecerla como á la vaca de la Escritura... (Luisa se inclina.) el animal es muy célebre, y no ofende en manera alguna á la señora Marquesa la comparacion...

MARQ. Adelante, adelante... cuenta usted las cosas con una valentía...

DEOG. No me precio de ser un narrador brillante; pero confio que, á pesar del desaliño de mi prosa, interesará á la señora Marquesa mi anécdota... Pues bien: como decia, la encantadora jóven, buscó un Adónis, con el objeto de poetizar la monotonía de su existencia. No contenta con poseer un pasatiempo agradable, convino con su Adónis ó Baron la manera de romper los lazos del matrimonio; pero para esto era preciso cometer un crímen, y la hermosa Marquesa se acordó de que el Código señala al homicidio la pena aflictiva de garrote vil, ó cuando ménos cadena perpétua.

MARQ. Usted me permitirá que le diga, que ese cuento me parece de muy mal gusto.

DEOG. Por Dios, señora Marquesa, le suplico á usted que tenga un poquito de paciencia. Pues, como iba diciendo, el Adónis y el viejo se encontraron en Roma en un sitio llamado la via Appia. ¿No ha visto usted la via Appia? En tiempo del imperio, era un sitio delicioso, donde se reunian los perfumados cortesanos de Octaviano Augusto. ¡Oh! ¡Cuántas veces el triste Ovidio recitaba su *Arte amandi* á los voluptuosos patricios, sentado sobre las gradas de mármol del sepulcro del ilustre censor Claudio Apio Scipion. Pues, como iba diciendo, el afortunado Adónis y el inocente viejo paseaban una tarde por las cercanías del glorioso sepulcro, cuando la casualidad les deparó unos bandidos, y...

MARQ. (Levantándose.) ¡Basta! ¡Basta! (¡Oh! Este hombre puede perderme.)

DEOG. Si la señora Marquesa me prohibe que hable, no hablaré; pero en ese caso voy á pedirle un favor.

MARQ. Acabemos. ¿Qué es lo que usted quiere?...

DEOG. Me intereso vivamente por el noble baron de la Palma, y tendria un singular placer en que los sagrados lazos del matrimonio le unieran á la ilustre marquesa de Lorentini. ¡Oh! Formarian ustedes una pareja deliciosa... sobre todo viviendo durante la luna de miel bajo el poético cielo de Italia ó Suiza... léjos, muy léjos de la prosáica España. Si la señora Marquesa me complace, el pozo Ayron será un hablador sempiterno comparado conmigo; pero si permanece soltera, si continúa, como hasta aquí, robando á una madre afligida el cariño del hijo, entónces siete barberos, en víspera de Navidad, hablarán ménos que yo. He dicho. Ahora la señora Marquesa puede aceptar de los dos caminos que le propongo el que más le acomode, y con su permiso voy á dar una vueltecita por el salon. (Si no le da unas calabazas como un templo, me veré en el caso de formar una mala opinion de esta señora.) (Luisa se ha sentado pensativa en un sofá. D. Deogracias se dirige hácia el foro derecha, á cuyo tiempo sale Rafael por el foro izquierda sin reparar en el dómine. Vé á Luisa, y se dirige hácia ella.)

MARQ. (Es preciso matar sus esperanzas... El escándalo me da miedo...)

DEOG. (¡Hola! ¡Hola! Es Rafaelito; llega como pedrada en ojo de boticario.) (D. Deogracias se tapa la cara con el pañuelo, y desaparece por el foro.)

ESCENA V.

LUISA, RAFAEL.

RAFAEL. Luisa, ¿es cierto lo que se dice en los salones? ¿Es verdad que usted será en breve la esposa del baron de la Palma?...

MARQ. (Despues de un movimiento de vacilacion.) Sí, es verdad, Rafael.

RAFAEL. (Conteniéndose.) Señora, matar la esperanza más bella de un hombre, es un crímen, aunque no lo castiguen las leyes.

MARQ. Rafael, conozco que merezco esa reconvencion; pero soy más desgraciada que culpable.

RAFAEL. (Con marcada ironía.) Mi buena fe, mi credulidad, mi inexperiencia son verdaderamente inexplicables... Por todas partes escuchaba: «Luisa se casa con Arturo.» Pero yo me decia: Luisa no puede ser tan cruel. ¿Cómo es posible que se goce en destrozar mi corazon? ¿No es cierto, señora, que he sido un imbécil? Pero no importa: yo mataré á ese hombre que se ha colocado en medio de mi camino, á ese ladron de mi felicidad.

MARQ. Rafael, guárdese usted de colocarse delante de ese hombre...

RAFAEL. ¿Es por mí, ó por el Baron, por lo que teme usted que se verifique la entrevista?

MARQ. No quiero ser la causadora de una desgracia.

RAFAEL. Hé aquí una respuesta pronunciada con el deseo de no ofender á nadie, y que sin embargo ofende á los dos.

MARQ. Mi deber es evitar el escándalo.

RAFAEL. ¡Evitar el escándalo! Esto es muy noble, señora; pero elegir la víctima, y decirle: «Muere sin desplegar los labios,» eso es incomprensible.

MARQ. Rafael, yo le suplico en nombre de su madre, que me olvide, que me desprecie.

RAFAEL. ¡Tanto le ama usted, señora!

MARQ. Sí... le amo... desprécieme usted, pero no me dirija ni una reconvencion; estas lágrimas que queman mis ojos y que no se secarán nunca en mi corazon, serán las encargadas de vengar todo el daño que pueda haberle causado.

RAFAEL. Luisa, usted no ama á Arturo... Rompa de una vez las cadenas que le unen á ese hombre.

MARQ. No puedo... seré su esposa.

RAFAEL. (Despues de una pausa.) Está bien: sea usted feliz, guarde en buen hora su secreto, y rompa estos recuerdos de una época que nunca podré borrar de mi memoria ni de mi corazon. (Rafael entrega una pequeña cartera á Luisa, que ésta guarda con precipitacion. En este momento aparecen en el foro Arturo, Aníbal, Luis y Alejandro.)

ESCENA VI.

LUISA; RAFAEL junto al proscenio; ANÍBAL, ARTURO, LUIS y ALEJANDRO, en el foro.

ANIBAL. Sin faltar á las leyes de la etiqueta, creo que en este salon se puede fumar.

ARTURO. Sí, pero veo allí á mi noble prima, y voy á decirle que los convidados desean oir su agradable voz. (Arturo baja al proscenio, y saluda con reñnada amabilidad á Luisa y á Rafael. Mientras tanto en el foro continúan hablando en voz baja Anibal, Luis y Alejandro.)

ARTURO. Querida prima, todo el mundo te echa de ménos en el salon: se dice que has ofrecido tocar una cantata de Beethowen; pero sin duda este jóven, poco acostumbrado á estas reuniones, se ha propuesto aturdirte los oidos y privarnos á todos de tu amable compañía.

RAFAEL. ¡Caballero!...

ARTURO. Por Dios, amigo mio, no tome usted esa entonacion melodramática: es de mal tono levantar la voz; aquí no nos hallamos en un lugarejo de Aragon.

RAFAEL. Señor Baron, habia oido decir que ciertos hombres, confiados en la destreza de su brazo y en la poca escrupulosidad de su conciencia, cobraban un tanto por ciento en las casas de juego; pero no podia creer que otros hombres, abusando de la debilidad de una señora, se convirtieran en especuladores del amor. ¿Conoce usted á esos miserables, señor Baron?

ARTURO. Esa pregunta va á costarle á usted la vida.

MARQ. ¡Arturo!

RAFAEL. Estoy á las órdenes de usted.

ARTURO. Ni una palabra más.

ANIBAL. (Desde el foro.) ¿Qué ocurre? (Acercándose á Rafael.)

ARTURO. (Cogiendo la mano de Luisa y conduciéndola hácia el foro.) Soy con ustedes, amigos mios. (Ap. á Luisa.) Tú lo has querido; sea. (Arturo deja á Luisa en el foro, y vuelve á reunirse con los amigos que se hallan en el proscenio.)

RAFAEL. Pero podremos saber al fin...

ARTURO. Nada más sencillo. El señor don Rafael Mendoza acaba de proponerme un desafío.

ANIBAL. ¡Cómo!

ALEJ. ¡Qué!

ARTURO. No hay que asustarse: por ahora no corren peligro nuestras vidas: es un desafío de *ecarté*. Temí aceptar, porque competir con un jóven, cuyo padre cuenta con una fortuna nada ménos que de ocho millones, es casi una témeridad; pero sin embargo, aunque me arruine, aunque pierda hasta mis pergaminos, acepto, pues tengo la buena costumbre de no rehusar nada de cuanto se me propone. (Arturo se coge familiarmente del brazo de Rafael, y le dice en voz baja.) Amigo mio, es preciso cubrir las apariencias por respeto á la casa. Esta noche jugaremos al *ecarté*; mañana al florete ó á la pistola, como usted guste.

ANIBAL. Pues si es cosa de juego no conteis conmigo; me lo tiene prohibido formalmente el respetable autor de mis dias.

RAFAEL. Vamos, vamos pronto, señor baron.

ARTURO. Por aquí, amigo mio. (Entran por la primera puerta de la derecha.)

ESCENA VII.

ANIBAL, ALEJANDRO y LUIS.

ANIBAL. ¿Creeis vosotros que el baron nos ha dicho la verdad?

LUIS. Hombre, yo no he sospechado nada.

ANIBAL. Pues yo veo aquí dos cosas graves: la primera, que Arturo va á ganarle el dinero á Rafael; y la segunda, que acabarán por pegarse.

ALEJ. Dicen que es un gran espadachin.

ANIBAL. No hay espadachin que no encuentre tarde ó temprano la horma de su zapato. (En este momento se oye un vals en el salon y cruzar algunas parejas por el foro. Aníbal, como distraido de la conversacion, sigue el compás con la cabeza.) ¡Oh, vals, vals, tú eres el rey de los bailes!

ALEJ. Pues chico, á mí me gustan más los pastelillos del café Suizo.

ANIBAL. No seas sacrílego: valsar con una niña de quince abriles, ojos de cielo, mejillas de rosa, labios de coral y cintura de avispa, es lo mismo que viajar por el aire abrazado á un ángel, recibiendo en el alma el perfume de las flores. Valsar con una morenita de veinte primaveras, de ojos negros; pelo de azabache y frescas mejillas, es lo mismo que cruzar el paraiso del profeta, abrazado á una hurí y respirando el tibio ambiente del amor. Valsar con una jamona de redondas formas, ojos rasgados, mirada provocativa y albo seno, es lo mismo que tomar un baño ruso. Valsar con una vieja apergaminada, de ojos blandos, labios caidos, mejillas revocadas con colorete y polvos de arroz, lazos en la cabeza y traje de arco iris, es lo mismo que recibir una paliza á traicion; porque, chicos, preciso es que os desengañeis: exceptuando el último ejemplo que os he puesto, valsar es tener un sueño de color de rosa, durante el cual se aprisiona á un ángel por la cintura; porque el vals,

como el *simoun*, lo arrolla todo, como el sol lo embellece todo, como la música lo armoniza todo.

ALEJ. Maldito exagerado. ¿Dónde te dejas las habaneras, ese baile que la indolencia americana ha trasportado á nuestra península?

ANIBAL. Las habaneras son la languidez sacando fuerzas de flaqueza. Los que las bailan sólo necesitan tres cosas: arrastrar los piés, menear los hombros y desmayarse el uno encima del otro. Prefiero el vals porque es más hermoso, más poético, más arrebatador; porque representa, en fin, una cosa: juventud. Pero, hablando del vals me olvido de mi amigo Rafael, á quien indudablemente estará desplumando el baron... Vuelvo al instante. (Aníbal entra en la habitacion de la derecha á tiempo que el dómine entra por el foro.)

ESCENA VIII.

ALEJANDRO, LUIS, D. DEOGRACIAS; poco despues la MARQUESA y SEÑORAS.

DEOG. Si las vueltas del vals duran un poco más, me caigo redondo. (D. Deogracias se sienta junto al balcon.)

LUIS. (Mirando al dómine.) Alejandro, tenemos entre nosotros un caballero del siglo pasado.

DEOG. Si yo fuese un poco susceptible, creeria que aquellos caballeritos se están riendo de mí. (Entran algunas Señoras y Caballeros rodeando á Luisa. Todos se fijan en el dómine, y fingen comentar en voz baja la facha de D. Deogracias.)

SEÑORA. Sí, es el mismo que hace poco se atrevió á decirme que mi Ederlinda no tenia educacion.

MARQ. ¡Será posible, querida condesa! Pero dispénsele usted: es un pobre dómine de lugar. (Se rien.)

DEOG. Pues señor, veo que el bello sexo hace coro al sexo feo para burlarse de mí, y en ese caso, y para que la noble Marquesa comprenda que yo no soy de los que se aturden, creo que convendria que les leyera algunos párrafos de la obra que debe inmortalizar mi nombre. (DON

Deogracias se levanta y se acerca al grupo saludando con mucha urbanidad.)

MARQ. (Me da miedo este hombre.)

DEOG. Señores mios, puesto que la casualidad los reune á ustedes en derredor mio como las moscas en derredor de la miel... (Todos rien y rodean al dómine.)

MARQ. (Ap. al dómine.) ¿Qué va usted á hacer?

DEOG. (Ap. á Luisa.) No tema usted. señora: ya sé que le ha dado usted calabazas. (Alzando la voz.) Pues como iba diciendo, ya que la casualidad los reune á ustedes aquí, voy, con el permiso de la señora Marquesa, á aprovechar esta ocasion para leerles algunos párrafos de una obra inédita escrita en mis ratos de ocio. (D. Deogracias saca un cuaderno voluminoso del bolsillo del pecho, y se prepara á leer con imperturbable tranquilidad.)

ALEJ. ¡La Vírgen nos asista!

JOVEN. Debe estar loco...

VOCES. ¡Silencio, silencio! (Todos rodean al dómine procurando contener la risa.)

MARQ. (Ap.) ¡Oh! ¡Qué noche tan horrible... ¡Qué va á decir este hombre!)

DEOG. (Abriendo el cuaderno, y despues de pasear una mireda desdeñosa en derredor suyo.) Amados oyentes. Mi obra es la narracion filosófica y analítica del daño que al hombre ha causado la mujer, desde aquella que se comió la primera manzana, hasta ustedes, señoras... y se tiula: «La mujer, ó el camino de la perdicion.»

LUIS. ¡Gran título?

ALEJ. ¡Sublime!

SEÑORA. ¡Que lea, que lea!

DEOG. Comienzo pues. (Lee.) «Prólogo á ellas. Aborrecidas lectoras: este libro está escrito por un solteron que os odia, que os huye y os teme más que al dolor de muelas y al cólera morbo. Para vosotras y contra vosotras lo ha escrito, porque, como dijo muy bien Salomon, «La mujer es más amarga que la muerte.» Los filósofos antiguos han hablado mucho de la mujer; los modernos

hablarán mucho más; porque, ¿qué se puede esperar de un sexo que, como ha dicho Milton, lo da todo ménos la felicidad, y que, segun Henode, lo mejor de él no vale nada!...»

VOCES. Bravo!,.. ¡Bravo!...

DEOG. (Lee.) «La mujer, segun nos ha dicho San Bernardo, tiene el diablo en el cuerpo: libraos, pues, de que os posea. ¡Guerra, pues, á las mujeres!... Vivid alerta, solterones que conservais la libertad; seres privilegiados á los que el nudo gordiano no obliga á doblar la cerviz. Recordad que las mujeres de Cartago enervaron el valor de los soldados de Aníbal. Que por Elena se despobló Grecia y se arruinó Troya. Que la primera que mintió en el mundo fué una mujer. (En este momento Rafael, que ha salido poco ántes con Arturo y Aníbal, se abre paso entre la multitud que rodea al dómine, le arrebata violentamente el cuaderno, y dice con acento conmovido:)

RAFAEL. ¡Basta! ¡Basta! Se está usted poniendo en ridículo. (Rafael arroja léjos de sí el manuscrito. El dómine, olvidándolo todo, pero aturdido, comienza á recoger las hojas de su cuaderno, demostrando la agitacion que le domina. Rafael le dirige una mirada compasiva. Todos rien y señalan á D. Deogracias como un objeto ridículo. Rafael no pudiendo resistir por más tiempo las burlas dirigidas á su preceptor, alza la frente con energía y dice con altivez:) Señores, no es noble burlarse de un anciano.

ARTURO. Tal maestro, tal discípulo.

RAFAEL. (Como buscando al que acaba de pronunciar esta frase.) ¡Ah! ¿Es usted, Baron, el que acaba de decir: «Tal maestro, tal discípulo?»

ARRURO. Es probable.

RAFAEL. ¡El que no respeta las canas, ni es honrado, ni caballero!

ARTURO. ¡Ah! ¿Oyen ustedes lo que me dice este franco hijo de la montaña? Verdaderamente es una desgracia para un partidario acérrimo de la buena forma, tropezar con un jóven educado en un pueblo, y que no conoce el valor

de las palabras.

RAFAEL. ¡Señor Baron!...

ARTURO. Usted no puede ofenderme; porque figúrense ustedes, que sin quererlo he matado una dorada ilusion del alma de este jóven, y ademas he tenido la suerte de ganarle al *ecarté* una cantidad en billetes de banco y otra que ha jugado de palabra, y es muy natural que el hombre que me debe un desengaño, y dinero ademas, busque un pretexto para insultarme, y si la suerte le es propicia vuelve á recuperar todo lo que ha perdido con una estocada.

RAFAEL. ¡Ah! ¡Conque es decir que usted cree que yo busco un lance para evitar el pago de una cantidad que debo!

ARTURO. Eso lo comprende hasta el más negado.

RAFAEL. ¡Miserable!... (Cogiendo bruscamente por el brazo á Arturo. Algunos amigos le separan, y conducen á Arturo hasta una puerta de la izquierda. Luisa, que pocos momentos ántes se ha dejado caer en una butaca, murmura en voz baja:)

MARQ. Ahora es indispensable abandonar la córte. (Algunas señoras la rodean hablando en voz baja.)

ALEJ. (Acercándose á Rafael.) Caballero, usted acaba de promover un escándalo en una casa que no es la suya... ya sabe usted lo que le toca. (Saluda y se dirige á donde está Luisa, con quien habla en voz baja.)

RAFAEL. (Bajando los ojos al suelo y como avergonzado.) ¡Ah! Se me despide, se me arroja de aquí.

DEOG. (Acercándose á Rafael con profundo sentimiento.) Sí, hijo mio, salgamos de esta casa... Tu madre te espera; bajo el honrado techo de tu hogar no existe la mentira. Allí solamente hallarás la felicidad, porque allí no tienen cabida las mujeres que mandan asesinar á sus esposos en paises extranjeros.

RAFAEL. Señores, se me despide de esta casa: sin embargo, yo he sido el insultado. Aquel de ustedes que se atreva á decirle á Arturo del Romeral, en mi nombre, que es un miserable jugador de ventaja, que abusa de la debilidad de una mujer, le quedaré reconocido toda mi vida.

ANIBAL. ¡Oh!... Lo que es eso, descuida; yo no le debo nada, y se lo diré con todas las letras, añadiendo algo de mi cosecha; pero salgamos de esta casa. (Rafael y Anibal se dirigen hácia el foro, despidiéndose al paso de algunos amigos. Animacion general como si todo el mundo comentara el escándalo que acaba de acontecer, dejando á la Marquesa sola.)

DEOG. (Acercándose á Luisa y con marcada intencion.) Si la señora Marquesa no abandona mañana la córte, pasado mañana, bajo la responsabilidad de un hombre honrado, los periódicos publicarán los nombres de los asesinos del marqués de Lorentini, muerto en la via Appia, sobre las gradas del sepulcro de Scipcion. (Luisa se queda como desvanecida. El dómine cruza por en medio de la gente con desdeñosa altivez, etc., etc., etc.)

FIN DEL ACTO TERCERO.

ACTO CUARTO.

Habitacion elegantemente amueblada, pero con visible desórden. En el centro se halla una mesa servida para el almuerzo. Al levantarse el telon, un Criado se halla tumbado en una butaca fumando en una inmensa pipa, y saboreando con alguna frecuencia una copa de rom que tiene colocada en un velador que se halla junto á la butaca.

ESCENA PRIMERA.

RAMON sentado en una butaca, D. DEOGRACIAS entrando por el foro.

CRIADO. ¡Calla! ¿Es usted, señor don Deogracias?

DEOG. Ramon: tú eres un muchacho para el cual no hay secretos en la casa. De sobra sabes el interés que me tomo por el señorito Rafael... así es que deseo me enteres de todo lo ocurrido durante mi ausencia.

CRIADO. ¡Ah, señor don Deogracias! Esto va mal... muy mal.

DEOG. ¿Sí?... Pues me alegro de todo corazon.

CRIADO. Se alegra usted de que no tenga un cuarto...

DEOG. Pues ya lo creo... así me lo llevaré al pueblo.

CRIADO. Pero es que yo le he oido decir que su padre...

DEOG. Efectivamente, don Pedro ha prohibido allá en el pueblo que en su casa se pronuncie el nombre de Rafael; pero la órden de un padre queda anulada con la presencia del hijo.

CRIADO. Eso es lo que digo yo, los padres...

DEOG. Todos son de la misma manera; ponen cara de perro de presa; pero menean la cola y se les conoce la alegría del corazon.

CRIADO. ¡Qué talento tiene usted, señor don Deogracias!

DEOG. Más que tú; pero no se trata ahora de mi talento: se trata de Rafael. ¿Está en casa?

CRIADO. No señor.

DEOG. ¡Ah! Veamos, ha madrugado y salió á dar un paseo.

CRIADO. No señor.

DEOG. ¿Cómo?

CRIADO. El señorito no ha dormido en casa.

DEOG. ¿Durmió fuera, eh?

CRIADO. Siempre.

DEOG. Me parece bien. ¿Eso quiere decir que Rafael juega?

CRIADO. Sí, pero ahora, como ya no le queda más que lo puesto...

DEOG. (Paseándose por la escena y hablando consigo mismo.) Dice Séneca que «consuelo es en las grandes desgracias el que no sobrevengan otras mayores.»—¡Bah, quién sabe si esto será una fortuna para Rafael!

CRIADO. (Estoy seguro que ahora cavila el vejete un pensamiento salvador. ¡Tiene mucho de aquí!) (Dándose una palmada en la frente.)

DEOG. Rafael es bueno... (Continuando sus paseos.) Tiene un corazon de oro, como vulgarmente se dice: es imposible por lo tanto que desoiga esta vez los ruegos de su madre... Bien es verdad que don Pedro está justamente indignado; pero no creo del todo difícil la reconciliacion... (Llaman á la puerta. El Criado se dirige á abrir. Don Deogracias le hace señas para que se detenga, y le dice en voz baja.) Nadie ha de saber que yo he llegado, ¿lo entiendes? Tengo un plan, y confio en tu silencio. Toma. (Le da una moneda. El Criado se coge los labios con los dedos índice y pulgar, indicando que no hablará.) Corriente, yo voy á esconderme en tu cuarto. (Entra por la puerta de la izquierda. El Criado abre la del foro.)

ESCENA II.

El CRIADO, ANÍBAL; éste tira la capa sobre una silla, coge un cigarro, se sienta en una butaca junto á la chimenea con todo el desembarazo de un amigo íntimo, y dice:

ANIBAL. ¿Y Rafael?

CRIADO. Aún no ha venido.

ANIBAL. ¿Está todo dispuesto?

CRIADO. Todo.

ANIBAL. ¿Vino el usurero?

CRIADO. Muy temprano; reconoció los muebles, y me dijo que le recordara al señorito que hoy cumplia el plazo.

ANIBAL. Sí, hoy es el dia en que debe recoger su botin. Á ver, añade un tronco á la chimenea: hace un frio horrible. (El Criado obedece. Llaman á la puerta del foro: poco despues entra Rafael más pálido que da costumbre, la barba á medio crecer, y el traje en desórden, como hombre que se ocupa poco de sí mismo.)

ESCENA III.

DICHOS, RAFAEL.

RAFAEL. (Sentándose junto á Aníbal.) ¿Está á punto el almuerzo?

CRIADO. Sí, señor; como son fiambres, se halla todo colocado en la mesa.

RAFAEL. Pues bien, vete... nosotros nos serviremos; cuando vengan los amigos, hazles entrar. (Váse el Criado por el foro.)

ESCENA IV.

ANÍBAL, RAFAEL.

ANIBAL. (Despues de contemplar un momento á Rafael, que permanece con la mirada en la llama de la chimenea, se levanta, coge una botella y dos copas, las coloca sobre el velador que tiene al lado, las llena y dice.) Bebe, es Medoc de primera. (Rafael bebe la copa de un solo trago. Aníbal saca un cigarro de la petaca.)

Fuma, son los últimos imperiales de nuestro formidable ejército. (Rafael enciende el cigarro.) Levanta esa frente; el huracan, por terrible que sea, no debe nunca amedrentar al piloto. La desgracia es ménos tenaz cuando se recibe con una carcajada homérica. El que tiene frio y se levanta el cuello de la levita, no logra por eso entrar en calor, pero en cambio todo el mundo dice señalándole con el dedo: «Ese hombre tiene frio.»

RAFAEL. Luisa ha abandonado la córte.

ANIBAL. Tanto mejor; porque yo supongo que la desprecias.

RAFAEL. ¡Oh, sí, con toda mi alma! Sólo un amor preocupa m espíritu, llena mi corazon: el amor de mi madre.

ANIBAL. Ese amor es el más sólido, el más verdadero de todos los amores de la tierra.

RAFAEL. Pero tal vez no la vea nunca: mi padre me ha cerrado la puerta de su casa. (Va á coger una copa, y Aníbal le detiene.)

ANIBAL. El mucho vino ántes de la comida quita el apetetito. ¿Sabes que á tu rival le amputaron anoche el brazo?

RAFAEL. Qué me importa ese hombre?

ANIBAL. Sin embargo, manco y todo tengo la seguridad que sé vengará.

RAFAEL. ¡Bah! Me ocupo poco de lo que pueda hacer el señor Baron.

ANIBAL. Anoche fué á visitarle nuestro amigo Luis. Arturo procuró averiguar si tú tenias intencion de abandonar la córte: sin duda cree que aprovechándote de su enfermedad tratas de reunirte en Italia con Luisa. Él ignora que tú desprecias á esa mujer.

RAFAEL. El recuerdo de la Marquesa queda en mi memoria como uno de esos dias de borrasca en que ha corrido peligro nuestra vida. Anoche perdí el último duro; estoy abrumado de deudas; dentro de poco me arrojarán de esta casa, y mañana tal vez no tenga donde dormir.

ANIBAL. Alto... soy un modesto estudiante, sujeto á la tiránica pension de un padre; pero tengo un cuarto que será desde mañana nuestro nido.

RAFAEL. Gracias, Aníbal.

ANIBAL. Además, tu madre te recibirá con los brazos abiertos tan pronto como te vea llegar arrepentido á las puertas del hogar doméstico.

RAFAEL. ¿Olvidas la última carta de mi padre? ¿No recuerdas que me prohibia pisar los dinteles de su casa?

ANIBAL. ¿Pero y el célebre talisman que te dió tu madre cuando saliste del pueblo?

RAFAEL. Lo llevo siempre sobre mi pecho. Es para mí un secreto todavía.

ANIBAL. Trae, veamos...

RAFAEL. No, no, quiero seguir los consejos de mi madre. Aún me queda tu amistad, Aníbal, aún no lo he perdido todo.

ANIBAL. Bien, como quieras; pero prométeme que al ménos durante el almuerzo desecharás esa melancolía que te consume.

RAFAEL. Haré un esfuerzo por complacerte. (Llaman á la puerta del foro.)

ANIBAL. Ahí están los convidados. (Entran por el foro Luis y Alejandro.)

ESCENA V.

DICHOS, ALEJANDRO, LUIS.

ALEJ. ¡Hosana! ¡Hosana! (Entrando.)

ANIBAL. ¡Aleluya! ¡Aleluya! Ilustres perezosos.

LUIS. Salud al anfitrion.

RAFAEL. Á la mesa, señores. (Se sientan.)

ANIBAL. Sí, á la mesa, que tengo un hambre que bien podia tomarse por dos.

RAFAEL. Os prevengo que tendremos que servirnos nosotros mismos. Como veis, el almuerzo es fiambre.

ANIBAL. Para comer, sólo se necesita comida.

RAFAEL. Y apetito.

ANIBAL. Eso se tiene siempre á nuestra edad.

RAFAEL. ¡Bebamos!

ANIBAL. Rechazo el despotismo: cada uno que haga lo que le diere la gana.

ALEJ. ¡Hola! Veo Champaña. Lo celebro.

ANIBAL. ¡Estúpido! ¿Crees que se despide de la vida de rico una persona decente á palo seco y con vino Peleon?

RAFAEL. Yo, en materia de vinos, estoy por los viejos.

ANIBAL. Yo por todos, siendo buenos; lo mismo me sucede con las mujeres. Á propósito de mujeres: ¿no sabeis el gran descubrimiento que acaban de hacer los franceses?

RAFAEL. ¡No faltarán traductores que lo arreglen al teatro español!

LUIS. ¿Qué descubrimiento es ese?

ANIBAL. Que las mujeres rubias son las más apasionadas, y los hombres calvos los más tontos.

RAFAEL. Pido que Aníbal salude como es debido al bullicioso Champaña.

ANIBAL. Pues preparad las copas. (Sirve vino á todos.) ¡Oh Champaña! Á tí te sirven en búcaros de cristal, porque eres el ramillete de las bodegas. Si tuvieras el don funesto de matar como la morfina y el arsénico, yo siempre estaria dispuesto á envenenarme. Tú eres el vino del amor y de la alegría; los héroes de Homero fueron unos pobretes, pues no tuvieron la inmensa felicidad de saborearte. Yo no sé cómo los traductores de la *Iliada* no han cambiado algunas letras, escribiendo Champaña en vez de... no recuerdo ahora el vino que bebieron Aquiles, Agamenon y Héctor; en cuanto al vino que trastornó la cabeza de Elena, se llamaba Páris. No lo he bebido nunca.

LUIS.
ALEJ. } ¡Bravo! ¡Bravo!

RAFAEL. Eres un exagerado: el Jerez seco es el rey de los vinos.

ANIBAL. Rafael, creo que te falta el cuarto sentido corporal.

RAFAEL. Eso es un insulto que salta de una boca convertida en botella de Champaña.

ANIBAL. Dí lo que quieras; yo, como Aquiles, soy invulnerable. (Cogiendo una botella y estrechándola contra su corazon.) ¡Ven,

amada mia; tú sólo comprendes la esquisita sensibilidad de mi alma! ¡Ven; como Salomon, te escribiré un cantar de cantares! ¡Ven, oh tú, botella fragante, como la rosa de Saron y el lirio del valle! ¡Qué hermosa eres, amada mia! ¡Ven conmigo á las cumbres de Shenir y de Hermon! ¡Cuán bellos son tus amores! La fragancia de tus perfumes cura todos mis males. Tú eres mejor que el nardo, que el incienso, que el sinamomo, que la mirra y el óleo. Tú... tú... tú... tú... (Bebe con la misma botella imitando el toque de la trompeta.)

ALEJ. ¡Já! ¡já! ¡ja!

LUIS. ¡Que calle el orador!

RAFAEL. Chico, cuando estás borracho, tienes talento.

ALEJ. ¿Hablas en verso ó me bebo tu vino? (Bebiéndose el vino.)

LUIS. Señores, se me ocurre una cosa. Festin sin Vénus á entierro me huele, como dice el refran.

RAFAEL. Eso no es refran.

LUIS. Pero puede serlo.

ANIBAL. Tiene razon Luis: que venga Vénus, la necesitamos, nos conviene. ¡Vénus ó la muerte! Como hubiera dicho un ciudadano del tiempo del terror.

LUIS.
RAFAEL. } ¡Vénus ó la muerte!
ALEJ.

(En este momento se abre la puerta del foro y aparece D. Deogracias. Asombro general que termina en una carcajada, exceptuando Rafael que se apoya en la mesa para no caerse.)

ESCENA VI.

DICHOS, D. DEOGRACIAS.

ANIBAL. Pediais á Venús, y se os aparece la sombra del rey de Dinamarca vestido de levita. Una copa para la antorcha de Aragon, para el Séneca del Moncayo.

RAFAEL. Querido preceptor. (Sin moverse del sitio. D. Deogracias avanza unos cuantos pasos hasta colocarse en medio de los jóve-

nes. Su aspecto grave y bondadoso impone por un momento respetuoso silencio.)

DEOG. Mi presencia tal vez será una molestia para ustedes: porque un viejo representa la muerte, la falta de vida, de calor, de animacion, y la juventud no gusta de mirar lo pasado ni ocuparse de lo porvenir. Su vida es el presente, ¿no es verdad, señores? El placer lo absorbe todo: los deberes se olvidan con los goces; la orgía apaga el grito de la razon. Son ustedes jóvenes, hacen bien en divertirse. ¿Qué importan las lágrimas del prójimo cuando se tiene un pañuelo para enjugarlas? Nada.

ANIBAL. Querido preceptor, usted ha producido el efecto de un entreacto largo en una comedia de interés. Nos ha enfriado. (Despues de abarcar con una mirada el aspecto taciturno de sus amigos, coge una copa y dice:) Brindo por la moralidad, por la gravedad y por la longanimidad del leviton del dómine. (Luis y Alejandro cogen las copas: Rafael vacila; pero D. Deogracias, acercándose á la mesa llena dos vasos y presenta uno á su discípulo.)

DEOG. (Con el vaso en la mano.) Sí, sí, señores; es preciso brindar, es preciso reir, es preciso aprovecharse de los pocos momentos de luz que alumbran las tiniebas de la vida. (Colocándose en medio de los jóvenes y chocando el cristal de los vasos.) Brindo por la tranquilidad de la familia, por la alegría del hogar doméstico, por la honradez de los hijos pródigos que se arrepienten; brindo, en fin, por la paz de las madres que lloran eternamente la ingratitud de aquellos que alimentaron con el jugo de sus pechos. (D. Deogracias apura la copa de un solo trago. Aníbal, Luis y Alejandro no beben. Rafael se apoya en una butaca derramando el vino.)

ANIBAL. ¿Á que nos hace llorar á todos este señor?

DEOG. ¡Llorar! ¿Conocen ustedes por ventura la sublime virtud de las lágrimas? ¡Ah! Veo que no se han atrevido ustedes á brindar por las madres, por esas pobres mártires del hogar, fuentes inagotables de ternura que aman sin otra recompensa que el dolor que produce la

ingratitud... ¿Son ustedes expósitos, señores? ¿Por qué no brindan por las madres? Rafael, brinda por la tuya. (Rafael coge la copa y bebe.) Y ustedes, caballeros, ya que tantas veces habrán brindado por el vicio, brinden al ménos una sola por la virtud. (Todos cogen las copas, á cuyo tiempo aparece en la puerta del foro un caballero.)

ESCENA VII.

DICHOS, un INSPECTOR.

INSP. ¿Don Rafael Mendoza?

RAFAEL. Yo soy, caballero.

INSP. El señor baron de la Palma acusa á usted como autor de la herida que le tiene postrado en el lecho. (Aníbal, Rafael, y sus dos amigos se miran con asombro, luchando por un momento con los vapores del vino, que les preocupa; D. Deogracias, como no explicándose lo que acaba de oir, parece preguntar con una mirada á Rafael. Este guarda silencio, y el dómine, acercándose al Inspector, le dice con interés.)

DEOG. ¿Qué es lo que usted dice, caballero?

INSP. Que el señor Baron está gravemente herido, y vengo á llevarme á ese jóven en nombre de la ley.

DEOG. ¡Preso!

RAFAEL. ¡Á mí! ¡Ah, madre mia! (Como si en este momento recordara el talisman de su madre; se aparta unos cuantos pasos del grupo, saca el relicario, lo abre, encuentra un papel que lee para sí con agitacion.)

DEOG. (Apoyándose en una butaca y cubriéndose la cara con las manos.) ¡Oh qué vergüenza! ¡Preso... que su madre no lo sepa nunca!

ANIBAL. (Que figura haber luchado para sacudirse la pesadez que produce el vino, exclama.) No, eso no es verdad: el Baron miente; no ha sido un asesinato: ha sido un duelo á toda ley; yo fuí testigo, y los señores tambien.

INSP. Cuidado con lo que ustedes dicen. El Código tiene marcados sus años de presidio para los padrinos de un desafío. (Aníbal, Alejandro y Luis permanecen anonadados

al escuchar las palabras del Inspector. El estado en que se encuentran les obliga á dejarse caer en un sofá, etc., etc.)

RAFAEL. ¡Solo!... (Guardando el ralicario en su pecho.) ¡Abandonado!... ¡Madre mia, yo te juro que tu precioso talisman será mi salvacion, pues él ha infundido en mi alma la fe que comenzaba á abandonarme. (Dirigiéndose al Inspector.) Vamos. (Vánse por el foro.)

DEOG. ¡Preso! ¡Él en una cárcel ¡Mi pobre discípulo entre criminales, entre bandidos, entre asesinos!... Si su madre lo supiera se moriria de dolor... Pero yo no debo abandonarle. ¡Rafael! ¡Rafael! Espera, yo quiero compartir contigo todos los rigores que el infortunio te depara. Si la ley castiga tu culpa con una cadena, yo seré tu compañero de presidio. (Desaparece precipitadamente por el foro.)

FIN DEL ACTO CUARTO.

ACTO QUINTO.

La misma decoracion del acto primero. Es de noche. Algunos troncos arden en el hogar.

ESCENA PRIMERA.

Al levantarse el telon D. DEOGRACIAS aparece sentado junto al hogar calentándose. Por el foro pasan algunos Aldeanos de ambos sexos con guitarras, zambombas y panderetas. Mucha algazara: la que se acostumbra la noche del 24 de Diciembre.

DEOG. El mundo no es otra cosa que una inmensa jaula de locos más ó ménos pacíficos... En la calle la alegría, es decir, la luz... en esta casa el dolor, es decir, las tinieblas... La vida es un gemido de agonía coreado de vez en cuando con una carcajada de placer... ¡Pobre humanidad!

ESCENA II.

DEOGRACIAS, ANÍBAL, por el foro.

ANIBAL. Buenas noches, querido preceptor.

DEOG. (Se levanta y conduce á Aníbal á un extremo del teatro.) Vamos á ver. ¿Has tenido carta?

ANIBAL. Y buenas noticias. Rafael saldrá muy en breve del Saladero. El baron, ya restablecido, creo que piensa marcharse á Italia á reunirse con la Marquesa.

DEOG. Permita Dios que no vuelvan nunca por este pueblo...

ANIBAL. Pero vamos á otra cosa. ¿Cuándo sale usted para Madrid?

DEOG. Mañana en cuanto amanezca: aprovecharé estos dias de vacaciones para ver á Rafael. ¡Oh! ¡Si pudiera traérmele! ¡Qué alegría tan inmensa para su pobre madre!

ANIBAL. Por supuesto que doña María ignora...

DEOG. Está claro: se moriria de pena si supiera que su hijo se halla en la cárcel.

ANIBAL. ¡Pobre Rafael! Ha sido bien desgraciado... ¡Oh! Cuando pienso que yo he contribuido...

DEOG. Dichoso el que se arrepiente, Aníbal. Feliz el que retrocede á tiempo en el camino de la perdicion.

ANIBAL. ¿No me guarda usted rencor?

DEOG. Tú has sido un leal amigo de Rafael en su desgracia, y eso lo borra todo.

ANIBAL. ¿Cree usted que don Pedro perdonará á su hijo?

DEOG. Los padres siempre perdonan.

ANIBAL. Así sea. Mañana partiremos juntos. Yo he terminado mis negocios en este pueblo, de donde saldré para no volver jamás.

DEOG. Pues bien, disponlo todo y espérame á las cinco de la mañana junto á la Cruz; no quiero que te vea don Pedro.

ANIBAL. Sí, tiene usted razon. Yo tambien quiero evitar su presencia.

DEOG. (Acompañando á Aníbal hasta la puerta.) Adios, hijo mio, hasta mañana. (Váse Aníbal.)

ESCENA III.

D. DEOGRACIAS, solo

El aturdido Aníbal es de los pocos jóvenes que escarmientan en cabeza agena. Desde la memorable noche en

que Rafael cayó en poder de la justicia, tengo remordimientos de haberle juzgado mal. Yo le creia un malvado cuando sólo era un aturdido.

ESCENA IV.

D. DEOGRACIAS, DOÑA MARÍA, con un papel en la mano; ROMUALDO, con una maleta.

MARIA. ¿Está usted solo?

DEOG. Sí señora. ¿Qué ocurre?

MARIA. Pues entónces, mientras yo termino la carta, puede usted meter la ropa blanca en la maleta.

DEOG. Bien... bien, escriba usted con toda tranquilidad; y tú, Romualdo, desde la puerta puedes estar de acecho viendo si don Pedro sale de la botica, y en cuanto asome dás la voz de alarma, para que podamos recoger los bártulos. (Romualdo se coloca en la puerta del foro mirando hácia la calle. Doña María se sienta junto á una mesa, y escribe. D. Deogracias arregla la maleta sacando alguna ropa de los cajones de la cómoda.)

MARIA. ¿Cree usted que conseguiremos traerle á casa?... (Sigue escribiendo.)

DEOG. Señora, yo en esta ocasion digo como el divino Julio César, poco ántes de la batalla de Farsalia: «El imperio ó la tumba:» es decir: ó me traigo al chico ó me quedo con él; yo no le abandono.

MARIA. ¡Qué bueno es usted para con nosotros!

DEOG. ¡Cá! No señora... Ustedes se han empeñado en decir que yo soy bueno, y no hay tal cosa. Mi amor propio, es decir, ese enemigo inconveniente y calumniador del individuo, está interesado en que esa oveja descarriada regrese á su redil, y ahí está todo. Por eso, lo que ustedes creen bondad, no es otra cosa que vanidad.

MARIA. Será lo que usted quiera, con tal de que mañana parta usted...

DEOG. En cuanto amanezca.

MARIA. ¡Un año sin verle! ¡Me parece increible! ¡Débe estar tan desmejorado!...

DEOG. El chico no está muy gordo que digamos... y luégo, como se ha dejado toda la barba...

MARIA. ¡Toda la barba! ¡Eso no le sentará bien!

DEOG. En Madrid es una moda que tiene muchos afiliados. Todos los perezosos, con perdon de los que la usan.

MARIA. ¿Vivirá en una casa decente?

DEOG. ¡Decente! ¡Vaya si es decente! (¡Como que tiene guardia á la puerta!)

MARIA. ¿Tendrá amigos? ¿Se tratará con personas distinguidas?

DEOG. ¡Si tiene!... ¡Tú, tú, tú, tú! Ya lo creo... (¡Pobre madre! ¡Si supiera entre qué gente se halla su hijo!...)

MARIA. ¡Ingrato!... Mientras él está disfrutando de la vida alegre y bulliciosa de la córte...

DEOG. No... No se divierte mucho... Sale poco de casa...

MARIA. ¿Está enfermo tal vez?...

DEOG. No, pero tiene unos vecinos tan amables... tan cariñosos, que se pasa los dias sin salir... pero ahora, cuando yo vaya y pague por él algunos piquillos...

MARIA. ¡Dios mio! ¡Qué vergüenza! ¡Deber!...

DEOG. Aquí en Aragon, efectivamente, el que no paga es mirado con malos ojos. Pero en Madrid, es lo más natural del mundo... el que debe demuestra que tiene crédito, y el crédito es la mejor garantía del individuo.

MARIA. ¡Ah! No olvide usted que si necesita más dinero...

DEOG. Ya escribiré en ese caso.

MARIA. ¡Cuántas lágrimas! ¡Cuántas noches de insomnio nos hubiera ahorrado si!...

DEOG. Á lo hecho, pecho... Las lecciones que da el mundo suelen costar caras, pero son provechosas. La experiencia es un gran libro, y en sus páginas suele alguna vez encontrarse el secreto para pasarlo ménos mal en la vejez.

MARIA. ¡Usted es mi esperanza!

DEOG. Usted me honra mucho; pero terminemos: el toque de ánimas no puede tardar, y á esa hora los tertulianos

abandonan la botica.

MARIA. ¡Sí, ya he terminado!

DEOG. Pues venga, y á la maleta con ella.

MARIA. Ántes desearia que usted la oyera. Tal vez no he dicho lo bastante para convencerle, y usted que es un sabio...

DEOG. Usted me distingue demasiado...

MARIA. Le recuerdo un episodio de su infancia.

DEOG. Oigamos el episodio. (María lee en voz baja, pero con sentida entonacion, lo que sigue:)

MARIA. (Lee.) «Rafael, hijo mio, ¿te acuerdas de una tarde de verano en que paseábamos juntos por la pradera de los Álamos? Tú tenias diez años; te hallabas fatigado, é indicaste que querias sentarte junto á una fuente; yo accedí, porque complacerte ha sido el afan incesante de mi vida. Sobre nuestras cabezas extendia sus apiñadas ramas un árbol frondoso; entre sus hojas arrullaba melancólicamente una tórtola. ¿Por qué canta esa avecilla con tan lastimero tono? Me preguntaste. Yo alcé los ojos y ví un nido abandonado. El ave cantadora lloraba la ausencia de sus ingratos hijos que, ansiando probar la fuerza de sus débiles alas, habian abandonado el nido maternal para admirar los cambiantes colores del espacio y los refulgentes rayos del sol. Todas las tardes íbamos á sentarnos al pie del árbol, como atraidos por el lastimero arrullo de la tórtola. Luégo vinò el otoño; cayeron las hojas de los árboles; el viento frio del invierno entumeció los delicados miembros de la madre cantora, y un dia, abandonando aquella tienda de flotantes ramas en donde habia arrullado al amor y la ingratitud, se dispuso para emprender un viaje muy largo: remontó su vuelo, encaminóse á la costa, cruzó los mares, y fué á posarse, fatigada, en los desiertos bosques de África... pero siempre llorando por sus hijos... ¡Rafael! ¡Rafael!... En tu hogar doméstico se halla vacío el nido que tú ocupabas; yo lloro sin cesar como la triste avecilla de la pradera. ¡Vuelve, hijo mio, vuelve á mis brazos! Tu pobre madre no quiere emprender el

camino de la eternidad, sin que el calor de tus besos cierren sus párpados yertos por el frio de la muerte. Tú eres desgraciado; una mujer ha despedazado tu inocente corazon. Hora es ya de que recurras á mi talisman, que recuerdes mis palabras, y que te acojas al último consuelo de los hijos infortunados. Tu padre te ama, te espera y sufre, y tu madre no puede hallar la felicidad sin verte á su lado.»

DEOG. (Enjugándose las lágrimas y de mal humor.) ¡Vaya una ocurrencia! ¡Leerme esa cartita á estas horas para que no pueda dormir en toda la noche!

MARIA. ¿Cree usted que Rafael vendrá cuando la lea?

DEOG. ¡Está claro que vendrá! ¡No faltaba más! ¡Vendrá, sí, señora! Se le ha ocurrido á usted poner un recuerdo de la infancia, y la tortilla... y... en fin, hasta yo, que soy un solteron egoista, que vivo sólo como el hongo, que por nada me intereso, que todo me es indiferente... que tengo el corazon duro como el yunque de un herrero, casi, casi me he enternecido. (Se enjuga las lágrimas.)

MARIA. Mi carta convencerá á mi hijo. Veo las lágrimas en los ojos de usted, y...

DEOG. Yo... llorar... ¡Cá! No, señora, yo no he llorado nunca; eso seria una debilidad ridícula... Pues no faltaba más sino que me hiciera llorar una mujer, cuando he empleado cuarenta años de mi vida en hablar mal de ellas.

MARIA. Y sin embargo, una mujer le llevó en su seno, le alimentó con el jugo de sus pechos, y le abrigó con el calor de sus brazos durante las noches de invierno: esa mujer era su madre. La historia del mundo podrá consignar como un baldon las infamias de algunas mujeres degradadas; pero el hombre de inteligencia y de corazon que escriba la historia de las madres, hará un bien á la humanidad derrotando á esos rebuscadores de crímenes que se ceban en el sexo débil. Créame usted, don Deogracias: el libro que usted ha escrito es indigno

de un hombre tan bueno, tan honrado, tan condescendiente y tan sabio como usted. (D. Deogracias se queda pensativo.)

ROM. (Entrando precipitadamente.) Señora, don Pedro sale de la botica.

MARIA. (Á D. Deogracias.) Tome usted la carta. Tú, Romualdo, esconde esa maleta en el cuarto de Rafael. (Romualdo coge la maleta y desaparece por una de las puertas laterales. Doña María se sienta junto al hogar, y coge un libro y se pone á leer. D. Deogracias se sienta junto á una mesa, saca su manuscrito del bolsillo, y se pone á corregir.)

DEOG. (Como meditando.) Las madres son la gran clase de la sociedad. ¿Habré perdido el tiempo lastimosamente?

ESCENA V.

DICHOS, D. PEDRO, por el foro.

PEDRO. Buenas noches, María; don Deogracias, buenas noches.

DEOG. Santas y buenas, señor don Pedro.

MARIA. (Sale al encuentro de su marido, le quita la capa y le coloca el sillon.) ¿Qué tienes, Pedro?

PEDRO. ¿Lo sé yo por ventura? Cuando vienen estas largas veladas de Diciembre; cuando la nieve cae silenciosa sobre la alta cumbre de los cercanos montes... me pongo triste... no me hallo bien... me falta algo.

MARIA. Nos falta Rafael, ¿no es verdad, Pedro?

PEDRO. María, los hijos son ingratos.

MARIA. Dí más bien que aturdidos. La poca experiencia les hace cometer faltas involuntarias.

DEOG. (Es claro: doña María tiene razon, mi libro es parcial. Si saco á plaza las infamias de Atalia, Aspasia y Thamar, ¿por qué me dejo en el tintero las bellezas morales de Débora, Lucrecia y Ester? (Sigue preocupado. Se oye el toque de ánimas bastante lejano. Todos se ponen en pie y se descubren. Romualdo, que sale por una de las puertas laterales, se queda parado y se descubre tambien.)

MARIA. ¡Las ánimas! Recemos la oracion de los muertos. (Pau-

sa.) Sin olvidar á los vivos. (Por mi hijo.)

DEOG. (Por mi discípulo.)

PEDRO. (Por Rafael.) (Pausa.) Romualdo, avisa á la gente. María, convoca á los pobres. (Doña María toca la campana de la puerta del foro. Romualdo sale con cuatro ó seis Labradores por una de las puertas laterales.)

ESCENA VI.

D. PEDRO, MARÍA, D. DEOGRACIAS, ROMUALDO y JORNALEROS, poco despues RAFAEL.

PEDRO. Buenas noches. (Á los trabajadores.) Don Deogracias, María, los muchachos esperan. (Todos se sientan alrededor de la mesa. D. Pedro ocupa el sitio de preferencia; doña María á su derecha; á la izquierda quedan dos sitios desocupados que son los de los pobres, y al extremo de la mesa otro.)

PEDRO. ¿Por qué está vacío el sitio de Leandro el Pastor?...

ROM. Porque esta noche se queda en la paridera; el frio ha atraido algunos lobos á nuestra comarca, y quiere cuidar del ganado.

PEDRO. María, mañana dispondrás que se dé á Leandro un capote burdo y dos pieles de oveja.

ROM. (¡Qué buen amo!... Se acuerda hasta del último de sus criados.) (Una Criada coloca sobre la mesa un caldero, y se queda algo apartada.)

PEDRO. Don Deogracias, bendiga usted la vianda, y cenemos en gracia de Dios.

DEOG. (Levantándose y extendiendo el brazo.) En el nombre del Padre... (En este momento aparece Rafael en la puerta del foro, cubierto de polvo, la barba crecida y el traje ajado. Debe vestir de gaban, aunque bastante usado. Lleva el sombrero en la mano.)

RAFAEL. La paz de Dios sea en esta santa casa. (Desde el foro. La voz de Rafael es reconocida al momento por la madre, la cual va á lanzar un grito que detiene la mirada enérgica de su esposo. D. Deogracias, sorprendido, con la mano extendida sobre la mesa, se vuelve para mirar al foro, pero D. Pedro le indica que no

se mueva, y se deja caer en la silla sin saber lo que le pasa.)

MARIA. ¡Ah!

PEDRO. (En voz baja.) ¡Silenció, María, silencio!

DEOG. (¡Es él!) (Cae sobre su asiento.)

PEDRO. (Despues de reponerse, con voz tranquila.) ¿Qué se ofrece, buen hombre?

RAFAEL. (Desde el foro.) Soy un pobre caminante que va en busca del último consuelo de su vida. Me hallaba fatigado, y me senté para reponer mis fuerzas al pie de la cruz de piedro que se encuentra á la entrada del pueblo. Á mis oidos llegaban empujados por el viento frio de la noche las vibraciones de una campana, cuando una mujer quo por allí pasaba, viéndome solo con mi dolor, me dijo soñalándome con su mano esta puerta:—Aquella es la casa de la caridad: esa campana que has oido te anuncia que sus honrados dueños te ofrecen un sitio en su mesa y un lecho en su hogar hospitalario.—Si me han engañado, volveré á emprender mi camino sin desplegar los labios. Si es verdad lo que me dijeron, yo besaré la mano caritativa que remedia las necesidades de este infortunado.

MARIA. ¡Pedro! ¡Pedro! (En voz baja.)

PEDRO. ¡Silencio he dicho! (Id.)

DEOG. (Yo voy á estallar.)

PEDRO. Te han dicho la verdad. Este es tu sitio. (Indícale el que está á su lado. Rafael cruza el teatro pausadamente, mirando á su madre: en este momento de pausa se oye otra vez la algazara de las guitarras, pero bastante léjos.)

RAFAEL. ¡Ah! Este sitio es demasiado honroso para mí: aquel es el que me corresponde. (Se sienta en el último sitio de la mesa. Pausa. Se pierde á lo léjos el ruido de las guitarras.)

PEDRO. ¿Tienes familia? Hermano.

RAFAEL. ¡Oh! Sí. Tengo padres, y mi único deseo es alcanzar su perdon, porque les he ofendido mucho; y para lograrlo, espero recordarle á la que me llevó en sus entrañas, que cuando me creia abandonado de Dios y de los hombres, recurrí á su precioso talisman, y la espe-

ranza volvió á renacer en mi corazon.

PEDRO. ¿Un talisman? (Mirando á María.)

RAFAEL. Sí; mi madre me dijo al depositar el beso de despedida sobre mi frente:—Hijo, cuando nada te quede, cuando te halles sólo con tu dolor, abre este escapulario que cuelgo ahora de tu cuello; y si tienes fe, la felicidad volverá á renacer en tu corazon: porque este talisman encierra las palabras de Dios empapadas con las lágrimas de una madre.

PEDRO. ¿Y esas palabras?...

RAFAEL. (Levantádose.) Dice así: (Saca el relicario, y de este una hoja de papel impreso, y lee.)—«Un padre tuvo dos hijos. El »menor de ellos pidió la parte de la hacienda que le »correspondia, y el padre se la dió; y se fué léjos, á »una ciudad opulenta; y allí malgastó toda su fortuna »viviendo disolutamente, y tuvo hambre, y frio, y se »vió abandonado de Dios y de los hombres; y su miseria »fué tanta que se apartaron de su lado, como si fuera »un leproso, los mismos que le adulaban en tiempo de »su prosperidad. Mas un dia Dios le tocó en el corazon »y se dijo: ¡Cuántos jornaleros, en la casa de mi padre, »tienen el pan de sobra, y yo estoy muriendo de ham»bre! Me levantaré é iré á mi padre y le diré: Padre, yo »pequé contra el cielo y delante de tí, yo no soy digno »de llamarme tu hijo. Hazme el último de tus jorna»leros.»

PEDRO. (Levantándose conmovido.) «Mas el padre, al ver la manse»dumbre de su hijo, mandó á sus criados que trajeran »la ropa más preciosa, que le pusieran anillo en el dedo »y calzado en los piés, y preparar un banquete para »celebrar la venida del hijo que él contaba muerto y »habia resucitado, que él creíale perdido y tornaba »encontrar.» [1].

RAFAEL. (Cayendo de rodillas.) ¡Ah!

---

1 Parábola del Hijo pródigo, segun el Evangelio.

MARIA. ¡Hijo del alma!...

PEDRO. (Cogiendo á su hijo de una mano y colocándole en el sitio de preferencia.) Rafael, Dios enaltece al humilde: este es tu sitio.

RAFAEL. ¡Padre mio, perdon!

PEDRO. ¡Dios es justo! ¡Dios es bueno!

MARIA. ¡Bendito sea Dios! (Cae Rafael á la derecha de su padre, le coge la mano y se la besa. María se arroja en los brazos de su esposo. D. Deogracias se levanta de la mesa enjugándose las lágrimas, saca el manuscrito del bolsillo del pecho, y dice arrojándole en el fuego del hogar:)

DEOG. Este libro siempre seria el despecho de un solteron egoista. La historia de las madres, he ahí la gran obra que es preciso escribir.

FIN DEL DRAMA.

Examinado este drama, no hallo inconveniente en que su representacion se autorice.

Madrid 2 *de Enero de* 1865.

El Censor de teatros,
NARCISO SERRA.

OBRAS DRAMATICAS DEL MISMO AUTOR.

Sueños de amor y ambicion.
La córte del rey poeta.
Juan el Tullido (2.ª edicion).
El ángel malo.
La muerte de Jesús.
Retratos y originales.
La hija de Fernando Gil.
Juan Diente.
Herencia de lágrimas.
La dicha en el bien ageno.
El Cura de aldea (7.ª edicion).
La mala semilla.
El rey de bastos (2.ª edicion).
El movimiento contínuo (2.ª edicion.)
Caricaturas.
Gil Blas (zarzuela).
Lo tuyo mio.
El corazon en la mano.
Los extremos.
El músico de la murga.
Calamidades.
Cuarzo, pirita y alcohol (juguete lírico.)
Ver y no ver.
¡Alumbra á tu víctima!...
Las garras del diablo (juguete lírico, 2.ª edicion.)
El maestro de baile (2.ª edicion).
La mosquita muerta (4.ª edicion).
Géneros ultramarinos.
El que siembra recoge (zarzuela, 2.ª edicion).
Recuerdos de gloria (juguete lírico).
Cuidados agenos.
La mujer perfecta.

OBRAS NO DRAMATICAS.

El mártir del Gólgota, 3.ª edicion, dos tomos).
El Cura de aldea (novela, 4.ª edicion, dos tomos).
La caridad cristiana (id., 3.ª id., dos id.)
El corazon en la mano (id., 2.ª id. dos id.)
La mujer adúltera (id., 2.ª id., dos id.)
El frac azul (id., 2.ª id., uno id.)
Las obras de misericordia (id., 2.ª id., tres id.)
La calumnia (id., 2.ª id., dos id.)
La envidia (id., dos id.)
Los hijos de la fe (id., dos id.)
Los ángeles de la tierra (id., dos id.)
La perdicion de la mujer (id., dos id.)
Los matrimonios del diablo (id., dos id.)
El pan de los pobres (id., dos id.)
Escenas de la vida (id., tres id.)
El amor de los amores (id., dos id.)
El infierno de los celos (id., dos id.)
Los desgraciados (id., dos id.)
El manuscrito de una madre (id., dos id.)
El Libro de Job (id., uno id.)

CORNELIO NEPOTE,

COMEDIA EN DOS ACTOS

ARREGLADA A LA ESCENA ESPAÑOLA,

POR

D. MANUEL GARCIA GONZALEZ.

Estrenada con general aplauso en el teatro de Variedades el dia 22 de setiembre de 1855.

N.° 266.

MADRID:
IMPRENTA DE C. GONZALEZ, CALLE DE SAN ANTON, NÚM. 26.
1855.

Esta obra es propiedad del CIRCULO LITERARIO COMERCIAL, que perseguirá ante la ley al que sin su permiso la reimprima, varíe el título, ó represente en algun teatro del reino, ó en alguna sociedad de las formadas por acciones, suscriciones ó cualquiera otra contribucion pecuniaria, sea cual fuere su denominacion, con arreglo á lo prevenido en las Reales órdenes de 8 de Abril de 1839, 4 de Marzo de 1844, y 5 de Mayo de 1847, relativas á la propiedad de obras dramáticas.

Se considerarán reimpresos furtivamente todos los ejemplares que carezcan de la contraseña reservada que se estampará en cada uno de los legítimos.

PERSONAGES.	ACTORES.
CORNELIO NEPOTE. . . .	D. José Córcoles.
PURITA, *su mujer, bailarina del teatro Real.*	D.ª Concepcion Ruiz.
DOÑA CELESTINA, *madre de Purita, antigua bailarina.* .	D.ª Juana Rodrigo.
JULIO, *pollo fátuo.*	D. Manuel Beas.
DON CRISPULO, *solteron.* . .	D. Antonio Chavarría
JOHN, *criado.*	D. Juan Rodrigo.
OTRO CRIADO.	Sr. Montero.

La escena pasa el primer acto en Madrid, el segundo en Tembleque.

ACTO PRIMERO.

El teatro representa el interior de la casa de Cornelio. Puertas laterales. La de Purita á la izquierda, la de Doña Celestina á la derecha: varias sillas, etc. Puerta al fondo y otras dos laterales. A la derecha del actor una mesa puesta delante de la ventana. A la izquierda un sillon, delante de la chimenea, que no tendrá mas adorno que un espejo, un poco inclinado.

ESCENA PRIMERA.

JULIO.—DON CRÍSPULO, *entrando por el fondo.*

CRISP. (*Dentro.*) Está bien, esperaré á que venga. (*En escena.*) Diablo de hombre; y yo que creia encontrar sola á Purita... (*Saca un peine del bolsillo y se arregla las patillas al espejo.*)

JULIO. (*Entrando de puntillas.*) Pues señor, nadie me ha visto; y ya que no hay otro medio de ver á la chica...

CRISP. (*Delante del espejo.*) Eh! quién es?

JULIO. (*Sobresaltado.*) Quién será ese viejo?

CRISP. Calla! el caballero Julio!

JULIO. Señor don Críspulo!

CRISP. Es usted! el pollo mas emprendedor que he conocido!

JULIO. El aficionado mas entusiasta, mas epiléctico y mas epispástico de los teatros de la córte!

CRISP. Qué viene usted á hacer aquí, amiguito?

JULIO. Lo mismo preguntaria yo á usted si no lo viese en este sitio. Habré venido tarde?...

CRISP. (*Con fatuidad.*) Si yo fuese un fátuo, diria á usted, sí! pero prefiero decirle: no. Sin embargo, quiero darle un buen consejo, y es que eche sus redes hácia otra parte.

JULIO. Cómo! Qué significa?... Acaso está usted de acuerdo?.. pero no: á su edad, lo que debe hacer es, tocar retirada antes de sufrir una derrota.

CRISP. Oh! no la sufriré, porque la encantadora Purita olvida mis cuarenta y nueve abriles, y aun se me figura que no ha de ser insensible á mis obsequios.

JULIO. Con que es decir, que me declara usted la guerra. Pues luchemos, pero con una condicion.

CRISP. Cuál?

JULIO. Apostemos veinticinco onzas, que serán para el vencedor como gastos de guerra, á ver quién es el que primero la conquista.

CRISP. Aceptado.

JULIO. Por lo demás, señor don Crispulo, la lucha ha de ser franca; jugarémos lealmente y sin denunciarnos.

CRISP. Justo. El marido no sabrá nada.

JULIO. Hola! Hay marido de por medio?

CRISP. Y aun legítimo, que es mas. Hay tambien una madre, especie de momia, bailarina en sus mocedades, y con un génio de dos mil diablos.

JULIO. En cuanto á la madre, no me importa. Qué casta de pájaro es el marido?

CRISP. Oh! el marido es un buen hombre, que adora á su mujer. Es sastre y trabaja para los teatros: una especialidad, sobre todo en pantorrillas, falsas por supuesto, y en corsés. En fin, embellece á la naturaleza con su arte, contribuyendo además á la dulce ilusion con que admiramos las bellas formas. Pero, silencio: aquí viene la madre.

ESCENA II.

Dichos.—Doña Celestina, *que llega por la derecha con una perrita en brazos.*

Celest. Señor don Críspulo y la compañia, tengo el honor...

Crisp. Buenos dias, doña Celestina; celebro infinito ver á usted: Psiquis está buena? Voy á ver si tengo un terron de azúcar. (*Dá azúcar al perro.*)

Julio. (*Ap.*) Adulador!

Celest. Ay! animalito! Hemos pasado tan mala noche! Figúrese usted que los dos estamos resfriados. Qué impertinentes son los resfriados! Dios lo libre á usted, señor don Críspulo y la compañia!

Crisp. Gracias.

Celest. Es que no tendria nada de estraño... á nuestra edad... ya sabe usted que no hemos nacido ayer, ni antes de ayer.

Crisp. Bien, bien.

Julio. (*Sonriendo.*) Conque tanto tiempo hace que se conocen ustedes? (*Con amabilidad.*) Lo estraño por usted, señora, por usted, cuya frescura, cuya gracia... (*Celestina hace una cortesia.*)

Crisp. (*Ap.*) Adulador!

Julio. Cualquiera diria que podia ser su padre de usted!

Crisp. Y por qué no su abuelo?

Celest. Lo conozco hace tiempo. Figúrese usted que él fué el primero que vino á darme la enhorabuena la noche en que bailé por primera vez en el teatro. Hará de esto unos treinta años.

Crisp. Oh! entonces era yo un niño.

Julio. (Ya se conoce.)

Celest. Ay! cómo han mudado los tiempos! Afortunadamente he asegurado mi vejez, casando á mi hija, á mi Purita, que es un ángel, caballero,

(*A Julio.*) un ángel, por su talento, por sus piés, y por sus buenas costumbres. La he casado con un Cornelio que la hace feliz por todos los medios... que no cuestan dinero. (*Julio y Crispulo rien.*)

CORN. (*Dentro.*) Está bien, voy á dar esto á mi mujer.

CELEST. El es, mi yerno.

JULIO. (*Ap.*) El marido.

ESCENA III.

Los mismos.—CORNELIO, *que lleva puesta en la cabeza una corona de rosas, y en la mano un puchero y una taza, en la cual habrá un papel.*

CORN. (*Entrando muy deprisa por el fondo.*) Caliente y... Hola, señores, ustedes dispensen... no habia tenido el gusto de verlos.

CRISP. Querido Cornelio! (*Dándole la mano.*)

CORN. (*Id.*) Señor don Crispulo!

JULIO. (*Ap.*) Demonio! Este hombre conoce á todo el mundo!

CORN. (*A Julio con timidez.*) Caballero, pido á usted un millon de millares de millones de miles de perdones, si me presento á usted de este modo.

CRISP. Qué diablos lleva usted en la cabeza?

CORN. No haga usted caso; niñerías... puerilidades...

CELEST. Esa corona ..

CORN. Acaban de enviársela á mi mujer.

CELEST. Una corona! Nada mas!

CORN. (*Admirado.*) Y qué? no es muy bonita? Voy á dársela á Pura con un caldo muy caliente que la llevo en este puchero.

JULIO. Cielos! está enferma!

CORN. No señor, no. Pero la emocion del triunfo... anoche se cansó mucho... pobrecita! no hay vida mas agitada que la de una bailarina. Voy, voy á darla el caldo para que se reponga.

CELEST. No, dámelo, yo se lo llevaré... Sin duda tendrás que hablar con estos señores. Me llevo á Psiquis.

CORN. *(Mirando á la perra con mal humor.)* Calla! vive todavía?... maldito animal!

CELEST. Qué estás diciendo?

CORN. No lo ha oido usted? O querrá quitarme acaso el derecho de emitir mi opinion?

CELEST. *(Bajo.)* Calla! mal criado!

CORN. He dicho maldito animal, y lo repetiré cien veces, si señora. Si tuviese aquí un poco de estrignina para sazonar este caldo, se lo daria de muy buena gana.—Ustedes dispensen, señores, esta ridícula digresion doméstica.

CELEST. Qué horror! Serias capaz de envenenar á mi perrita! á mi Psiquis!

CORN. Si señora, me parece que tengo derecho á ello, como á mis bienes muebles... si á lo menos este vicho supiese hacer algo... pero nada, nada, absolutamente nada. *(Da un golpe á la perra en la cabeza.)*

CELEST. Qué papel es ese?

CORN. Es un pliego dirigido á mi esposa.

CELEST. Billetes de banco?

CORN. *(Con altivez.)* Doña Celestina! mi mujer no recibe billetes de banco sino de su marido... cuando los tiene... Desgraciadamente nunca se los he dado, y lo siento.

JULIO. *(Ap.)* Diablos! Tiene delicadeza!

CORN. Son versos de un poeta que se ha dedicado á esta especialidad, y que va pasando revista á todas las bailarinas.

CELEST. Versos! Bonito modo de dar la enhorabuena. No, en mis tiempos...

CORN. Dale! Ya se lanzó á sus tiempos! Váyase usted, señora, que se enfria el caldo. Ah! tome usted. *(La pone la corona en la cabeza.)* No me acordaba. *(Váse doña Celestina por la derecha.)*

ESCENA IV.

JULIO.—DON CRÍSPULO.—CORNELIO.

JULIO. (*Bajo á Críspulo.*) Espero que me presentará usted.

CRÍSP. (*Idem.*) No señor. Cada cual trabaja por si.

CORN. (*Viniendo á ponerse entre los dos.*) Apuesto á que mi bendita suegra estaba contando á ustedes sus pasados triunfos. Lo que puedo asegurar es que en sus tiempos, como ella dice, era una moza de gusto... segun cuentan; pero como los años no pasan en valde, se va quedando hecha una momia.

JULIO. Oh! su suegra de usted es muy amable.

CORN. Amable? Ella? ese pergamino ambulante, que continuamente me hace salir de mis casillas! Ese dromedario, que paraliza mis buenas disposiciones para engordar, hasta el estremo de que hay momentos en que siento no tener doce mil duros de renta...

CRÍSP. No es usted el único.

CORN. Para poder decirla: tome usted, señora, tome usted tres reales diarios, y váyase á vivir á otra parte. Llévese usted su perra, escabéchela usted, mándela disecar; pero déjeme usted la paz de mi hogar doméstico! si señora, déjeme usted la paz! Hé aquí lo que la diria... pero no puedo... la veneracion traba mi lengua... ah! si no fuese la madre de su hija...

JULIO. Oh! su hija! Usted ha hecho un buen casamiento, señor Cornelio.

CORN. (*Amorosamente.*) Magnífico, encantador, caballero... No hay dia, no hay noche, no hay... en que no me aplauda á mi mismo. Es la bondad, la virtud... la enciclopedia de todas las cualidades. (*Sube dos pasos y dice en tono importante.*) Vuelvo á decirlo, señores, la enci-

clopedia de todas las cualidades... Si no fuera por su madre... ah!

CRÍSP. Ese es un bello elogio en la boca de un marido.

JULIO. (*Ap. riendo.*) Si, pero en la de un yerno...

CORN. Y aunque mi Purita, (porque mi mujer se llama Pura) no sea mas que una bailarina de segundo órden, yo la prefiero á muchas que no valen lo que ella.

CRÍSP. Nadie mejor que usted puede apreciar ese ramo, como proveedor de trages... y de otros artículos.

CORN. (*Con aire de importancia.*) En efecto... algo puedo decir... Conozco los secretos de esas deliciosas tibias, que tanto entusiasman á los concurrentes á las primeras filas de butacas... algodon!... y las bellísimas formas que vuelven locos á los de los palcos de proscenio... algodon!... y la señorita... (*Habla al oido á Julio.*) algodon!... y la señorita... (*Habla bajo á don Críspulo.*) algodon!... Oh! si á todas esas beldades se las quitára lo que llevan de mas... qué las quedaria?... Pero... callo; este es un secreto que no me es dado divulgar.

JULIO. Y su señora de usted?

CORN. Mi mujer? Mire usted, no es por alabarla, pero puedo dar á usted pormenores como amigo... (*A don Críspulo.*) porque este caballero es... amigo... amigo de usted.

CRÍSP. No... no tengo el gusto de conocer al señor.

CORN. (*Con sorpresa.*) Calla! no lo conoce!

JULIO. (*Bajo á don Críspulo.*) Pero...

CRÍSP. (*Idem.*) Arréglese usted como pueda.

JULIO. Bien.

CORN. (*Mirando á Julio.*) Entonces... caballero... tampoco tengo el gusto... (*Ap.*) Si será un caballero de industria!

JULIO. (*Despues de un momento de indecision.*) Pues bien, amigo Cornelio; he venido... porque soy artista...

CORN. Hola!

JULIO. Sí, y en calidad de tal... venia á encargar á usted... unos... treinta toneletos y otros tantos calzones de punto, para un cuerpo de baile.

CORN. (*Admirado.*) Cómo! Caballero! tanto honor! (*Variando de tono.*) Tenga usted la bondad de sentarse.

CRISP. (*Ap.*) Vamos, no ha salido mal del apuro.

CORN. (*Mirando las piernas á Julio.*) Es usted del arte, caballero? (*Ap.*) Será algun volatinero, algun danzarin de cuerda... Pero si es zambo!

JULIO. No señor, soy el director de una compañia que va á provincia.

CORN. Ecuestre?

JULIO. No, de bailarines para el teatro del Balon, en Cádiz.

CORN. (*Ap.*) Lo dicho, volatines. (*Alto.*) Señor don Crispulo, qué bien bailó anoche mi mujer! Qué éxito! Aun estoy enfermo de la emocion!... Vamos! cuando me acuerdo que ha estado para irse á Lóndres...

JULIO. Cómo! su señora de usted?

CORN. Si señor! al teatro de *Covin Gardin:* magnífico partido! Veinte mil libras! Debia haber salido esta noche... ya estaban hechos los baules... todo corriente.

JULIO. Es posible! Dejaria usted marchar á su esposa á Lóndres, al pais de las seducciones?

CORN. (*Con dignidad.*) Caballero! Nada temo de mi esposa, porque es tan pura como su nombre! (*Con dolor.*) Y sin embargo, soy celoso, muy celoso! (*Con dignidad.*) Hay muchos tigres de Bengala que son mas sufridos que yo en ese punto. (*Con entusiasmo.*) Pero mi mujer! una mujer como la mia!... además, iba de mala gana... me quiere tanto!... En fin, allá veremos... mas adelante... cuando el señor don Crispulo le haya dado algunas lecciones de canto...

JULIO. Cómo! El señor va á darla lecciones!... (*Ap. á don Crispulo.*) Malo!

CRISP. (*Idem á Julio.*) Se declara usted vencido?

JULIO. (*Idem á don Crispulo.*) No.

CORN. Ya ve usted que cuando pueda cantar y bailar á un mismo tiempo, nos lloverán partidos de todas partes! (*Oyese tocar un clarinete dentro.*)

CRISP. Qué es eso?

CORN. Calle usted! No me hable usted de ese hombre! Es un vecino, un clarinete de nuestra orquesta, que me tiene cargado con su maldito instrumento desde la mañana hasta la noche. No lo puedo sufrir!

ESCENA V.

Los mismos.—PURA *envuelta en un manton, y con una papalina de mañana.*

PURA. *(Entrando por la izquierda.)* Me parece haber oido... *(Viendo á los demas.)* Cielos!

CRISP. (*Con galantería.*) Estoy á los piés de usted, Purita.

JULIO. Señora! (*Ap.*) Qué guapa está así!

PURA. (*Saludando.*) Señores...

JULIO. (*Ap.*) Si yo pudiera engañar á don Críspulo!

CORN. Tienes frio, hija mia? Espera, voy á cerrar la ventana. (*Mientras Cornelio va á cerrar la ventana, Julio la toma una mano.*)

PURA. Ah!

CORN. (*Volviéndose sin haber cerrado.*) Eh! Qué es eso?

PURA. No es nada. (*Ap. mirando á Julio.*) Vaya un jóven atrevido!

CRISP. Se siente usted mala, Purita?

PURA. Sí señor, estoy algo indispuesta... tengo los nervios alborotados. (*Ap. y riendo.*) Será el pollo de anoche. (*A Cornelio que va á cerrar la ventana.*) No cierres la ventana. (*Ap.*) No lo oiria.

CORN. *(Con ternura.)* Siéntate, pichona... Qué aire tan magestuoso!... Qué hermosa estás!... Voy á buscarte una silla. *(Lleva la silla donde Pura iba á sentarse, y va á buscar un sillon que está al fondo. Don Críspulo va á buscar un taburete. Julio se acerca entretanto á ella.)*

JULIO. *(Bajo á Purita.)* Seria usted tan amable que se dignase oirme luego?

PURA. (*Con severidad.*) Caballero!

CORN. (*Siempre con ternura.*) Toma... siéntate... descansa... cuidate... hurí mia! (*A Julio.*) Porque tú eres mi hurí... del paraiso de Mahoma!

CRISP. (*Poniendo el taburete bajo los piés de Pura.*) Tome usted, y ponga sus piés tan delicados en este taburete. Dará usted hoy leccion de canto? (*Bajo.*) Tengo que hablarla.

PURA. Caballero! (*Oyese otra vez el clarinete, y Pura esclama con alegría.*) Ah!

CORN. Eh? Te incomoda ese clarinete, no es verdad? (*Contrayendo los dedos con impaciencia.*) A mí me carga y me irrita todo el sistema cutáneo.

PURA. (*Ap.*) Es él.

JULIO. No va usted hoy al ensayo?

PURA. No señor; tengo que ir á casa del director. (*A su marido.*) Quién es ese pollo?

CORN. Un volatinero de provincia.

CRISP. Ya que no marcha usted fuera, continuaremos las lecciones de canto.

PURA. Gracias, don Críspulo; me duelen mucho los piés. (*Ap.*) Que viejo tan pesado! No le puedo ver!

CORN. (*Mirándola con efusion.*) Esposa mia, tú eres mi Eloisa!... y yo... yo soy tu Abe... (*De pronto, con terror.*) No... no. (*Con ternura.*) Tú eres mi Laura... y yo... tu Patriarca. (*Ap.*) Esto sí.

PURA. Quisiera estar sola. (*Mirando á la ventana.*) Necesito estar sola para descansar.

CORN. Quieres estar sola, amor mio? (*A Críspulo y á Julio.*) Señores, quiere estar sola.

JULIO. (*Ap.*) Sola! Bravo! Volveré.

CRISP. (*Ap.*) Calla! Qué tono se da!

CORN. (*Dejando á su mujer y poniéndose entre los dos.*) Señores, yo no me hubiera atrevido á decíroslo... pero ya que ha salido de la boca de las Gracias...

CRISP. (*Dándole la mano.*) Es cierto; adios, querido Cornelio: voy á casa del director á recomendarle á tu esposa. (*Cornelio se dirige á Julio para despedirse de él. Don Críspulo dice entretanto á Pura.*) Necesito una esplicacion.

JULIO. (*A Cornelio.*) Adios, amigo, hasta despues, que volveré á hablar á usted de mi encargo. (*Cornelio se vuelve á don Críspulo, y Julio se acerca á Pura y la dice.*) Todo esto no es mas que un pretesto para volver á ver á usted. (*Vanse.*)

ESCENA VI.

PURA.—CORNELIO.

CORN. (*Viniendo al lado de Pura, despues de haber cerrado la puerta.*) En fin, gracias á Dios que se fueron! No puede uno estar un momento solo con su mujer... para besar esos deditos... esos piececitos... (*Pónese de rodillas delante de Pura.*) Qué bonita eres! De buena gana te comeria! (*La coge las manos y las besa con entusiasmo.*)

PURA. Es verdad que me amas mucho; pero no muerdas!

CORN. (*Estupefacto.*) Te he mordido! Eso es la pasion! (*Volviendo al tono zalamero.*) Lo que me fastidia es ver á tanto moscon en derredor tuyo... pero en fin, eres mia, no es cierto? mia, mia y mia siempre.

PURA. Lo dudas, ingrato? (*Ap. mirando á la ventana con tristeza.*) Ya no toca!

CORN. Es que yo soy celoso, muy celoso. Muchas veces, de noche, cuando estoy durmiendo, despierto sobresaltado y digo. (*Alargando los brazos por encima de su mujer y furioso.*) Pícaro! Bergante! Bribon!

PURA. Qué locura!

CORN. (*Con ternura.*) Sí, es una locura, tienes razon; no debo temer nada, no, nada, nada. (*Poniendo una rodilla tan pronto en el suelo como en el taburete y pareciendo muy incomodado de esta alternativa.*) Ya ves, hija mia, pasaria el

resto de mi vida en esta actitud tan cómoda como deliciosa, contemplándote nada mas.

PURA. (*Levantándose.*) Y así debe ser, Cornelio, porque yo te lo he sacrificado todo. (*Cornelio permanece hincado delante de Pura, que ha vuelto á sentarse, cuando doña Celestina entra por la derecha; lleva puesta la mantilla.*)

ESCENA VII.

Dichos.—DOÑA CELESTINA.

CELEST. Está usted ahí todavía? Como si no tuviese otra cosa que hacer!

CORN. (*Levantándose y sacudiéndose las rodillas.*) Doña Celestina, siempre ha de venir usted á incomodarnos!

PURA. (*Ap. mirando á la ventana.*) Hace bien.

CELEST. Pero, señor, esto no tiene sentido comun!... Si espera usted hacer suerte de ese modo... estamos frescos. (*Bajo á Pura.*) Quiero que me digas por qué llorabas ahora en tu cuarto.

PURA. Cielos! (*Queda pensativa delante de la ventana sin tomar parte en la escena.*)

CELEST. Sí señor, en mis tiempos ahorré muy buenos patacones.

CORN. Sí, eh? Y á dónde están?

CELEST. Sepa usted, señor mio, que si no tengo un cuarto, es porque me lo he comido todo.

CORN. Ya, ya lo veo.

CELEST. Entonces si que le salian á una partidos muy ventajosos. Pero ahora se casan con el primero que llega. (*Con desprecio.*) Con un peluquero... con un sastre...

CORN. (*Con altivez.*) Oiga usted, señora!... señora!... lo dice usted por mi?

CELEST. (*Sin hacer caso.*) Qué es lo que resulta? Que el baile degenera, que el arte se pierde, y que la gloria se reduce á la nada.

CORN. No iba usted á salir?

CELEST. Sí, voy á llevar mi hija á casa del director... no es verdad, hija mia? (*Ap.*) Qué estás mirando?

PURA. (*Turbada.*) Sí, mamá, voy á vestirme.

CORN. (*Con sentimiento cómico.*) Hoy se decide tu suerte, sí; hoy te colocarán en el sitio que te corresponde. Mañana serás primera bailarina. (*Doña Celestina se pone entre Pura y Cornelio, que la coge por el brazo izquierdo, mientras Pura le coge la mano derecha.*) Oh! sí, cielos! sí! Tambien nosotros tendremos una casa magnífica, grandes habitaciones, carruage, caballos, etc., etc., y todo sin que las costumbres hayan padecido lo mas mínimo... Entonces procuraremos por nuestra madre...

PURA. Oh! sí.

CORN. La mimaremos.

PURA. Y si llegamos á tener doce mil duros de renta...

CORN. (*Vivamente: ap.*) Le señalo tres reales, y que se vaya.

CELEST. (*Llorando enternecida.*) Hijos mios, ya lo veis, estoy toda conmovida... no puedo remediarlo... (*Oyese el clarinete.*)

CORN. Dale! Ese hombre me carga. (*Oyese un campanillazo.*)

PURA. Han llamado.

CORN. Voy á abrir: entretanto vístete, hija mia: mi mamá política se dignará ayudarte. (*Vuelven á llamar.*) Allá voy, digo. (*Váse.*)

ESCENA VIII.

DOÑA CELESTINA.—PURA.

PURA. (*En la ventana, ap.*) Ya no lo oigo.

CELEST. Purita!

PURA. Qué quiere usted, mamá?

CELEST. Quieres decirme lo que miras ahí? Estás encendida como la grana.

PURA. (*Vivamente cerrando la ventana.*) No es nada,

mamá; quiere usted ayudarme á vestir? (*Pónese delante del espejo á la izquierda. Doña Celestina detrás.*)

CELEST. Sí, pero me lo has de decir todo.

PURA. El qué?

CELEST. Vamos, á mí no se me engaña. Te parece que no conozco los estragos del corazon humano? (*Con sentimiento.*) Hija mia, todos somos mortales.

PURA. Pero, si no es nada.

CELEST. Tú tienes algo: te has vuelto pensativa... Ya no llevas el corazon en los piés... confiesa, hija mia... y confia tus penas en el seno maternal.

PURA. (*Arrojándose en sus brazos.*) Ay! mamá: yo no puedo mas... yo me ahogo... me voy á morir...

CELEST. (*Asustada.*) Pero qué es ello? estoy sorprendida... No te morirás.

PURA. Oh! sí.

CELEST. Cuando te digo que no... (*La toma por la mano, la trae delante de la escena, y la dice con dulzura.*) Vaya! veamos; quieres á alguno?

PURA. Ah! he resistido mucho tiempo, ya lo ve usted; pero es tan bueno, tan amable, me ama tanto!

CELEST. Y eso te ha afectado, es verdad?

PURA. Pero cuando tiene una un marido que la adora.

CELEST. (*Con aire compasivo.*) Eso es muy duro para él, pobre hombre! y quién es el otro? el insolente...

PURA. (*Temblando.*) Es un artista... desgraciado... como yo... un músico...

CELEST. (*Con explosion y dando un grito.*) Ah! qué horror! un músico! (*Con dignidad.*) Hija mia, ya sabes lo que debes á tu marido...

PURA. Ah! sí. Por lo mismo no he querido escucharle. Pero es tan desgraciado!

CELEST. (*Con tono sentencioso.*) Un artista que no tiene un cuarto, es desgraciado siempre.

PURA. Pero, es que no he podido negarle...

CELEST. (*Vivamente.*) El qué?

PURA. Una cita para esta noche, antes del baile.

CELEST. *(Vivamente.)* Nó irás. *(Con autoridad.)* No irás, te lo prohibo... una cita!

PURA. Si ya se la he dado, mamá. Si no se moriria.

CELEST. Y á qué hora?

PURA. El es quien debe decírmelo por medio de un ramo de rosas, contando las horas por las rosas.

CELEST. *(Ap.)* Vaya un medio raro, yo no lo conocia.

PURA. A menos que él mismo no venga...

CELEST. En cuyo caso, hija mia, yo le recibiré.

PURA. Oh! pero no es lo mismo.

CELEST. Descuida, le recibiré con agrado; tranquilízate. Vamos, levanta la cabeza, y sobre todo, no olvides la fidelidad que debes á tu estúpido marido. *(La abraza.)* Un artista!

PURA. No importa, siempre le amaré; no lo puedo remediar.

ESCENA IX.

DOÑA CELESTINA.—PURA.—CORNELIO *entrando por el fondo con aire sombrío, y un ramo de rosas en la mano.*

CORN. *(Con una voz sombría.)* Doña Purificacion! Doña Purificacion!

PURA. *(Bajo á su madre.)* Ay! mamá, trae el ramo!

CELEST. *(Bajo.)* Cállate!

CORN. Ah! es usted, señora? Tendria usted la bondad de dejarnos solos?

CELEST. Dios mio! Qué pálido viene usted, Cornelio.

CORN. Pálido! es posible... cada uno tiene el color que Dios le ha dado. *(Pura se dirige hácia la derecha para irse; Cornelio le dice con autoridad.)* Quédese usted, señora. *(A doña Celestina.)* Quisiera conferenciar solo con mi mujer.

CELEST. Oh! no, no me iré: en el estado de exaltacion en que le veo...

CORN. *(Cruzando los brazos y con voz ahogada.)* Ah! sí, estoy exasperado; tengo aquí *(En la cabeza.)* concentradas una multitud de cosas, y

tiemblo con todo mi ser... como... en fin, tiemblo!

PURA. *(Con temor.)* Acaso el que llamó!...

CORN. Venia por la respuesta de tu ajuste para Lóndres, (*Pura hace un mavimiento de alegría.*) y has rehusado.

PURA. *(Con temor.)* Ya ves... dejar á Madrid... dejarte...

CORN. (*Recalcando la frase con ironía.*) Ya! ya sé que te gusta Madrid.

CELEST. *(Asustada.)* Con qué tono lo dice! Me dá usted miedo!

CORN. Es que lo que acaba de pasarme... es trágico!

PURA. Pero qué te ha sucedido?

CORN. (*Cogiendo á Pura del brazo y á doña Celestina, y trayéndolas bruscamente á su lado.*) Venia yo hácia esta sala con ese caballero que llamó y con otro jóven que preguntaba por mí... de pronto los dejo al pié de la escalera, en el pasillo que está tan oscuro... cuando me doy de manos á boca con una jóven.

CELEST. Una jóven!

CORN. Digo que era una jóven .. pero no lo sé, no la ví la cara. (*Imitando la voz de mujer.*) La señora Purificacion? Yo soy! le respondí, y la estúpida vieja se echó á reir en mis barbas!

CELEST. (*Estrañándola.*) Una vieja!

CORN. Bien, bien, aquí es, la dije: Qué se le ofrece á usted? Entonces... (*Conteniéndose.*) Ah! vea usted la ingenuidad de esa niña!

CELEST. Una niña!

CORN. Es usted su criado? me dijo: (*Con indignacion.*) Su criado! Tengo yo cara de siervo! Eh! (*Antes que doña Celestina haya tenido tiempo de responder, gritando.*) Usted se calla!

CELEST. (*Procurando calmarlo.*) Bien, bien, todo el mundo puede engañarse... usted le dijo quien era?

CORN. Sí!

PURA. *(Ap.)* Respiro!

CORN. Yo no le dije nada. Solo añadí: yo soy.

PURA. *(Ap.)* Cielos!

CELEST. Pero eso es falso!

CORN. Era un lazo, señora; un lazo algo grosero, que

tendi á sus piés, y en el que aquel hombre cayó.

CELEST. (*En el colmo de la admiracion.*) Calla! ahora es un hombre!

CORN. (*Imitando la voz de mujer.*) Tome usted, me dijo, dele usted esto... y que vaya á la cita de esta noche... Silencio (*Con furor.*) dijo: Silencio! Lo que quiere decir. Ni una palabra! (*Sube un poco la escena, y se agita con indignacion.*)

PURA. (*Ap.*) Ah! estoy muerta!

CELEST. Vamos, y qué? Tiene usted un modo de decir las cosas...

CORN. (*Con furor.*) Entonces, temblando, fuera de mí, me echo sobre aquel viejo...

CELEST. Pero si era una mujer!

CORN. (*Continuando sin hacer caso.*) Lo agarro por el pescuezo, y le digo: Desgraciada! Vas á decirme quién te ha enviado! (*Imitando la voz de mujer.*) Socorro! socorro! Yo soy la florera de Santa Cruz!... (*Tranquilamente y volviendo á su voz natural.*) Santa Cruz, junto á la Audiencia,(*Doña Celestina lo mira sincomprenderlo.*) la Audiencia, señora, no sea usted torpe. (*Con furor.*) Junto á la Audiencia! (*Tranquilamente.*) Iba á saber, en fin, lo que ignoraba, cuando de pronto aquel hombre echa á correr, y me deja solo con mis ideas y con ese ramo de rosas. (*Doña Celestina toma el ramo.*)

CELEST. (*Ap. contando las rosas.*) Siete! Hay siete!

PURA. (*Ap.*) A las siete!

CORN. (*Tomando una actitud digna, y con mucha calma.*) (*A Pura.*) Quiere usted darme la llave?

PURA. Qué llave?

CORN. La llave de esto. Qué dices? Quiero conocer tu *ultimatum.*

CELEST. (*Adelantándose.*) Digo... digo...

CORN. (*Rechazándola.*) Permítame usted, señora, no he tenido el honor de dirigirle la palabra.

PURA. Te aseguro, Cornelito mio, que no sé nada; y despues... en fin...

CORN. Eso no es un *ultimatum.*

CELEST. Me parece que un ramo que habrá costado una peseta, no es cosa para alborotar la casa.

CORN. Poco me importa el precio, señora... ya la he dicho á usted que se calle. Usted me fastidia, me aburre, me carga. *(Sube la escena con cólera y vuelve la espalda á las dos mujeres.)*

CELEST. Es usted un mal hombre!

PURA. *(Poniéndose al lado de doña Celestina.)* Ah! si insulta usted á mi madre...

CORN. *(Bajando á la escena.)* Ni soy un mal hombre ni insulto á tu madre; yo no le digo nada, la estimo... lo necesario... y la ruego únicamente que me deje en paz. *(A doña Celestina.)* Hágame usted el favor de dejarme en paz en mis hogares.

PURA. Venir á buscar quisquillas porque me traen rosas. Tengo yo la culpa?

CORN. Y esa cita?... cuál es el *ultimatum*?

CELEST. *(Furiosa.)* Váyase usted de aqui! Usted no es mas que un celoso, y con un marido como usted...

CORN. *(Yendo muy deprisa hácia doña Celestina.)* Eh?.. Qué haria usted?..

PURA. *(Deteniendo á Cornelio.)* Cornelio!.. hijo mio!..

CORN. *(A doña Celestina furioso y hablándola por cima de la cabeza de Pura que le impide el paso.)* No dé usted malos consejos á mi mujer, señora...

CELEST. Yo!

CORN. *(Gritando.)* Hágame usted el favor de guardar el mas absoluto silencio en sus opiniones. Yo me he casado con mi mujer, para mí solo. *(Besa la mano á Pura.)* Lo oye usted? soy aquí el amo...

PURA. Bien, bien... quién te dice lo contrario? *(Llorando.)* Si yo te amo, Cornelio.

CORN. Yo te amo, Cornelio, yo te amo, Cornelio! Pero, y ese ramo? y esa cita?.. Tú me amas, Cornelio! y ese desconocido! quién es?

PURA. *(Bajando la vista.)* No sé...

CELEST. Usted no debe conocerlo!.. usted no lo conocerá!... *(Estendiendo el brazo delante de Pura en señal de proteccion.)* Yo prohibo á mi hija que lo nombre.

PURA. Madre mia!...

CORN. (*Herido de estupor.*) Cómo! con que es cierto?.. Conque cuando yo queria encerrarme en la duda, me despoja usted de esa facultad!..

CELEST. (*Pasando en medio y animándose de pronto.*) Y bien, aunque fuese cierto!.. aunque amasen á este ángel... que vale mas un dedo suyo que...

PURA. (*Procurando calmar á doña Celestina.*) Pero, mamá!

CELEST. Déjame!.. quiero decirle á ese mónstruo...

CORN. (*Riendo y cruzándose los brazos.*) Déjala... que siga... siga usted... invectíveme usted... Ya vé usted como me rio...

CELEST. (*Acercándose á él con rabia.*) Si, señor, su mujer de usted es amada.

CORN. (*Con los brazos cruzados.*) Bueno.

CELEST. (*Gritando.*) Adorada!

CORN. (*Id.*) Bueno!

CELEST. (*Id. mas fuerte.*) Adulada!

CORN. (*Id. mas fuerte.*) Muy bien!

CELEST. (*Id. con todas sus fuerzas.*) Idolatrada.

CORN. Bien, bien y bien... Y qué!... Quítese usted de aquí, Megaterio!

CELEST. Pero gracias á Dios mi hija no tiene por qué sonrojarse; rechaza heróicamente las seducciones... Eso es lo que ella hace... mónstruo!

PURA. (*Llorando.*) No, no; yo no tengo por qué avergonzarme, yo te lo aseguro.

CORN. (*A su mujer con nobleza.*) Asi lo creo... quiero mecerme en esa quimera...

CELEST. El artista que la ama solo se contenta con suspiros y sus flores.

CORN. Un artista! hola. Es un artista! (*Ap.*) algun peluquero.

CELEST. Ven, hija mia, ven; dejemos á ese tígre entregado á todo el furor de sus celos, ven... (*Poniendo la mano sobre su corazon.*) Tú tienes esto!

PURA. (*Poniendo tambien su mano sobre su corazon.*) Oh! si, mamá!

CORN. (*Poniendo á su vez su mano sobre su pecho, dice con altaneria.*) Qué entiende usted por esto, señora? (*Las dos van á salir, don Críspulo las detiene.*)

ESCENA X.

PURA.—DON CRISPULO.—DOÑA CELESTINA.—CORNELIO.

CRISP. (*Entrando por el fondo.*) Qué es esto? están ustedes disputando?... (*Ap.*) tanto mejor.

CELEST. Es mi señor yerno.

CORN. Es mi señora suegra.

PURA. Es mi marido.

CRISP. (*A Doña Celestina.*) Vamos, vamos, cálmese usted, señora.

CELEST. Déjeme usted. (*Sube la escena y vá hácia el fondo de la izquierda.*)

CORN. (*Ap.*) Ese demonio tiene para todo el mundo.

CRISP. (*Aparte.*) Vaya una acogida! (*A Pura.*) Vamos á dar la leccion de canto.

PURA. (*Volviéndole la espalda.*) No, señor; déjeme usted; está usted insoportable... Vámonos, mamá. (*Se acerca á doña Celestina que está en el fondo.*)

CORN. (*Con tono imperioso acercándose á Pura.*) No, no señora, quiero que se quede usted.

CELEST. (*Arrojándole el ramo á la cara.*) Tome usted, celoso, ahí tiene usted su ramo.

CORN. (*Estupefacto llevando la mano á sus ojos.*) Cielos! me va á dejar ciego! (*Doña Celestina y Pura vánse.*)

ESCENA XI.

CORNELIO.—DON CRISPULO.

CRISP. (*Ap.*) Insoportable!.. Bá! no importa, todas comienzan asi.

CORN. (*Siempre con la mano en sus ojos tropieza con don Crispulo.*) Pero, señor, esto es para perder la cabeza!..

CRISP. Qué hay mi querido Cornelio?

CORN. Hay... hay... (*Tomándole las manos.*) Usted es mi amigo, usted es para mi un segundo padre... Me sucede una cosa.

CRISP. Veamos, hable usted.

CORN. Mi muger!.. (*Se dá una palmada en la frente.*) Cielos!

CRISP. Qué?

CORN. No lo sé... Ignoro el nombre de mi antagonista... Pero existe... me lo han confesado.

CRISP. (*Ap.*) Calla! si será Julio!.. Diablo!..

CORN. (*Con emocion.*) Quisiera arrojarme en sus brazos de usted un momento.

CRISP. (*Estendiendo los brazos con aire resignado.*) Arrójese usted. (*Cornelio se arroja en los brazos de don Críspulo y le abraza dos ó tres veces.*)

CORN. Sepa usted que soy un hombre muy desgraciado. Hay una cita para esta noche.

CRISP. No es posible. (*Ap.*) Ya?

CORN. (*Cogiendo el ramo que está en el suelo.*) Esta es la señal..

CRISP. Y su muger de usted lo quiere?

CORN. El qué? el ramo?

CRISP. No á él? á ese amante?

CORN. (*Con dolor.*) Si lo quiere? Está loca por él!...

CRISP. Se lo ha dicho á usted ella?

CORN. A mi! á mi mismo... personalmente.

CRISP. La cosa es grave.

CORN. (*Con importancia.*) Para mi!.. de la mayor gravedad.

CRISP. Y á qué atribuye usted esa frialdad?

CORN. Frialdad, eh? la palabra es atrevida.

CRISP. Pero está enamorada?

CORN. (*Con desesperacion.*) Perdida... Su madre tiene la culpa... Su obelisco de madre... una mujer que sobrevive á toda su especie... el último tipo de una raza extinguida... como los perritos dogos; ya no se vé ninguno.

CRISP. Y qué pretende usted hacer?

CORN. A usted se lo pregunto... á usted se lo pregunto... á usted (*Con amargura.*) que no se ha casado, que haria usted en mi lugar? Aconséjeme usted,

porque no sé lo que tengo aqui. (*Señalando la frente.*) Yo estoy loco... soy capaz de hacer una barbaridad. (*Sube la escena, coge una silla y la agita con violencia en el aire.*)

CRISP. Deténgase usted.

CORN. Echaria mis muebles por la ventana... si no fuesen mios.

CRISP. (*Trayéndole á la escena.*) Vamos, usted se acalora demasiado.

CORN. Sí, estoy furioso; soy un Otelo con levita.

CRISP. Veamos, hombre; usted cree que en realidad haya peligro?

CORN. (*Casi llorando.*) Y usted me lo pregunta, anciano? Pregunte usted á un sonámbulo que se pasea por un tejado, si peligra su existencia. (*Cambiando de tono.*) Pero hombre, está usted sordo, ó está usted borracho; no le he dicho á usted ya diez veces que hay una cita para esta noche?

CRISP. (*Ap.*) Ese diablo de Julio ha adelantado mas de lo que yo creia. Va á burlarse de mí.

CORN. (*Alejándose con aire anonadado.*) Y qué, no me aconseja usted?.. Ah! los desgraciados no tienen amigos.

CRISP. Sí, hombre.

CORN. (*Bajando vivamente.*) Los tienen?

CRISP. Sí: y voy á probárselo á usted.

CORN. Ya le escucho respetuosamente.

CRISP. No veo mas que un medio de impedir que sea usted...

CORN. (*Interrumpiéndole vivamente.*) Ya lo sé... (*Despues de un momento.*) Acabe usted.

CRISP. Ese medio es muy sencillo... Aceptar el ajuste para Lóndres.

CORN. (*Con alegria.*) Oh!

CRISP. Y hacer que esta misma noche parta su mujer de usted; no hay que perder un momento.

CORN. (*Cogiéndole la mano con cordialidad, separándose de él, y dando dos pasos para atrás.*) Magnífica idea! (*Se acerca otra vez á don Críspulo.*) Magnífica!

CRISP. (*Con aire satisfecho.*) No le parece á usted bien?

CORN. (*Con alegria.*) Los separo violentamente. Que

se vaya con su madre, y con la perra!.. con la perra!.. qué gusto...

CRISP. El tren de Aranjuez sale dentro de media hora. Toman el camino de Andalucía, se embarcan en Cádiz en el vapor, y de allí á Lóndres.

CORN. Perfectamente.

CRISP. Voy por los billetes.

CORN. Si, hágame usted el favor... yo voy á hacer los paquetes... los baules ya están listos... y luego que chillen, que griten... permaneceré sordo como una tapia. No responderé mas que estas cuatro sílabas: *tú partirás!...* Ea, voy á hacer los paquetes... Usted por los billetes... usted, que es mi apoyo... usted que es mi sosten... usted que es... (*Busca algun tiempo la palabra y dice con fuerza.*) mi baston... eso es, mi baston. (*Vase por la izquierda.*)

CRISP. (*Solo.*) Yo corro por los billetes. Pues señor. héme aquí lanzado en una intriga subalterna... corriendo por una bailarina, de acuerdo con un sastre, un marido... Já, já, já!... y todo para robar ese tesoro á un pollo imberbe.

ESCENA XII.

DON CRÍSPULO.—JULIO.

JULIO. (*Llegando por el fondo.*) Ahora ya puedo venir...

CRISP. (*Con tono burlon.*) Hola! amigo!

JULIO. (*Lo mismo.*) Y usted qué hace aquí?

CRISP. Ahora mismo estaba hablando de usted.

JULIO. De mí? No entiendo.

CRISP. Estaba diciendo era usted un chico hábil, pronto á hacerse amar.

JULIO. Por qué lo dice usted?

CRISP. Sí, hágase el ignorante... como si no supiéramos que la chica está ya de acuerdo.

JULIO. Es posible!

CRISP. Que lo ama...

JULIO. De veras?

CRISP. Pero se va... chis!...

JULIO. Cá!...

CRISP. Asi es, amigo mio, que si gana usted la apuesta, será á la carrera... yo vuelo al camino de hierro. Hola, hola!... estos pollos creen que como uno no tiene veinte años, no puede apostar con ellos. Vaya, hasta luego. (*Vase.*)

ESCENA XIII.

JULIO.—*Despues* CORNELIO.

CORN. (*Dentro.*) Cerrad las maletas, oyen ustedes? Y bajad por la escalerilla.

JULIO. (*A sí mismo.*) Conque á la carrera? Y por qué no?

CORN. (*Entrando: trae dos sombrereras, un cofrecito de vestido y un carton grande cuadrado: viene de frac y con sombrero.*) Bien! bien! En este carton traigo el vestido de silfide.

JULIO. Ah! es usted, señor Cornelio?

CORN. (*Poniéndolo todo delante del sillon de la izquierda.*) Hola, es usted? Pues vuelva usted mañana, que ahora estoy muy ocupado.

JULIO. No, venia á hablar á usted .. Pero qué es eso? se va usted?

CORN. (*Muy afanoso.*) Yo no, mi mujer. (*Lleva la mano á sus ojos como para reflexionar.*) Ah! la sombrilla, el paraguas... (*Entra por la izquierda siempre corriendo.*)

JULIO. (*Mientras ha desaparecido.*) Pues señor, el marido no sabe nada, y esto ya es algo.

CORN. (*Volviendo cargado de ropas y de dos paraguas.*) Lleven ustedes todo lo demas al mozo de cordel... aquí estoy otra vez.

JULIO. Se van esas señoras...

CORN. (*Preocupado.*) A Londres. (*Pónese de nuevo en medio de todos los trastos.*) Es que ya vé usted... estoy tan ocupado...

JULIO. Ah! sí, ese famoso ajuste.

CORN. Para *Covin Gardin*... Veinte mil libras por

año... Pero no se trata de esto... Ah! me olvidaba... *(Sale por la derecha.)*

JULIO. Pues bien! pardiez! No desmentiré esta vez mi fama... Ya que ella me adora... ya que está de acuerdo... lo que es bastante inverosimil, al menos que á primera vista yo no le haya causado un gran efecto... y por qué no? pero para saberlo no iré hasta Lóndres. *(Saca un targetero y escribe hasta la entrada de Cornelio.)* Camino de Aranjuez..... por Tembleque..... *(Rompe la hoja escrita y lo dobla.)*

CORN. *(Trayendo un saco de noche y muchos chalecos de franela debajo de un brazo y la perra debajo del otro.)* Aquí está el saco omnibus de mi suegra que Dios confunda! *(Dirigiéndose á la perra.)* A ti, mi enemiga personal, te llegó tu vez. *(Mete la perra en el fondo del saco de noche y lo llena de chalecos de franela hasta arriba. Despues cierra la jareta y se lo echa al hombro.)*

JULIO. Ya veo que está usted muy ocupado. Volveré.

CORN. *(Riendo con ironía.)* Me parece que bien me desquito... *(Va á la ventana de la derecha.)* Ahí están ya los mozos. *(En el bastidor.)* Toma este saco y llévalo al momento á la estacion. *(Echa el saco por la ventana.)* Ah! ah! ah!

JULIO. *(Ap. mirando el neceser mientras Cornelio está en la ventana.)* En este neceser será mas fácil. *(Lo abre y mete en él su billete.)* Ahora no tengo un momento que perder. *(Alto.)* Adios, señor Cornelio, buen viage. *(Vase.)*

CORN. Muchas gracias... por mi mujer. *(Solo.)* Creo que ya está todo... y ahora... armémonos de una cota de malla, de una coraza desde la cabeza hasta los piés... de nuestra dignidad de marido... Mi mujer gritará... que grite! Mi suegra rabiará... que rabie!... Nada! un poste, una estátua, un marmolillo!... hé aquí mi actitud! *(Toma una actitud de calma é imponente.)*

ESCENA XIV.

CORNELIO.—DOÑA CELESTINA.—PURA.

PURA. *(Entrando muy sofocada y arrojando la mantilla sobre el sillon de la izquierda.)* Esto es una infamia!

CELEST. *(Lo mismo.)* Esto es un horror! *(Doña Celestina y Pura se han puesto de modo que no han visto el equipage dispuesto por Cornelio.)*

CORN. *(Con los brazos cruzados y con calma.)* Qué? Qué es eso?

CELEST. Déjenos usted... Vaya un director!... Es un monstruo! como todos.

PURA. Ah! voy á llorar de cólera.

CORN. Qué es eso? Qué es eso?

PURA. Que no me aumentan el sueldo.

CORN. Mejor.

CELEST. Cómo mejor? La van á dejar á la cola toda su vida.

CORN. *(Sin cambiar de actitud.)* Háganme ustedes el favor de suprimir los gemidos... Ella tiene un marido que vela.

CELEST. *(Pasando al otro lado de Pura.)* Un marido!... vaya un recurso!... De qué la sirve? Ni aun para buscar un ajuste bueno á su mujer.

CORN. Señora, señora! Tratemos de ser un poco parlamentarios, si hay medio... *(A Pura con tono de autoridad.)* Tú... partes para Albion.

PURA. *(Admirada.)* Qué?

CELEST. *(Avanzando.)* A Inglaterra?

PURA. Dejar á Madrid?

CORN. *(Con firmeza.)* Esta misma noche... He aceptado la escritura para Lóndres.

PURA. Cielos! Oh! no, no; yo no puedo partir así... Esto es imposible.

CORN. *(Levantando la voz y con tono firme.)* Tú... partes para Albion.

PURA. Pero si no hay nada preparado... yo no puedo...

CORN. Todo está listo, los paquetes hechos, los baules en camino... ahí están los cartones.

PURA. (*Volviéndose.*) Ah! Dios mio! mis cartones! Todo me lo ha revuelto.

CORN. (*Con calma.*) Yo no he revuelto nada.

CELEST. (*Indignada.*) Quién le ha permitido á usted conducirse de este modo?

PURA. (*Con amargura.*) Ah! comprendo; usted quiere deshacerse de mí.

CORN. Nada de eso.

CELEST. (*Con sentimiento.*) Va usted á separarla de los brazos maternales...

CORN. De ningun modo.

PURA. (*Llorando.*) Usted quiere alejarme de todo lo que me es caro, de todo lo que quiero.

CORN. (*Cogiéndola la mano y con intencion.*) En parte!... En cuanto á su madre de usted, que la acompañe; por lo demas, comprendo la resistencia... se teme faltar á la cita?

CELEST. (*Pasando rápidamente delante de Pura y empujando á Cornelio á quien hace tropezar.*) Señor yerno, respete usted los escrúpulos de una bailarina que conoce sus deberes... lo siente por usted; esa es su estupidez.

CORN. (*Con dignidad.*) Mas vale así.

CELEST. (*Volviendo al lado de Pura.*) Tú te irás... esa es una pasion que no tiene piés ni cabeza.

PURA. No, no! Esa es una tiranía, un despotismo!

ESCENA XV.

CORNELIO.—DON CRÍSPULO.—DOÑA CELESTINA.—PURA.

CRISP. Ya están aquí los dos billetes. Dentro de un cuarto de hora sale el tren.

PURA. Yo no me voy.

CRISP. Permítame usted...

CORN. (*Con voz tonante.*) Tú... partes para Albion!...

CRÍSP. (*Con galantería.*) Es que si resiste yo me llevaré primero á la mamá.

CELEST. Cómo, usted me robará!... sepa usted que no me han robado nunca... usted seria el segundo, (*Conteniéndose.*) el primero.

CRISP. Y probablemente el último.

CELEST. Vámonos!... ven, hija mia! (*Oyen tocar el clarinete.*)

PURA. (*Vacilante y conmovida.*) Yo me muero.

CORN. Esposa mia! esposa mia! Qué le ha dado?

CELEST. (*Sosteniendo á Pura en sus brazos.*) Déjela usted... es usted un nécio. (*Meneando á Pura.*) Vamos, Purita, hija mia, no hagas tonterias... es preciso que olvides á ese amante.

CRISP. (*A Cornelio bajo.*) Parece que efectivamente...

CORN. (*Bajo á don Críspulo y con dolor.*) Ya habia echado raices... y á no ser por esta partida, Dios sabe...

PURA. (*Llorando.*) Pues bien mamá... ya que usted lo quiere, y solo por obedecerla, vámonos... pero lo siento muchisimo.

CORN. (*Ap.*) Bravo! se salvó! y yo tambien.

CRISP. (*Subiendo la escena y tomando las mantillas que Pura y su madre habian puesto en el sillon.*) Ea, pronto!... tomen usted... venga el brazo... yo las acompañaré. (*Ap. para sí.*) ya es mia. (*Le ofrece su brazo.*)

CORN. Yo llevaré el equipaje. Vayan ustedes delante.

PURA. (*A Cornelio.*) Cuidado con mis cartones.

CELEST. (*A Cornelio.*) Deme usted el bolso: (*Cornelio se lo dá.*) Ah! y Psiquis? (*Llamando.*) Psiquis! Psiquis! (*Suelta del brazo á don Críspulo que tambien llama á Psiquis á la puerta de la derecha.*)

CORN. Sosiéguese usted, señora, no he querido separar á ustedes... y la he metido con los chalecos en el saco de noche.

CELEST. (*Dando un grito de desesperacion.*) Qué horror!

CORN. De perra, es verdad.

CELEST. (*Con estravio.*) Hija mia, vámonos! vámonos! (*Vánse.*)

ESCENA XV.

CORNELIO *solo.*

Ea pronto, llevemos los cartones y todo esto. (*Toma primero los dos paraguas debajo de su brazo izquierdo.*) Estos aqui... (*Coge con la mano izquierda el carton cuadrado y el mas chico de los dos redondos.*) y ahora este aqui. (*Pone el necesér sobre el carton redondo y lo estrecha contra sí para impedir que se caiga.*) Y el otro aqui... (*Toma con la mano derecha la sombrerera y se pone en marcha.*) Cielos! como pesa todo esto! (*Con sentimiento.*) Dios mio! cuanto trabajo cuesta ponerse al abrigo... (*Al pasar delante del público dice con el acento de la mas profunda conviccion.*) Esta es una plaga del órden social... (*Al echarà andar se le escapa el necesér y rueda al caer echando fuera todo lo que contenia.*) Ay, ay, ay! malo; esto es peor. (*Se desembaraza del equipaje y recoge los objetos esparcidos y al volverlos á poner en el necesér, ve el papel puesto por Julio.*) Qué es esto? una carta? un billete? (*Lee.*) «Querida »mia, no tema usted nada, me reuniré á usted »en Tembleque y seré el mas dichoso de los »hombres.—Julio.—(*Con espanto.*) Julio! Julio! oh Dios mio! las piernas me flaquean! á mí me va á dar algo... Es el peluquero!... yo me muero!... (*Vacila y cae sentado encima de una sombrerera; asustado del accidente se levanta en seguida, aparta los pedazos de carton y saca del fondo un sombrero todo abollado, procura devolverle su forma y despues grita como por inspiracion.*) Pues bien, no, no se irán... corro á detenerlos. (*Se lanza rápidamente para salir por el fondo, al mismo tiempo que entra don Crispulo y tropieza con él; don Crispulo, va á caer en el sillon de la derecha y Cornelio en el de la izquierda.*)

ESCENA ULTIMA.

DON CRÍSPULO.—CORNELIO.

CORN. *(Dando un grito y cayendo en el sillon.)* Ah! esto me faltaba.
CRISP. Vaya usted al diablo.
CORN. *(A don Crispulo levantándose.)* Se llama Julio.
CRISP. Quien? *(Levantándose.)*
CORN. El amante.
CRISP. *(Corriendo por medio de la escena.)* Y qué?
CORN. *(Dándole la carta.)* Tome usted.
CRISP. *(Mirando la carta y con espanto.)* Qué es esto?
CORN. Se van juntos.
CRISP. Ah! soy perdido.
CORN. *(Ap.)* El! pues y yo! *(Gritando con indignacion.)* y por un peluquero! *(A don Crispulo.)* vamos á buscarlos.
CRÍSP. Vamos. *(Salen los dos corriendo por el fondo. Cae el telon.)*

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

El teatro representa el cuarto de una posada, en Tembleque. Entrada al fondo. Puertas laterales. A la derecha del actor una mesa, y recado de escribir.

ESCENA PRIMERA.

PURA.—DOÑA CELESTINA.—*Despues* JULIO.—*Al levantar el telon, aparece doña Celestina puesta delante de la mesa, ocupada en tapar una redoma grande, de cristal. Está muy triste.*

PURA. Vamos, mamá, despáchese usted; ya han venido dos veces á avisarnos y el tren no se detiene mas que veinte minutos en Tembleque.

CELEST. *(Con sentimiento.)* Hija mia, respeta el dolor de tu madre.

PURA. Dios mio! cuando concluirá usted!

CELEST. Si tu marido no fuese tu marido, yo te diria lo que pienso: te diria que no es mas que un asesino: si, él ha asesinado á mi Psiquis!... Pobre perrita! Meterla en un saco de noche! Obligarme á poner sus despojos en espíritu de vino! *(Llora.)*

PURA. Verá usted como no vamos á llegar á tiempo.

CELEST. El camino de hierro se ha hecho para que espere. *(Se oculta la cara para llorar.)*

JULIO. *(Entrando.)* Señora, el tren ha partido.

CELEST. *(De pronto.)* Sin nosotras? Me gusta.

JULIO. *(Ap.)* Al fin lo conseguí.

PURA. Pero eso es una picardía.

CELEST. Eso no tiene nombre, eso es engañar al público.

JULIO. Cálmense ustedes, mis queridas compañeras de infortunio; dentro de poco vendrá otro tren, y continuaremos nuestro viage.

CELEST. Pero, y el dinero gastado, caballero? y los nuevos gastos?

JULIO. Oh! eso es lo de menos, señora.

PURA. Ya vé usted mamá, por qué yo le decia que echase poco tiempo en almorzar.

CELEST. Ah! ya! Te parece bien que anduviéramos tantas leguas sin tomar nada, como los dromedarios de Egipto? En qué pais se ha visto eso?

PURA. Y ahora, qué nos vamos á hacer dos mugeres solas?

JULIO. Es preciso matar el tiempo. Si quieren ustedes aceptar mis servicios y mi brazo, iremos á dar un paseo mientras llega el tren.

CELEST. Caballero, no me atrevo á rehusar. Usted ha sido ya tan amable durante el camino, que no puedo escusarme. (*Ap. á Pura.*) Es muy amable este inglés. Usted es inglés?...

JULIO. Sí señora.

CELEST. (*Mirándolo fijamente.*) Es muy estraño; el señor es inglés, y su cara no me es desconocida.

JULIO. Nada tiene de estraño, señora, si recuerda usted que ayer estuve en casa de Cornelio á pedirle algunos objetos de que estoy encargado.

CELEST. Es verdad, ahora me acuerdo.

PURA. (*Ap.*) Y mamá que ignora que es un engaño de ese jóven...

JULIO. A fe mia, ya que los tres vamos á un mismo punto, me declaro vuestro caballero hasta Lóndres... si es que usted lo permite. (*A doña Celestina.*)

PURA. Caballero... no sé...

CELEST. Ya que el señor es tan amable... y que dos señoras solas, en medio de un camino... es tan arriesgado...

PURA. A condicion, sin embargo, de que los gastos de viage han de ser á escote...

CELEST. (*Con dignidad.*) Nosotras no admitimos regalos de nadie!

ESCENA II.

JULIO.—DOÑA CELESTINA.—PURA.—UN CRIADO.

JULIO. (*Al criado.*) *Ah! John! have you found á coachd?*
JOHN. *Yes, sir.*
JULIO. Perdonad, es mi criado inglés, que viene á anunciarme que ha encontrado una silla de posta. Ofrezco á ustedes dos asientos.
CELEST. En posta? Seria una indiscrecion... Acepto, con tal de que nos vayamos ahora mismo.
JULIO. Cuando ustedes gusten.
CELEST. Sin embargo, antes de irme, quisiera tomar una taza de té.
JULIO. Ahí está mi criado, á quien pueden ustedes considerar como suyo. Voy á ponerlo á su disposicion. *Jhon! You shall obey to those ladies.*
JOHN. *Yes, sir.*
PURA. (*Con modestia.*) Caballero, estoy confundida de tantas atenciones...
CELEST. (*A Jhon.*) Pues bien, jóven, diga usted que me hagan una taza de té.
JULIO. Ah! dispense usted, pero mi criado no entiende el español.
CELEST. Entonces iré yo misma á decirlo. Vuelvo en seguida. (*Ap. mirando á John.*) Es muy guapito ese criado. (*Váse, y John.*)

ESCENA III.

JULIO.—PURA.

JULIO. (*Deteniendo á Pura que quiere irse.*) Oh! no se vaya usted, yo se lo suplico!
PURA. (*Sorprendida.*) Caballero!...
JULIO. No pagará usted con una palabra, con una mirada, el amor que la profeso?

PURA. Caballero, yo no tengo el honor de conocerle... no sé si puedo oir...

JULIO. Oh! sí, mi querida Pura, sí, usted puede... qué diablo, yo la amo, y no puede dudarlo.

PURA. Sepa usted que soy una mujer casada... voy á llamar á mi madre. *(Sube la escena.)*

JULIO. *(Deteniéndola.)* Escúcheme usted, no tema usted nada, y fíese de mí.

PURA. Eso es, para que me engañe, para que abuse de mi credulidad.

JULIO. Oh! no, no se trata de eso: yo la amo á usted, y no perdonaré sacrificio alguno, á fin de que usted me corresponda. Qué dice usted?

PURA. Que qué digo?... *(Llama.)* Mamá! mamá!

JULIO. Sea usted razonable, y ya que es preciso decirlo, sepa usted que he venido desde Madrid, por usted solamente.

PURA. Sí, sí, por mí, no lo creo: usted ha venido porque se va á Lóndres. Usted es inglés.

JULIO. *(Vivamente.)* Yo inglés? Inglés para su madre de usted, como ayer empresario para su esposo. *(Con fuego.)* Pero tendrá usted piedad de mí, no es cierto?

PURA. Ya le he dicho que no puedo escucharle, que me es imposible, porque estoy casada.

JULIO. Comprendo: acaso don Crispulo...

PURA. Ese viejo tan feo? Caballero! *(Llamando.)* Mamá! mamá! Voy á decírselo todo.

JULIO. Oh! no, no pagará usted con una traicion tanto amor, tanta ternura.

PURA. Pues bien, no vuelva usted á decirme una palabra, porque todo lo descubro.

ESCENA IV.

Dichos.—DOÑA CELESTINA.

CELEST. *(Asustada.)* No saben ustedes lo que pasa? Acaba de llegar el tren que estábamos esperando. Tu marido viene en él... Creo que me ha visto.

JULIO. Cornelio! *(Ap.)* Diablo! si me vé aqui despues de lo que ayer pasó!...

CELEST. No le he visto mas que la cara... pero estoy segura de que es él. Infame! El verdugo de Psiquis! Ahí está, siento sus pasos...

JULIO. Ah! ocultémonos. *(Entra en el cuarto de la izquierda.)*

ESCENA V.

DOÑA CELESTINA *delante de la mesa, y volviendo la espalda á la puerta del fondo.*—CORNELIO *entrando por el fondo.*—PURA.

PURA. Usted aquí, señor mio!

CORN. *(Con firmeza.)* Sí, yo aquí... Cornelio Nepote! *(Con ternura.)* Purita! *(La abraza y baja á la escena. Con tono trágico.)* Oh Dios, que me la devuelves! me la devuelves... cristiana?

PURA. Qué quiere usted decir?

CORN. *(Llorando.)* Tú me lo preguntas? Ay! desde ayer no existo. Todo mi moral está desencuadernado. He inundado con mis lágrimas el wagon donde he venido. *(Se enjuga las lágrimas, y dice de pronto.)* Dónde está el peluquero?

PURA. Qué peluquero?

CORN. El peluquero de la carta.

PURA. No sé lo que quiere usted decir.

CELEST. *(Ap.)* Cómo! era un peluquero!

CORN. *(Furioso y sonriendo con amargura.)* El que te ha seguido... aquel, cuya sangre voy á beber á chorros!

PURA. Está usted loco!

CELEST. *(A Pura.)* Está rabioso!

CORN. *(Volviéndose hácia doña Celestina á quien no habia visto aun.)* Ola! es usted, buena pieza?

CELEST. No me mire usted, mónstruo, porque me horroriza!

CORN. Bueno, bueno.

CELEST. *(Enseñándole la redoma y llorando.)* Aquí tiene usted su obra!

CORN. *(Examinándola.)* Qué es esto? Pimientos en conserva?

CELEST. Esta es Psiquis, infame. Psiquis! su desgraciada víctima!

CORN. *(Sorprendido.)* Cómo! La ha echado usted en infusion?

CELEST. Sí, estos son sus manes!

CORN. *(Estendiendo el brazo hácia la redoma.)* Que el aguardiente le sea ligero!—Lo siento mucho; pero no lo puedo llorar. *(A Pura variando de tono)* Se trata ahora de un bípedo que turba mi existencia. He sabido cosas... *(Toma una actitud trágica.)* en estremo bajas.

PURA. Bajas!

CORN. Sí, muy bajas! Pero subo al orígen. Ayer, en el momento que me disponia á llevar el resto de tu equipage, veo un billete... *(Cambiando de tono.)* Pero no, no quiero decirte mas... espero los resultados. Ha venido un hombre con usted? *(Gritando.)* Ha venido un hombre con usted!

CELEST. Sí, un inglés muy guapo.

CORN. Señora! *(Ap.)* Un inglés? No importa. *(Alto.)* Qué ha pasado en el camino?

PURA. Qué habia de pasar? Nada.

CORN. *(Con furor.)* Nada!... *(Con ternura.)* Abrázame... y pues aun eres digna de oir la verdad, voy a mostrártela en su desnudo trage de verano, y tal como ha salido del pozo Airon. *(A doña Celestina.)* Calle usted, señera!... Hay una apuesta, una execrable apuesta en perjuicio mio, entre dos intrigantes que no conozco... por eso he salido en posta de Madrid, y he devorado el espacio que me separaba de Tembleque.

PURA. Una apuesta!

CORN. Sí, han apostado á que has de caer en el lazo de la seduccion!—Y ese... inglés, ese falso ingles, ese miserable inglés... que no es mas que un peluquero...

CELEST. Eso no es posible!

CORN. *(Apoyando y levantando la voz.)* Que no es mas que un peluquero... es uno de mis adversarios.

PURA. Cómo has sabido eso?

CORN. Por un digno jóven, por un virtuoso artista, escelente clarinete.

PURA. (*Con emocion y bajando la vista.*) Un clarinete?

CORN. (*Con alegría y en tono confidencial.*) Nuestro vecino de enfrente, á quien nunca habia yo hablado, y el cual me ha mostrado el mas tierno interés.

CELEST. (*Ap.*) Es el otro! (*Alto.*) Qué estúpido! (*A Cornelio.*)

CORN. No, no es estúpido, porque una hora despues de haberte ido, fué á casa.

PURA. Y qué?

CORN. (*A doña Celestina que se acerca á él con la redoma.*) Váyase usted, señora!

PURA. Vamos, habla.

CORN. Sube con los cabellos estraviados y los ojos en desórden...

PURA. (*Ap.*) Pobre Adolfo!

CORN. Y me dice: Se fué ya Purita?—Sí.—Pues bien, siga usted sus huellas, porque le prevengo que atentan á su dicha doméstica... todo el mundo lo sabe en el teatro... y hay esto, y esto, y esto, y esto, y esto... solo que no sé los nombres.

CELEST. (*Adelantándose.*) Es posible?

CORN. (*A doña Celestina.*) Ya le he dicho á usted que se calle. (*A Pura.*) Entonces añadió el clarinete con voz sombría: «Si su mujer de usted le pregunta qué hay de nuevo en el teatro, dígale usted que un músico va á arrojarse al canal á causa de cierta bailarina.»

PURA. Cielos! (*Vacila y cae en el sillon de la derecha. Doña Celestina pasa á la izquierda de Pura.*)

CORN. Dios! se pone mala. Qué le ha dado?

CELEST. (*Sosteniendo la cabeza de Pura.*) Usted tiene la culpa... con esas historias tan lúgubres que la cuenta... Pura! hija mia! vuelve en tí.

CORN. Echele usted agua fria.—Purita! Esposa de Cornelio Nepote.... cómo habia yo de creer que esto te horripilaria? (*Dá furtivamente un beso en la mano á su mujer desmayada, y continúa tranquilamente su relacion.*) Entonces

yo, en vista de lo que acababa de referirme, tomo el camino de hierro...

CELEST. (*Interrumpiéndole.*) Pero hombre, no vé usted que no le oye? Pronto, un cacharro... ahi en mi cuarto.

CORN. Adónde? Aqui? *(Vá al gabinete de la derecha.)*

CELEST. No, allí.

CORN. Voy. *(Va á salir: de pronto baja á la escena y dice tranquilamente.)* Quién habia de pensar!..

CELEST. Vaya usted, demonio!

CORN. Voy, estantigua! *(Vase por la izquierda.)*

ESCENA VI.

PURA.—DOÑA CELESTINA.

CELEST. Purita, Purita, vuelve en tí, que ya se ha ido.

PURA. (*Levantándose de pronto.*) Ay mamá! va á morir!

CELEST. No tengas cuidado; los músicos solo mueren... de hambre.

PURA. No, no, le conozco: va á matarse!

CELEST. Tranquilizate: lo mismo me dijeron á mí en mis tiempos mas de veinte, y ninguno lo hizo.

ESCENA VII.

Los mismos.—JULIO.

JULIO. *(Entrando con mucho tiento por la derecha.)* Pura!

PURA. *(Asustada.)* Ah!

CELEST. El inglés! Váyase usted, caballero!.. Si lo vé á usted mi yerno, se lo come vivo!

JULIO. (*Con fuego, volviéndose alternativamente á Pura y á doña Celestina.)* Nada temo, nada, si consigo que usted me ame.

PURA. Caballero!

CELEST. *(Con dignidad.)* Cómo! Pura! Caballero, sepa usted que mi hija...

JULIO. Todo lo sé. Su marido es un tirano.

PURA. Oh! sí, un tirano!

CELEST. No lo niego... *(Con dignidad.)* pero delante de mí... semejante proceder... *(Ap. mirando á Julio.)* Oh! nacion generosa!

JULIO. *(Dejando á Pura y yendo á doña Celestina.)* Cálmese usted, señora, tome usted esta carta para don Críspulo, y por ella verá usted...

CELEST. El qué?

CORN. *(Dentro.)* Allá voy, allá voy!

CELEST. *(Asustada.)* Mi yerno!

PURA. Váyase usted.

JULIO. No hay cuidado, no me conocerá! *(Pónese arrimado á la puerta.)*

ESCENA VIII.

JULIO, *al fondo.*—DOÑA CELESTINA.—PURA.—CORNELIO.

CORN. No ha vuelto en sí?

PURA. *(A Julio que está en el fondo.)* Váyase usted!

CORN. *(Poniéndose delante de la puerta.)* Cómo váyase usted! á quién dirige usted esa locucion de «váyase usted!» *(Vé á Julio que está de espaldas á todos los personages; quiere verle la cara y pasa entre Julio y la pared, cuando este se vuelve, dando vueltas y bailando con los dedos puestos entre la sisa del chaleco. Cornelio lo persigue sin decir una palabra, hasta que Julio desaparece por el fondo, sin que Cornelio haya podido verle la cara: este baja á la escena con aire inquieto.)*

CORN. *(Con autoridad.)* Quién es ese danzarin que ha salido?... *(Mas fuerte.)* Quién es?

CELEST. Es el inglés que nos ha acompañado.

CORN. El peluquero? Ah! Ya lo atrapé! Ola, ola! Te aprovechas del intérvalo de un cacharro para

decir chicoleos á mi mujer? Espera! Espera! *(Váse corriendo por el fondo.)*

PURA. *(Llamándolo.)* Cornelio! Cornelio!.. Vá á matar á ese jóven!

CELEST. Ay! yo no sé donde estoy! la emocion!... los nervios!.. yo tengo una *gastritis*.

ESCENA IX.

Los mismos.—DON CRISPULO.—*Despues* CORNELIO. *(Don Crispulo entra por el foro, cojeando.)*

CELEST. Don Crispulo!

PURA. Usted aquí!

CORN. *(Entra furioso y coge á don Crispulo por el cuello sin verle la cara.)* Ya te pesqué, ser inmoral!

CRISP. *(Bajando empujado por Cornelio.)* Quién es el atrevido! Suéltame!

CORN. El atrevido lo eres tú! *(Empuja violentamente á don Crispulo, sobre la silla de la izquierda, este al sentarse, dá un grito de dolor. Cornelio se queda estupefacto.)* Señor don Crispulo!

CRISP. *(Admirado.)* Cornelio!

CORN. Ah! Pido á usted mil perdones. Le he hecho á usted daño?

CRISP. No, no es nada... nada. *(Vá á levantarse y dá un quejido.)* Ay!

CORN. Pero cómo está usted aquí?

CRISP. Adios, Purita; saludo á usted, doña Celestina. *(A Cornelio.)* He venido, querido amigo, porque no queria dejarle abandonado á su justo furor. No era un deber en mí seguir sus huellas?..

CORN. *(Tomándole las manos con ternura.)* Anciano generoso!

CRISP. Desgraciadamente el tren habia ya salido, y tuve que venir en un burro que no me ha tirado mas que catorce veces en siete leguas.

CORN. Eso es muy sensible!

CRISP. Para mí que no puedo moverme.

CORN. (*Ap. á don Crispulo.*) Y yo que creia que usted era el inglés! el de la carta!

CRISP. (*Bajo.*) Está aquí?

CORN. Aquí! en persona!

CRISP. Y no lo ha pillado usted ya!...

CELEST. Oiga usted, señor don Crispulo, si viene usted á calentarle los cascos á mi yerno, ya puede irse por donde ha venido.

PURA. Y cuanto antes mejor.

CORN. (*Con dignidad.*) Qué lenguaje es ese dirigido á uno de mis mejores amigos? Hagan ustedes el favor de callarse.

CELEST. Lo haré si me da gana. Aquí no está usted en su casa, que está en una fonda.

CORN. No le haga usted caso á mi suegra. He dado pasaporte á la perra, y el dolor la tiene algo trastornada.

CELEST. Sí, mónstruo!

CORN. Ya lo oye usted, dice que sí!

CRISP. En fin, lo esencial para nosotros es que usted haya llegado á tiempo. Yo tenia un miedo...

CORN. Sí, generoso amigo!

CELEST. (*Cólerica.*) Cómo á tiempo! qué quiere decir á tiempo! Vuélvalo usted á decir!

CORN. Sí, á tiempo! Yo, yo... reproduzco su espresion.

CELEST. Oh! esto es un hórror! una infamia! Usted insulta á mi hija, á mi sangre!

CORN. Terpsícore!.. callate!..

PURA. Venga usted, mamá, yo no puedo mas...

CELEST. (*Muy animada.*) En mis tiempos hubieran llevado á presidio á un ser como usted! Ven, hija mia, tu marido te matará!

CORN. (*Tranquilamente á Pura.*) Por supuesto, tú no aprobarás lo que dice tu madre? se me figura.

PURA. Usted es un mal hombre! Váyase usted, lo aborrezco!

CORN. Cómo? (*Queda un momento estupefacto.*)

CELEST. (*A don Crispulo bajo.*) Y usted tome este papel que me han dado para usted. No sé lo que es ni quiero saberlo.

CRISP. (*Tomándolo.*) Para mí? (*Vánse: Pura por la izquierda y don Crispulo por el fondo.*)

ESCENA X.

DON CRÍSPULO.—CORNELIO.

CORN. Creo que ha dicho que me aborrece.
CRISP. Eso mismo dijo.
CORN. (*Pasándose la mano por los ojos.*) Si estaré soñando!
CRISP. (*Leyendo.*) «Ha perdido usted la apuésta.» Con que él ha ganado! (*A Cornelio.*) Decia usted que el jóven de la carta...
CORN. (*Muy vivo.*) El peluquero? Aquí está: lo he visto por detrás, y voy á matarlo.
CRISP. Escúcheme usted Cornelio; usted está exaltado.
CORN. Muy exaltado.
CRISP. Es preciso no ofuscarse.
CORN. Pues no nos ofusquemos.
CRISP. Bien; por lo mismo yo obtendré de su esposa de usted esplicaciones que ella rehusaria tal vez darle.
CORN. Si, eh? Pues vaya usted, á bien que nosotros nos entendemos perfectamente.
CRISP. Voy á buscarla.
CORN. Eso es, búsquela usted, yo voy á buscar al inglés. Vaya usted, mi querido señor don Críspulo; en sus manos pongo este negocio... y, francamente, no las tengo todas conmigo.
CRISP. (*Ap. al irse.*) Allá veremos quién de los dos es el que pierde. (*Vase.*)

ESCENA XI.

CORNELIO, *solo.*

CORN. (*Mirándolo salir, con interés.*) Escelente hombre! Cómo se ha identificado á mi pena! Ese sí que es un amigo. Es posible, gran Dios! Mi

mujer que era la admiracion de todo el teatro por sus virtudes teologales, se habrá lanzado por ventura á la senda del crimen!

ESCENA XII.

CORNELIO.—JOHN.

JOHN. (*Entrando.*) Matam Purá?

CORN. (*Volviéndose.*) Caballero... quién será?..

JOHN. (*Con una carta qve oculta á Cornelio.*) Matam Purá?..

CORN. La señora Pura?

JOHN. Yes.

CORN. Yes? Este es un inglés. (*Con alegría mal disimulada.*) Cielos! es mi hombre! La Providencia lo pone entre mis uñas... Cortémosle la retirada. (*Cierra todas las puertas y vuelve al lado de John, á quien examina de cerca.*)

JOHN. (*Sin moverse del sitio.*) Matam Purá?

CORN. (*Ap.*) El que te va á apurar á tí soy yo. Raciocinemos: debo cogerlo por los cabellos?.., No, ataquémosle por la lógica. Sin duda es un lord disfrazado de peluquero: esto es muy comun en el continente.

JOHN. *Matam Purá?*

CORN. (*Con respeto.*) Milord, vuestra conducta es la de un cobarde y de un bribon, lo entiende usted?

JOHN. *Y do not enderstand.*

CORN. (*Animándose.*) A mí no me hable usted en inglés. Mi mujer es casada, y si en Lóndres se permite que á un marido le roben su mujer, aquí no... aquí es ilegal... es incongru... usted lo entiende?

JOHN. *Matam Purá?...*

CORN. Ya, ya entiendo. (*Ap.*) Parece que no comprende: le hablaremos en inglés á este isleño: (*Se pone delante de John, y le dice gesticulando mucho para hacerle comprender sus palabras.*)

Yo decir á usted, á usted, yo, que mi mujer estar allí; en su cuarto; pero usted no entrar, porque no permitirlo yo.

JOHN. (*Yendo hácia el cuarto de Pura.*) *Yes, sir.*

CORN. (*Deteniéndolo.*) Qué *yes* ni que ocho cuartos... A que le doy un sopapo! Pero no, es un lord, guardémosle consideraciones. (*Alto.*) Caballero, usted es hombre de honor... yo tambien... nos batiremos; la espada, la pistola, el obús, lo mismo me dá. (*Con vehemencia.*) Nos batiremos!

JOHN. (*Impacientándose.*) *God dam!* (*Poniéndose como para boxear.*)

CORN. *Yes, yes.* (*Ap.*) Quiere andar á trompis?... es un lord.

ESCENA XIII.

CORNELIO.—PURA.—JOHN.

PURA. Qué es esto? Qué pasa aquí?

JOHN. (*Reconociendo á Pura.*) *Matam Purá?*

CORN. Soy yo señora, yo que he prohibido á milord que la vea á usted, y que voy á batirme con él.

PURA. Con su criado?...

CORN. Qué dice usted?...

PURA. Sí, su criado.

CORN. (*Con indignacion.*) Cómo! Este hombre ante quien yo me inclinaba, con quien tenia toda especie de miramientos... era un criado!... un lacayo!... una negacion social!... y yo le proponia un duelo... yo!... un sastre!... A ver, espera, espera, gandul. (*Pasa delante de Pura para coger á John; este pasa por detrás de ella, y se pone á su derecha, mientras Cornelio, á consecuencia de este movimiento, se encuentra detenido por Pura.*)

PURA. (*Deteniéndolo.*) Cornelio! Esposo mio!

CORN. No, déjame...

JOHN. (*Dando furtivamente un billete á Pura.*) *Matam Purá... for you.*

CORN. (*Bajando á la escena indignado.*) Le da una carta! Vamos, es preciso que yo lo mate. (*Pasa por delante de Pura, y quiere echarse sobre John, el cual se pone á boxear.*)

PURA. Pero hombre...

CORN. Espera miserable... voy... (*John le dá un puñetazo en el costado derecho, y se va.*) Ay! ay! ay! (*Cae en la silla derecha, con la mano en el costado.*)

PURA. (*Asustada.*) Ay! Dios mio!

CORN. (*Respirando.*) Decididamente es un criado.

ESCENA XIV.

CORNELIO.—PURA.

PURA. (*Con inquietud.*) Te ha herido?

CORN. (*Con dolor.*) En lo que tengo mas caro... en mi reló... (*Saca el reló roto.*) Pero esto es lo de menos. (*Con fuerza.*) Te ha dado una carta?

PURA. Decia si estás herido...

CORN. (*Imposible.*) Y yo digo que me dé usted esa carta!

PURA. Lo dice usted con un modo.

CORN. (*Gritando.*) La carta! la carta!

PURA. No se la daré á usted.

CORN. (*Cogiéndole la mano.*) Pues yo la tomaré.

PURA. (*Defendiéndose.*) Señor Cornelio, lo que usted hace es indigno...

CORN. No digo que no... pero tomaré la carta.

PURA. Oh! no.

CORN. Oh! sí. Ya la tengo.

PURA. (*Detrás de Cornelio, mientras este desdobla el billete.*) Devuélvame usted esa carta... no sé lo que dice... pero yo no le he autorizado á que me escriba esas cosas... vamos, devuélvame usted esa carta...

CORN. (*Sin hacerle caso.*) Justo! la misma letra que la de ayer... ah! milord! ah! peluquero! (*Leyendo.*) «Mi querida Pura, déjeme usted que la ha-

»ga dichosa.» (*A Pura.*) Digo, he? mire usted si llego á tiempo.

PURA. Y eso qué prueba?

CORN. (*Leyendo.*) «Amo á usted, y quiero librarla de »su estúpido marido...» (*A Pura.*) Estúpido! Por quién me ha tomado ese hombre?

PURA. Yo no apruebo lo que dice.

CORN. (*Con importancia.*) Ni yo! (*Leyendo.*) «De aquí »á un momento esperará á usted mi silla de »postas á la puerta de la fonda.» (*A Pura.*) Qué le parece á usted?

PURA. Yo soy inocente.

CORN. (*Leyendo.*) «He dado órden al postillon de que »apenas suba usted, parta á todo escape hasta »las puertas de la ciudad, en cuyo punto la espero.» (*á Pura.*) Vamos, qué le parece á usted?

PURA. Repito que yo nada sabia...

CORN. (*Leyendo.*) «A fin de saber su consentimiento, »esperaré la señal, que consistirá en que vaya »abierta una de las ventanillas del carruaje. »Contésteme usted en secreto.—Julio.»

PURA. Esa carta es espantosa.

CORN. (*Paseándose.*) Ah! bribon! Porque soy sastre y él es inglés, es decir, un poder marítimo... pero que navegue... que navegue... le dejo la supremacia en el mar; pero en mi mujer... no!... (*De pronto dándose una palmada en la frente.*) Sí!... magnífica idea!

PURA. Qué?

CORN. Vas á dejarte robar.

PURA. Nunca!

CORN. Sí! Ponte ahí. (*Señala la mesa.*)

PURA. Para qué?

CORN. (*Imperiosamente.*) Escribe!

PURA. (*Asustada, sentándose.*) Me da usted miedo!

CORN. Escribe!

PURA. Qué he de escribir?

CORN. Lo que voy á dictarte. (*Con tono arrogante.*) «Milord, usted tiene razon; mi marido es un »estúpido, á quien no puedo sufrir.»

PURA. Pero...

CORN. (*Con violencia.*) Escribe!...

PURA. (*Escribiendo.*) Sufrir... qué mas?

CORN. *(Dictando.)* «Consiento en dejarme robar.»

PURA. Yo no escribo eso.

CORN. *(Apretándole la mano contra la mesa.)* Escribe, ó no respondo de mí.

PURA. Ah! Que me hace usted daño!

CORN. No hagas caso! *(Dictando.)* «Dejaré abierta una »de las ventanillas del carruaje, segun usted »me dice.»

PURA. Qué horror!

CORN. «Adios, angelito mio.»

PURA. Pero esto es demasiado.

CORN. *(Con autoridad.)* Sí? Pues ponga usted: «vues»tra sílfide Pura, mujer de Cornelio Nepote, bai»larina del teatro Real.»

PURA. Y que yo firme semejante cosa!

CORN. Yo me entiendo. «Tembleque 12 de diciembre »de 18...»—Has concluido?—Dámelo.—Dónde está tu augusta madre?

PURA. Ahí, en el número 10.

CORN. Bien! bravo! *(A Pura.)* Y en seguida, si es preciso, eterna separacion!

PURA. Dios mio!

CORN. Mi venganza será espantosa... sí, espantosa! *(Váse.)*

ESCENA XV.

PURA.—*Despues* DON CRISPULO.

PURA. Dios mio! Qué va á hacer? Sus miradas me dan miedo! Una separacion! Qué escándalo! Oh! no, primero morir. *(Oyese el clarinete del acto primero.)* Gran Dios! Qué oigo! es él! Adolfo! Pero cómo?... Oh! no, es imposible.

CRISP. *(Entra sin ser visto de Pura por la puerta izquierda.)* Purita! está sola!

PURA. Ah! usted aquí, don Críspulo? Qué hay? Qué es lo que aquí pasa?...

CRISP. Oh! nada, nada, es un carruaje que acaba de llegar.

PURA. *(Ap.)* Oh! si fuese...

CRISP. He aprovechado el momento en que su marido de usted ha ido á ver á doña Celestina; asi pues, no podemos perder un instante. No tenga usted cuidado, y confie en mí.

PURA. Que confie?

CRISP. Si, antes que venga ese calavera de Julio.

PURA. Poco me importa su venida.

CRISP. *(Ap.)* Ha perdido. *(Animándose.)* Escuche usted, Purita, pueden sorprendernos: no perdamos el tiempo en perifrasear. Va en ello mi dicha, mi gloria...

PURA. *(Ap.)* Calla! tambien él! *(Alto.)* Si es con el otro con quien huyo! *(Ap.)* Asi lo escarmentaré.

CELEST. El otro! oh! no! En mis afecciones hay poesía, hay drama! A pesar de mis años, mi corazon palpita... y... yo amo á usted. Purita, vámonos á Madrid.

PURA. Pero caballero... *(Don Crispulo la toma una mano y se la besa.)*

ESCENA XVI.

Dichos.—CORNELIO.

CORN *(A la puerta del fondo sin ser visto de don Crispulo y Pura.)* Cómo! El viejo sátiro! *Tu quoque, Bruto?* *(Váse rápidamente y dice en el bastidor.)* Bien, bien; abajo está el carruage: baje usted pronto!

CRISP. *(Sorprendido.)* Cornelio!

PURA. *(A don Crispulo.)* Ve usted, si lo hubiese oido! *(Váse por la derecha.)*

ESCENA XVII.

CORNELIO.—DON CRÍSPULO.

CORN. *(Ap.)* Engañémosle.

CRISP. Hola, amigo Cornelio! Qué tiene usted? Parece que viene algo triste.

CORN. *(Ap.)* (Ya verás.) Usted es mi antiguo amigo, no es cierto? *(Se acerca y le grita al oido.)* Sabe usted una cosa?... Que hay en el mundo bribones de todas edades.

CRISP. *(Con calma.)* Ya lo he notado.

CORN. *(Id.)* Quieren robarme mi única esposa!

CRÍSP. *(Fingiendo sorpresa.)* No es posible!

CORN. Y sin embargo, es verdad. *(Ap.)* (Voy á hacer que tome las de Villadiego.) Usted concibe las consecuencias de esta accion? Vé usted á dónde va á parar esto? Prevee lo que me sucederia?

CRISP. Lo sospecho.

CORN. *(Con importancia.)* Qué perjuicio para mí, si en razon á mi estado, no hubiera tomado mis medidas! *(Pónese á escuchar.)* Eh!... pero Dios mio! oigo gritos!

CRÍSP. *(Corriendo á la ventana.)* Es una silla de posta!... Una mujer sube á ella á pesar de los esfuerzos que hace para resistir...

CORN. *(Fingiendo desesperacion.)* Es la mia! *(Rie aparte.)*

CRÍSP. La de usted?... pero corra usted... opóngase...

CORN. *(Anonadado.)* He perdido mi mujer!

CRÍSP. *(Ap.)* Y yo mi apuesta! *(Oyese el chasquido de un látigo y el ruido de un carruage que parte.)*

CORN. *(Gritando.)* Eh, muchacho! mozo! un caballo! un caballo!

ESCENA XVIII.

Dichos.—Un criado.

Criado. Llama usted, señor?
Corn. *(Fuera de sí.)* Dame un caballo; pronto.—Se fué ya?
Criado. Esa señora? Ya; ha gritado mucho; pero como usted me dijo...
Corn. *(Poniéndole la mano en la boca.)* Está bien: lo que quiero es un caballo. Volando!
Mozo. Ahi hay uno; le ensillaré. *(Vase.)*

ESCENA XIX.

Don Críspulo—Cornelio.

Crisp. Vá usted á seguirla á caballo?
Corn. No, yo no; usted: se lo suplico.
Crisp. *(Asustado.)* Yo! á caballo!
Corn. Si, si, usted, mi venerable, mi respetable, mi encomiable amigo! *(Ap.)* (Tunante!) Ya me ve usted rodeado de una legion de pícaros! Pero usted no me hará traicion, es verdad?
Crisp. Sin duda... pero estoy en un estado...
Corn. No importa... Camino de Andalucía... *(Dándole el billete.)* Tome usted: aun es tiempo. Salve usted á mi esposa!
Crisp. *(Ap.)* Qué diablos! Así tal vez libro el pellejo, y no pago la apuesta.
Corn. *(En la ventana.)* Ya está el caballo listo! Vaya usted, vaya usted. *(Gritando.)* Eche usted á correr. *(Lo empuja hácia la puerta.)*
Crisp. *(Con mal humor.)* Vamos, no hay medio de resistir. *(Cornelio le empuja afuera, y le arrima un puntapié que no le da. En este momento Pura sale del cuarto de la izquierda. Cornelio*

le hace señas para que calle, cuando se oye la voz de don Críspulo que dice.) Camino de Andalucía?

CORN. *(Corriendo á la puerta como para impedir que entre.)* Sí, sí, vaya usted al infierno, que es tierra caliente!

ESCENA XX.

PURA.—CORNELIO.

PURA. Qué sucede?

CORN. Chis! silencio! *(Con misterio y altanería.)* Tambien la galanteaba á usted?

PURA. Quién?

CORN. Ese sátiro con frac.

PURA. Don Críspulo?

CORN. Sí.

PURA. Es verdad!

CORN. *(Escuchando.)* Ya se vá! Ya se fué! Corre detrás de doña Celestina, víctima de este rapto.

PURA. Mi madre! un rapto!

CORN. Sí, la he dicho que nos íbamos todos... cuando estuvo dentro del carruage, con los manes de su perra debajo del brazo, le dije al postillon que partiera, y arrancó como alma que lleva el diablo.

PURA. *(Conmovida.)* Abandonar así á mi madre en medio de un camino!

CORN. *(Cruzando los brazos y con voz imponente.)* Y ahora que estamos en una situacion solemne...

PURA. *(Mirándole con temor.)* Dios mio!

CORN. Señora! Míreme usted cara á cara! Dónde estamos?

PURA. Cómo, dónde estamos?

CORN. Debo considerar á la villa de Tembleque como punto de partida de mi infortunio? Respóndame usted!

PURA. *(Temblando.)* Qué quieres decir? *(Se aleja con temor.)*

CORN. *(Alejándose tambien.)* Debo llevar mi vergüenza hasta Madrid y su vicaría?

PURA. Separarnos?

CORN. (*Llorando.*) Soy...

PURA. Desgraciado!

CORN. Eso. Acaba!

PURA. Lo crees asi? Serás capaz de creer que tu mujer es culpable?

CORN. (*Dando un paso adelante.*) Pues bien... no! jamás!

PURA. (*Con ternura.*) Cornelio!

CORN. Purita!

PURA. Esposo mio!

CORN. Mujercita de mi corazon!. Ah! (*Se echan en brazos uno de otro: quedan un momento en esta posicion, cuando Cornelio dice con acento de dicha.*) Qué soberano consuelo! (*Oyese el clarinete.*)

PURA. (*Ap.*) Cielos!

CORN. (*Con alegria.*) Tú no sabes?... Es él, nuestro vecino! mi amigo... ese jóven tan pundonoroso!

PURA. Adolfo?

CORN. Sí, Adolfo: acabo de verle, bajaba del carruage... Ha dejado el Teatro Real, y vá á Inglaterra. Vámonos con él á Lóndres.

PURA. Oh, no! á Madrid. Lejos de él, muy lejos!

CORN. (*Sorprendido.*) Calla! él tambien!

PURA. No me preguntes.

CORN. Pero, señor, qué es esto?

PURA. No me preguntes, y creeme.

CORN. (*Con tono resuelto.*) Pues bien, si, te creo... (*Con exaltacion.*) Esa confesion me hace el mas feliz de los hombres. Ya nada temo. Vámonos. (*Oyese el chasquido de un látigo, y el ruido de un carruage.*)

PURA. Qué oigo?

CORN. (*En la ventana.*) Es la silla de posta.

PURA. (*Yendo á la ventana.*) Y ellos á caballo.

CORN. (*Con alegria delirante.*) Que vengan, que vengan ahora... los desprecio, los pisoteo como á dos insectos...

PURA. Ah! No hagas tal.

CORN. Hablo moralmente. (*Ap.*) Por fin, veré al peluquero cara á cara.

ESCENA ULTIMA.

Dichos.—Doña Celestina, *apoyada en el brazo del criado.—Despues,* Don Críspulo.—Julio.

Celest. (*Fuera de sí, sentándose en la silla de la derecha.*) Un rapto! Haber cometido un rapto! Lo que no me sucedió en mis tiempos!

Pura. Mamá!

Crisp. (*Entrando.*) Vaya una broma! Hacerme correr tras de una vieja! Y de esa facha!

Julio. (*Entrando y poniéndose junto á don Críspulo.*) Amigo, yo sí que me la llevaba!

Corn. Ola! es el comisionado de ayer. Lo reconozco en las piernas.

Julio. Señor Cornelio...

Celest. Ah! hija mia! De buena me he escapado! Al abrir el ventanillo del carruaje, ví á este jóven inglés, que comenzó á llamarme.

Julio. Por error, señora.

Celest. Pero cuando llegó el papá, acabé de tranquilizarme.

Crisp. El papá, el papá! Quisiera saber quién es el impertinente que se ha permitido...

Corn. Yo!

Celest. (*Levantándose y amenazándolos.*) Usted, infame, pícaro, traidor! Voy á arrancarle los ojos!

Corn. (*Retrocediendo un paso y con dignidad; á Pura.*) Hija mia, deten á esa fiera, deten á tu madre. (*A Julio y á don Críspulo.*) Sí, yo, yo solo, yo he sido. Y si quieren ustedes les daré una satisfaccion...

Pura. Dios mio!

Crisp. / Julio. (*Dando un paso hácia Cornelio.*) Ahora mismo.

Corn. (*Con calma.*) Es esta. Que siendo yo el esposo de mi muger... no me he cuidado... de nada... porque tenia confianza en ella... En la posicion... de la cuestion... ya sé que ustedes me dirán...

que hay maridos... pues... eso... pero yo... no... porque no!—Hé dicho!

CRISP. Creo que hemos perdido los dos.

JULIO. (*Bajo á don Crispulo.*) Si, ni uno ni otro.

CORN. Conque, señores, cada mochuelo á su olivo, que yo me voy con mi muger.

CELEST. Y conmigo.

CORN. A mi fortuna negra
la suerte loca
le deparó una suegra
como hay muy pocas.
(*Coge del brazo á doña Celestina y la presenta á don Crispulo y á Julio.*)
Tómenla ustedes,
porque, lo que es conmigo
ya no se viene.
(*Echa á correr hácia el foro, doña Celestina lo coje por el faldon del frac y cae el telon.*)

FIN DE LA COMEDIA.

EL CORNETA.

ZARZUELA EN UN ACTO, EN VERSO,

ORIGINAL DE

DON CÁRLOS FRONTAURA.

MUSICA DE

DON LUIS CEPEDA.

Escrita expresamente para la distinguida actriz señorita doña Amalia Ramirez, y representada por primera vez en Madrid, en el teatro del Circo, en Abril de 1861.

MADRID:
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ, FACTOR, 9.
1861.

PERSONAJES.	ACTORES.
TOMÁS.....	STA. DOÑA AMALIA RAMIREZ.
SUSANA.....	ADELA IBARRA.
DOÑA SOLEDAD...	CONCEPCION FLORES.
DOÑA MANUELA...	DOLORES CUSTODIO.
D. SERAFIN.....	D. SANTIAGO SANTA COLOMA.
D. TOMÁS.....	CÁRLOS SORIANO.

La propiedad de esta obra pertenece á su autor, y nadie podrá sin su permiso reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones, ni en los paises con que haya ó se celebren en adelante contratos internacionales.

Los comisionados de la Galeria dramática y lírica titulada EL TEATRO, son los exclusivos encargados de la venta de ejemplares y del cobro de derechos de representacion en todos los puntos.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

ACTO ÚNICO.

Sala decentemente amueblada. Puertas en el fondo y laterales. Mesa, un sofá.—Balcon.

ESCENA PRIMERA.

SUSANA. (Se oye una marcha de tambores y cornetas.)

(En el balcon.)
—¡Qué gusto! ¡Ya está de vuelta
—el regimiento!... ¡Qué caras
—tan negras traen los pobres!...
—¡Jesus! ¡tenia unas ganas
—de qué volviese la tropa
—á su cuartel!... ¡Ahí es nada
—lo que anima un regimiento!...
—¡Vaya, ya estan en su casa!...
—¡Cuánto oficial!... ¡Qué muchachos!
—¡Viva la tropa! ¡Caramba!

MÚSICA.

CANCION.

No hay una cosa en el mundo
como vivir en Madrid;

una muchacha disfruta
cuanto se le antoja aqui.
Gana un salario,
se viste bien,
en todas partes
luce su aquel;
y si en la calle
descubre el pié,
le echan piropos
desde el cuartel.
Ya tengo en ese de enfrente
un chico—¡válgame Dios!—
que es la flor del regimiento
¡ay! de la Constitucion.

—

Es tan garboso mi novio,
que vale mas que el Perú.
Es granadero, valiente,
muy jaqueton y andaluz.
Cuando en las filas
formado vá,
ninguno lleva
su aire marcial.
Y si salimos
á pasear,
todos los ojos
tras él se van.
Cuando le den la licencia
nos casaremos los dos;
ya me dió mano y palabra...
¡Viva la Constitucion!

ESCENA II.

SUSANA, DOÑA MANUELA. Sale por la derecha.

DECLAMADO.

MAN. Susana, ¿qué haces aqui?
SUS. (¡Ay, la señora!...)

MAN. ¿Qué tal?
La señorita en la sala,
y en la cocina estarán
los platos muertos de risa...
¡Váyase usted á fregar!...
SUS. Tiempo hay, señora.
MAN. ¡Susana!
SUS. ¡Pues es claro!... ¡Tiempo hay!
Estaba viendo la tropa.
MAN. Si, mucho te importará
á tí la tropa.
SUS. Me importa
mas que los platos...
MAN. ¿Hay tal?
SUS. Ademas, aun es temprano.
MAN. ¿Quieres callar?
SUS. Y ademas
para dos huéspedes solos...
MAN. ¡Nada!... ¡Que no callará!
SUS. Y para hacer un cocido
y un guisado nada mas...
MAN. Pero, hija, ¡qué lengua tienes
tan larga!...
SUS. Si, ¿de verdad?
Y que Dios me la conserve.
MAN. Sí te la conservará,
pero yo te pondré en medio
del arroyo... ¡Ya verás!...
SUS. ¡Ay, qué miedo!... Y en Madrid
mejores casas no habrá
que la de usted!... ¡Por supuesto!
¡Qué! ni en palacio estarán
los criados tan á gusto
y tan regalados... ¡Quiá!
Por la mañana patatas
á la hora de almorzar,
guisadas algunas veces,
otras cocidas con sal,
y fritas en Todos Santos
ó el dia de Navidad.
Á medio dia, puchero,
y berza, y sopa de pan,

y unos garbanzos de á ocho
que pueden descalabrar...
Y por variar, por la noche
patatas... ¡Vaya un afan!

MAN. ¡Vete! ¡vete!... Mira que...

SUS. Si usted no me hiciera hablar...
Parece que una criada
es una esclava... ¡Pues ya!
¡Vaya! Bonita es la niña...
para sufrir...

MAN. ¿Callarás?...
No me precipites... Mira...

SUS. Que se vá usté á sofocar...

MAN. ¡Descaradota!...

SUS. Señora,
tengamos la fiesta en paz.

MAN. Que no tenga yo en mi casa
unos pantalones...

SUS. ¡Bah!
¿Piensa usted que á mí me asustan
los pantalones?... ¡Caba!!

MAN. Lo que es á tí á descarada
muy pocas te ganarán.

SUS. Y hago muy *rebien*, señora,
y hablo porque puedo hablar,
—¿estamos?—y porque yo
soy una mujer *honrá*...
y yo ni temo ni debo,
y no he tenido *en jamás*
ningun *aquel* que me pueda
¡pues! los colores sacar...
Y yo sirvo porque quiero
y porque me dá la real
gana, que si no quisiera,
podria en mi casa estar
como una reina... Mas como
yo quiero ganar el pan
con honra, y no me han llevado
el lujo y la vanidad,
y no soy como otras muchas
que muy recompuestas van
con su gorro y con su aquel,

y si á averiguar se vá
lo ganan... En fin, señora,
no tengo gana de hablar.
(Váse por el fondo á tiempo que sale D. Serafin.)

ESCENA III.

DOÑA MANUELA, D. SERAFIN.

SER. (Sale por la segunda puerta izquierda, en traje de verano.)
Señora doña Manuela,
á los pies de usted.
MAN. Á tiempo
viene usted, don Serafin.
SER. ¿De veras? Yo lo celebro...
MAN. Es preciso, indispensable
que se mude usté al momento.
SER. ¿De camisa?
MAN. No; de casa.
SER. Antes mudaré el pellejo.
MAN. ¡No es chanza!
SER. Doña Manuela,
no me repita usted eso.
Eso es como atravesarme
de una puñalada el pecho.
¡Mudarme! Ese sacrificio
no puedo hacerlo, no puedo.
Separarme yo de usted,
á quien amo, á quien respeto,
porque en usted reunidas
todas las virtudes veo.
¡Ay, no me lo diga usted!
¡De pensarlo me estremezco!
Es usted tan buena...
MAN. ¡Vaya!
Pues déme usted el dinero,
déme usted los cuatro meses...
SER. (Ea, ya pareció aquello.)
MAN. Los cuatro meses me hacen
falta ahora, en el momento.
SER. (Presentándole un almanaque que habrá sobre la

mesa.)
Tome usted un calendario
que tiene doce. No tengo
mas meses, señora mia,
por la presente que estos.

MAN. Pero, ¿quiere usted burlarse?
Lo que yo quiero es dinero.

SER. ¡Qué casualidad! Los dos
tenemos igual deseo.

MAN. Es que yo lo necesito.

SER. Pues digo, ¿y yo?

MAN. Que yo tengo
razon de sobra.

SER. De sobra
estan, cuando no hay dinero,
todas las razones.

MAN. Es
que ha pasado mucho tiempo
sin que usted me dé ni un cuarto.

SER. ¡Ay! no siento yo no haberlo
dado; siento mucho mas
no haberlo tenido.

MAN. Pero
usted no tiene aprension.

SER. Señora, no estoy enfermo,
gracias á Dios.—Eso solo
me faltaba.

MAN. ¡Está usted fresco!

SER. Si, señora, de verano,
y ya estamos en febrero.

MAN. No me venga usted con bromas.

SER. ¿Con bromas? ¡Oh! ni por pienso.
Todo lo que digo á usted
desgraciadamente es serio.
Concédame usted siquiera
un par de meses de término,
y yo ofrezco á usted...

MAN. ¡Dos meses!
No, señor, ni un mes, ni medio.
Don Serafin, es inútil
que insista usted, y le advierto
que puede usté estar en casa

hasta que acabe el mes, pero
que no le doy de comer...

SER. ¿Qué dice usted?

MAN. No hablo en griego.

SER. ¡Oh! me sitia usted por hambre.

MAN. Don Serafin, yo lo siento,
pero como usted no paga...

SER. ¡Y en ese fútil pretexto
se funda para impedirme
que en uso de mi derecho
coma yo como usted come,
y como comió mi abuelo!
Mi alma vive de la fé,
pero ¿y mi cuerpo, y mi cuerpo?
¿En qué pais, hija mia,
se niega al hombre el sustento?
¿Cuando lo espera el patíbulo,
no dan de comer á un reo?
Pues, ¿hay razon para que
yo, que soy un caballero,
porque no pago no coma?
Es cierto que á usted le debo
una cantidad mezquina
de miserable dinero,
pero que debo comer
es muchísimo mas cierto.
Pues si á todos los que deben
se les negara el sustento,
alzarian de las calles
á carretadas los muertos.

MAN. Bien, usted tiene razon...

SER. La razon del hambre tengo,
que es razon mas poderosa
que la razon del dinero.
Mire usted, doña Manuela.
Usted ya sabe que tengo
un tio...

MAN. Que le enviaba
dinero á veces...

SER. Es cierto.

MAN. Pero que ya no le envia.

SER. Seis meses há que carezco

de su poderoso auxilio.

MAN. ¡Pues! ¿Y en qué consiste eso?

SER. Yo no sé, doña Manuela.
A no ser que se haya muerto,
pero en ese caso, yo
que soy su único heredero,
el dia menos pensado
recibiré sin remedio
su capital, que consiste
en tres millones lo menos.
Y entonces, doña Manuela,
verá usted...

MAN. Si, ya lo veo.
Si tan largo me lo fias...
Y usted, ¿por qué no vá al pueblo
en donde vive su tio...
y se entera?...

SER. En eso pienso.
Está cerquita.

MAN. ¿Si? entonces...

SER. Detrás de la puerta, en Méjico.

ESCENA IV.

LOS MISMOS, SUSANA por el fondo.

SUS. (Trae una carta en la mano.)
Señora...

MAN. ¿Qué quieres tú?

SUS. Esta carta del correo.

SER. (Tomándola y leyendo el sobre.)
«A doña Manuela Gomez.»

SUS. Está esperando el cartero,
Quiere una peseta.

MAN. ¿Cómo?
¿Una peseta por esto?

SUS. Habrán subido las cartas.
Yo voy á escribir al pueblo
para que ya no me escriban.

SER. (Á quien ha enseñado la carta Doña Manuela.)
¡Ay! ¡calle usted! ¡Si es de Méjico!

MAN. ¿De Méjico?... (Dando una peseta á Susana.)

Toma y paga.

(Váse Susana.)

ESCENA V.

D. SERAFIN, DOÑA MANUELA.

SER. ¡Es de Méjico, señora!

MAN. ¿Quién podrá ser?... No comprendo...

SER. ¡Ábrala usted!... Me parece
que hay una fortuna dentro...

MAN. (Dándosela á D. Serafin.)
Léala usted, don Serafin...
que á mí me estorba lo negro.

SER. (Leyendo.)
«¡Querida hermana!...»

MAN. ¡Mi hermano!...
¡Y yo le lloraba muerto!...

SER. (Leyendo.)
«Por un jóven que ha venido últimamente á »este pais, y que ha sido huesped tuyo, don »Salvador Vargas, he sabido que vives po»bremente en Madrid, aunque no tan desgra»ciada como yo.—Tengo una fortuna consi»derable...»

MAN. ¡Una fortuna!...

SER. ¡Demonio!...

MAN. ¡Ay, qué emocion!...

SER. Sigo y leo.
»Pero estoy solo, abandonado, sin familia, le»jos de mi patria querida, abrumado bajo el »peso de un horrible remordimiento, y cie»go, hermana mia... Quiero pasar el resto de »mis dias á tu lado, y morir en mi pais, y »procurar, si es tiempo todavia, reparar mis »pasados errores.—Parto hoy mismo de Ve»racruz, con tres amigos de este pais, que »van tambien á esa córte; y quizás recibas »esta carta al mismo tiempo que un abrazo »de tu hermano.—*Tomás Gomez.*»

SER. (Con desaliento.)
¡No es mi tio!

MAN. ¿Qué ha de ser?...
(Muy contenta.)
¡Qué sorpresa! ¡Qué contento!
¡Mi hermanito!... ¡Pobrecillo!
¡Y vuelve rico!... ¿No es eso?...
¡Don Serafin de mi alma!
¡vuelve rico!... ¡y está ciego!...
Pues yo voy... voy á enterarme...
¿Pero adónde?... Yo no tengo
noticia de dónde paran
las diligencias de Méjico...

SER. ¡Qué diligencias!... Señora,
pues qué, ¿viene de Pozuelo?

MAN. Pues él no vendrá en galera...
porque si el pobre está enfermo...
Mire usted, don Serafin,
con toda el alma le ruego
que no me abandone usted.
Usted sabrá el mejor medio
de que encuentre yo á mi hermano...

SER. Si, señora; en el correo
nos darán razon...

MAN. Pues vamos:
póngase usted el sombrero.
(Entra D. Serafin en su cuarto y sale con sombrero puesto.)
¿Quién habia de decirme?...
¡Un hermano rico y ciego!...
¿Dónde tengo la mantilla?...

SER. (Saliendo.)
Cuando usted guste.

MAN. Al momento.

ESCENA VI.

Los MISMOS, SUSANA, en la puerta del fondo.

MAN. Oye, Susana. ¿No está
doña Soledad?

SUS. No, creo.
Esta mañana salió...

MAN. Pues en cuanto vuelva, quiero

que le digas que se mude
de casa, que yo no puedo
tener huéspedes, que viene
mi hermano, que es rico y ciego;
que entre hoy y mañana busque
donde vivir. ¿Oyes?

SUS. Bueno.

MAN. (Á D. Serafin.)
¿Vamos?

SER. Vamos.

SUS. La del humo.

(Á D. Serafin, que queda detrás de Doña Manuela al salir por el fondo.)

Pero, ¿qué sucede?

SER. ¡Uf!

SUS. Pero...

ESCENA VII.

SUSANA, luego TOMÁS.

SUS. ¡Vaya un par! ¿Dónde irán juntos?...
¡Pobre doña Soledad!
¡Y cómo voy yo á decirle
que se marche?... ¿Adónde irá?...
¡Ay! la infeliz es tan pobre...
(Suena un campanillazo muy fuerte.)
¡Vaya un modo de llamar!
(Sale por el fondo y vuelve al momento seguida de Tomás, corneta de cazadores.)

MUSICA.

SUS. ¡Adelante!

TOM. Dios te guarde.
Y mi madre, ¿dónde está?

SUS. Dígame quién es su madre
y le podré contestar.

TOM. Mi madre se llama
doña Soledad,
y aqui, por las señas,

la debo encontrar.

SUS. Es verdad.
Aqui es donde vive
doña Soledad.

TOM. ¿Es verdad?
Pues díle al momento
que ha vuelto Tomás.

SUS. El caso es que ahora
en casa no está.

TOM. Corriente; la espero.
Dame de almorzar.

SUS. ¿De almorzar? ¡Á buena parte!

TOM. ¡Qué! ¿no quieres?... ¡Vive Dios!

SUS. (¡Y es un mozo como un cielo!
Y, ¡qué bien le sienta el ros!)

TOM. Dos años, hija mia,
muy pronto hará
que estoy comiendo rancho
y negro pan.
Mira tú si es extraño
que al verme acá,
quiera yo regalarme
el paladar.

SUS. Confieso que no es raro
que al verse acá,
quiera que le regalen
el paladar.
Pero es que en esta casa,
ya lo verá,
á la cuarta pregunta
todos estan.

—

Le daré vino y bizcochos.
(Saca de un armario que habrá en el fondo una botella, un vaso y un plato con bollos.)

TOM. ¿Como á un loro? ¡Vamos, bien!
(Bebe en la botella.)
¡Esto es agua!

SUS. (¡Y no lo escupe!)

TOM. (Echa vino en el vaso y se lo ofrece á Susana.)
¡Bah, chica! Bebe tambien.
¡Sabes, hija, que eres guapa!

¡Ay, qué cuerpo!.

SUS. ¡De verdad!

TOM. Mira, chica, no me mires,
que me empiezo á marear.

SUS. Atrevido es el corneta.

TOM. ¡Atrevido! ¡Voto vá!...

CANCION.

Cuando yo con mi corneta
doy de ataque la señal,
al lado del comandante,
no temo la muerte ya.
Y en medio de la batalla,
bala viene y bala vá,
estoy yo con mi corneta
animando á los demas.
Tararí, tarará,
tararí, etc.
Y sobre mí
las balas van,
y nunca pienso
que me puedan alcanzar!

—

Pero al ver una gachona
con tu garbo y con tu sal,
ni puedo con la corneta
ni yo sé lo que me dá.
Delante del enemigo
no vuelvo la cara atrás;
pero toco retirada
delante de una beldad.
Tararí, tarará,
tararí, etc.
Porque yo aqui (En el pecho.)
tengo un volcan,
que si se inflama,
¿dónde irias á parar?

HABLADO.

TOM. (Queriendo cogerle la mano.)
¡Ay, mona!
SUS. Quietas las manos.
TOM. Y tú aqui, vamos á ver,
¿qué destino desempeñas?
SUS. Soy criada.
TOM. ¡Hola! eso es
decir que mi madre tiene...
SUS. La pobre, ¿qué ha de tener?
TOM. Pues qué... ¿No es ella la dueña
de todo esto?
SUS. No á fé.
TOM. ¿Cómo?
SUS. Aqui vive pagando
una cantidad al mes.
Es decir, debe pagarla...
La quiero mucho.
TOM. (Con interés.) ¿Si, eh?
SUS. La pobre es tan desgraciada... (Con lástima.)
Lleva una vida cruel.
Trabajando todo el dia
y toda la noche.
TOM. ¿En qué?
SUS. Cose y borda, pero gana
muy poco. Luego hace tres
meses que estuvo muy mala...
y yo sola la cuidé,
y mi ama pretendia,
¡qué crueldad, mire usted!
que al hospital la llevaran.
TOM. ¿Á mi madre? ¡Voto á cien!
SUS. Como se quedó la pobre
sin plata...
TOM. ¡Por Lucifer!
que si veo yo á tu ama
puede que le dé un revés (Hace el ademan.)
que le eche fuera las muelas,
si las tiene...
SUS. Créame,

yo quiero mucho á su madre,
y siempre que puedo hacer
algo por ella...

TOM. (Con malicia) Y á mí,
¿me vas á querer tambien?

SUS. Lo que es eso...

TOM. Vamos, habla.

SUS. Es que yo tengo... Hace un mes
que hablamos yo y un muchacho...

TOM. ¡Hola! ¿Con que hablais? ¿De qué?

SUS. Tambien es de tropa.

TOM. Vamos.
(Poniéndole la mano en el hombro.)
¡Buena hija!

SUS. Mire usted,
y él quiere cumplir conmigo
en cumpliendo con el rey.
Y el sol faltara primero...
Es cabo segundo... y es
de granaderos... un mozo
que no hay quien pueda con él.
¡Muy bruto!

TOM. Calla, muchacha.
Las faltas que no se ven,
no deben decirse nunca.
(Campanillazo.)

Campanilla

SUS. Llaman.

TOM. Vé á ver quién es.
(Comienza en la orquesta el preludio de la pieza musical que sigue á esta escena.)
¡Será mi madre! (Sale Susana por el fondo.)
¡Mi madre!
Creí no volverla á ver.

ESCENA VIII.

LOS MISMOS, DOÑA SOLEDAD.

Doña Soledad viene humildemente vestida: en su rostro se debe retratar profunda tristeza, y es preciso que la actriz encargada de este papel, haga comprender al público desde el momento de presentarse, la angustia que sufre.

SOL. (Abrazando á Tomás.)
¡Hijo mio!

TOM. ¡Madre mia! (Pausa.)
Basta de sollozos ya.

SOL. ¡Oh, cómo ansiaba este dia!

TOM. (Despues de desprenderse de los brazos de su madre, y observándola tristemente.)
(¡Madre mia!... ¡Cómo está!)
(Durante los versos anteriores ha continuado el preludio en la orquesta.)

MÚSICA.

TOM.
Madre del alma,
madre querida,
dá tregua al llanto,
cese tu afan.
Seca tus lágrimas,
tu pena olvida,
vé que á tu lado
yo he vuelto ya.

SOL.
Prenda del alma,
hijo querido,
mi pena el llanto
consuela ya.
No asi las lágrimas
que yo he vertido
cuando pensaba

no verte mas.

—

¿Dónde has estado?

TOM. Lejos de aqui.
Primero en Cádiz,
luego en el Riff.
Luego á Pamplona
me hicieron ir.

SOL. Dí, y esa vida
¿te gusta á tí?

TOM. Tiene sus mas y sus menos
esta vida militar,
y en ella me gusta, madre,
mas la guerra que la paz.
Si vieras una batalla...
Escuadrones por acá...
Batallones por allí...
Los tambores... rataplan!...
Las cornetas... tararí!...
Los cañones... ¡pom! ¡pum! ¡pam!
Ran, plan, rataplan, plan!...
Tararí, ta, tararí...

—

Madrecita mia,
¡cómo pensaba yo en tí
cuando caer veia
los soldados junto á mí!...

—

Madre del alma,
madre querida,
cese tu llanto,
calma tu afan.
Seca las lágrimas,
tu pena olvida,
vé que á tu lado
yo he vuelto ya,

SOL. Prenda del alma,
hijo querido,
mi pena el llanto
consuela ya.
No asi las lágrimas
que yo he vertido

cuando pensaba
no verte mas.
(Repiten á duo)

HABLADO.

TOM. ¡No llores!
SOL. ¡Hijo del alma!
Siéntate aqui... (Se sientan los dos en el sofá.)
TOM. ¡Que no llores!
SOL. Bien, no lloro.
TOM. Asi me gusta.
SOL. ¡Qué tostado vienes, hombre!
TOM. ¿Si?... Tal vida hemos llevado.
Por vericuetos y montes,
y expuestos al sol y al aire,
y durmiendo por las noches
poco, vestidos y al raso...
¡Asi se forman los hombres!...
¡Mírame á mí... negro, si,
pero fuerte como un roble!...
SOL. ¿Y de mí no te acordabas?
TOM. Siempre; y en mis oraciones
por tí rogaba á la Vírgen.
SOL. ¡Qué! ¿rezabas?
TOM. Por la noche,
cuando tocaban silencio
las cornetas y tambores,
recogidos en la tienda
yo y mis camaradas...—¡Pobres!
¡los tres han muerto!...
SOL. ¡Hijo mio!
TOM. ¡Pero yo vivo!... ¡No llores!
Nos deciamos los lances
de la jornada y los nombres
de los que muertos quedaban
en el llano y en el monte,
y rezabamos, diciendo:
«Para que Dios nos perdone,
»si de Dios está que sea

»hoy nuestra postrera noche.»

SOL. ¿Y nunca has tenido miedo?

TOM. Ahora que no nos oyen,
te diré que algunas veces
me daban unos sudores...

SOL. ¡Pobre hijo mio!

TOM. Las balas
vienen sin saber de dónde...

SOL. ¿No volverás á marchar?

TOM. Ahora, hasta nueva órden,
estaremos en Madrid,
pero si hay jarana...

SOL. ¿En dónde?

TOM. ¿Quién sabe?—¡Ojalá!—

SOL. ¿Qué dices?

TOM. Si dice el sargento Ponce
que anda el mundo muy revuelto...
y que vá á haber muchos golpes...

ESCENA IX.

LOS MISMOS, DOÑA MANUELA. Doña Manuela entra por el fondo muy apresurada.

79

MAN. (Entrando. Desde la puerta.)
¡Susana! ¡Susana! ¡chica!

TOM. (A Soledad.)
¿Quién es esta vieja?

SOL. (Viéndola.) ¡Ah!
(A Tomás.)
La patrona.

TOM. (Indignado.) ¿La que quiso
que fueras tú al hospital?
¡Oiga usted, doña vinagre!...

MAN. (Bajando á la escena.)
Hola, doña Soledad.
¿Le ha dicho á usted la muchacha
lo que hay?

SOL. No.

MAN. Lo que hay
es que es preciso que busque
usted casa donde estar.

(Fijándose en Tomás.)
¡Hola, el niño!

SOL. (Con dulzura.) El hijo mio
de quien hablé á usted.

MAN. ¡Ya, ya!
(Con desden.)
¡Corneta!—Con que ya sabe...

SOL. Mucho siento á la verdad,
mudar de casa...

MAN. Pues hija,
es fuerza... ¡No quiero mas!
Este tragin de los hu spedes...
Ni los necesito ya.
Hoy ha venido mi hermano,
que quiere vivir en paz.
y como tiene, hace bien,
y... ¿con quién se ha de encontrar
mejor que conmigo? Es claro.
Con don Serafin está
aguardando el equipaje...
Ahora los voy á buscar.
(Llamando.)
¡Susana! ¡chica! ¡Susana!

ESCENA X.

LOS MISMOS, SUSANA.

SUS. ¡Vamos, señora! ¿Qué hay?

MAN. Que limpies,—pero al momento,—
el gabinetito.

SUS. ¿Cuál?

MAN. Este. (Señalando la primera puerta izquierda.)

SOL. ¿El mio?

MAN. Pon lumbre.
(Sacando ropa blanca de una cómoda.)
Y toma para mudar
las sábanas de la cama.

SUS. Pero, ¿y doña Soledad?

MAN. Mi hermano es antes.

SOL. Señora...

TOM. (Á su madre.)

Pues qué, ¿te quieren echar?
MAN. Los niños no hablan.
TOM. Las brujas
tampoco se estilan ya.
SOL. ¿Y adónde voy yo, señora?
MAN. ¿Qué sé yo?
TOM. ¡Cuerpo de tal!
SOL. Ya sabe usted que estos dias
he tenido que pagar...
MAN. ¿Y á mí qué me cuenta usted?
SUS. Pero es una crueldad...
MAN. ¡Calla tú!
SOL. Basta, señora.
Yo me iré de aqui.
MAN. ¡Ajajá!
SOL. Pero dentro de dos dias,
en los que podré buscar...
MAN. No, señora, no. Ahora mismo.
TOM. ¡Pero, señora!...
SOL. (Conteniéndole.) ¡Tomás!
TOM. Esta vieja, por lo visto,
es una calamidad.
MAN. (Á Soledad.)
¡Que calle el chico!
TOM. ¡Que calle!
¿Á mí? ¡Que calle! ¡Pues ya!
Usted insulta á mi madre.
SOL. (Conteniéndole.)
No, hijo.
TOM. La trata mal...
y yo no lo sufro, ¡vamos!
y lo que me puede mas
es que hable asi, porque es pobre
mi madre, y por... ¡Voto vá!
Si no fuera usted mujer,
y tonta, y vieja ademas,
se veria usted conmigo!
MAN. ¡Calla, pillo!
TOM. ¡Voto á san!
¡Pillo á mí! (Á Soledad que le contiene.)
Déjame, déjame.
La voy á abrir en canal.

(Corre detrás de Doña Manuela.)

SOL. ¡Tomás!

SUS. (Le daria un beso.)

MAN. ¡Qué sofocacion!

SOL. ¡Tomás!
Vámonos de aqui.

MAN. Si, al punto.

TOM. ¡Qué nos hemos de marchar!

MAN. ¡Lo veremos! ¡Mal criado!

TOM. Tengamos la fiesta en paz.

MAN. Si estan aqui cuando vuelva,
me obligarán á llamar
al inspector.

TOM. (Burlándose.) ¡Ay, qué miedo!
Para mí su autoridad
es cero... (Gravemente.) Ya vé usted, yo
tengo fuero militar.

(Sale muy sofocada Doña Manuela por el fondo.)

ESCENA XI.

TOMÁS, DOÑA SOLEDAD, SUSANA.

SUS. No hay que afligirse, señora.
Tengo en Madrid una hermana,
que está casada, y que vive
como una reina en su casa.
Allí tendrá usté un asilo
y no verá malas caras,
que allí aunque falte dinero,
amor y honradez no faltan.
(Sacando del bolsillo unas monedas envueltas en un trapo.)
Y si usted fuera tan buena
que admitiese... Una criada
no tiene... ya vé usted... pero...
Tóme usted, no me hacen falta.
Diez duros... de mi salario
que iba guardando.

SOL. (Enternecida.) No, gracias.

SUS. Perdone usted, pero yo
se lo ofrezco con el alma...

Y cuando usted pueda... ¡pues!
Si no puede... ¡Santas Pascuas!
En teniendo yo salud
para ganarlo...

TOM. (Conmovido.) ¡Caramba!
No me hagas llorar... y dáme
un abrazo...

SUS. ¡Vaya, vaya!
Vamos dentro á preparar
al momento nuestra marcha,
porque yo me voy tambien.
Y no me han de faltar casas
donde sirva á otras personas
que amen como Dios nos manda,
como á sí mismas, al prójimo.

SOL. ¡Qué buena eres, Susana!

TOM. Yo voy al cuartel, y vuelvo
á traerte ya firmada
la licencia que me ha dado
el coronel. Dos semanas
puedo á tu lado pasar.

SOL. No tardes.

TOM. ¡Ah! buena alhaja. (Á Susana, al salir.)

(Entra en su habitacion Doña Soledad. Tomás y Susana salen por el fondo.—Breve pausa.)

ESCENA XII.

D. SERAFIN, D. TOMÁS, ciego, SUSANA. D. Tomás viene apoyado en el brazo de D. Serafin.

SER. Ya estamos en casa.

D. TOM. Al fin.

SER. (Á Susana.)
¿Y tu señora?

SUS. Salió
hace un momento.

SER. (Conduce á D. Tomás, y le hace sentar en el sofá.)
¿Qué tal?
¿Está usted bien?

D. TOM. ¡Oh! si estoy.

SUS. (Á D. Serafin.)

¿Es este el hermano?

SER. ¡Pues!

SUS. ¡Es ciego!—¡Pobre señor!

SER. Déjanos solos, Susana.
Tenemos que hablar los dos.
(Váse Susana por el fondo.)

ESCENA XIII.

D. TOMÁS, D. SERAFIN.

SER. Señor don Tomás, amigo,
si usted me hiciera un favor...

D. TOM. Diga usted... Bien poco un ciego
puede hacer...

SER. Mire usted...

D. TOM. ¿Yo?
¿Qué he de mirar?

SER. Es verdad:
es ciego... El caso es que estoy
impaciente por saber
si un don José Bellaflor,
que en Veracruz residia...

D. TOM. Le he conocido... Un ladron
(Movimiento de D. Serafin.)
fué mucho tiempo... un pillastre;
pero al fin se arrepintió.

SER. ¿Qué me cuenta usted.

D. TOM. Lo cierto.
El año cincuenta y dos
quebró fraudulentamente,
y con su quiebra arruinó
á mas de treinta familias.

SER. Tendrá una fortuna...

D. TOM. Atroz,
escandalosa... Lo menos
doce millones.

SER. (Dando un salto en la silla.)
¡Oh, Dios!
Diga usted, ¿en cuánto tiempo
me podré trasladar yo
á Veracruz?... pero á pié,

porque mis recursos son
bastante escasos.

D. Tom. ¡Qué idea!

Ser. Usted no sabe, señor,
cuánto quiero yo á ese hombre
á quien llama usted ladron.
Yo quiero echarme á sus pies,
darle un ósculo de amor,
y decirle: «¡Amado tio,
»vé que á tus plantas estoy!...»

D. Tom. ¿Con que es usted su sobrino?...
Siento haber hablado...

Ser. No;
si á mí no me importa nada
que él haya sido un bribon.
Cuanto mas haya robado,
para mí tanto mejor.
El pecado será suyo,
pero como yo... pues... soy
su único heredero...

D. Tom. ¿Cómo?
¿Usted piensa?...

Ser. Si, señor...
En sus cartas me lo dice...

D. Tom. Pero si el pobre murió
seis meses hace...

Ser. ¿Qué escucho?
El mismo tiempo que estoy
sin recibir el auxilio
que me remitia...

D. Tom. Y Dios
en la hora de su muerte
en su corazon tocó,
y aquella inmensa fortuna,
—esta fué cristiana accion,—
á los pobres y á las casas
de beneficencia dió,
(D. Serafin le oye estupefacto.)
dejando ademas mandado
que se establecieran dos
escuelas, y algunos premios
para la virtud...

SER. ¡Horror!
¡Y á mí me dejó por puertas!
D. TOM. ¡Qué puro placer debió
sentir, cuando obedeciendo
á la santa inspiracion
de Dios, toda su fortuna
tan santamente empleó!...
SER. ¡Oh! ¡mucho! (Conmigo quiere
divertirse este señor.)
D. TOM. ¿Usted no lo aplaude?
SER. ¡Vaya!
¡Fué un golpe!... (Que me aplastó.)
D. TOM. Él no murió en Veracruz;
murió en Tampico...
SER. (¡Señor!
para esto estuve esperando...)
D. TOM. Si tiene usted ocasion
de ir algun dia á Tampico...
SER. Ni á tampoco, no, señor.
D. TOM. Verá usted qué buen recuerdo
allí su tio dejó.
SER. Ya lo creo...
D. TOM. Asi sus culpas
le habrá perdonado Dios.
SER. (Dios, sí le habrá perdonado;
mas no le perdono yo.)
D. TOM. Y yo felicito á usted...
que al cabo es satisfaccion
ser el sobrino querido
de un hombre que terminó
su vida tan santamente.
SER. (Este ciego es un guason.
Pues puede que si me apura...
Pues precisamente estoy
de un humor que...)
D. TOM. ¿Me oye usted?
SER. (Entrando en su cuarto.)
No le oigo á usted, no, señor.

ESCENA XIV.

D. TOMÁS, TOMÁS.

D. TOM. (Como si hablara con D. Serafin.)
Créame usted, caballero.
¿No me oye usted?
TOM. (Entra por el fondo, muy contento.)
¡Bueno vá!
No me acuerdo en dos semanas
de la vida militar.
D. TOM. Me han dejado solo.
TOM. (Fijándose en D. Tomás.) (¡Qué!
¡Un caballero!)
D. TOM. ¡Fatal
situacion la mia!
TOM. (Acercándose.) ¡El ciego
que ví en esta casa entrar!
¡Y está solo!... ¡Pobrecillo!
¡Qué falta de caridad!)
(Á D. Tomás.)
¿Llamaba usted?
D. TOM. ¡Ah! ¿Quién eres?
Como acabo de llegar
no conozco...
TOM. ¡Ya lo creo!
Pues yo me llamo Tomás.
D. TOM. Pues somos tocayos.
TOM. ¡Hombre!
¡qué feliz casualidad!
(¡Es amable!)
D. TOM. ¿Cuántos años
tienes?
TOM. Quince nada mas.
D. TOM. ¡Ah! tú sirves á mi hermana.
TOM. No, señor. ¡Cuerpo de tal!
Yo solo sirvo á la reina.
D. TOM. ¿Qué dices?
TOM. Soy militar.
D. TOM. ¿Tú, militar?
TOM. ¡Como un hombre!

Y he estado en la guerra ya,
y no me asustan las balas,
y aunque tengo poca edad,
soy muy hombre.

D. Tom. (Tiene gracia.)
Siéntate aqui.—Ven acá.
(Se sienta al lado ó á los pies de D. Tomás.)

Tom. (¡Pobre señor! ¡Y qué bueno
parece.)

D. Tom. Dí, ¿cómo estás
aqui?

Tom. Porque vengo á ver
á mi madre que aqui está.

D. Tom. ¡Hola! ¿tienes madre?

Tom. ¡Vaya!

D. Tom. ¿Y tú lo menos serás
cadete?

Tom. ¡Quiá, no señor!
Soy corneta.

D. Tom. ¡Voto vá!
No has hecho muchos progresos.

Tom. Ya vé usted, para la edad
que tengo... Yo no me apuro,
porque todo se andará...
y ó muy poco he de poder
ó me han de ver general.
Tengo una cruz pensionada.

D. Tom. ¿Y tu madre?

Tom. Ese es mi afan.
¡Mi madre! la pobre vivé,
¡si usted supiera! tan mal...
Y yo, yo tengo la culpa,
¡yo he sido muy holgazan!
Pude aprender un oficio,
y, ¡pues! ganar un jornal
para ayudar á mi madre,
pero nada, no hice mas
que darle disgustos... ¡pues!
La veia trabajar,
que todas las noches, todas,
con tierno amoroso afan
velaba junto á mi cama

trabajando sin cesar...
Y á veces, porque creia
que estaba dormido ya,
exclamaba sollozando:
«¡Dios no nos quiere llevar!
»¿Qué hacemos, hijo del alma,
»los dos en el mundo? ¡Ay!
»¿Qué hacemos, si no tenemos
»ni paz, ni honra ni pan?

D. TOM. (Conmovido.)
¡Pobre madre! ¡Pobre niño!—
Y tu padre, ¿dónde está?

TOM. (Sencillamente.)
Yo no lo sé.

D. TOM. ¿No?

TOM. Mi madre
no me ha hablado de él jamás.

D. TOM. ¿Cómo te hiciste soldado?

TOM. Fácilmente. Usted verá.
Dos años há que mi madre
enfermó de gravedad;
dos meses estuvo enferma
y sin poder trabajar...
y cuando restablecida
estaba la pobre ya,
nos arrojaron de casa
porque no pudo pagar
lo que debia...

D. TOM. ¡Qué infamia!

TOM. ¡Una infamia! ¿no es verdad?
Al fin nos dieron dos dias,
despues de mucho rogar,
para buscar otra casa
ó pagar.—¡Vaya un afan!...
Me acuerdo que era aquel dia
el dia de Navidad.
Vino una vecina á casa
llorando á todo llorar...
Le acababa de caer
la loteria...—¿Qué tal?
Y aquel dia, ni mi madre
ni yo teniamos pan...

Mi madre le preguntó
la causa de su pesar,
y ella con grandes sollozos
exclamó: «¡Qué crueldad!
»¡no quieren darme á mi hijo
»si otro no vá en su lugar!»
Su hijo, un chico muy bruto,
con facha de sacristan,
estaba siendo corneta...
—¡Vaya un corneta con sal!—
Y ella, como ya era rica,
¡pues! lo queria sacar
del batallon...

D. Tom. ¡Sigue! ¡sigue!

Tom. Mi madre calmó su afan
consolándola, y la pobre
se fué... pero yo detrás.
—«¿Cuánto me dá usted, le dije,
y voy y libro á Pascual?»
—«Cien duros,» me dijo.—¿Cien?
Pues hecho el negocio está.
Cien duros para mi madre
eran la felicidad.
Fuimos al cuartel: el jefe
no me queria aceptar
sin licencia de mi madre...
y yo tuve habilidad,
¡pues! para hacerla creer
que no saldria jamás
de Madrid... y que sirviendo
en el batallon quizá
llegaria... (Conmovido.) Lloró mucho,
y yo lloré mucho mas,
y al fin... Mi madre tenia
aquel dia que pagar
para no vernos los dos
en la calle... y ademas
estabamos, créalo usted,
casi desnudos, y ya... (Llorando.)
En fin, que corneta fuí,
que lo soy... y nada mas.

D. Tom. (Muy conmovido.)

¡Pobre hijo mio!... ¿Y tu madre
has dicho que aqui estará?

TOM. Si, señor... ¿Quiere usted verla?...

D. TOM. ¡Oh, si! la quisiera hablar...

TOM. ¡Ah, señor!... Pues venga usted.
¡Ay! el corazon me dá
que usted á mí y á mi madre
nos trae la felicidad...

D. TOM. Al alma su desventura
me ha llegado... ¡Cuál será
mi satisfaccion si alcanzo
á poderla remediar!
(Entra apoyado en Tomás en la habitacion de Doña Soledad.)

ESCENA XV.

D. SERAFIN. Sale de su habitacion con una sombrerera, un lio de ropa y una guitarra.

Ya no está el ciego... ¡Por vida
del ciego!... ¡Pues y mi tio!
Y ¿qué hago yo en este trance
sin un cuarto en el bolsillo?...
El primer hombre del mundo
puedo llamarme yo mismo,
porque jamás vi de Adan
retrato mas parecido.
Adan oficio no tuvo,
tampoco yo tengo oficio;
al padre Adan el Señor
le concedió un buen destino,
tambien un destino á mí
me dió una vez un ministro;
Adan lo perdió despues
y yo tambien lo he perdido;
Adan tuvo una serpiente
que lo empujó al precipicio,
y yo tengo una patrona
que hace lo propio conmigo.
¿Qué hizo Adan en aquel caso?
Él no recurrió al suicidio.
¡Él vivió!... ¿Cómo?... Comiendo,

segun todos los indicios.
Yo no sé cómo comió,
pero que comió es lo fijo.
Pues si, siendo tan escasos
en los tiempos primitivos
los recursos, pudo haber
quien, sin empleo ni oficio,
mantuviera con decoro
á la mujer y los niños,
yo que vivo en estos tiempos,
yo que vivo en este siglo,
yo que vivo en un pais
sobre el que viven muchísimos,
¿por qué he de apurarme ahora
porque me encuentro perdido?...
¡Nada!... ¡Penillas á un lado!
¡El mundo es grande y es mio!...

MUSICA.

Aunque se obstine la suerte
en darme penas y afanes,
he de luchar y vencerla,
que tengo el alma muy grande.
¿Quién se amilana
cuando se sufre?...
Cantando alegre,
las penas huyen.
¡Alza! ¡Ole!
¡Viva el rumbo!
¡Caracoles!

—

Cortan las aves el aire,
surcan los peces el mar,
dueño es el hombre del mundo...
¿quién se lo vá á disputar?
Toda la tierra
me pertenece,
y en ella puedo
labrar mi suerte.
¡Alza! ¡Ole!
¡Á otra parte

tomo el tole!

ESCENA XVI.

D. SERAFIN, DOÑA MANUELA.

79ª

HABLADO.

MAN. (Entrando por el foro.)
¡Ah, don Serafin!—¿Por dónde
vinieron ustedes?

SER. (De muy mal humor.) ¡Eh!
Por la calle.

MAN. ¡Ya!—¿Y mi hermano?

SER. Estuve há poco con él
en esta sala... y por cierto
que me divirtió.

MAN. ¿Por qué?

SER. Se habrá ido á dormir.

MAN. Lo siento,
porque queria saber...

SER. ¿Si tiene mucho dinero?
Eso me parece bien;
pero el dinero que él tenga
nunca será para usted.
Tambien lo dará á los pobres
como mi tio...

MAN. ¿Pues qué?

SER. Señora, mi pobre tio,
al irse del mundo, ¡pues!
fué cuando tuvo la idea
de ser un hombre de bien.

MAN. Pero usted ¿qué tiene?

SER. ¿Yo?
Señora, ¿qué he de tener?
No tengo nada, ni un cuarto
para comprar un cordel.

MAN. Don Serafin, yo lo siento,
pero es preciso que usted
se marche, porque mi hermano...

SER. Corriente, me marcharé.
Al primero que en saliendo

halle, le doy un revés...
me llevarán á la cárcel
y me darán de comer.
O iré á la tribuna pública
del Congreso, y alzaré
mi voz diciendo á los padres
de la patria: «¡Bravo! ¡Bien!»
y apenas hable un ministro,
gritaré: «¡Cállese usted!»
ó ¡Viva la libertad!
ó ¡Viva el hambre! y á fé
que asi me daré importancia,
aunque en la cárcel tambien...
¡Bah! me voy, me voy, señora,
porque usted tendrá que hacer.

MAN. (Deteniéndole.)
Pero si usted no me paga
no sale de aqui.

SER. Muy bien;
yo prometo pagar; pero
mientras manténgame usted.

MAN. ¡Vaya usted con Dios.

SER. ¡Ah! vamos!...
Soy agradecido...

MAN. ¡Pues!

SER. Y si en cualquiera ocasion
la puedo á usted socorrer,
mándeme usted con franqueza,
que yo no me negaré...
Cuando piense establecerme,
que muy pronto lo he de hacer,
mandaré por lo que dejo
en el cofre.

MAN. ¿Deja usted?...

SER. Dos pares de calcetines
y un librillo de papel.
(Sale por el fondo.)

ESCENA XVII.

DOÑA MANUELA.

¡Mala peste! Cuatro meses

tratado á cuerpo de rey,
y sin pagar un ochavo...
Y el maldito de cocer
tiene una gracia... que .. ¡vamos!
¡tiene un pico.... y un aquel!...
¿Pero y mi hermano? (Llamando.) ¡Susana!

ESCENA XVIII.

DOÑA MANUELA, SUSANA, TOMÁS.

SUS. Señora, ¿qué quiere usted?

TOM. (Saliendo de la habitacion de su madre, muy contento.)
¡Eh, chica, dáme uu abrazo!
(Queriendo abrazar á Doña Manuela.)
Y usted tambien.

MAN. Pero, ¿cómo
está en casa este muchacho?

TOM. Estoy y estaré... y ahora
ya no comeré mas rancho,
ni usté insultará á mi madre...
porque del primer sopapo... (Amagándola.)

MAN. ¡Eh! ¡chico, chico!...

TOM. Oiga usted,
¿no sabe usted que me llamo
Tomás?

ESCENA XIX.

LOS MISMOS, D. TOMÁS, aparece en la puerta de la habitacion de Soledad.

D. TOM. Tomás, ¿dónde estás?

TOM. (Yendo á él.)
¡Ah!

MAN. ¿Qué veo? ¡Mi hermano!
(Yendo á él.)
¡Hermano mio!

D. TOM. (Tomándole la mano.) ¡Manuela!
Dios mis votos ha escuchado.
Ya soy feliz.—¡Oh! mi falta
fué grande, y Dios soberano,
aunque la enmiendo, el castigo
que he merecido me ha dado.

Á perpétua oscuridad
me condena.

MAN. Pero, hermano,
¿qué es lo que dices?—No entiendo...

D. TOM. Escucha, hace quince años
mentí amor á una mujer
que era un ángel...

MAN. (¡Malo, malo!)

D. TOM. Pura, inocente, sencilla
y de mi amor al halago,
aquella pobre mujer
víctima...

MAN. Ya me hago cargo.

D. TOM. Ella era pobre, muy pobre...
A mi ambicion ancho campo
se presentaba en aquel
tiempo, si del suelo patrio
me alejaba... Mi ambicion
pudo mas que el llanto amargo
de aquella triste, y partí.
¡Pero Dios me ha castigado!....
Tres años hace, una noche
en alta mar nos hallabamos
en medio de una tormenta
furiosa... A mi lado un rayo
vino á caer... Dos pilotos
muertos al punto quedaron
y yo ciego...

TOM. ¡Padre mio!

MAN. ¿Será verdad? ¡Cielo santo!

D. TOM. Soledad es la mujer
que yo abandoné inhumano,
y á la que redimo ahora...

MAN. ¡Ay! á mí me vá á dar algo.

SUS. ¡Me alegro!

D. TOM. Ya ves, hermana,
cuánto he sido afortunado,
que apenas vuelvo á la patria
hogar y familia hallo...

MAN. ¿Pero eso es decir?...

SUS. (¡Bien clara
está la indirecta!)